Todas las veces que fuimos un desastre perfecto

Chloe Santana



Chloe Santana

Todas las veces que fuimos un desastre perfecto



Para aquellos que cada día aprenden
a quererse un poco más

Tú haces que quiera ser mejor persona.

Mejor imposible

Gabi

Hace diez años

—¡Jo, papá! —protesté intentando liberarme de sus manos impregnadas en protector solar—. ¡Estoy pegajosa!

—Gabriella, estate quieta —me ordenó mientras me embadurnaba la espalda—. ¿Lo ves? Ya está. Tampoco ha sido para tanto. Voy al supermercado que hay cerca de la urbanización. —Me señaló con un dedo al adivinar mis intenciones y añadió—: No puedes meterte en la piscina hasta que pasen quince minutos.

—«De rápida absorción y resistente al agua». —Leí la etiqueta del bote.

Mi padre me lo arrebató y me lanzó una mirada exasperada antes de volverse hacia Leo, que jugaba a las cartas con Axel, el amigo que había hecho en la urbanización en la que veraneábamos desde hacía un año.

—Leo, échale un ojo a tu hermana.

—Claro —respondió sin levantar la cabeza.

En cuanto mi padre se marchó, cogí las gafas de bucear con la intención de escaquearme. Leo me atrapó por el brazo justo cuando estaba a punto de ir en dirección a la piscina.

—¿A dónde vas, enana?

—¡Solo eres tres años mayor que yo! —exclamé indignada—. ¡No me das órdenes, cara de culo!

Axel se partió de risa y mi hermano me soltó de mala gana.

—Paso de hacer de canguro. Ni una palabra a papá —me

advirtió muy serio—. Y métete hasta donde hagas pie.

—Que sííí.

Corrí a la piscina con la idea de no obedecerlo. Puede que tuviera diez años, pero llevaba apuntada a clases de natación desde los seis. No me daba la gana que Leo pusiera las normas aunque tuviera trece años. Desde que se había hecho amigo de Axel, me ignoraba y no me dejaba unirme a su estúpido juego de cartas. Por tanto, tendría que apañármelas por mi cuenta para hacer algún amigo con el que divertirme en Benalmádena. ¡Qué complicado era ser una niña!

Me puse las gafas de buceo color fucsia y me zambullí en el agua. La piscina estaba repleta de bebés llorones y abuelos que se quejaban por todo. En lugar de darme por vencida, fui a otra que se encontraba en la esquina opuesta de la urbanización, a pesar de que lo tenía prohibido. Había un niño sentado en el bordillo con las piernas metidas en el agua. Tenía el pelo negro y debía de tener mi edad. Parecía aburrido. Esbocé mi mejor sonrisa y me acerqué a él.

—¡Hola! —lo saludé con entusiasmo, y el niño se sobresaltó —. Me llamo Gabi, ¿y tú? ¿No sabes nadar y por eso estás ahí sentado? Si quieres, puedo enseñarte. Es superfácil.

Se puso de pie y me miró con cara de pocos amigos.

—Pues claro que sé nadar —respondió ofendido.

—¡Genial! ¿Buceamos juntos? Si quieres, te presto mis gafas.

—¿Por qué iba a querer bucear con una niña tan tonta que lleva un ridículo bañador de Hannah Montana?

Llené de aire las mejillas hasta ponerme colorada de indignación. ¡Mi bañador de Hannah Montana era la envidia de todas mis compañeras de clase!

A esa tierna edad mi capacidad argumentativa quedaba eclipsada por mi temperamento impulsivo, por lo que le di un empujón a aquel niño tan desagradable. Él, ni corto ni perezoso, me devolvió otro tan fuerte que me tiró a la piscina.

No me lo esperaba y tragué agua. Cuando saqué la cabeza y nadé hasta el bordillo para plantarle cara, el niño volvió a pillarme por sorpresa y me hizo una ahogadilla. Tosí y se me saltaron las lágrimas. Lo miré con rabia y él se echó a reír, lo que acrecentó mi enfado. Empecé a salpicarle y se alejó sin dejar de reír.

—Me llamo Pol.

—¡Me las pagarás! —le prometí alzando el puño.

Y tanto que me las pagó. Un día después, recogí una caca de perro que encontré en la calle y la metí dentro de su mochila. Me escondí detrás de un arbusto y le robé el móvil a mi hermano para grabar la hazaña. Pol se sentó en su toalla para merendar y se manchó la mano de mierda al coger el bocadillo. Entonces salí de mi escondite y grité:

—¡Pol, eres un apestoso!

Luego me fui corriendo para que no me atrapara. Mi padre me castigó, pero me trajo sin cuidado porque la venganza mereció la pena. A veces me venía a la cabeza la cara de Pol el Apestoso al mirarse la mano manchada de excrementos y me reía tan fuerte que se me saltaban las lágrimas. Por supuesto, él no tardó en devolvérmela. Ni yo en pagarle con la misma moneda. Aquel verano repleto de rivalidad, travesuras y disculpas obligadas nos hicimos enemigos acérrimos.

Pol

Hace ocho años

«Pesada (adjetivo): Persona molesta, enfadosa e impertinente».

¿La persona más pesada del universo? No tenía la menor duda: Gabriella Luna. Doce años. Rubia, bajita y peor que un grano en el culo. Lo único malo de veranear todos los años en Benalmádena era que desde hacía dos coincidía con ella. No tenía nada que ver con Leo, su hermano mayor y el guitarrista del improvisado grupo que habíamos creado para divertirnos. Me encantaba tocar con Leo y Axel porque así no tenía que aguantar a la estirada de mi hermana ni a los carcas de mis padres. La batería era mi pasión y en verano podía estar alejado del colegio privado, las discusiones y los comentarios del tipo: «Céntrate en los estudios y no pierdas el tiempo con la música. El día de mañana estarás a cargo del bufete».

—¿Seguimos sin encontrar vocalista? —preguntó Axel.

—Rebeca solo estaba de paso —respondió Leo—. Necesitamos a alguien que venga aquí todos los veranos y tenga una voz potente.

—¿Y Gabi? —sugirió Axel—. Tiene una voz increíble.

Intenté no poner mala cara cuando pronunció su nombre. Había perdido la cuenta del número de jugarretas que nos habíamos hecho. Puede que tuviéramos doce años, pero ambos compartíamos el mismo afán por dejar en evidencia al otro.

—Dice que no formará parte del grupo a no ser que Pol le pida perdón.

—¿Todavía sigue enfadada por aquella tontería? —pregunté irritado.

—Le tiraste un cubo de agua con azafrán y estuvo una semana con el pelo naranja —me recordó Axel crítico.

—¡Porque ella me amarró los cordones de las zapatillas y me caí de boca delante de todo el mundo!

—¡Venga, Pol! —Leo me dio un pequeño empujón con el hombro—. ¿Qué te cuesta?

Después de discutir con ellos durante media hora, di mi brazo a torcer cuando me amenazaron con echarme del grupo. Encontré a Gabi charlando con un grupito de niñas que se pusieron a cuchichear en cuanto me vieron. Les regalé una sonrisa y ellas se dieron codazos entre cuchicheos.

—¿Qué quieres, Apestoso? —me espetó nada más verme.

Apestoso, qué original. Dos veranos después seguía con la misma bromita sin gracia.

—Que dejes de hacerte la digna y seas nuestra vocalista. Venga, en el fondo lo estás deseando.

—No puedo concentrarme si te veo tocando los platillos como un mono amaestrado.

Las niñas que antes me habían lanzado miraditas coquetas se partieron de risa. Aquella cría me superaba. No era más que una enana esmirriada y parlanchina, aunque parecía una experta en buscar mis puntos débiles.

Opté por otra táctica porque sabía que el ego de Gabi no tenía límites.

—Oye, Patri —le dije a la chica que estaba sentada a su lado—, tengo entendido que cantas muy bien. ¿Te apuntas?

La susodicha abrió los ojos de par en par y se sonrojó. Antes de que pudiera asentir, Gabi me fulminó con la mirada y espetó:

—¿Ella? ¡Si tiene voz de pito!

A Patri se le saltaron las lágrimas y se marchó corriendo. Una

de sus amigas fue detrás de ella. Gabi ni se inmutó.

—Pequeña pero matona —la provoqué—. Si no fueras tan fea, serías mi tipo.

Gabi se metió dos dedos en la boca y fingió una arcada.

—Pasa de mí.

—Me encantaría, pero estos me han mandado a pedirte perdón porque con el pelo naranja estabas hecha un adefesio. —Abrió la boca para protestar y me adelanté—. ¿Te apuntas o voy a buscar a Patri?

La idea de ser eclipsada por su amiga le pudo más que el orgullo y se levantó de un salto. Nos dirigimos a la sala comunitaria en la que ensayábamos y noté que me miraba de reojo.

—Que conste que lo hago por Leo y Axel —dijo haciéndose la digna.

—Descuida, Britney Spears.

—Ojalá te ahogues en la playa.

—Ojalá aprendas a estar calladita.

—Ojalá te pique una medusa y lloriquees como aquella vez que te caíste de la bici.

—¡No lloriqueé!

Gabi sonrió de oreja a oreja porque había ganado la batalla. Estaba furioso con ella, pero se me pasó al escucharla cantar. Tenía una voz alucinante. No obstante, cuando me lanzó una mirada engreída, puse los ojos en blanco para fingir que no me había impresionado. Aquella noche, para vengarme de ella, metí un cangrejo dentro de una de sus zapatillas y me dio un ataque de risa cuando se puso a chillar como una histérica. Algunas cosas no cambiarían nunca. En el fondo, estaba empezando a cogerle cariño a aquella mocosa.

Gabi

Hace siete años

Con trece años Pol tenía la habilidad de hacerme perder la paciencia. Vale, quizá la paciencia no era mi fuerte, pero, cuando se trataba de él, mi mecha era todavía más corta. Para colmo, tenía medio enamoradas a todas las adolescentes bobas de aquella urbanización. Uf, ¿qué le veían? Sí, al sonreír tenía hoyuelos y su pelo era tan negro como el de un cuervo. Bah, tampoco era para tanto. Solo era un presumido que soltaba cuatro frases hechas y se morreaba cada semana con una chica distinta. O sea, un idiota.

—¡Me has dado queriendo! —protesté hecha una furia.

Acababa de llevarme un pelotazo en plena cara mientras jugábamos al fútbol. Y encima él y mi hermano se habían reído de mí. El único que se había dignado a tragarse la risa y me había preguntado si me encontraba bien era Axel.

—¿No decías que soy malísimo? —me recordó sin dejar de reírse—. Estabas en mitad de la portería y tu cara se ha cruzado en mi camino.

Apreté los dientes y puse la pelota en el césped. Conque esas teníamos… Genial, le demostraría que yo podía ser más «torpe» que él. Le di una patada a la pelota con todas mis fuerzas y Pol se tiró al suelo para esquivarla. Luego se levantó de un salto, cogió el balón y me dedicó una sonrisa maliciosa. Retrocedí mientras él comenzaba a acercarse.

—¡No!

—Te doy tres segundos de ventaja.

—¡Leo, haz algo! —le supliqué.

—Niños, portaos bien —dijo aburrido.

—Tres, dos… —enumeró Pol.

Salí corriendo porque sabía lo que me esperaba. Pol me persiguió mientras yo le dedicaba una retahíla de insultos. Rodeé un árbol justo cuando tiró la pelota, que conseguí esquivar por los pelos. Luego la atrapé antes que él y dejé escapar una risilla triunfal.

—¿Y si te invito a un helado y estamos en paz? —sugirió con tono conciliador.

—¡Hum! —Fingí pensármelo—. De acuerdo, lo quiero de choco…

Le di una patada a la pelota para pillarlo desprevenido, pero Pol agachó la cabeza y solo le rozó el pelo antes de estrellarse contra la ventana de un piso de la segunda planta.

—Mierda —musité angustiada justo cuando un hombre se asomó—. Mi padre me va a castigar todo el verano.

—¡Vándalos! —gritó enfurecido el hombre—. ¿Quién de vosotros ha sido?

Agaché la cabeza y di un paso al frente para asumir la culpa. Por eso me sorprendió que Pol levantara el brazo.

—He sido yo, lo siento. Voy a llamar a mis padres.

Lo miré con incredulidad por si me estaba gastando una broma. Pol sacó el móvil y telefoneó a su madre. Quise darle las gracias, pero las palabras se atascaron en mi garganta. Un intenso calor se apoderó de mis mejillas mientras Pol se apoyaba de manera despreocupada en un árbol y escuchaba sin inmutarse la bronca de aquel hombre. Su madre apareció diez minutos después, le extendió un cheque al vecino y lo arrastró del brazo. Cuando mi mirada se cruzó con la suya, le sonreí agradecida y él me guiñó un ojo.

Gabi

Hace cuatro años

«¡Yūgen, Yūgen, Yūgen!».

Desde el camerino escuchábamos al público corear el nombre del grupo. Se habían agotado las entradas, algo inusual en el debut de unos principiantes. Todo había sucedido tan rápido que aún estábamos digiriendo el éxito.

Leo buscaba desesperado la púa de su guitarra, Axel hacía ejercicios de respiración y Pol estaba eufórico porque a la entrada de la sala de conciertos se había tropezado con una fan que le había pedido que le autografiara el escote. Ahora no paraba de fardar de haber firmado unas tetas. Estaba insoportable.

—Come algo. —Mi padre me ofreció un sándwich que rechacé con un movimiento de cabeza—. Te vendrá bien tener el estómago lleno.

Acepté comer un poco para que me dejara en paz. Era evidente que todos estábamos nerviosos y lo sobrellevábamos de la mejor manera posible. Aquella mañana me había despertado vomitando. Todavía no me lo podía creer, ¡nuestro primer concierto! ¿Quién hubiera dicho que la gente pagaría por escucharnos después de haber grabado una canción para la cabecera de aquella serie que se hizo viral? En cuanto mi padre salió del camerino para hablar con el técnico de sonido, dejé el sándwich en la mesa y me miré en el espejo.

¿A quién quería engañar? No era más que una cría asustada

de dieciséis años que jugaba a ser una cantante profesional. No tenía ni idea de lo que hacía. Grabar en el estudio había sido fácil porque podía fallar y empezar de nuevo, pero ahora debía subirme a un escenario ante más de dos mil personas. ¿Y si desafinaba? ¿Y si los decepcionaba? ¿Y si me abucheaban?

—Estás acaparando el espejo —se quejó Pol.

—Todo tuyo, ídolo de masas —respondí con retintín.

—Mira quién fue a hablar, la que ayer me puso la cabeza como un bombo porque tiene cien mil seguidores en Instagram.

—¿En serio te lo tienes tan creído por haber firmado unas tetas?

—¿Quieres que te firme las tuyas?

—Buen intento para tocármelas, pero no cuela.

—Me partes el corazón —respondió con ironía.

Resoplé y me hice a un lado. No sé cómo lo hacía para estar tan seguro de sí mismo. En cambio, yo estaba que me subía por las paredes y solo quería huir. ¿De verdad estaba convencido de que el concierto saldría bien o era tan pasota que le importaba una mierda?

—¿Alguien ha visto mi púa? —gritó Leo.

—No me gusta cómo suena el bajo en la última estrofa de «Amor y furia» —dijo el perfeccionista de Axel.

—Qué guapo soy. —Pol se peinó con los dedos y le guiñó un ojo a su reflejo.

—Dios… —Me llevé una mano al pecho—. Ay, joder…

—¿Y mi púa? —preguntó Leo fuera de sí—. ¿Por qué tocáis mis cosas?

—Debería de haber trabajado más en la melodía —reflexionó Axel—. Os dije que las prisas no son buenas…

—Mierda. —Me tapé la boca y corrí al servicio. Conseguí llegar al inodoro justo a tiempo y vomité lo poco que tenía en el estómago. Alguien llamó a la puerta y murmuré con voz débil—: No puedo salir al escenario.

—Claro que puedes —contestó Pol.

Era la última persona a la que quería ver, por eso le espeté:

—Lárgate.

Pol cerró la puerta. Me arrastré hasta el lavabo y me puse de pie para enjuagarme la boca. Me sobresalté al verlo reflejado en el espejo del baño mirándome preocupado, pues había dado por hecho que se había marchado.

—Lo voy a fastidiar todo —musité con voz llorosa.

—Imposible.

Me pilló desprevenida al darme un masaje en los hombros y me aflojé sin poder evitarlo. Rompí a llorar y me abracé a él porque necesitaba que alguien me sostuviera, aunque esa persona fuera el chico de dieciséis años más egocéntrico e insoportable que conocía. En lugar de burlarse de mí, me acarició el pelo y me susurró al oído que todo saldría bien.

—Tengo miedo —le confesé—. En el estudio parecía más fácil. Pero ahí fuera no tendré una segunda oportunidad si no consigo llegar a una nota alta.

—Todos estamos asustados.

—¿Y por qué lo disimuláis tan bien?

Pol se apartó para mirarme y vi algo diferente en sus ojos. No sabría decir qué. Me sonrió de una forma que me llegó muy dentro y me puso las manos en las mejillas.

—Sin ti no habríamos llegado hasta aquí. No tienes que demostrarle nada a nadie. Tienes talento y una voz única. Has nacido para esto. —Sus palabras consiguieron hacerme sonreír a pesar de las lágrimas. Se llevó una mano a la oreja para que prestara atención. El público gritaba: «¡Gabi!, ¡Gabi!, ¡Gabi!»—. ¿Los oyes? No paran de aclamarte. Ya eres una estrella. Ahora solo tienes que creértelo.

—¿Y si lo hago mal?

—No vas a hacerlo mal.

—Pero ¿y si la cago?

—Yo estaré a tu lado —me prometió y me dio la mano—. ¿Te gusta cantar?

—Pues claro —respondí extrañada—. Más que nada en este mundo.

—No debes pedir permiso para hacer lo que te gusta. —Pol abrió la puerta del baño y me dio un empujoncito—. Sal ahí a divertirte.

Y por primera vez desde que nos conocíamos, obedecí sin rechistar.

Leo acababa de encontrar la púa en su propio bolsillo y Axel se había resignado con la melodía. Formamos un corrillo antes de subir al escenario y Leo extendió el brazo para que pusiéramos las manos encima de la suya.

—Ya sé que todos estamos un poco alterados —comenzó a decir—, pero los nervios son una buena señal porque significan que lo que hacemos nos importa.

Todos asentimos.

—Pol, eres un gran batería. Me siento muy afortunado de compartir escenario contigo —continuó mi hermano—. Axel, eres un músico muy perfeccionista y a veces nos sacas de quicio, pero gracias a tu nivel de exigencia tenemos un disco del que nos sentimos muy orgullosos. Y, Gabi, esto no te lo digo porque seas mi hermana: tu voz es una auténtica pasada.

—De otro planeta —intervino Axel.

—Cuando te escucho me pongo cachondo —añadió Pol.

Mi hermano lo atravesó con la mirada y él se partió de risa. Leo negó con la cabeza, como si fuera un caso perdido, y continuó con su discurso motivacional.

—Hoy será el principio de algo muy grande —dijo mirándonos—. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Nos lo merecemos, joder. Y, pase lo que pase ahí fuera, quiero que

sepáis que nada de esto tendría sentido si no estuvierais conmigo. Porque Yūgen no es solo música, sino la amistad que nos une y vivirá eternamente en nuestras canciones.

—¡Vamos a petarlo! —exclamó Pol.

—Desde luego que sí —añadió Axel.

—Salgamos a hacer lo que nos gusta —concluyó Leo—. Démosles el espectáculo que esperan. Todo saldrá bien mientras nos tengamos los unos a los otros. ¿Sabéis por qué? Porque sois mi familia. Y juntos somos invencibles.

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

Gabi Luna: ¿Ángel o demonio?

Tiene treinta y dos millones de seguidores en Instagram, su voz es la banda sonora de los menores de veinticinco y todas las chicas quieren ser como ella. Pero su currículum amoroso, sus escándalos con la prensa y sus salidas de tono en las redes sociales han puesto a parte de la opinión pública en su contra.

¿Somos demasiado críticos con una cantante de veinte años o, por el contrario, Gabriella Luna es una loba de ojos azules con piel de cordero?

Hagamos un repaso por las últimas noticias que ha protagonizado la vocalista de Yūgen.

El año pasado su romance con David Castell, el famoso actor de la serie *A por todas,* acabó de forma abrupta cuando tuvieron una discusión pública en Twitter que empezó cuando él la llamó «niñata inmadura» y terminó en el momento en que ella le respondió que era «un cavernícola egoísta incapaz de satisfacer sexualmente a una mujer».

Hace cinco meses, Millie Williams, que colaboró con Yūgen en el tema «Empezar de nuevo», dijo en una entrevista que trabajar con Gabi fue muy difícil: «Es cierto que tiene una gran voz, pero los artistas debemos ser humildes por encima de todo y ella carece de autocrítica».

Hace dos meses, un trabajador de la ceremonia de los Premios Goya en la que Yūgen actuó contó que ella le echó la bronca por no tener bayas de goji. «Jamás había trabajado para una estrella tan caprichosa y maleducada», dijo el empleado en una declaración exclusiva para nuestra revista. Cuando le preguntaron por el tema mientras salía de su urbanización, Gabi respondió: «¿No tenéis nada mejor que hacer, panda de buitres? No tengo la culpa de que ese pringado se cuelgue de mi fama para tener dos segundos de protagonismo».

Juzgad vosotros mismos. Nosotros tenemos muy claro que Gabi es la integrante menos simpática de Yūgen. ¡Y somos demasiado generosos si tenemos en cuenta el mal carácter que se gasta! Aunque debemos admitir que nunca nos aburrimos con ella. ¿Cuál será su próximo escándalo?

¿Será verdad que cuando se baja el telón saltan chispas entre ella y Pol?

1
Gabi

—Joder, nena…

Odio que me llamen «nena», pero lo paso por alto porque es bastante raro encontrar a un tío al que se le dé bien el sexo oral. Me gusta ponerme encima y sé que él está viendo las estrellas. En esta postura casi siempre consigo llegar al orgasmo, lo cual ya es de por sí un milagro, pues la mitad de los hombres con los que me he acostado iban a su puta bola.

—¿Quieres que me ponga arriba?

—No. —Le pongo las manos en el pecho—. Tú solo… quédate quieto.

Esboza una sonrisa patética y me entran ganas de ahogarlo con la almohada. Uf, parece un cachorrito de golden retriever babeando por una pelota. Hombres, son todos iguales. Ya está, se me ha pasado el calentón. Mierda, ahora voy a tener que fingir un orgasmo para que él no se ponga a la defensiva o se haga la víctima. Estoy a punto de gritar cuando me tapa la boca con una mano.

Pero ¿qué narices? Le pregunté si le iba el sado y me respondió que no. Como se atreva a tirarme del pelo o a intentar algo raro, lo mato.

—Shhh, por favor —me pide agobiado—. Es mi novia. Ven, tienes que esconderte.

«¿Su qué?».

—Dijiste que no tenías novia —protesto con un hilo de voz.

—Ya, bueno… —Comienza a recoger mi ropa a toda prisa—. Nos peleamos. Creí que lo habíamos dejado cuando ella me

mandó a la mierda.

—¿Creías? —replico atónita.

—Joder, las tías sois muy complicadas. Se suponía que se largaba a casa de su madre a recapacitar. Además, somos una pareja liberal.

—Una pareja liberal —repito sin dar crédito.

—Tenemos una relación abierta, pero ella todavía no lo sabe.

Toni termina de recoger mi ropa y mira desesperado a ambos lados de la habitación. De repente, me empuja hacia una puerta. Estoy tan descolocada que ni siquiera me resisto cuando me encierra en el… ¡Venga ya! ¡Acaba de encerrarme en el puto armario! Me clavo una percha en la axila mientras me pongo el jersey. Es increíble. No me puedo creer que el tío con el que ligué anoche tenga novia. De todas formas, no sé de qué me sorprendo. Tengo una especie de radar para los capullos.

—He oído voces —dice la que debe de ser su novia—. ¿Estás solo?

—Estaba viendo la tele —responde Toni tan tranquilo, como si hace medio minuto no hubiera estado debajo de mí—. ¿Y si vamos al cine?

—¿Al cine a las diez de la mañana?

Salgo del armario en cuanto termino de vestirme y la chica se sobresalta. Se lleva una mano al pecho y abre los ojos de par en par. Pobrecilla, no sé si siento más lástima por ella o por mí.

—¿Tú, qué…? —balbucea sin entender nada—. ¿Eres… Gabi Luna?

—¡Sorpresa, cariño! —exclama Toni—. La he contratado para que te cante esa canción que tanto te gusta. Como sé que eres muy fan de ella…

Me froto la cara. Dios, esto es una pesadilla.

—Mira, no —respondo agotada. Debería de estar alterada porque me ha engañado, pero no es la primera vez que un tío

me la cuela. Aunque hasta ahora no me habían encerrado en un armario—. Ni doy conciertos privados ni tienes suficiente dinero para pagarme. —Entonces la miro a ella—. Es un sinvergüenza. Te estaba poniendo los cuernos. Lo siento, me dijo que estaba soltero. Jamás le robaría el novio a otra mujer.

Toni me grita que soy una mentirosa mientras su novia le lanza todo lo que encuentra a su paso. Me largo sin mirar atrás y pido un Uber. Por suerte, no tengo que esperar mucho y el coche llega al cabo de cinco minutos, en el preciso momento en que la novia de Toni sale de la casa y se tropieza conmigo.

—Esto…

—No la pagues conmigo —le advierto irritada.

—No, qué va. En el fondo, me has hecho un favor. Ayer discutí con él porque le pillé unos mensajes subidos de tono con una chica que había conocido por Instagram. Soy una imbécil que iba a darle una segunda oportunidad. Que le den. —Me mira con timidez y añade—: Soy tu mayor fan. ¿Me firmas un autógrafo?

En serio, necesito que este día de mierda acabe ya.

Después de firmarle el autógrafo y acceder de mala gana a hacerme un selfi —voy sin maquillar, pero esta chica acaba de llevarse un desengaño y me puede la empatía femenina—, me subo al Uber y cierro los ojos con fuerza.

¿Me fijaré algún día en un tío que no sea gilipollas?

Le pido al conductor que me deje en la entrada de la urbanización porque me apetece dar un paseo. Además, hoy la prensa no me está molestando. Parece que ya se han olvidado de mi supuesto romance con Rodri, un jugador de fútbol de primera división. En fin, ya no se puede tener una noche loca sin que te adjudiquen un novio. Por lo visto, si estás soltera tu máxima aspiración en la vida debe ser buscar una pareja con la

que tener un millón de churumbeles. Grrr, que les den. En cuanto llegue a casa, voy a tomarme un ibuprofeno y luego me daré una ducha para quitarme de encima el olor de ese cerdo.

Tengo un millón de wasaps sin leer. Es curioso, mis únicos amigos son mi hermano, Axel y Pol cuando no me saca de mis casillas, pero mi teléfono siempre está rebosante de planes propuestos por personas interesadas que desconocen el verdadero significado de la palabra amistad.

¿Cómo puedo estar tan rodeada de gente y sentirme tan sola?

Voy directa al mensaje de Leo porque siempre me escribe para enviarme tiktoks de animales que me ponen de buen humor o para temas serios relacionados con el grupo. Lo echo muchísimo de menos, a pesar de que vivimos en la misma ciudad y nos vemos casi todos los días. Se mudó para vivir con Nura y, aunque me encanta verlo tan feliz, una parte egoísta de mí desearía que regresara a casa para que papá, él y yo siguiéramos siendo una piña.

Leo
Mañana tenemos reunión con los de la discográfica. ¿Paso a buscarte?

Yo
No hace falta.

Leo
¿En serio?

Yo
No seas plasta, hermanito.

Leo
Por favor, sé puntual.

Yo
Vete a hacer guarradas con Nura y déjame en paz.

Leo
Eres lo peor.

Me rio mientras camino. Leo no ha dejado de ser el mismo hermano sobreprotector que se pone de los nervios si intento

hablar de sexo con él. Para él soy una cría, a pesar de que ya tengo veinte años. Estoy a punto de doblar la esquina que conduce a mi calle cuando escucho unos gritos. A lo lejos veo a ese presentador engominado y rancio que me cae tan mal. Está dándole un paseo a su pobre carlino y le tira de la correa como si fuera un muñeco. Antes solía sacarlo a pasear su mujer, pero hace bastante tiempo que no la veo por la urbanización. No me extrañaría que se hubiera divorciado de semejante espécimen. El otro día dijo en *prime time* que él no es machista ni feminista. Ya sé que tiene que haber de todo en este mundo, pero algunos no deberían salir de la caverna en la que viven.

—¡Camina, perro idiota! —le grita.

El animal se tumba en el suelo y lloriquea cuando le tira de la correa y lo arrastra por el suelo.

—¡Eres un bobo! ¡No puedo creerme que pagara mil quinientos euros por ti!

Justo en el momento en que está a punto de darle una patada, me interpongo entre el perro y él. Ni siquiera tiene la decencia de parecer avergonzado.

—¡Te voy a denunciar por maltrato animal! —le advierto indignada.

—Mira, niña, métete en tus asuntos —responde con tono despectivo—. ¿O te echo yo la bronca cuando los periodistas se amontonan en la puerta de la urbanización y tengo que maniobrar para no atropellarlos con mi Jaguar?

¿En serio se cree que me impresiona por tener un Jaguar?

—Seguro que a los periodistas les encantará saber que le pegas a tu perro. Apuesto a que la cadena te rescindiría el contrato si el vídeo que acabo de grabar se hiciera público. —Le enseño mi móvil y me lo guardo en el bolsillo. Me estoy marcando un farol. No me ha dado tiempo a grabarlo—. Ya no te ríes tanto, ¿eh?

Se pone rojo de ira y da un paso hacia mí, pero se lo piensa

mejor y se limita a mirarme con desprecio.

—¿Sabes qué? —Me entrega la correa del perro—. Quédatelo, es un chucho inútil. Seguro que se lleva bien contigo porque parece casi tan idiota como tú.

—¡Nosotros por lo menos no utilizamos peluquín! —le grito mientras se aleja—. ¡Y tu programa apesta! ¡No lo ve nadie!

Me agacho para inspeccionar al perro, que se encoge de miedo. Aprieto los labios. Ojalá lo hubiera grabado con el móvil, pero todo ha sucedido demasiado deprisa. No parece tener ningún daño físico y lo cojo en brazos para llevarlo a mi casa. Por suerte, mi padre no llega hasta mañana de su escapada a Creta. Es alérgico a los animales y tendré que buscarle un hogar —al perro, no a mi padre—, pero hasta entonces puedo cuidar de él.

—Bueno —digo al llegar a casa—, vamos a ver qué te puedo dar de comer.

Le desabrocho el arnés y el perro sale disparado a esconderse debajo del sofá. Voy a la nevera y rebusco entre las salchichas veganas, el queso fresco y los palitos de zanahoria hasta encontrar un paquete de taquitos de pavo. Le pongo un cuenco con agua y me echo un puñado de pavo en la mano.

—¡Vamos, ven! —lo animo—. No sé tu nombre, pero eres un carlino muy bonito. Te pareces al perro de *Pocahontas*. ¡Ya lo tengo! Te voy a llamar Percy, como el perrito de la película. Será tu nombre provisional hasta que te encuentre un dueño, ¿qué te parece?

Me tumbo en el suelo y extiendo el brazo para acercarle el pavo. El perro asoma la cabeza y lo olfatea, pero no se atreve a salir de su escondite.

—Te entiendo. Has tenido un mal dueño. —Me pongo de pie y busco el cojín más mullido del sofá. Se lo dejo cerca de su escondite para ganarme su confianza y luego busco otro cuenco para la comida—. No tienes nada que temer, Percy. Te prometo

que no soy tan mala como me pintan. La historia de las bayas de goji es mentira. A lo mejor fui un poquito borde cuando me pidió una foto, pero estaba de mal humor porque el día anterior pasé toda la noche tirada en el aeropuerto de Londres, ya que cancelaron todos los vuelos por mal tiempo. Además, se supone que ese camarero debía hacer su trabajo en lugar de pedir fotos a todos los famosos con los que se tropezaba. ¡Ni siquiera me gustan las bayas de goji! Las probé una vez y saben a pasas. Y odio las pasas.

Percy ladea la cabeza. Vaya, no sé si ha entendido algo de lo que le he dicho, pero me está prestando atención. Ay, qué mono es. Ya sé que no debería encariñarme con él. Mi padre nunca me ha permitido tener una mascota por culpa de su puñetera alergia. Al menos, lo trataré bien hasta que le encuentre un nuevo dueño.

Me voy al baño con la esperanza de que el perro salga de su escondite. Me doy una larga ducha y canto a pleno pulmón cuando nuestro último éxito comienza a sonar en la radio.

Ya no me resigno
ni pido permiso.
Soy un espíritu libre,
un corazón en llamas,
la chica que no da últimos avisos.

Ahora perdono,
pero no olvido.
Ya no me quedan segundas oportunidades,
las gasté todas contigo.

Ya no me conformo ni me resto
ni suplico.
Soy un espíritu libre,
un corazón en llamas,

la chica que no da últimos avisos.

Da igual que sea Gabi Luna, una cantante que se sube a un escenario delante de miles de personas. Me encanta cantar debajo de la ducha y no me molesto en afinar. Sienta de maravilla ser una chica que puede equivocarse sin que todo el mundo se crea con derecho a juzgarla.

A veces, lo único que necesitas para sentir que todo encaja es dejar de ser una impostora.

2
Pol

«Joder, qué me gusta venir a Sevilla…».

Lola —o Inma, me cuesta distinguirlas en este momento— me da un mordisco en el cuello y se lo devuelvo con un cachete en el trasero. Suelta una risilla. Las conocí anoche en un pub al que fui con unos colegas. Lola, la más atrevida, empezó a lanzarme miraditas desde la otra punta del local y le pidió a un camarero que me entregara su número de teléfono. Cinco minutos después nos estábamos enrollando en el baño y entre beso y beso me preguntó si me importaba que su amiga se uniera a la fiesta. «Nos gusta hacerlo todo juntas», me explicó con una sonrisa traviesa. Y aquí estamos, los tres en la cama de la suite del hotel en la que me alojo, no sin antes haberle explicado a Lola que no tengo pensado llamarla porque no busco nada serio. Las cosas claras. Paso de movidas. Para echar un polvo no hace falta ser un capullo que no va con la verdad por delante.

—Madre mía… —dice Inma. Creo que es ella porque su pelo negro me hace cosquillas en la barbilla—. Estás más bueno que en la tele.

Ya he dejado de preguntarme si las mujeres se me acercan porque me encuentran atractivo o si solo lo hacen para saber lo que se siente al acostarse con el batería de Yūgen. Lo único que quiero es pasarlo bien, dormir acompañado durante unas horas y olvidarme de todo.

—Por favor… —me suplica Lola cuando la atormento con la lengua—, no seas malo…

Saco la cabeza de entre sus piernas para dedicarle una sonrisa socarrona y ella emite un gruñido de protesta.

—¿Te parece que soy malo?

Inma aprovecha que su amiga no consigue encontrar su voz para besarme. Me caigo bocarriba en el colchón y de repente somos una maraña de extremidades enredadas. Me gusta el sexo sucio. Me encantan los tríos. Me pone hacer disfrutar a las mujeres con las que me acuesto y que se marchen al día siguiente con un buen recuerdo de mí. Me gusta ser bueno, malo o lo que ellas quieran que sea. Me gusta la intimidad de la piel, las mentiras susurradas a media voz y sentir hasta que me quedo vacío.

—¿Podemos quedarnos a dormir? —pregunta Inma mientras se acurruca con su amiga.

—Claro —respondo—. Tengo que salir a las diez de la mañana. Pediré que os suban el desayuno a la habitación y os dejen utilizar el spa. Si queréis que os den un masaje, decid que lo carguen a mi cuenta.

Lola me acaricia el pecho con un dedo.

—Qué mono eres. —Apoya la cabeza en mi hombro y bosteza—. Ya sé que has dicho que no ibas a llamarme, pero si cambias de opinión…

«No voy a cambiar de opinión».

Se quedan dormidas al cabo de unos minutos. No las culpo. Lo hemos dado todo y deben de estar agotadas. Me aparto con cuidado para no despertarlas y salgo de la cama.

«Mono».

Cómo se nota que no me conoce…

Me encierro en el baño para darme una larga ducha de agua caliente. Apoyo las manos en la pared de azulejos y cierro los ojos. El agua resbala por mi espalda y se me escapa un suspiro de agotamiento. Ya ni siquiera me prometo que voy a dejarlo. Todavía estoy avergonzado por lo que sucedió hace algo más

de un año en el concierto de Madrid. Desde entonces he tenido más cuidado y no consumo antes de salir al escenario. No lo hago por mí. Me da igual lo que me pase. Pero mis amigos no se merecen que los deje en evidencia. No quiero que mi mierda les salpique. Es solo que, a veces, siento que el mundo sería un lugar mejor sin mí. O la vida se me hace muy dura. No lo sé. Me resulta complicado poner en orden mis sentimientos. Lo único que tengo claro es que en ocasiones me apetece desaparecer, aunque solo sea durante un par de horas, porque todo se me hace cuesta arriba.

Preparo un par de rayas de ketamina en el lavabo. Juro que por un instante, al mirarme en el espejo, siento tanto desprecio por mí mismo que estoy a punto de barrer el polvo blanco de un manotazo. Soy un tío de veintiún años que tiene más dinero del que puede gastar y se dedica a lo que le gusta. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué me destruyo? ¿Por qué no puedo ser como Leo y Axel, enamorarme de una buena chica y adoptar un perro? Por desgracia, no soy tan fuerte y sucumbo a la tentación.

La droga tarda muy poco en hacer efecto. Me tambaleo de regreso a la cama. Tengo las extremidades entumecidas y al tumbarme siento que floto. No sé si estoy soñando o he muerto, me da igual. Todo es tan ligero, tan fácil…

—Buenos días, dormilón —dice una voz femenina y melosa.

Alguien me acaricia el pelo. Me tumbo de lado para seguir durmiendo y ella se ríe. Lo malo de colocarme es que al día siguiente no puedo con mi cuerpo. Es como si me hubiera atiborrado a benzodiacepinas. Me pesan los párpados y me cuesta hilar un pensamiento coherente.

—¿Qué hora es? —consigo preguntar.

—Ni idea. Subieron el desayuno a la habitación, pero estabas tan guapo dormido que nos dio pena despertarte. Luego nos

largamos al spa. Pensamos que te habrías marchado, pero acabamos de llegar y aquí estás.

Me siento de golpe y me sobreviene un mareo.

«Mierda».

Me agarro a la mesita de noche para ponerme de pie y cojo mi teléfono. Joder, son las once y media de la mañana. Hace una hora que debería estar con el grupo. Me visto a toda prisa con la ropa que encuentro desperdigada por el suelo y asumo la bronca que me va a caer. Soy un puto desastre.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

Imagínate que vas a visitar a tu novio y de repente
sale Gabi Luna del armario

Noche de sábado. Gabi Luna se divierte en una conocida discoteca de Sevilla como cualquier chica de veinte años. Conoce a un chico, se gustan y van a la casa de él. A la mañana siguiente, nuestro reportero la espera a la salida para hacerle unas fotos. ¿Y qué nos encontramos? A la vocalista de Yūgen con cara de no haber pasado precisamente un buen rato tras cruzarse con la novia de su nuevo ligue. Nuestro intrépido reportero habló en exclusiva con la chica, que ha preferido permanecer en el anonimato. «La verdad que fue maja conmigo e incluso quiso hacerse una foto. Gracias a ella por fin he abierto los ojos. ¿Qué culpa tiene de que mi ex la haya engañado igual que a mí?», explicó a nuestra revista. Sin embargo, Toni, su exnovio, no tuvo buenas palabras para la cantante: «Por supuesto que Gabi sabía que tenía novia, pero le dio igual cuando me entró en la discoteca. A ver, ya sé que lo he hecho mal, pero no todos los días tienes la oportunidad de ligar con una estrella del rock».

Tenemos dos versiones. ¿Cuál es la verdadera? ¿Gabi se lio adrede con un chico con novia o no tenía ni idea de que estaba comprometido? Desde luego, no sería la primera vez que la cantante se encapricha de un tipo que ya está pillado. Quizá salgamos de dudas cuando Toni se siente en un conocido plató de televisión para contar su tórrida noche de pasión con la vocalista…

3
Gabi

Estoy que echo humo al llegar a la reunión. A la salida de la urbanización me he encontrado con una marabunta de paparazis que golpeaban la ventanilla del coche. El chófer ha tardado más de diez minutos en salir porque no se quitaban de nuestro camino. Al final he perdido la paciencia, he bajado la ventanilla y les he gritado que se apartaran de una puta vez. Dios, no me siento orgullosa, pero esta mañana me he despertado con un aluvión de wasaps y mi foto en la portada de una revista. Salgo despeinada, con mala cara y el jersey puesto del revés. Por supuesto, los memes en Twitter en los que aparezco encerrada dentro de un armario no se han hecho de rogar. Incluso se han inventado una página web, www.liberadagabiluna.es. Por el módico precio de un euro puedes jugar a un *escape room* online en el que tienes que acertar preguntas relacionadas con Yūgen para liberarme.

Genial, ahora soy el hazmerreír de media España.

—Venga, Gabi —intenta animarme Axel—. No les eches cuenta.

Las frases estándares de mis amigos cuando la prensa me acosa son: «No les eches cuenta» o «Se olvidarán del tema muy pronto». Pero estoy agotada de que los periodistas me sigan a todas partes e indaguen en mi vida privada como si no tuviera derecho a la intimidad. No sé qué esperan de mí. ¿Que sea perfecta? ¿Que no cometa errores? Que, si tengo la mala suerte de equivocarme, ¿me arrastre públicamente para pedir unas disculpas que no siento?

Ya sé que una mentira no te define, pero eso no impide que las críticas crueles no puedan dolerte, pues a veces las palabras hacen más daño que los golpes.

—Papá se va a cabrear cuando vea al perro —dice mi hermano para cambiar de tema.

—Se llama Percy —lo informo.

—Has dicho que no te lo ibas a quedar.

Abrazo a Percy contra mi pecho. Ayer conseguí que saliera de debajo del sofá. Después de comer pavo, se tumbó a los pies de mi cama y le hice una foto que he puesto de perfil en WhatsApp.

—Le he cogido cariño. —Le rasco entre las orejas y comienza a roncar.

—¿En menos de veinticuatro horas? —se burla.

—También te tengo cariño a ti, que te huelen los pies.

Leo me mira ofendido.

—Eso es mentira, enana.

—Jo, mira qué carita tan adorable tiene. —Observo su hociquito negro, las orejas marrones y las arruguitas del cuello. Es un precioso carlino de color canela con cara de bueno—. ¿Por qué no te lo quedas?

—Tengo dos gatos y un perro. Ya somos familia numerosa.

—¿Axel? —pregunto esperanzada.

—Lo siento, Django es un viejo cascarrabias y no lo aceptaría.

Suspiro desanimada. Esperaba convencer a alguno de los dos porque así podría visitar a Percy siempre que quisiera. Cojo mi teléfono para comprobar que continúan los cotilleos sobre mí. Soy *trending topic,* pero me esfuerzo por mantenerme al margen. Sé que mi hermano y mi padre me echarán la bronca si entro al trapo, pero me está costando un mundo pasar del tema. ¿Por qué una persona anónima tiene derecho a defenderse, mientras que yo debo agachar la cabeza mientras

dicen mentiras sobre mí?

—¿Dónde coño se ha metido Pol? —pregunto hecha una furia—. Hace más de una hora que debería haber llegado.

—Viene de camino. Se ha quedado dormido —me explica Axel.

—Voy a llegar tarde a la sesión con la revista. Me piro si no está aquí dentro de cinco minutos.

Hoy tengo una sesión de fotos para *Vogue*. El mes que viene salgo en la portada. Se podrán decir muchas cosas de mí —algunas ciertas y otras no—, pero soy una profesional puntual que lo da todo en el escenario y siempre cumple con sus compromisos laborales.

—¿Para qué es la reunión? —exijo saber—. Podríamos habernos reunido por Skype.

Antes de que mi hermano pueda responder, Pol aparece con cara de haberse corrido una buena juerga. Típico de él, divertirse con la primera tía que se le cruza por delante mientras los demás lo esperamos. Estoy furiosa por su falta de formalidad. Me cabrea que pueda pasárselo bien sin preocuparse por las consecuencias, mientras que a mí me lapidan en las redes sociales. Y necesito tanto descargar mi frustración con alguien…

—¡A buenas horas! —le recrimino.

Pol me ignora y va hacia el minibar para coger una botella de agua que se bebe de un trago. Luego se sienta en el sofá más alejado de mí. No sé si me molesta más que pase de mí o el hecho de que estoy convencida de que se ha vuelto a meter cualquier mierda.

—¿Ni siquiera vas a poner una excusa? —le ladro.

—Ya le dije a Axel que me he quedado dormido —responde sin mirarme.

—Ya, claro. A otra con ese cuento.

—No tengo ganas de discutir contigo, Gabriella. —Solo me

llama así cuando está enfadado—. Vamos a dejarlo.

—El mundo no gira a tu alrededor, cretino. Dentro de media hora he quedado con el fotógrafo para una sesión de fotos y voy a llegar tarde por tu culpa.

—¿Otra sesión? —replica con tono mordaz—. En la última sales muy guapa.

—¡Idiota! —le grito cabreada.

—Olvídame.

Leo se pone de pie y separa los brazos como si fuera un árbitro.

—Por favor, no empecéis.

—Díselo a él. Se presenta una hora tarde y ni siquiera pide disculpas.

—¿Acaso pediste disculpas cuando la discográfica tuvo que sacarse de la manga una campaña de marketing para que no nos llovieran palos porque tú insultaste a nuestros fans? —me recuerda Pol con aspereza.

—Supéralo, hace casi un año. Y gracias a mi salida de tono Axel conoció a Lila.

—Lo de tu ego es de otro planeta.

—Yo por lo menos no…

Me quedo callada cuando se abre la puerta y un mandamás de la discográfica aparece en la sala. Normalmente, tenemos las reuniones en Madrid, pero vamos a empezar a componer el próximo disco y han aprovechado que todos estamos en Sevilla para citarnos.

—Hola, Julio. —Leo le estrecha la mano.

Soy la única que no se levanta para saludarlo. Siempre me ha parecido un gilipollas condescendiente y no estoy de humor para fingir que me cae bien.

—¿A qué se debe la reunión? —pregunto impaciente—. Tengo prisa.

Julio sonríe con tirantez. Es un cuarentón casado y padre de

dos niños. Aunque eso no le impidió tirarme los tejos hace dos años en una reunión en la que nos quedamos a solas y yo lo mandé a la mierda. Desde entonces finge que le parezco una niñata. Es uno de esos tíos que, si lo rechazas, se comporta como si estuvieras loca o fueras lo peor.

—El equipo de marketing está preparando el lanzamiento de vuestro próximo disco y han pensado que una colaboración es justo lo que…

—Dijimos que nada de colaboraciones —lo interrumpo con acritud.

Hace tiempo colaboramos con Millie Williams y la cosa estuvo a punto de acabar en los tribunales. Ahora ella se ha desquitado hablando pestes de mí. No quiero trabajar con otra estrella a la que le dé por acosar a Leo o ponerse a lloriquear porque mi voz es más grave que la suya.

—Sam es una cantautora emergente muy querida por el público. Creemos que una colaboración sería muy positiva para todos. Ella también es de Sevilla y tiene un estilo fresco. Sus letras son reivindicativas, calan entre el público y el año pasado ganó un premio MTV EMA…

—¿Sam? —pregunto sin saber a quién se refiere.

—Samantha Jordan —me explica Leo—. Me gusta su música.

—A mí también —concuerda Axel.

Se me escapa un resoplido de risa.

—¿En serio? ¿Esa recién llegada? —Estoy atónita. Ni siquiera me sé ninguna canción suya. La conozco de pasada. Se hizo famosa por subir *covers* de otros artistas a YouTube—. Nosotros ya hemos cruzado el charco. Venga ya, el año pasado rechazamos colaborar con Olivia Rodrigo. ¿Y ahora vamos a plantearnos hacerlo con esa pringada? Saldría ganando por goleada. No me parece justo que nos sugiráis trabajar con ella solo porque habéis invertido en su carrera y no acaba de despegar. No nos utilicéis para vuestros tejemanejes

comerciales.

—Bueno —responde Julio—, en mi opinión la colaboración sería positiva para…

La puerta se abre de par en par y una chica alta, bronceada y de larga cabellera castaña rizada se asoma. Pol se empieza a reír. Tardo un segundo en reconocerla y pongo los ojos en blanco. ¿Estaba escuchando detrás de la puerta? Lo que yo digo, una pringada de los pies a la cabeza.

—Déjalo, Julio —dice Samantha con tono crispado—. No necesito que semejante diosa de la música me haga ningún favor.

Julio va detrás de ella y nos pide que esperemos. Ni de coña voy a quedarme aquí sentada. Si no salgo ahora, llegaré tarde a la sesión de fotos. Leo y Axel me ofrecen sendas miradas reprobadoras. Pol, por el contrario, está repantingado en el sofá.

—Si es que no me equivoco, diosa de la música. Tienes un ego descomunal.

Me llevo una mano al pecho y hago un puchero mientras finjo estar muy afectada. Luego cojo a Percy para meterlo en el bolso y Pol frunce el ceño al verlo.

—¿Tienes un perro? —No me deja responder—. Pobre animal. No debería estar permitido que te dejen cuidar de otro ser vivo.

—¿Por? Ya tengo experiencia cuidando chuchos. Desde los diez años. Aunque te portes mal y todavía no hayas aprendido a dar la patita.

—Te crees muy graciosa, ¿eh?

—¿Quieres una galletita?

—En el fondo, te encantaría que fuera un perro al que pudieras ponerle una correa. Así no tendrías que esforzarte tanto para llamar mi atención.

—Uuuh, alguien se ha picado. —Lo señalo con un dedo y

miro a Percy—. Le puedes morder. Es casi tan tonto como tu antiguo dueño.

Leo se pone de pie justo en ese momento y se frota la cara.

—Ve a pedirle perdón a Sam —me ordena.

—No eres mi padre —le espeto—. No tengo la culpa de que estuviera escuchando detrás de la puerta.

—Se llama Samantha y es una artista con mucho talento.

«Si llimi Siminthi y is ini irtisti quin michi tilinti».

—¿De verdad quieres trabajar con otra Millie Williams? —pregunto atónita.

—No es Millie —interviene Axel—. Lo sabrías si te hubieras tomado la molestia de conocerla.

—Ah, entiendo. —Aprieto los dientes—. Tú y mi hermano ya habíais hablado del tema.

—La conocimos por casualidad en el pueblo de mis abuelos. —Axel le resta importancia—. Leo y Nura vinieron a darle una sorpresa a mi *amona* y resulta que Sam estaba allí visitando a unos amigos de su familia. Dio un concierto improvisado en el restaurante de mis abuelos. No fue nada premeditado. Sinceramente, nos flipó su música y pensamos que sería una buena colaboración, por eso quedamos en hablar del tema cuando regresáramos a Sevilla. No ha sido una imposición de la discográfica.

—¡Y yo debía saberlo porque soy adivina! —me quejo—. ¿Por qué no me lo habíais contado?

—Porque sabíamos que te pondrías a la defensiva —responde mi hermano.

—Os dije que se pondría hecha una furia —dice Pol.

—¡Ah, él también lo sabía! —Exploto. No doy crédito. Esto es peor que si nos la hubiera impuesto la discográfica. Soy la única que no sabía de qué iba la reunión. Estoy acostumbrada a que me subestimen, pero esto es el colmo—. Total, ¿quién soy yo? ¿La vocalista? ¿La tonta que no se entera de nada y se

limita a cantar lo que le ponen por delante?

—Si no te lo dijimos fue porque… —comienza a decir Leo.

—Idos a la mierda —le espeto—. No soy vuestra marioneta. Si voy a cantar con alguien, me gustaría ser la primera en estar al tanto. ¿Es mucho pedir? ¿Sabéis qué? Me largo. Llego tarde a una sesión de fotos en la que mi opinión sí cuenta.

—Gabi, espera, por favor —me pide mi hermano con suavidad—. No pretendíamos…

—¡Que me sueltes!

Me zafo de su agarre con tan mala suerte que le doy un manotazo al zumo de arándanos que hay en la mesa. Miro hacia abajo y compruebo que tengo una enorme mancha morada en el centro de la blusa blanca. No puedo presentarme así. Respiro hondo y todos me observan paralizados. Sé que tienen miedo de mi reacción y eso me enfurece aún más. ¿En serio me ven como una persona con la que no se puede razonar? ¿Tan mala soy? Salgo como una exhalación en dirección al baño y me percato de que tengo los ojos vidriosos cuando me miro al espejo.

Es imposible gustar a todo el mundo. Lo sé. Pero ¿y si, aunque seas tú misma, no le gustas a nadie, ni siquiera a las personas que se supone que te quieren? ¿Y si al mirarte al espejo ves a una persona tan rota que te entran ganas de ser la chica que todos quieren que seas? ¿Cómo se vive cuando eres imperfecta? ¿Hay un manual de instrucciones que te enseñe a dejar de meter la pata?

4
Gabi

Meto la blusa debajo del grifo, echo un poco de jabón de manos en la mancha y froto para limpiarla. Cinco minutos después, comprendo que solo lo estoy empeorando y suspiro resignada.

—¡Vengo en son de paz!

Pol entra en el baño y se queda paralizado al verme desnuda de cintura para arriba. Me encanta ir sin sujetador y no me he molestado en ponerme nada debajo de la blusa. Ventajas de tener poco pecho. Su expresión consternada me hace tanta gracia que me apoyo en el lavabo y esbozo una sonrisa triunfal. Durante unos segundos está tan conmocionado que me mira sin pestañear. Sus ojos se oscurecen hasta que no se distingue la pupila del iris. Su boca se entreabre y confirmo algo que ya sabía: le pongo muchísimo.

—Joder, Gabi —farfulla nervioso. Se da la vuelta y carraspea —. ¿Por qué no te has encerrado en una de las cabinas?

—Podrías haber llamado a la puerta —respondo encantada de verlo tan afectado.

—¡Que conste que no quería verte las tetas! —exclama alterado.

—Pues bien que te han gustado.

—Ni una palabra a Leo —dice sin responder a mi comentario. Bah, me da igual. Ambos sabemos que tengo razón —. No quiero que piense que lo he hecho a posta.

—Eres adorable cuando te sonrojas…

Corto la distancia que nos separa y le acaricio el hombro. Pol se sobresalta y masculla una palabrota.

—Gabi, para —me ordena con voz ronca—. Lo que nos faltaba es que tu hermano entrase y diese por hecho algo que no es.

—Con la de tetas que habrás visto y te pones nervioso por ver a tu amiga en toples —digo juguetona mientras lo acaricio.

—No estoy nervioso —me aclara indignado, y da un paso para alejarse de mí—. Estoy incómodo porque te conozco desde los diez años. Venga, vístete para que pueda darme la vuelta.

—Mi blusa está manchada de zumo de arándanos.

Pol se quita la cazadora de cuero y me la entrega sin girarse. Me río sin dar crédito. Tiene una colección de cazadoras y les tiene más aprecio que a la mayoría de las personas que conoce.

—¿En serio?

—Por favor, Gabriella.

No puedo resistir la tentación de darle un beso en la mejilla. Pol se tensa y aprieta la mandíbula. Atormentarlo es mi deporte favorito. Él suele provocarme con comentarios subidos de tono y no puedo desperdiciar la oportunidad de ponerlo en su sitio.

—Suplícame un poquito más.

Niega con la cabeza y sé que está esbozando una media sonrisa de las suyas.

—Gabi…

—¿De verdad quieres que me vista? —lo provoco.

—¿Quieres que te diga que no?

—Prefiero que te des la vuelta. Delante de Axel hago toples en la playa y él no tiene ningún problema. ¿Sabes por qué? —Me inclino hacia él y le susurro al oído—: Porque solo me ve como una amiga.

Pol se da la vuelta de golpe y me coge desprevenida, entonces me echa la cazadora por encima de los hombros sin despegar los ojos de los míos. Como si quisiera demostrarse a sí mismo que puede ser bueno cuando se trata de mí. Parecía que quería darme a entender que jamás va a suceder nada entre

nosotros.

—Devuélvemela mañana.

—Me queda mejor que a ti.

—Tienes razón —responde sin dudar—. Pero devuélvemela de todos modos.

De mala gana, meto los brazos por debajo de la cazadora de cuero. Uf, huele a él. Debería estar prohibido que un hombre oliera tan bien. Pol respira aliviado ahora que vuelvo a estar vestida.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—Ahora te ha entrado prisa… —Se apoya en la pared y se cruza de brazos. No me explico cómo es posible que me resulte tan atractivo con una simple camiseta blanca y unos vaqueros. Pol tiene algo que la mayoría de la gente busca y nunca llega a encontrar. No es el más guapo del grupo y, aun así, es el favorito de nuestras fans. Su pelo negro y su sonrisa de canalla han roto muchos corazones—. Venía a ver qué tal estabas.

Pongo mala cara.

—¿Tú qué crees? Cabreada porque nunca contáis conmigo.

—Yo quería decírtelo, pero Leo y Axel pensaron que no te lo tomarías bien y prefirieron hablarlo en una reunión formal. No lo han hecho con maldad. Ninguno de nosotros te presionaría para que aceptaras una colaboración. —Lo miro con escepticismo y pone los ojos en blanco—. Venga, Gabi. ¿De verdad necesitas que te diga lo valiosa que eres para el grupo?

—Pues sí.

—Eres increíble.

—No me digas lo que necesito oír.

—Eres increíble —repite con vehemencia poniéndome las manos en los hombros—. Aunque negaré haberlo dicho si alguien me pregunta. Tengo una reputación que mantener.

Nos reímos. Me saca de mis casillas y, sin embargo, aun así tiene la habilidad de hacerme sonreír cuando más lo necesito.

Ese es Pol. Mi *amienemigo*. Supongo. No lo sé. Nunca tengo nada claro si se trata de él.

—Pero no venía a preguntarte por la colaboración con Sam. —Me da un apretón cariñoso en el brazo—. Siento lo de las fotos. No debería haberte atacado con eso.

—Ah. —Me encojo de hombros para fingir que no me importa—. Da igual.

—Te conozco desde hace diez años. Sé que no te da igual.

—Me tengo que ir —respondo con aspereza.

Pol me pilla desprevenida al darme un abrazo. Me encantan sus abrazos. Son cálidos y me aprieta como si no quisiera soltarme. Y huele… Ay, Dios, huele de maravilla. A Hugo Boss, a escapadas en moto y a besos robados en la última fila de un cine; lo que, sin duda, es una combinación muy peligrosa y excitante. Escondo la cabeza en su pecho y me da un beso en el pelo. Se me escapa una sonrisa y me arden las mejillas. A veces, un abrazo es todo lo que necesitas para sentirte mejor.

—¿Por qué me abrazas, tonto? —pregunto para disimular lo mucho que me gusta que lo haga.

—Nico me da abrazos cuando estoy triste y siempre funciona.

«Ay, Nico. Adoro a su hermano».

—Tengo que irme…

—¿No te habrás excitado?

—¡Imbécil! —Le doy un golpe en el brazo y se parte de risa —. Por un segundo casi me olvido de que eres lo peor.

—Fingiré que me lo creo.

Esboza una sonrisa ladina. Ahí plantado, con su camiseta blanca y el pelo despeinado, me parece el tío más atractivo y complicado que he conocido nunca. Salgo del baño tras dedicarle una peineta y me recuerdo que solo somos amigos. Nunca entenderé por qué nos gustan tanto las personas difíciles. Quizá tenemos la esperanza de desentrañarlas como si

fueran un acertijo al que no podemos resistirnos.

El chófer me espera a la salida de la oficina. A lo lejos, una acalorada Sam discute con Julio y se queda callada al verme. Me atraviesa con la mirada antes de darse la vuelta. En fin, si Leo y Axel tenían ganas de colaborar con ella, definitivamente he arruinado sus planes. Que se jodan. Se lo tienen merecido por excluirme.

5
Pol

Mierda, me he empalmado.

«Gabriella, Gabriella…, vas a acabar conmigo».

Lo mío con Gabi viene de tan lejos que todavía no sé cómo he logrado mantener la polla dentro de los pantalones cuando estoy cerca de ella. A los quince años me sacaba de quicio, pero me di cuenta de que los tíos intentaban ligar con ella. Y eso me molestó porque, joder, de no haber sido la hermana de mi amigo yo también me habría puesto a la cola para besar el suelo que pisaba.

Sé que es normal y tampoco me rayo por desearla. Cualquier tío heterosexual se sentiría atraído por Gabi. Es una rubia bajita y guapísima de grandes ojos azules. Si no fuéramos amigos, habría solucionado esta atracción hace bastante tiempo. Sé que a ella también se le ha pasado por la cabeza. Pero es Gabi. La conozco desde que éramos unos críos. Las compañeras de trabajo son intocables y las amigas, sagradas.

Me echo agua fría en la cara para intentar quitarme de la cabeza la imagen de sus pechos pequeños, redondos y firmes. Debería sentirme culpable por haberla mirado como un baboso. En mi defensa diré que me ha pillado desprevenido y en cuanto he recordado que se trataba de Gabi me he dado la vuelta como el caballero que nunca seré.

Al cabo de unos minutos en los que consigo tranquilizarme, regreso a la sala para hablar con Leo y Axel.

—Se ha ido bastante mosqueada —les informo.

—Qué novedad —responde Leo con retintín.

Me duele la cabeza y lo único que me apetece es regresar al hotel para echarme una siesta. Me cabrea que Leo trate a su hermana como si fuera una niña que no puede tomar sus propias decisiones. Todos sabemos que Gabi tiene mucho carácter, y eso no significa que su opinión no merezca ser tenida en cuenta como la de los demás.

—Te dije que hablases con ella antes de organizar la reunión —la defiendo.

—Se ha pasado tres pueblos con Sam.

—Esa es otra historia. Una cosa no quita la otra. Además, ¿qué esperabas? Era la única que no sabía de qué iba el tema. Te recuerdo que tú solías cabrearte con tu padre cuando tomaba decisiones sin consultarnos.

—No hemos tomado ninguna decisión —se justifica.

—Pol tiene razón —admite Axel—. Deberíamos habérselo consultado antes de organizar la reunión.

—Ponte en su lugar —le digo a Leo—. A ti tampoco te hubiera gustado ser el último en enterarte.

—Y pensar que hace cinco minutos os estabais peleando —contesta sin dar crédito.

Estoy a punto de responderle que mis discusiones con Gabi no son asunto suyo, por muy hermano mayor que sea, justo cuando Sam entra en la sala. Axel y Leo ponen cara de circunstancia y la observo con curiosidad. Por su expresión tensa, ya sé lo que va a decir antes de que abra la boca.

—Disculpad, no pretendía interrumpiros, pero me voy ya y no quería marcharme sin deciros que me encantaría colaborar con vosotros.

—Eso es genial, Sam —responde aliviado Leo—. Estoy convencido de que juntos podemos crear un buen tema.

—Ya. —Ella esboza una mueca tensa—. A eso iba. Sé que estoy a punto de rechazar una gran oportunidad porque, como bien dijo Gabi, sois mucho más conocidos que yo. Pero ni

pretendo colgarme de vuestra fama ni voy a trabajar con alguien que me ha llamado pringada. De verdad que lo siento, chicos. Habría estado guay colaborar con vosotros.

Sam se marcha sin esperar la respuesta de Leo y este suspira resignado. Entiendo lo que ha visto en ella. Es una compositora con un aire fresco. Una chica que parece sensata y con la que sería muy fácil trabajar.

—En fin… —Me pongo de pie porque estoy deseando volver a acostarme—. Nos vemos mañana para empezar a componer el disco.

—Te llevo —dice Leo—. El hotel me pilla de paso.

En cuanto subimos a su coche, sé lo que me espera. Leo se toma al pie de la letra lo de ser el líder del grupo. Se cree que puede darnos consejos sobre todo. Lo miro de reojo e inspiro hondo.

—Suéltalo ya.

—Sé que has vuelto a recaer —dice con tacto.

—Venga, Leo —respondo a la defensiva—. No eres mi padre.

—Tengo derecho a preocuparme por ti.

—Te he dicho miles de veces que no te metas en mi vida.

Leo frena en un semáforo en rojo y se gira para mirarme. Sus ojos destilan preocupación y me odio por ser el causante de ella. Lo malo de destruirte a ti mismo es que arrastras a las personas que quieres en tu caída.

—Hoy has llegado una hora tarde.

—Me he quedado dormido.

—Porque anoche te metiste algo.

—Mira, tío —abro la puerta del coche—, paso de escucharte. Tú también metes la pata y no te doy la brasa.

—Venga, Pol. No te vayas.

—Pediré un taxi. —Me desabrocho el cinturón—. Ya sé que tengo un problema, pero no eres nadie para solucionarlo.

—¿Nadie? —responde dolido—. Soy tu amigo.

Salgo del coche y ni siquiera me vuelvo para mirarlo al cerrar la puerta. Leo se ve obligado a avanzar con su coche porque un conductor le pita cuando el semáforo se pone en verde. Y me quedo allí solo, consciente de que me estoy arruinando la vida, y sintiéndome una basura de ser humano por hacerle daño a mis amigos.

Al final doy un paseo hasta el hotel para despejarme. Tengo cinco wasaps de mi hermana que ignoro porque lo último que me apetece es tener una bronca con ella. La verdad que para ser un tío cero conflictivo últimamente se me da de maravilla discutir con las personas a las que quiero. De camino al hotel me tropiezo con una tienda de alquiler de motos. He dejado mi Harley-Davidson en Barcelona y voy a pasar bastante tiempo en Sevilla, por lo que entro para alquilar una y poder moverme a mis anchas por la ciudad sin depender de un taxi. Salgo al cabo de veinte minutos subido en una BMW de 1000 c. c. No es mi Harley, pero me servirá. Me encanta montar en moto, sentir la velocidad y gastar rueda. Casi logro olvidarme de mis problemas y del desprecio que siento por mí mismo. Es como una losa de hormigón que me aplasta el pecho y me recuerda que a los que me rodean les iría mejor sin mí. Soy muy consciente de que mis problemas no se van a solucionar por mucho que los ignore. Y, a pesar de todo, no dejaré de ser un puto desastre que va cuesta abajo y sin frenos.

Fragmento de la revista *¡Viva la Música!*

El chico malo de Yūgen

Se llama Pol Casals y es el *bad boy* del momento. El batería de Yūgen tiene una legión de fans y es, según la encuesta de nuestra web, el integrante más querido del grupo. Sus cazadoras de cuero y su rollo de motero rebelde tienen enamoradas a las seguidoras de la banda. Está soltero y cada semana aparece en la portada de alguna revista con una nueva conquista. Modelos, actrices, *influencers*… Nadie se resiste a su encanto.

Es guapo, rico y simpático con la prensa y sus fans. No obstante, no todo iban a ser cosas buenas. Hace más de un año, el batería tuvo un percance en un concierto en Madrid. El público lo abucheó y el grupo emitió un comunicado explicando que había sufrido una bajada de tensión. Sin embargo, una fuente anónima explicó a esta revista que Pol tiene ciertos vicios y que sus compañeros están muy preocupados por él.

¿Es el chico malo del momento otro juguete roto? ¿Volverá a repetirse lo sucedido en Madrid en la próxima gira de la banda?

6
Gabi

—¿Qué les ha pasado a mis zapatillas? —me pregunta mi padre con el ceño fruncido.

Las levanta para inspeccionarlas. Tienen los cordones mordisqueados y hay un agujero en la puntera de la zapatilla izquierda. Me muerdo el labio. Acaba de llegar hace un par de horas y todavía no le he hablado de nuestro nuevo inquilino. Aunque hay que mirar el lado positivo, ¿no? Aún no le han salido ronchas ni ha sufrido ningún shock anafiláctico.

—A lo mejor hay termitas en tu armario.

—Termitas… —repite con incredulidad.

Le quito las zapatillas para tirarlas al cubo de la basura y aprovecho para coger una cerveza.

—Le diré al conserje que llame a un técnico de control de plagas —propongo para salir del paso—. Además, ¿qué más te da? Te las compraste para salir a correr y nunca me has acompañado.

—Cuando tengas cincuenta años y seas la mánager de un grupo de adolescentes que discuten entre sí a todas horas, entenderás que salir a correr está al final de mi lista de prioridades.

—Si yo fuera tú, reorganizaría esa lista. Te va pesando el culo, abuelo.

—¡Tener hijos para esto! —Me quita la cerveza y le da un trago—. ¿Qué tal ha ido la reunión con la discográfica? Le dije a Leo que la retrasara hasta que llegara de mi viaje, pero…

—¿Ya te ha ido con el cuento? —Pongo mala cara y cojo otra

cerveza—. Típico de él. Hacer las cosas a mis espaldas. Por lo menos, no es mi mánager.

—Yo estaba en Creta. No me cargues el muerto. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me tomaba unas vacaciones? ¡Un año y medio! —se queja—. Os dije que desconectaría durante un par de semanas. En fin, ya veo que no os puedo dejar solos. Para que luego os quejéis de cómo llevo vuestra carrera. Eso me recuerda a aquella vez que coincidí con Miguel Ríos y…

Finjo que le escucho. Mi padre y sus anécdotas. Nunca sé si dice la verdad o se está marcando un farol. En el fondo, me pongo en su lugar y lo entiendo. Intentó triunfar en la música y no tuvo éxito. Ahora es el mánager de nuestro grupo y está viviendo su sueño a través de nosotros. Sé que le debemos mucho. Nos contagió el amor por la música desde muy pequeños y siempre estuvo ahí. De nuestra madre, que se largó cuando éramos unos críos, no podemos decir lo mismo.

—Gabriella, ¿me estás escuchando? —pregunta indignado.

—Que sí, papi.

—Solo me llamas papi cuando quieres algo de mí.

—¿Qué voy a querer de ti? —replico con inocencia—. Soy millonaria, joven y guapa. ¡Lo tengo todo!

Mi padre pone cara de resignación y me parto de risa porque me encanta tomarle el pelo tanto o más que a Leo. Ser la única chica en una familia de hombres sobreprotectores tiene sus ventajas.

—Qué ingratos sois los hijos. Que conste que yo también tengo mi público. He recibido varias ofertas para llevar la carrera de otros artistas, pero jamás os abandonaría porque en el fondo no podéis vivir sin mí. —Intento aguantarme la risa porque siempre ha sido un poco dramático—. Jimmy & The Nomes me ofrecieron ser su mánager y los rechacé. Y ahí están, abriéndose camino por Europa. Ellos sí que me consideraban un tipo *dabuten*.

—¿Un qué? —pregunto perpleja.

—Ya sabes, que molo *cantidubi*.

—Ay, papá. —Me doblo por la mitad y me entra un ataque de risa—. A veces se me olvida que ya tienes medio siglo.

—En mi época esas expresiones eran la bomba. —Se hace el digno.

—Y también los tupés y las chaquetas de pana eran el último grito —me burlo.

—Cuando tenías cinco años, decías que querías casarte conmigo y que era el mejor papá del mundo, mocosa ingrata.

Le saco la lengua y mi padre suspira con resignación. Lo quiero con locura. Hace varios años que podría haberme independizado, pero me cuesta salir del nido. Leo, mi padre y yo siempre hemos sido una piña. Además, no me veo viviendo sola porque soy una persona muy cariñosa que necesita recibir mimos cada día y, además, me da miedo dormir sin que haya nadie en casa. Estas dos semanas tenía frito al guardia de la urbanización porque lo llamaba cada vez que escuchaba algún ruido.

Nos sentamos en el sofá para ver un capítulo de *Friends,* una serie que nos encanta. Apoyo la cabeza en su hombro y le pregunto qué tal se lo ha pasado en Creta. Mi padre se queja de los gatos —otra razón para no enseñarle a Percy, que está durmiendo en mi habitación— y luego cambia de conversación cuando le pregunto por Carmen. Rompieron hace un mes y mi padre decidió tomarse unas vacaciones, algo muy raro en él. La verdad es que nunca entendí la relación que tenían. Era evidente que ella quería algo más serio. Unos días antes de que se fuera de viaje, los oí discutir por teléfono porque ella le propuso vivir juntos y mi padre se negó. Leo dice que papá es un inmaduro emocional, aunque yo creo que tenía pánico a vivir con Carmen porque el recuerdo de nuestra madre todavía lo atormenta. Ella se marchó sin despedirse, lo dejó a cargo de

dos niños y le envió los papeles del divorcio por correo. Por muchos años que hayan pasado, algo así debe de marcarte. No obstante, el tema de mi madre es tabú y él finge que le trae sin cuidado que ella nos llame de vez en cuando para felicitarnos los cumpleaños. En mi opinión, les tiene pánico a las relaciones estables, ya que aún no ha superado el pasado.

—¡Una rata! —grita de repente. Se levanta de un salto y coge el mando de la tele—. Gabi, sube las piernas. Las ratas transmiten enfermedades.

Se remanga y esgrime el mando de la tele como si fuera una espada. Una pequeña cola se asoma por debajo de la cortina.

—¡No es una rata! —Le quito el mando de la tele—. Es… Percy.

—¿Qué?

Me agacho para coger al perro y pongo cara de pena. Supongo que me dejé la puerta de la habitación entreabierta. La expresión de mi padre pasa del alivio al desconcierto y luego se convierte en una máscara severa.

—¡Gabriella! —dice enfadado.

—Papá… —Hago un puchero—. Su dueño lo estaba maltratando. Es ese presentador idiota que nunca nos da los buenos días y viste como Bertín Osborne. No podía mirar para otro lado. ¿De verdad te puedes resistir a esta carita?

Le acerco a Percy y él retrocede como si fuera a contagiarle la covid.

—He estado investigando en internet. Hay antihistamínicos y corticoides. ¡Incluso han inventado una vacuna! —trato de convencerlo—. Mientras tanto, Percy se puede quedar en mi habitación.

—¿Prefieres a ese perro antes que al padre que te cambió los pañales y se tragó dos veces todos los episodios de *La banda del patio?*

—Papi… —suplico. Abrazo a Percy contra mi pecho y me da

un lametazo en la barbilla—. ¡Siempre he querido tener un perro!

Mi padre se frota la cara.

—De acuerdo. —Se rinde para mi sorpresa—. Puedes quedártelo si te disculpas con Samantha. Tu hermano me ha dicho que la llamaste pringada.

«Qué chivato».

—¡Trato hecho! —exclamo satisfecha. Prefiero arrastrarme un poco y pedirle disculpas a cambio de quedarme con Percy —. ¿Lo has oído, Percy? ¡Ya tienes nueva dueña! Mañana te llevaré al veterinario. Es un doctor para perros. Y luego te compraré una camita, chuches, juguetes…

Percy levanta las orejas y mueve la cola.

—Tú te encargas de sacarlo a pasear —me advierte—. No quiero saber nada de él.

—Acabarás cogiéndole cariño —respondo convencida, aunque mi padre pone cara de escepticismo—. Mañana le preguntaré al veterinario qué tratamiento es el mejor para la alergia.

Mi padre se rasca la nuca.

—No soy alérgico a los animales, Gabi.

«¿Qué?».

«¿Quééé?».

—Pero dijiste…

—Hija —me pone las manos en los hombros e intenta contener la risa—, no me gustan los perros. Si no me hubiera inventado lo de la alergia, con siete años ya me habrías traído algún animal a casa. Tuve que ser creativo.

—¡Jo, papá! ¡Qué fuerte! ¡Y yo pensando que te podías morir! —exclamo alucinada—. ¿Leo lo sabe?

—Pues claro. La idea fue suya.

«Chivato traidor».

—Hombres…, nunca te puedes fiar de ellos. Ni siquiera de

los que llevan tu propia sangre.

Me voy a mi habitación mientras mi padre sigue partido de risa. Me tumbo en la cama y le hago carantoñas a Percy. El disgusto por la mentira de mi padre se me pasa al cabo de unos minutos. Percy ya no me tiene miedo y por fin tengo un perro. Busco tiendas de mascotas en internet y le compro un collar, golosinas, juguetes, abriguitos y todo lo que se me ocurre. Después de pagar me llega un wasap de Axel. Mis amigos siempre se quedan en casa cuando vienen a Sevilla, pero esta vez él ha preferido alojarse en uno de los mejores hoteles de la ciudad con Lila antes de que ella regrese a Madrid, mientras que Pol llegó anoche a las tantas sin avisar a nadie, y seguro que durmió acompañado. La verdad es que me encantan las semanas que vivimos todos juntos para componer el disco.

Axel
Acabo de dejar a Lila en la estación de tren. Esta noche es la inauguración de esa discoteca de la que todo el mundo habla. ¿Te apuntas?

Uy, qué raro. Axel es alérgico a las fiestas. Le respondo que por supuesto que me apunto e intento ignorar el resquemor que siento porque Lila se haya marchado sin despedirse de mí. En el fondo, no sé de qué me extraño. Ella nunca me ha considerado su amiga. Al menos tengo a los chicos, aunque en realidad me muero de ganas de tener una amiga con la que hacer fiestas de pijamas y a la que poder contarle mis secretos. ¿Qué tengo de malo para espantarlas a todas?

—Esto está a reventar —se queja Axel.

—¿Qué esperabas?

Entramos por la puerta trasera sin hacer cola y vamos

directos al reservado. Mi hermano no ha querido venir porque Nura acaba de llegar a su casa después de una gira de firmas y le apetecía estar con ella. Pol tampoco ha dado señales de vida cuando Axel lo ha llamado, algo bastante extraño porque nunca se pierde una fiesta.

—Me ha parecido raro que quisieras venir —grito para hacerme oír entre la música y el gentío.

—Me ha dado un poco de bajón despedirme de Lila y no quería estar solo.

Entiendo lo que quiere decir. Axel y Lila mantienen una relación a distancia y no se ven todo lo que les gustaría. Ella estudia el Grado Profesional de Música en Madrid y él es incapaz de mudarse de Guipúzcoa porque no quiere dejar solos a sus abuelos. Para mí forman una pareja ideal, a pesar de que no vivan juntos.

—Así que soy tu segundo plato…

—Nunca, hermanita. —Me pasa un brazo por encima de los hombros—. De verdad que no.

—Te estaba tomando el pelo.

—¿Sigues enfadada con nosotros? —pregunta preocupado—. Cometimos un error. No volverá a pasar.

—Sé que fue cosa de Leo. —Soy incapaz de enfadarme con Axel. Es un gran amigo y me cuida como si fuera su hermana pequeña—. Ya es agua pasada. Además, mi padre me ha pedido que me disculpe con Sam si quiero quedarme con Percy.

—¿Y has aceptado? —pregunta sorprendido.

—Siempre he querido tener una mascota. Por supuesto que he aceptado.

—A ese perro le ha tocado la lotería contigo.

—¡Venga, no me hagas la pelota! —Me río. Ojalá todos me vieran con tan buenos ojos como él—. Pensé que Lila se iba a pasar a saludarme.

—Ha sido un viaje exprés. Mañana tiene un examen. Me ha

pedido que te saludara de su parte.

—Ya. —Fuerzo una sonrisa. Es su novia y entiendo que la defienda—. Otra vez será.

—Hablando de Sam… —Señala a alguien con la cabeza—. Mira quién está en el otro reservado.

—¡Oh, venga ya! —protesto sin mirar—. Pensé que tendría más tiempo para disculparme.

—Las mejores disculpas son las improvisadas y sinceras.

Será improvisada, pero sincera, lo que se dice sincera, va a ser que no.

—Vamos. —Axel me da una palmadita en la rodilla—. Anímate a conocerla. Te caerá bien.

Una persona que escucha una conversación privada detrás de una puerta jamás será santa de mi devoción. Pero me trago mi orgullo y voy a su encuentro. Sam está charlando con un grupo de personas. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe por algo. Lleva unos vaqueros anchos, un top azul atado al cuello y unas Converse. El look lo completa su larga cabellera de rizos que le llega por la cintura. En otra persona resultaría un aspecto descuidado y fuera de lugar para la inauguración de una discoteca, pero he de reconocer que ella tiene bastante estilo. Antes de que pueda saludarla, una persona de su grupo me señala y suelta un gritito. Esbozo una sonrisa tensa.

—¡Gabi Luna! —exclama la chica que está sentada a su lado —. ¡Vamos a hacernos una foto!

Mi mirada se cruza con la de Sam y ella tuerce el gesto, como si yo lo hubiera hecho a propósito. No quiero ser maleducada y me hago varias fotos a pesar de que no me apetece. Sam permanece sentada y me ignora a posta. Genial, ahora se hace la digna.

—Hola, Sam —la saludo en cuanto me libro de todos.

Ella mira a su alrededor antes de clavar los ojos en mí.

—¿Me estás hablando a mí?

—Pues claro —respondo descolocada.

—Uy, qué honor. Sabes mi nombre —dice con ironía—. Como la última vez que nos vimos me llamaste pringada…

—Ya. —Aprieto los labios. Todo el mundo nos mira y es obvio que quiere dejarme en evidencia—. ¿Podemos hablar a solas?

—¿Vas a desperdiciar tu valioso tiempo conmigo?

Ya está. Mi umbral de paciencia es muy bajo.

—Como quieras —respondo irritada.

Me doy la vuelta para regresar con Axel y ella se levanta y me pone una mano en el hombro.

—Venga, vamos a un lugar más tranquilo —accede.

Me acompaña hasta un rincón más despejado y me mira con una mezcla de curiosidad y recelo. Inspiro hondo. Hay algo en ella que me hace estar a la defensiva, a pesar de que no me ha hecho nada. No sabría decir qué es. Antes, cuando la he visto reírse de una forma tan natural y poco atractiva, he sido consciente de que es la clase de persona a la que le trae sin cuidado salir guapa en una foto —he cotilleado su Instagram y en la mayoría de las fotos hace el payaso— o causar buena impresión.

—Siento haberte llamado pringada —digo de mala gana.

—También dijiste que quería colgarme de vuestra fama —me recuerda con acritud.

—No poseía toda la información para…

—¿… no juzgarme? —me interrumpe.

—A ver —respondo irritada—. Seamos sinceras. Si no hubieras estado escuchando detrás de la puerta, nada de esto habría pasado. Reconozco que me pasé, pero tú tampoco deberías darme lecciones de moral.

—No estaba escuchando detrás de la puerta —contesta indignada—. Julio me pidió que esperara fuera mientras él hablaba primero con vosotros. Te pusiste a gritar y me enteré

de todo. Te aseguro que no me hizo falta pegar la oreja a la puerta. De verdad que me habría encantado trabajar con vosotros. Estaba deseando entrar para decirte lo mucho que te admiraba y tú vas y me insultas. Pero, descuida, no tienes que rebajarte a colaborar conmigo. Ya has dejado muy clara tu opinión respecto a mí. Pero no te iría mal tener un poco de humildad. Eres una diva insufrible.

Me ruborizo sin poder evitarlo porque me ha pillado desprevenida. Estoy a punto de abrir la boca justo cuando una chica pelirroja y guapísima llama a Sam y ella se queda pálida, como si hubiera visto un fantasma.

—Sammy —dice la pelirroja—, ¿ya me has cambiado por otra?

Sam se tensa.

—¿En serio, Alba?

—Uy, y tan en serio. —La chica se vuelve para escanearme de arriba abajo—. Ten cuidado con ella. Parece un angelito, pero no es de fiar. No te dejes engañar por su apariencia de niñita inofensiva.

Sam está visiblemente avergonzada. No tengo ni idea de qué va esto, pero tampoco me apetece averiguarlo. Ya tengo suficiente con mis problemas. Por eso me escaqueo cuando alguien me pide una foto y ellas se enzarzan en una acalorada discusión.

7
Pol

—Entonces ¿le preparo el *check out?*

—Sí, gracias.

La recepcionista hace un mohín de disgusto antes de ponerse a teclear en el ordenador. Después de haber dado una vuelta con la moto y estar un par de horas a mi aire he llegado a la conclusión de que me he pasado con Leo. Sé que solo se preocupa por mí. Además, para nosotros es una tradición componer en casa de su padre y me apetece estar con ellos antes de empezar la gira del próximo disco.

—Qué pena que se vaya tan pronto —dice con una miradita seductora—. No solemos tener huéspedes tan atractivos.

Debería marcharme si quiero llegar a la fiesta, pero necesito quitarme de la cabeza las tetas de Gabi. Se me ha quedado grabada su sonrisa traviesa y lo que me dijo: «Con la de tetas que habrás visto y te pones nervioso por ver a tu amiga en toples…». Gabi se equivoca. Un buen tío se habría puesto nervioso, pero yo de bueno tengo muy poco. Al verla me entraron ganas de empotrarla contra la pared y arrancarle el resto de la ropa. Sin embargo, Gabi es intocable, a diferencia de la morena que tengo delante y no deja de ponerme ojitos.

Un par de frases hechas, una sonrisa y entramos en el almacén.

Besos a trompicones, ella me baja la cremallera de la bragueta y yo meto la mano por debajo de su falda.

«No pienses en Gabi, no pienses en Gabi, no pienses en Gabi…».

Me suena el móvil y lo saco del bolsillo cuando ella me baja los pantalones. Lo desbloqueo sin querer y la voz aguda de mi hermana me enfría de golpe.

—¡Pol!

De mala gana, me llevo el teléfono a la oreja.

—Iris…

—¡Por fin me contestas! —exclama indignada.

—No lo he hecho a propósito.

La escucho respirar profundamente.

—Mira, me da igual. No has leído ninguno de mis wasaps. Quería hablar contigo de mamá. Necesito que me ayudes y…

—Me pillas en un mal momento. —La recepcionista comienza a besarme el cuello y me aparto de golpe—. Hasta luego, Iris.

—¡No, Pol! —grita hecha una furia—. Ni se te ocurra colgarme o te juro que me presento en Sevilla y…

Cuelgo. No me apetece hablar con Doña Perfecta. Se cree que puede decirme lo que tengo que hacer porque es cuatro años mayor que yo. La única razón por la que la soporto es Nico. De lo contrario, la habría apartado de mi vida hace ya tiempo, al igual que he hecho con mis padres.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta con voz melosa llevando una mano a mi entrepierna.

—Lo siento. —Me subo los pantalones y me mira como si le estuviera gastando una broma—. Tengo que irme.

—¿Me estás vacilando? —pregunta con incredulidad.

«Ojalá».

Hablar con mi hermana siempre me pone de mal humor y ya se me ha pasado el calentón. Por eso salgo del hotel, me subo en la moto y conduzco hacia la fiesta mientras me pregunto en qué momento mi vida comenzó a desmoronarse.

Nada más llegar al reservado salgo a fumar a la terraza y me encuentro a Gabi intentando quitarse de encima a un tío. No quiero meterme. Sé que sabe defenderse solita y no me gustaría imitar a Leo, que actúa como si su hermana no fuera una adulta capaz de tomar sus propias decisiones. Por eso me apoyo en la barandilla y le doy una calada al cigarro mientras no pierdo el hilo de la conversación. Si la cosa se desmadra, estaré ahí para protegerla.

—Venga, seguro que has visto alguno de mis trabajos —le dice el tipo—. *¿Amor y otros desastres?* Hace poco la han subido a Netflix. ¿La serie que hago con Coronado? ¿No? ¿En serio?

—Qué va —responde Gabi con desdén.

—Ya, es que tú eres más de música —insiste él, que no percibe su crispación—. ¿Alguna vez te han dicho que eres mucho más guapa en persona?

—Oye, no quiero ser grosera, pero he salido a tomar el aire y no tengo ganas de charlar con nadie.

—Vaya. —A él se le borra la sonrisa de un plumazo—. Lo entiendo.

—Gracias.

—No, de verdad. No pasa nada. A ti te van más los hombres con novia. Si quieres te presento a mi amigo. Está a punto de casarse y le puedes arruinar la vida. Se ve que esa es tu especialidad.

Gabi se pone roja de ira y el amigo protector que llevo dentro toma las riendas.

—Lo que no le van son los pesados que no saben aceptar un no por respuesta. Un segundo, tú eres el que sale en esa serie de adolescentes. Tienes un papel secundario, algo lógico si se tiene en cuenta que actúas como el puto culo. Estás un poco mayor para interpretar a un menor de dieciocho, ¿no? —Le doy una palmada en la espalda y él se sobresalta—. Conozco al director. Es un buen colega. Quizá debería llamarlo para que

no cuente contigo en la siguiente temporada.

Al tipo se le descompone la expresión.

—No hagas eso, tío. Llevaba mucho tiempo en paro y es una buena oportunidad —me suplica aterrado. Luego mira a Gabi —. Perdóname, me ha sabido mal que me rechazaras. Ya me largo.

—Eso, pírate. —Y, por si no le ha quedado claro, añado—: Lárgate de la discoteca.

—Claro, tío —responde obediente—. De verdad que lo siento, Gabi.

Ella suspira con desagrado cuando él se marcha.

—No hacía falta que me defendieras —me aclara.

—No te defendía. Es solo que me sobraba ese idiota en la discoteca.

—Ya. —Gabi se apoya en la barandilla y me doy cuenta de que tiene los ojos vidriosos—. Gracias por echarme un cable.

—¡Eh! —Le paso un brazo por encima de los hombros y la atraigo hacia mí—. Que le den. No merece la pena. Algunos tíos son unos capullos cuando una mujer los rechaza. ¿De verdad vas a dejar que te arruine la noche?

—No es por él —responde sorbiéndose las lágrimas—. Es… por todo. Hay días en los que me cuesta fingir que lo que dicen de mí me resbala. Me voy a casa.

—De eso nada.

Gabi intenta librarse de mi agarre. Apago el cigarro en la barandilla y la abrazo. Al principio farfulla una protesta, pero poco a poco se va relajando. Es uno de nuestros abrazos cálidos en el que ninguno quiere soltar al otro. La rodeo con fuerza y el momento queda suspendido. Al notar que se me escapa de las manos, la envuelvo por la cintura y la levanto sin esfuerzo del suelo, pues pesa muy poco.

—Baila conmigo, rubia.

—No quiero —dice con la boca pequeña.

—¿Tengo que suplicar?

La dejo en el suelo. Al menos ya ha parado de llorar. Gabi solo debería sonreír. ¿Acaso no se da cuenta de lo preciosa que es cuando lo hace? Todas y cada una de sus sonrisas son únicas y me llegan muy dentro.

—Bueno, me encanta cuando suplicas —responde con una sonrisa pequeña.

—Por favor, Britney Spears.

—¡Tonto! —Me da un puñetazo sin fuerza en el hombro—. Odio que me llames así.

—Por favor, baila conmigo. —Le aparto el pelo de la cara y pongo mi mano en su mejilla—. Estás guapísima.

—Venga, regálame un poquito más los oídos.

Pongo mi otra mano en su mejilla y la miro a los ojos sin pestañear. Se ruboriza y me parece jodidamente adorable.

—La chica más guapa de esta fiesta —digo con sinceridad—. Y me muero de ganas de bailar contigo.

—Bueeeno…

—Me encanta cuando te haces la difícil.

—Me encanta cuando te arrastras como un gusano.

—Por ti merece la pena. —Le tapo la boca—. Jamás admitiré en público haber dicho eso.

Suena «I Ain't Worried», de OneRepublic, y Gabi se mueve al son de la música. Levanta los brazos y sacude la cabeza. Es la chica más sexy que me he echado a la cara. Y es mi amiga. La conozco desde que tengo nueve años. Solo es una atracción. Nuestra amistad merece más la pena. O eso me digo a mí mismo.

—¿En qué piensas, Apestoso?

—Diez años después y sigues con la misma bromita. —Pongo los ojos en blanco—. Cambia de repertorio, pesada.

—Algún día colgaré el vídeo en TikTok —me provoca.

—Lo dudo. Entonces ya no tendrías con qué chantajearme

para que te dé un masaje en la espalda.

—Tus masajes tampoco son para tanto.

Qué mentirosa es.

No sé por qué lo hago. De repente, me entran muchas ganas de que me toque y le cojo las muñecas para que me rodee el cuello. Bailamos muy pegados. Me encanta cómo se contonea. Cuando se sube al escenario es la estrella y lo da todo. Que le den a los que la ningunean. Deberían besar el suelo que pisa.

—«I don't know what you've been told, but time is running out so spend it like its gold, I'm living like I'm nine-zeros…» —canturrea.

—Me vuelve loco tu voz.

—Lo sé.

—Eres el colmo de la humildad.

—Eres la segunda persona que me echa en cara esta noche que me falta humildad. —Se queda quieta y me mira con una tristeza tan grande que me arrepiento de haber hecho ese comentario—. ¿Crees que soy una mala persona?

—No —respondo sin dudar—. Creo que eres perfecta en tu forma imperfecta. Eres Gabi Luna. Puedes ser lo que quieras. A mí me encantas tal y como eres.

—Pol…

—¡Por fin os encuentro! —Axel se queda parado al vernos tan juntos—. Por favor, no os separéis de mi lado. Está por ahí esa actriz que intentó ligar conmigo en el concierto de Bilbao. Echadme un cable.

Gabi se aparta de mí y me invade una inesperada sensación de abandono.

—No me separaré de ti, grandullón —dice cuando se cuelga de su brazo—. ¿Pol?

Me agarro de su otro brazo y a Gabi le entra un ataque de risa.

—Lo que uno tiene que hacer por sus amigos… —bromeo.

A pesar de la interrupción, me siento de maravilla. No hay nada mejor que salir de fiesta con tus colegas de toda la vida.

8
Gabi

Hay algo indiscutible sobre Pol y yo: juntos somos los reyes de la fiesta. El pobre Axel hace lo que puede para seguirnos el ritmo, aunque no lo consigue. Por lo menos ahora puede respirar tranquilo después de que le hayamos quitado de encima a la pesada que no lo dejaba en paz.

—¿Y esto? —pregunta Axel y levanta la botella que ha pedido Pol.

Él se la quita y sirve tres chupitos. Me bebo el mío de un trago y vuelvo a ofrecerle el vaso para que lo rellene.

—Ni idea, pero está riquísimo.

—Echa el freno, rubia —me dice Pol.

—No eres mi padre.

—Solo digo que es bastante dulce y tú no tienes límite.

—Uy, mira quién fue a hablar. El que se picó conmigo en aquel juego y acabó dormido en el suelo del baño.

Pol me sirve otro vaso y me lanza una mirada resentida. Era un juego de chupitos que le regalé a Leo, pero se negó a jugar porque es un aburrido y Pol y yo lo estrenamos después de un concierto en Dublín. Le di una paliza, le dibujé una polla en la frente y le hice una foto que subí a mis historias de Instagram. Pol se vengó al día siguiente grabándome mientras hablaba dormida.

—Me ganaste porque eres una tramposa.

—Aprende a perder con deportividad, idiota.

Por supuesto que hago trampas siempre que compito con él. Ganarle no tiene precio.

—Ah, volvéis a ser los mismos de siempre —dice Axel con una mezcla de alivio y aburrimiento—. Si voy a envenenarme, me gustaría saber con qué.

—Leche de pantera —lo informa Pol.

Finjo tener una garra y rujo como un felino mientras despeino a Axel.

—¡Grrr!

—Venga, no seas aburrido. —Pol le entrega el vaso y Axel lo observa con recelo—. Es una bebida afrodisiaca. Se la puedes servir a Lila cuando le hagas el salto del tigre.

Axel refunfuña y Pol y yo nos partimos de risa.

—¿Qué lleva? No me fío de ti.

—Ginebra y leche —contesta Pol.

—Menuda bomba. —De mala gana, Axel levanta el vaso para brindar con nosotros—. Por nuestra amistad.

—¡Por nosotros! —exclamo.

—Por ti —dice Pol mirándome—. Por la voz de Yūgen. Nadie me saca tanto de mis casillas ni tiene una voz como la tuya, Gabriella.

Me guiña un ojo antes de beberse el chupito. Un intenso calor me sube por las mejillas y me da rabia darle tanta importancia a su comentario. Sé que solo lo ha hecho para levantarme el ánimo. En la terraza dijo que le gusto tal y como soy y una parte muy absurda de mí se hizo ilusiones. A pesar de que lo conozco muy bien, a veces quiero creer que para él soy especial, algo ridículo porque le gustan todas y nunca habrá nada entre nosotros. Odio darle tanta importancia, aunque no puedo evitarlo.

Cuando me habla es como si supiera qué tiene que decir para llegar hasta mí. Cuando me toca es como si nadie me hubiera tocado antes. Cuando me mira es como si nadie me hubiera visto de verdad.

Pol es mi kryptonita. Mi jodida caja de Pandora.

Debería estar prohibido sentirse atraída por un amigo.

Me levanto para bailar «Flowers», de Miley Cyrus, cuando se le acerca una morena a la que, por supuesto, le sigue el juego. Cierro los ojos y me contoneo en el centro del reservado. Levanto los brazos y sacudo el pelo. Alguien se pone a bailar pegado a mi espalda y echo la cabeza hacia atrás para examinarlo. Me sonríe. Es mono. Sigo a mi bola y me pregunta si quiero bailar con él. Me doy la vuelta porque me apetece pasármelo bien. Me grita que se llama Edu. Levanto el pulgar para que sepa que lo he oído. Me da igual cómo se llame. Solo quiero divertirme. En el sofá, Pol está bebiendo a morro de la botella y pasa de la morena. Tiene la mirada clavada en mí. Le lanzo un beso y él esboza una sonrisa pícara. Edu me pide mi número de teléfono. No quiero dárselo, pero no me apetece dejar de bailar con él, por lo que le doy uno falso. Estoy contentilla después de la ronda de chupitos. Alguien se tropieza conmigo y me empuja contra el pecho de Edu. Es Sam. Tiene mala cara y me entran ganas de echarle los brazos al cuello para que se divierta un poco.

—Perdona —se disculpa con tono tenso.

—No pasa nada.

Sigo bailando y ella se marcha a paso ligero del reservado. Edu me da un pisotón y me río. Pobrecito, tiene menos coordinación que un pato mareado. Alguien me envuelve por la cintura y me acaricia el cuello con la boca. Sé que es Pol. No me doy la vuelta porque yo no he ido a interrumpirlo cuando estaba haciéndose arrumacos con la morena.

—Te mereces bailar con alguien que sepa lo que hace.

Me da un beso en la clavícula. Pol suele ser más cariñoso conmigo si Leo no está cerca. Edu pone mala cara y me pregunta si me apetece irme a otra parte con él. ¡Por favor! ¿Cinco minutos bailando y se pone celoso? Le digo que no y se larga indignado. El sonido de la risa de Pol me acaricia la nuca.

—Molestar a una chica que está bailando con otro es de ser un pringado —le digo sin apartarme de él.

—¿Te estoy molestando? —pregunta con tono burlón.

—Sí.

—Mentirosa…

Tiene las manos apoyadas en mi cintura y sigue mis movimientos. Reconozco que me encanta bailar con él. Tiene ritmo, que ya es más de lo que pueden decir la mayoría de los tíos. Suena «Bloody Mary», de Lady Gaga. Dios, me encanta esta canción. Los brazos de Pol me envuelven hasta que sus manos descansan en mi abdomen. Nos movemos despacio y sé que en este momento somos el centro de todas las miradas. Mañana aparecerá una foto nuestra en la portada de alguna revista y empezarán los rumores. Me da igual. No sería la primera vez que dicen que entre nosotros hay algo. Levanto los brazos en el momento cumbre de la canción y Pol me acaricia con un dedo hasta posar la mano en mi muñeca.

Cretino. Qué bien lo hace. Seguro que a todas las deja bien contentas.

—Puedo bailar sola —digo para picarlo—. Vete con tu nueva amiguita.

—Prefiero estar contigo.

Me giro y quedamos cara a cara. No sé si me toma el pelo o habla en serio. Me ahogo en sus ojos color obsidiana. Tiene una mirada penetrante, oscura y enigmática que siempre consigue hechizarme. Por un segundo no puedo resistir el influjo que ejerce sobre mí, hasta que le pongo las manos en el pecho y sigo bailando.

—¿Y eso? —le sigo el juego.

—Me quedé con ganas de más cuando Axel nos interrumpió.

—Lo hizo a posta.

—Lo sé.

—Te gusta portarte mal cuando no tienes a mi hermano

delante, ¿eh? —lo provoco.

Sé que estoy a punto de quemarme. Me da igual. Mis manos bajan por su pecho y hago el amago de meterlas por debajo de su camiseta. Pol me detiene antes de que consiga acariciarlo.

—Gabi…

—Qué fácil es asustarte.

—Me gustan las chicas traviesas siempre que no sean mis amigas.

Retrocedo poco a poco sin dejar de mirarlo, me encojo de hombros y noto que él hace un gran esfuerzo para no venir hasta mí. No me afecta su rechazo. Sé que a ambos nos gusta este tonteo que nos traemos desde hace años. La gran diferencia es que a mí no me importaría cruzar la línea y él se muere de miedo.

—Búscate a otra amiga menos traviesa. —Sigo bailando y un par de chicos se me acercan. Él me mira con una mezcla de consternación y ganas contenidas—. ¡Yo no cambio por nadie!

Me doy la vuelta y dejo que el más alto me invite a una copa, pero al final me enrollo con el otro en el servicio porque resulta ser más gracioso. Pol tampoco ha perdido el tiempo y se está dejando querer por una rubia. A las seis de la mañana salimos de la discoteca. Axel le quita las llaves de la moto a Pol y pedimos un taxi que nos lleva a mi casa.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta con tono socarrón.

—Desde luego —respondo con picardía—. ¿Y tú?

—De maravilla.

—En fin, siempre te han ido más las rubias…

—No todas.

Axel carraspea incómodo. Es evidente que prefiere mil veces que discutamos en lugar de que flirteemos delante de él. Por eso, nada más llegar a mi casa, salta del coche, me pide las llaves y dice que nos espera dentro. Pol saca un porro del bolsillo y me pregunta si me apetece. Damos un paseo por la

urbanización y nos vamos turnando para darle una calada. Me froto los brazos para entrar en calor porque he salido sin abrigo.

—Toma, anda. —Se quita la chaqueta y me la pone encima de los hombros—. ¿Mejor?

«Uf, y tanto».

—¿Se va a convertir en una costumbre?

—Aún me debes la otra.

—Qué pena que seas tan egoísta. Me encanta.

Caminamos en silencio de regreso a mi casa. No hace falta que digamos nada. Nos conocemos desde que éramos unos críos. Me siento cómoda con él sin necesidad de pronunciar ninguna palabra, aunque a veces nos tiremos los trastos a la cabeza y nos pueda el orgullo.

—Deberíamos dormir un par de horas antes de que Leo se presente aquí en plan sargento —dice al llegar a mi casa.

Le doy la última calada al porro antes de apagarlo. Abro la puerta y me pone una mano en el hombro.

—Quédatela —dice para mi sorpresa—. Te sienta mejor que a mí.

Me arrebujo dentro de la chaqueta y sonrío sin poder evitarlo. Pol se pierde por el pasillo y me muerdo el labio. Puede que sea una famosa cantante, pero en ocasiones solo me apetece ser una chica cualquiera que camina junto a un chico que le ha regalado su chaqueta porque hace frío.

9
Pol

A Leo le encanta madrugar y a las diez y media nos saca a todos de la cama a pesar de que Andrés, en un intento por consentir aún más a su hija, le ha pedido que nos dejara dormir hasta las doce. Axel no está acostumbrado a trasnochar y se aferra a la taza de café con cara de zombi. Y Gabi, vestida con un jersey y un minúsculo pantalón de pijama, se las apaña para estar igual de guapa que siempre, a pesar de que solo hemos dormido tres horas. Alguien debería decirle que no lleve ese tipo de pantaloncitos. Me rasco la nuca y desvío la mirada hacia otra parte que no sea su culo. Para mi desgracia, me encuentro de sopetón con Leo, que me ha pillado babeando por su hermana pequeña y me mira como si quisiera darme un puñetazo.

—¿Te vas a mudar mientras componemos el disco? —le pregunto sorprendido a Leo al ver las maletas que ha dejado en la entrada. Y también para salir del paso, cómo no.

Pensé que solo nos veríamos para componer. Ahora nos va a tocar vivir bajo el mismo techo y sé que no estoy preparado para su vena de amigo protector.

—Pues claro —responde con naturalidad—. Siempre hemos vivido juntos mientras componemos. Las buenas costumbres no hay que perderlas.

—Uy, ¿Nura te ha dado permiso para mudarte? —se burla Gabi, que no ha parado de meterse con él desde que ha llegado —. Ah, perdona. Esa era Clara, que te tenía amarrado a la pata de la mesa. Supongo que Nura te da un poco de manga ancha.

—Le diré que le mandas recuerdos —dice Leo seco—. Voy a dejar las maletas en mi habitación y vamos al lío.

—No puedes quedarte en tu habitación. Ahora le pertenece a Percy.

Leo mira a su hermana como si le estuviera gastando una broma.

—¿Me estás vacilando? —replica atónito—. ¿Le has dado mi antigua habitación al perro?

—Por supuesto. Ya no vives aquí y él necesitaba un cuarto de juegos. Además, Percy es el único macho del que me fío y del que estoy segura de que no me traicionaría a la primera de cambio.

El perro está subido a su regazo y observa a Leo con satisfacción perruna.

—Utiliza una de las habitaciones de invitados —sugiere su padre con tono conciliador—. ¿Qué más te da?

Leo se frota la cara.

—No montes un drama e instálate de una vez para que podamos escuchar tus fabulosas letras —dice su hermana con tonillo.

—Deja de tocarme los huevos, Gabi.

—Haya paz. —Andrés levanta los brazos—. Aún no hemos empezado a trabajar.

—Díselo a ella. No para de buscarme.

—Qué mal te tomas las críticas, hermanito. Ni que fueras el último mono al que nadie tiene en cuenta su opinión.

—¡Te he pedido perdón nada más llegar!

—Porque papá te ha obligado.

—Mira quién fue a hablar, la que se disculpó con Sam para quedarse con Percy.

—Hermanos… —Gabi abraza a Percy y le habla como si fuera una persona—. Están sobrevalorados. Tú serás hijo único.

—¡Venga! —Me pongo de pie y agarro a Leo del brazo antes

de que se largue—. Haced las paces de una puñetera vez. No podemos empezar el disco con malos rollos. Britney Spears, deja de comportarte como una diva y dale un abrazo a tu hermano.

—No me apetece —refunfuña Gabi—. Que me lo dé él a mí.

Le doy un empujoncito a Leo y él carraspea.

—Gabi —dice de mala gana—, ¿te puedo dar un abrazo?

—Pse, si te apetece…

Leo respira profundamente para no perder la paciencia. Hay que reconocer que tiene el cielo ganado cuando su hermana se pone en ese plan.

—Gabi —cojo a Percy para que se levante—, no seas rencorosa. Todos estamos de acuerdo en que nos equivocamos al mantenerte al margen. Acabemos con esto de una vez.

—Vaaale.

Se pone de pie y mira a Leo como si le estuviera perdonando la vida, aunque se ablanda en cuanto él le da un abrazo. La mayoría de la gente cree que Gabi es arrogante y carece de autocrítica, pero los que la conocemos sabemos que debajo de esa coraza hay una chica sensible e insegura que lo da todo por las personas a las que quiere. Leo le da un beso en la frente y ella afloja una sonrisa. Pongo a Percy en el suelo y me llevo una mano al pecho.

—Soy la leche —digo orgulloso—. Y ahora, ¡a trabajar!

Hemos hecho una lluvia de ideas para ayudar a Leo. Axel y yo siempre nos hemos encargado de los arreglos musicales, pero esta vez todos nos hemos volcado en las letras porque Leo dice que se ha quedado sin inspiración. Estoy convencido de que lo que le sucede en realidad es que es un perfeccionista que quiere superarse con cada disco. Tiene un nivel de autoexigencia tan alto que a estas alturas nada de lo que

compone le parece bueno.

—Creo que de aquí podemos sacar algo —insiste Gabi.

Se refiere a una canción que Leo ha dejado a medio componer.

—Me he quedado atascado —responde Leo—. No merece la pena. Ni siquiera sé lo que quería decir cuando empecé a escribirla.

Gabi pasa de él y lee en voz alta la letra:

Soy coleccionista de esperanzas que no llegan a nada,
de historias inacabadas,
de finales reescritos
y penúltimas paradas.

Soy la piedra en tu zapato,
un soldado errante,
el gato callejero…
que busca refugio en tu regazo.

Axel coge la guitarra y comienza a tocar. Mantenemos un debate sobre lo que nos sugiere la letra. Gabi dice que habla sobre un amor imposible del que no puedes desengancharte. Leo opina que deberíamos quemar la letra porque es una basura. Todos lo ignoramos.

—Creo que va sobre estar asustado y no tener ni idea de hacia dónde vas mientras sigues caminando en busca de algo o alguien que te haga sentir mejor. —Le doy un trago a la cerveza—. Ni idea. Olvidad lo que he dicho.

—No, no. —Leo apunta algo en la libreta—. Sigue hablando, Pol.

—¿Qué quieres que diga? —Leo me mira expectante y suspiro. No me gusta ponerme en plan filosófico, pero allá va —. De estar perdido, no dejarse ayudar y…, no sé, de alguien que se ha hecho a la idea de que le importa una mierda no

estar a la altura. Aunque le importa, por supuesto que sí. Aunque se diga a sí mismo que no necesita demostrarle nada a nadie y es un puto caso perdido. Porque está roto, no sabe cómo arreglarse y no entiende que los demás crean que tienen la solución a todos sus problemas.

Me acabo la cerveza de un trago y mi mirada se cruza con la de Gabi. Me molesta lo que veo en sus ojos y aparto la vista con brusquedad.

—Creo que tengo algo —dice Leo emocionado—. Hay que darle una vuelta, pero…

—Déjame ver. —Gabi le quita la libreta antes de que él pueda esconderla.

Soy un buscador extraviado,
un corazón roto,
un náufrago que avista una isla desierta,
que nada hasta la soledad…
y se conforma con yacer en la tierra.

—¡Me gusta! —exclama Gabi.

—Necesito pensar en el estribillo, pero…

—«Soy un perdedor que se nutre de victorias que no significan nada, que tropieza con callejones sin salida y promesas inacabadas» —digo en un arranque de inspiración. Todos me miran sorprendidos y me vengo abajo—. Venga, olvidadlo. Me voy a por otra cerveza.

—No, joder. Es bueno —dice Leo impresionado.

—Es muy bueno —añade Axel—. Me gusta.

—Vamos a darle un poco de ritmo y terminamos de pulirla —sugiere Gabi.

Trabajamos con la guitarra hasta dar con la melodía perfecta y se me ocurre algo más para el estribillo. Estoy descolocado. Es la primera vez que colaboro en la letra de una canción. Gabi

aplaude emocionada y canta la primera versión. Luego vendrán las mejoras en el estudio, pero todos estamos muy satisfechos.

Soy coleccionista de esperanzas que no llegan a nada,
de historias inacabadas,
de finales reescritos
y penúltimas paradas.

Soy un perdedor que se nutre de victorias que no significan nada,
que tropieza con callejones sin salida y promesas inacabadas.
Soy todo lo que me dije que no sería,
soy todo… y a la vez nada.

Soy la piedra en tu zapato,
un soldado errante,
el gato callejero…
que busca refugio en tu regazo.

Soy un buscador extraviado,
un corazón roto,
un náufrago que avista una isla desierta,
que nada hasta la soledad…
y se conforma con yacer en la tierra.

Soy un perdedor que se nutre de victorias que no significan nada,
que tropieza con callejones sin salida y promesas inacabadas.
Soy todo lo que me dije que no sería,
soy todo… y a la vez nada.

Leo me intercepta en una de las pausas. Estoy fumando en el jardín y se acerca con una Coca-Cola. El bueno de Leo. Sé que no está enfadado y eso me obliga a estar más furioso conmigo mismo.

—¿Por qué no hemos compuesto antes algo juntos?

—Tío… —Me río para restarle importancia—. Ha sido potra.

—Qué va. El estribillo es lo que más me gusta. No te quites mérito.

—Si tú lo dices… —Me siento en la hamaca y lo miro. Sé que es demasiado educado para sacar el tema. No obstante, no soy de esos que huyen de las conversaciones incómodas—. Lo siento, no debería haberme bajado de tu coche.

—Está olvidado —responde sin más.

—Ya sé que solo pretendes ayudarme.

Leo se sienta a mi lado y me mira a los ojos.

—Estaré ahí cuando me necesites. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

Por supuesto que lo sé. No me merezco a mis amigos. No sé qué he hecho bien para conservarlos. Deberían haberse buscado a otro batería después de lo que sucedió en Madrid. Sin embargo, aquí están, ofreciéndome una segunda oportunidad mientras yo voy cuesta abajo y sin frenos. Porque algunas personas estamos tan rotas que debemos hacer un gran esfuerzo para unir nuestros pedazos y continuar.

Fragmento de la revista *¡Viva la Música!*

Gabi y Pol, juntos y revueltos

Sábado de madrugada en la inauguración de una discoteca de Sevilla. Al local acuden varios famosos, pero todos los ojos están puestos en la vocalista y el batería de Yūgen. ¿Qué hacen bailando tan juntitos en el centro del reservado? ¿Serán ciertos los rumores que dicen que son más que amigos?

Varios testigos comentan que los vieron besándose en el servicio. Parece que la vocalista no pierde el tiempo y prefiere olvidar a su último desengaño amoroso con su atractivo compañero. «Estaba desesperada por llamar su atención e iba detrás de todos los tíos para ponerlo celoso. No sabía qué hacer para que él le hiciera caso. Sinceramente, me pareció patética», nos cuenta M.G.S., que prefiere permanecer en el anonimato. «La vi echarle la bronca cuando él quiso irse acompañado de Samantha Jordan. Por eso ambas discutieron. ¡Casi llegan a las manos!», nos explica V.M.H., quien también prefiere no dar la cara por las posibles represalias de la artista.

¿Qué os parece? ¿Creéis que Pol y Gabi hacen buena pareja? O tal vez él se haya fijado en Samantha, la cantante de moda del momento. Si tenemos en cuenta que ella acaba de romper con la conocida modelo Alba Ortiz, todo podría ser posible.

10
Gabi

Estoy que trino después de haber leído la noticia, aunque ya debería estar más que acostumbrada a la sarta de mentiras que la prensa escribe sobre mí. Pongo el móvil en silencio y me lo guardo en el bolsillo, pues la tentación de responder a los *haters* que se dedican a ponerme a caldo en las redes sociales es demasiado grande. Ahora resulta que estuve molestando a Pol y soy una novia celosa y posesiva que le monta pollos en las discotecas.

¿Qué será lo próximo? ¿Una supuesta demanda por acoso? ¿Un falso embarazo?

—¿Con Sam? —Se ríe Pol—. Ni siquiera he cruzado una palabra con ella.

Me molesta que se lo tome a guasa. Ya sé que no tiene la culpa, pero me fastidia que quede como el machote por el que se pelean las mujeres. Siempre es la misma historia. Yo soy la mala de la película. Estoy cansada.

—Diles que es mentira.

Pol me mira desconcertado.

—¿Qué?

—Diles que es mentira —repito furiosa—. Así dejarán de publicar basura sobre mí.

—¿Quieres que escriba un comunicado en el que explique que no tengo nada con Sam? —me pregunta sin dar crédito.

—¡Me da igual lo que digan de vosotros! —exclamo alterada—. Diles que no te estuve molestando y que no hay nada entre nosotros. Me pintan como una acosadora.

—Venga, Gabi. Nunca he hecho declaraciones de mi vida privada y esta vez no será distinto.

—Solo te pido que me eches un cable —le ruego agobiada—. Claro, como a ti no te han puesto como lo peor…

—Todos sabemos que lo que dicen es falso —responde con una calma que me molesta—. ¿Qué más da?

—Me afecta —admito abochornada.

—No debería.

—Pues me afecta, ¿vale? —vuelvo a decir, ahora a la defensiva—. No soy tan fuerte.

—No lo entiendo. Una mentira no debería definirte.

Inspiro profundamente.

—Te he pedido un favor como amiga.

—Y como amigo tengo derecho a negarme.

—¿En serio? —pregunto atónita.

—No voy a entrar al trapo. Si cada vez que dicen algo sobre mí tuviera que salir a desmentirlo, estaría dejando que dirigieran mi vida. En el fondo, te estoy ayudando aunque no quieras verlo.

Leo y Axel están sentados y se mantienen al margen. Los miro para saber lo que opinan. Mi hermano suspira.

—Es cosa vuestra —dice evasivo—. A mí no me metáis.

—Gracias por nada, Pol —le espeto furiosa.

Me levanto para ir a mi habitación y él niega con la cabeza.

—Gabriella…

Voy directa al armario y rebusco entre la ropa. Es increíble. Solo le he pedido que desmienta lo que dicen de mí. ¿Qué le cuesta? Cómo se nota que a él no le afecta. Solo es el machote triunfador que tiene que lidiar con la pesada de Gabi Luna. Y todo porque bailamos pegados un par de canciones. Cojo su chaqueta. Pol enarca las cejas cuando regreso al salón.

—Venga ya —dice contrariado—. Te la regalé.

—No la quiero.

Vale, sí la quiero. Me encanta que huela a él y me queda de maravilla. Pero estoy furiosa y esto es lo único que se me ocurre para tocarle las narices.

—Eres imposible.

—No quiero nada que venga de un amigo que solo mira por su culo.

Él no coge la chaqueta y la dejo caer al suelo, por lo que me fulmina con la mirada.

—Me lo dice la que me pone entre la espada y la pared para que escriba un comunicado. Los amigos no te dan a elegir, Gabi.

—Tienes razón, no debería habértelo pedido porque tendría que haber salido de ti. Los amigos se ayudan.

Pol recoge la chaqueta del suelo y se nota que está tenso. Acabo de tocarle la moral. Lo sé. Antes de que hable, ya sé que lo que va a decir me dolerá.

—No tengo la culpa de tus complejos. Trabaja en tu autoestima en lugar de hacerme peticiones absurdas.

—Que te jodan —le espeto con la rabia tiñéndome las mejillas—. No sé de qué me sorprendo. Siempre vas a tu puta bola.

Me doy la vuelta y camino de regreso a mi habitación.

—¡Ve a llorarle a tus treinta millones de seguidores! —me grita.

—¡Treinta y dos! —le aclaro antes de dar un portazo.

Quince minutos después, alguien llama a la puerta. Estoy tumbada en la cama, el último disco de Miley Cyrus suena a todo volumen mientras fantaseo con ser una persona anónima que se zampa una pizza barbacoa sin miedo a aparecer en la portada de una revista en la que critican sin piedad su celulitis.

—Lárgate, Pol.

—Soy yo —dice mi hermano.

Respiro hondo. Pues claro que no se trata de Pol. Le ha

escocido que le devolviera la chaqueta y no va a dignarse a llamar a mi puerta.

—Pasa.

Leo entra y se sienta en el borde de la cama. Si viene a echarme la bronca o a pedirme que me disculpe con Pol, puede esperar sentado. Es imposible que me entienda. Soy la vocalista de un grupo de tíos. A ellos jamás los han tildado de zorra ni de ser una mala persona que se interpone en una pareja. ¿Cómo podrían ponerse en mi piel si siempre lo tienen más fácil que yo?

—Si vienes a hablar de…

—No —me interrumpe con suavidad—. Paso de meterme en vuestras movidas. Si lo hago, tendré que tomar partido por uno de vosotros. Tú eres mi hermana y él, mi amigo. Es un dilema que no me apetece resolver.

Lo entiendo perfectamente. Pol y yo nos hemos dicho tantas barbaridades desde que nos conocemos que una discusión más no puede impresionarlo. Hace bien en mantenerse al margen.

—Vale. ¿Qué quieres?

—Venía a preguntarte qué tal estás.

—Se me pasará —digo con la boca pequeña—. Da igual, Leo.

Se tumba a mi lado y pone su mano encima de la mía. Me gusta que no diga nada y se limite a estar conmigo. Significa mucho para mí. A veces solo necesitas la compañía de alguien que te quiere para sentirte mejor.

—¿Te puedo enseñar algo? —pregunta al cabo de unos minutos—. Solo escucha y dime qué te parece.

—Vale.

Busca algo en YouTube y pongo mala cara al ver de qué se trata. Es un vídeo de Sam tocando la guitarra y cantando en acústico para un grupo reducido de personas.

—Ya le pedí perdón —digo con sequedad.

—Por favor, escúchala.

Accedo para que se calle. Sé lo que pretende y dudo que me impresione. He compartido escenario con grandes artistas. No obstante, mi muro se resquebraja cuando Sam comienza a cantar y a tocar la guitarra. No es buena, es increíble. Tiene una voz preciosa. Dulce, íntima y se luce en los registros bajos.

Te aferras al pasado como si pudiera mantenernos a salvo,
pero se agotó el tiempo de este amor efímero
que no supimos cuidar,
que se nos escapó como arena mecida por el viento.

Crees que podemos vivir de los besos y abrazos,
de los te quiero que atesoramos,
de los silencios que rompimos queriéndonos mal y a ratos,
de las caricias acompañadas de lamentos…
Pero se agotó el tiempo de este amor efímero
que no supimos cuidar,
que se nos escapó como arena mecida por el viento.

Quieres que te quiera a destiempo,
enarbolando imposibles, desperdiciando intentos,
volviéndome loca de pasión…
Pero se agotó el tiempo de este amor efímero
que no supimos cuidar,
que se nos escapó como arena mecida por el viento.

—Vaya… —Es todo lo que pude decir.

—¿Te ha gustado?

—Es muy buena.

—Lo es. —Leo sonríe porque sabe que me ha encantado. Me conoce de sobra. A él no puedo engañarlo—. No quiero presionarte, te lo juro. Es solo que, la primera vez que la escuché, pensé que tenéis un registro vocal tan diferente que os complementaríais de maravilla en un dúo.

—Me odia.

—Te admira —me corrige—. El único motivo por el que aceptó colaborar con nosotros era porque quería cantar contigo. Me dijo que tu voz es de otro planeta y que para ella sería un honor subir al escenario contigo.

Genial, ahora me siento todavía peor por haberla llamado pringada.

—Leo…

—Jamás te mentiría. Me lo dijo ella.

Me muerdo el labio. Sam tiene magia en la voz, es cierto. Pienso que podríamos hacer algo grande.

—¿Crees que seguirá con ganas de colaborar con nosotros?

—Nura ha quedado para merendar con ella esta tarde en nuestra casa. Se cayeron bien. ¿Te apuntas y lo averiguamos?

—Sí —respondo para sorpresa de ambos.

¿Por qué no? Nuestra última colaboración con Millie fue un completo desastre, pero no quiero negarme la posibilidad de colaborar con otros artistas. La música es mi vida y está por encima de mi orgullo.

—No sabía que ella venía —dice Sam nada más verme.

—No es cosa mía —responde Nura.

Mi cuñada se levanta para darme un abrazo. Huele a vainilla y me abstengo de decirle que está un pelín obsesionada. Nura me encanta porque es auténtica, aunque tiene un carácter fuerte y solemos chocar bastante por tonterías que al final siempre resolvemos porque no somos rencorosas y adoramos a Leo.

—¿Y si habláis a solas? —sugiere con tono amable—. No me apetece tener una merienda incómoda. Solucionad vuestras movidas. Es una orden de vuestra anfitriona.

Algo indiscutible de Nura es que siempre consigue salirse con la suya. Sam me acompaña de mala gana a la terraza y se cruza

de brazos. Está a la defensiva y la entiendo, ahora que dispongo de toda la información.

—Mi hermano me ha enseñado tu concierto acústico. «Amor efímero» es un temazo.

Se queda sorprendida y su expresión se destensa. Es evidente que no esperaba que le hiciera un cumplido.

—Eh… gracias.

—Oye, las disculpas que te pedí el otro día no fueron del todo sinceras —admito, y ella frunce el ceño—. Me disculpé contigo a cambio de que mi padre me dejara quedarme con Percy.

—¿Quién es Percy? —pregunta desconcertada.

—Mi perro. Mira, es una monada. —Cojo el móvil para enseñarle una foto de Percy durmiendo panza arriba—. Mi vecino lo maltrataba y lo he adoptado.

—Oh, qué gordito. Es adorable.

«Acaba de hacerle un cumplido a mi perro. Bien, entra dentro de mi lista de personas aceptables».

—¿Sigues interesada en colaborar con nosotros? —le pregunto, y ella aprieta los labios—. No quiero que parezca que voy a disculparme solo porque pretendo convencerte. Voy a pedirte perdón de todos modos, así que allá va: siento haberte insultado. Soy una bocazas y ni siquiera me molesté en conocerte antes de juzgarte. Y es curioso, porque siempre me quejo de que hagan lo mismo conmigo. Lo que quiero decir es…

—Disculpas aceptadas. —Me pone una mano en el brazo y me ofrece una sonrisa cálida—. De verdad, el otro día en la discoteca yo tampoco estuve muy fina y me puse a la defensiva. Y luego apareció mi ex, la cosa se desmadró un poco… y no pudimos terminar nuestra conversación.

—Mira, la verdad es que me molestó que mis compañeros no tuvieran en cuenta mi opinión a la hora de sugerir una

colaboración.

Ella ahoga una exclamación.

—¿Ni siquiera te preguntaron?

—Qué va.

—Madre mía, qué palo. Yo daba por hecho que habían hablado contigo antes de organizar la reunión. No sabes cuánto lo siento. Te entiendo perfectamente. El año pasado la discográfica me obligó a cantar con varios artistas más comerciales que no eran de mi rollo y tuve que tragar porque había firmado un contrato. Sé lo que se siente cuando intentan dirigir tu carrera y te mantienen al margen.

Vaya, me cae bien esta chica.

—Después de escucharte cantar creo que eres justo lo que buscábamos. Me encantaría hacer un dueto contigo. ¿Qué me dices?

Sam abre los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Pues claro, tienes una voz preciosa y mucho talento para componer.

—Ay, Dios. Ahora vuelvo. No te muevas de aquí.

Me quedo descolocada cuando ella entra en la casa. No entiendo nada. Al cabo de un par de minutos, regresa con una sonrisa de oreja a oreja y me da un abrazo que me pilla desprevenida.

—¿Eso es un sí?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclama eufórica mientras me aprieta con fuerza—. Perdona, pensarás que estoy loca. No quería parecer una fan histérica y necesitaba un poco de tiempo para digerirlo. Soy seguidora de Yūgen y fui a vuestro primer concierto. No sabes lo mucho que esta oportunidad significa para mí. Mierda, me estoy poniendo en plan fan, ¿no?

—Qué va —miento.

—Uy, te estoy espachurrando. —Sam me suelta y se le

escapa una risilla nerviosa. Me ofrece la mano—. ¿Amigas?

Sé que solo es una forma de hablar y acepto su mano.

—Amigas.

En ese momento, Nura aparece en la terraza con una botella de champán y cuatro copas.

—¿Podemos brindar ya? —pregunta impaciente.

11
Pol

He acompañado a Axel a correr porque me estaba entrando el mono. Sé que no puedo meterme nada estando en casa del padre de Gabi, y me ha parecido la única vía de escape. Haría cualquier cosa con tal de estar ocupado. Incluso ejercicio, a pesar de que soy un vago de constitución agradecida que jamás ha pisado un gimnasio. De regreso a la urbanización, nos tropezamos con un puñado de periodistas que hacen guardia en la entrada.

—Podemos hacer tiempo mientras estiramos en el parque que hay a un par de manzanas hasta que se vayan —propone Axel.

—Me la sudan. No soy Gabi.

Axel pone los ojos en blanco y me acompaña de regreso a la urbanización. Nos cuesta abrirnos paso hasta la casa porque los periodistas nos lo ponen muy difícil.

—¿Quién te gusta más, Gabi Luna o Samantha Jordan? —me pregunta uno.

Lo ignoro y sigo caminando. Si tuviera a Gabi delante, me volvería hacia ella para decirle: «¿Lo ves? No es tan difícil. Pasa de ellos». Estoy a punto de cruzar la puerta cuando otro periodista me pone el micrófono delante de la cara.

—¿Es cierto que tus padres van a divorciarse?

Me quedo paralizado porque las preguntas sobre mi familia me pillan desprevenido. El periodista aprovecha mi desconcierto y continúa hurgando sin piedad en mi vida privada.

—¿De parte de quién estás? —insiste y me acerca el micrófono cuando me aparto.

Lo esquivo para continuar mi camino. No entiendo a qué viene semejante pregunta. No sé de qué habla. Lo único que tengo claro es que acaba de abrir una herida que nunca ha cicatrizado del todo.

—¿No tienes nada que decir? —Me persigue con el micrófono y se interpone en el acceso antes de que pueda entrar en la urbanización—. ¿Es cierto que no te hablas con tus padres? ¿Crees que es posible que recuperéis la relación perdida?

Lo rodeo para cruzar la puerta, pero el periodista no se rinde y la situación empieza a tocarme los huevos. ¿Quién se cree que es para acosarme con preguntas sobre mi familia?

—¿Cómo crees que afectará el posible divorcio de tus padres a tus hermanos? —Freno de golpe y aprieto los puños ante la mención de mis hermanos—. ¿Quién se quedará con la custodia de tu hermano?

Le doy un manotazo al micrófono y me abalanzo sobre él.

—¡No hables de mi hermano! —exploto fuera de mí—. Vuelve a mencionarlo y te comes el micrófono.

Axel me coge del brazo y me arrastra dentro de la urbanización. Me zafo de su agarre nada más entrar y le doy una patada a una piedra. Mascullo una maldición y le grito que me deje en paz. Estoy que me subo por las paredes y llego a la casa hecho una furia. Cojo el móvil y llamo a Iris, pero no me responde. Inspiro hondo e intento en vano tranquilizarme.

¿Cómo se atreven a hablar de mi hermano? De mí pueden decir lo que quieran, me trae sin cuidado. Pero Nico es intocable. Es la persona más pura del mundo. No pienso permitir que lo mencionen porque crean que mi fama les concede impunidad para hablar de mi familia.

—Joder, Iris. —Tengo que contenerme para no estrellar el

móvil contra la pared. Decido enviarle un audio—: Cógeme el teléfono. Necesito saber qué está pasando.

Ahora entiendo por qué me llamaba. Maldigo para mis adentros no haber querido hablar con ella. Llevo muchos años sin contacto con mis padres, pero Iris y yo mantenemos una relación cordialmente tensa por el bien de nuestro hermano. Somos muy diferentes y hemos llegado a la conclusión de que jamás nos pondremos de acuerdo. A pesar de todo, no me cuesta reconocer que Iris es una buena persona que quiere con toda su alma a Nico y haría lo que fuera por él.

Iris sigue sin cogerme el teléfono y le pido a Axel que no me moleste cuando llama a la puerta de mi habitación. Solo necesito hacer una búsqueda rápida en internet para averiguar de qué va el tema.

> Jordi Casals, el prestigioso abogado de Barcelona y padre del batería de Yūgen, sorprendido en una situación comprometida con una atractiva joven a la salida de un restaurante.
>
> Jordi es presidente ejecutivo y socio director de Casals Advocats, uno de los bufetes de abogados más importantes de la ciudad que ha representado a futbolistas, empresarios y políticos. Es considerado por *Forbes* uno de los abogados más influyentes de España. Doctor en Derecho *cum laude* y licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales, cuenta con más de treinta años de experiencia en el ejercicio de la abogacía, además de ser patrono de varias fundaciones benéficas.
>
> El abogado de reputación intachable, que mantiene un perfil bajo alejado de las polémicas de su hijo, ha sido fotografiado en actitud cariñosa con una becaria de veintidós años de su bufete. Casals es padre de tres hijos y está casado con Isabel Balcarce. Según las malas lenguas, el abogado desheredó a su hijo cuando este se decantó por la música en lugar de perpetuar el legado familiar. ¿Qué opinará el batería sobre el desliz de su progenitor? ¿Será este el fin del matrimonio?

Enciendo un porro y salgo al balcón. Le doy una calada y me entra la risa. ¿El fin del matrimonio de mis padres? Ni que fuera la primera vez que le es infiel a mi madre. Me sorprende que haya tenido tan poco cuidado, pues para él es muy importante proyectar una imagen de familia perfecta, algo que por supuesto jamás hemos sido.

Conque era eso. Ya puedo respirar tranquilo. Por un momento, temí que le hubiera sucedido algo a mi hermano y me ha entrado el pánico. Anulo los wasaps que le he enviado a Iris y le digo que no hace falta que me llame. Las movidas de mis padres no son asunto mío. Hace bastante tiempo que tomé la sabia decisión de mantenerme al margen.

Que les den. Sé estar solo. No los necesito. Hubo un tiempo en el que fui un iluso que soñaba con ganarme el respeto de mi padre, hasta que comprendí que un miserable como él no se merecía tal esfuerzo, y di por perdida a mi madre.

12

Gabi

Estoy preocupada por Pol porque me ha llegado un vídeo en el que se lo ve encarándose con los periodistas. Menuda panda de buitres. ¿Cómo se atreven a mencionar a su hermano? Nico es una persona con discapacidad intelectual y todos sabemos que Pol siente debilidad por él. También somos conscientes de que solo mantiene contacto con su hermana y evitamos hablar de su familia porque sabemos que le escuece. Él nos explicó que se lleva mal con sus padres debido a que no aceptan que sea músico, aunque estoy convencida de que detrás de esa verdad a medias hay algo más complicado. Ojalá fuera capaz de sincerarse con nosotros, pero Pol es muy reservado con todo lo que tenga que ver con su familia y siempre que he intentado que se abra conmigo me he topado contra un muro.

—Gabi, ¿te encuentras bien?

Es Sam. Llevo quince minutos en el baño intentando contactar con Pol. El muy cenutrio no me coge el teléfono.

Típico de los tíos, encerrarse en sí mismos porque creen que no les está permitido ser sensibles. Los han educado para que su masculinidad tan frágil no les permita hablar de sus sentimientos o llorar en público, como si eso los hiciera menos hombres en lugar de más humanos.

—Dame un minuto.

Me retoco el maquillaje para camuflar que he llorado. Me encantaría ser más fuerte, pero la situación me supera. Después de haberme rendido con Pol, he entrado en Twitter y he comprobado que seguían cebándose conmigo. Me he venido

abajo.

¿Por qué algunos se esconden detrás de una pantalla para hacer daño?

Supongo que los acosadores de internet son personas con una autoestima muy baja y un montón de conflictos internos que necesitan descargar su rabia de forma anónima por las redes sociales para sentirse mejor consigo mismos.

Salgo del baño dispuesta a poner alguna excusa para marcharme, pero Sam sabe que algo va mal en cuanto me ve.

—Ey… —dice con suavidad—. ¿Estás bien?

—Tengo que irme —mascullo evasiva—. Me ha surgido algo.

—Claro —responde desconcertada—. Seguimos hablando otro día.

Me despido de Leo y Nura, que me preguntan si va todo bien. Les digo que tengo que ir a hacer un recado de última hora y luego me marcho. Para mi sorpresa, Sam me intercepta antes de que salga y me pone una mano en el hombro. Me entran ganas de espetarle que me deje en paz y se meta en sus asuntos. Hasta que nuestras miradas se encuentran. Hay tanta amabilidad en sus ojos que me vengo abajo sin poder evitarlo.

—Has estado llorando —dice con cautela—. ¿De verdad no quieres hablar de lo que te pasa? Se me da bien escuchar.

—Apenas nos conocemos.

—Ya. —Se mete las manos en el bolsillo central de su sudadera y se encoge de hombros—. ¿Te apetece un helado?

—¿Qué?

—Un helado.

—Ya te he oído, es solo que…

—Mi padre me lleva a tomar un helado cuando estoy de bajón. Te juro que funciona. Luego, si quieres, me cuentas lo que te ronda la cabeza. O no. Tú decides. Conozco un sitio donde hacen un helado de *cookies* que está de muerte. Te prometo que nunca probarás nada igual.

—Suena bien, aunque no me apetece que me vean con esta cara.

—El dueño es amigo mío. Entraremos por la puerta de atrás.

—No tienes que hacer esto por mí —digo avergonzada—. No somos amigas.

Sam esboza una sonrisa radiante. Me gusta verla sonreír. Le nace un único hoyuelo en la mejilla izquierda y sus ojos color miel brillan de alegría. Es una de esas personas que tienen una sonrisa contagiosa.

—Podríamos serlo. No es por echarme flores, pero mis amigos me puntúan con un sobresaliente.

Sonrío de forma inconsciente.

—Un helado suena bien. —Me rindo.

Sam tenía razón, es el mejor helado de *cookies* que he probado nunca. A ver, para ser sincera tampoco como muchos helados. Mi dieta está medida al milímetro por un nutricionista que elabora mis menús semanales, y tengo un entrenador personal que me obliga a pesarme todas las semanas para comprobar que no he engordado ni un gramo.

Estamos en el almacén de la heladería. Agradezco la intimidad porque no estoy de humor para soportar las interrupciones de los clientes.

—Uf… —Me acaricio la barriga—. ¿Por qué no puedo alimentarme solo de helado?

—Porque acabarías con diabetes.

—Y engordando.

Sam me mira de arriba abajo y sacude la cabeza con incredulidad.

—Por favor, dime que es una broma.

—Qué va. Después de firmar nuestro primer contrato con la discográfica, un puñado de ejecutivos estuvo a punto de

convencerme para que firmara una cláusula en la que tenía prohibido engordar, debía llevar un determinado corte de pelo y aceptar los servicios de un estilista que me diría cómo vestirme. Hicieron esa reunión a espaldas de mi padre. Por aquel entonces yo solo tenía dieciséis años. Cuando mi padre se enteró, montó en cólera y quiso demandarlos. Al final la cosa quedó en nada, pero algo así te marca y hace que te preguntes si tu voz no es lo único por lo que te juzgará el público.

—Qué horror. —Sam me mira con empatía y me aprieta la mano—. Son unos cabrones. A mí me obligaron a fingir una relación con James Parker durante dos meses. Decían que a los dos nos vendría bien porque nuestras carreras no acababan de despegar.

—Al menos es guapo.

—Le huele el aliento a cebolla. —Pone cara de asco y me parto de risa—. Y ahora todos creen que soy bisexual. Los de la discográfica dicen que me da un rollo más… accesible y moderno.

Ambas torcemos el gesto. La orientación sexual de una persona no debería utilizarse para ser más comercial.

—Entonces ¿no estás contenta con el nuevo novio que te han adjudicado? —bromeo.

—¿Ahora es cuando llegamos a las manos por él? —pregunta, y nos entra un ataque de risa porque al decirlo en voz alta todavía suena más ridículo—. Admito que vuestro batería es muy guapo, pero nunca me han ido los tíos.

—Ojalá alguien se atreviera a destapar toda la basura de esta industria.

—Pensé que era la única que había tenido que tragar mucha mierda para firmar un contrato discográfico. Me vas a matar, pero ahora me siento menos sola. El primer año fue una pesadilla. Ni siquiera disfruté de lo que me estaba pasando. Solo podía sentirme culpable por haber accedido a cosas con

las que no estaba de acuerdo con tal de hacer lo que me gustaba.

—El éxito es complicado.

—No deberíamos traicionarnos a nosotros mismos para conseguirlo.

Me quedo pensativa. Sé que en el fondo tiene razón. En ocasiones tengo la impresión de que soy un peón que no tiene ningún tipo de control sobre su vida, pero me consuelo diciéndome que es el precio por dedicarme a la música.

—¿Sabes qué? —Hundo la cuchara en el cubo de helado—. ¡Que me demanden!

—¡Que nos metan en la cárcel!

—¡Que me rescindan el contrato!

—¡Que se jodan!

Nos acabamos el cubo de helado y luego nos tumbamos bocarriba en el suelo. Le hablo de Millie Williams y del miedo que tenía a colaborar con otro artista que fuera tan despreciable como ella. Sam me escucha sin pestañear y de vez en cuando abre mucho los ojos o murmura alguna palabrota.

—Qué fuerte que acosara a tu hermano.

—Ya ves… —Me muerdo el labio—. De verdad que siento muchísimo haberte prejuzgado.

—Está olvidadísimo —me asegura—. Aquella noche en la discoteca quería hacer las paces contigo. No había perdido la esperanza de colaborar juntas. A ver, me flipa tu voz. ¿Tienes idea de las veces que he cantado en la ducha «Ruido y cenizas»? Tía, tus agudos son brutales. Me encanta cuando te rompes y tu voz se rasga como si ya no pudieras continuar, hasta que vuelves a darlo todo como si no acabaras de dejarte la garganta en el escenario. No quiero que parezca que te hago la pelota, ¿vale? Tienes una voz que llega muy dentro. Eres una de mis cantantes favoritas. ¡Y voy a cantar contigo!

—Ahora sí te estás poniendo un poquito en plan fan —

bromeo.

—¡Uy! —Se sonroja—. Soy inofensiva. No te cortaré un mechón de pelo y lo guardaré en un relicario ni nada por el estilo.

—Qué *cringe*.

—Y que lo digas. Jax Cooper me contó que una fan lo estaba esperando a la salida de un concierto con unas tijeras. Tuvo que llamar a la poli.

—Me lo creo. Una vez un fan me pidió que le diera un beso en la frente para tatuárselo.

—¿Se lo diste?

—Ni de coña.

—Oh, Gabi, dame un besito. —Sam pone morritos—. Tienes unos labios preciosos.

—Que sepas que fue un momento muy traumático.

—No lo dudo.

—¿Qué es lo más raro que te ha pasado con un fan?

—Bueno, no soy tan famosa como tú…

—¡Venga ya! —Le doy un golpecito en el hombro—. No vayas de humilde. Ganaste un premio MTV a la artista revelación y tu primer álbum ha tenido muy buenas críticas.

Sam se sonroja y comprendo que todavía no se ha creído del todo lo buena que es.

—Tuve que pedir una orden de alejamiento para un hombre que averiguó dónde vivía y se plantaba todos los días delante de la puerta de mi casa para invitarme a desayunar.

—Ay, Dios. —Me da pavor tan solo imaginarme a algún fan acosador en la puerta de mi casa. De vez en cuando van a la entrada de la urbanización a gritar mi nombre, pero jamás han traspasado el umbral—. ¿Por qué quería invitarte a desayunar?

—Ni idea, sería de los que defienden que el desayuno es la comida más importante del día.

—¡Sam!

—¿¡Qué!? —exclama riendo—. El caso es que no volvió a incordiarme. Luego me enteré de que era un músico que iba molestando a todas las cantantes de la ciudad para que le dieran algún consejo. Ya ves, no soy tan especial.

Me río. Es agradable hablar con ella. Es muy divertida. Ojalá yo fuera capaz de tomarme las cosas malas que me pasan con tanto sentido del humor.

—En fin, aunque sea tu fan, te prometo que te trataré como a una compi de trabajo y no te pediré un autógrafo. Puedes respirar tranquila. —Me guiña un ojo.

—¿Y una foto? —le vacilo.

—Una foto para inmortalizar el inicio de nuestra amistad no estaría mal.

—Te advierto que soy una persona muy difícil de tratar.

—No me intimidas —dice sin inmutarse—. Soy una tía dura.

Cojo el móvil para hacernos un selfi. Nos tomamos un puñado de fotos sacando la lengua, poniendo morritos y haciendo el payaso.

—Esta me gusta —digo enseñándole una en la que salimos bizqueando—. Estamos monísimas.

—No te atreves a subirla a Instagram.

—No me tientes. Me vendría genial para callarles la boca a todos los que dicen que soy una acosadora de Pol.

—Gabi… —Se tumba de lado para mirarme y me coge la mano—. ¿Por eso llorabas? Sé que han dicho cosas horribles de ti.

Suspiro desanimada.

—No debería dejar que me afecte.

—Súbela y pon de *hashtag* #BestFriends. Vamos a callarles la boca.

—No tienes que involucrarte en esto por mí…

—Si no lo haces tú, lo haré yo. Que vean lo «mal» que nos llevamos. A ver si ahora son capaces de continuar con la

historia de que nos estamos peleando por Pol.

Subo la foto y le sonrío agradecida.

—Te parecerá una tontería, pero a veces solo quiero que me olviden durante un día. No recuerdo la última vez que fui al cine o di un paseo sin una gota de maquillaje. Me encantaría ser más fuerte. Quiero que lo que digan de mí me resbale. Que las mentiras sean eso, palabras que no significan nada. Pero muchas veces me vengo abajo porque me duele. No puedo evitarlo.

—No creo que sea una tontería —dice para mi sorpresa—. La presión por ser felices nos vuelve tan egoístas que la tristeza ajena nos incomoda y llorar en público no está bien visto porque se considera un signo de debilidad. Pero las personas tenemos derecho a estar tristes o enfadadas. El hecho de no estar al cien por cien no nos hace menos fuertes. Si te apetece llorar, llora todo lo que necesites. Eres humana. Está bien no estar siempre bien.

—Mierda.

Se me saltan las lágrimas porque me ha tocado la fibra sensible. En lugar de apartarse o tranquilizarme con alguna frase hecha, se acurruca a mi lado y entrelaza nuestras manos. Le da igual que le moje el pelo con mis lágrimas y yo me siento de maravilla al tener a alguien que me escucha sin juzgarme.

—Me caes bien —digo tras soltar un hipido. Me armo de valor y balbuceo—: No quiero que te rías de mí, pero… ¿quieres ser mi amiga?

Sam me aparta el pelo de la cara y sonríe.

—Me encantaría ser tu amiga, Gabi.

13
Gabi

Lo he pasado de maravilla con Sam. Después del banquete de helado fuimos al cine y me aseguró que pasaríamos desapercibidas porque tenía una técnica infalible: llamar a su representante para que moviera algún hilo y pudiéramos entrar por la puerta de atrás. Nos sentamos en la última fila, comimos palomitas y vimos una comedia romántica, una peli de superhéroes y otra de miedo. Durante la peli de miedo, en una escena en la que la prota baja al sótano, le apreté la mano tan fuerte que a ella se le escapó un grito.

Sam ha aparcado delante de la puerta de mi casa, a pesar de que le he dicho que podía dejarme en la entrada de la urbanización.

—Ha estado guay. —La miro esperanzada porque me encantaría repetir—. Podríamos quedar otro día.

—Toma. —Sam me entrega su teléfono—. Graba tu número.

Guardo mi móvil en su agenda y me doy un toque para tener el suyo.

—No le pedía a nadie que fuera mi amiga desde los seis años —le confieso abochornada—. Gracias por aguantar mis rollos.

—¡Eh! —Sam se pone seria—. Primera regla de las amigas: nunca se dan las gracias por escucharse y siempre están ahí cuando las necesitas. A ver si te crees que vas a ser la única a la que le hará falta desahogarse.

—No sé si seré tan buena como tú escuchando —admito—. Tener amigas no es lo mío.

—No te preocupes. Te voy a convertir en toda una experta.

—Me guiña un ojo.

Me gusta que me vacile. Sienta de maravilla estar con alguien que no me hace la pelota o me juzga por lo que otros han dicho de mí.

—Si tú lo dices… —Abro la puerta del coche—. Tengo ganas de trabajar contigo.

—Y yo de trabajar con vosotros, al margen de nuestra reciente amistad.

—Mándame un mensaje cuando llegues a tu casa.

—Guau, aprendes rápido. Es lo que diría una verdadera amiga.

—Adiós, graciosilla.

Cierro la puerta del coche y ella baja la ventanilla.

—Chao, pringada.

Me río mientras cruzo la entrada. La casa está en silencio. Es de madrugada y todos estarán dormidos. Vaya, el día se me ha pasado volando con Sam. En el frigorífico hay una nota escrita con la letra de mi padre: «Gabriella, saca de paseo a tu perro. Me debes unos zapatos nuevos. Esa pequeña alimaña se porta fatal cuando no estás».

Los zapatos rotos están encima del cubo de la basura para que vea el destrozo que ha hecho mi angelito. Lo encuentro roncando en mi cama, justo al lado de la chaqueta de cuero que le devolví a Pol. Me muerdo el labio y me pongo la chaqueta.

«Ay, Pol… ¿Qué voy a hacer contigo?».

Le pongo la correa a Percy y voy directa a la habitación de Pol. Llamo a la puerta sin obtener respuesta y entro de todos modos. El dormitorio está a oscuras, aunque sé que no está dormido.

—¿Te vienes a dar un paseo conmigo y con Percy?

—¿A ti qué te pasa? —protesta malhumorado. Enciende la lamparita de la mesita de noche y me atraviesa con la mirada —. Estaba durmiendo.

—Claro que sí. Levanta el culo.

—Que me dejes. —Se tapa con el edredón—. Cierra la puerta al salir.

—Te doy cinco minutos.

—Lárgate.

—Te espero fuera, bobo.

Estoy convencida de que va a acompañarme cuando salgo de su habitación. Lo conozco demasiado bien. Mientras lo espero, me llega un wasap de Sam. Me acaba de enviar una foto cepillándose los dientes y vestida con un pijama horroroso de Pikachu.

Sam

Tu nueva amiga (sana y salva) te da las buenas noches.

Yo

¡Qué pijama más feo! Además, Bulbasaur le da tres mil vueltas al sobrevalorado Pikachu. Buenas noches. 😘

Al cabo de unos minutos, Pol sale y pone los ojos en blanco al ver mi sonrisa triunfal.

—Te encanta salirte con la tuya. Que conste que voy a dar un paseo porque me has despertado y ya no podré quedarme dormido. —Se hace el digno—. Muchas gracias, Gabi.

—Me gusta que te hagas el interesante, pero no cuela.

—Lo que hay que oír. —Sacude la cabeza, aunque dibuja una media sonrisa. Salimos de mi casa para dar un paseo por la urbanización—. ¿Dónde te habías metido? A tu padre se le quemó la cena porque se puso a contarle a Axel una anécdota sobre Paul McCartney. Al final hemos pedido pizza y Leo y Axel me han obligado a ver un documental de Netflix sobre un asesino en serie que me ha dejado mal cuerpo. No tenía con quién meterme.

—Te aburres sin mí, ¿eh?

—Nadie me saca de mis casillas como tú.

—Me encanta que me digas cosas bonitas. Estaba con mi amiga Sam.

Pol me mira de reojo.

—¿Samantha Jordan?

—Ajá.

—¿Desde cuándo sois amigas? —pregunta descolocado.

—Desde hace ocho horas.

—Qué raras sois las tías.

—Por lo menos nosotras no tenemos miedo de coger el teléfono si tenemos un mal día. Podrías haber respondido a alguna de las quince veces que te he llamado.

—Ni que fueras mi madre.

Le doy un pellizco en el brazo.

—¿Vamos a fingir que estás bien? —Lo miro a los ojos y se pone tenso—. Has perdido los papeles con un periodista.

—Se lo merecía —responde a la defensiva.

—Y tanto. —Me agacho para soltar a Percy, que corre a olisquear un árbol—. Que nos peleemos una de cada dos veces que nos dirigimos la palabra no significa que no puedas desahogarte conmigo si lo necesitas.

—Lo sé.

—No lo sabes.

—Lo sé —insiste categórico—. Que no me apetezca es otra historia.

Suspiro derrotada. Pol es la clase de persona inalcanzable que se encierra en sí misma. Hace frío y me arrebujo dentro de la chaqueta. Pol esboza una sonrisa de lado al verme. Pongo los ojos en blanco y me da un pequeño tirón del pelo.

—¿Por qué me la has devuelto?

—Quería que la tuvieras. Te queda mejor que a mí —dice muy tranquilo—. Siento haberte dicho…

—Da igual. —Le resto importancia. Ya no me apetece estar

enfadada con él—. Los dos nos lucimos. No debería haberte pedido que hicieras algo que no querías.

Caminamos rozándonos los brazos y nos miramos de soslayo. Me pone un mechón de pelo detrás de la oreja y acaricia suavemente mi mejilla. Ese pequeño roce cálido e inesperado despierta en mi interior un millón de sensaciones que no debería experimentar con mi amigo. Sin embargo, me encanta que tenga estas imprevisibles muestras de afecto conmigo. Me gusta el Pol que en la intimidad no tiene miedo de ser cariñoso y me demuestra que le importo. De hecho, puede que me guste demasiado.

—Tu perro se está cagando delante de esa puerta.

Pol señala a Percy, que nos mira con cara de no haber roto un plato.

—¡Ahí no, Percy! —El perro se encoge de miedo. Es evidente que lo maltrataban. Cada vez que alzo la voz se asusta y corre a esconderse debajo de la cama—. Vaya…

—¿Qué pasa?

—Es la casa de su antiguo dueño. Quizá lo ha hecho a propósito.

—¿El presentador?

—El mismo.

—Justicia canina. Bien hecho, Percy.

Pol se acerca a la puerta y doy por hecho que va a recoger la caca, pero entonces agarra a Percy y llama al timbre.

Pol se parte de risa y sale disparado.

—¡No! —protesto—. ¡Esas cosas se avisan!

Echo a correr y nos escondemos detrás de un árbol antes de que el presentador aparezca en el umbral de la puerta en pijama y gritando como un energúmeno. Me tapo la boca para aguantarme la risa. El árbol es demasiado pequeño para los dos y tengo que pegarme a Pol para que no nos descubra. O eso me digo cuando me envuelve entre sus brazos y el sonido de su risa

me hace cosquillas en la frente. El corazón me late con fuerza contra el pecho y un intenso calor se apodera de mis mejillas. Porque en el fondo sé que nadie me hace sentir como él y que me gustaría ser algo más que su amiga.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

Gabi Luna y Samantha Jordan, ¿*besties* o pura conveniencia?

¡Que se pare el mundo! Gabi y Samantha ahora son las mejores amigas. Que alguien me lo explique. ¿El otro día no se estaban peleando en una discoteca por conseguir la atención de Pol? No estoy del todo convencida de que esta amistad entre la diva del rock y el nuevo grito de la música española tenga mucho futuro. ¿Quién os parece que sale ganando? Yo lo tengo bastante claro. Al fin y al cabo, Samantha Jordan no es más que una recién llegada que podría aprovecharse de la fama de Gabi para tener más seguidores.

Gabi, quien avisa no es traidor. Tal vez deberías escuchar a Alba Ortiz, que en una reciente entrevista calificó a su exnovia como «una lagarta de mucho cuidado». Ojalá Gabi tenga más suerte en la amistad que en el amor. Debe de ser duro que todos los que se le acerquen lo hagan por puro interés, ¿no creéis?

14
Gabi

—¡Ahora me toca a mí! —exclamo emocionada.

Axel y Leo se miran como si fuera a obligarlos a ir a la guerra. Son unos exagerados. Pol aprovecha para robarle a Axel el último dónut de chocolate de su plato sin que se dé cuenta.

—Que alguien me pegue un tiro, los planes de Gabi siempre son un coñazo —dice para picarme antes de darle un bocado al dónut.

—Yo no me quejé cuando nos obligaste a conducir aquellos ridículos cochecitos —le recuerdo.

—¿Te refieres al kart que conducías como una kamikaze?

—¿Todavía sigues picado porque te gané? —Me parto de risa—. Qué frágil es la autoestima masculina. Los tíos siempre os ponéis a la defensiva cuando una mujer os gana.

—Te chocaste a propósito conmigo y me sacaste del circuito —me recuerda indignado—. Y luego te sorprende que hayas suspendido cuatro veces el práctico del carnet de conducir.

—Los examinadores me tienen manía porque soy famosa, guapa y rica —siseo.

—Bájate del pedestal, Cristiano Ronaldo —me provoca Pol.

—Olvídame, picha floja.

—Uy, si supieras lo dura que la tengo…

—Qué asco me das.

—Ven y lo compruebas si quieres. —Me guiña un ojo.

—¿Cuál es el plan? —me pregunta Leo para interrumpir la discusión—. Que conste que nuestros martes son para hacer cosas en grupo y desconectar, no para que nos obligues a

sujetarte las bolsas mientras nos arrastras por un centro comercial atiborrado de gente.

—Yo nunca me quejo cuando vosotros proponéis un plan —me defiendo.

—Porque nuestros planes molan —dice Pol, y Leo le choca los cinco.

—Qué básicos sois los tíos.

En ese momento, Axel baja la vista a su plato y se percata de que su dónut ha desaparecido.

—¡Eh! —protesta al ver a Pol masticando a toda prisa para que no se lo quite—. Tío, era mi desayuno.

—Pensé que no lo querías.

—¡Lo tenía en mi plato! —se queja—. ¡Con la comida no se juega!

—Tío, lo he hecho por ti. —Pol se chupa los dedos ante la mirada exasperada de Axel—. Has engordado. Mi amiga Lila se merece a alguien que se cuide.

—Lo tuyo es muy fuerte —refunfuña Axel.

—Poneos ropa cómoda —les ordeno.

—¿A dónde nos vas a llevar? —insiste mi hermano.

—¡Ya lo verás, pesado!

Tenemos una tradición mientras estamos trabajando en un disco. Se le ocurrió a mi padre porque dijo que debíamos aprender a desconectar al mismo tiempo que fortalecíamos la unión del grupo. Todos los martes a uno de nosotros le toca organizar un plan al que los demás deben apuntarse obligatoriamente. Lo hemos bautizado como el martes de «ahora me toca a mí». Por supuesto, cuando es mi turno se quejan de que propongo planes de chica. A ver, no tengo la culpa de que tengan ese concepto tan arcaico de la diversión masculina. En fin, a estas alturas no debería sorprenderme que la mayoría de los tíos necesiten demostrar lo machotes que son sudando testosterona. Por eso he decidido ponerlos en su sitio.

Alguien tenía que hacerlo.

—¡Venga ya! —se queja mi hermano al ver dónde los he traído.

Me hace gracia que los tres estén plantados como unos pasmarotes delante del salón de manicura. Ni que fueran a comérselos. He reservado el salón para nosotros y las trabajadoras se dan codazos al reconocernos.

—No pienso entrar ahí —dice Axel con el ceño fruncido.

—¿Por? —Abro la puerta y los miro impaciente—. Los hombres también tenéis derecho a haceros la manicura. Los tratamientos de belleza no solo son cosas de mujeres. No sabía que fuerais tan inseguros.

—No es cuestión de… —comienza a decir Leo.

—¡Por fin un buen plan! —exclama Pol entusiasmado.

Leo y Axel se quedan a cuadros al verlo entrar. No sé de qué se sorprenden. Pol es el tío más presumido de este planeta. Le suelo tomar el pelo porque se pasa horas poniendo caritas delante del espejo. Le encanta ir a la peluquería y es el único que no se queja cuando le pido que me acompañe a ir de compras.

Las manicuras se pelean entre sí para atender a Pol y pongo los ojos en blanco. Él está encantado de la vida. Pide que le hagan un tratamiento completo de hidratación de manos porque las tiene muy delicadas.

—Qué fuerte —dice Leo sin dar crédito.

—Tú también deberías cuidártelas —le aconseja—. Eres guitarrista. Y Nura te lo agradecerá cuando…

Leo le tira un cojín para que se calle y Axel y yo nos reímos. A pesar de sus reticencias iniciales, acceden a que les hagan la manicura y les pongan una mascarilla facial de aguacate y plátano. Me entra un ataque de risa al verlos con ese mejunje verde en las caras.

—Qué bien huele —dice Leo impresionado.

—Es agradable —añade Axel—. Está muy fresquita.

—Deberíamos venir más a menudo —sugiere Pol.

—¡Os lo dije! —exclamo triunfal.

Una de las esteticistas no para de revolotear alrededor de Pol para preguntarle si se encuentra cómodo. Él se deja querer, cómo no. El muy presumido está en la gloria. Pide que le pinten cada uña de un color diferente y está encantadísimo de que le den un masaje en el cuero cabelludo. Cierra los ojos y se le escapan murmullos de placer. No puedo evitarlo. Aprovecho para grabarlo sin que se dé cuenta y hago un gran esfuerzo para contener la risa. En ese momento, Pol abre un ojo y la rodaja de pepino que tenía en el párpado se cae al suelo.

—Ni se te ocurra subirlo —me advierte.

—Tarde. —Se me escapa una risa malvada—. Saluda a mis seguidores. Es un directo.

Axel y Leo se parten. Pol estira el brazo para arrebatarme el móvil, pero yo soy más rápida que él. Me persigue por todo el salón y le respondo que a estas alturas el vídeo ya se habrá hecho viral, por lo que se rinde tras asegurarme que se las pagaré.

—Así que esto es lo que haces todas las semanas para estar guapa —dice cuando regresa a su asiento.

—Se llama autocuidado. No necesito hacer nada del otro mundo porque lo mío es natural. Nací guapa y con una voz maravillosa. No espero que lo entiendas porque necesitaste ensayar durante muchos años para no sonar como un mono amaestrado tocando los platillos.

—Eres naturalmente…

—No empecéis —nos pide Axel, al que le están dando un masaje en el pelo y se nota que está a gustísimo—. Quiero relajarme. No quiero oíros discutir.

—Tienes razón —le respondo—. No merece la pena que

pierda el tiempo con este idiota.

—Qué fácil es picarte, belleza natural —me provoca Pol.

—Olvídame, presumido.

—Deberías salir a la calle con la mascarilla puesta. Te favorece.

—Me lo dice el que no vale un pimiento.

—Para no valer un pimiento, bien que me miras embobada cuando tomo el sol en la piscina.

Me quito una rodaja de pepino y se la lanzo. Pol se queja porque se le ha quedado pegada en la frente.

—Me van los cachas —miento—. Contigo no tengo ni para empezar.

—Cuando quieras lo averiguamos. —Me guiña un ojo.

—No estoy tan desesperada, tirillas.

—¿Sabes lo que tengo bien gordo?

—El cerebro desde luego que no.

—¿Siempre están así? —escucho que le pregunta una esteticista a Axel.

—Son como niños —le responde él—. Pero al final les coges cariño.

—¡Aquí el único crío que hay es él! —protesto indignada—. Que siempre me provoca cuando se aburre.

—Venga, Gabriella —dice Pol con tono suave—. No te enfades. Ahora te doy un besito para que se te pase el disgusto.

Me meto dos dedos en la boca y finjo una arcada. De repente, alguien comienza a roncar y todos nos quedamos callados. ¡No me lo puedo creer! Leo se ha quedado dormido mientras le daban un masaje. Menos mal que no quería entrar. Pol se levanta para hacerle una foto y Axel y yo nos aguantamos la risa. Lo ha fotografiado con la boca abierta. Se parece a Shrek echándose una siesta.

—¿Votos para subirla a la cuenta de Instagram del grupo? —nos pregunta.

Axel y yo levantamos las manos sin dudar. Cuando se trata de gastarnos bromas siempre nos ponemos de acuerdo. No tenemos remedio.

—Tú eres la siguiente. —Me señala con el móvil.

—Uy, no te atreves.

—¿Que no? —Pol esboza una de sus sonrisas de lado—. Verte enfadada es mi debilidad. Te pones tan colorada que pareces un Gusy Luz.

—¿Qué es eso? —pregunto con recelo.

Pol me enseña una foto de un muñeco con forma de gusano y me pongo roja de ira.

—¡Idiota!

—Tal vez —dice para mi sorpresa—. Se me estará pegando por juntarme contigo.

—Me estoy relajando. —Cierro los ojos para ignorarlo—. Pasa de mí.

—Gabriella…

—Que me dejes.

—Gabriella…

—¿¡Qué!?

Abro los ojos de par en par. Me está mirando con una sonrisa canalla que me resulta demasiado atractiva. Maldito sea. Me ha comparado con un puto gusano y aquí estoy, babeando por él como una imbécil.

—Qué guapa te pones cuando te cabreas.

Finjo una expresión de enfado, aunque en el fondo me ablando. Este es Pol. Me provoca el 99 por ciento del tiempo, hasta que me suelta una frase de las suyas que me desarma. Justo cuando estoy a punto de responderle, Leo se desperezа y abre los ojos.

—No me he quedado dormido —dice avergonzado.

—Claro, tío. —Pol le da una palmadita en la espalda—. Estabas descansando los párpados.

Diez minutos después, Leo descubre que todo el mundo está comentando su foto en el perfil de Instagram del grupo y nos grita que somos lo peor. Axel y yo le echamos la culpa a Pol y Leo lo persigue mientras él pretende esconderse detrás de todas las empleadas.

Estos son mis amigos; locos, imperfectos, bromistas, únicos. No los cambiaría por nada. Son mi familia, aunque no todos lleven mi sangre. Porque hay amistades que se vuelven familia y te sostienen cuando más lo necesitas. A su lado siempre me sentiré invencible.

15
Pol

Después de pasar la mañana en el centro de estética, Gabi nos lleva a un conocido balneario de la ciudad que también ha reservado en exclusiva para nosotros. Deberíamos dejar que fuera ella quien eligiera todos los planes de ahora en adelante, aunque por supuesto no abandonaré mis piques porque me encanta escucharla refunfuñar y porque jamás he conocido a nadie que se ponga tan roja cuando le tomo el pelo.

—¿Y si se me estropean las uñas? —pregunto sin atreverme a entrar en la piscina de agua caliente.

—Lo tuyo es muy fuerte —responde Leo.

—Tío, me han dejado las manos supersuaves —digo orgulloso—. Y mis uñas son una pasada. Los tonos pastel me favorecen. No sé por qué no me las había pintado antes.

—Es un esmalte semipermanente, cateto —me explica Gabi a mi espalda—. Dura tres semanas.

Me doy la vuelta y sé que he cometido un grave error en cuanto la veo con ese minúsculo biquini amarillo con cerezas estampadas. A partir de ahora, jamás podré llevarme una cereza a la boca sin pensar en ella. Gabi me mira como si me leyera la mente y esboza una sonrisa engreída. Es lo peor. Seguro que se ha puesto ese microbiquini para atormentarme. La conozco de sobra.

—¿Qué te pasa, Pol? —pregunta con voz melosa.

—¿A mí? —Me encojo de hombros—. Nada.

En lugar de entrar en la piscina de agua caliente, cambio de opinión y voy directo a la de agua helada. Ni que fuera la

primera vez que la veo en biquini. De hecho, el otro día la vi medio desnuda. Mierda, ¿para qué pienso en las tetas de Gabi? Toda la sangre se me va al mismo sitio. Junto a la piscina hay un recipiente con cubitos de hielo. Echo un puñado en el agua. Sin duda, esta es mi penitencia por desear a mi amiga. Entro en la piscina y me castañetean los dientes, pero consigo aguantar dentro un par de minutos que se me hacen eternos. Luego salgo y me dirijo a la piscina de agua salada porque no hay rastro de Gabi. Me siento en el banco sumergido, pego la espalda a la pared, cierro los ojos e intento relajarme.

—¿Huyes de mí? —susurra a mi oído.

Doy un pequeño salto. Sabe que me ha pillado desprevenido y me mira satisfecha. Me gustan nuestros juegos si soy yo quien los controla. De lo contrario, me pone nervioso que esta atracción se me pueda ir de las manos.

—¿Por qué iba a huir de ti? —pregunto con falsa indiferencia —. La piscina es muy grande para los dos.

—Tienes razón. —Gabi se sienta a mi lado y me roza a propósito el muslo con la rodilla—. Me encanta este lugar.

—¿Sueles venir mucho?

—Un par de veces al mes. Me relaja un montón.

Me pone una mano en la pierna y se me pone dura. Joder con la niña. Miro a nuestro alrededor para comprobar que su hermano no nos ve. Va a conseguir que me dé un infarto. No sé a qué juega. No sé por qué deseo que siga jugando conmigo. No sé… nada en absoluto.

—¡Gabi! —Me tenso—. Por favor.

Se ríe.

—No te pega ser tan mojigato.

—Tu hermano y Axel están en la piscina de al lado.

—¿Te da miedo que nos descubran? —se burla de mí—. No te hagas ilusiones, Pol.

—No juegues conmigo —le pido con la voz estrangulada.

Gabi deja la mano apoyada en mi pierna y lo peor es que no quiero que la aparte. Nos miramos. Qué fácil sería aplastar mi boca contra la suya. Podría sentarla encima de mí y besarla hasta que nos faltara el aliento. Recorrerle el cuello con los labios y arrancarle un millón de gemidos con las manos.

—Cómo te pones por un poquito de cariño entre amigos —dice con falsa inocencia. Aparta la mano y tengo que contenerme para no agarrarla y que siga tocándome—. ¿Sabes por qué me gusta tanto venir a este sitio?

—Porque te relaja, ya me lo has dicho.

—Ah, sí. Las manos de Miguel siempre consiguen hacerme sentir en la gloria.

—¿Quién es Miguel? —pregunto automáticamente, y maldigo para mis adentros porque acabo de caer en su trampa.

—Mi masajista favorito.

—¿Intentas ponerme celoso? —replico cabreado—. No cuela, Gabi.

—¿Por qué iba a querer ponerte celoso? —Nada hacia el centro de la piscina y me molesta que ahora pase de mí cuando hace menos de un minuto estaba tonteando conmigo. ¿De qué va?—. Solo somos amigos, ¿no?

La miro y las palabras se atascan en mi garganta. Quiero decirle que por supuesto que solo somos amigos. Pero no puedo. Una emoción intensa me golpea el pecho. No sé quién es el tal Miguel, aunque ya lo detesto con todas mis fuerzas. Ahora mismo siento una rabia que me carcome por dentro porque él puede tocarla y yo no. Gabi sale de la piscina y le miro el culo sin poder evitarlo. Joder, lleva un puto tanga.

Mierda, me he empalmado otra vez.

«Recuerda que es tu amiga. Recuerda que es la hermana de tu mejor amigo. Recuerda que la conoces desde que tenías diez años. Sois compañeros de trabajo. Está prohibida», intento meterme a la fuerza en la cabeza.

No obstante, los celos y la atracción tienen algo en común: son incontrolables.

Miguel resulta ser un armario empotrado de metro noventa que babea por Gabi y liga descaradamente con ella. Me entran ganas de arrancarle las manos y gritarle que es un pésimo profesional que no debería tomarse tantas libertades con una clienta, pero ella parece muy contenta. Mi masajista, una chica llamada Nerea, me pide que me ponga cómodo en la camilla. No obstante, soy incapaz de relajarme cuando veo a Miguel desabrocharle la parte superior del biquini a Gabi para darle un masaje en la espalda. No me reconozco, pero tampoco puedo evitarlo. Llamo a Nerea y, un minuto después, un contrariado Miguel se intercambia con ella. Ya no se ríe tanto ahora que le ha tocado darme el masaje a mí.

—Tengo la espalda delicada —le advierto, no vaya a ser que me provoque una contractura porque le he fastidiado la tarde.

—Tranquilo, estás en buenas manos —dice con tono profesional.

Gabi me fulmina con la mirada desde su camilla. Cierro los ojos e intento disfrutar del masaje. Me alegro de haberles cortado el rollo. Al final, Miguel no resulta ser tan malo como pensaba y me da un masaje que me relaja por completo hasta que, una hora después, salgo del vestuario y me encuentro a Gabi en el vestíbulo.

—Lo has hecho a posta —me ladra.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto. Me has fastidiado el masaje con Miguel.

—Qué va. —Me hago el inocente—. Quería un masajista hombre. No tengo la culpa de que tu amiguito fuera el único disponible.

—Un masajista hombre… —repite sin dar crédito—. ¿Desde cuándo prefieres que te toque un tío?

—Eso no es asunto tuyo.

—Admite que estabas celoso. —Pongo mala cara y ella sonríe con suficiencia—. Venga, no pasa nada. Te guardo el secreto.

—¿Celoso de ese gigante inflado a esteroides?

—Ajá.

—No me hagas reír.

—No veo que te rías. De hecho, hace un rato estabas bastante cabreado.

—Venga, Gabi. Ni siquiera es tu tipo.

—Tú qué sabrás.

—Lo sé.

Gabi se cruza de brazos, levanta la barbilla y me mira.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tu tipo soy yo y solo le has pedido un masaje para llamar mi atención.

Se ríe y me fastidia que lo haga.

—Qué egocéntrico eres para no llegar al metro ochenta.

—Metro ochenta y dos —la corrijo indignado—. Me sobra altura y algo más que seguro que te encanta.

Gabi clava una mirada burlona en mi entrepierna y tuerce una sonrisa.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces.

—¿Quieres averiguarlo? —la provoco.

Pone mala cara.

—Paso, ya te he dicho varias veces que no estoy tan desesperada. Y, para que lo sepas, no necesito hacer nada para llamar tu atención —dice con convicción—. Te tengo comiendo de la palma de mi mano, guapo.

—Pequeño Gusy Luz engreído…

Nos entra la risa floja porque esta discusión es absurda. Qué preciosa es cuando sonríe. Se le achinan los ojos y le nacen un

par de hoyuelos en las mejillas. El azul de su mirada me recuerda al cielo despejado de una playa bañada por el sol. Tiene un aspecto de lo más infantil y dulce. Tengo que resistir el impulso de apartarle el pelo de la cara, abrazarla y decirle que ella sí es mi tipo aunque desde que nos conocemos estemos jugando al gato y al ratón.

—Me muero de hambre. —Axel aparece en el vestíbulo y nos observa con los ojos entornados—. ¿Ya estáis discutiendo?

—Qué va. —Le echo un brazo a Gabi por encima de los hombros y le doy un beso en la mejilla—. Mi Gusy Luz y yo no nos ponemos de acuerdo sobre lo mucho que nos queremos.

—¡Que no me llames así, idiota!

—¿Pizza? —propone Leo nada más llegar.

—Sushi —sugiere Gabi.

—Odio el pescado crudo, deberías saberlo ya —me quejo.

A ella se le ilumina la expresión.

—Razón de más para ver tu carita de asco mientras me inflo a nigiris. —Me da un pellizco en la mejilla al ver mi cara de espanto—. A pesar de que eres un cretino redomado, te tengo un poquito de cariño y no quiero hacerte sufrir. ¿Qué quieres cenar, tonto?

—Me llamas idiota y tonto y se supone que tengo que quererte. —Me hago la víctima—. Yo también quiero pizza, Gusy Luz insufrible.

—Vuelve a llamarme Gusy Luz y te demuestro lo mucho que aprendí en mis clases de *jiu-jitsu*. Mi profesor me dijo que soy muy peligrosa cuando me enfado.

—¿Con esos bracitos? —La cojo de la muñeca y la zarandeo —. No te vengas arriba por haber visto *Karate Kid,* Gusy Luz insoportable.

Axel y Leo se ríen. Gabi suelta la mochila y se remanga las mangas del jersey.

—Venga, tío duro. —Cierra los puños y adopta una posición

de combate—. Intenta pegarme.

—No te voy a… —Gabi me pilla desprevenido al hundirme dos dedos en las costillas—. ¡Eh! ¿Qué haces?

Para colmo, Axel y Leo me agarran de los brazos para que ella pueda encontrar mis puntos débiles. Me retuerzo como una lagartija porque sabe perfectamente dónde tengo las cosquillas. Me entra un ataque de risa y le suplico que pare.

—¡Sois lo peor! ¿Y vosotros os llamáis amigos? ¡Me rindo!

Gabi me contempla satisfecha. No puedo evitarlo y digo:

—Eres un Gusy Luz malévolo.

Echo a correr antes de que ella me persiga. A pesar de que tenemos nuestros más y nuestros menos y sé que algún día nos quemaremos, siempre será la horma de mi zapato. Si no fuera por ella, por Leo y por Axel, no sé qué sería de mí. Ellos me hacen creer que aún existe esperanza. Mis amigos me mantienen en pie y me hacen querer ser una persona mejor capaz de huir del huracán autodestructivo en el que está inmerso.

16
Pol

—¿Quién se ha comido mis frambuesas? —pregunta Gabi indignada.

—¿Café? —Leo la ignora y nos sirve a los que levantamos la taza. Llevamos cuatro horas componiendo y nos hemos quedado atascados. He sugerido hacer una pausa, pero Leo está empeñado en encontrar una segunda canción para el disco. Él debería de entender mejor que nadie que la inspiración no viene a voluntad—. Gabi, ¿quieres café?

—Solo y sin azúcar —le responde—. Pol, has sido tú.

—No sabía que llevaran tu nombre.

—¡Ahora no tengo nada para merendar!

—No seas exagerada, cómete un plátano. —Gabi me fulmina con la mirada y se me escapa la risa floja—. Te juro que no iba con segundas.

—Podrías haberme preguntado.

—¿De verdad vas a montarme un pollo por unas putas frambuesas? —replico atónito.

—Era la merienda que me tocaba hoy.

Me froto la cara. No me puedo creer que tenga ganas de discutir por algo tan absurdo. Llevo tres días sin consumir y hago todo lo posible para portarme bien. Me va a explotar la cabeza. Lo último que necesito es tener una bronca con ella.

—¡Solo son unas frambuesas!

—Mi nutricionista va a echarme la bronca por saltarme la dieta.

—No necesitas hacer una dieta.

—Es imposible que lo entiendas.

—Vale —dice Axel levantándose—. Iré a la tienda a comprar frambuesas. De todos modos, iba a salir a tomar el aire.

—¿Qué haces, tío? —Lo agarro del brazo. Me parece increíble que ceda ante los caprichos de Gabi—. No eres su perrito faldero. Que se conforme con lo que hay en la nevera.

—Tiene razón —interrumpe Gabi mirando a Axel—. Debería ir Pol, no tú.

Me río con desgana.

—Sigue soñando, princesa.

—No me importa —insiste Axel—. Iba a salir.

—Deberías contratar a un mayordomo para que satisfaga todos tus caprichos —digo, puesto que no soporto que se ponga en plan diva.

—Axel, no hace falta que vayas —claudica Gabi—. Merendaré otra cosa.

—¿Lo ves? —le pregunto de forma retórica—. No es el fin del mundo.

—Pasa de mí.

Gabi va a la cocina. A pesar de que sé que esta discusión no tiene el menor sentido, me levanto para ir detrás de ella. Leo me pide que lo deje estar, pero lo ignoro. Me siento en la isla y me cruzo de brazos para observarla rebuscar en la nevera.

—¿Vienes a robarme algo más? —pregunta con tonillo sin darse la vuelta.

—Eres consciente de que te has enfadado por una gilipollez, ¿no?

—Yo no soy la que ha venido a buscar gresca solo porque se ha levantado con el pie izquierdo. No pagues tus mierdas conmigo.

—Eres tú la que me ha echado la bronca por unas frambuesas.

—¡Porque eran mi merienda!

—¡No lo sabía!

—¡Pues haber preguntado!

—Joder, Gabi. Estás obsesionada con las calorías. Lo tuyo no es ni medio normal. Háztelo mirar, en serio.

Gabi cierra la puerta del frigorífico y se vuelve hacia mí con lágrimas en los ojos. Su reacción me pilla desprevenido. No quería hacerla llorar. Me bajo de la encimera y me acerco a ella, pero extiende los brazos para poner distancia entre nosotros y se limpia las lágrimas con el puño de la sudadera.

—Gabi…

—Olvídame.

—Venga, Gabi. No pretendía…

—¿Insinuar que tengo un desorden alimenticio? —me espeta dolida—. ¡Para ti es tan fácil! No te hacen fotos en biquini para criticar tu cuerpo. Ni te obligan a ponerte modelitos ajustados para salir al escenario. Pero, claro, soy una princesa caprichosa que se enfada porque te has comido su merienda. ¡Esa soy yo! La niñata superficial que solo piensa en sí misma, ¿no?

—Voy a la tienda a comprar frambuesas, ¿vale?

—¡A la mierda las frambuesas! —Rompe a llorar y se va corriendo a su habitación—. ¡No entiendes nada, Pol!

—Joder…

Una parte de mí se muere de ganas de seguirla y suplicarle que me explique qué es lo que no entiendo, pero otra sabe que si llamo a la puerta volveremos a enzarzarnos en otra discusión en la que nos gritaremos cosas muy hirientes.

¿Por qué les hacemos daño a las personas que amamos?

¿Por qué siempre lo fastidio todo?

Gabi se ha pasado el resto del día encerrada en su habitación con el disco de Adele a todo volumen, y Leo me ha advertido que ni se me ocurra molestarla. Axel trabaja en el arreglo

musical de la primera canción, Leo está inmerso en la composición de una letra y nos ha pedido que no lo molestemos y yo estoy tumbado en una hamaca tomando el sol invernal, con los ojos cerrados y un porro en la mano. Procrastinar es lo que mejor se me da, además de hacer llorar a Gabi sin pretenderlo.

«No entiendes nada, Pol».

Entiendo lo suficiente, Gabi. Por desgracia, soy tan destructivo como una cerilla que incendia la yesca que hay a su alrededor; que lo consume todo hasta reducirlo a cenizas y luego se pregunta en qué momento prendió la mecha. Me pongo el porro en la boca y cojo mi teléfono para apuntar una frase que se me acaba de venir a la cabeza. Y luego otra. Las palabras brotan con una facilidad pasmosa. No sé si es por la falta de ketamina, por lo culpable que me siento por haber hecho llorar a Gabi o porque necesito desahogarme de alguna forma. Todo fluye sin más.

—¿Qué haces? —me pregunta Leo.

Se sienta en la hamaca de al lado y arruga la nariz al oler el porro.

—Ni idea.

—Has escrito algo —adivina, y me mira expectante—. Venga, déjame verlo.

—No sé si…

Leo me arranca el porro y resoplo. Le entrego el móvil solo para que me lo devuelva y clava los ojos en la pantalla. Tengo un nudo en el pecho y me veo obligado a recostarme en la hamaca con los ojos cerrados y el porro en la boca para fingir que no me importa su opinión.

—¿Qué? —pregunto al cabo de unos minutos. Me desconcierta que no haya dicho nada.

—Axel, ven aquí —le pide Leo—. Improvisa una melodía. Voy a entonar.

—No, tío. —Me incorporo e intento recuperar mi teléfono—. Solo estaba haciendo el tonto, no es…

Ambos me ignoran. Axel toca la guitarra y Leo comienza a cantar la canción que he escrito en un arranque de inspiración. En ese momento, Gabi aparece en el jardín y evita mi mirada.

Te dije que es imposible reconstruirme.
Es una causa perdida,
soy experto en romperme…
En hurgar en heridas ajenas
y destrozar oportunidades constantemente.

¿Quieres levantarme?
¿Quieres salvarme?
Porque no soy tu maldita causa posible.
Olvídalo, olvídame…
No puedo pedirte que me esperes.

Te prometo que es imposible reconstruirme.
Ni lo intentes,
no tengo ganas de fingir
que merece la pena quererme.
¿Quieres levantarme?
¿Quieres salvarme?
¿Quieres redimirme?

Te juro que es imposible reconstruirme.
No puedo decirte que tengo arreglo,
voy a destrozarte…
No malgastes el tiempo intentando desenredarme.
¿Quieres levantarme?
¿Quieres salvarme?
¿Quieres redimirme?
¿Quieres perderte?

Todos me miran cuando termina la canción, excepto Gabi,

que tiene la vista clavada en el suelo y una expresión indescifrable.

—Me gusta —dice Axel—. ¿Por qué no te habías animado a componer antes?

Me encojo de hombros. No es para tanto.

—¿Quién vota por incluirla en el disco? —propone Leo.

Axel y él levantan la mano. Para mi sorpresa, Gabi también se une.

—¿Te parece bien? —me pregunta Leo.

—Si os gusta…

Gabi regresa a su habitación y la sigo con la mirada sin atreverme a ir detrás de ella. Sé que sigue enfadada. O dolida. No lo sé. Cuando se trata de nosotros, nunca estoy seguro de nada.

17
Gabi

—Ni siquiera te he preguntado si podía traer a Percy.

—Las mascotas de mis amigas son más que bienvenidas a mi humilde morada —me responde Sam al abrir la puerta de su casa.

Me ha invitado después de llamarla por teléfono. Solo le ha hecho falta escuchar mi voz para saber que necesitaba verla. Se ha plantado en mi casa a los quince minutos, nos hemos ido de compras con Percy en el bolso y ahora estamos en su precioso ático con vistas a la catedral.

—Me mudé hace cuatro meses. Soy demasiado independiente para…

—¡Sammy! —grita una voz masculina.

—¿Dónde guardas las palomitas? —pregunta otra voz—. ¿Por qué tienes que ser tan desordenada?

—Ay, Dios. —Sam pone cara de terror y me empuja en dirección a la puerta—. Larguémonos antes de que…

—¡Tienes visita! —Un chico enorme la abraza por detrás y la levanta del suelo pese a las protestas de Sam—. ¡Hermanita! Como no vienes a vernos, nos hemos dejado caer por tu casa.

—¡He encontrado las palomitas! —Otro chico aparece en la entrada y se le cae el paquete de palomitas al suelo al verme—. ¡Ostras!

El chico más alto deja a Sam en el suelo y me observa con los ojos abiertos de par en par. El otro le da un codazo. Sonrío con timidez. Sam resopla.

—Chicos, esta es…

—¡Gabi Luna! —exclama el más bajo, y me da un abrazo que me pilla desprevenida—. Mi hermana es tu mayor fan. Cuando está triste escucha tus canciones y llora. La tengo grabada en vídeo. Se pone muy fea y dramática. ¿Quieres verla?

—¡Martín! —protesta Sam, y pone cara de circunstancia al mirarme—. Lo siento, no sabía que estaban aquí. Este grandullón es Adrián, mi hermano mayor. Y este bocazas es Martín, el mediano.

—¿Por qué no nos has dicho que eras amiga de Gabi Luna? —le recrimina Adrián.

—Porque sabía que me obligaríais a presentárosla. Se supone que dejé una llave en casa de papá y mamá por si tenía alguna emergencia, no para que vengáis aquí cuando os dé la gana.

—Suele perder muchas cosas —me chiva Martín—. Es una despistada. Por eso dejó una llave en casa de nuestros padres. Una vez extravió el DNI en un viaje a Marruecos, la detuvieron y estuvo veinticuatro horas en el calabozo…

—¡Cállate! —Sam le tapa la boca—. Venga, largaos.

—¿Qué? —protesta Adrián—. Hemos venido para estar contigo. Ahora que eres famosa no te volverás una estirada que reniega de su familia, ¿no?

—Ay, Dios. —Sam se tapa la cara—. Te juro que son tan insoportables como parecen.

—No te cambié los pañales cuando eras un bebé llorón para que pases de mí después de haber ganado un premio MTV —se burla Martín.

—Solo me sacas cinco años, hermanito. Nunca me cambiaste los pañales.

—Puedo venir otro día… —sugiero sintiéndome fuera de lugar.

—¡De eso nada! —Adrián me coge del brazo para arrastrarme hacia un luminoso salón—. Vamos a ver la nueva de *Expediente Warren*. Sammy se muere de miedo cada vez que

sale el demonio de la monja.

—Valak —le susurra Martín al oído. Ella da un respingo y le golpea el hombro.

—En serio, largaos. Tengo planes con Gabi. Os tengo dicho que no podéis presentaros en mi casa sin avisar.

Martín y Adrián ponen cara de pena. Me recuerdan a Percy cuando mordisquea las zapatillas de mi padre y agacha la cabeza para que no le riña.

—A mí no me importa —digo.

—¡A ella no le importa! —exclama Martín. Se acerca a Percy y lo coge en brazos—. ¿Y este pequeñín?

—Se llama Percy.

—Hola, Percy. —Lo pone en el sofá y le rasca la barriga—. Le he caído bien. Sammy, haz palomitas.

—¡No las quemes! —le pide Adrián al tumbarse en el sofá.

Sammy resopla y se acerca a mí.

—¿De verdad que no te importa que se queden? —me pregunta en voz baja—. Son unos liantes. Puedo pedirles que se larguen.

—¡Ha dicho que no le importa! —grita Adrián—. Tráeme una cerveza, Sammy.

—¡Yo quiero una Coca-Cola! —le pide Martín—. Y trae unos Doritos. No seas roñosa.

—Sois una pesadilla —responde Sam, aunque se le escapa una sonrisa—. Gabi, ¿tú qué quieres?

—Voy a ayudarte.

—De eso nada. —Martín me atrapa del brazo y me obliga a sentarme en el sofá—. Somos sus invitados. Debe agasajarnos con su hospitalidad.

—Menudo morro tenéis —se queja Sam—. ¿Gabi?

—Una cerveza, gracias —le respondo.

—Nos hemos propuesto mantenerle los pies en el suelo —me explica Martín—. Jamás permitiremos que sea como el Justin

Bieber que le escupía a sus fans.

—¡Martín, cierra la boca! —le grita Sam desde la cocina.

—¿Tienes novio? —me pregunta Adrián poniéndome ojitos.

—¡Prohibido ligar con mis amigas! —le ordena su hermana.

—No me des órdenes, enana —le responde Adrián a la vez que me guiña un ojo para que sepa que está de broma—. Voy a enseñarle a Gabi las fotos de cuando te disfrazaste de Sailor Moon.

—¡Ni se te ocurra!

Sam regresa a toda prisa y le arranca el móvil. Sus hermanos se parten de risa y ella los golpea con un cojín. En el momento que vuelve a la cocina, Martín me mira con renovada curiosidad.

—¿Cómo de prometedora es vuestra amistad? —quiere saber.

—¡Martín, deja en paz a Gabi! —le grita Sam.

—Qué sí, pesada. —Martín me mira expectante—. Tengo que darles el visto bueno a las amigas de mi hermana pequeña.

—Pues… no lo sé. Nos estamos conociendo —respondo riendo.

—Sammy es un trozo de pan.

—Y pierde cosas —interviene Adrián—. Un día llevaba a nuestra prima pequeña de la mano y la perdió en la feria.

—¡Eso es mentira! —protesta Sam.

Me parto de risa con estos dos. Cinco minutos después, Sam regresa con las palomitas, los Doritos y las bebidas. En ese tiempo sus hermanos me han contado que es fanática de *Sailor Moon,* llora con *Siempre a tu lado, Hachikō* y se sacó el carnet de conducir a la quinta porque, según ellos, es un desastre.

—No te fíes de estos dos —me advierte Sam—. Son un par de mentirosos.

—Prepárate para llorar con Valaaak. —Martín le sopla en la nuca y ella se estremece.

—Gabi, quítate los zapatos —dice Adrián—. Estás en tu casa.

—Eso debería decirlo yo —replica Sam. Me ofrece una manta muy suave y me dedica una sonrisa cálida—. Estás en tu casa.

A pesar de que apenas los conozco, me siento muy a gusto con ellos. Sam y yo nos damos la mano y gritamos aterradas durante casi toda la película. Nos volcamos las palomitas encima, sus hermanos nos toman el pelo y, contra todo pronóstico, me lo paso de maravilla con ellos.

Los hermanos de Sam se han marchado hace media hora y puedo contarle a Sam lo que me sucedió con Pol esta tarde.

—No creo que intentara insinuar que tienes un trastorno alimentario —dice con tacto—. ¿Alguna vez has hablado con él de la presión que sientes para estar perfecta? Así podría ponerse en tu lugar.

—¿Qué? Ni hablar. No lo entendería. Es un tío.

—¿Y?

—Pues eso. —Me levanto para abrir una de las bolsas de ropa—. Ya sabes, creería que soy una exagerada, que no debo darle tanta importancia a lo que los demás opinen de mí.

—No debes darle importancia, pero es normal que te afecte. —Sam señala el vestido que acabo de coger—. Me gusta el color.

—¿A que sí? Es una pasada.

Sigo sacando prendas de la bolsa.

—Yo solo digo que los hombres y las mujeres no somos tan distintos aunque nos hayan hecho creer lo contrario. Tienen sentimientos al igual que nosotras, pero la sociedad les dice que deben guardárselos porque, de lo contrario, no son lo suficientemente viriles —reflexiona—. En el fondo están tan encorsetados por los prejuicios sociales como nosotras.

—Si tú lo dices… —Por fin encuentro el top que buscaba—. ¡Aquí está! Venga, pruébatelo. Estoy convencida de que te va a

quedar increíble con los pantalones de lentejuelas.

Sam obedece sin rechistar y me muero de envidia porque tiene un cuerpazo bronceado. Yo, en cambio, jamás consigo coger un poco de color, a pesar de que en verano estoy todo el día tomando el sol en la piscina. Supongo que debe de saber lo guapa que es. Tiene una belleza natural y salvaje, con su larga melena rizada de un precioso tono castaño con destellos caoba y unas piernas kilométricas.

—¿Qué te vas a poner tú? —pregunta.

Se refiere a la gala musical a la que ambas estamos invitadas. Se celebra en la ciudad el próximo fin de semana. Es una gala benéfica para recaudar fondos por el terremoto de Turquía y Siria.

—Ni idea. Me he arrepentido de no haber pillado el mismo vestido que tú con la espalda escotada. Pensé que me quedaría ridículo porque soy muy bajita.

—Pruébatelo, si te queda bien, te lo presto.

—¿Sí? —respondo ilusionada.

Me quito la sudadera y ella carraspea. Se da la vuelta y frunzo el ceño.

—¿Te pasa algo? —pregunto extrañada.

—He pensado que tal vez te sentirías incómoda al cambiarte delante de mí. Ya sabes, me gustan las mujeres y…

—¡Sam! —exclamo horrorizada—. ¡Qué dices! ¿Por qué iba a molestarme? Somos amigas. Tú acabas de cambiarte delante de mí.

—Eres hetero, Gabi.

—¿Y?

Le pongo la mano en el hombro y ella se da la vuelta. Está colorada como un tomate.

—Axel es mi amigo y no pienso que le guste porque le vayan las tías. ¿Por qué debería pensar lo contrario de ti?

—Ya… —Ella suspira y me mira avergonzada—. Tenía trece

años cuando le confesé a mi mejor amiga que me gustaban las chicas. Al día siguiente, me retiró la palabra y dijo en el instituto que estaba enamorada de ella.

—Oh, Sam… —Le doy un abrazo—. Lo siento. Tuvo que ser muy duro para ti.

—Pues sí, la verdad.

Le doy otro achuchón para que sepa que puede contar conmigo. Soy igual de cariñosa con Axel y jamás he dado por hecho que pudiera verme como algo más que una amiga. ¿Por qué iba a tratar a Sam de una forma diferente?

—¿Lo pasaste mal en el instituto después de aquello? —pregunto con tacto.

—Al principio sí —responde con sinceridad—. En el vestuario mis compañeras de clase me miraban mal o se alejaban de mí como si fuera una pervertida. Fue una etapa bastante chunga y les pedí a mis padres que me cambiaran de instituto. Por suerte, al año siguiente hice amigos nuevos que no tuvieron ningún problema con mi orientación sexual. Aunque me tropecé con algún idiota que se burló de mí. Ya sabes, lo típico. Los adolescentes suelen pagar sus inseguridades con quien menos lo merece.

La entiendo perfectamente. Yo tampoco lo pasé bien en el instituto. Es algo que tengo enquistado. Nunca me he atrevido a hablar con nadie del tema.

—Entonces ¿nos dejamos de dramas absurdos y me puedo probar ya el vestido? —digo para restarle importancia.

Sam se ríe y asiente.

—Y decías que se te daba mal tener amigas —comenta con incredulidad—. No lo entiendo, Gabi. Es muy fácil estar contigo.

—Bueeeno. —Me pruebo el vestido. No me queda tan largo como pensaba. Sam levanta el pulgar en señal de aprobación—. En el instituto no era demasiado popular, y cuando me hice

famosa las chicas que se me acercaban lo hacían por interés. Solo querían conocer a Gabi Luna, y a la mínima de cambio me traicionaban y aparecían en la portada de alguna revista para hablar pestes de mí.

Me quito el vestido y me pruebo un top lencero del que me enamoré a primera vista. Sam me escucha sin decir nada y lo vomito todo.

—Así que decidí cerrarme en banda y, lo reconozco, me convertí en una borde que juzgaba a todo el que se le acercaba. Supongo que tampoco he ofrecido demasiadas oportunidades para que entre en mi vida alguien que merezca la pena. Mis únicos amigos son Axel y Pol.

—¿Y Nura?

—Me encanta Nura. Es genial. —Sonrío de forma involuntaria al hablar de ella—. Sé que puedo llamarla para ir de compras o tomar algo. Sin embargo, pensaría que lo hace por compromiso porque soy su cuñada. No tenemos nada en común. Una vez me quedé dormida mientras me hablaba de un libro. —Sam se ríe—. No lo hice a posta, ¡no te rías!

Le doy un empujoncito.

—Toma. —Le entrego el top—. Te quedará mejor que a mí. Es ideal para tu tono de piel.

—¿Ni siquiera tienes una prima?

—Qué va. Tengo una familia muy pequeña. A ver, está Lila, pero…

—¿Lila?

—La novia de Axel. Nos conocimos en un viaje a Maldivas. Es fantástica, te caería bien. Me hizo un gran favor. —La miro a los ojos—. ¿Puedo confiar en ti?

—Siempre.

La creo, a pesar de que nos conocemos desde hace muy poco. Soy una persona que se fía de su instinto y Sam me transmite una energía muy limpia. Como si fuera un rayo de sol luminoso

y cálido.

—En Maldivas un *hacker* se coló en mi nube. Tenía varias fotos subidas de tono. Ya sabes, las típicas que te haces posando desnuda delante del espejo. Me chantajeó con publicarlas si no le pagaba cincuenta mil euros.

—Ay, Gabi…

—Me quería morir —le confieso abochornada—. Lila me vio llorar y le expliqué lo que pasaba. Se portó genial conmigo. Levantó hasta al embajador español en Maldivas y me acompañó a denunciar, a pesar de que fui una idiota con ella porque no me apetecía hacer aquel viaje. A partir de ese momento creí que podríamos ser amigas. De hecho, nos llevamos bastante bien. Pero ella vive en Madrid, nos vemos muy poco y en el fondo siento, no sé, que solo queda conmigo para hacerle un favor a Axel. Hace unos días estuvo en Sevilla y ni siquiera vino a visitarme.

—No quiero juzgarla sin conocerla —Sam me pone las manos en los hombros—, pero ella se lo pierde.

—Es lo que le diría una buena amiga a otra cuando alguien pasa de ella, ¿no?

—Qué va, es lo que pienso —responde sin dudar—. Me gusta mucho estar contigo. Eres divertida, tienes un gran sentido de la moda y no has huido tras conocer a los pelmazos de mis hermanos. Mereces la pena. Si alguien dice lo contrario, lo mataré y esconderé su cadáver en un lugar donde nadie pueda encontrarlo.

Me río porque es de lo que no hay. Acaba de levantarme la moral, y lo mejor de todo es que parece muy sincera. Me ofrece su meñique.

—Amigas para siempre.

Sonrío ilusionada y le doy mi meñique.

—Amigas para siempre —repito.

—Mi familia y mis amigos me llaman Sammy. ¿Te quieres

quedar a dormir?

—Percy duerme en la cama conmigo —le advierto.

—No hay problema.

—Y no pienso ponerme tu pijama de Pikachu.

—Tengo otro con estampado de lagartos.

—Vale, me quedo con el de Pikachu.

Sam, de ahora en adelante Sammy, acaba de convertirse en una de mis personas favoritas. Me da igual que apenas nos conozcamos. Sé que nuestra amistad tiene mucho futuro. Al final, no se trata del tiempo, sino de la persona. Y algunas solo necesitan unos minutos para colarse en tu corazón.

18
Gabi

Estamos entre bambalinas preparados para nuestro espectáculo en la gala benéfica. Sam ha actuado hace diez minutos y se ha comido el escenario. Me ha sonreído nerviosa antes de salir y le he enseñado el pulgar para demostrarle que todo saldría bien. Durante la última semana nos hemos vuelto inseparables. Cualquier plan acaba conmigo durmiendo en su casa o ella quedándose en la mía. A los chicos les cae bien y sus hermanos me adoran. Es increíble lo bien que encajamos la una en la vida de la otra. Hablamos de todo. Es muy fácil sincerarse con ella. Por eso sé que se pone nerviosa antes de actuar y que todavía le cuesta digerir que el público coree su nombre, pues no termina de creerse que esto le esté pasando a ella. Sam tiene veintidós años y lleva desde los catorce intentando labrarse un futuro musical. Hace dos años, un cazatalentos la descubrió mientras tocaba en un bar y le prometió que iba a convertirla en una estrella. «Le dije que me conformaba con vivir de lo que me gustaba. Nunca he soñado con ser famosa», me explicó ayer mientras veíamos un capítulo de *Euphoria*.

—¿Preparados? —nos pregunta Leo cuando el regidor dice que nos toca salir.

Extiende el brazo para que juntemos las manos. Axel pone la suya encima y Pol hace lo mismo. Al tocar la mano de Pol, me percato de que me mira de reojo, pero lo ignoro. Aún estamos un poco tirantes desde la semana pasada.

—¡Vamos a petarlo! —exclama Leo. Es nuestro lema para salir al escenario.

La presentadora nos anuncia y el público ruge enardecido. Somos los protagonistas de la gala. Hay grandes artistas invitados, pero en el fondo sabemos que nos esperan a nosotros. Nunca te acostumbras del todo al éxito. Creo que si no sientes ese hormigueo en el estómago antes de subirte a un escenario significa que lo que haces ha dejado de importarte.

—¡Eh! —Pol me intercepta antes de llegar al escenario, y me pilla desprevenida—. Siento haberte hecho daño. No sabes cuánto. Métete conmigo todo lo que quieras, por favor, pero no me retires la palabra porque es una puta tortura estar cerca de ti y no poder hablarte. Echo de menos que me saques de mis casillas, Gabriella.

Sé que lo dice en serio. Sus ojos obsidiana me miran esperanzados, como si necesitara hacer las paces conmigo de una vez. Me desinflo como un globo. Soy incapaz de estar enfadada con él cuando me mira así. Me pone una mano en la mejilla y me acaricia con el pulgar. Sus dedos tibios me hacen rozar el cielo.

—Te quiero, ¿vale?

Asiento y entierro la cabeza en su pecho para que me abrace. Sé que es un «te quiero» de amigos, lo cual no impide que mi corazón se acelere en el momento que me envuelve y me da un beso en el pelo. Cierro los ojos y se me escapa un suspiro trémulo. Me permito ser débil durante unos segundos y me refugio en su olor. Me encanta que me abrace. Me aparto de mala gana y él me sonríe. Y su sonrisa es… como el mar bañado por el amanecer. Es algo que me llega muy dentro, me derrite y me hace sentir demasiado bien.

—Sal a brillar —dice a la vez que me aprieta el brazo con cariño.

Pol sube al escenario y juro que el auditorio se tambalea. Hay gritos y algún que otro sollozo femenino. Espero unos segundos antes de caminar con decisión hasta el micrófono.

Soy la última en aparecer, como siempre. Todo está medido al milímetro para causar el efecto deseado. El público corea mi nombre.

«¡Gabi! ¡Gabi! ¡Gabi!».

Agarro el micrófono con ambas manos, cierro los ojos y sonrío. Soy jodidamente feliz encima de un escenario. La canción comienza con un espectacular solo de guitarra de Leo. Axel lo acompaña con el bajo y Pol, el mejor batería menor de treinta años según la revista *Rolling Stone,* se une a la melodía. Comienzo a cantar mi canción favorita del último álbum, la que compusimos entre todos en un viaje improvisado en autocaravana por la costa este de Estados Unidos el año pasado:

Sé que no debería esperarte
ni conformarme con promesas rotas
que se estrellan contra un baluarte.
Pero sigo creyendo que vas a llamarme
porque soy una ciega ilusa
que cruza los dedos para que te retractes.

¿Ya te has olvidado de nuestras noches enredados?
¿Qué nos pasó, amor?
¿En qué momento lo destrozamos?
Creí que juntos éramos perfectos.
Me dijiste que juntos éramos perfectos,
pero jugamos con fuego y nos quemamos.

¿Acaso no te arrepientes?
Tal vez te diviertes
buscándome en otras bocas,
en algún antro con tus amigos,
para luego decirme que lo sientes.
Sé que debería olvidarte
con ese chico de ojos azules…

solo un instante.

¿Ya te has olvidado de nuestras noches enredados?
¿Qué nos pasó, amor?
¿En qué momento lo destrozamos?
Creí que juntos éramos perfectos.
Me dijiste que juntos éramos perfectos,
pero jugamos con fuego y nos quemamos.

Quiero que te retractes,
aunque estoy tan cansada de esperarte…
Llegó a su fin el cuento de suplicarte.
Doces meses…
Te pienso a ratos.
No es lo mismo sin ti,
pero me estoy enamorando de él.
Entonces apareces un día
creyendo que puedes recuperarme,
buscando en mí lo que no has encontrado en otras,
tan borracho y desesperado por demostrarme
que no has podido olvidarme.

¿Ya te has olvidado de nuestras noches enredados?
¿Qué nos pasó, amor?
¿En qué momento lo destrozamos?
Creí que juntos éramos perfectos…
Podríamos haber sido jodidamente perfectos.

Canto la última estrofa con la voz rasgada, casi en un susurro. El público grita que me quiere, aunque sé que se refieren a Gabi Luna. Ojalá una parte de su amor fuera real. Ojalá quisieran de verdad a Gabriella, la chica imperfecta que soy en realidad. Ojalá cuando Pol me ha dicho «te quiero» no hubiera deseado con todas mis fuerzas que me viera como algo más que una amiga.

La fiesta posterior a la gala suele ser lo que se espera de una celebración en la que sobran alcohol y famosos: puro desenfreno. Sam y yo posamos juntas en el *photocall* y acaparamos todos los focos. Pasamos de las preguntas de los periodistas y entramos a la fiesta dispuestas a divertirnos. Pol está a lo suyo, que solo consiste en ligar con cualquier famosa guapa que se le acerque. Me fastidia que ni siquiera tenga que esforzarse. Está ahí, apoyado en un pilar mientras todas desfilan delante de él.

Hace menos de una hora me hice ilusiones porque soy una imbécil. Tengo la mirada clavada en él cuando Sam me arrastra a la pista de baile. Casi consigo olvidarme de mis celos absurdos. Mi amiga es la clase de persona que te contagia su alegría. Después de darlo todo y espantar a los pesados de turno que se nos acercan, vamos a un sofá porque le digo que me duelen los pies. Me dejo caer y me quito los tacones de aguja. No me doy cuenta de que miro embobada a Pol, recostado en otro sofá con una pelirroja que no me suena de nada y que le acaricia el muslo, hasta que Sam sacude la mano delante de mis ojos y aparto la vista con brusquedad.

—Antes os vi abrazados.

—Ah, sí. —Le resto importancia—. No podríamos salir al escenario si estamos enfadados. Hemos hecho las paces.

—Ya… —Sam me ofrece una copa—. ¿Pol y tú…?

—No hay nada entre nosotros —la interrumpo con aspereza.

—No iba a decir eso —responde con suavidad—. No me mates, pero…

—Oh, suéltalo ya.

—Vale. —Se apoya con un brazo en el respaldo del sofá y me mira sin pestañear—. ¿Cuándo empezaste a verlo de otra forma?

Me pongo colorada de inmediato y aprieto los labios. Por supuesto que se me nota. Debo de llevar la frase «Estoy colgada

de Pol» tatuada en letras mayúsculas en la frente. Soy muy patética.

—Lo siento. —Sam me aprieta el brazo—. No debería habértelo preguntado.

—No, da igual —respondo tras un suspiro. Le doy un largo trago a la copa—. Me gusta, es evidente. Lo sé. Pero jamás habrá nada entre nosotros porque él no…

—No vayas a decir que no te desea. No te lo crees ni tú. He visto cómo te mira. Lo vuestro es recíproco.

—Ya, claro. —Pongo los ojos en blanco—. Le gustan casi todas.

—Eso parece. —Sam señala con la cabeza la escena y no me hace falta mirar para saber que se está enrollando con la pelirroja. Le doy cinco minutos antes de largarse al servicio para rematar la faena—. ¿Puedo ser sincera contigo como amiga tuya que soy?

—Sí —respondo sin pensar.

—¿Aunque no vaya a gustarte lo que te diga?

—Sí.

—O le dices lo que sientes…

—No estoy enamorada de él —digo con vehemencia.

—O te olvidas de él y dejas de mirarlo como si te debiera algo. —Me ignora—. Porque al final vas a sufrir y me jodería mucho que lo pasaras mal por un tío que, además de ser tu amigo, es tu compañero de trabajo.

—Es complicado.

—No lo dudo, Gabi. Sé que os conocéis desde que erais unos críos.

—Joder, es que está tremendo. —Me tapo la cara con las manos y ahogo un grito. Por fin puedo hablar con alguien del tema. A mi hermano no puedo decírselo porque es su amigo y Axel dudo que me entendiera—. Y me saca de mis casillas. Pero cuando me toca, me mira o me sonríe… Dios, nunca he sentido

nada parecido con otra persona. El problema es que somos amigos, trabajamos juntos y están Leo y Axel…

—¡Madre mía! Y dices que no estás enamorada de él.

—Nadie en su sano juicio se enamoraría de Pol. Míralo. Es un problema andante. Uno muy sexy que huele de maravilla y me vuelve loca. Me cabrea más que cualquier otra persona en el mundo. Pero luego se sabe de memoria todas mis manías, se preocupa por mí si me ve hecha polvo y se pone de mi parte siempre que lo necesito. —Vomito todo lo que llevo callado demasiado tiempo—. Ojalá no fuera mi amigo. Habríamos puesto punto final a esta atracción hace mucho tiempo y supongo que me lo habría quitado de la cabeza.

—No seríais los primeros amigos que terminan convertidos en algo más —dice Sam—. Aunque no me gusta para ti.

—¿Porque es un mujeriego incapaz de mantener la bragueta cerrada? —bromeo.

—Porque es un adicto, Gabi.

No le pregunto cómo lo ha averiguado. La última semana ha estado en mi casa y se ha relacionado con él. Solo hay que observar durante un rato a Pol para descubrir que detrás del chico alegre que no parece tomarse nada en serio existe una persona deshecha que está haciendo un gran esfuerzo para no recaer. Tiene repentinos cambios de humor, está taciturno, sale a correr varias veces al día y sobrevive a base de cerveza y marihuana. Tampoco hay que ser un lince para darse cuenta.

—No tienes la responsabilidad de resolver sus problemas —dice con suavidad.

—Lo sé.

—No lo sabes. —Sam me pone dos dedos debajo de la barbilla—. No conviertas a nadie en el centro de tu mundo, porque tu mundo debería empezar y acabar contigo.

—Sammy, ¿dónde has estado toda mi vida? —le pregunto totalmente en serio.

Ella se ríe y acto seguido me da la mano para que volvamos a la pista. Me pongo los tacones, agarro su mano y la sigo de regreso a la diversión. A un mundo ideal donde las chicas como yo acatan los consejos de sus amigas y se olvidan de sus sentimientos por los chicos que no les convienen.

19
Pol

—¿Nos vamos a un sitio más tranquilo? —ronronea en mi oído la pelirroja.

Ni siquiera sé cómo se llama. Me lo ha dicho en algún momento de la noche, pero estaba demasiado ocupado dejándome querer como para prestarle atención. Sin embargo, necesitaba distraerme, porque nada más llegar a la fiesta me tropecé en el servicio con un par de actores muy conocidos que se estaban metiendo una raya. Me preguntaron si me apetecía y vacilé unos segundos antes de negar con la cabeza y largarme como alma que lleva el diablo. Y aquí estoy, empeñado en olvidar lo débil que soy en la boca de una mujer que no me interesa en absoluto.

—Si quieres, puedo… —La mano que está en mi muslo va directa a mi entrepierna.

Clavo una mirada sombría en Gabi. Se ha pasado con la bebida y tiene a varios pesados a su alrededor. Leo y Axel se marcharon hace dos horas. Estaba con su amiga Sam hace un rato, cuando todavía estaba sobria. Lo sé porque mientras me enrollaba con la pelirroja no le he quitado la vista de encima. Para que luego digan que los tíos no sabemos hacer dos cosas a la vez. Las vi despedirse después de que Gabi le guiñara un ojo porque estaba muy interesada en un famoso *youtuber* que es un capullo, pero que, por alguna extraña razón, a ella le cayó en gracia hasta que pasó de él para enrollarse con un cantante, y ahora se tambalea en mitad de la pista.

—Si me disculpas… —Me pongo de pie y la pelirroja me

agarra la mano—. Suéltame, por favor.

Me mira como si se tratara de una broma pesada y al ver que voy en serio, me suelta y barre la fiesta con la mirada en busca de alguien que sea más divertido que yo. No la culpo. Solo tardo unos segundos en ir detrás de Gabi, que se tambalea en dirección al servicio. Nada más entrar en el baño veo que intenta quitarse de encima a un pesado que quiere convencerla de que se vaya con él.

—Te ha dicho que no. —Le pongo una mano en el pecho y aprieto la mandíbula—. ¿Estás sordo?

El tipo me evalúa antes de decidir que no merece la pena arriesgarse y se larga. Gabi se echa agua en el cuello y resopla al ver que la miro.

—¿Qué eres, mi padre? —se burla—. Lo tenía controlado. Sé defenderme sola.

—Vámonos, anda.

—¿Por? —Se mira en el espejo. Tiene que agarrarse al lavabo para mantener el equilibrio—. ¿No te lo estabas pasando bien con tu nueva amiga?

—Casi tan bien como tú con míster Gomina.

Gabi se ríe y tengo que sujetarla por los hombros para que no se caiga. Me mira con una sonrisa burlona. A pesar de que está borracha, no soy capaz de ponerme del todo serio.

—¿Sabes en quién pensaba mientras lo besaba? —pregunta juguetona.

—¿En Ian Somerhalder?

—Demasiado mayor para mí. —Me pilla desprevenido cuando me toca el pelo—. Me gustan de mi edad.

—Gabriella…

—¿Qué? —Acerca su cara a la mía—. ¿Te doy miedo?

—Vámonos. —Evito responder a su pregunta y le paso un brazo por los hombros para sacarla de la fiesta. Por suerte, no se resiste—. Ten cuidado con ese escalón.

—Vale, papá.

—¿Cuánto has bebido?

—Mucho. —Se parte de risa—. No debería haberle dicho a Sammy que se marchara. El *youtuber* no resultó ser tan gracioso como en los vídeos. Y ese cantante besaba como una babosa.

—La gente dice que los famosos decepcionamos en las distancias cortas.

—A ver… —Salimos de la fiesta y se queda parada. Me pone las manos en la cara—. No, qué va. De cerca eres tan guapo que da asco.

—Pienso recordártelo cuando se te baje el alcohol. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

—¿Y yo?

—¿Tú qué?

—¿De cerca te parezco… —Gabi me acaricia la barbilla con la boca y me estremezco de placer— más guapa?

—Gabriella…

La sostengo por los hombros para apartarla de mí y me pierdo en sus ojos azules. No sabe lo que dice. ¿Guapa? Es una palabra que se queda corta para describirla. Es jodidamente preciosa. Y está borracha, razón de más para mantener la distancia.

—Pol… —pronuncia mi nombre con tono burlón y desliza un dedo por mi pecho—. ¿Quieres saber lo que pienso en este momento?

Niego con la cabeza y me río. Me puedo esperar cualquier cosa de ella ahora mismo.

—Desde luego que no.

—Aburrido. —Me saca la lengua.

—Pórtate bien, por favor.

—No quiero —responde como una niña enfurruñada—. Lo que quiero es…

—Gabriella —le pongo un dedo en los labios para que no lo

diga—, mañana te arrepentirás de esto.

Frunce el ceño. No puedo evitarlo. Debería estar enfadado con ella porque se ha pasado con el alcohol, pero yo no soy precisamente un santo que pueda juzgar a los demás. ¿Cómo me puede parecer tan adorable incluso borracha? La verdad es que es mi puta debilidad. Podría enrollarme con todas las mujeres que se me han acercado esta noche y, sin embargo, con ese vestido rosa chicle con la espalda escotada, solo ella podría ser para mí la chica más preciosa y alucinante de la fiesta. Pero no puede ser. Aunque la desee tanto que me duela.

—Por lo menos dame un abrazo. Tengo frío.

A eso no puedo negarme. Estamos en pleno noviembre y ha vuelto a salir sin abrigo. La acerco a mi pecho y se le escapa un suspiro trémulo. Le froto la espalda y los brazos para que entre en calor. Huele a lirios y su pelo me hace cosquillas en la cara. No puedo evitarlo. Pongo mis manos en sus mejillas y le doy un beso en la frente. Ella echa la cabeza hacia atrás y sonríe.

—Otro.

—Eres de lo que no hay —respondo riendo.

Le doy otro beso y cierra los ojos. La envuelvo con mis brazos y apoya su mejilla en mi pecho. Me gusta que sea pequeñita. Le aparto el pelo de la cara y esboza una media sonrisa. Quiero besarla. Joder, me muero de ganas de besarla. Por eso la estrecho entre mis brazos y me conformo con ser el chico bueno que cuida de su amiga en una noche de borrachera. Gabi abre los ojos y, por un instante, tengo miedo de que pueda saber lo que pienso.

—¿Me das otro? —pregunta, y luego se muerde el labio.

La tomo de la barbilla cuando levanta la cara hacia mí.

—El último.

—Como si no te gustara…

Le doy un beso en la mejilla y ella gira la cabeza para buscar mi boca. Me aparto justo a tiempo y se ríe.

—Ahí no.

—Ahí sí, cobarde.

—Nos vamos. —Le doy la mano para llevarla hasta mi moto. Hoy he preferido venir por mi cuenta en lugar de en limusina con los demás, ya que así tenía una excusa para no beber ni meterme nada—. ¿Crees que puedes subir o pido un taxi?

—¡Un paseo en moto! —exclama emocionada.

Me quito la americana porque no quiero que se congele y se la pongo. Luego cojo el casco que hay en el maletero y se lo abrocho.

—Agárrate fuerte —le pido.

—¿Así?

Gabi mete las manos por debajo de mi camisa para tocarme el abdomen. Me entra la risa floja y la dejo por imposible. Me conformo con que se agarre fuerte y se porte bien. Sus mano cálidas y suaves me provocan un intenso placer que me lleva hasta el cielo. Se me eriza la piel y me invade el calor. La presión de sus dedos sobre mi abdomen es jodidamente deliciosa. Sé que está borracha y vulnerable, pero no puedo evitar disfrutar del momento. Al fin y al cabo, llevo a una chica preciosa en mi moto agarrada a mi cintura. Conduzco por debajo del límite de velocidad porque no quiero que se caiga y paro en un McAuto. Le vendrá bien comer algo antes de acostarse. Ni siquiera tengo que preguntarle qué le apetece. La conozco desde hace tanto tiempo que sé que su hamburguesa favorita es la doble *cheeseburger* con patatas *deluxe*.

Gabi me roba dos patatas fritas, las moja en kétchup y se las mete en la boca fingiendo ser un vampiro. Le hago una foto para tomarle el pelo en el futuro. Mañana se arrepentirá de esto. La Gabi que se pasa con el tequila no tiene desperdicio.

—¿Por qué nunca me habías dejado subir de paquete en tu moto? —me pregunta de repente.

—No me lo habías pedido.

Gabi me mira a los ojos y le da un sorbo al refresco.

—Porque no quiero ser una más.

—No eres una más —respondo con sinceridad—. Eres la primera chica que llevo en la moto.

Se le encienden las mejillas y clava la mirada en las patatas.

—Creo que el alcohol empieza a bajarme —musita—. ¿Por qué nunca…?

No puede terminar de formular la pregunta. Un grupo de chicas nos reconocen y vienen corriendo hacia nosotros. De mala gana, Gabi se hace un par de fotos con ellas. Sé que los primeros signos de la resaca empiezan a hacerle efecto y me las apaño para quitárnoslas de encima haciendo acopio de todo mi encanto. Cuando nos subimos a la moto y ella se aferra a mi cintura, quiero creer que puedo ser una buena persona. El amigo que ella se merece. El tipo que empieza a ver la luz al final del túnel y no se da la vuelta para regresar a la oscuridad porque quiere ser una mejor persona.

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

Gabi y Pol: ¿más que amigos? Mira las comprometidas fotos

Siempre se ha dicho que entre la vocalista y el batería de Yūgen existe algo más que amistad, pero hasta el momento solo eran rumores. Sin embargo, el pasado sábado fueron vistos en una actitud muy cariñosa a la salida de la fiesta posterior a la gala musical benéfica que se celebró en Sevilla.

Gabi y Pol se abrazan, comparten arrumacos y destilan tanta complicidad que no podemos parar de preguntarnos: ¿por qué habéis tardado tanto en estar juntos? Sin duda, esta es la pareja que esperábamos. En redes sociales todo el mundo los *shippea* e incluso los defensores de la relación ya tienen nombre propio, los «polga». Desde luego, a nosotros nos parece que hacen una pareja ideal.

¿Se animarán a confirmar que entre ellos hay algo más que una amistad? ¿Estamos ante la nueva pareja del momento?

Les deseamos toda la felicidad del mundo y esperamos que sean capaces de ser fieles. Al fin y al cabo, estamos ante dos de los músicos más deseados y con más escándalos románticos a sus espaldas. Aunque, como se suele decir, los polos opuestos se atraen y los iguales se repelen. ¿Tendrán futuro juntos?

20
Pol

Estoy tan profundamente dormido que cuando Leo entra en mi habitación me cuesta entender lo que me ha preguntado. Me froto los ojos y bostezo. Él levanta la persiana. Protesto porque estoy convencido de que no llevo más de un par de horas dormido. Ayer empezaba a amanecer a la hora que Gabi y yo llegamos. Leo me arranca el edredón de un tirón.

—Joder, tío. ¿Qué te pasa? —pregunto indignado—. Se supone que hoy tenemos el día libre.

—¿Qué pasó anoche en la fiesta entre mi hermana y tú? —me ladra.

Me cuesta asimilar la pregunta, casi tanto como soportar la mirada cargada de decepción de mi amigo. Al principio creo que se trata de una broma y me da por reír, hasta que comprendo que va en serio.

—¿De verdad? —replico atónito.

—¿Qué te metiste en la fiesta? —exige saber.

—No me metí nada —respondo exasperado—. Ojalá lo hubiera hecho para aguantarte en este momento. ¿A qué viene esto?

Leo me lanza una revista a la cara. En la portada aparecemos Gabi y yo abrazados y el titular reza: «La nueva pareja del momento». Los ojos de Leo destilan tanta rabia que no lo reconozco.

—Anoche Gabi llegó borracha. Lleva toda la mañana vomitando —dice hecho una furia—. ¿Mi hermana se emborracha y tú aprovechas para…?

Salgo de la cama de un salto y le doy un empujón que lo aplasta contra la pared. Es la primera vez en mi vida que quiero partirle la cara.

—Cuidado con lo que estás a punto de insinuar —le grito con tanta ira que me tiembla la voz—. ¿Con quién te crees que hablas?

—¡Es mi hermana!

—¡Es mi amiga!

—Nunca la has mirado como una amiga —me recrimina.

—Jamás me aprovecharía de una mujer —le digo con vehemencia y tanto dolor que apenas consigo tragarme las lágrimas—. ¿Por qué clase de miserable me tomas? ¡Hablamos de Gabi!

—Suéltame.

Leo me da un empujón. Estoy tan enfadado y dolido que le doy un puñetazo al armario y hago un agujero en la puerta de madera. Me arden los nudillos, que han empezado a sangrar. En ese momento, Axel entra en la habitación y nos mira horrorizado.

—¿Qué pasa? —pregunta conmocionado.

Señalo a Leo y escupo con desprecio:

—Para mí estás muerto.

—Pol… —Axel me pone una mano en el hombro—. Por favor, sentémonos a hablar como los amigos que somos. Seguro que podemos solucionarlo.

—¡Ese no es mi amigo! —Me zafo de él y comienzo a meter a toda prisa mis pertenencias en la mochila—. Un verdadero amigo jamás daría por hecho que sería capaz de aprovecharme de su hermana.

Axel se sobresalta y mira a Leo justo cuando su padre aparece en la habitación.

—Por Dios, son las nueve de la mañana. ¿Qué gritos son esos? —Observa el agujero del armario y se queda pálido—.

¿Qué ha pasado?

—Que te lo explique tu hijo —respondo cabreado. Me cuesta respirar, pero me cuelgo la mochila al hombro—. Le gusta sacar conclusiones precipitadas.

—No voy a permitir que le hagas daño. —Leo se interpone en mi camino antes de que consiga salir—. Ella es mi familia.

—Creía que yo también lo era —respondo dolido.

Leo se viene un poco abajo.

—Lo eres, pero…

—Apártate de mi camino —le advierto con los puños apretados.

—¡Por favor! —nos suplica Axel interponiéndose entre nosotros—. Solo ha sido un malentendido.

Los rodeo para salir. La bilis me sube por la garganta al llegar a la puerta de la entrada. En ese instante, Gabi aparece en la cocina y me mira confundida. Está despeinada y tiene los ojos emborronados por el maquillaje.

—¿Qué pasa? —pregunta desconcertada—. ¿A dónde vas?

—No pasa nada —la tranquilizo con voz ronca—. Vuelve a la cama.

—Pol…

Huyo de la casa, me pongo el casco de la moto y salgo disparado a toda velocidad. Sin embargo, por más que me alejo de Leo, el dolor que me ha producido su acusación aumenta a cada kilómetro que recorro.

¿A quién pretendo engañar?

Esta es la persona que todos creen que soy.

El adicto.

El mujeriego sin principios que destruye a todos los que lo rodean.

El imbécil que busca con desesperación encajar en alguna parte y acaba de descubrir que para su amigo no vale nada.

Y me escuece, maldita sea. Me horroriza saber que no hay

nada de mí que merezca la pena. Que no tengo salvación. Me duele tanto que necesito dejar de sentirlo todo.

21
Gabi

—¡Eres un imbécil! —le grito a mi hermano.

Leo ni siquiera se inmuta. Axel y mi padre intentan tranquilizarme en vano, pero estoy hecha una furia. Al principio no han querido contarme qué había pasado. Se creen que soy una cría incapaz de soportar la verdad. Se pueden meter su sobreprotección por donde les quepa.

—Estaba borracha y me trajo a casa. ¡Hasta me llevó a comer una hamburguesa para que se me bajara el alcohol! ¿Y tú sacas conclusiones precipitadas por unas fotos? ¿De qué vas? —le recrimino fuera de mí.

Hay que reconocer que Leo parece bastante arrepentido. Está sentado en el sofá con la cabeza entre las piernas. Axel camina nervioso de un lado a otro del salón mientras mi padre intenta contactar con Pol, que no le coge el teléfono.

—Voy a buscarlo —decide Axel.

—¿A dónde? —le pregunto.

—Ni idea, pero voy a volverme loco si sigo aquí.

—Te acompaño —dice Leo poniéndose en pie.

—Leo, hijo, no creo que… —empieza a decir nuestro padre —. Con lo que ha pasado debes de ser la última persona a la que querría ver.

Mi hermano se desinfla y vuelve a sentarse. Nuestro padre y Axel se marchan a buscar a Pol. Hace una hora desde que lo vi salir a toda pastilla con la moto y me da miedo que haga alguna tontería.

—Eres lo peor —digo sin poder contenerme.

Leo me atraviesa con la mirada.

—¿Que yo soy lo peor? —responde cabreado—. Yo no fui el que se emborrachó en la fiesta.

—¿Cómo has podido pensar que Pol se aprovechó de mí?

—No quise decir que… —Leo inspira profundamente—. No pretendía insinuar que él se había propasado contigo. Por supuesto que sé que Pol sería incapaz de hacer algo así. Jamás pensaría una cosa tan horrible de él. Supuse que los dos habíais bebido de más y que os habíais enrollado porque la cosa se os había ido de las manos.

—Y, si así fuera, no sería asunto tuyo.

—Eres mi hermana y él es mi amigo. Por supuesto que es asunto mío.

—No lo es. Soy una persona adulta —respondo categórica—. Y dudo que él ahora te pueda considerar su amigo. Has sido un capullo.

—Gracias, Gabi.

—Si tiene un accidente con la moto, será culpa tuya.

Leo se sobresalta y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Mi hermano se encoge como si lo hubiera golpeado, se pasa una mano por el pelo y se tapa la cara. Sé que está llorando. Me siento a su lado y le toco el hombro.

—Perdona —digo sin poder contener yo tampoco las lágrimas—. Perdona, perdona, perdona. Estoy muy asustada.

—Yo también —admite con un hilo de voz—. Ojalá me hubiera pegado un puñetazo en lugar de marcharse con la moto.

—Pol sería incapaz de ponerte la mano encima. Eres su mejor amigo.

—No he estado a la altura —solloza avergonzado.

—Que hagamos daño a las personas a las que amamos no significa que no nos importen.

—¡Joder! —Leo se pasa de nuevo una mano por el pelo—.

Voy a buscarlo. Me da igual lo que digan Axel y papá.

—Leo…

—Quédate aquí por si vuelve, ¿vale?

—Quiero ir contigo.

—Por favor.

Asiento de mala gana. Alguien debería estar aquí por si Pol decide regresar. Leo va a por las llaves de su coche, pero antes de marcharse se vuelve hacia mí. Sé que quiere decirme algo y quiere escoger bien las palabras.

—Suéltalo ya —le pido.

—Sé que no puedo pedirte que no haya nada entre Pol y tú.

—Exacto, no puedes —digo con ímpetu.

—Nunca podría aceptar que estuvierais juntos. —Me ignora—. Él no te conviene, ni tú a él tampoco. Ya sé que no puedo darte órdenes y que vas a hacer lo que te dé la gana. Eres adulta y tienes derecho a cometer tus propios errores. Pero Gabi…

—Lárgate —le espeto.

Leo suspira y se marcha; el resto de lo que tenía que decirme se lo ha guardado. Jamás permitiré que se interponga entre Pol y yo. ¿Quién se cree que es para dirigir mi vida? ¿Por qué todos creen saber lo que es mejor para mí?

—Pol, por favor, cógeme el teléfono. O al menos dime que estás bien. Todos estamos muy preocupados por ti. —Grabo un audio—. Leo está muy arrepentido. Sé que no quieres hablar con él, pero llámame, ¿vale?

Llevo tres cuartos de hora intentando contactar con él. Axel, Leo y mi padre tampoco han conseguido encontrarlo. Estoy muerta de miedo porque la última imagen que tengo de él es cuando ha salido disparado a toda velocidad con la moto.

Llaman al timbre y voy a abrir la puerta con la absurda

esperanza de que se trate de Pol, pero es Sam. Le doy un abrazo. Me alegro muchísimo de que haya venido. Le he contado lo que había pasado y me dijo que vendría en menos de quince minutos. Y aquí está.

—Gracias por venir.

—¿Bromeas? —Le resta importancia—. ¿Todavía no ha dado señales de vida?

—Qué va.

—Seguro que necesita despejarse. Volverá.

—No lo sé.

—Vendrá en cuanto lea tus mensajes —dice convencida—. Si yo fuera él, no querría preocuparte.

—Si yo fuera él, estaría cabreada con el mundo.

—Tú no tienes la culpa. Lo sabes, ¿no? —Al ver mi expresión compungida, me pone las manos en los hombros y añade con tono rotundo—: Ha sido un problema entre tu hermano y él. Que lo solucionen ellos y te mantengan al margen.

—Es que mi hermano pensaba que nos habíamos enrollado.

—Ese es su problema, no el tuyo.

—Me emborraché después de que te fueras —le confieso abochornada—. Estaba celosa porque Pol no se despegaba de la pelirroja, y al final el *youtuber* resultó ser un soso. Y, como no sabía cómo llamar su atención, me enrollé con otro tío solo para ver cómo reaccionaba. No me hizo ni caso y me bebí todo el tequila de la fiesta en plan despechada.

Le explico que prácticamente le supliqué a Pol que me besara y Sam me escucha sin decir nada. Debe de pensar que soy una pringada. Yo lo tengo más que asumido. Pol se portó como un buen amigo y a cambio mi hermano le ha echado la bronca. Es una situación muy injusta.

—Di algo —gimoteo—. Soy patética.

—A mí no me parece que lo seas.

—Tú qué vas a decir —resoplo—. Eres mi amiga.

—Todos hacemos locuras por amor.

—No estoy enamorada de Pol —digo sin una pizca de vehemencia.

—Ven. —Sam me conduce a rastras a mi habitación y me obliga a vestirme—. Dale un paseo a Percy. Necesitas despejarte.

—Pol podría volver.

—Estaré aquí por si regresa.

—¡Sammy! —Le doy uno de mis abrazos de oso—. No sé qué haría sin ti.

Sigo su consejo y salgo a pasear a Percy, aunque lo único que me apetece es estar encerrada en casa. Vuelvo a llamar a Pol sin obtener respuesta. Diez minutos después, regreso a casa y sonrío sin poder evitarlo porque huele a gloria. Sam me ha preparado tortitas. No tengo ni idea de lo que he hecho para merecerla.

Devoramos las tortitas y no dejo de mirar el móvil para comprobar que Pol no me ha respondido a ningún mensaje mientras Sam intenta distraerme con cualquier tema de conversación que se le ocurre. Un par de horas después, le presto una sudadera y salimos al jardín porque me voy a volver loca. Nos tumbamos en una hamaca y le peino el pelo con los dedos.

—Me encanta tu pelo —le confieso. Me pongo unos mechones suyos a modo de peluca y me hago una foto para comprobar lo mal que me quedaría el castaño—. ¿Te gusta que te lo toquen?

—Me encanta.

Se está quedando grogui. Percy está tumbado en su regazo y ya ha comenzado a roncar.

—Qué perro más flojo.

—Un respeto. —Le doy un golpecito en el brazo—. Estoy orgullosa de lo que estoy criando. Mira.

Pongo a Percy en el suelo y me mira ofendido por haber interrumpido su siesta.

—La patita —le ordeno.

Percy se tumba bocarriba para que le rasque la barriga y Sam se parte de risa.

—¡La patita! —insisto en vano—. Te juro que ayer me la dio. A lo mejor tiene pánico escénico. ¡No te rías!

Regreso a la hamaca para hacerle cosquillas y ella se retuerce como una lagartija y me suplica que pare. Al final terminamos las dos recostadas en la hamaca, debajo de una manta. Me encanta acurrucarme con Sam. Huele a coco, tiene la piel muy suave y es una de esas personas que siempre están calentitas.

—¿Puedo coger la guitarra de tu hermano para tocar algo que compuse el otro día?

—Por mí como si la tiras a la piscina.

—Gabi —me sermonea—, ya sabe que ha metido la pata. No lo hagas sentir peor.

Sé que tiene razón, pero me cuesta no estar enfadada con él después de que me haya pedido que no tenga nada con Pol. Voy a por su guitarra y se la entrego a Sam. Siempre adopta la misma postura al tocar y me quedo embobada mirando sus manos. Es una gran cantautora aunque no se lo crea lo suficiente. Para mí tiene muchísimo mérito que componga sus propias canciones. Es algo que siempre he envidiado de Leo. Ojalá yo supiera tocar o componer.

—Dame tu sincera opinión, ¿vale?

Se sienta en el césped con las rodillas flexionadas y comienza a cantar. Sus manos se deslizan con destreza por las cuerdas de la guitarra. Tiene un timbre de voz precioso, suave y delicado. No es una voz potente, pero no le hace falta llegar a las notas altas para transmitir algo que se te queda grabado.

Dibujo garabatos en tu espalda,

descubro poesía en tu mirada,
desenfundo el corazón en cada noche…
que paso entre tus brazos rezagada.

Albergo esperanza en tus labios,
guardando el amor en los bolsillos.
Me rindo al llegar la madrugada
cuando nos besamos hasta quedar vacíos.

No quiero ser tu sinsentido
ni estar condenada al olvido
de un amor de verano,
de un amor interrumpido.

Te hallé en el refugio de lo imprevisible,
donde terminamos siendo imposibles,
a pesar de tener un futuro caduco
mientras jugamos a ser invencibles.

No quiero ser tu sinsentido
ni estar condenada al olvido
de un amor de verano,
de un amor interrumpido.

Sam me mira expectante, con las mejillas encendidas y una vulnerabilidad que me produce muchísimas ganas de abrazarla. Me cuesta entender que mi opinión sea tan importante para ella. Tiene más talento que yo. A veces siento que no hice nada para merecer la voz que tengo. Ella, sin embargo, compone, toca varios instrumentos y ha entrenado su voz para convertirse en una gran artista.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—«Amor de verano».

—Es preciosa.

—¿De verdad te gusta?

Me bajo de la hamaca para sentarme a su lado.

—Me ha encantado —respondo con total sinceridad—. Ojalá supiera tocar como tú.

—¡Tienes veinte años! Te sobra tiempo para aprender.

—Soy supertorpe.

—¿Alguna vez lo has intentado?

—No, pero…

—Yo te enseñaré. —Me pone la guitarra encima y mueve mis brazos como si fuera una marioneta—. Tienes que cogerla así.

—Hola —dice alguien a nuestra espalda—. ¿Qué hacéis?

Ambas nos volvemos hacia Pol. El alivio se apodera de mí y me pongo de pie de un salto. Corro a darle un abrazo con tanto ímpetu que por poco lo tiro al suelo. Él me estrecha con fuerza y me susurra al oído que lo siente.

—¿Qué sientes? —pregunto confundida.

—Haberte preocupado. —Me aparta el pelo de la cara y su leve caricia despierta una tormenta de emociones dentro de mí —. No vi tus mensajes hasta que me bajé de la moto. Por eso he venido. No soportaba preocuparte y sabía que no te quedarías tranquila hasta que me vieras.

Sé que debemos hablar de lo sucedido, pero ahora lo único que me importa es que está aquí. Por eso le pido a Sam que le enseñe la canción que ha compuesto mientras aprovecho para escaquearme y llamar a mi padre para contarle que Pol ha vuelto. Luego regreso con ellos y no me despego de él por si se le ocurre volver a marcharse. Jamás me había sentido tan aliviada al ver a alguien.

22
Pol

Suena la alarma del móvil y estiro el brazo con la intención de posponerla cinco minutos. La abstinencia me tiene de un humor de perros y apenas habré dormido un par de horas.

—Hola, Pol.

Me sobresalto al escuchar la voz afilada de mi hermana. Mierda, no era la alarma. Acabo de cogerle el teléfono a Doña Perfecta. Me froto la cara con la mano libre y espiro profundamente antes de responder.

—Hola, Iris.

—No me cuelgues —me ordena leyéndome la mente—. Tengo que hablar de algo muy importante contigo.

—Son las ocho de la mañana, ¿no puede esperar? —pregunto con aspereza.

—Es una hora aceptable para llamar por teléfono a alguien —responde irritada—. Yo llevo despierta desde las seis.

Si no la conociera diría que quiere marcarse un farol, pero a esta hora ya le habrá dado tiempo a ir al gimnasio, comprobar su agenda y beberse uno de esos zumos verdes que saben a vómito mientras se dirige a pie al despacho para caminar los diez mil pasos que marca su pulsera cuentakilómetros. Mi hermana es una persona con una rutina tan ajetreada que siempre me he preguntado cómo lo hace para mantenerse en pie. Por algo la llamo Doña Perfecta.

—Necesito hablar a solas contigo. No quiero que tus amigos se enteren. Ve a algún rincón en el que no puedan escuchar la conversación.

—No estoy en casa de Gabi.

Se hace un largo silencio.

—¿Y eso? —pregunta extrañada.

—Da igual —respondo evasivo—. ¿Qué quieres?

No pienso explicarle que me he mudado a un hotel porque no soporto vivir bajo el mismo techo que Leo. A mi hermana nunca le han gustado mis amigos ni ha aprobado mi carrera musical. No quiero escuchar un «Te lo dije».

—Cuando me llamaste el otro día estaba en una reunión y no pude cogértelo —se disculpa—. Luego te vi por la tele y te llamé mil veces. Estaba preocupada por ti.

Sí, preocupada por si mi actitud con la prensa pudiera salpicarla.

—Mamá…

—Me importa una mierda —la interrumpo con brusquedad—. Te llamé porque pensé que le había sucedido algo a Nico. Lo que se traigan esos dos entre manos no es asunto mío.

—Es tu madre.

—No me digas.

—Ya sé que no somos… —Iris hace una pausa y respira hondo—. Somos una familia que deja mucho que desear. No han sido unos padres perfectos. Lo reconozco. Pero mamá lo está pasando muy mal y no estaría de más que la llamaras para mostrarle tu apoyo.

Me río sin dar crédito. Decir que no han sido unos padres perfectos es quedarse muy corto. Conmigo fueron nefastos y a ella le exigieron tanto que la privaron de vivir la infancia que le correspondía. Respecto a Nico, cada vez que recuerdo que querían encerrarlo en algún centro porque estaban avergonzados de él me entran ganas de quitarme sus apellidos. ¿Y mi hermana espera que llame a la mujer que me abandonó cuando más la necesitaba? Ni de coña.

—Sigo sin entender por qué la defiendes. Es tan culpable

como él —digo hecho una furia—. No se merece que te preocupes por ella.

—Ella también es una víctima.

—¿Y Nico?

—No metas a Nico en esto —me advierte con voz temblorosa —. Sabes que es mi vida. Haría lo que fuera por él.

Me quedo callado porque no tengo nada que objetar. Nico vive con Iris desde que ella cumplió los dieciocho. A veces viene a pasar las vacaciones conmigo o se queda un fin de semana en mi casa, pero Iris me aclaró hace bastante tiempo que jamás lo dejaría a mi cargo hasta que abandonara mis malos vicios.

—¿Qué quieres, Iris?

—Te he llamado para pedirte un favor.

—¿A mí? —pregunto desconcertado—. Debes de estar muy desesperada.

—Pues sí —admite sin tapujos. Ambos sabemos la opinión que tiene de mí—. Dentro de una semana me voy de viaje a Dublín para cerrar un contrato muy importante. La cuidadora de Nico está de baja maternal y ya sabes que él se pone muy nervioso con los cambios. No quiero dejarlo a cargo de alguien que no conozca. No sé cómo reaccionaría. Me encantaría llevarlo conmigo, pero estaré ocupada con un montón de reuniones y no podré cuidarlo. Me preguntaba…

—Sí. —Me adelanto sin dudar—. Sabes que puedes confiar en mí para cuidar de Nico.

—No lo sé, Pol —responde con dureza—. Se lo pediría a otra persona, pero Nico te adora y le encanta estar con Gabi. No se me ocurre otro sitio donde vaya a estar cómodo y sepa que van a tratarlo bien. Pero ¿vas a estar limpio? ¿De verdad puedo confiar en ti?

—¿Me estás preguntando si no voy a meterme nada mientras esté al cuidado de Nico?

—Sí —responde sin tapujos.

Me enfadaría si no supiera que tiene motivos para preocuparse. No obstante, siempre he estado limpio mientras he cuidado de Nico. Mi hermano es la persona más importante de mi vida. Preferiría cortarme un brazo antes que hacerle daño.

—Puedes fiarte de mí —le aseguro.

—¿De verdad? —pregunta dudosa.

—¿Cuándo te he fallado con Nico?

—Nunca —admite algo más tranquila—. Oye, Pol, aunque tengamos nuestras diferencias, puedes contar conmigo. Espero que lo sepas. Soy tu hermana mayor. Siempre estaré ahí si necesitas hablar de algo.

—Claro —respondo para quitármela de encima—. Tengo que colgar. Me voy a ensayar.

Corto la llamada antes de que pueda hacerme alguna pregunta que no me apetece responder. Menos mal que tiré toda la droga que me quedaba porque en este momento me muero de ganas de meterme algo. Por eso me cambio de ropa y salgo a correr con la esperanza de mantener a raya la ansiedad.

La tensión se puede cortar con un cuchillo mientras trabajamos. Leo me busca con la mirada en varias ocasiones y paso de él. A media tarde me pregunta si podemos hablar a solas y lo mando a la mierda. Lo siento por Gabi y Axel, que están visiblemente incómodos y no saben dónde meterse.

Siempre he admirado a Leo. Es una persona centrada, trabajadora y pone una gran pasión en lo que hace. Es mi amigo y le confiaría mi vida. Por eso me escuece tanto que me creyera capaz de hacer algo tan horrible. Supongo que las personas a las que más quieres son las que tienen el mayor poder de decepcionarte porque su opinión te importa por

encima de la de cualquier otro. Por desgracia, aunque quiera hacer las paces con Leo porque lo quiero como a un hermano, el dolor que siento es tan intenso que no hay espacio para el perdón en este momento.

—¿Cuál es el plan de mañana? —pregunta Axel cuando hacemos una pausa.

Hoy no tenemos un día de trabajo muy productivo. Leo no ha compuesto nada y Axel y yo no terminamos de encontrar una melodía que encaje con la última letra. Estamos estancados.

—Le toca elegir a Leo —dice Gabi.

—Conmigo no contéis —respondo.

—¿Tienes otros planes? —pregunta Axel enarcando una ceja.

—Sí, hacerme una paja.

Leo me mira de reojo y no dice nada. Siempre me ha gustado que sea un tío pacífico que evita los conflictos. Tiene una personalidad fácil de llevar y es un líder nato. Sé que si pudiera dar marcha atrás lo haría. Sin embargo, lo que me dijo se me quedó grabado muy dentro. En el fondo, es lo que piensa de mí, ¿no? Me ve como esa clase de miserable capaz de aprovecharse de su hermana pequeña.

—Nuestros martes son sagrados —intenta convencerme Gabi.

—Paso.

—Podemos dejarlo para otro día —dice Leo con voz apagada.

—O podéis solucionar vuestras diferencias de una puñetera vez —interviene Axel, que nos mira de manera alternativa—. Por favor, sentaos a hablar. Os conozco a ambos. Sé que no quisiste herir a Pol. Y, Pol, sé que tú…

—No te metas donde no te llaman, tío —lo interrumpo con sequedad—. Ya he perdido a un amigo, ¿quieres ser el siguiente?

—Él no tiene la culpa —me dice Leo—. No lo pagues con él. Descarga tu rabia conmigo.

—Vaya, el bueno de Leo ya vuelve a hacer acto de presencia

—respondo con ironía—. Te echaba de menos.

Me levanto para ir a la cocina a por una cerveza y no me doy cuenta de que me ha seguido hasta que se planta a mi lado. Lo atravieso con la mirada para que se largue, pero no se mueve del sitio.

—Yo también echo de menos al amigo divertido con el que se podía hablar de todo. El colega despreocupado que hacía chistes sobre cualquier cosa y era el alma de la fiesta —dice frustrado—. Ahora te miro y no sé quién eres. Y me duele, joder. Porque quiero ayudarte y no sé cómo hacerlo. Desde que viniste a Sevilla estás a la defensiva y de mal humor. No pretendo justificar lo que te dije porque metí la pata hasta el fondo. Y lo siento. Sabes de sobra que lo siento. Me malinterpretaste cuando te pregunté qué había sucedido entre Gabi y tú. Di por hecho que ambos estabais borrachos y que la cosa se os había ido de las manos.

—Insinuaste que me había aprovechado de ella —le recrimino con la voz temblorosa por culpa de la emoción.

Leo se pasa una mano por el pelo y me mira consternado. Tiene los ojos vidriosos y sé que se muere de ganas de darme un abrazo. Me gustaría que el sentimiento no fuera mutuo. Ojalá no me sintiera como si me hubiera clavado un puñal en el centro del pecho y me estuviera desangrando.

—Estaba enfadado porque pensé que había sucedido algo entre vosotros, pero nunca se me pasaría por la cabeza que pudieras hacer nada en contra de su voluntad —se justifica, y lo peor de todo es que quiero creerlo—. Pero tú y ella… si dierais ese paso y la cosa saliera mal… Lo siento, Pol. Ya sé cómo terminan tus relaciones y no quiero que le partas el corazón. Es mi hermana pequeña.

—Y yo era tu amigo —le recrimino dolido.

—Eres mi amigo.

—Qué va. —Me aparto de él cuando hace el amago de

tocarme—. Un amigo no te mira como si fueras lo peor.

—No creo que seas lo peor —responde desesperado—. Joder, Pol. Te conozco desde que tenía trece años. Eres una de las personas más importantes de mi vida. Y por eso me acojona ver cómo te destruyes. ¿Quieres la pura verdad? Por supuesto que me da miedo que mi hermana salga con una persona que tiene un problema. No puedo permitir que la arrastres a tus mierdas —dice sin tapujos—. Pero eso no significa que no te quiera.

—Lo entiendo. —Le quito el tapón al botellín y le doy un largo trago—. La eliges a ella. Yo en tu lugar haría lo mismo. Ambos sabemos que no merezco la pena. Soy una basura.

—Eso no es…

—Pero nunca te he pedido que cuides de mí —le espeto—. No eres mi padre. Y los días en los que te llamaba amigo han llegado a su fin. Hazte a la idea de que ahora solo somos compañeros de trabajo.

Leo se sobresalta, dolido por mis palabras. Ni siquiera intenta frenarme cuando me marcho. Apenas llevamos un par de horas trabajando, pero no soporto estar aquí y que todos me miren como si tuvieran la obligación de arreglarme.

Sé que estoy hecho polvo, no necesito que me lo recuerden.

El ejercicio físico se ha convertido en mi aliado para tener la mente ocupada. Me he prometido que estaría limpio mientras trabajaba en el disco y quiero cumplirlo. Además, la semana que viene estaré a cargo de Nico, razón de más para portarme bien.

Estoy haciendo flexiones y justo me llega un mensaje de un número que no conozco.

Número desconocido
¡Hola! Soy Sam. Axel me ha dado tu teléfono. La semana que

viene es el cumpleaños de Gabi y me gustaría organizarle una fiesta sorpresa. ¿Qué crees que podría hacerle ilusión?

Me gusta que Gabi se haya hecho amiga de Sam. Parece buena persona. Además, conozco lo suficiente a Gabi para saber que necesitaba a alguien en quien confiar. Desde que nos hicimos famosos solo se le acercan supuestas amigas por interés que la apuñalan a la mínima de cambio por dos minutos de gloria. Se nota que han congeniado y es obvio que se preocupa por ella.

Me meto en la ducha mientras pienso en algo que de verdad pueda sorprender a Gabi. Estamos a principios de diciembre y la Navidad es su época favorita del año. De repente, se me ocurre una cosa que sé que le va a encantar y salgo de la ducha para responder a Sam.

Yo
¿Te apuntas a un viaje a Rovaniemi?

Sam
¿A dónde?

Le explico mi plan y me siento de maravilla. Porque hacer algo bueno por una persona a la que quieres es la mejor medicina para el alma.

23
Gabi

Las cosas entre Leo y Pol continúan igual de tensas. Mi padre intentó convencerlo de que siguiera viviendo en nuestra casa, pero no pudo hacerlo cambiar de opinión. Los días de trabajo en los que éramos una piña y los martes de «ahora me toca a mí» han llegado a su fin. De repente, todo lo que hemos construido durante los últimos seis años se ha venido abajo como un castillo de naipes. Todavía recuerdo nuestro primer concierto, en el que nos prometimos que siempre nos tendríamos los unos a los otros porque juntos éramos invencibles. Sin embargo, Leo y Pol no se hablan y me siento muy culpable, ya que nada de esto habría pasado si yo no me hubiera lanzado a sus brazos porque estaba borracha.

¿De verdad las relaciones humanas son tan frágiles? Me sobrecoge la facilidad con la que expulsamos de nuestra vida a las personas a las que queremos cuando se equivocan, como si el orgullo nos pesara más que el amor. Pero, en un mundo en el que cada uno va a lo suyo, la única forma que tenemos de sobrevivir es con el apoyo de nuestros seres queridos. Ojalá pudiera metérselo a la fuerza en la cabeza a Pol y hacer entender a mi hermano que no tiene que elegir entre su amigo y yo.

—¡Eh! —Sam me da un golpecito con el hombro—. ¿Va todo bien?

Asiento y fuerzo una sonrisa. Estamos en la sede que la discográfica tiene en Sevilla para firmar el contrato de la colaboración. Una vez que estampemos nuestras firmas ya será

oficial. Julio pulula a nuestro alrededor con un puñado de bolígrafos en la mano y expresión de angustia. No se tranquiliza hasta que me ve firmar, como si hubiera temido que la diva caprichosa del grupo fuera a echarse atrás en el último momento.

—Estupendo —dice satisfecho después de que todos hayamos firmado el contrato—. Estoy convencido de que esta colaboración va a ser muy positiva para ambas partes.

Mi padre está de charla con el mánager de Sam, Pol se aburre como una ostra, mi hermano se encuentra pensativo y Axel los mira como si creyera que puede convencerlos de hacer las paces.

—Hay algo más —dice Julio con una sonrisa de circunstancia —. Tengo que hablar a solas con vosotros.

Me sorprende que nos señale a Pol y a mí. Mi hermano, Axel y Sam están tan desconcertados como nosotros. Mi padre se queda cuando los demás abandonan la sala. Se cruza de brazos y pone mala cara.

—Ya te expresé mi opinión por teléfono —le dice contrariado —. No sé a qué viene esto.

—Son mayores de edad y pueden tomar sus propias decisiones. Creo que no eres objetivo porque Gabi es tu hija.

—¿Insinúas que no me comporto como un profesional? — pregunta mi padre hecho una furia.

—Andrés, por favor, sé comprensivo. Tienes que reconocer que es una gran estrategia de marketing.

Pol y yo nos miramos sin entender nada.

—¿De qué va todo esto? —preguntamos a la vez.

Mi padre suspira y se vuelve hacia nosotros.

—Quieren que finjáis ser pareja —nos explica—. Ya les he dicho que vuestra vida privada no puede utilizarse para vender más discos.

—No queremos que finjáis nada —interviene Julio con ese

tonito condescendiente que tanto me saca de mis casillas—. Solo queremos aprovechar vuestro tirón mediático para el lanzamiento del próximo disco. Hemos pensado que podríais ser los protagonistas del primer videoclip.

—Para que parezca que sois pareja —puntualiza mi padre—. Le pedisteis lo mismo a Leo y todos sabemos cómo acabó aquella historia con Millie Williams.

—Al menos a Leo le preguntaste si le parecía bien —le recuerdo indignada—. Pol y yo no somos unos críos. También podemos tomar decisiones.

Mi padre se queda callado porque no se esperaba mi respuesta. A ver, no tengo del todo claro que protagonizar un videoclip con Pol sea una buena idea, pero me gustaría que tuviera en cuenta nuestra opinión en lugar de decidir por nosotros.

—El videoclip sería un auténtico bombazo —dice Julio con un deje de esperanza—. Yūgen podría batir todos los récords de visionado. Los seguidores de la banda quieren espectáculo. ¿Por qué no dárselo? Vosotros, por supuesto, no tendríais que afirmar ni desmentir nada. Solo grabaríais un videoclip.

—En el que tendríais que besaros —aclara mi padre.

—Sois artistas. —Le resta importancia Julio—. Los artistas se besan en los videoclips, ¿qué tiene de malo?

Pol y yo nos miramos de reojo. No tengo ni idea de lo que piensa, pero seguro que a mí se me nota en la cara. Llevo fantaseando con besar a Pol desde que era una adolescente. Siempre me he preguntado si sería tan bueno como lo he imaginado. Aunque no voy a protagonizar un videoclip para averiguarlo, ¿no?

—No tenéis que darnos una respuesta todavía —dice Julio—. Podemos esperar hasta después de Navidad.

Pol se levanta y mi padre se enzarza en otra discusión con Julio. Me muero de ganas de saber lo que opina y lo acompaño

fuera. Antes de que pueda hablar con él, nos tropezamos con Leo y Axel en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —nos pregunta Axel con curiosidad.

—Quieren que Pol y yo protagonicemos el primer videoclip del disco insinuando que somos algo más que amigos —les explico.

A mi hermano se le descompone la expresión.

—Supongo que os habéis negado —dice indignado.

Miro a Pol, que está apoyado en la pared y tiene las manos metidas en los bolsillos. Todavía no ha abierto la boca. Sé que si le doy la razón a mi hermano sin haber hablado antes con él lo estaré ninguneando. Cuando me excluyeron de estar al tanto de la colaboración con Sam me sentí muy ridícula y pequeñita. No quiero que él pase por lo mismo, así que digo:

—Pol y yo tenemos que hablarlo.

Mi hermano me mira como si se tratara de una broma y, acto seguido, clava una mirada inquisitiva en Pol.

—¿Tú qué opinas? —exige saber. Al ver que Pol no se inmuta, lo mira furioso—. ¿No vas a abrir la boca?

Pol coge un cigarrillo, lo enciende y le da una calada. Mi hermano aprieta la mandíbula después de que le eche el humo en la cara a propósito.

—Saca tus propias conclusiones —le dice con desdén—. Como haces siempre.

Pol se aleja con paso tranquilo y Leo aprieta los puños. Axel le pone una mano en el hombro y le pide que se relaje.

—No podéis acceder a eso, Gabi.

—Deja de decirme lo que puedo hacer —respondo irritada.

—Yo también creo que es una mala idea aunque no me hayas pedido opinión —interviene Axel—. Pero la última palabra la tenéis vosotros.

—¡Es una locura! —protesta Leo—. ¿Y si mañana os piden que os comprometáis? ¿Vais a casaros para vender más discos?

—Todos te apoyamos con el tema de Millie —le recuerdo con aspereza—. ¿Por qué no puedes entender que Pol y yo somos perfectamente capaces de tomar una decisión sin que te comportes como si fueras nuestro padre?

—Porque sois un par de inmaduros.

—¡Leo! —le llama la atención Axel.

—Sabes que tengo razón.

—Al menos yo no me he peleado con mi amigo ni creí que mi novia me había engañado y estuve tres meses sin saber nada de ella. —Me pongo a su altura—. Para ser tan maduro, la cagas con mucha frecuencia.

—Me lo dice la que se emborracha y…

—¡Parad! —La voz de Axel suena tan grave que ambos nos sobresaltamos—. Dejadlo ya. No quiero que seamos esa clase de grupo. Se supone que somos amigos. ¿Qué diantres os pasa a todos?

Nos pone una mano en el hombro y nos mira de forma severa.

—Para mí sois mi familia y no soporto que discutáis por gilipolleces. —Leo va a decir algo, pero Axel se adelanta—. Gabi tiene razón. Este tema solo les compete a ella y a Pol.

—De acuerdo —responde Leo de mala gana—. Siento haberte llamado inmadura.

—Y yo siento haber sacado el tema de Nura y de tu discusión con Pol —me disculpo con sinceridad.

Axel nos empuja para que nos demos un abrazo y me aflojo sin remedio. A pesar de nuestras diferencias, no sé qué haría sin mi hermano. Su instinto de protección es tan grande que en ocasiones se equivoca, pero eso no significa que no lo quiera con toda mi alma.

Encuentro a Pol apoyado en un árbol, fumando. Me acerco a él

con cautela porque no tengo ni idea de lo que hay dentro de su cabeza. A veces puede ser una incógnita, y las incógnitas siempre me han resultado irresistibles. Me pongo a su lado, toco su hombro con el mío y giro la cabeza para mirarlo. Me pierdo en sus ojos color obsidiana mientras me muero de ganas de tocarlo o de que me toque.

—No has dicho nada —rompo el silencio con voz queda.

Pol tarda un buen rato en responder.

—Sabes que no es una buena idea.

—Lo sé.

—Entonces ¿qué más hay que decir?

Me encojo de hombros e intento aparentar que no estoy decepcionada. Sé que es la decisión más sensata. Lo sé de sobra. Sin embargo, una parte de mí no ha podido evitar hacerse ilusiones porque lo deseo tanto que haría cualquier cosa para que me dejara estar a su lado.

—Solo quería saber tu opinión —musito—. Para asegurarme de que ambos estábamos de acuerdo.

Pol me acaricia el dorso de la mano y me mira a los ojos.

—No quiero que te pelees con tu hermano por mí, ¿vale?

Asiento y me pone un mechón de pelo detrás de la oreja. Es increíble que me conozca tan bien. Agarro su mano antes de que la aparte y noto esa electricidad que me recorre la piel cada vez que nos tocamos.

—Me gustaría que volvieras a vivir con nosotros.

—No puedo, Gabi.

—Sí puedes.

—No quiero.

Me muerdo el labio. Sé que no voy a hacerlo cambiar de opinión. Quizá por eso me atrevo a ser todo lo sincera que me permite el miedo. Pongo su mano sobre mi mejilla y noto que contiene las ganas de acariciarme.

—Te echo de menos —digo en voz baja.

—Estoy justo aquí.

—Estás muy lejos de mí.

—Gabi…

—Echo de menos que seamos los últimos en despertarnos y discutir contigo porque te has comido mi cruasán. —Se ríe porque sabe que es verdad—. Y que me prepares zumo de naranja para disculparte. Y también nuestras partidas a la Wii y que te piques porque te gano. Y echo muchísimo de menos quedarme dormida en tu hombro mientras vemos alguna película romántica que te he obligado a ver; y que a la mañana siguiente, en vez de echármelo en cara, me preguntes qué tal he dormido y me prepares un ColaCao.

—No me pidas que vuelva —dice con voz ronca.

—No es lo mismo sin ti.

—Nos vemos todos los días.

—Pero sigue sin ser lo mismo —insisto, y sabe que es verdad —. ¿Tan malo sería grabar un videoclip conmigo?

Pol entorna los ojos, sorprendido por mi pregunta. Me acaricia la mejilla con el pulgar y esboza una sonrisa triste.

—Sí.

—¿Por qué?

—No podría conformarme con besarte una sola vez.

Mi corazón se acelera cuando me mira la boca durante una fracción de segundo en la que contengo el aliento. Luego deja caer la mano, se da la vuelta y se aleja en dirección a su moto. Me toco las mejillas para comprobar que estoy ardiendo. Ya está. No necesito nada más para confirmar lo que me he negado durante demasiados años.

«Estoy enamorada de Pol».

¿Y ahora qué?

24
Gabi

—¡Despierta, dormilona!

Me levanto sobresaltada al escuchar la voz enérgica de Sam. No sé qué hora es. Quiero seguir durmiendo. ¿Había quedado con ella y se me ha olvidado? No me importa. Soy famosa por mi mal humor matutino, así que me tapo la cabeza con el edredón.

—¡Sal de la cama! —Sam me hace cosquillas por encima de la manta y me retuerzo porque no las soporto. De mala gana asomo la cabeza y la miro con los ojos hinchados por culpa del sueño. Ella me observa con una mezcla de exasperación y burla, como si fuera lo más normal del mundo presentarse sin avisar en casa de tu amiga para sacarla de la cama—. ¡Sorpresa!

—¿Qué hora es? —pregunto cansada.

—Las cinco de la mañana. —Antes de que pueda protestar, me arranca el edredón. Percy estaba dormido a mis pies y la mira ofendido—. ¡Levanta! Tenemos que coger un buen anorak, camisetas térmicas, calcetines gordos, pantalones impermeables, unas botas de nieve…

—¿Estoy en medio de un sueño? —Me froto los ojos. No entiendo por qué no puedo fantasear con los abdominales de Darren Barnet en lugar de tener sueños tan raros.

—Nop. —Sam me da un pellizco en el brazo.

—¡Eh!

Se ríe y va directa a mi armario.

—¿Anorak blanco o negro?

—El blanco —respondo confundida—. ¿Se puede saber que…?

—Tienes veinte minutos para darte una ducha y vestirte con ropa de abrigo —me interrumpe—. Vamos, espabila. Yo me encargo de hacerte la maleta.

—No entiendo na…

Sam comienza a meter a toda prisa ropa de abrigo en la maleta ante mi cara de estupefacción. Percy se hace una bolita y sigue roncando. Estoy muerta de sueño y tardo varios minutos en salir de la cama.

—Este jersey es de la temporada pasada. —Se lo quito de las manos antes de que lo guarde en la maleta y me mira como si me faltara un tornillo—. ¿A dónde se supone que vamos?

—¡Es una sorpresa! —exclama y me empuja hacia el baño—. Ya has desperdiciado cinco minutos. ¡Nos vamos en quince!

—Pero…

Sam cierra la puerta del baño y no me queda más remedio que darme una ducha para espabilarme. Estoy tan cansada que me visto con lo primero que pillo, algo inusual en mí. No obstante, Sam me obliga a cambiarme de ropa porque dice que voy muy poco abrigada. No se queda contenta hasta que me pongo unos leotardos, unos pantalones de lanilla ajustados, otros pantalones encima, una camiseta térmica, un polar y un jersey.

¿A dónde demonios me lleva? Estamos a principios de diciembre en Sevilla y aquí se está bien con una sudadera y unos vaqueros, pero ella no para de meter gorros, bufandas y jerséis de lana en la maleta.

—¡Ya está! —exclama satisfecha después de cerrar la maleta —. Todos nos esperan.

Frunzo el ceño.

—¿Quiénes?

—¡Quiénes van a ser! —Se ríe como si me hubiera escapado

de otro planeta—. Tu hermano, tu padre, Axel, Pol y Nura. ¿No creerías que íbamos a olvidarnos de tu cumpleaños?

—¡Mi cumpleaños! —Me doy una palmada en la frente.

Me río como una idiota. Con semejante despertar se me había pasado por completo que hoy cumplo veintiún años. Además, este día nunca me ha hecho especial ilusión y mis celebraciones se limitan a soplar las velas de una tarta de chocolate. Sam corre a darme uno de sus abrazos de oso con olor a coco. Me encantan sus abrazos porque cuando me estrecha se nota que no quiere soltarme y me siento de maravilla.

—Toma. —Me entrega un paquetito envuelto—. Felicidades, Gabi.

Me emociono antes de abrirlo. Significa muchísimo para mí que me haya sacado de la cama un viernes a las cinco de la mañana para darme una sorpresa. Me río al ver de qué se trata. Son dos colgantes de plata con dos mitades de un aguacate. Uno de ellos tiene un hueso en forma de corazón y el otro está vacío. Parecerá una tontería, pero es el mejor regalo que me han hecho nunca. Los aguacates son mi debilidad y la semana pasada le dije que podría sobrevivir sin problema a base de ellos. Me encanta que se haya acordado.

—Uno para ti. —Me ofrece el que tiene el hueso—. Y el otro para mí.

—Gracias. —Me doy la vuelta y me sujeto el pelo para que me lo ponga. Luego hago lo mismo con ella—. Lo llevaré siempre.

—Más te vale. De lo contrario, te cortaré un brazo —bromea —. ¿Lista para la aventura?

—¿Una aventura en la que sospecho que vamos a pasar mucho frío?

—Uy, no sabes cuánto.

—¡Un segundo! —Corro hasta la cama para coger en brazos a

Percy—. ¿Qué pasa con él?

—Tranquiiila, está todo controlado —dice con calma—. Martín lo cuidará.

—No sé si…

—Martín tiene a Phineas y Ferb, y se lleva bien con Percy. Estará muy bien cuidado y ha prometido enviarte fotos.

—Vale —respondo aliviada. A Percy le cae bien Martín, el hermano de Sam, y no se lleva mal con sus perros—. ¿No puedes darme una pista?

—No. —Se ríe al ver mi cara de angustia—. Te va a gustar.

Confío en Sam a pesar de que nos conocemos desde hace poco tiempo. Estoy bastante nerviosa al salir de casa. Leo, Nura, Axel, Pol y mi padre nos esperan delante de un minibús. Van tan abrigados como nosotras. Madre mía, ni que fuéramos al Polo Norte.

—¡Gabi! —Alguien me da un abrazo por detrás con tanto énfasis que me levanta del suelo—. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Nico! —exclamo sorprendida.

Abro los ojos de par en par al verlo. No me puedo creer que Iris le haya permitido venir con nosotros. La hermana de Pol es muy sobreprotectora y siempre lo acompaña cuando nos hace una visita, a pesar de que es evidente que no nos soporta.

—No te puedo decir a dónde vamos. —Nico finge tener una cremallera en la boca—. Pol me ha pedido que guarde el secreto.

—No pasa nada, me encantan las sorpresas. Y la mejor de todas es que tú vienes con nosotros.

A él se le ilumina la expresión. No lo he dicho por decir. Lo adoro desde que veraneábamos juntos en Benalmádena. Era mi mejor compañero de travesuras y el único que me acompañaba a pescar cangrejos. Y es el hermano de Pol, lo que le suma un millón de puntos extras.

—¡Me pido ir delante con Gabi! —dice sin despegarse de mí.

—Tío, que soy tu hermano —le toma el pelo Pol.

—Pero Gabi es mi mejor amiga —responde Nico orgulloso.

Le saco la lengua a Pol y nos colocamos en los asientos delanteros del minibús. Me hago un selfi con Nico al que Pol se une desde atrás poniendo cara de payaso. No sé a dónde me llevan, pero estoy convencida de que este va a ser un cumpleaños que nunca olvidaré.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo en cuanto aterrizamos.

El vuelo en avión privado ha durado más de cuatro horas y todos han guardado el secreto hasta el final, incluido el piloto, al que pidieron que no hablara de nuestro destino. Estoy a punto de desmayarme de la impresión al leer el cartel del aeropuerto y ver el paisaje completamente nevado.

Estamos en Rovaniemi, Laponia finlandesa. ¡El hogar de Papá Noel!

—¿Vamos a ir a conocer a Papá Noel? —pregunto ilusionada, como si tuviera cuatro años.

—Mañana —me explica Sam—. Hoy tenemos un día muy largo por delante.

—¡Qué fuerte!

En cuanto salimos del aeropuerto, un viento gélido me azota las mejillas. Sin embargo, no me importa. Es como si me hubieran arrojado a una de esas películas navideñas en las que Santa Claus vuela en su trineo de renos. Hay kilómetros de nieve e hileras de abetos nevados. Nico y yo corremos y nos tendemos en el suelo con los brazos y las piernas separadas para hacer dos ángeles. Me estoy riendo en el momento que una bola de nieve impacta en mi cara. Sé quién ha sido sin necesidad de preguntar.

—¡Idiota! —le grito a Pol.

Me agacho para formar una enorme bola.

—¿No eres demasiado mayorcita para jugar con la nieve? —se burla Pol.

—¡A por él! —le ordeno a Nico.

Nico es mi fiel aliado a la hora de bajarle los humos a su hermano. Entre los dos conseguimos acorralarlo contra un coche y le tiro una bola de nieve del tamaño de un melón que le da en mitad de la cara. Me río en plan Maléfica y Nico exclama «¡Victoria!» antes de chocarme los cinco.

—Tener hermanos para esto… —Pol se sacude la nieve del pelo, aunque la media sonrisa lo traiciona. Todos sabemos que Nico es su debilidad.

—Ni cinco minutos les ha durado la tregua —bromea Nura.

—¿Esperabas que se portaran bien por estar en otro país? —pregunta Axel.

—Me las pagarás —me promete Pol.

—Uuuh, qué miedo —le vacilo—. Ojalá te coma un oso polar.

—Los osos polares viven en el Polo Sur, boba.

—Los osos polares viven en el Polo Norte —lo corrige Axel.

—Eso te pasa por hacerte el listo —me burlo de él.

—¡Tú ni siquiera sabías que aquí no hay osos polares!

—Me da igual. Me conformo con que te coma un lobo.

—Serías la primera en llorar mi pérdida —se jacta—. Además, ¿qué ibas a hacer sin mí? Soy el único que te soporta cuando te pones a hablar de *Euphoria* en plan fanática desesperada.

—Jacob Elordi te da tres mil vueltas.

—Está sobrevalorado.

—Coincidí con él en una sesión de fotos para *Cosmopolitan*. Te saca dos cabezas.

—Demasiado alto para ti, ¿no?

—¡Ya te has picado! —Me parto de risa.

—¿Yo? —Suelta un bufido—. No seas infantil, Gabriella.

Nos enzarzamos en una discusión de las nuestras que termina con la llegada del minibús que viene a recogernos. El guía nos hace un pequeño tour panorámico por la ciudad. Nico y yo estamos entusiasmados y no paramos de hacer preguntas. Mi padre, como era de esperar, dice que este frío le viene fatal para la espalda mientras habla por teléfono para organizar nuestra próxima gira. Nura y Leo se muestran tan cariñosos como de costumbre —son un par de cursis insoportablemente perfectos— y Axel le echa la bronca a Pol porque le ha robado las galletas que tenía en la mochila. Vaya, lo de siempre.

—Gracias por traerme aquí —le digo a Sam con la cara pegada a la ventanilla para no perder detalle del paisaje nevado, que parece sacado de una postal navideña—. Mi película favorita es *¡Vaya Santa Claus!,* aunque, ahora que lo pienso, en la peli un padre se asusta al descubrir en el tejado de su casa a Santa y lo mata por error. Dios, me encanta desde que tengo dos años. La veo en bucle todas las Navidades. Desde entonces he querido venir a Rovaniemi. ¿Cómo lo has sabido?

—Alguien me lo contó. —Sam desvía la mirada hacia Pol, que intenta convencer a Axel de que no le ha robado las galletas—. Dijo que te haría ilusión. Todos me han ayudado a organizar el viaje, pero él ha sido el que más se ha implicado.

Pol es el único que no se queja cuando le pido que vea la película conmigo. Me suele tomar el pelo porque dice que es malísima, pero todas las Navidades me prepara chocolate caliente con nubes antes de verla. Se ha convertido en nuestra tradición navideña.

Me muerdo el labio para recordarme que solo me ve como a una amiga. Los amigos hacen ese tipo de cosas los unos por los otros. Además, Pol es una persona muy detallista y no debería darle demasiada importancia porque supongo que habría hecho lo mismo por Axel o Leo —aunque ahora no se hable con él—.

Sam me mira como si me leyera la mente y su expresión es

una mezcla de «No te ilusiones» y «Te entiendo perfectamente». Apoyo la cabeza en su hombro y entrelazo nuestras manos. Desafortunada en el amor, afortunada al máximo en la amistad. Tampoco es tan horrible. Al fin y al cabo, la amistad es el tipo de amor más sincero y desinteresado que existe. Y al lado de Sam, con la nariz enterrada en su pelo con olor a coco, me siento de maravilla.

25
Pol

Ver sonreír a Gabi no tiene precio. De hecho, pagaría lo que hiciera falta para que no dejara de hacerlo nunca. Sus ojos azules brillan con la ilusión de una niña pequeña. No se hace una idea de lo mucho que la quiero cuando le da la mano a mi hermano y le pide que no se separe de su lado. En ese momento, al contemplarlos juntos, el corazón no me cabe dentro del pecho.

Sam se ha currado hasta el último detalle del viaje. Nuestra primera parada es un parque de huskies siberianos donde haremos una ruta en trineo. Tenemos que ir por parejas y le pregunto a Nico si le apetece ir conmigo, pero se aferra a la cintura de Gabi y ella me saca la lengua.

—Cuidadito con ir deprisa —le digo a Gabi.

—¿Tanto miedo tienes de que te demos una paliza? —bromea.

Salimos del vestuario con el mono especial para la nieve y Gabi me pone una mano en el hombro cuando nos quedamos a solas.

—Confía en mí, tonto. No voy a correr si llevo a Nico conmigo.

—Lo sé, solo te tomaba el pelo.

—Confiesa que te da un poquito de envidia que me haya elegido a mí.

—Siempre te elige a ti. Eres su mejor amiga. Ya me he rendido —respondo de buen humor.

—¿Cómo has conseguido que Iris lo haya dejado venir? —

pregunta con curiosidad.

—Está en Dublín por trabajo y Nico se iba a quedar conmigo en Sevilla. Al principio se mostró reacia por el cambio de planes, pero Nico estaba muy ilusionado y no pudo resistirse.

Decir que se mostró reacia es quedarme bastante corto. Tuvimos una gran discusión que terminó conmigo diciéndole que Nico se merece que lo trate como a una persona normal, pues el hecho de que tenga una discapacidad intelectual no le impide vivir como un adulto. Iris se puso hecha una furia, ya que es muy sobreprotectora con él, pero para mi sorpresa acabó cediendo.

—Gracias —dice de repente.

La miro extrañado.

—¿Por qué?

—Sé que la idea de venir a Rovaniemi fue tuya.

—¡Ah! —Me encojo de hombros para restarle importancia—. Sam se ha encargado casi de todo.

Yo solo me he limitado a elegir el hotel y organizar la excursión de mañana al pueblo de Santa Claus. Tampoco ha sido para tanto. Y la verdad es que por Gabi haría mucho más que eso.

—No me gusta que te quites mérito.

Su abrazo me coge desprevenido. Hay algo en los abrazos de Gabi que me resulta irresistible. No sabría decir qué. Pega la mejilla a mi pecho y siempre sonríe. Y la sonrisa de Gabi me parece de otro planeta, capaz de derretir toda Laponia finlandesa. Una sonrisa de diez mil voltios que me dan ganas de fotografiar para poder mirarla cuando tenga un mal día. Hay algo tan íntimo en la forma que tiene de aferrarse a mí que cada vez que me abraza no quiero soltarla. Porque me hace sentir lleno, en paz y jodidamente feliz.

Gabi levanta la cabeza y me mira con esos ojazos del color del cielo despejado de verano. Esboza una sonrisa traviesa y

dice:

—¿No te habrás empalmado?

Niego con la cabeza y se me escapa una risotada por la nariz.

—Eres lo peor —intento sermonearla.

—Estáis justo en medio —dice Leo atrapado dentro del vestuario.

Me aparto de Gabi como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Leo tiene esa expresión de hermano mayor de querer partirle la cara a cualquiera que mire con deseo a su hermana. Paso de él porque me he prometido que no le arruinaré el cumpleaños a Gabi. Desde que tuvimos nuestra última conversación se ha abierto una brecha entre nosotros. No solo se trata de que por fin se haya atrevido a decirme que no quiere que tenga nada con su hermana, sino por lo decepcionados que estamos el uno con el otro.

—¿Te pones conmigo? —me pregunta Nura.

—¿No vas a ir con Leo? —respondo extrañado.

—¿Y dejar que me eche la bronca porque voy demasiado deprisa? Paso.

Me encanta Nura. Cualquiera que la conozca un poco la definiría como una tía guay. No se corta a la hora de decir lo que piensa, siempre es imparcial y, encima, divertidísima.

—¿No querrás venir conmigo para echarme la chapa sobre Leo? —Intuyo.

—Qué va. —Nura se sube al trineo—. No es asunto mío. Además, sé que tarde o temprano lo solucionareis.

—No estés tan segura —respondo crispado.

—No te pega ser rencoroso.

—Tengo derecho a estar enfadado. Otra cosa es que parezca que me la suda todo.

Nura agarra las riendas del trineo siguiendo las instrucciones que nos ha dado el guía.

—Ya que has sacado el tema, te diré lo que pienso. Creo que

te fuerzas a estar enfadado con él cuando en el fondo te mueres de ganas de darle un abrazo. Si enfadarte con alguien te supone tanto esfuerzo, entonces no merece la pena. —Nura me mira expectante para que me monte en el trineo—. Sube de una vez. Ni muerta voy a llegar la última.

Me arrepiento de haber aceptado ser su compañero en cuanto salimos despedidos a toda velocidad. A veces se me olvida que Nura está como una cabra. Y lo que es peor, dice verdades como puños, por mucho que me fastidie admitirlo.

Después de la excursión en trineo vamos a patinar sobre hielo a un lago rodeado por un bosque de abetos y pinos. Los árboles de ramas oscuras contrastan con el paisaje nevado y el horizonte infinito de nieve congelada. Empieza a atardecer y el cielo se tiñe de un tono azul profundo que sume al bosque en una penumbra invernal. Es un lugar mágico en el que se respira aire fresco, y lo único que se escucha es el canto de los pájaros y el suave susurro del viento.

Nura y Leo patinan cogidos de la mano, Sam está con Nico, y Axel se ha quedado en la nieve porque dice que lo suyo no es el patinaje. Por su parte, Gabi es incapaz de permanecer de pie más de unos segundos. Al principio le tomo el pelo, pero al ver que se rinde, patino hasta ella y le ofrezco la mano. Me mira con un recelo que me resulta cómico.

—No me fío de ti.

—Vamos —insisto—. ¿O prefieres quedarte ahí sentada con el culo empapado?

Acepta mi mano de mala gana y la ayudo a levantarse. Me la aprieta con fuerza y el pánico brilla en sus ojos porque da por hecho que voy a vengarme por la bola de nieve que me lanzó en el aeropuerto.

—Confía en mí —le digo con suavidad—. Flexiona un poco

las rodillas e inclina la espalda.

—¡No me sueltes!

—No te voy a soltar —le prometo.

Gabi se relaja al ver que no intento tomarle el pelo y conseguimos patinar unos metros. Está tan contenta que suelta una risilla eufórica. Tiene una pinta adorable con el gorro rosa con un pompón, las orejeras y la bufanda extragrande. Parece un duendecillo rubio.

—¿Por qué me miras así? —pregunta con los ojos entornados.

—¿Cómo?

—¡Así!

—¿Así cómo?

—¡Pol!

—¡Gabriella!

Echa la cabeza hacia atrás, se ríe y está a punto de perder el equilibrio, pero soy más rápido y la sujeto del codo justo a tiempo. Me coloco detrás de ella y pongo las manos en su cintura.

—¿Lo ves? —Nos deslizamos despacio por la pista de hielo —. Tu problema es que das por hecho que vas a caerte y te pones muy rígida.

—Vaaale, patinador profesional.

—¿Te suelto?

—¡Ni se te ocurra!

Sé que no debería disfrutar de nuestra cercanía física, aunque lo hago de todos modos. Siempre me ha gustado que Gabi sea tan pequeña. Las chicas bajitas, rubias y peleonas son mi debilidad. Patinamos durante varios minutos en los que solo se escuchan las risas de los demás y nuestras respiraciones aceleradas.

—Suéltame —dice con voz ronca.

—¿Seguro?

—¡Sí! ¡No! —exclama nerviosa—. Espera, suéltame y dame la mano. Ya le voy cogiendo el tranquillo.

Me pongo a su lado y patinamos cogidos de la mano. Tiene razón, ya va más suelta. La miro de reojo solo para comprobar que tiene esa sonrisa infantil que tanto me gusta. No puedo evitarlo. Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar por encima del guante.

—¡Estoy patinando! —grita eufórica—. ¡Papá, haznos una foto!

Andrés obedece y ella pone cara de payasa al mirar a la cámara. Y juro que verla tan feliz es algo que, por un instante, se lleva toda la amargura que hay dentro de mí. No sé si puedo enamorarme de un momento, pero me quedaría a vivir con ella para siempre patinando en este lago.

26
Gabi

Todos estamos congelados y necesitamos entrar en calor después de haber patinado en el lago, por lo que nos dirigimos a la cabaña de madera que hace de cafetería y tienda de *souvenirs*. Me paro delante de una estantería repleta de peluches de elfos y escojo uno pelirrojo que sostiene un bastón de caramelo.

—Se parece a aquel novio que tuviste —se burla Pol—. ¿Cómo se llamaba?

—¿El batería buenorro de Orión?

—¿Buenorro? —Resopla—. Ponte gafas.

—Me encantan los pelirrojos. Y toca la batería mejor que tú.

Pol me mira ofendido. Puede soportar muchas bromas, pero siempre se mosquea si me meto con sus habilidades musicales. Por supuesto, no es más que una tomadura de pelo. Nunca he conocido a un batería con tanto talento como él.

—Ese necesita nacer dos veces para ponerse a mi altura. Lo sabes de sobra —dice con tanta arrogancia que me entran ganas de golpearlo con el elfo de peluche—. Además, lo vuestro no tenía futuro.

—¿Y tú qué sabes?

—Los pelirrojos tienen mala piel y envejecen fatal. Te habrías cansado de él.

—No soy tan superficial, imbécil.

—De todos modos, no me gustaba para ti.

—Uy, ninguno de mis novios te ha gustado. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname.

—Porque siempre has querido ser ellos.

—Ya tengo suficiente con ser tu amigo, Gabriella. Eres insoportable.

—¡Ya te has picado! —Me parto de risa.

—¡Qué dices…!

—Me llamas Gabriella cuando te enfadas. —Muevo el elfo como si fuera una marioneta y digo con voz impostada—: No te enfades conmigo, jovencito.

Pol le da un manotazo al elfo para que se lo quite de encima. Sin embargo, al final sacude la cabeza y se ríe.

—Si tanto te gusta, te lo regalo.

—Es para Percy.

—Tienes demasiado consentido a ese gordinflón.

—¡Está en su peso! —Lo golpeo con el elfo—. En cuanto regrese a España, le voy a enseñar a que te muerda.

—Lo dudo —responde muy tranquilo—. Te encanta mi cara.

—Eres del montón, creído.

Pol me arrebata el elfo y se dirige a la caja para pagarlo. Me muerdo el labio. Si de normal me cuesta resistirme a él, cuando tiene este tipo de gestos conmigo se convierte en un chico mono al que soy incapaz de ver como a un amigo, por mucho que lo intente. El recuerdo de patinar con él cogida de su mano me hace volver a sentir mariposas en el estómago. Al fondo de la tienda, Sam me mira como si adivinara mis pensamientos. Forma un corazón con las manos y pongo los ojos en blanco.

Nos dirigimos a la cafetería y aprieto el elfo de peluche contra mi pecho. Observo a Pol de reojo. Nuestras manos se rozan y juro que noto cómo contiene el aliento. No debería sentir esperanza, pero…

—«¡Cumpleaaaños feeeliz…!» —cantan todos.

Sonrío ilusionada. Leo sostiene una enorme tarta de chocolate. Se me llenan los ojos de lágrimas porque soy una persona que se emociona con facilidad. Pol me atrae hacia sí y

me da un beso en la mejilla.

—Felicidades, pitufo —me susurra al oído, y un calorcillo me sube por las mejillas.

Soplo las velas y me lanzo a repartir besos y abrazos. Ojalá pudiera obligar a Leo y a Pol a hacer las paces, sería mi mejor regalo de cumpleaños. Aunque en el fondo sé que debo mantenerme al margen y por eso me limito a comer la tarta, que está deliciosa. Luego les pido a Nico y a Sam que se acerquen para contarles mi plan y hablamos en voz baja. Salimos de la cafetería los primeros, nos damos prisa en hacer bolas de nieve y guardamos todas las que nos caben en los bolsillos. Nos escondemos detrás del autobús a esperar a los demás.

—¡Esto es la guerra! —exclamo en cuanto los veo salir.

Soy una ametralladora disparando bolas de nieve. Por supuesto, casi todas van dirigidas a Pol, que jura que se vengará de mí. No tarda en cumplir su promesa porque me puede el entusiasmo y me quedo sin artillería al cabo de un minuto. A él se le iluminan los ojos con un brillo travieso y salgo disparada en busca de un escondite. Me entra un ataque de risa cuando me alcanza antes de que pueda ocultarme detrás de un árbol.

—¡Te pillé! —Me atrapa por la cintura—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¡Nico, socorrooo!

Pol me tapa la boca.

—¿Piensas poner a mi hermano en mi contra? —pregunta divertido—. Eres una sinvergüenza.

Forcejeamos entre risas hasta que acabamos tirados en la nieve. Le suplico que pare porque me hace daño —mentira— y, en cuanto me suelta, cojo un puñado de nieve para metérsela en la boca. Le entra un ataque de tos y aprovecho para empujarlo y ponerme encima.

—Eres lo peor.

—¡Gané! —exclamo triunfal mientras lo amenazo con una bola de nieve que tengo intención de utilizar si intenta derribarme—. Admítelo o te la comes.

—Eres una tramposa.

—En la guerra todo vale.

—Conque esas tenemos…

Pol me pilla desprevenida y me envuelve con sus piernas. En un movimiento rápido me tumba bocarriba. Mi bola de nieve se cae al suelo y mascullo una maldición débil. Estoy perdida. Ahora lo tengo encima y me tiene inmovilizada con su propio peso. Sonríe de medio lado.

—¿Decías?

—¡Tengo frío! —me quejo con voz lastimera—. Me estoy congelando. Voy a coger una pulmonía. ¡Quítate de encima!

—No pienso caer dos veces en la misma trampa. —Acerca su rostro al mío y su aliento cálido me acaricia la nariz. A pesar de estar tumbada en la nieve, siento muchísimo calor—. ¿Qué debería hacer con una tramposa como tú?

«Besarme», pienso al clavar una mirada hambrienta en su boca.

Le pongo las manos en el pecho.

—¿Qué quieres hacer conmigo? —pregunto con voz temblorosa.

A pesar de que intenta mostrarse inflexible, sus pupilas se dilatan. Sé que en ese momento piensa lo mismo que yo. Lo noto en su respiración acelerada y en la forma intensa que tiene de mirarme, como si pudiera ver dentro de mí. Por eso me atrevo a deslizar las manos por su pecho hasta llegar a su cuello y lo atraigo más hacia mí. Se le escapa el aire que estaba conteniendo y cierra los ojos con fuerza.

—Gabriella…

—Ese pelirrojo no toca la batería mejor que tú —le confieso.

Pol abre los ojos y me mira. Sé que está haciendo un gran esfuerzo por contenerse. Le acaricio el pelo de forma inconsciente. Atrapa mi muñeca y, justo cuando creo que va a apartar mi mano, gira la cabeza y me da un beso en el dorso.

—No me gustaba tanto como tú —digo con un hilo de voz.

—Me estás matando —susurra con voz ronca—. Vas a acabar conmigo. Qué difícil me lo pones…

—¿Qué te pongo difícil?

—Portarme bien contigo.

—¿Y si yo quiero que dejes de portarte bien?

—Gabi…

Entierro los dedos en su pelo y entorna los ojos, disfrutando del contacto.

—¿Quieres que pare? —pregunto asustada.

—No.

Lo agarro del jersey para atraerlo hacia mi boca y no se resiste. Sus labios rozan lo míos en una caricia superficial y los dos temblamos. Oh, Dios. Ha sido deliciosamente intenso. Un roce que me ha producido más placer que todos los besos que he recibido en mi vida.

—¡Gabi! ¿Dónde te has metido? —exclama mi hermano—. ¡Nos vamos!

Pol y yo nos sobresaltamos al oír que se acerca hacia donde estamos. Se pone de pie y me da la mano para ayudarme a levantarme cuando Leo aparece y nos mira con expresión sombría.

—¿Qué estabais haciendo? —pregunta con tono acusador. La pregunta va dirigida a ambos, pero tiene la mirada clavada en Pol.

—No tenemos que darte explicaciones —le aclaro.

Pol lo ignora y se aleja caminando.

—Gabi… —Leo me pone una mano en el hombro.

Me aparto de él y sigo a Pol de regreso al autobús. Sé lo que

ha estado a punto de suceder entre nosotros, como también sé que Pol se arrepiente porque Leo casi nos descubre. Lo conozco de sobra. Aunque esté enfadado con mi hermano, jamás haría algo que pudiera hacerle daño.

—¡Es increíble! —exclamo impresionada.

Nos alojamos en un iglú. Las paredes son de madera y tiene un techo de cristal de trescientos sesenta grados desde el que podemos ver el cielo. También dispone de calefacción por suelo radiante y estamos muy calentitas tumbadas en la enorme cama que hay en el centro.

—Qué pasada, Sammy.

—El hotel lo eligió Pol —me explica—. Y ya que lo mencionas…

—Hemos estado a punto de besarnos —le confieso.

Sam me mira sin pestañear y se lo cuento todo. Lo bien que me sentí mientras patinaba cogida de su mano y las emociones que me invadieron cuando nuestras bocas se rozaron.

—Nos habríamos besado de no ser por la interrupción de mi hermano. No sé de qué va. Solo tiene tres años más que yo. No tiene derecho a meterse en mi vida.

—A mí no me gustaría que alguno de mis hermanos saliera con una de mis amigas.

—¿Por qué? —pregunto sin entender.

—¿No es evidente? Si acabaran mal, estaría justo en medio —reflexiona—. Tienes razón, Leo no tiene derecho a meterse en tu vida. Aunque entiendo que se preocupe por ti porque sabe que Pol tiene un problema.

—Me da igual que tenga un problema.

—Gabi —Sam me aprieta la mano con cariño—, eres mi amiga y me gustaría que eligieras a alguien con quien no fuera una opción complicarte la vida.

—Que Pol sea un adicto no lo convierte en una mala persona —lo defiendo.

—No digo que lo sea. Aunque tiene un problema y no quiero que te arrastre con él. Nos han vendido la idea de que el amor lo puede todo y es curativo, pero el hecho de que ames a alguien no te obliga a salvarlo.

—Quiero ayudarlo —musito.

—¿Y él quiere dejarse ayudar? —Guardo silencio porque Pol jamás me ha pedido ayuda—. No podemos ayudar a quien no quiere ser ayudado. Te aseguro que sé de lo que hablo.

Me tumbo de lado y la miro con curiosidad.

—¿Te acuerdas de la chica con la que me viste discutir en aquella fiesta?

—Sí.

Sé que es su exnovia porque lo leí en una revista, pero no soy la clase de amiga que la presionaría para hablar de algo que no quiere.

—Alba y yo salimos durante varios meses y al principio todo fue un cuento idílico, hasta que descubrí que tenía un problema con las drogas. Ella intentó negármelo, pero las señales eran demasiado evidentes. Me prometió que lo dejaría y decidí creerla. —Su voz es débil y sé que todavía le duele hablar de ello—. La acompañaba a terapia e incluso me mudé a vivir con ella para tenerla más vigilada. Por desgracia, al desintoxicarse se convirtió en una persona muy distinta. Estaba más irritada, tenía cambios bruscos de humor y se ponía muy violenta. Incluso empezó a ser muy celosa, algo ridículo en ella, y me montaba pollos en público si me veía hablando con alguna chica. Mis hermanos y mis amigos intentaron abrirme los ojos, pero yo solo quería ayudarla y me sentía mala persona si la abandonaba cuando más me necesitaba. Entonces me fui de gira y ella recayó. Al regresar a casa y verla en aquel estado…

A Sam se le llenan los ojos de lágrimas. Le doy un abrazo. Sé

que me habla con total sinceridad. La conozco y es una persona que lo da todo por aquellos a los que ama.

—Fue muy doloroso admitir que no estaba preparada para continuar con una chica que se destruía a sí misma. No sabía qué más hacer para ayudarla, así que hablé con su familia para que tomaran cartas en el asunto. Sus padres decidieron internarla en un centro de desintoxicación. Y Alba…, bueno, te lo puedes imaginar. Me acusó de ser una traidora que la abandonaba justo cuando más me necesitaba. Le dije que podíamos seguir como amigas y que tal vez podríamos intentarlo de nuevo una vez que se curara, pero me mandó a la mierda.

—No tienes la culpa de nada.

—Ahora lo sé —dice con firmeza—, pero me costó mucho hacerme a la idea. Por eso no quiero que vivas lo mismo que yo.

—¿La sigues queriendo?

—Es muy difícil amar a alguien cuando te muestra su peor versión —me confiesa—. Teníamos tantas discusiones en las que me insultaba y en las que llegó a agredirme físicamente que al final vivía asustada en una relación que se suponía que debía hacerme feliz. Sigo preocupada por ella y hablo con sus padres de vez en cuando para saber qué tal le va, pero el amor se me agotó al mirar más por ella que por mí misma.

—Eres una buena persona —afirmo sin dudar—. Y soy muy afortunada de que seas mi amiga.

—¿Ha sido un buen cumpleaños? —pregunta esperanzada.

—El mejor.

—Pero estás un poco triste —dice preocupada—. Ya te voy conociendo. No puedes engañarme. ¿Es porque Pol y Leo siguen enfadados?

—Entre otras cosas —admito resignada—. Mi madre todavía no me ha felicitado. Ya debería estar acostumbrada a que me

decepcione, pero me sigue doliendo de todos modos.

—Nunca me has hablado de tu madre —dice con tacto.

Le explico la historia sin omitir ningún detalle. Sam me escucha en silencio mientras le cuento que mi madre se marchó después de que yo naciera. Cuando Leo y yo éramos unos niños, mi padre nos decía que ella estaba muy lejos por culpa de su trabajo. Hasta que fuimos lo bastante mayores para entender que se largó porque le dio la gana.

—Trabaja como marchante de arte y ha viajado por todo el mundo. Ha vivido en Alemania, Estados Unidos, Francia… hasta que hace unos años se estableció de manera definitiva en el pueblo italiano de su infancia y quiso retomar la relación con nosotros. Nos ha invitado miles de veces a su casa. Leo dice que ahora se arrepiente porque ha envejecido y se siente sola. Él pasa de ella. A mí me cuesta negarme porque en el fondo la echo de menos. Aunque luego está mi padre, que siempre ha estado ahí, y…

—Te sientes culpable porque crees que lo traicionarías —adivina.

—Nuestra madre desapareció de nuestras vidas y tan solo se limitaba a enviarnos una postal al año desde la ciudad en la que se encontrara. Nunca ha estado ahí. Solo hemos tenido a nuestro padre. Ni siquiera se merece que haga el esfuerzo, ¿no? —Busco su opinión—. Ya son las doce y se ha olvidado de mí.

—En Finlandia hay una hora más que en Italia. Todavía tiene tiempo. —Sam hace una pausa, como si quisiera escoger las palabras con cautela—. Tienes derecho a retomar la relación con tu madre si es lo que de verdad quieres. Estoy convencida de que tu padre solo quiere tu felicidad y sabrá respetar tu decisión.

—¿No es un poco injusto para él? —me temo—. No quiero hacerle daño.

—Que te apetezca retomar la relación con ella no significa

que no quieras a tu padre.

—Siento que lo traicionaría.

—A la única persona que traicionas es a ti misma si no haces lo que sientes —dice con suavidad—. Cuando tengas dudas y no sepas a quién elegir, elígete siempre a ti misma.

—¿Cómo sabes lo que hay que decir en cada momento para animarme?

—Soy tu otra mitad.

Sostiene el colgante del aguacate y me guiña un ojo. Me acurruco a su lado con la esperanza de ver la aurora boreal. A pesar de que estamos tan al norte, nos han explicado que el cielo debe estar muy despejado para poder verla. Ayer hubo una fuerte nevada, por lo que no las tenemos todas con nosotras. Para mantenernos despiertas, hablamos sobre nuestros líos amorosos y ella se parte de risa cuando desgrano con todo lujo de detalles los tíos, en su mayoría capullos integrales, con los que he tenido algo. A medianoche me pesan los párpados y me rindo al cansancio.

—¡Gabi! —Me zarandea—. Gabi, mira.

Murmullo una protesta para que me deje dormir y ella me pellizca la mejilla.

—¡Ay!

—Abre los ojos, tonta.

Obedezco de mala gana y me encuentro con un cielo repleto de intensos tonos rojos, morados y verdes de una belleza sobrecogedora. Aprieto con fuerza la mano de Sam. Es increíble. Es…

—Qué pasada —dice en voz baja, como si tuviera miedo de que el espectáculo fuera a terminar de un momento a otro—. Hay una leyenda que dice que los zorros que corren por los páramos nevados de Finlandia chocaban su cola contra la nieve y levantaban chispas que creaban las auroras boreales. ¡Eh! ¿Te estás riendo?

—Me has recordado a Axel —le explico sin poder dejar de reírme—. Todos lo llamamos Axelpedia.

—Me ha contado esa historia esta tarde mientras me acompañaba a por un chocolate. Habla por los codos, aunque dice cosas muy interesantes.

—Parece algo típico de Axel.

—¡Mira! —Señala la aurora—. Tiene forma de pájaro.

Frunzo el ceño porque solo veo un arco de luces.

—Qué va.

—Que sí, fíjate bien. Parece un fénix. —Coge mi mano para guiarme—. Esas son las alas, el pico…

No veo el fénix por ninguna parte y me burlo de ella. En ese momento me llega un wasap, pero soy tan feliz tumbada en la cama con Sam imaginando pájaros en el cielo que ignoro a quien quiera que sea porque solo me apetece estar con ella.

27

Pol

Soy incapaz de pegar ojo y voy a dar un paseo, lo cual es una idea espantosa porque el viento gélido me golpea nada más salir del iglú. Me voy a volver loco si sigo aquí encerrado, así que hago de tripas corazón. La abstinencia me está matando. Llevo demasiados días sin consumir y el hecho de que Leo me mirase como si fuera un traidor hace unas horas solo ha empeorado mi estado de ánimo. Al tiempo que pienso en él, lo encuentro dando un paseo con Nura. Estoy a punto de darme la vuelta para ignorarlos, pero Nura es más rápida y me llama.

—¿Tú también has salido a ver las auroras? —me pregunta—. He logrado convencer a Leo para salir del iglú y solo he tardado cinco minutos en arrepentirme. ¡Me estoy congelando!

Nura se cuelga de mi brazo con la excusa de entrar en calor y camina entre nosotros. Sé que solo lo hace para obligarnos a estar juntos y me suelto en cuanto llegamos a su iglú. Doy por hecho que Leo va a entrar detrás de ella, pero, para mi sorpresa, se queda en el umbral.

—Oye, Pol…

—Lo pillo —lo corto irritado—. No quieres que tenga nada con Gabi. Ya me lo dijiste. ¿Algo más, Leonardo?

Lo llamo así para tocarle la moral. Sé que lo detesta.

—Sí —dice muy serio—. ¿Te encuentras bien?

—Estamos a diez grados bajo cero, ¿cómo quieres que esté?

—No me refiero a eso. —Tiene las manos metidas en los bolsillos y está tiritando, igual que yo—. Sé por qué has salido a dar un paseo a esta hora. Estoy preocupado por ti.

—No me comas la cabeza —respondo con aspereza. Me doy la vuelta para largarme y me tenso al sentir que me pone una mano en el hombro—. Suéltame.

—Puedo soportar que no me hables, pero no ver cómo te destruyes.

—No hace falta que finjas que te preocupas por mí. —Me aparto de él con brusquedad—. Hace unas horas, cuando me miraste como si fuera una mierda, dejaste bastante claro que lo único que te preocupa es que me mantenga alejado de tu hermana.

Leo sacude la cabeza con pena.

—Eres un gilipollas —me espeta.

—Se me están congelando los huevos. Ahí te quedas.

—¡En ningún momento he dejado de ser tu amigo aunque no quieras verlo! —me grita cuando comienzo a alejarme.

—¿Amigos tú y yo? —Me vuelvo y tengo que hacer un gran esfuerzo para contener las ganas de liarme a puñetazos con él —. No me hables de amistad. No tienes ni idea.

—Pues ayúdame a entenderte. —Extiende los brazos y me mira agobiado—. Estamos aquí. Deja que te ayudemos.

—No necesito tu ayuda —digo con rabia—. Ni la de nadie.

Me alejo de él y camino sin rumbo. Con un poco de suerte me perderé en el bosque y no volverá a saber nada de mí. De hecho, es lo mejor que podría hacer por él. Ahora todos me ven como un adicto malhumorado con el que es imposible relacionarse. De puta madre. Nunca he tenido tantas ganas de desaparecer del mapa. La rabia me nubla el juicio. Aprieto los puños.

—¡Pol! —Me sobresalto al tropezarme con Gabi—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—¿Y tú? —replico con demasiada brusquedad.

—He salido a hacer un par de fotos. —Me enseña su móvil—. Y a buscar cobertura. Ya sabes cómo soy.

—Vuelve al iglú —le ordeno—. Te vas a congelar.

—¿Qué te pasa? —Frunce el ceño—. Estás enfadado.

—No estoy… —Respiro profundamente. No quiero perder la calma con ella. No se lo merece—. No me pasa nada, Gabi. Tengo que volver con Nico. Si se despierta y ve que está solo, podría asustarse.

—Vale —responde desanimada—. Buenas noches.

No sé por qué lo hago. Hace unos segundos estaba a punto de cometer una locura, pero estar cerca de Gabi me ha recordado que hay personas por las que merece la pena seguir en pie.

—¿Te apetece ver esa ridícula película navideña que tanto te gusta?

—¿En serio? —responde ilusionada—. Pues claro.

Regresamos juntos al iglú que comparto con Nico. Mi hermano ronca como un angelito en una de las camas. Enciendo el televisor, nos tumbamos en la otra y alquilo la película. Intento mantener a raya las emociones cuando Gabi se acurruca a mi lado. No obstante, es muy difícil ignorar todo lo que siento en el momento que su pelo con olor a lirios me hace cosquillas en la mejilla. Hace unas horas estuve a punto de besarla porque la deseo tanto que me duele.

«Es mi amiga, es mi amiga, es mi amiga…», me repito como un mantra. Y, si no funciona, añado: «La hermana pequeña de Leo, la hermana pequeña de Leo, la hermana pequeña de Leo…».

Gabi se sabe de memoria los diálogos y aplaude en sus escenas favoritas. Mirarla sin que se dé cuenta es un bálsamo para mis heridas y, durante el tiempo que dura la película, consigo olvidarme de todo. O de casi todo. Todavía tengo muy presente el roce de sus labios. Se me ha grabado a fuego en la piel y ahora no voy a poder quitármela de la cabeza.

—Es la mejor película navideña —dice cuando termina.

—Es malísima.

—Todos los años la vemos juntos. En el fondo te encanta.

—Qué va —respondo con sinceridad. Odio las películas navideñas porque la Navidad me parece una mierda—. Solo la veo para poder mirarte. Te pones muy adorable.

Gabi se tumba de lado para observarme.

—¿Te parezco adorable?

Suspiro. Ya va a empezar.

—Me pareces adorable las veces que no te empeñas en discutir conmigo, picarme o…

—¿O?

—Me niego a decirlo en voz alta.

—Sé que tú también te has quedado con ganas de besarme. Yo no puedo pensar en otra cosa.

—Joder, Gabi. —Me paso una mano por la cara y ahogo una carcajada. Es increíble que sea tan directa. No tiene filtro—. ¿Quieres que te diga que me muero de ganas de besarte?

—Sí.

—Me muero de ganas de besarte.

—Prefiero que me digas la verdad.

La miro a los ojos.

—Me muero de ganas de besarte.

—Pues bésame.

—No puedo —respondo con voz ronca.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Olvídate de Leo.

—No se trata de él. —Le pongo un dedo en los labios para que no diga nada—. Te voy a grapar esa boquita como sigas diciendo cosas a las que me cuesta tanto resistirme.

Aparto la mano poco a poco para comprobar que permanece callada. Tiene las mejillas encendidas. Joder, tengo que hacer un gran esfuerzo para no estrecharla entre mis brazos y besarla.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—No —respondo asustado.

—¿Por qué no?

—¿Tú y yo en la misma cama? —Me río en voz baja—. No es una buena idea.

—Ahora mismo estamos en la misma cama…

—Y sé que estoy jugando con fuego, por eso será mejor que te vayas.

Gabi no se levanta. En lugar de eso, clava la mirada en el techo de cristal y sonríe al ver la aurora boreal. Luego me acaricia el brazo izquierdo de manera distraída y ese leve roce provoca que toda la sangre se me vaya al mismo sitio. Joder, soy lo peor.

—¿No es lo más bonito que has visto nunca?

—No —respondo sin poder dejar de mirarla—. Eres tú.

Me mira con esos ojazos azules enormes que siempre consiguen derretirme. Solo me mira. No hace falta que diga nada. Es un disparo que me alcanza en el centro del pecho, me rompe un poco más de lo que ya estoy y me hace querer ser una persona mejor para ofrecerle todo lo que ella se merece.

—Háblame de tus tatuajes —me pide y me mira a los ojos con intensidad.

—¿Otra vez? Ya te he contado la historia de mis tatuajes miles de veces.

—¡Quiero volver a escucharla!

—Vale, pesada. —Gabi señala el tigre en blanco y negro que tengo tatuado en la parte superior externa del brazo—. Me lo tatué porque tuve pesadillas durante dos semanas con un tigre que me atacaba en un viaje a Bangladesh. Después de hacerme el tatuaje dejé de tenerlas.

—¿Por qué crees que funcionó?

—Se suele decir que si hablas con alguien de una pesadilla dejas de sufrirla.

—Pero tú te la tatuaste en lugar de hablar con alguien.

—Obvio, es una puta pasada.

Gabi pone los ojos en blanco. Sé que solo intenta picarme, pues los dos sabemos que le encanta mi tatuaje. Me acaricia la enredadera de rosas repleta de espinas que tengo debajo del tigre y que se pierde por mi antebrazo hasta llegar a la muñeca. No sé cómo logro controlarme mientras me toca.

—¿Y este?

—Estaba borracho —miento—. Pero mola, ¿eh?

—La verdad es que sí.

No estaba borracho, sino colocado. Por supuesto, no tengo la menor intención de sincerarme con ella. Para mí las rosas simbolizan la fragilidad y las espinas el sufrimiento. Gabi me mira como si pudiera ver a través de mí. Justo cuando creo que va a ahondar en el tema y comienzo a ponerme tenso, sus dedos se dirigen al otro brazo. Acaricia la brújula que tengo tatuada en la parte externa del brazo y que sobresale sobre un mapa cubierto de nubes que se pierden por mi codo.

—Perdí una apuesta.

—No puedo creer que te tatuaras por una apuesta.

—Una apuesta es una apuesta. Y podría haber sido peor. Imagínate que Axel me hubiera pedido que me hiciera una polla.

Gabi se ríe.

—No veo a Axel pidiéndote algo así.

—Ya —concuerdo—. Es demasiado bueno. Yo en su lugar no habría tenido piedad.

Me refiero a la noche en la que Axel y yo nos fuimos de escapada a Berlín y le aseguré que podía ligarme a la chica más guapa del bar en el que estábamos. Axel me dijo que era un fantasma y apostamos que el que ganara elegiría el tatuaje del otro. Al final la chica se interesó por él y acabamos de madrugada en un estudio de tatuaje de dudosa higiene. Axel me explicó el significado de la brújula, un símbolo de

protección que guía tu destino, me moló y, como soy un tío de palabra, me atreví a tatuármela.

—¿Y la carta?

Gabi señala el nueve de picas que tengo en el antebrazo. Está rodeado por las nubes del tatuaje anterior que se pierden por el brazo hasta cerrar el diseño.

—El nueve es mi número de la suerte. Y el nueve de picas es una carta que representa la prosperidad y los buenos augurios.

—Siempre has sido muy supersticioso.

Tiene razón. Soy la clase de persona que no abre un paraguas dentro de una habitación y nunca camina por debajo de un andamio.

—En fin, todavía te sobra piel para tatuarte mi nombre —dice con una sonrisilla.

—Sigue soñando.

—Siempre te lo puedes tatuar en un sitio discreto para que nadie sepa que estás loco por mí.

—Eres insufrible, pitufo.

Gabi sonríe como si le hubiera hecho un cumplido y se acurruca a mi lado.

—Tienes que irte.

—No quiero. —Cierra los ojos—. Estoy agotada.

—Gabriella…

Se pega más a mí y, aunque le he dicho que no puede quedarse a dormir, soy incapaz de echarla. En realidad no me apetece estar solo. Contengo las intensas ganas de besarla y le doy un casto beso en la punta de la nariz.

—Buenas noches, Gabi.

—Buenas noches, Pol.

28
Gabi

Los primeros rayos de luz me desvelan. Estoy tan a gusto que cierro los ojos y finjo seguir dormida. Me abrazo a Pol porque huele de maravilla y está calentito. Él murmura algo en sueños que no llego a entender. Anoche me quedé dormida con la cabeza apoyada en su pecho y me he despertado en la misma posición, con su brazo rodeándome y su mano apoyada en la parte baja de mi espalda. Tengo una pierna entre las suyas y la estiro porque la siento entumecida. Al hacerlo, le rozo la entrepierna con la rodilla y descubro su erección. Pol se despierta sobresaltado.

—¿Qué haces? —pregunta con voz ronca.

—Buenos días —digo con tono burlón—. ¿Has dormido bien?

—Tengo veintiún años y me he despertado abrazado a una chica preciosa. No es culpa mía —se justifica.

Me pone las manos en los hombros para apartarme con delicadeza. No puedo evitarlo. Disfruto muchísimo poniéndolo nervioso y me desperezo con toda la calma del mundo.

—En mala hora te dejé dormir en mi cama.

—Finge que no lo has disfrutado. —Bajo la mirada hacia su entrepierna y esbozo una sonrisa burlona—. Uy, no puedes.

—Venga. —Me da una palmadita cariñosa en la pierna—. Sal antes de que los demás se den cuenta de que no has dormido en tu iglú y piensen cosas que no son.

—¿Cosas del tipo «hemos dormido abrazos y te has empalmado»?

—Gabi…

Me encanta atormentarlo, pero sé que lo está pasando mal y por eso salgo de la cama. Cualquier otro tío habría aprovechado para meterme mano por la noche. Me pongo la sudadera y busco las zapatillas. Al ver a Nico roncando como un angelito, no puedo evitarlo y me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—Te quiero, Nico. —Me percato de que Pol me mira con gran intensidad y enarco las cejas—. ¿Qué pasa?

No responde. En lugar de ello, coge mi anorak y me lo entrega para que me lo ponga.

—Abróchatelo bien. —Me cierra la cremallera hasta la barbilla—. No quiero que pilles una pulmonía. Espera.

Coge una bufanda que hay colgada en el perchero y la envuelve alrededor de mi cuello. Sus manos me rozan las mejillas y una sensación cálida me atraviesa la piel.

—Solo hay diez metros hasta mi iglú.

—Ibas muy poco abrigada.

—Vale, papá —bromeo, aunque en el fondo me encanta que se preocupe por mí.

Me acompaña hasta la puerta. En cuanto la abre, un viento gélido me revuelve el pelo.

—¿Quieres un gorro?

—Sobreviviré.

Le doy un abrazo rápido. Cuando nos separamos, dos personas se acercan caminando hacia nosotros. O, mejor dicho, mi hermano viene a paso ligero mientras Nura lo sigue y le pide que se tranquilice.

—¿Habéis pasado la noche juntos? —exige saber.

Me vuelvo hacia él con cara de pocos amigos.

—Si así fuera, no sería asunto tuyo.

—Son las siete de la mañana y acabas de salir de su iglú —responde clavando una mirada furiosa en Pol—. ¿Ni siquiera te cortas con Nico durmiendo en la misma habitación?

—Cuidado —le advierte Pol—. Que me contuviera una vez no significa que vaya a hacerlo de nuevo. Aquí no tengo ningún armario con el que desquitarme.

—¿Me vas a pegar? —Mi hermano suelta una carcajada atónita.

—Leo… —Nura le pone una mano en el hombro—. Venga, vámonos. Ya son mayorcitos. No es asunto tuyo.

—Es mi hermana.

—Y acaba de cumplir veintiún años.

Leo no deja de mirar a Pol, que a su vez le sostiene la mirada con rabia mal contenida.

—¿Todo esto es por la conversación que tuvimos anoche? —le recrimina mi hermano—. ¿Es que intentas vengarte de mí?

—¿En serio? —Pol sacude la cabeza. Ahora parece dolido—. ¿Crees que me acercaría a Gabi para vengarme de ti? ¿Por quién me tomas?

Leo está a punto de responder, pero Nura lo agarra del brazo y le lanza tal mirada que cierra la boca de golpe. Yo, por el contrario, soy incapaz de contenerme. Estoy harta de cómo trata a Pol.

—Si como hermano dejas mucho que desear, como amigo ya ni te cuento. ¿De qué vas?

—¿En serio me lo preguntas? —responde indignado—. Llevo toda la vida cuidando de ti, y a él le he tendido la mano tantas veces que ya no sé qué hacer para que la coja. Solo me preocupo por vosotros.

—Tu mano es lo último que me apetece coger en este momento —le aclara Pol.

—No me extraña. Te estás destruyendo y no aceptas la ayuda de nadie, pero la llevas clara si crees que voy a dejar que arrastres a mi hermana contigo. —Leo va a decir algo más, pero se percata de que Nura se aleja y va detrás de ella—. Nura, ¡espera!

Pol y yo nos quedamos a solas y me siento fatal por él. En el fondo, lo que acaba de suceder es culpa mía. Si Leo hubiera visto a otra chica saliendo del iglú de Pol, no se habría puesto de esa forma. Hay tanto dolor en los ojos de Pol que me muero de ganas de darle un abrazo, aunque algo me dice que me rechazará.

—Lo siento.

—Tiene razón —dice con voz apagada—. Harías bien en alejarte de mí.

—No quiero.

—¡Hermanito! —exclama Nico desde el interior.

—Estoy aquí, Nico —lo tranquiliza Pol—. No pasa nada, ya voy.

Le pongo una mano en el brazo para que sepa que da igual lo que diga Leo. Siempre podrá contar conmigo. Pol tiene los ojos vidriosos y se pasa una mano por el pelo.

—Vete, Gabi —me pide completamente roto—. Por favor.

Me marcho porque sé que no voy a conseguir nada en este momento, lo cual no significa que vaya a dejar de intentarlo. Cuando se trata de Pol, merece la pena no tirar la toalla, aunque él no se lo crea y se quiera tan poco.

Nura aprovecha que nos hemos quedado solas en la mesa y se acerca a hablar conmigo durante el desayuno. Pongo mala cara porque no hay que ser adivina para saber lo que va a decir.

—Te puedes ir por donde has venido si quieres defender al gilipollas de mi hermano.

—A mí no me hables así —contesta sin perder la calma—. Y lo de gilipollas sobra cuando te refieres al amor de mi vida.

—El amor de tu vida es un idiota.

—Frena, Gabi.

—Qué bonito —respondo con ironía—. Ya habéis hecho las

paces.

—Por supuesto que lo hemos solucionado. Las parejas se pelean y hablan para llegar a un entendimiento —dice con naturalidad—. Eso no significa que esté de acuerdo con lo que os dijo. Pero yo no mando en Leo y tengo que aceptar que piense de forma diferente a mí.

—Se ha pasado tres pueblos con Pol.

—Lo sé —admite—. En realidad, me he acercado para preguntarte qué tal estabas.

—Fatal. —Me derrumbo—. Me siento culpable de estar en medio. Fui yo la que quiso quedarse a dormir con Pol y también la que intentó besarlo en aquella fiesta. Él no hizo nada, pero mi hermano lo trata como si fuera lo peor. No es justo.

—No quiero que parezca que lo justifico, pero para Leo lo eres todo, y tiene miedo de que Pol y tú seáis algo más que amigos porque sabe que él tiene un problema con las drogas. Le he pedido miles de veces que se mantenga al margen porque ya eres mayorcita para cometer tus propios errores. Lo que pasa es que, cuando se trata de ti, pierde el norte.

—Todos actuáis como si fuera a meterme algo por culpa de Pol…

—¿Eso crees? —Nura niega con la cabeza—. Lo que todos pensamos es que vas a pasarlo mal si quieres ayudarlo y te chocas contra un muro. Tu hermano intenta que no sufras. Te quiere con toda su alma, pero también quiere a Pol y no sabe qué hacer para ayudarlo. Por eso ha llegado a la conclusión de que lo más sensato es intentar separaros a toda costa.

—Va listo si cree que va a conseguirlo —digo con vehemencia—. El único que puede separarme de Pol es el propio Pol.

—Sí, eso le he dicho. —Nura me mira con el cariño que sé que me tiene. Me gusta que sea imparcial y no se ponga de

parte de mi hermano solo porque se supone que es lo que se espera de ella—. Me tienes para lo que necesites, ¿vale?

—Lo sé.

Nura me da un abrazo cuando Leo se acerca con un enorme cuenco de yogur con frutos rojos. Sabe que es mi desayuno favorito. Me lo ofrece en señal de paz. Pongo mala cara y me levanto de la mesa.

—Se me ha quitado el apetito —le espeto, a pesar de que me muero de ganas de hacer las paces con él. Sin embargo, no pienso tolerar que siga metiéndose en mi vida. Si acepto ese cuenco de yogur, le estaré demostrando que puede tomar decisiones por mí. De eso nada.

29
Gabi

Con los acontecimientos sucedidos en las últimas horas se me pasó por alto responder el wasap de mi madre. Al final Sam tenía razón y me felicitó antes de que fueran las doce de España. Para mi sorpresa, me envió una foto desde Sevilla. Por lo visto, fue a la ciudad a hacerme una visita, pero su avión se retrasó y llegó a las tantas de la noche. Todavía me cuesta digerir que mi madre viajara para estar conmigo. Nos vimos por última vez en Madrid hace ocho meses cuando fue a vernos a un concierto. Es la primera vez que pisa Sevilla desde que se marchó hace más de veinte años. Debe de significar algo.

—Parece que quiere retomar la relación contigo a toda costa —dice Sam.

—Llega con bastante retraso —respondo con tristeza—. Ojalá me hubiera avisado antes de ir, así no habría hecho el viaje en vano. Me ha dicho que vaya a verla a San Gimignano si me apetece, que me espera con los brazos abiertos.

—¿Y te apetece?

Ese es el problema. A pesar de todo, me apetece muchísimo. ¿Por qué no puedo ser como Leo, que la expulsó definitivamente de su vida y es evidente que no la necesita? ¿Por qué no puedo guardarle ni una pizca de resentimiento?

Porque la he necesitado desde que era una niña. A la salida del colegio la buscaba desesperada al ver que todos los niños corrían a abrazar a sus madres. No puedo negar mis sentimientos. El amor es más poderoso que el rencor, y es ridículo fingir que no echas de menos a una persona cuando su

ausencia te pesa en el alma.

—¡Una granja de renos! —exclama Nico ilusionado.

El minibús aparca en la entrada de una granja de renos que se llama Lumottu Metsä, que, según Axel, significa «bosque encantado» en finés.

—¿Desde cuándo hablas finlandés? —pregunta alucinado Pol.

—No lo hablo. Solo he aprendido un puñado de palabras para defenderme —responde con humildad—. Por cierto, ni se os ocurra preguntar cuántos renos tienen. Lo consideran de mala educación. Es como preguntarles cuánto dinero tienen.

—¿Algo más?

—A diferencia de Suecia o Noruega, en Finlandia el pastoreo de renos puede realizarse tanto por samis como por finlandeses.

—Gracias, Axelpedia.

Axel se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz y todos contenemos la risa. Es increíble. Es una enciclopedia parlante. Estoy segura de que Lila jamás se aburre con él.

Nada más bajar del microbús voy en busca de Pol porque no quiero que lo sucedido esta mañana con mi hermano nos afecte. Se dispone a encender un cigarro, el quinto en lo que va de mañana, y cada vez que su mirada se cruza con la de Leo parece que uno de los dos va a saltarle encima al otro.

—¿Desde cuándo fumas tanto?

—Desde que… —Pol cierra la boca al ver mi expresión tirante. Ambos sabemos lo que estaba a punto de decir. Algo del estilo de «desde que me sale de los huevos». Por suerte para él, ha sabido contenerse justo a tiempo. Entiendo que esté cabreado con mi hermano, pero no voy a permitir que lo pague conmigo—. Lo necesito, Gabi.

A pesar de lo que acaba de decir, guarda el cigarro en el paquete con un suspiro resignado.

—¿Y si cambias el tabaco por los chicles de menta?

—¿Y si…? —De nuevo deja la frase en el aire. Sé que se esfuerza mucho para no mostrarme su peor versión. Lleva varios días sin consumir y debe de estar subiéndose por las paredes. No hay que ser un lince para verlo—. De verdad que estoy bien.

—No me lo parece —comento con tacto—. Ojalá hicierais las paces de una vez.

Veo que se pone tenso.

—Va a ser que no.

—Leo se ha pasado tres pueblos y no voy a defenderlo, pero en el fondo sabes que solo quiere ayudarte porque está preocupado por ti.

—Vamos a dejarlo —responde con aspereza.

—Bien. —Me cuelgo de su brazo—. Porque no pienso permitir que te alejes de mí para no cabrear a mi hermano. Sé que no puedes vivir sin nuestros piques. De lo contrario, ¿quién iba a decirte que esta mañana te has peinado como si te hubiera lamido una vaca?

Mi comentario consigue aflojarle una sonrisa.

—Recuérdame por qué somos amigos.

—Porque si fuéramos algo más nos tiraríamos los trastos a la cabeza. Aunque las reconciliaciones serían una pasada.

—¿Te crees que me pones nervioso con ese tipo de comentarios?

—Sí —respondo sin dudar.

—No tienes ni idea. —Pol me coloca bien el pompón del gorro, que con el fuerte viento colgaba hacia delante—. Ni puñetera idea.

Lo miro expectante. Tiene razón. No tengo ni la más remota idea de lo que se le pasa por la cabeza cuando me mira de esa forma tan intensa. No sé si quiere besarme porque me desea o quiere estrangularme porque lo saco de quicio con mis insinuaciones.

—Vamos a entrar. Vas a congelarte. —Me abre la puerta para que pase primero.

—Bonita forma de evitar una conversación incómoda.

—Nada es incómodo si se trata de ti —me corrige después de entrar—. Complicado, peligroso, exasperante…

—¿Soy exasperante?

—Desde luego. —Me tapa la boca para que no proteste—. Y también eres mi puto talón de Aquiles.

Joder, acaba de confesar que soy su mayor debilidad y no sé cómo es posible que las piernas me sigan sosteniendo. Por suerte, Axel aparece en ese momento con su repertorio de curiosidades sobre el mundo sami para rescatarme de decir alguna tontería de la que luego me arrepienta.

En la granja nos recibe una pareja muy amable que nos invita a una típica cabaña sami en la que nos ofrecen café y rollos de canela. Nos explican cómo cuidan de los renos y nos cuentan orgullosos que su familia se dedica al pastoreo desde principios del siglo XIX. Luego nos conducen a verlos y nos dejan alimentarlos con hojas de sauce.

—Este tiene la cara de aquel novio tuyo que era vegetariano —dice Pol dándole de comer a un reno que es todo dientes.

—Charlie es guapísimo.

—Ve a que te gradúen la vista. —Me enseña tres dedos—. A ver, ¿cuántos dedos tengo?

Nos tomamos el pelo hasta que aparece un bebé reno, probablemente el ser más diminuto y adorable que voy a ver en Laponia. Lo cojo en brazos y le pido a Pol que me haga una foto con Rudolph, que así se llama. El pequeño me lame la cara y me entra un ataque de risa.

—Se te ha meado encima.

—Qué va. Rudolph nunca… —Se me escapa un chillido al notar un líquido caliente que me empapa el jersey—. ¡No! ¡Rudolph, cochino!

Pol y los demás se parten de risa. Jamás volveré a decir que estos bichos son adorables. El pis de reno es el olor más repugnante del mundo. La amable granjera me ofrece un jersey color vómito para que me cambie de ropa. Cinco minutos después, regreso con los demás vestida con una prenda que me queda enorme, huele a liquen y hace que me pique todo el cuerpo.

—Tampoco te queda tan mal —dice Sam, que intenta aguantarse la risa.

—¡Sammy! —Nico le da uno de sus abrazos de oso—. ¿Vamos juntos en el trineo?

—Por supuesto —responde ella, y se marchan cogidos de la mano.

—Qué fuerte. —Me llevo una mano al pecho haciéndome la ofendida.

—Es un veleta —me compadece Pol—. Te acostumbrarás.

Debemos ponernos por parejas para hacer un recorrido en trineo. Nura y Leo van juntos y mi padre se ha apoderado de Axel porque es el único que escucha sin quejarse sus anécdotas, así que tan solo quedamos Pol y yo. Leo nos lanza una mirada furibunda y Pol se tensa. Le toco el brazo para que se relaje.

—Pasa de él —le digo—. No tienes que darle explicaciones.

—Es tu hermano.

—¿Y?

Pol le da una patada a la nieve y respira hondo.

—Da igual, Gabi. Es imposible que lo entiendas.

—Entiendo que te duele estar mal con él.

—¿Me puedes prometer algo? —pregunta mirándome a los ojos.

—Depende de lo que sea.

—No te pelees por mí con Leo. Te quiere más que a sí mismo. Y en el fondo tiene razón al querer alejarte de mí. No soy una compañía recomendable. Yo en su lugar haría lo

mismo.

—Pol…

Me muerdo el labio. No sé cómo decirle que no podría alejarme de él aunque quisiera. ¿En serio no se da cuenta de que siento algo más que una atracción prohibida? Me lo he negado durante muchos años, pero la verdad era tan profunda que ha arraigado dentro de mí.

Subimos al trineo para no quedarnos atrás. Se trata de un circuito cerrado y sin guía. Nos han explicado que los renos a veces se paran a descansar o comer, por lo que no debemos preocuparnos si nos separamos del grupo. Nos arrebujamos debajo de la gruesa manta polar y disfrutamos del paisaje. Ha empezado a nevar, así que me pego a Pol para no congelarme.

—¿Tienes frío?

—Sí.

Me pasa un brazo por los hombros y me atrae más hacia él. Pol huele de maravilla. Una vez cotilleé su neceser para saber qué colonia utilizaba. Por aquel entonces yo salía con el actor de una serie y le regalé Hugo Boss con la esperanza de que oliera igual que él. Pol huele a escapadas en moto, sexo y tardes lluviosas en una cama. Es un coctel muy sexy imposible de imitar.

—¿A qué huele ese jersey? —pregunta con la nariz arrugada.

—A comida de reno.

Se ríe y le doy un pequeño codazo. Nuestro reno camina más despacio que el resto y nos quedamos rezagados en el camino. Pol lo anima a acelerar, pero el animal lo ignora y sigue a su ritmo.

—Es increíble. Nos ha tocado el más flojo.

—Eso parece.

El reno se para frente a unos matorrales y comienza a pastar.

—¡Vamos, Sven!

Me río porque Sven no le hace ningún caso. Pol suspira y me

frota los brazos para que entre en calor, a pesar de que está tan congelado como yo. Pol es así. Mira más por los demás que por sí mismo. Por eso me cuesta entender que se vea de una forma tan horrible.

—Cuando antes has dicho que entiendes que mi hermano quiera alejarme de ti… —comienzo a decir.

—Gabi, no —me pide en voz baja.

—Quiero que sepas cómo te veo —le digo muy tranquila—. Hay muchas cosas buenas dentro de ti.

—No necesito…

—Eres generoso, leal, divertido, cariñoso… —enumero todas las cosas que me gustan de él—. No puedo creer que te veas a ti mismo de una forma tan cruel si yo pienso que eres increíble.

—Soy un puto desastre —dice con una rotundidad que me duele—. ¿O ya no te acuerdas de cómo la fastidié en aquel concierto de Madrid?

—Sí, pero…

«Déjame ayudarte. Quiero estar a tu lado. No me alejes», deseo decirle. Sin embargo, las palabras mueren en mi garganta antes de pronunciarlas cuando me pierdo en sus ojos oscuros. Pol me sonríe con tristeza y entiendo que da igual lo que le diga, puesto que ya se ha convencido de que no tiene redención. Y me duele, maldita sea. Porque quiero ayudarlo y que me deje quererlo sin tener que guardármelo.

—¡Por fin! —exclama al ver que Sven reanuda la marcha.

Entonces me mira y frunce el ceño. No entiendo a qué viene esa mirada hasta que me seca una lágrima que desciende por mi mejilla. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—No llores por mí —dice con pesar—. No merece la pena.

Me da un beso en la mejilla y me suplica que pare. Pero no tiene ni idea. No lloro por él, sino por mí misma. Me duele haberme enamorado de alguien que está tan roto que es

incapaz de amar a otra persona, ya que no tiene ni una pizca de amor para sí mismo.

Santa Claus Village es una pequeña aldea repleta de tiendas navideñas. Suenan villancicos por los altavoces y hay elfos en cada esquina. Por supuesto, después de dar un paseo por el parque temático vamos a la casa de Santa Claus. Me encanta ver a los niños corretear cogidos de las manos de sus padres. Sus caras de felicidad me recuerdan a la mía cuando de pequeña me tumbaba delante del árbol y mi padre me obligaba a irme a la cama con la advertencia de que Papá Noel no vendría a nuestra casa si no me acostaba.

Hay un buzón para enviarle tu carta a Santa. Ni corta ni perezosa, cojo papel y lápiz y comienzo a escribir la mía. Axel se ríe y me hace una foto. He querido conocer a Santa Claus desde que tengo uso de razón. Me da igual que sea un señor disfrazado al que le pagan por atender a los críos. Eso no merma ni un ápice mi ilusión.

Me muerdo el labio y pienso durante un buen rato lo que voy a pedir. Ya sé que es absurdo, pero del mismo modo que hay personas que cierran los ojos al ver una estrella fugaz, yo soy de las que creen que hay deseos que se cumplen si los pides con el corazón. Y solo hay una cosa que desee de verdad, por eso escribo:

Querido Santa:
Quiero que Pol se cure. Por favor, haz que pida ayuda.

GABI

Doblo la carta y la echo en el buzón.

—¿Qué has pedido? —me pregunta Sam con curiosidad.

—La paz en el mundo.

Sam me mira y tengo la impresión de que lo sabe, tal vez porque empezamos a conocernos tan bien que solo necesitamos una mirada para saber lo que la otra piensa. Nunca había sentido una conexión tan profunda con alguien.

—¿Quieres que te haga una foto con Santa?

—¡Por supuesto!

—¿Te vas a sentar en sus rodillas? —Se ríe.

—¿Tú qué crees? —Miro a nuestro alrededor para comprobar que la cola para conocer a Santa la conforman niños menores de doce años y pongo cara de circunstancia—. ¿Soy demasiado mayor para sentarme en sus rodillas?

—Qué va. —Me da un empujoncito para que me ponga a la cola—. Todos tenemos derecho a sacar de paseo a nuestro niño interior.

Sam me coloca bien el clásico gorro rojo navideño y sonrío ilusionada.

—Gracias por el mejor cumpleaños de mi vida.

—Todo es poco para mi mejor amiga.

—¿De verdad soy tu mejor amiga? —pregunto emocionada.

—¿Tú qué crees? —Pone los ojos en blanco—. Eres mi otra mitad, boba.

En ese momento, un elfo me informa de que es mi turno. Antes de ir a conocer a Santa, le doy un abrazo a Sam. Y me siento tremendamente feliz y afortunada de contar con ella en mi vida. Con la chica de los tirabuzones castaños que huele a coco y tiene una sonrisa con un único hoyuelo.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

Leo Luna y Nura Yusuf, la pareja de moda

Nadie daba un duro por ellos, pero dos años después siguen demostrándonos que están hechos el uno para el otro. Ni los ataques de la ex de Leo ni los rumores sobre una posible separación ni las críticas en las redes sociales pudieron con ellos. La pareja suele ser fotografiada cuando salen a correr —ambos son muy deportistas—, hacen la compra o pasean a su perro Buster. De hecho, les gustan tanto los animales que hace unos meses crearon un refugio con el que colaboran con diversas protectoras de la ciudad. Fuentes cercanas a la pareja comentan que han decidido mantenerlo en secreto porque son muy celosos de su intimidad y prefieren ayudar de forma anónima. No obstante, nosotros pensamos que una actividad tan generosa no debería pasar desapercibida para los lectores de esta revista. Por eso te enseñamos en exclusiva las fotos de la pareja de moda en su nueva faceta de activistas animalistas. ¿No os parece que Leo es una auténtica monada sacando a pasear a los perros? Seguro que pensáis lo mismo que yo: Leo Luna, ¡adóptame a mí!

30
Pol

Ya han pasado dos semanas desde que estuvimos en Laponia y las cosas entre Leo y yo siguen igual de tirantes. De nada sirve que intente acercarse a mí si luego lo pillo mirándome con la mandíbula apretada al hacer reír a Gabi o darle un abrazo. A pesar de todo, estamos a punto de terminar de componer el disco. No sé cómo lo hemos conseguido si tenemos en cuenta que se respira un ambiente bastante tenso. Reconozco que estoy menos colaborativo de lo normal, pero nadie me lo tiene en cuenta porque saben que mi estado de ánimo fluctúa entre el «no me toques los huevos» y «me muero por meterme una raya». Para colmo, esta mañana Leo se ha levantado con el pie izquierdo y solo le pone pegas a nuestros arreglos musicales. Estoy al límite de mi paciencia y Axel me toca el hombro para que me relaje.

—El solo de batería se queda —dice Axel—. Pol y yo hemos decidido que encaja perfectamente en la canción.

—Me sigue pareciendo un sonido demasiado agresivo —insiste Leo.

—Todo lo que tiene que ver conmigo te molesta, tío —intervengo crispado—. ¿Me meto yo con tus letras?

—En realidad no te metes en nada porque estás todo el día fumando y vas a tu puta bola.

—Y si pudiera me largaría con tal de no aguantarte. Estás insoportable.

—Mira quién fue a hablar —responde con desdén—. El que nos mira a todos como si quisiera matarnos.

—No te equivoques, ese eres tú conmigo. —Miro a Gabi y a Axel—. ¿Os hago sentir incómodos?

—¿Esperas que te digan que sí? —pregunta con ironía.

—No nos mezcléis en vuestras movidas —nos pide Axel con tono grave—. Gabi y yo preferimos mantenernos al margen. ¿Podemos volver al trabajo?

—Díselo a Leo —respondo irritado—. Lleva toda la mañana de mala hostia y no para de criticar.

—Siempre he sido perfeccionista —se defiende.

—Estás en plan mosca cojonera —lo ataco.

—A ver… —comienza a decir Gabi—. No es por darle la razón, pero llevas todo el día de muy mal humor. Le has pedido a Axel que rehaga la melodía completa de «Amor efímero» y luego te has puesto en plan pesado conmigo para que subiera una octava cuando ayer estuvimos de acuerdo en que debía cantarla en un tono más bajo.

—Qué novedad —responde Leo indignado—. Te pones de su parte.

—¡No me pongo de parte de nadie! —exclama exasperada.

Me río y Leo me atraviesa con la mirada.

—¿Te hace gracia que me pelee con mi hermana? —me recrimina.

—¿Eso crees? —pregunto más serio.

—Te estabas riendo.

—Tío, para de sacar de contexto todo lo que tenga que ver conmigo. Me reía porque eres incapaz de admitir que tienes un mal día.

—No tendría un mal día si los periodistas no hubieran aireado dónde está nuestro refugio de animales. Gracias a ellos, ayer entraron a robar y se llevaron varios perros. Nura está destrozada. Dice que es culpa nuestra por no haber sido más precavidos. No pretendía pagar mi enfado con ninguno de vosotros. Disculpad si he estado muy quisquilloso.

—Lo siento, tío —le digo con sinceridad. Sé lo importante que es el refugio de animales para él y Nura. Lo fundaron hace un par de meses y desde entonces han rescatado a muchos perros y gatos abandonados—. No tenía ni idea.

—No sé cómo han podido enterarse de su localización. Solo lo sabíais vosotros, la familia de Nura y sus dos mejores amigos. No lo entiendo —dice cabreado—. ¿Cómo se habrán enterado?

Leo formula la pregunta y no sé muy bien por qué, pero tengo la impresión de que desvía la mirada hacia mí. ¿Me está acusando de ser un traidor?

—¿Crees que he sido yo? —le ladro.

Leo me mira con incredulidad.

—No creo que hayáis sido ninguno de vosotros. Jamás se me pasaría por la cabeza.

—Pero me has mirado.

—No he mirado a nadie —responde irritado—. Ni siquiera sé qué hago aquí. Debería consolar a mi novia. Hoy no me apetece trabajar.

—Me has mirado —insisto fuera de mí.

—Pol —irrumpe Gabi—, no te ha mirado.

—Desde luego que sí —contesto indignado—. Me ve perfectamente capaz de decirle a la prensa cuál es la localización del refugio porque cree que quiero hacerle daño. Eso fue lo que me dijiste en Laponia, que quería vengarme de ti. ¿Lo recuerdas?

—Me pasé —admite entre dientes—. Y ahora eres tú el que se ha pasado de la raya. Tío, vete a descansar. Te empeñas en ver fantasmas donde no los hay.

—Crees que he sido yo —digo con la mandíbula apretada.

—Creo que necesitas calmarte.

—Cálmame tú si te atreves.

Leo me mira como si me hubiera vuelto loco, lo que me

enfurece todavía más. La rabia me corre por las venas y necesito sacarle la verdad sea como sea. Quiero que me grite todo lo que piensa de mí. Que me escupa que soy un miserable y un drogadicto que no merece estar en el grupo.

—Vete a descansar, Pol —dice con tanta calma que me entran ganas de tirarle el botellín de cerveza que tengo en la mano—. No sé lo que pretendes, pero no vas a conseguir que diga nada de lo que me pueda arrepentir. Hoy no.

Doy un paso al frente, pero Axel se interpone en mi camino. De mala gana, me doy la vuelta y regreso al salón. Axel me sigue y me pide que me tranquilice, algo que solo consigue enervarme más.

—Te has equivocado con Leo.

—Él se ha equivocado muchas veces conmigo —le espeto.

—Y también se lo digo.

—¿Al bueno de Leo? Lo dudo. Todos lo tenéis en un pedestal —respondo furioso—. ¿Me puedo ir ya o vas a seguir dándome la chapa?

Axel me mira con tristeza.

—No serviría de nada.

Me largo sin mirar atrás. No entiendo cómo la situación ha dado la vuelta de tal forma que ahora soy el culpable de nuevo. Sin embargo, ahí está Leo, con sus críticas sin fundamento a nuestro trabajo mientras todos tenemos que disculparlo porque se cree que él es perfecto.

—Espera.

Gabi me intercepta antes de que salga de casa y me quita la llave de la moto.

—Solo he bebido una cerveza.

—Pero estás cabreado. No quiero que conduzcas hasta que se te pase el enfado.

Se guarda la llave en el bolsillo trasero del pantalón. Ni siquiera le pido que me la devuelva porque sé que sería luchar

contra un imposible. Gabi le pone la correa a Percy y me pide que la acompañe a dar un paseo por la urbanización.

—Sois igual de tercos e imbéciles, pero sé que mi hermano no te ha culpado de lo sucedido en el refugio —dice nada más salir de su casa—. Sería incapaz de pensar que has sido tú. Lleva todo el día pagando su malestar con nosotros, y tú acabas de hacer lo mismo con él porque, desde la pelea que tuvisteis en Laponia, querías ponerlo en su sitio.

—Es imposible no pensar que me ha acusado con la mirada. De ahí no me bajo.

—Para que luego digan que las mujeres somos complicadas…

¿De verdad Axel y Gabi son incapaces de verlo? ¿No se dan cuenta de que Leo no me tiene ningún respeto? Para él soy lo peor. Joder, estoy cansado de portarme bien. Tal vez debería darle motivos para que se enfade de verdad. Me tiene harto.

—¿Cuándo tenemos que darle una respuesta a los de la discográfica?

Gabi me mira extrañada.

—Después de Navidad. ¿Por qué?

—¿Quieres grabar ese videoclip conmigo?

Gabi frena de golpe.

—No lo sé. Si están en lo cierto, conseguiríamos batir muchos récords. Siempre he querido que nuestra música llegue a lo más alto —reflexiona. Luego frunce el ceño—. Un momento, ¿a qué viene esa pregunta?

—Deberíamos decir que sí.

Gabi me mira como si le hubiese gastado una broma pesada.

—Es increíble. —Sacude la cabeza sin dar crédito—. ¡Todo esto es por Leo! ¡Estás tan enfadado con él que quieres fastidiarlo con el videoclip!

—Eso no es…

—Mírame a la cara y atrévete a negarlo. —Me evalúa hecha una furia—. No me puedo creer que me valores tan poco.

—Gabi…

Se aparta con brusquedad cuando intento tocarla.

—Te he defendido a capa y espada porque sabía que mi hermano se había pasado contigo, pero acabo de descubrir que sois tal para cual —dice dolida—. Y lo peor de todo es que significo tan poco para ti que no le das ningún valor a besarnos en un videoclip porque es más importante hacerle daño a mi hermano. Vete a la mierda.

—Gabi, yo no…

—Tú sí —sentencia destrozada, y me mira de tal forma que me rompe más de lo que ya estoy—. ¡Eres igual que todos! ¡Pensé que te importaba!

—Me importas —digo agobiado—. Pues claro que me importas.

—¿Y por qué me haces esto? —pregunta con la voz quebrada.

Me tira la llave de la moto, coge a Percy en brazos y se aleja caminando a paso ligero. Quiero seguirla y suplicarle que me perdone porque sé que he sido un egoísta. Pero, en lugar de ir detrás de ella, me subo a la moto y huyo. Es la opción más fácil. Leo tiene razón, no soy bueno para Gabi y terminaré haciéndole daño si no me alejo de ella.

31
Pol

Si estoy rodeado de gente, me apetece estar solo. No obstante, un par de horas muriéndome de aburrimiento en la habitación del hotel me bastan para comprender que ni siquiera me soporto a mí mismo. Nunca me han faltado colegas para salir de fiesta. Da igual la ciudad en la que esté, solo necesito descolgar el teléfono para dar con alguien. Pero encontrar a una persona que no me ofrezca meterme algo es más complicado. Las amistades de este mundillo solo sirven para emborracharse, compartir un par de rayas en el baño de algún garito de moda y presumir de contactos en las redes sociales. No me afecta, hace mucho tiempo que aprendí a diferenciar entre colegas para pasar el rato y amigos de verdad. Axel, Leo, Gabi, Nura y Lila son mis únicos amigos. Por eso me duele tanto haber perdido a Leo.

Al final quedo con Fabián, un actor de doblaje que conocí el verano pasado en una fiesta de compromiso. Es un tío bastante decente y me sirve para distraerme con un poco de charla. Vamos a un pub tranquilo en el centro de la ciudad y finjo interés cuando me explica emocionado que va a ser padre por segunda vez. La verdad es que me aburro como una ostra, pero haría cualquier cosa con tal de tener la mente ocupada. De lo contrario, la posibilidad de buscar un camello para que me venda algo se hace más grande.

—¡Anda! ¿Esa no es Gabi?

Fabián señala a un grupo de personas que se encuentran al fondo del local. Gabi y Sam están acompañadas de dos chicos.

Uno de ellos le ha echado el brazo por encima a Gabi y le habla con tanta familiaridad que me entran ganas de ir hacia él y arrancarle el brazo de cuajo. Joder, no me reconozco.

—¿No vienes a saludarla? —pregunta extrañado.

—Claro —respondo de mala gana.

En realidad, no me apetece hablar con Gabi después de nuestra pelea, pero me muero de ganas de saber quién es el tío que tiene al lado.

—Vaya, qué sorpresa —dice Sam.

Es evidente que no se alegra de verme. Supongo que Gabi le habrá contado lo sucedido. Pensé que le caía bien, pero desde que estuvimos en Laponia mantiene la distancia conmigo. Me apostaría cualquier cosa a que está de parte de Leo. No tengo motivos para estar disgustado con Sam, sobre todo porque se ha convertido en un gran apoyo para Gabi. Sin embargo, hay algo en la forma que tiene de mirarme que me hace estar a la defensiva. No me gusta que me juzguen.

—Hola —me saluda Gabi con frialdad—. Fabián, ¡qué sorpresa! Me encantó la última peli de dibujos en la que trabajaste. Ay, ¿cómo se llamaba?

Durante unos minutos, Gabi charla con Fabián y quedo excluido de la conversación, por lo que aprovecho para escanear al tipo que está sentado a su lado. Él me ofrece una sonrisa amable que no correspondo.

—¿No nos presentas? —le pregunto cuando termina de hablar con Fabián.

—Son mis hermanos —me explica Sam con un tono que no me gusta en absoluto—. Martín y Adrián.

Adrián es el que está pegado a Gabi como si fuera una lapa. Tengo que hacer un gran esfuerzo para sacar mi vena simpática.

—Encantado.

—Igualmente —dicen a la vez.

—¿Podemos hablar un segundo? —le pregunto a Gabi.

Me mira como si tuviera que pensarlo. Al final asiente y se levanta para acompañarme a un rincón vacío. Se cruza de brazos y se apoya en la pared.

—¿Qué quieres? —me espeta.

—¿Estás saliendo con el hermano de Sam?

Mierda, eso no era lo que quería preguntarle.

—¿Qué? —responde desconcertada. Se ríe y hace que me sienta como un imbécil—. No. Y, si saliera con él, tampoco sería asunto tuyo.

—Ya. —Me encojo de hombros—. Me ha picado la curiosidad. Se os veía muy cercanos.

—¿Para eso querías hablar conmigo? —Enarca una ceja.

—Sabes que no. —Respiro hondo. No quiero cagarla—. Oye, Gabi…

—¿Sí?

—Lo siento —digo sin más.

—Vale.

Se da la vuelta para marcharse y le toco el brazo.

—Espera. —Me paso una mano por el pelo. No sé qué decir para arreglarlo, así que opto por ser sincero—. La cagué. Estaba tan cabreado con Leo que necesitaba hacer algo para enfadarlo. En ningún momento pensé en cómo podría afectarte. Estaba completamente cegado por la rabia. Lo siento muchísimo. Eres una de las personas más importantes de mi vida. No soporto que estés enfadada conmigo. No sé qué puedo hacer para que me perdones, pero si hay algo, lo que sea… —La miro esperanzado—. No quiero perderte a ti también. Por favor, dame otra oportunidad.

Gabi me mira con los ojos entornados, hasta que al final suspira y esboza una pequeña sonrisa.

—Sabes que no puedo estar demasiado tiempo enfadada contigo. Es uno de mis múltiples defectos.

—Qué suerte la mía —digo aliviado—. ¿De verdad que estamos bien?

—Solo si me das un abrazo.

—Todos los que quieras.

La envuelvo entre mis brazos y ella sonríe al pegar la mejilla a mi pecho. Joder, cómo me gusta abrazarla. Me quedaría a vivir para siempre en este abrazo. Su olor familiar me reconforta. Le aparto el pelo de la cara con cariño y me siento infinitamente mejor. Los abrazos de Gabi me curan el alma. Mañana me marcho a Barcelona y no podía irme sin hacer las paces con ella.

—¿Con quién vas a pasar las Navidades? —pregunta preocupada.

—Cenaré con mis hermanos en Nochebuena.

—¿Y Año Nuevo?

—Ni idea. Ya sabes que odio estas fechas.

—Siempre hay un hueco en nuestra casa para ti.

—Lo sé —respondo para que no insista. De hecho, las últimas Nocheviejas las he celebrado en casa de Gabi y Leo. Este año va a ser muy raro sin ellos—. Tengo una cosa para ti.

Cojo el paquete que tengo en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Me has comprado un regalo para disculparte? —pregunta con el ceño fruncido.

—Qué va. Te lo iba a dar hoy, pero con todo lo que pasó se me olvidó por completo. Lo llevaba guardado en el bolsillo y acabo de acordarme.

—¡Yo no tengo nada para ti! —exclama avergonzada—. Además, ¿desde cuándo nos hacemos regalos por Navidad?

—No necesito ninguna excusa para hacerte un regalo.

Gabi rasga el envoltorio y sonríe ilusionada al ver lo que es. Soy muy supersticioso, por lo que no pude resistirme al ver el llavero con el trébol y un pequeño elfo a su lado. Lo compré en aquella tienda de la aldea de Santa Claus sin que ella se diera

cuenta.

—Me encanta. —Saca las llaves y coloca el llavero—. Gracias.

—He pasado doce años en los que solo he escuchado cómo te quejas de tu mala suerte —bromeo—. Feliz Navidad, pitufo.

—Feliz Navidad, Grinch. —Me sigue el juego—. Venga, ven a tomarte algo con nosotros. Le voy a pedir a Fabián que imite a Buzz Lightyear. Le sale genial.

Echo un vistazo a Sam y a sus hermanos, que parecen estar pasándoselo muy bien en compañía de Fabián. No quiero cortarles el rollo, ni tampoco me apetece soportar la mirada censuradora de Sam. Sé lo importante que es para Gabi y estoy teniendo un mal día, así que podría malinterpretar cualquier gesto suyo. Lo último que quiero es amargarle la noche a Gabi.

—Debería hacer la maleta —me excuso—. Mañana salgo temprano.

—Si cambias de opinión sobre Nochevieja…

—Te llamaré, lo prometo —le digo para que se quede tranquila.

—Vaaale. —Me da un golpecito en el brazo—. Pero llámame para felicitarme el Año Nuevo, idiota. Me enfadaré si te olvidas de mí.

—Es imposible que me olvide de ti —admito, y ella se sonroja—. Eres la amiga más irritante y acaparadora que tengo.

—¡Imbécil!

—Ah, qué alivio —digo maravillado—. Ya estamos bien. Has vuelto a insultarme.

—Venga, te acompaño a la puerta. Te vas a ir sin despedirte y quiero que te marches del pub con el recuerdo de haber estado en compañía de lo más bonito de esta ciudad.

Me río. Es de lo que no hay. Sabe de sobra que odio las despedidas. Salimos del local y siento que ya la echo de menos.

—Tienes razón —digo al ver a lo lejos la Giralda—. Es

preciosa.

Me pellizca el brazo y me río.

—¿Sigues con ganas de grabar el videoclip? —me pregunta de repente.

—No te he pedido perdón para…

—Ya lo sé —me interrumpe—. Yo sí quiero hacerlo. Por eso me molestó tanto que solo quisieras grabarlo para fastidiar a Leo. Creo que sería un gran impulso para nuestro nuevo disco. Si la discográfica tiene razón, batiríamos todos los récords de visionado. Sabes que soy muy ambiciosa en lo laboral. Y somos amigos… No sé, ya me he besado antes con otras personas en un videoclip. Solo sería trabajo. Somos profesionales, ¿no?

—Lo somos.

—¿Entonces?

Me pierdo en el azul de sus ojos. Sé lo importante que es nuestra carrera para Gabi. La música lo es todo para ella. Y, cuando me mira de esa forma, soy incapaz de negarle nada. Tal vez por eso hablo antes de pensar.

—De acuerdo, grabemos ese videoclip.

En cuanto las palabras salen de mi boca sé que estoy jugando con fuego. Lo extraño es que, por primera vez, no tengo miedo de quemarme, pues estoy tan hecho polvo que no siento absolutamente nada.

32
Gabi

Después de la cena de Nochevieja, Sam y yo vamos a una fiesta con sus hermanos. Me encantan Adrián y Martín. Cuando Pol me preguntó si tenía algo con Adrián me entró la risa porque quiero tanto a Sam que se han convertido en mis hermanos postizos. Sería incapaz de verlos como algo más, y sé que ellos tampoco me ven de esa forma. Y, a propósito de Pol, ha cumplido su promesa y a las doce y un minuto me ha llamado para felicitarme el Año Nuevo. Me ha aliviado escuchar ruido de fondo porque al menos sé que no ha pasado la Nochevieja solo, aunque no he querido preguntarle con quién. Sé que nunca disfruta las fiestas en compañía de sus padres, así que supongo que habrá tirado de algún amigo. Solo espero que se divierta de forma sana.

—¡Feliz Año Nuevooo! —Martín saca la cabeza por la ventanilla del coche—. ¿Lista para pasarlo bien?

—Mete la cabeza dentro, me voy a congelar —le ordena Adrián.

—Aguafiestas.

—Caraculo.

Sam va sentada detrás y me lanza una mirada que significa: «¿Ves lo que tengo que aguantar?». Entro en el coche y me fundo con ella en uno de nuestros abrazos, como si no nos hubiéramos visto esta mañana. Es increíble lo mucho que te puede marcar una persona en un corto periodo de tiempo. Ahora no me imagino mi vida sin nuestras tardes de compras, los maratones de *Friends* y las interminables llamadas de

teléfono en las que una de las dos termina diciendo «cuelga tú».

—Yo también quiero un abrazo tuyo —se queja Martín, que finge estar interesado en mí para picar a su hermana.

—Tú te callas —le dice Sam.

—Está de bajón porque Natalia ha roto con él —se chiva Adrián.

—No ha roto conmigo porque no salíamos juntos —replica Martín indignado.

—Eso te pasa por acojonarte cuando te dijo que quería ir en serio —le regaña Sam—. Has perdido a una buena chica por ser un memo que le tiene pánico al compromiso. Luego no vengas llorando si la ves liada con otro en la fiesta.

Hay que reconocer que Sam es la clase de persona que te dice lo que piensa en lugar de lo que quieres oír. Me dijo que cometía un error al contarle que iba a grabar el videoclip con Pol y me enfadé un poco con ella, pero se me pasó a los tres minutos porque valoro tener una amiga tan sincera.

—¿Natalia va a ir a la fiesta? —pregunta Martín, al que de repente se le ha cambiado la cara.

—Pues claro, todo el mundo va a ir a esa fiesta —responde Sam con obviedad. Tiene razón. Natalia es una DJ de moda y todos los famosos de esta ciudad van a estar en ella. Excepto mi hermano y Nura, que son unos muermos que han decidido quedarse en casa haciéndose arrumacos en compañía de Buster y de sus dos gatos. Hasta mi padre tiene más marcha que ellos y se ha ido con sus amigos a una fiesta de disfraces—. Y va a estar Mario.

—¿Quién es Mario? —pregunto con curiosidad.

—El ex de Natalia —responde Sam—. Desde que lo dejaron ha intentado volver con ella muchas veces. Ella pasaba de él porque quería ir en serio con Martín, pero ahora que por fin ha abierto los ojos para pasar del cretino de mi hermano…

—¡Un respeto, que soy tu hermano mayor! —se queja

Martín.

Le doy un codazo a Sam para que deje de pincharlo. Sé que solo intenta convencerlo de que rectifique porque sabe que está loco por Natalia, pero tampoco me apetece que empecemos la fiesta con una pelea. Aunque, a decir verdad, no entiendo a Martín. Si tanto le gusta Natalia, ¿por qué tiene miedo de ir en serio con ella? Uf, qué complicados son los tíos.

—Pues a mí me da igual si Natalia va a la fiesta. Me conformo con cualquier chica guapa menor de treinta y cinco que sea cariñosa y le guste *Scream* —dice Adrián.

—¿Lo de *Scream* es un requisito indispensable? —pregunto ojiplática.

—Chica, tengo mis principios.

—Déjalo, está obsesionado con esa peli tan cutre —me dice Sam.

—Tú de pequeña estabas obsesionada con *Hannah Montana* —contrataca Adrián.

—*¡Hannah Montana* es la mejor serie! —exclamo, y Sam me choca los cinco.

—Me da igual encontrarme con Natalia —suelta Martín sin venir a cuento—. Lo tengo más que superado. Le dije la verdad, no soy hombre de relaciones monógamas. ¿Quiere volver con el meapilas de su ex? Que les vaya bien. Ya ves tú qué problema.

—Se nota que lo tienes más que superado —se burla Sam.

Llegamos a la fiesta mientras se enzarzan en una discusión en la que Adrián interviene para tomarles el pelo y yo intento contener la risa porque son un trío de lo más peculiar y divertido. Salimos del coche, entramos por la puerta vip y Sam me agarra del brazo para examinarme. Llevo un minivestido de lentejuelas verde esmeralda que me ha prestado porque el otro día me puse a cotillear en su armario y me enamoré de él.

—Te queda mejor que a mí.

Es un comentario que suele decir muy a menudo y siempre

tengo la impresión de que no se mira demasiado al espejo. ¿Acaso se ha visto? Tiene unas piernas kilométricas, un bronceado que le dura todo el año y está llena de curvas. Solo hay que ver cómo babea todo el mundo por ella, aunque no se dé cuenta o le reste importancia al ser tan poco presumida.

—¡Me encanta esta canción! —La arrastro hacia la pista de baile cuando suena «Ateo», de Nathy Peluso.

Lo bueno de tener una amiga a la que le gusta bailar tanto como a mí es que podemos practicar pasos de salsa, bachata o hacer *twerking* si nos aburrimos. Nos contoneamos para darlo todo y se nos acercan algunos moscones que no entienden que somos dos chicas que se divierten. En fin, siempre habrá tíos que crean que una mujer los provoca solo por bailar de forma sensual. Después de quitárnoslos de encima, seguimos bailando hasta que nos duelen los pies. Sam me pregunta si me apetece tomar algo y vamos a un reservado. Un camarero nos sirve una botella de tequila de fresa y Sam, que me conoce, me pide que controle porque la noche es joven y el tequila de fresa lo carga el diablo. Señala hacia el fondo de la discoteca, donde Martín tiene cara de pitbull rabioso al observar cómo Natalia se enrolla con el que supongo que es el «meapilas» de su ex.

—Le está bien merecido por pasar de una chica que vale oro por no querer tener la bragueta cerrada —dice Sam—. Quien no te valora, no te merece.

—Uy, Adrián ha ligado. —Sam se ríe al verlo en un sofá besándose con una rubia—. ¿Crees que le habrá preguntado si es fan de *Scream?*

—Esos no han cruzado ni dos palabras —bromea—. Además…

Sam se queda callada cuando dos mujeres se paran delante de nosotras. Pongo mala cara al ver a una de ellas. Es Millie Williams, proclamada como mi archienemiga desde que la amenacé con darle un puñetazo si no dejaba de acosar a mi

hermano, acompañada de la exnovia de Sam. No tengo ni idea de lo que hacen juntas, pero supongo que no traman nada bueno. Se suele decir que los enemigos de tus enemigos son tus amigos. Vaya, la noche promete.

—Feliz Año Nuevo, Gabi —me saluda Millie con falsedad.

Le doy un trago a mi copa y paso de ella. Mi propósito de Año Nuevo es ignorar a las petardas que intentan sacarme de mis casillas, y Millie está en el podio de las personas que disfrutan haciendo daño gratuito. Al ver que no consigue alterarme, aprieta los dientes.

—Feliz Navidad, Sammy —le dice Alba—. ¿Me has echado de menos o ya me has cambiado por tu nueva amiguita?

—Alba, por favor —le pide Sam.

—¿Te la estás follando? —le ladra—. No debería sorprenderme que me hayas encontrado sustituta. Encima es más famosa que tú. Es lo que siempre has querido, ¡ser una diva musical!

Veo que Sam está muy incómoda y agacha la cabeza. A ver, he prometido pasar de las petardas que me hacen la vida imposible, pero no de las arpías que atacan a mi mejor amiga.

—Pues sí, lo hacemos todos los días, somos muy felices y te deseamos lo mejor, pero bien lejos de nosotras —respondo, y a ella se le cambia la expresión porque no se esperaba semejante respuesta—. Por cierto, hemos pagado por este reservado y nos estáis arruinando la diversión. ¿De verdad tengo que pedirle al portero que os eche?

—Ya nos vamos. —Alba se cuelga del brazo de Millie—. Solo venía a demostrarte que he encontrado a alguien que me entiende y me quiere, y no a una zorra traidora que me abandonó a la primera de cambio.

Millie y Alba se besan. Vaya, este giro de los acontecimientos no me lo esperaba. Miro de reojo a Sam para saber si está afectada, pero solo parece cansada de su exnovia.

—Porque eso es lo que eres —continúa Alba, a la que el beso no ha conseguido aplacar—. Una zorra materialista que solo busca la fama. —En ese momento se centra en mí—. Si yo fuera tú, no me fiaría de ella. Te está utilizando y te dará la patada cuando se vuelva más famosa que tú. ¿Ya habéis firmado un contrato de colaboración? Es lo que siempre ha querido. ¿Por qué crees que se ha acercado a ti?

Me pongo de pie y le doy un empujón para sacarla del reservado. Todos nos miran, pero me da igual.

—Sam es increíble. Es una artista brillante, una persona divertidísima y una amiga maravillosa. Lamento que no supieras apreciarlo cuando estaba contigo. Soy muy afortunada de colaborar profesionalmente con ella y de tenerla en mi vida, así que no voy a cometer el error de darle crédito a las mentiras de una exnovia despechada que sigue viviendo en el rencor —le espeto—. Y ahora largaos antes de que llame al portero.

Alba va a decir algo, pero Millie se da por vencida y la agarra del brazo para llevársela. El corazón se me va a salir del pecho por culpa de la emoción. Me doy la vuelta para comprobar que Sam está bien y me encuentro con su mirada vidriosa.

—Ay, Sammy… —Le doy la mano para conducirla al servicio privado del reservado y así evitar que nadie nos haga fotos. Sé cómo funcionan las cosas en nuestro mundo. Le ofrezco un clínex y la miro avergonzada cuando entramos en el baño—. ¿Me he pasado tres pueblos? Lo siento, solo quería…

—¡No! —Me agarra las manos—. Me he emocionado porque nadie me había defendido con tanta pasión. Es que…, no sé, al ver cómo le plantabas cara a mi ex me he dado cuenta de que me siento muy agradecida de tenerte en mi vida. Siempre les he pedido a mis hermanos y a mis amigos que se mantuvieran al margen con Alba, pero en realidad necesitaba que alguien

diera la cara por mí.

—Oh —respondo aliviada—. No la he cagado. Uf, menos mal. Pensé que acababa de perderte por no saber mantener la boca cerrada.

—Gabi… —Se muerde el labio y sacude la cabeza—. No voy a desaparecer de tu vida. Ya sé que no has tenido suerte con tus amistades femeninas, pero te prometo que no voy a irme a ninguna parte. Me gusta muchísimo estar contigo. No sé qué haría sin ti. Te quiero, tonta.

—Jo, me voy a emocionar y mi maquillaje no es *waterproof*.

Nos reímos y lloramos como dos idiotas. En ese instante lo sé. Todo el mundo habla de las almas gemelas como si fuera un concepto puramente romántico, pero estoy convencida de que un alma gemela es aquella persona que te entiende con una mirada y sabe hacerte reír con un simple gesto. Y Sam y yo somos dos almas gemelas que estaban predestinadas a encontrarse.

33
Pol

Después de las fiestas, Axel y yo regresamos a Sevilla para terminar el disco. Estoy aliviado de que la Navidad haya terminado. No soporto estas fechas. Al menos cené en Nochebuena con Nico e Iris. La Nochevieja la pasé solo porque mis hermanos cenaban con mi madre. Iris intentó convencerme en vano de que los acompañara. Tampoco me apetecía ir a ninguna de las fiestas a las que me habían invitado, por lo que cuando llamé por teléfono a Gabi puse música de fondo para que creyera que estaba acompañado. De lo contrario, sé que se habría preocupado por mí y quería que se lo pasara bien en aquella fiesta.

No sé cómo se habrá tomado Leo que Gabi y yo hayamos decidido grabar el videoclip. La verdad es que estamos haciendo un trabajo excelente al ignorarnos. Otra que pasa de mí es Sam, que se muestra educada si Gabi está delante y distante y fría si no está presente. Me encantaría decirle que sea clara conmigo, pero se ha convertido en un apoyo fundamental para Gabi y lo último que quiero es interponerme entre ellas.

—Es oficial: la tenemos —nos informa Leo.

Sam y él han estado una semana trabajando en la letra de la colaboración. Mientras, Axel y yo terminábamos de pulir la melodía del resto de canciones y Gabi ensayaba con nosotros.

—¡Por fin! —Gabi aplaude entusiasmada—. Pensé que nunca os pondríais de acuerdo.

—Se han juntado dos perfeccionistas —dice Axel.

—Ha sido genial trabajar con Leo. —Sam le dedica una mirada cómplice—. Espero que os guste. Allá va.

Parecen un poco nerviosos, lo que me resulta razonable si pienso que es la primera vez que componen juntos. Algo me dice que la canción nos va a gustar. Axel tiene razón, son un par de perfeccionistas que no nos la enseñarían si no estuvieran satisfechos con el resultado.

Leo coge la guitarra y empieza a tocar. Sam inspira profundamente y canta con esa voz suave y angelical.

Cuando te conocí supe
que las mejores historias nacen de lo imprevisible,
cuando dos corazones que no se buscaban…
encajan sin pretenderlo de una forma irreversible.

No me digas que no sientes
que podemos ser algo más que dos almas afines.
No me digas que no sientes
que estamos creando algo sin precedentes.

Somos momentos, canciones y recuerdos;
somos fuego, caricias y sueños.
Somos nosotras creando momentos
que viven resguardados en el laberinto de lo eterno.

Sé que asusta darse cuenta
de que el amor no es una ecuación con una única respuesta,
pero estoy segura de que vale la pena,
estoy segura de que en el fondo lo deseas…

Somos momentos, canciones y recuerdos;
somos fuego, caricias y sueños.
Somos nosotras creando momentos
que viven resguardados en el laberinto de lo eterno.

Axel y Gabi aplauden. Me sumo al aplauso porque la verdad es que me ha gustado. Con nuestros arreglos musicales vamos a darle un toque muy especial. Es una canción perfecta para una balada de rock.

—Enhorabuena —les digo con sinceridad.

—Entonces ¿os ha gustado? —pregunta Sam esperanzada.

—¿¡Tú qué crees!? —exclama Gabi—. ¿Cómo se llama?

—«Imprevisible» —responde Leo.

—Me gusta lo que sugiere —comenta Axel—. ¿A quién se le ha ocurrido el tema?

Leo y Sam se miran y sonríen. Leo le pasa un brazo por encima de los hombros con aprecio. Parece que han congeniado. Algo me dice que no será la última vez que colaboren.

—La letra ha fluido sin más —dice Leo—. Algunas cosas funcionan sin que tengas que forzarlas.

En ese momento Gabi y Sam se miran. Si fuera malpensado, creería que la canción habla sobre ellas. Me alegro de que Gabi haya encontrado una amistad tan sana. Se merece rodearse de personas que aprecien lo bueno que hay en ella.

34
Gabi

Mi padre se ha ido de escapada a Mojácar —creo que todavía no ha superado su ruptura con Carmen—, así que Sam se queda a pasar la noche porque sabe que me da miedo dormir sola. Está preparando la cena y me remango para ayudarla, a pesar de que soy una negada para la cocina. Me da instrucciones para hacer los tacos al pastor, que básicamente consisten en pasarle los ingredientes y escoger mi lista favorita de Spotify. Subo el volumen del altavoz y comienzo a cantar cuando suena «Bitch», de Meredith Brooks, una canción que me encanta.

—«I'm a bitch, I'm a lover, I'm a child, I'm a mother…».

—¡Oh, me flipa esta canción!

Sam agarra la espátula con la que removía la carne como si fuera un micrófono y se une a mí. Las dos cantamos a pleno pulmón:

—«I'm your hell, I'm your dream, I'm nothing in between…».

Percy, que solo pululaba a nuestro alrededor con la esperanza de que se cayera algo de comida al suelo, se marcha indignado al comprender que nos hemos vuelto locas. Sam y yo bailamos y cantamos hasta desgañitarnos, como dos simples amigas que se lo pasan de maravilla haciendo el payaso juntas.

—¡Mierda, la cena! —exclama de repente.

Me parto de risa y ella maldice entre dientes porque huele a quemado. Al final puede salvar casi toda la cena al descartar el fondo y utilizar otra sartén para terminar de cocinar la carne. La verdad es que no soy de gran ayuda. A Sam no parece importarle, hasta que me pilla mojando un nacho en el

guacamole y me lo quita de las manos.

—Primero termina de picar los tomates —me ordena.

—Mandona. —Cojo el cuchillo y termino de cortarlos.

—Soy la tercera de dos hermanos. Tengo que serlo para sobrevivir —bromea—. Me encanta Meredith Brooks. Ojalá hubiera estado en el concierto que dio en el 98 en Argentina como telonera de los Rolling Stones. Me habría enfrentado a todos los que la increparon.

—¿Qué le pasó? —pregunto con curiosidad.

—El público le tiró botellas, piedras y tampones, entre otras cosas. La pobre se vio obligada a abandonar el escenario. Imagínate lo que debió de ser para una cantante que había vendido un millón de discos en su país. No importa el talento que tengas, siempre habrá gente que te menosprecie.

—Algunos creen que las mujeres debemos pedir permiso para hacer lo que nos gusta —reflexiono—. La primera vez que me subí a un escenario estaba muerta de miedo. Un día antes tuve una pesadilla en la que desafinaba, el público me abucheaba y me tiraba fruta podrida. Ni siquiera sé cómo pude terminar el concierto. Si me hubiera sucedido lo mismo que a ella, jamás habría vuelto a actuar.

—Si alguien te tirara un tampón en un concierto, se las vería conmigo. —Pone cara de dura y cierra los puños—. Una vez le di una patada a un chico de un curso superior al mío que llamó bicho palo a una amiga. Me castigaron durante una semana, pero mereció la pena.

—¿Hablas en serio? —pregunto atónita.

—¿Tú qué crees?

—Que estás como una cabra.

—Habló la que empujó fuera del reservado a mi exnovia.

—Había invadido nuestro territorio.

—Quien no está en mis malos momentos no se merece estar en los buenos. —Se lleva una mano al pecho con falso

dramatismo—. Además, nadie necesita un guardaespaldas si tiene a una amiga que se lanzaría a la yugular de tu ex por ti.

—Qué profunda —bromeo—. Podría contratarte como jefa de seguridad.

—¿Quieres pelea? —Da saltitos a mi alrededor como si fuera Rocky Balboa subido al *ring*—. Eh, rubia, ¿quieres pelea?

Me doblo por la mitad y me entra un ataque de risa. Es de lo que no hay.

—Mi instructor de *kick-boxing* dice que soy demasiado lenta. ¿Parezco amenazadora? —pregunta esperanzada.

—Me das más miedo cuando te peleas con Martín para que no se coma el último trozo de pizza, la verdad.

—Mis hermanos son unos tragones —se queja. Remueve la carne y apaga el fuego—. ¡Listo!

Entre las dos llevamos la comida al salón y Percy se sube al sofá para que le demos de comer, pero los tacos son picantes y lo obsequio con una galletita con sabor a pollo. Me da la espalda para mostrarme su descontento.

—Lo tienes demasiado mimado.

—¿Y qué? —respondo, porque negarlo sería ridículo. Ya he tenido antes la misma discusión con mi padre—. Tengo derecho a mimar a mi bebé. Cuando crezca no tendrá que ir a la universidad o buscar un trabajo. Su única preocupación es hacer pis en la calle y no comerse las zapatillas de mi padre.

—¿Te refieres a las Air Max que he visto en el cubo de la basura?

—Ya le he comprado otras por internet. Llegan mañana. —Busco algo que ver en Netflix y me animo en el momento que Sam me pregunta si me apetece ver *Yo nunca*. Si no fuera un año mayor que yo, creería que fuimos mellizas separadas al nacer. Nos gusta la misma música, nos flipan las series juveniles y nos reímos de los chistes malos—. Adoro a Paxton.

—¡No fastidies! —exclama escandalizada—. Ben le da tres

mil vueltas.

—¿Ben? ¡Pero qué dices! ¡Ben es del montón! ¿Has visto los abdominales de Paxton?

—¡Devi y él no tienen nada en común! —protesta—. Lo único que hacen cuando están juntos es enrollarse y ver tiktoks. Ella y Ben son muy parecidos. Son inteligentes, competitivos, ambiciosos… Jamás se aburrirían juntos. ¡Sus piques verbales son lo mejor de la serie! ¡Es su puñetera alma gemela! Sin embargo, ella pierde el tiempo con Paxton solo porque está buenísimo y es el chico más popular del instituto. En resumen, Devi es una petarda insufrible.

—Ya, pero…

—En realidad a Devi solo le gusta Paxton porque es un chico inalcanzable —continúa con tono apasionado—. Al conquistarlo está tratando de reafirmarse porque es una adolescente acomplejada que no se quiere a sí misma y busca su propia aprobación a través de Paxton.

—Vaya. —Frunzo el ceño—. Pues sí que eres *team* Ben.

—A muerte —dice con vehemencia—. Y Devi también aunque se pase casi toda la serie colgada de Paxton porque está buenísimo y quiere ser popular. ¿Sabes qué? Si Ben la olvida y se fija en otra, se dará cuenta de lo que ha perdido y lo lamentará.

—Madre mía. —Le acaricio la espalda para que se calme—. Es ficción, Sammy.

Está colorada como un tomate y le da un sorbo a su Coca-Cola.

—Lo sé…, pero estás frente a la que tiró el mando de la tele por la ventana cuando Buffy pasó de Spike para quedarse con el sosainas de Angel.

Intento contener la risa porque habla muy en serio. Vemos un par de capítulos de la serie y ella arruga la nariz cada vez que Paxton aparece en la pantalla.

A media tarde salimos al jardín para tirarle la pelota a Percy, pero mi perro no es muy juguetón y a los cinco minutos la suelta y se tumba bocarriba para que le rasquemos la barriga. La guitarra de Sam está apoyada en una butaca y ella la señala con la cabeza.

—Todavía no te he enseñado a tocar. Siempre lo posponemos.

—Da igual —respondo esquiva—. Otro día lo intentamos.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque… —Intento buscar alguna excusa—. ¡Me ha entrado sueño! Voy a preparar café.

—Gabi —Sam me agarra del brazo—, si no quieres aprender, no pasa nada, pero pensé que te hacía ilusión. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Cuál es el problema?

—Soy una inútil —suelto de golpe.

Sam me mira sin entender, a la espera de que diga algo más. Al ver que guardo silencio, se queda de piedra.

—¿Quién te ha dicho que eres una inútil? —pregunta furiosa—. ¿Alguno de tus exnovios? Porque si es así, lo buscaré y acabaré con él, como Liam Neeson en esa película en la que secuestran a su hija. Dios, me encanta Liam Neeson.

—En realidad fue hace mucho tiempo, en el colegio —le explico con voz queda—. Me costaba seguir el ritmo de mis compañeros y repetí tercero de primaria. Los profesores le dijeron a mi padre que solo intentaba llamar la atención porque echaba de menos a mi madre, así que me apuntó a refuerzo escolar y todas las tardes me ayudaba a hacer los deberes. Daba igual lo mucho que me esmerara. Era una niña hiperactiva, me aburría si tenía que estar más de diez minutos sentada y tampoco ayudaba el hecho de que mis compañeros se burlaran de mí. Ya sabes lo crueles que pueden ser los críos. Me llamaban tonta, inútil, lerda… Lo típico. Y yo me lo creí. Estaba tan cansada de esforzarme sin obtener resultado que

decidí abandonar los estudios a los dieciséis, cuando firmamos nuestro primer contrato discográfico. Preferí centrarme en la música porque es mi gran pasión y cantar es…, no sé, fácil. Me hace sentir tan bien…, tan válida.

—Ay, Gabi —dice apenada—. ¿Se lo has contado a alguien?

—Mi padre y mi hermano creen que tomé esa decisión en un acto de rebeldía. Me habría encantado decírselo a Leo, pero él era buen estudiante y aprendió a tocar la guitarra con ocho años. Me daba miedo que no pudiera entenderme. Ya sé que es una tontería. Da igual lo inteligente que seas. Si alguien te llama idiota durante mucho tiempo, al final terminas por creerlo. —Me doy cuenta de que se me han saltado las lágrimas. Con cualquier otra persona me sentiría avergonzada, pero Sam es la clase de amiga con la que es fácil tanto reír como llorar—. Por eso me ponía de los nervios cuando mi padre intentaba enseñarme a tocar la guitarra. Daba por hecho que tendría muy poca paciencia conmigo y opté por fingir que me importaba un bledo. Aunque siempre he querido aprender. De hecho, me muero de ganas.

—Vale. —Sam se levanta y va a coger la guitarra—. ¿Y si te prometo que voy a tener paciencia contigo?

—Te creo, pero no quiero que te veas obligada a hacerlo por mí.

—Lo hago porque quiero. Me gusta estar contigo. —Se acerca a mí y me da un par de golpecitos en la frente con dos dedos—. Métetelo en la cabeza. Me da igual que veamos una serie, grabemos tiktoks o te enseñe a tocar la guitarra. Cualquier excusa es buena para estar contigo.

Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Dónde has estado toda mi vida?

—Buscándote, pero no lo sabía.

Sam se sienta a mi lado y cumple su palabra. Me explica cómo debo sostener la guitarra y me enseña las primeras

nociones básicas. Me encantan sus manos. Las tiene pequeñas y siempre lleva las uñas pintadas de rosa pálido y los dedos repletos de anillos.

—Eooo. —Sacude una mano delante de mi cara—. ¿Me escuchas?

—Me he quedado embobada mirándote las manos —admito con una sonrisa.

Sam se queda desconcertada durante unos segundos antes de proseguir con la clase. En realidad, vamos más rápidas de lo que esperaba, probablemente porque me he criado viendo tocar a Leo y a mi padre y parece que algo sí que he aprendido.

—Voy a preparar chocolate. —Se pone de pie—. Sigue así, lo haces muy bien.

—¿Cuándo crees que podré tocar como Angus Young?

—Por ahora confórmate con «La bamba».

Hago un puchero. No soporto esa canción. El disgusto inicial se me pasa al comprobar que consigo tocar yo sola el estribillo. Esbozo una sonrisa triunfal. No me lo puedo creer, ¡estoy tocando la guitarra! Me muero de ganas de enseñárselo a mi padre. Se va a caer de espaldas.

A veces, las pequeñas victorias suponen verdaderos hitos para la autoestima, y el cómo te ves a ti misma determina cómo te ven los demás, puesto que no hay nada más poderoso que el amor propio.

—¡Sam! —la llamo ilusionada—. ¡Ven a ver cómo toco «La bamba»!

Sam regresa corriendo y me aplaude emocionada. En el fondo, todos merecemos a una amiga que nos vitoree como si fuéramos Jimi Hendrix cuando conseguimos tocar «La bamba».

35
Gabi

—Gracias por estar aquí —le digo a Sam.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Pues claro —respondo con una sonrisa forzada.

Me observa con una mezcla de preocupación e incertidumbre. Hoy es el gran día. Pol y yo vamos a grabar el videoclip. La canción elegida por unanimidad como primer *single* ha sido «Amor envenenado» y vamos a rodarlo en una moderna casa que la discográfica ha alquilado. Lo haremos de la mano de Steven Brown, un famoso fotógrafo y director de vídeos musicales que ha dirigido a artistas de la talla de Madonna, Beyoncé y Lady Gaga. La discográfica quiere apostar fuerte por este *single* y todos están convencidos de que será un bombazo, o eso me digo para mantener a raya la ansiedad. Necesito autoconvencerme de que besar a Pol, mi amigo y el chico del que estoy enamorada, no es una decisión puramente egoísta, sino que está motivada por mi ambición profesional.

—No quiero meterte presión, pero no pareces muy cómoda…

—Estoy nerviosa —admito con un hilo de voz. Negarlo sería ridículo—, lo cual no significa que no quiera grabar el videoclip. Pero voy a besar a Pol, y es…, ya sabes, es Pol.

—Ya.

Sam está más taciturna de lo normal, algo muy raro si pienso en su carácter dicharachero y en que habla por los codos. Sé que no está conforme con que grabe el videoclip porque cree que me pasará factura, pero estoy convencida de que no puede hacerme ningún mal. Total, ya estoy bastante colgada de Pol.

Axel y Leo no han venido porque Pol y yo somos los únicos que aparecemos en el videoclip. En el fondo, agradezco que Leo no esté presente, pues me lo pondría más difícil. A nadie le gustaría besar al chico por el que suspira mientras su sobreprotector hermano la vigila.

«Amor envenenado» es una canción con una letra de lo más sugerente y ambigua. El director ha decidido enfocarlo como la relación autodestructiva de dos personas que se quieren mucho, pero han llegado a la conclusión de que son incompatibles. No obstante, les cuesta tomar la decisión de separarse y siguen haciéndose daño porque no saben vivir de otro modo.

—¿Gabi? —Pol llama a la puerta.

—¿Sí? —respondo en voz baja.

—Vamos a empezar a grabar.

—Ya salgo. —Me apoyo en el lavabo y respiro hondo—. ¡Un segundo!

—¡Ey! —Sam me frota la espalda—. ¿Quieres que le diga que necesitas más tiempo?

—No, no. Estoy bien, en serio.

Sam se muerde el labio.

—¿Segura? —pregunta con tono suave—. Si quieres echarte atrás…

—Hemos firmado un contrato. Soy una profesional. Voy a salir y a comportarme como tal.

Sam deja caer el brazo.

—Vale.

—¿Gabi? —insiste Pol.

Abro la puerta antes de que pueda arrepentirme y me encuentro con el ceño fruncido de Pol. Por lo visto, mi expresión no debe de ser tan convincente, a pesar de que he entrenado delante del espejo.

—¿Va todo bien? —pregunta con suavidad.

—Está histérica —responde Sam por mí.

Supongo que Pol hará el típico comentario fanfarrón, pero, en cambio, dice:

—Pues ya somos dos. —Se vuelve para mirar a Sam—. ¿Nos puedes dejar a solas?

Sam asiente de mala gana y me dice que estará en la zona de las cámaras.

No sé cómo me las apaño para sostenerle la mirada a Pol. A ver, estoy delante del tío más bueno que me he echado a la cara. Y dentro de un rato vamos a besarnos… delante de un montón de gente.

—Si te sirve de consuelo, beso de puta madre.

Se me escapa una risotada grave. Lo sabía. Es de lo que no hay. Para colmo, me quedo embobada mirándole la boca. Joder, seguro que parezco un cachorrito que babea por un hueso.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? —pregunto poniendo los ojos en blanco para hacerme la dura.

—Todas —responde con naturalidad.

—Tendrían el listón muy bajo.

—Lo descubrirás dentro de un rato.

—Me dan ganas de darte un puñetazo en lugar de besarte.

—Bueno… —Pol esboza una sonrisa socarrona—. Al menos ya no estás nerviosa, ¿eh?

—¡Ay! —Me tapo la cara con las manos—. Es que… tú y yo besándonos con toda esa gente delante… Es superraro. Solo necesito digerirlo, ¿vale? Eso es todo.

—De acuerdo.

Cuando aparto las manos lo encuentro apoyado en el umbral de la puerta con los brazos cruzados en plan despreocupado. Me entran ganas de darle un tortazo. ¿Por qué está tan tranquilo mientras yo estoy atacada de los nervios?

—¿Quieres que entrenemos para que nos salga bien a la primera? —sugiere con tono provocador.

Lo peor de todo es que estoy tentada de decirle que sí, a pesar de que sé que me está tomando el pelo.

—Ya estoy lista —digo con menos vehemencia de la que me gustaría.

Entonces Pol se pone serio.

—No tenemos por qué hacerlo, Gabi. Ya sé que hemos firmado un contrato y todo ese rollo, pero, si no estás preparada, puedo salir ahí fuera y decirles que lo cancelamos. Tú no tienes que hacer nada. Me echaré yo la culpa.

Mierda, por este tipo de cosas lo quiero.

—No —respondo con mayor determinación—. Somos profesionales.

—¿Segura?

—Segurísima.

Pol se hace a un lado para que yo salga primero y vamos a encontrarnos con el director. Ya hemos grabado antes otros videoclips y hemos trabajado con directores de toda clase, por lo que estoy curada de espanto. Por suerte, Steven es un tipo amable y comprensivo que nos pide que seamos sinceros con él en todo momento y le hagamos saber si nos sentimos incómodos en alguna toma, así que me tranquilizo un poco. Detrás de la cámara, Sam me sonríe y levanta el pulgar para infundirme ánimo, aunque puedo notar su tensión. Supongo que está preocupada por mí, ya que se encuentra al tanto de mis sentimientos hacia Pol.

Las primeras tomas son fáciles. Me graban entrando en la casa y yendo directamente al frigorífico para beber a morro de una botella de vino. A Pol lo graban mientras golpea un saco de boxeo en el garaje. Luego nos ponemos a discutir y a tirar todo lo que encontramos a nuestro paso.

Lo siento, nena,
te mereces a alguien mejor que yo,

pero soy demasiado egoísta
porque estoy tan jodidamente roto
que no veo más allá de ti.

—¡Corten! —grita el director—. Gabriella, estás muy furiosa con el hombre que tienes delante. Olvida que es tu amigo. Es un cerdo que te ha sido infiel con otra. Imagínate que el gran amor de tu vida, en el que confiabas a ciegas, se ha reído de ti.

Mi estómago se contrae. Me han echado colirio en los ojos para que llore y no veo del todo bien.

—Y, Pol, tú intentas convencerla de que se quede a tu lado, pero ella quiere abandonarte y eso te está matando. Eres un hombre desesperado. Recuérdalo. Vamos allá. Tres, dos, uno…

Pol y yo volvemos a meternos en nuestro papel cuando el director exclama «¡Acción!». Nos gritamos todas las barbaridades que estipula el guion. Cojo un jarrón y lo estrello contra la pared. Voy corriendo hacia la puerta y él me agarra del brazo. Me empuja contra una encimera, sostiene mi cara con ambas manos y me suplica que me quede. Me pierdo en sus ojos color obsidiana y trago con dificultad. Lo empujo y chillo. Él se arrodilla y entierro las manos en su pelo. Los dos lloramos.

En el fondo sabes que somos
absolutamente imperfectos.
Destrúyeme solo un poco más
y créeme cuando te digo
que para mí no hay otra igual que tú.

—¡Corten!

Respiramos con dificultad. Pol se aparta de mí y busca mi mirada para saber si estoy bien. Esta escena ha sido… intensa. Por un momento, he creído que nos perdíamos de verdad. Asiento porque soy incapaz de encontrar mi voz. Él me acaricia

la mano y sonríe con debilidad.

—Perfecto —dice Steven—. Increíble, chicos. Transmitíais verdadero dolor. Buen trabajo. Hacemos una pausa de veinte minutos. Os la merecéis.

—¿Estás bien? —me pregunta Pol.

—¿Y tú?

—Creí que el jarrón me iba a dar en la cabeza.

Nos reímos.

—No tengo tan mala puntería.

Pol me atrae hacia él y me da un beso en la sien. Cierro los ojos, entierro la cara en su pecho y me muerdo el labio. Ay, joder. Y solo es un beso en la sien…

—Necesito beber algo. —Me aparto de él completamente acalorada.

—Y yo me muero por fumar, pero no quiero que el beso te parezca una porquería.

—Qué detalle por tu parte —bromeo, aunque en realidad estoy convencida de que besarlo jamás podría resultarme desagradable.

Voy a buscar a Sam, que me espera con una botella de agua.

—Gracias. —Me bebo la mitad de un trago—. ¿Qué tal he estado?

—Parecía que lo odiabas.

—Uf. —Me dejo caer sobre una butaca y le hago un hueco para que se siente a mi lado, pero ella se queda de pie. La miro extrañada—. ¿Va todo bien?

—Sí, es que me duele un poco la cabeza.

—Ay, pobrecita —la compadezco—. Puedes irte en el momento que quieras, de verdad.

—Me quedo. Sé que me necesitas a tu lado.

Estoy a punto de darle las gracias justo cuando la estilista me llama. Voy a que me retoquen el maquillaje y me cambio de ropa mientras me mentalizo para grabar la última escena. Allá

vamos. Si hay madres que pueden levantar coches para salvar a sus hijos, ¿por qué no voy a poder yo besar al chico que me gusta en un videoclip? No es para tanto.

Mierda, me va a dar algo.

«Respira, cálmate», me ordeno a mí misma.

Para colmo voy medio desnuda. Llevo un camisón abierto y un conjunto de lencería negro de encaje. Pol escucha las indicaciones del director con mucha atención hasta que me ve, y juro que por un segundo puedo leerle la mente, porque sus pupilas se dilatan y entreabre la boca. Sus ojos echan fuego y recorre mi cuerpo muy despacio, hasta que aparta la mirada con brusquedad.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —nos dice el director, y Pol y yo le prestamos atención—. La escena es de una sola secuencia para que el espectador pueda sentir vuestra pasión, rabia, dolor y desesperación. Tenéis que darlo todo. Vamos a probar qué tal lo hacéis en esta primera toma. Es bastante larga, así que no os preocupéis si tenemos que repetirla varias veces hasta que quede perfecta, ¿de acuerdo?

Ambos asentimos.

—Genial. —Se frota las manos—. ¡Todos a vuestros puestos!

Pol comprende cómo me siento y me aprieta el brazo.

—Tranquila —susurra a mi oído—. Imagínate que soy Jacob Elordi.

Lo miro y me derrito. Si él supiera que no hay otros labios que quiera besar que no sean los suyos. Debe de confundir mi deseo con nerviosismo, porque la mano que estaba en mi brazo desciende hasta que entrelaza sus dedos con los míos y me sonríe.

—Lo haremos bien.

—¡Gabriella, Pol, a vuestros puestos! —nos ordena el director.

Pol va hasta la puerta de la habitación y yo me coloco

delante de la maleta. El corazón se me va a salir del pecho. Intento bloquear todos los malos pensamientos y me centro en el guion. Si sigo todos los pasos, tal vez pueda mantener a raya mis emociones.

—Tres, dos, uno… ¡Acción!

36
Gabi

Solo sabemos hacernos daño,
no hay cura para este amor envenenado.
¿Por qué no podemos dejar de hacernos daño?
Cariño, dame una segunda oportunidad,
solo una última oportunidad…

Saco a toda prisa varias prendas de ropa del armario y las voy metiendo en la maleta. Estoy llorando y me tapo la cara con las manos. En ese momento, Pol cruza la habitación como una exhalación y me abraza por detrás. Me resisto a pesar de que me muero de ganas de ceder. Entonces, le da una patada a la maleta y la ropa se esparce por el suelo.

Lo siento, nena,
ya sé que he vuelto a meter la pata,
pero tú y yo somos algo más que un puñado de errores.
Dime que confías en mí,
enséñame a quererte bien…
Haremos que esto funcione,
podemos hacer que funcione…

Nos gritamos. Me coge de las muñecas. Le chillo. Se sienta en el borde de la cama y se tapa la cara con las manos. Vuelvo a meter la ropa en la maleta, pero entonces me giro para mirarlo y flaqueo. Me levanto para quedar delante de él y me mira. Hay tanto dolor…, tanta desesperación en sus ojos…

Pol se incorpora, me pilla desprevenida cuando me empotra

contra la pared, aplasta su boca contra la mía… y todo estalla.

Los años de contención.

Las dudas.

El anhelo.

La pasión.

Nuestros cuerpos encajan a la perfección. Es demasiado bueno para ser real. De hecho, se supone que no lo es. Que solo somos dos personas que fingen desearse. Joder, resulta una mentira deliciosa. Muero de placer y renazco pegada a sus labios. Sus manos se deslizan por mi cintura y cada roce es como tocar el cielo y luego caer a toda velocidad. Soy incapaz de recordar lo que se supone que debo hacer y actúo por impulso. Pongo las manos en su pecho. Él entierra una en mi pelo, echa mi cabeza hacia atrás y me muerde el labio inferior, volviéndome loca.

Estamos desatados. No puedo pensar con claridad. Quiero quedarme a vivir pegada a sus labios. No quiero escapar de esta mentira tan increíble. Lo quiero a él. Lo quiero todo con él. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin sus besos.

Meto las manos por debajo de su camiseta para acariciarle el abdomen y noto que tiembla. Le gusta que lo toque. Sé que le encanta. Madre mía, no había estado tan excitada en toda mi vida. Se aparta para acariciar mi barbilla con la boca y vuelvo a atraerlo hacia mí para buscar sus labios con una desesperación que me consume. Se le escapa un gruñido antes de que nos besemos de nuevo. Y cuando su lengua toca la mía es… como descender al infierno sin arrepentirme un ápice. Mi sangre se convierte en lava. La cabeza me da vueltas. El deseo es tan intenso que me consume.

Con un beso salvaje y crudo nos decimos las cosas que nos hemos callado durante los últimos doce años. Un beso cargado de necesidad, como deberían ser todos. Sus manos están en todas partes y las mías bailan por su abdomen duro. De

repente, Pol me coge en brazos y envuelvo con mis piernas su cintura. Me tumba en la cama, acerca su boca al lóbulo de mi oreja y susurra:

—Te deseo, Gabi.

Entonces comprendo que no estamos actuando. Que también lo siente. Que me necesita tanto como yo a él. Volvemos a besarnos. Nos tocamos por encima de la ropa. Nos separamos para tomar aliento. Respiramos con dificultad. Se me escapa un gemido al notar su erección y abro los ojos de par en par justo cuando el director grita:

—¡Corten!

Pol y yo nos apartamos sobresaltados. Se desploma bocabajo a mi lado. Mi pecho sube y baja porque me cuesta respirar con normalidad. El director se acerca a nosotros sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Chicos, llevaba un buen rato diciendo «corten».

—Ah —musito.

—Os habéis saltado el guion por completo —dice contrariado.

—Lo siento. —Estoy tan avergonzada que es lo único que consigo balbucear.

—Ha sido culpa mía —masculla Pol con tono ronco.

—Ya, bueno. —El director mira primero a Pol, luego a mí y al final esboza una sonrisa comprensiva—. Me da igual de quién haya sido la idea. ¡Ha sido maravilloso! Desprendíais verdad. Os he creído al veros. No pensaba que pudiera decir esto tan pronto, pero acabamos de terminar la grabación.

Todo el mundo aplaude. Es como si me hubieran tirado una jarra de agua fría encima. Necesito más.

—Podemos intentarlo de nuevo —farfullo esperanzada.

—¿Y si probamos otra vez? —sugiere Pol.

El director se ríe.

—Ahora lo entiendo todo —dice entre risas—. Yo también

fui joven hace veinte años…

Se marcha tan campante y tengo que contener las ganas de tumbarme encima de Pol y besarlo de nuevo. Estoy tan sofocada que ni siquiera puedo mirarlo a los ojos, de lo contrario, sabrá lo mucho que ha significado el beso para mí. Por eso salgo de la cama a toda prisa y me encierro en el baño. No tengo ni idea de dónde se ha metido Sam, aunque tampoco me importa porque en este momento necesito estar sola.

Me siento en el suelo con la espalda pegada a la pared y las rodillas plegadas contra el pecho.

Vale, he besado a Pol. Y ha sido increíble. Jodidamente increíble.

¿Cómo voy a volver a mirarlo a la cara a partir de ahora?

Ay, estoy perdida.

37
Pol

¿Cómo he podido empalmarme mientras me grababa una cámara?

El recuerdo de la piel suave de Gabi y de su boca contra la mía me excita de nuevo. Corro para esconderme en la primera habitación vacía que encuentro porque estoy absolutamente… ¿avergonzado? Ni de coña. Un buen hombre se sentiría avergonzado de haberse saltado el guion para dar rienda suelta a la pasión, pero yo solo soy el tipo que desea tanto a su amiga que se ha puesto cachondo al grabar un videoclip. Y eso no está bien, ¿no? Aunque, para no estarlo, me ha hecho sentir de puta madre.

Me paso una mano por el pelo y respiro profundo. No sé cómo voy a mirar a Gabi de nuevo a la cara. Sé que ella ha sentido lo mismo que yo. Tenemos esa clase de química que es tan difícil de encontrar. Ni siquiera sé explicar lo que siento. Por un lado, me arrepiento de haber aceptado grabar el videoclip, pero por otro me pregunto por qué no la he besado antes. Ahora me parece imposible haberme negado algo tan bueno.

Joder, me estoy volviendo loco.

Tengo que hablar con ella. No sé lo que voy a decirle, pero necesito mirarla a los ojos y saber si se arrepiente. Y luego, tal vez, pueda tomar alguna decisión coherente que no esté relacionada con hundirme entre sus piernas o enterrar la nariz en su pelo como si fuera un animal en celo.

Estoy a punto de salir para buscarla cuando escucho el

inconfundible sonido de unos sollozos femeninos. Miro a mi alrededor. Estaba tan desesperado por esconderme que me he metido en el guardarropa sin darme cuenta. Me entra el pánico al suponer que se trata de Gabi. Aparto un abrigo y me encuentro a Sam.

«¿Qué…?».

—¿Estás bien? —pregunto desconcertado.

Ella me mira a través de las lágrimas con tanta furia que me sobresalto.

—¿Tú qué crees? —me espeta.

—Que estás llorando por algo —digo.

Ella intenta secarse las lágrimas, pero al hacerlo rompe a llorar con más fuerza. No sé qué hacer. Si por mí fuera, me daría la vuelta para dejarla sola porque no es mi problema. Aunque es la mejor amiga de Gabi, y eso basta para que me preocupe.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Tú? —Se le escapa una risa áspera—. Desde luego que no.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—¡No quiero nada de ti! —exclama fuera de sí.

Tropieza al intentar escapar de los abrigos y le doy la mano, lo cual, por algún extraño motivo, la cabrea todavía más. Al final me limito a apartar algunas perchas para que salga de su escondite.

—No sabía que estabas aquí —me disculpo—. Si no, habría escogido otro sitio para…

—¿Masturbarte pensando en Gabi? —me acusa.

Entorno los ojos. Mi amabilidad ha llegado a su fin. No sé de qué va. ¿Qué diantres le he hecho?

—¿Cuál es tu problema? —pregunto molesto.

Sam me ignora y va hacia la puerta sin dirigirme una mísera mirada.

—No le digas a Gabi que me has visto llorando.

—Como quieras —respondo seco.

Sale del guardarropa sin molestarse en cerrar la puerta. Desde aquí puedo ver cómo se marcha sin despedirse de Gabi. Parece hecha polvo de forma irreparable. Solo necesito sumar dos más dos para comprender su repentino cambio de actitud conmigo. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Ahora lo veo clarísimo. Chasqueo la lengua y maldigo para mis adentros, pues me sabe mal por Gabi. Es muy injusto, pero la vida casi siempre nos quita aquello que deseamos y nos ofrece a cambio lo que no queremos. De lo contrario, yo no estaría completamente loco por la hermana de mi amigo. Ni daría lo que fuera por volver a besarla.

38
Gabi

Agradezco que no haya nadie en casa. Seguro que se me nota en la cara lo excitada que estoy y no me quedan fuerzas para fingir delante de mi padre. Ahora más que nunca, necesito una amiga. Por desgracia, cuando salí del baño no había rastro de Sam por ninguna parte. Así que aquí estoy, tumbada bocarriba en la cama, recordando con todo lujo de detalles el beso con Pol mientras me hago a la idea de que no volverá a repetirse.

Porque no vamos a besarnos de nuevo, ¿no?

Me acuerdo de su boca, autoritaria y experimentada, en el momento que se aplasta contra la mía y me besa como si lo necesitara para poder vivir. Me acaloro al recordar sus manos en mi cintura y me vuelvo loca al pensar en el tono ronco y grave de su voz cuando me susurró al oído: «Te deseo, Gabi». Está claro que los dos perdimos los papeles al besarnos. Dejamos de interpretar un guion para dar rienda suelta a la pasión contenida durante tantos años.

¿Y ahora se supone que debo actuar como si solo fuéramos amigos?

Lo único que tengo claro es que, si Pol no quiere lo mismo que yo —y el hecho de que me desee tanto como yo a él solo significa que la atracción es mutua—, voy a necesitar poner distancia entre nosotros. Porque, si no, voy a volverme loca. O también cabe la posibilidad de que me abalance sobre él. Por eso, como la gran impulsiva que soy, tomo la primera decisión que se me ocurre. Le envío un wasap a mi madre, que me responde al cabo de un par de minutos. Nada más recibir su

confirmación, llamo por teléfono a Sam. Todo me parece más sencillo si la tengo a mi lado.

—¡Hola! —la saludo con tono enérgico y nervioso—. ¿Te encuentras bien? Te marchaste sin avisarme…

—Me dolía muchísimo la cabeza —se excusa.

—¿Estás mejor?

—Sí, no te preocupes.

—¿Te apetece venir conmigo a San Gimignano? —le pregunto de sopetón.

Se hace el silencio durante unos segundos.

—No sé si te he oído bien.

—Voy a visitar a mi madre, pero no quiero ir sola. No te sientas obligada a acompañarme si no te apetece.

—Por supuesto que iré contigo —responde de carrerilla—. Solo necesito que seas sincera conmigo. —Hace una pequeña pausa—. ¿Por qué ahora?

—Porque me estoy volviendo loca —admito en voz baja.

—O sea que la decisión de visitar a tu madre tiene que ver con Pol —dice disgustada—. No puedes dejar que tu vida gire en torno a una persona.

—Lo sé. —Trago el nudo que tengo en la garganta—. Quiero alejarme de él durante una temporada. Y ahora más que nunca necesito a mi madre, pero no soy capaz de ir a verla sin ti. Perdona, no quiero ponerte en un compromiso.

—No me pones en ningún compromiso, boba —me tranquiliza—. Para eso estamos las amigas.

Suspiro aliviada.

—Entonces ¿te apuntas?

—¿Cuándo salimos?

—En el primer avión con destino a Florencia.

—San Gimignano, allá vamos.

—Sammy —digo antes de que cuelgue—, de verdad que no sé qué haría sin ti.

Llegamos al aeropuerto de Roma a las diez y media de la noche y vamos directas a la parada de taxis. Un par de adolescentes me reconocen y me piden una foto. Sam hace una broma sobre mi popularidad y le saco la lengua porque estoy convencida de que su fama también traspasará las fronteras nacionales dentro de poco. El viaje en taxi dura aproximadamente una hora, por lo que a las once y media atravesamos la muralla del pequeño pueblo de la Toscana. Mi madre vive a las afueras, en una preciosa casa solariega de piedra rodeada de castaños y olivos que parece sacada de un cuento medieval. Es increíble que sea la primera vez que vengo, pero, si recuerdo que se marchó cuando era una niña, en el fondo no es tan raro que me haya mostrado inflexible. Antes de subirnos al avión, llamé por teléfono a mi hermano para contarle que iba a estar un par de días en casa de nuestra madre. Leo se quedó de piedra, aunque no hizo ninguna crítica y se limitó a decirme que lo pasara bien. Le pedí que no se lo contara a nuestro padre. No sé cómo iba a tomárselo. A él le dije que me iba de fin de semana con Sam a la playa. Odio ocultarle que he venido a visitar a mi madre, pero lo último que quiero es hacerle daño.

—Tal vez deberías llamar —dice Sam con tacto. Está teniendo demasiada paciencia. Llevamos casi quince minutos paradas delante de la puerta. Incluso Percy, que ha venido con nosotras, se cansa de mi indecisión y se mete en el transportín para seguir durmiendo. Sam me aprieta el brazo con cariño—. Solo es tu madre.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido —digo agobiada —. No sé por qué llegué a la conclusión de que la necesitaba. En el fondo, no es más que una extraña. ¿Sabes qué? Vámonos a algún balneario de lujo. Nos daremos masajes y elegiremos algún tratamiento de belleza.

—Gabi, ya la has avisado de que venías.

—Le enviaré un mensaje para decirle que cancelaron nuestro

vuelo.

Cojo el transportín de Percy, lo pongo encima de la maleta y arrastro a Sam conmigo. Estamos en medio de la nada y el taxi se marchó hace un buen rato, pero eso no me impide caminar cuesta arriba de regreso al pueblo. Hasta que de repente se abre la puerta y aparece una mujer rubia y delgada, con un vestido blanco con motivos étnicos y un chal por encima de los hombros. Si no fuera mi madre, pensaría que no tiene más de treinta años. En su rostro de líneas suaves y algo infantiles resplandecen dos enormes ojos azules. Aunque seamos un par de extrañas, parecemos dos gotas de agua.

—¡Gabriella! *La mia piccolina!* —exclama con su marcado acento italiano—. Me tenías *molto preoccupata*. Pensé que el taxista se había perdido. El GPS se vuelve loco en esta zona.

—Eh… hola, mamá. —Freno en seco y suelto la maleta en un intento por fingir que no pretendía largarme—. Acabamos de llegar.

—*Vieni qui!* —exclama con los brazos extendidos.

No entiendo ni una palabra de italiano, pero sospecho lo que quiere al acercarse a mí. Que nos hayamos visto muy pocas veces a lo largo de mis veintiún años no significa que me haya olvidado de cómo son sus abrazos. Mi madre siempre me abraza como si no quisiera soltarme, algo ridículo si pienso que se largó cuando yo era una niña. Como siempre, no puedo evitar ponerme rígida. Nunca le devuelvo los abrazos. Me limito a dejarme abrazar mientras me pregunto por qué diantres he venido a visitarla si sigo tan resentida con ella.

—Ah, tú debes de ser la amiga *della mia principessa*. *Io sono* Ludovica, pero puedes llamarme Ludo. —Deja de abrazarme para espachurrar a Sam, que sí corresponde a su abrazo un tanto sorprendida—. Las amigas de *mia figlia* son mis amigas.

Pongo los ojos en blanco. Es una intensa de mucho cuidado. Leo la llama *prima donna,* según él porque tiene complejo de

mamma protagonista. Siempre lo reprendo por hablar así de nuestra madre. Ahora, sin embargo, un montón de sentimientos contradictorios me suben por la garganta al verla abrazar a Sammy como si nuestra relación fuera tan idílica que conociera a todas mis amistades.

—*Bienvenuta* a casa, Samantha. —Mi madre le revuelve el pelo como si la conociera de toda la vida.

—Sam —la corrijo.

—Oh, Sam. *Lo adoro!* —exclama riéndose, y Sam le devuelve la sonrisa—. Debéis de estar hambrientas. He preparado algo *per* cenar.

Mi madre agarra mi maleta y Percy comienza a ladrar como una alimaña enfurecida porque lo acaba de despertar. Entonces se lleva una mano al pecho y suelta un pequeño grito que me saca la primera sonrisa de la noche.

—*Chi è questo bellicoso?*

—Percy —respondo sin entender lo que ha dicho.

—¡Tienes un perro! —En cuanto coge a Percy en brazos, mi pequeñín se relaja y le lame la cara. Mi madre se ríe y le rasca entre las orejas—. ¡Es adorable! ¿Cómo convenciste a tu padre? *È un osso duro*. No le gustan los perros.

—Ya, bueno… Es una larga historia. —Le arrebato mi maleta—. Puedo sola.

Mi madre nos enseña la casa y nos pide que nos instalemos en cualquier habitación de la segunda planta. Es una casa enorme y me pregunto para qué le servirán tantos dormitorios si vive sola. Escogemos uno con balcón y una enorme cama de matrimonio cuyas paredes están decoradas con varios lienzos, seguramente regalos de los artistas a los que ha representado.

—*¡Ragazze,* la cena! —grita mi madre desde la planta baja.

Suspiro y me vuelvo hacia Sam, que está deshaciendo la maleta.

—Lo siento, es muy intensa.

—Me cae bien —responde con una sonrisa—. Es agradable que te reciban con los brazos abiertos.

—Acabarás harta de ella.

Sam me intercepta antes de que salga y me pone una mano en el hombro.

—Ey, dale una oportunidad —dice con suavidad—. Has venido para estar con ella. No dejes que el pasado te arruine el presente. No desperdicies el tiempo viviendo en el rencor. No sirve de nada.

—No me sale ser cariñosa con ella —respondo con sinceridad. Al ver la expresión esperanzada de mi amiga, añado entre dientes—: Intentaré ser más amable, pero no prometo nada.

Bajamos a la cocina, del mismo estilo provenzal que el resto de la casa, y me sorprendo al contemplar el banquete que nos ha preparado. Hay embutido, pan de ajo, ensalada caprese, verduras al horno y *gnocchis*. Estoy cansada del viaje y ver la comida me ha abierto el apetito. Mi madre me mira ilusionada, como una niña pequeña que espera recibir aprobación.

—Gracias —digo con una sonrisa forzada.

—*Bienvenuta a casa, figlia mia* —responde sin ocultar su emoción.

Me siento a la mesa con ese pellizco de añoranza que me ha acompañado durante toda mi vida. No sé si seré capaz de tratarla como a una madre. Sí, es cierto que me hizo mucha falta cuando era una niña. Sin embargo, ahora soy una adulta que es incapaz de mirarla sin resentimiento.

39
Pol

—¿Y Gabi? —pregunto extrañado.

—Se ha ido a pasar el fin de semana a San Gimignano —responde Leo en la que probablemente sea la conversación más larga que hemos tenido durante todo el día.

—¿Ha ido sola a ver a vuestra madre? —Estoy desconcertado. Gabi y Leo nunca han pisado el pueblo de su madre. Sé que él no tiene la menor intención de reconciliarse con ella, pero Gabi siempre ha tenido esa espinita clavada. Lo que me descoloca es que se haya atrevido a ir sola si se tiene en cuenta la relación tan tirante que hay entre ellas.

—Sam la ha acompañado.

«Sam».

Intento poner cara de póquer, pero me da que no funciona porque Axel me mira de reojo con el ceño fruncido. Leo está demasiado ocupado afinando la guitarra como para darse cuenta, lo cual agradezco. Desde que he llegado, se ha limitado a ignorarme. Seguro que necesita digerir que me he besado con su hermana pequeña. En fin, que le den. Es su problema, no el mío. De hecho, yo disfruté muchísimo del beso y daría lo que fuera por repetirlo. Por desgracia, Gabi se ha ido a visitar a su madre con su mejor amiga y ahora no puedo hablar con ella.

Algo muy parecido a los celos me revuelve el estómago. Gabi podría habérselo pedido a Axel y él la habría acompañado sin dudar. Si me lo hubiera dicho a mí, habría tardado menos de un minuto en hacer la maleta. Sé lo mucho que le afecta haberse criado sin su madre. Es un tema muy espinoso del que

habla muy poco. Joder, ¿por qué ha tenido que contar precisamente con esa recién llegada?

—No me parece bien que se haya largado mientras nosotros terminamos de componer el disco —me quejo.

—Es sábado y tiene derecho a tomarse un descanso. No le veo nada de malo —la justifica Leo.

—¿No te parece raro que haya ido a visitar a vuestra madre justo ahora?

Leo se encoge de hombros.

—Que haga lo que quiera. No es asunto mío. —Levanta la cabeza para mirarme—. No se lo digas a mi padre. No sabe que está en casa de nuestra madre.

—Qué bonito —respondo con ironía—. Secretos en la familia.

—Como si tú fueras el más indicado para dar consejos familiares —sisea antes de volver a centrarse en la guitarra.

—Mira, que te den. —Me levanto y suelto la partitura—. Si ella puede tomarse el fin de semana libre, yo pienso hacer lo mismo.

—Qué maduro por tu parte.

Paso de él y voy a buscar el casco de la moto. Axel me intercepta antes de que salga de la casa. Pongo los ojos en blanco. Ya sé lo que va a decir. Luego me recuerdo a mí mismo que es mi amigo y que no tiene la culpa de mi mal humor, así que intento relajarme.

—¿Qué te pasa? —pregunta con tono prudente.

—Nada —resoplo—. Es solo que Gabi debería ser más selectiva con sus amistades. Me preocupa que se lleve una decepción.

Axel enarca las cejas.

—¿A qué viene eso?

—Da igual —respondo evasivo. Él no estuvo en la grabación del videoclip y, por tanto, no vio lo mismo que yo. Creerá que

exagero—. ¿Te apetece quedar esta noche para tomar algo?

—Pues claro. Aviso a Leo y…

—Los dos solos —le aclaro.

Axel suspira abatido.

—Es una mierda estar en medio. Paso de obligaros a hacer las paces. Ya he tirado la toalla y sois mayorcitos. Pero deberíais tenerlo en cuenta. No me cabe en la cabeza que mandéis a la mierda una amistad de tantos años por un ridículo malentendido.

—Gabi y yo…

—Ah, no. —Levanta los brazos para que me detenga—. No quiero saber nada de lo que haya pasado entre vosotros. Prefiero que no me calentéis la cabeza con vuestras idas y venidas. Soy vuestro amigo, os quiero por igual y no tenéis que darme explicaciones.

—A Leo tampoco se las debemos —digo irritado.

—Es su hermana pequeña.

—Y yo soy su amigo.

—Exacto. Ese es el problema. Si crees que para él es fácil…

—¿Sabes qué? —le espeto malhumorado—. Si vas a darme un sermón, prefiero no quedar contigo esta noche.

Axel cabecea.

—Nos vemos a las diez, capullo.

—Adiós, grandullón.

Doy una vuelta sin rumbo con la moto porque necesito desfogarme. Joder, no me puedo quitar a Gabi de la cabeza. Me hace demasiada falta. No entiendo por qué se ha largado a Italia. Necesito verla. Me he pasado toda la noche sin pegar ojo, recordando nuestro beso y el tacto suave de sus labios. A las cuatro de la madrugada me levanté empalmado y tuve que meterme en la ducha. Hoy tenía la esperanza de hablar con ella para aclarar las cosas. ¿Por qué se ha largado? ¿De quién huye? No lo entiendo… Sé que el beso le gustó tanto como a mí.

Maldita sea, esas cosas se notan. Y ahora me tengo que tragar que se haya marchado a Italia con esa amiga que no se despega de ella.

Voy a vestirme para salir con Axel cuando Lila me llama por teléfono. Mi querida Lila. Adoro a esa pelirroja. Solemos hablar mucho por teléfono y algunas veces voy a Madrid para visitarla. Un día le dije a Axel que, si se atrevía a cortar con ella —algo imposible porque sé que está enamorado hasta las trancas—, le pediría una cita. Por supuesto, bromeaba. Solo la veo como una amiga.

—Axel te ha pedido que me llames para que me convenzas de hacer las paces con Leo —digo nada más descolgar.

—En primer lugar, hola, yo también me alegro de oír tu voz. ¿Qué tal estás?

—Fatal. ¿Y tú?

Lila se ríe.

—Acabo de bordar un examen, así que de maravilla. Y Axel no es ningún chivato, por lo que acabo de enterarme de que estás enfadado con Leo. ¿Qué ha pasado?

La pongo al día de lo sucedido, aunque me callo el hecho de que estoy que me subo por las paredes por no consumir. Aunque Lila es bastante lista y seguro que lo sabe. Me escucha sin decir nada hasta que termino.

—Vaya…

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Es que… no sé. Menuda situación tan complicada —reflexiona—. Pero se veía venir de lejos. Siempre me he preguntado por qué Gabi y tú no os enrollabais si estaba clarísimo que había muchísima tensión sexual entre vosotros.

—Y ahora la hay más que nunca.

—Los videoclips entre amigos los carga el diablo. ¿Cómo se te ocurrió aceptar?

—Quería hacerla feliz —respondo de carrerilla. No obstante,

con ella puedo ser del todo sincero. Me ha demostrado ser una tumba y sé que nuestras conversaciones quedan entre nosotros —. Bueno, y también quería fastidiar un poco a Leo.

—Ay, Pol…

—Lo sé. Soy lo peor.

—¡No eres lo peor! —exclama escandalizada—. Una vez te quedaste despierto hasta las cinco de la mañana mientras te tocaba por teléfono la «Sonata número 18» de Schubert porque estaba atacada de los nervios antes de aquel examen. Y luego estuviste una hora sin parar de contar chistes malos para que me relajara. Eres un buen amigo.

—Soy lo «casi» peor —matizo—. Es bueno saberlo.

—Es evidente que tienes una conversación pendiente con Leo —sugiere, lo que me provoca un gruñido de protesta—. Sabes que no soy la clase de amiga que te dice lo que debes hacer. Solo era una observación. Además de ser tu amigo, es tu compañero de trabajo. No podéis mantener ese ambiente de trabajo hostil. Os vais a cargar el grupo.

—Examigo —la corrijo con aspereza.

—Ja, a otra con ese cuento.

—No eres tan lista como te crees, pelirroja.

—No eres tan duro como aparentas, chaval.

—Chaval. —Me río—. Olvidaba que hablar contigo siempre me pone de buen humor.

—Pues ya sabes, llámame alguna vez —me recrimina, y sé que tiene razón—. Y ahora explícame por qué te cabrea tanto que Gabi se haya largado con su amiga a visitar a su madre.

—No me cabrea —le aclaro—. Bueno, un poco sí. Me saca de mis casillas que se haya marchado justo cuando tenemos una conversación pendiente.

—Tenéis una conversación pendiente desde hace muchos años. Seguro que puedes esperar un par de días. No seas como el perro del hortelano. Los celos te sientan como el culo.

—Qué crueles sois las pelirrojas.

—¿Por qué no te cae bien Sam?

—No me cae mal. De hecho, siempre he sido agradable con ella, hasta que me di cuenta de que no me puede ni ver.

—¿Y eso?

—Sam está enamorada de Gabi.

Se hace un breve silencio.

—Que Sam sea lesbiana no significa que le gusten todas las mujeres —dice algo indignada—. Tú eres heterosexual y no doy por hecho que estés enamorado de mí. Eres muy poco objetivo.

—Tú no la viste ayer —le explico—. La encontré llorando encerrada en un armario después de que Gabi y yo nos besáramos. Y entonces entendí de golpe por qué le caigo tan mal. Está enamorada de Gabi. Si hubieras visto cómo me miraba, me darías la razón. Lo peor de todo es que Gabi ni se lo imagina. ¿Te haces una idea de lo injusto que es para ella? ¡De repente no puede vivir sin su mejor amiga, que resulta que se ha enamorado de ella!

—Ostras… —musita Lila.

«¿Ostras?». Más bien diría: «Catástrofe inminente a la vista». Cuando Gabi se entere de que Sam la ve como algo más que una amiga, no tengo del todo claro cuál será su reacción. Lo único que sé es que me encantaría coger el primer avión con destino a Italia para reencontrarme con ella y besarla hasta que me faltase el aliento.

40
Gabi

San Gimignano es un bellísimo pueblo amurallado situado en las colinas de la Toscana, a sesenta kilómetros de Florencia. Mi madre nos hace un tour por las calles adoquinadas, las casas de piedra, las plazas abarrotadas de turistas, las *trattorias* y los torreones de origen medieval. Se nota que su gran pasión es el arte, porque no para de hablar con tono enérgico cada vez que nos paramos delante de algún monumento. Al llegar a la Piazza del Duomo, nos ofrece una clase de historia del arte. Sam la escucha con fascinación mientras yo me aburro como una ostra. Después de tomar un helado en la que mi madre nos asegura que es la mejor heladería de la zona —la verdad es que el helado de pistacho que escojo está delicioso—, vamos a un mirador con vistas a la Toscana. El paisaje es de una belleza espectacular. A diferencia de los edificios grises y calcáreos, aquí se respira naturaleza pura. La luz del sol baña los campos cubiertos de olivos, viñedos y cipreses. Las colinas se extienden bajo el cielo azul y están salpicadas de casas de piedra. Lo único que se escucha es el rumor de las cigarras y el susurro del viento agitando las ramas de los árboles. A lo lejos, el campanario de la iglesia se alza hacia el cielo, iluminado por la intensa luz del sol, que le otorga un aspecto majestuoso.

—A San Gimignano se lo conoce como la Manhattan medieval porque tiene catorce torres que fueron construidas entre los siglos XII y XIII. Las familias más poderosas competían por construir la torre más alta, lo cual era un símbolo de poder —nos explica mi madre—. En la planta baja se encontraba el

taller, en la primera las habitaciones y en la última la cocina.

Sam le pregunta algunas dudas mientras me hago un selfi en el mirador. De repente, mi madre se cuela en la foto y saca la lengua. Ay, Dios, parece una quinceañera. Al ver mi expresión tensa, me mira avergonzada.

—Te he estropeado la foto.

—No, qué va. —Fuerzo una sonrisa. Le prometí a Sam que sería más amable y quiero hacer un esfuerzo—. Vamos a hacernos una foto las tres juntas.

—Voy a pedirle a *quel signore* que nos la haga —propone mi madre.

—¡No, déjalo! —La agarro del brazo para que se esté quieta. Me he dado cuenta de que el hombre al que señala va acompañado de sus dos hijas, que no paran de mirarme boquiabiertas mientras se dan codazos—. Mejor nos hacemos un selfi.

Nos hacemos varias fotos y luego mi madre me arrebata el móvil y me pide que pose con Sam. Es imposible no llamar la atención cuando tu madre italiana grita a pleno pulmón: «¡Bellissime! Le mie ragazze divina! Adoro!». Las chicas que me miraban indecisas deciden acercarse a mi madre y sé lo que va a suceder a continuación.

—*Certi che è Gabi Luna* —les dice orgullosa—. *È mia figlia. Sarà felice di farsi una foto con voi.* —Entonces se vuelve hacia mí y me hace un gesto con la mano para que me acerque—. Gabriella, ¡ven aquí! *Queste belle ragazze* quieren hacerse una foto contigo.

—Genial —mascullo entre dientes.

Mi madre hace de traductora y me explica que las chicas son grandes seguidoras del grupo y fueron al concierto que dimos en Roma. Me hago un par de fotos con ellas para quitármelas de encima cuanto antes, pero a mi madre le encanta hablar y me obliga a darle un consejo a la más joven, que dice que

quiere ser cantante. Estoy agotada de fingir que soy simpática cuando por fin se marchan. ¿De verdad no puedo estar un par de días de vacaciones sin que nadie me reconozca?

—Debe de hacerte mucha ilusión despertar tanta admiración en los demás —dice muy alegre.

—Ya, bueno. La verdad es que he venido a relajarme y prefiero pasar desapercibida. Es mi pan de cada día y llega un momento en el que solo quiero que me dejen en paz.

A mi madre se le descompone la expresión.

—*Mi dispiace* —se disculpa avergonzada—. Estoy tan orgullosa de ti y de todo lo que has conseguido… No volverá a pasar. Debería haberte preguntado.

—No pasa nada —la tranquilizo—. De verdad.

—¡Os invito a mi *ristorante* favorito! —exclama más animada —. *Lo amerete!* Hacen unos *penne all'arrabbiata* que están de muerte.

Mi madre sale disparada con su típico andar enérgico y Sam aprovecha para colocarse a mi lado.

—Relájate —me aconseja—. Sé que es difícil para ti, pero dale una oportunidad.

—Lo intento. —Respiro hondo—. De verdad que sí. Es solo que somos muy diferentes y no estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo con ella. Me saca de mis casillas que sea…

—¿Una madre orgullosa que se pone contenta cuando reconocen a su hija?

—Ya. —Hago una mueca—. Tienes razón. Al fin y al cabo, los periodistas me tildan de famosa estirada por algo. No todo lo que dicen de mí es mentira.

—¡Ey! —Me da un empujoncito con el hombro—. No he dicho que seas una estirada. Todos tenemos derecho a desconectar. A veces a mí también me pesa que me reconozcan por la calle, y eso que no soy ni la mitad de famosa que tú. Lo que intento decirte es que no desperdicies esta oportunidad de

conocer a tu madre. ¿Y si te sorprende? Quizá te caiga bien. Los prejuicios son nuestro peor enemigo para abrirnos a los demás.

—Vaaale.

—*Dai, ragazze!* —nos llama mi madre.

Esbozo mi mejor sonrisa falsa y cojo la mano de Sam. Al estar juntas no solo tengo la impresión de que todo es más fácil, sino de que también saca algo muy bueno de dentro de mí que ni siquiera sabía que tenía. Desde luego, me gusta la persona que soy a su lado. Siempre deberíamos quedarnos con quien nos obliga a ser nuestra mejor versión.

Estoy sentada a la mesa de la cocina mientras mi madre prepara chocolate caliente. Es una sensación extraña. Durante toda mi infancia soñé con compartir momentos como este con ella, pero ahora mismo siento que ya es demasiado tarde. ¿Podemos recuperar el tiempo perdido o debemos aceptar el pasado aunque queramos borrarlo? No sé si podremos tener una relación de madre e hija. De hecho, ni siquiera sé si me apetece intentarlo. Aunque la necesité cuando era una niña, ahora soy una adulta. Debería ser capaz de tomar decisiones sin echar en falta su consejo.

—*Tieni, cocca mia*. —Me entrega una taza.

No sé lo que significa. Supongo que será alguno de los apelativos cariñosos que utiliza. El italiano es algo más que sumar a la lista de cosas que nos hemos perdido. Como los chocolates calientes y las conversaciones en la cocina.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta preocupada.

—Sí. —Esta vez no he tenido que fingir. A pesar de ser muy intensa, mi madre es una mujer divertida y nos ha llevado a un restaurante en el que hemos comido de maravilla—. Ha estado guay.

—Ya sé que te has aburrido un poco durante la excursión por la ciudad —dice sin un ápice de acritud—. Me ha podido la emoción. Mis padres me contagiaron el amor por este pueblo. Él era escultor y ella profesora de arte en un instituto.

—No lo sabía.

Mis abuelos maternos fallecieron cuando era muy pequeña y nunca hemos hablado de ellos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ya. —No quiero sonar agresiva, pero mi tono la obliga a enderezar la espalda. Por eso me esfuerzo en ser más accesible, tal y como le prometí a Sam—. Es normal que te emocionaras al guiarnos por la ciudad. Tu gran pasión es el arte. ¿Todos estos cuadros son de artistas a los que has representado?

—¡Sí! —Se levanta de un salto y va hacia el cuadro de unas viñas en el que una mujer pelirroja posa de espaldas—. Este es uno de mis favoritos. Lo pintó *mio carissimo* amigo Federico. ¡Ahora es un pintor que expone en Nueva York! Y este otro cuadro es del famoso Luigi Bocelli. Nadie daba un duro por su estilo, pero en cuanto lo vi supe que tenía algo diferente.

La dejo hablar de sus cuadros y de vez en cuando le hago alguna pregunta para no hacerla sentir mal. Es increíble que mi padre me contagiara su gran amor por la música, pero no tenga ni una pizca de interés por el arte si pienso que mi madre es una famosa marchante y ha descubierto a muchos artistas.

—¡Te estoy aburriendo! —Se ríe.

—¡No, no! —Le doy un sorbo al chocolate mientras me invento alguna excusa—. Es increíble. Sin ti esos pintores no serían tan famosos.

Mi madre se encoge de hombros.

—El talento es el motor del mundo. Que alguien no sepa ver lo bueno que hay en ti no significa que no lo tengas. Habrían encontrado a otra persona que se fijara en ellos. —Se resta mérito. Sonríe al mirar por la ventana. Sam ha salido a jugar

con Percy e intenta enseñarlo a dar la patita—. Me cae bien.

—Sí, Sammy es genial.

Mi madre se sienta a mi lado y pone su mano sobre la mía, me dedica una sonrisa cómplice que me descoloca porque no sé a cuento de qué viene.

—*Sono felice* que hayas venido a presentármela.

—No te entiendo.

—¡Gabriella! —Se ríe y me deja aún más desconcertada—. Aunque tenga cuarenta y ocho años soy una *donna molto moderna*.

Frunzo el ceño. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? No me gusta nada los derroteros por los que va esta conversación.

—No he venido a presentarte a Sam —le explico—. Le pedí que me acompañara porque…

—Lo entiendo, *tranquilla*. —Me da un par de palmaditas afectuosas en la mano—. No me des explicaciones. *È una brava ragazza*. Es *tutto* lo que me importa.

—Un momento. —Aparto la mano con brusquedad—. ¿No querrás insinuar que Sam y yo…? ¡Mamá!

—*Non arrabbiarti con me*.

—¡Háblame en español! —le grito perdiendo los papeles—. Tienes dos hijos españoles. ¡Podrías esforzarte un poco más!

Mi madre se sonroja.

—No te enfades conmigo, Gabriella —repite en español—. *L´amore è*…

Me levanto de un salto y la atravieso con la mirada.

—¿En serio? ¿Ahora quieres estropear mi amistad con Sam? Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Cuál es tu problema? —Mi madre me mira confundida, lo que acrecienta mi enfado—. ¡Sam y yo solo somos amigas! Si me conocieras un poco, algo imposible debido a que te largaste cuando tenía tres meses porque no me querías, sabrías que me gustan los hombres. Y también sabrías que Sam es mi mejor amiga. ¡Mi amiga, mamá!

—Gabriella, tesoro, *io non*… —Se le llenan los ojos de lágrimas y le tiembla la voz—. No pretendía destruir vuestra amistad. *Ma ho notato la vostra* complicidad, *ho visto* cómo te mira y…

—¡Ni se te ocurra! —le advierto hecha una furia—. ¡No voy a permitir que enturbies nuestra relación con tus tonterías! Sam solo me ve como una amiga. ¿Cómo te atreves a insinuar lo contrario?

—Gabriella, por favor…

—¡No me toques! —Me aparto de ella y voy hacia la puerta —. Debería haber sabido que venir aquí sería un error. No sé en qué estaba pensando.

Nada más salir de la casa, me doy de bruces con Sam, que me mira preocupada con Percy en brazos. Seguro que ha oído los gritos. No obstante, no puedo contarle la verdad. No quiero que se preocupe por lo que ha dicho mi madre ni que tema que vaya a empezar a mirarla de otra forma. Me da pánico perderla.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—Nada —respondo esquiva—. Necesito dar un paseo.

—Te acompaño.

—No.

Sam se queda bastante descolocada.

—Oye, ya sabes que puedes contármelo todo.

—Si no doy un paseo, voy a volver a gritarle. Será mejor que me vaya.

—De acuerdo, déjame ir contigo y me lo explicas.

—¡No quiero! —chillo fuera de mí—. ¡No tengo por qué contártelo todo! ¡Dame mi espacio, joder!

Sam abre los ojos de par en par. Luego retrocede con Percy en brazos, aprieta los labios y asiente dolida. Se da la vuelta y entra en la casa. Me siento la peor amiga del mundo por haber perdido los estribos con ella.

«Muchas gracias, mamá».

Antes de que pueda decir algo más de lo que me arrepienta, sigo el sendero que conduce al pueblo con la esperanza de tranquilizarme.

41
Gabi

Solo a mí se me ocurre atajar por un campo de olivos para llegar al pueblo, que está a cinco kilómetros a pie. Me arde el tobillo, se ha hecho de noche y cabe la posibilidad de que me ataque un lobo. A ver, no sé si hay lobos aquí, pero una vez vi un documental sobre depredadores en la Toscana y se me quedó mal cuerpo cuando un halcón cazó un pato. Suelo verlos para que me entre el sueño, pero lo único que conseguí fue que se me revolviera el estómago.

Mierda, ¿eso que acabo de escuchar ha sido un aullido?

Intento levantarme y, nada más apoyar el pie, una sacudida de dolor me obliga a sentarme. Después de darme por vencida, decido llamar a la única persona que puede echarme un cable. Es eso o hacerme entender en español con el teléfono de emergencias.

—Hola —digo con voz llorosa en cuanto Sam descuelga.

—¿Qué te pasa? —pregunta de golpe—. ¿Te encuentras bien?

—Me he torcido el tobillo y no sé dónde estoy.

—Dime qué es lo que ves —me ordena con tono tranquilo. Hay que reconocer que Sam es la clase de persona que siempre mantiene la calma.

Miro a mi alrededor.

—Olivos.

—¿Qué más?

—Muchos olivos.

—¿Dónde te has metido? —inquiere preocupada.

Su tono asustado me agobia más de lo que ya estoy. Contengo un sollozo. Alguien debe mantener la calma, y ese alguien debe ser ella porque yo estoy a punto de hacerme un ovillo debajo del olivo en el que me encuentro sentada y rezar para que amanezca pronto.

—Cogí el sendero que conduce al pueblo, pero a medio camino me harté de andar y pensé que podría cortar por el campo de olivos. Entonces me tropecé con la raíz de un árbol —le explico avergonzada—. Ya sé que soy una tonta por haber salido cuando oscurecía. Solo quería desahogarme un poco.

—Mándame la ubicación y una foto —me pide—. Tú tranquila, ¿de acuerdo? No estás muy lejos. Te encontraré.

—¿Y si me come un autillo?

—Los autillos comen insectos.

—¡Pues un lince!

—Los linces son una especie endémica de la península ibérica.

—¡Lo que sea! —exclamo aterrada—. ¿Podrías darte prisa? Tengo muchísimo miedo. Te juro que he escuchado un aullido.

—Estoy segurísima de que lo único que puede atacarte es una de esas culebras no venenosas.

—¡Sammy! —lloriqueo—. ¿Me querrás si me muero aunque no hayamos hecho las paces?

—Procura no morirte. Así podrás pedirme disculpas.

—¡Socorrooo! —chillo perdiendo los nervios.

—Ya voy, Gabi. —La escucho contener la risa a duras penas —. En serio, estaré ahí en diez minutos.

—Ni siquiera sabes dónde estoy.

—Utilizaré mis poderes telepáticos.

—¡No me vaciles!

—Te prometo que te encontraré —dice más seria—. Y luego celebraremos que no has muerto devorada por un lobo con una tarrina enorme de Ben & Jerry’s que he visto en el congelador.

—Te tomo la palabra —respondo algo más tranquila—. Ah, no avises a mi madre. No quiero verla.

Sam se despide y cuelga. Apoyo la espalda en el tronco e inspiro hondo, siguiendo la técnica de respiración que utilizo antes de los conciertos. Me queda poca batería y no quiero atosigar a Sam a llamadas, pero ya han transcurrido más de diez minutos. Enciendo la linterna y alumbro hacia arriba, por si así puedo ayudarla a que dé conmigo. Muevo el brazo a ambos lados y grito como una histérica:

—¡Estoy aquí!

Al cabo de unos segundos, escucho:

—¡Ya voy!

El alivio se apodera de mí al oír la voz de Sam. A lo lejos la veo abrirse paso entre los olivos y hago un puchero al mirarla a los ojos. Qué manera tan espantosa de hacer el ridículo. Sin embargo, me siento de maravilla cuando nos fundimos en un abrazo con olor a coco. Le suplico que me perdone y ella me frota la espalda y me asegura que todo está bien.

—Siento muchísimo haberte gritado —insisto abochornada—. Estaba furiosa con mi madre y lo pagué contigo. De verdad que lo siento. No quiero perderte.

—Las buenas amigas discuten alguna vez. —Me guiña un ojo—. Debería haber dejado de insistir al ver que necesitabas tu espacio.

Sam examina mi tobillo y me sobresalto cuando me toca donde me duele. Consigo ponerme de pie al apoyar parte de mi peso en ella. Me pasa un brazo por la cintura y me da un beso en la mejilla que me saca una sonrisa. Su pelo me hace cosquillas en la cara y, a pesar de que me arde el tobillo, me siento inesperadamente mejor.

—¿Te ha contado mi madre por qué discutimos?

—No, ni yo se lo he preguntado.

Me quedo más tranquila. Sé que mi madre se equivoca. Lo

último que quiero es que Sam dé por hecho que voy a alejarme de ella. Su amiga del instituto la traicionó cuando ella le contó que le gustaban las chicas. No quiero que un malentendido absurdo pueda separarnos.

—Quiero irme esta misma noche —digo con tono inflexible.

—Gabi…

—Hacemos las maletas, pedimos un taxi y pasamos la noche en el hotel más cercano al aeropuerto. No me apetece seguir aquí.

—Oye… —Sam se detiene. A lo lejos diviso el coche de mi madre y pongo mala cara al verla en el asiento del conductor—. Es obvio que tenéis una conversación pendiente.

—¡Te dije que no la trajeras! —le reprocho.

—¿Y cómo iba a encontrarte? —Pone los ojos en blanco—. En cuanto le he enseñado la foto, ha sabido dónde estabas. Se conoce este campo de olivos como la palma de su mano. No seas ridícula y habla con ella.

—Es una extraña.

—Es tu madre —me corrige—. Siempre será una extraña si tú quieres que lo sea.

De mala gana, acepto que mi madre me cure el tobillo. He de reconocer que me siento algo mejor después de haberme tomado un analgésico y que me lo haya vendado. Por desgracia, lo bueno dura poco y nos sumimos en un tenso silencio cuando Sam nos deja solas. Me cruzo de brazos y clavo la mirada en la pared. No soporto ver a mi madre tan deshecha, como si yo tuviera la culpa de todo.

Después de un buen rato, carraspea y busca mi mirada.

—Me ha dolido que dijeras que me marché porque no te quería —dice con tono apagado.

—¿Quieres que hablemos de ello? —Levanto la cabeza y la

fulmino con la mirada—. Genial, esta conversación llega con veintiún años de retraso. En primer lugar, no te marchaste, nos abandonaste. ¿Entiendes la diferencia?

—*Non dire cosi, mia cara bambina* —susurra muy triste.

—En español, si no te importa —le ordeno con acritud—. Si me hubieras criado, es posible que entendiera el italiano. Pero crecí con un padre que solo habla español.

Mi madre se encoge como si la hubiera golpeado. Me odio por hacerle daño, pero no puedo parar. Tengo mucha rabia acumulada y necesito expulsarla de una maldita vez. Soy un volcán que acaba de entrar en erupción.

—Te quiero con todo mi corazón, Gabriella. —Va a cogerme la mano, pero se lo piensa mejor y la deja caer—. Tú y tu hermano sois lo más importante *dalla mia vita*.

Se me escapa una carcajada desprovista de humor.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunto indignada—. ¡Te largaste! Es evidente que lo más importante de tu vida es tu carrera.

—*¡Non,* Gabriella! —Su voz es un rugido de dolor que me deja muy impactada—. Cuando te tuve en mis brazos por primera vez, eras tan pequeña y frágil… Te parecías tanto a mí… *Mi sono innamorato di te*.

—No te entiendo —protesto dolida—. Para quererme tanto, te largaste a los tres meses de que yo naciera.

—Y ese error me perseguirá *per sempre* —admite compungida —. Dejaros fue la peor decisión de mi vida. No hay día que no me arrepienta de haberme marchado.

—¡Podrías haber vuelto! —exclamo hecha un mar de lágrimas—. ¿Sabes cuántas veces soñé que venías a recogerme al colegio? ¿Sabes cuántas veces me fui a la cama pensando que aparecerías por la puerta y volveríamos a ser una familia?

—Gabriella…

—¡No me toques! —Me aparto de ella con brusquedad—. Me

preguntaba una y otra vez qué había hecho mal. Me culpaba porque te marchaste cuando yo nací. Y tú solo nos llamabas alguna vez, como si fuéramos un estorbo y tuvieras que cumplir una obligación.

—¡Me dolía no poder estar con vosotros! —estalla llorando —. ¡Me rompía el corazón!

—¿Y por qué no volviste? ¿Eh? —le recrimino sin entender nada—. Si tanto te dolía, ¿por qué no volviste?

Mi madre sacude la cabeza con pesar.

—No hay que remover *il passato*.

Pego un puñetazo en la mesa. Estoy cansada de sus excusas. Debería haber seguido el ejemplo de Leo.

—Me voy.

—Gabriella, *per favore* —me suplica con cara agotada.

—No hace falta que finjas que me quieres. Estoy harta.

—¡Gabriella! —grita hecha una furia, y acto seguido me suelta una perorata en italiano de la que no entiendo ni una sola palabra. Me quedo boquiabierta y le toco el brazo para que se relaje porque temo que vaya a darle un infarto—. *Sono così stanca, non ce la faccio più*…

—¿Mamá? —murmuro asustada.

—Me prometí que no os contaría la verdad, pero ya he perdido a Leo y no soporto perderte a ti también. —Me coge las manos y me mira con los ojos vidriosos—. Volví cuando tenías un año.

—No es cierto, tú no…

—Sono tornato, Gabriella. Me sentía la peor madre del mundo porque lloraba cada vez que te cogía en brazos. Quería protegerte, pero me fallaban las fuerzas. No sabía lo que me pasaba, así que viajé a Italia para refugiarme en casa de mis padres. *Mia mamma* me llevó a terapia y me diagnosticaron depresión posparto. —Hace una larga pausa y me acaricia los nudillos—. Tras superarla, volví a Sevilla para estar con

vosotros.

—No lo entiendo —respondo desconcertada—. ¿Qué te impidió estar con nosotros?

Mi madre suspira apenada y responde con voz trémula:

—Tu padre.

42
Gabi

—No entiendo qué quieres decir —musito.

Mi madre guarda silencio y tengo la impresión de que las palabras que están a punto de salir de su boca van a terminar de romperme. Mi padre es mi héroe. El hombre que me arropaba por las noches, me leía un cuento y me prometía que siempre cuidaría de mí.

—*Non voglio che sembri che sto incolpando tuo padre* —dice sacudiendo la cabeza con pesar—. Vuestro padre es un buen hombre y le *sono molto grata* por haberos educado. Estoy muy orgullosa de vosotros. Todo lo que habéis conseguido es maravilloso y sé que él ha tenido un papel fundamental en *vostra vita*.

—Has dicho que no pudiste volver por su culpa —le recuerdo con una mezcla de acritud y desconcierto—. Necesito una explicación, mamá. Ni siquiera sabía que tuviste depresión posparto.

—Hace veintiún años a las mujeres que sufrían depresión posparto se las tildaba de malas madres. Me sentí absolutamente sola, en un país que no era el mío… —Agacha la cabeza y hace un gran esfuerzo para contener las lágrimas—. No entendía *cosa mi stava succedendo*. El mundo se me vino encima. Para que puedas entenderme, debo empezar por el principio.

Actúo por impulso y le cojo las manos. Mi madre se queda sorprendida y asiento para que sepa que no voy a juzgarla. Quiero conocer su versión de la historia. Llevo mucho tiempo

intentando entender por qué nos abandonó y es evidente que hay una pieza que no encaja en mi puzle.

—Conocí a tu padre cuando fui de vacaciones a Sevilla. *Non era* mi plan enamorarme. *Vengo da una famiglia di artista. Io…* quería ver mundo y vivir aventuras. Hasta que me tropecé con aquel hombre moreno y su guitarra, y fue *amore a prima vista*. —Suspira y una sonrisa nostálgica se apodera de sus labios—. Era joven e ingenua. *L'amore non dovrebbe tagliarti le ali*.

—No lo entiendo.

—El amor no debería cortarte las alas.

—¿Papá te cortó las alas?

—*Non esattamente*. —Me aprieta la mano y cabecea—. Queríamos cosas diferentes, pero cedí porque estaba muy enamorada. Él quería formar una familia, establecerse…

—¿Papá quería tener una familia? —la interrumpo con incredulidad—. Siempre ha dicho que el nacimiento de Leo no fue buscado y que por eso decidió abandonar su carrera como músico.

Mi madre aprieta los labios y mira al suelo.

—Necesito que me lo cuentes todo.

—No quiero culparlo —dice con suavidad—. La música lo era todo para él, pero estaba cansado de intentarlo y se dio por vencido. *E io…* solo quería hacerlo feliz. Traer de vuelta al hombre del que me había enamorado y que estaba desencantado por no haber triunfado en la música. Habría hecho cualquier cosa *per lui*. Supongo que pensé que un *figlio* podría unirnos más. Entonces nació Leo, y durante un tiempo fuimos tan felices…

—Y luego nací yo. —Suspiro apenada. En el fondo, siempre he sabido que les estropeé el cuento.

Mi madre pone un dedo sobre mi barbilla para que la mire. Me sorprende el amor que encuentro en sus ojos y tengo que contenerme para no darle un abrazo y rogarle que me diga que

me quiere.

—Antes de que nacieras, vivimos un periodo *molto complicato* —me explica—. Yo quería volver a trabajar, pero tu padre pasaba muchas horas fuera de casa y acordamos que yo cuidaría de Leo. Aunque al principio me pareció bien, al cabo del tiempo la vida comenzó a resultarme vacía. Estaba en un país extranjero, echaba de menos a mis padres, necesitaba sentirme laboralmente realizada…

»Tuvimos una gran discusión, *è stato terribile*. Hice las maletas y me marché con Leo. Encontré un empleo en una galería de arte y fueron los meses más hermosos y complicados de mi vida. Nos turnábamos para cuidar de Leo. Cada vez que nos veíamos, *io… era arrabbiata e innamorata di lui*. Estaba furiosa con *lui* porque lo culpaba de haberme obligado a elegir una vida que no me llenaba, pero al mismo tiempo sabía que yo era la única culpable. Y aprendí una valiosa lección: nunca antepongas el amor a tus sueños porque corres el riesgo de convertirte en una desconocida para ti misma.

—¿Y qué pasó? —pregunto impactada por esta nueva versión de la historia.

—*Io*… sabía que lo mejor era divorciarnos. *Ma ci amavamo così tanto*… —Se sonroja y me mira un tanto avergonzada—. Sé que nunca volveré a amar a nadie como a tu padre. Estábamos condenados al fracaso desde que nos conocimos. Éramos *molto diverse*. Por eso lo llamé para que llegáramos a un acuerdo por el bien de Leo. Bebimos demasiado, recordamos los viejos tiempos *e una cosa tira l'altra*…

—Ya —respondo un tanto irritada al comprender que llegué al mundo por una borrachera—. Y nací yo.

—El embarazo fue *difficile*. Estuve a punto de sufrir un aborto y los médicos me recomendaron reposo absoluto. Me mudé con tu padre para que cuidara de mí y decidimos volver a intentarlo. Creo que en el fondo ambos sabíamos que lo nuestro

estaba abocado al fracaso, pero estábamos tan ilusionados con el embarazo… —Me pone las manos en las mejillas—. Siento no haber estado a la altura, *amore mio*. No sabía lo que me pasaba. Cada vez que te cogía en brazos lloraba y me sentía la peor madre del mundo. Empecé a culpar a tu padre. La situación nos vino grande…

—Y te marchaste.

Asiente con los ojos anegados en lágrimas.

—Pensé que estaríais mejor con él, en lugar de con una madre que estaba todo el día llorando y encerrada en su habitación. Fui débil. *Perdonami, perdonami*…

—Necesitabas ayuda. —La defiendo porque en el fondo es lo que pienso. Una depresión posparto no es ninguna tontería y las mujeres que la sufren merecen ser comprendidas y ayudadas.

—Mis padres me ayudaron mucho. Ojalá los hubieras conocido —dice con una tímida sonrisa de añoranza—. Gracias a su apoyo y a la terapia conseguí reconciliarme conmigo misma. Fue un año *molto complicato* hasta que tuve la fuerza necesaria para regresar a Sevilla.

La miro expectante. Sé que Leo tampoco sabe que ella volvió. Mi madre se muerde el labio y le toco el brazo para que sepa que no voy a juzgarla. Necesito conocer la verdad aunque vaya a dolerme. De lo contrario, seguiré con una vida repleta de dudas que me llenan de rabia y rencor.

—Tu padre se enfadó muchísimo cuando me fui a Italia. No lo culpo, supongo que yo en su lugar, si me hubiera visto sola con dos niños pequeños, tampoco lo habría recibido con los brazos abiertos al volver —lo justifica—. En el momento que me marché solo quería escapar, así que le cedí la custodia por propia voluntad. Entonces, al regresar…

—¿Él no quiso rehacer los papeles de la custodia? —pregunto horrorizada.

—Gabriella, *mia vita,* tienes que entenderlo —intenta consolarme—. Tu padre tenía miedo de que volviera a marcharme a Italia.

—¡Podrías haberte quedado y pelear por nosotros! —le recrimino.

—Inicié los trámites, pero erais tan pequeños y a su lado parecíais tan felices… —Cabecea, como si se arrepintiera de haber tomado esa decisión—. Me partía el corazón obligaros a pasar por ese proceso. Tu padre me dijo que pelearía con uñas y dientes por la custodia completa en los tribunales. Yo lo último que quería era iniciar una guerra. No me hubiera gustado obligaros a elegir. Además, mi madre acababa de morir y a mi padre le habían diagnosticado alzhéimer. No pretendo parecer una víctima, pero la situación me sobrepasó. Y en el fondo sentí que él merecía quedarse con vosotros porque yo me marché durante un año.

—¡Debiste luchar por nosotros! —Pego un puñetazo en la mesa—. ¡No te importábamos! ¡Nunca te hemos importado!

—Gabriella…

—¡Te odio!

—*Amore mio, mia dolce bambina*…

—¡No, suéltame! —Me revuelvo para zafarme de su abrazo —. ¡Te odio!

—No es cierto.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! —grito mientras las lágrimas corren por mis mejillas—. Te he necesitado, te he echado de menos, pero ya soy una adulta y…

Los reproches se atascan en mi garganta cuando me abraza con tanta fuerza que no puedo moverme. Quiero gritar y empujarla. Quiero decirle que el hecho de que volviera no cambia nada, que debería haber luchado por nosotros. Pero, mientras me estrecha entre sus brazos, recuerdo todos los momentos en los que he necesitado un abrazo como este y una

pequeña parte de mí la entiende. Es la misma que la ha echado de menos y necesita perdonarla para sanar. La que desea recuperar la relación y contar con una madre con la que poder desahogarse. Por eso le devuelvo el abrazo y termino de romperme.

—*Ti amo* —susurra a mi oído.

—Mamá… —digo llorando—. Por favor, no vuelvas a dejarme.

—Estoy aquí, *mia piccolina*. No voy a ir a ninguna parte.

Hay abrazos que cicatrizan heridas abiertas durante muchos años.

Elijo pasar página.

Elijo perdonar.

Elijo dejar atrás el pasado y aceptar esta oportunidad que me ha brindado la vida.

—Puf, Gabi…

Se lo he contado todo a Sam después de que mi madre se fuera a la cama. Nunca creí que fuéramos capaces de hacer las paces, pero al conocer su versión de la historia he conseguido comprenderla. No la justifico, pero me pongo en la piel de la mujer que acababa de perder a su madre, que debía cuidar de su padre, que se sentía culpable por haberse marchado durante un año y que tenía que pelear con su exmarido para recuperar la custodia de sus hijos mientras estaba en un país extranjero. Tuvo que ser muy duro.

Para juzgar a una persona hay que caminar con sus zapatos, y tengo claro que no me gustaría verme en su misma situación.

Estamos en el porche recostadas en un sillón de dos plazas. Apenas hace frío y corre una suave brisa muy agradable. Tengo la cabeza apoyada en las piernas de Sam mientras ella me acaricia el pelo con los dedos. Se me escapa un suspiro de

placer y entrelazo una de mis manos con la que tiene apoyada en mi hombro.

—Dice mucho de ti que la hayas perdonado —reflexiona.

—En el fondo soy una egoísta. Vivir con todo ese rencor me hacía mucho daño. Y la necesito. Quiero contar con ella.

—El perdón es un acto muy generoso —me contradice.

—No sé cómo voy a mirar a mi padre después de conocer la versión de mi madre. Debería habernos contado la verdad. Fue un maldito egoísta. Si nos quería, debería haber pensado en nuestro bienestar y aceptar la custodia compartida. ¿Y todo ese rollo de que abandonó su carrera cuando Leo nació? —Resoplo indignada—. ¡Menudo falso!

—Gabi…

—No, Sam. Es lo peor —digo enfadada—. Lo tenía en un pedestal. Seguro que solo quiso quedarse con nosotros para que fuéramos las gallinas de los huevos de oro. Como él no triunfó en la música, decidió vivir su sueño a través de nosotros. Y, claro, mi madre le habría arruinado el plan.

—Deberías escucharlo antes de sentenciarlo —dice con tono conciliador.

—Le he escuchado durante veintiún años. El muy mentiroso…

—¡Ey! —Deja de acariciarme el pelo y farfullo una protesta —. Por hoy ya has tenido demasiadas emociones, ¿no crees? Relájate un poco. Ya tendrás tiempo de hablar con tu padre.

—Tienes razón —respondo de mala gana—. Anda, sigue acariciándome el pelo.

—Qué morro.

—Lo haces muy bien.

Estoy en la gloria. Me cuenta un par de chistes malísimos y me entra la risa floja. Luego nos ponemos a cantar la canción de la colaboración aunque tenemos que improvisar el tono porque aún no la hemos trabajado con los demás.

—Qué asco te tengo —dice de repente.

—¿Y eso? —Echo la cabeza hacia atrás para mirarla. Está sonriendo.

—Tu voz es… —Respira hondo—. Te juro que, si fuera más insegura, estaría aterrada de subirme a un escenario para cantar contigo.

—Ah, ya. Olvidaba que eras mi mayor fan —le vacilo.

—¡Idiota! —Me hunde un dedo en el costado y me retuerzo de la risa—. Cuando Alba dijo que me había aprovechado de ti para conseguir lo que quería…

—¡Argh! Que le den a tu ex.

—No dudaste de mí ni un solo momento.

Me tumbo de lado para poder mirarla mejor. Está preciosa con los rizos recogidos en un moño alto, sin una pizca de maquillaje y un pijama horroroso con estampado de mazorcas de maíz.

—¿Y por qué iba a dudar de ti? —pregunto con sinceridad—. Desde que te conozco, has sido una buena amiga.

Sam se muerde el labio, un gesto que apenas dura un segundo. Luego sonríe y me aparta un mechón de pelo que me cubría el ojo derecho. Su sonrisa es como acurrucarse delante del fuego de la chimenea con una taza de chocolate caliente en las manos. Me hace sentir de maravilla. Es un refugio cálido al que sé que siempre puedo acudir.

—Significas mucho para mí —dice con los ojos brillantes de emoción.

—Somos como Serena y Blair. Al principio se odiaron, pero luego se hicieron inseparables.

—Yo nunca te he odiado —responde para mi sorpresa—. Primero te admiraba, y luego heriste mi orgullo. Y cuando te conocí mejor… me fue imposible no quererte.

Me abrazo a ella y escondo la cara en su pijama. Me encanta que huela a coco y sea más alta que yo. Puede parecer una

tontería, pero sé que Sam sería la clase de persona que me empujaría para recibir ella el impacto de un coche. Yo también haría lo mismo. Y es genial contar con una buena amiga con la que puedo acurrucarme y hablar de todo. Mi madre se equivocó, no pasa nada. El hecho de que no tengamos ese tipo de relación no significa que nos queramos menos, porque jamás había sentido tanta complicidad con nadie.

43
Pol

Al llegar a casa de Gabi, me encuentro a Sam en la entrada dentro de su coche. Le hago un gesto con la cabeza para saludarla y me lo devuelve por mera educación, esas cosas se notan. Un griterío me da la bienvenida al entrar. Gabi arrastra una maleta por el pasillo mientras Leo intenta detenerla, y Axel, apoyado en la encimera de la cocina, tiene cara de querer estar en cualquier otro sitio.

—¿Qué tal en Italia? —la saludo—. ¿Qué me he perdido?

Gabi me ignora y sigue discutiendo con su hermano.

—¡Que me dejes! —le grita—. ¿Quién te crees que eres para impedir que me vaya?

—Tu hermano mayor.

—¡No pienso vivir bajo el mismo techo que un mentiroso! ¡Nos ha engañado durante todos estos años!

—¿De verdad vas a creer la versión de la mujer que se largó cuando tenías tres meses?

—¡Es nuestra madre!

—Una madre es la que te cría, no la que se larga a ver mundo y se arrepiente al cabo de veintiún años.

—¡No tuvo otra opción!

—Todos tenemos elección —responde Leo con tono categórico—. Te comportas como una ilusa porque necesitas creer en ella. Además, ¿a dónde vas a ir?

—Me voy a vivir con Sam.

Me sobresalto al escuchar semejante ridiculez y me acerco a Axel para que me explique qué me he perdido, pues no pienso

interponerme en la discusión de esos dos. Me apetece conservar todas mis extremidades.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Axel suspira con pesadez. Luego me cuenta que Gabi llegó hace media hora y gritaba que su padre es un mentiroso que impidió que su madre solicitara la custodia después de haber sufrido una depresión posparto. En fin, ¿quién se aburre con los hermanos Luna?

—¿Y Andrés?

—No estaba cuando Gabi llegó —responde—. Salió a hacer unas gestiones.

—Al menos no te vayas sin hablar antes con papá —le pide Leo, que se da por vencido.

—Oh, y tanto que vamos a hablar —responde Gabi con tono rabioso—. Pero primero voy a meter la maleta en el coche de Sam.

—Oye, Gabi… —digo con cautela.

Ella da un respingo al verme. Percy revolotea a nuestro alrededor. Las miradas pueden decir muchas cosas y en la suya hay un montón de emociones contenidas que no sé descifrar. Me entran muchísimas ganas de cortar la distancia que nos separa y besarla hasta que nos falte el aliento.

—Hola —dice en voz baja—. ¿Te importa apartarte?

Aunque su pregunta me sienta como un jarro de agua fría, no me muevo del sitio.

—Leo tiene razón. Habla con tu padre y…

—¡Dios! —Arrastra la maleta y tengo que echarme a un lado para que no me atropelle—. ¡Estoy cansada de que todos me digáis lo que tengo que hacer!

Me rasco la nuca.

—Yo también me alegro de verte —murmuro decepcionado.

Joder, no me esperaba que nuestro reencuentro fuera así. Estaba desesperado por volver a verla y resulta que ella solo

desea perderme de vista.

—La que se va a liar cuando venga mi padre —se lamenta Leo—. Es increíble que Gabi haya creído a nuestra madre.

—Al menos Sam cuidará de ella mientras se calma —dice Axel.

—Sam —farfullo cabreado.

«La buena de Sam».

Seguro que la ha convencido de que se vaya a vivir con ella. Me la puedo imaginar comiéndole la oreja y metiéndole esas ridículas ideas sobre su padre en la cabeza. Es lo peor.

—No dejes que se mude con ella —le digo a Leo.

Me mira como si me hubiera vuelto loco.

—¿Y qué quieres que haga? ¿La amarro como si fuera un perro?

Percy ladra ofendido.

—Que se mude una temporada contigo —sugiero.

—Sí, claro. —Suelta un bufido—. Lo último que me apetece es escuchar cómo habla mal de mi padre. Sé que he tenido mis más y mis menos con él, pero, si la oigo hablar pestes del hombre que nos crio, la voy a mandar a la mierda. ¡Ni que nuestra madre fuera una santa!

Salgo a que me dé el aire porque me voy a encender. A ver, entiendo que Gabi no tenga la menor intención de hablar conmigo en este momento, dadas las circunstancias. Pero ¿en serio tiene que irse a vivir con Sam? Su supuesta amiga no ha sido sincera con ella.

Me arrepiento de haber salido en cuanto me encuentro con un panorama peor que el que hay en el interior. Andrés acaba de llegar y se ha quedado helado al ver a su hija guardar la maleta en el coche de Sam. Gabi se pone a gritarle como una ametralladora y el pobre no es capaz de articular una sola palabra. No es para menos. Lo ha pillado desprevenido.

—¿Cómo has sido capaz de ocultarnos la verdad durante

tantos años? —le pregunta. Antes de que él pueda responder, vuelve a la carga—. ¡Tuvo depresión posparto! ¡Se sentía sola en un país que no era el suyo y su madre acababa de morir! ¿Cómo pudiste separarnos de ella? ¡En ningún momento pensaste en nosotros! ¡Solo te dejaste llevar por el rencor! Un buen padre sabe que sus hijos necesitan a su madre y a su padre para ser felices.

—Gabriella, hija… —balbucea Andrés.

—¡Eras mi héroe! —le recrimina llorando—. ¡Te tenía en un pedestal!

No puedo soportarlo más y me dirijo a la que considero la culpable de todo, que está dentro del coche como si la situación no fuera con ella. Golpeo el cristal y se sobresalta. Sam baja la ventanilla y me mira con mala cara.

—¿Qué…?

—Estarás contenta —la interrumpo—. Le has metido la idea de la traición en la cabeza para que se vaya a vivir contigo.

—¿De qué hablas? —responde desconcertada.

—Por fin has conseguido lo que querías. ¿En serio crees que va a suceder algo entre Gabi y tú solo porque conviváis bajo el mismo techo? Menuda amiga eres, que se aprovecha de ella en un momento tan vulnerable.

Sam se pone rígida y aprieta el volante con fuerza. Evita mi mirada y sus mejillas se tiñen de rojo. Ya está, acaba de confirmar mis sospechas.

—No tienes ni idea —musita.

—¿Me vas a negar que no te gusta?

—Yo… —clava la mirada en el salpicadero—, no tengo nada que ver en esto. He intentado convencerla de que hable con su padre con tranquilidad en lugar de mudarse en un arrebato.

Me río.

—Sí, claro. Como si no estuvieras encantada con la situación.

Levanta la cabeza y me atraviesa con la mirada.

—No acepto lecciones de un adicto que aprovechó un videoclip para besar a la chica que le gusta —me espeta con rabia—. Si de verdad la quisieras, te alejarías de ella y buscarías ayuda.

Antes de que pueda responder, Gabi se acerca al coche. Está llorando y lleva a Percy en brazos. Ni siquiera me mira cuando sube al coche y le pide a Sam que arranque. Y yo me quedo allí plantado, plenamente consciente de que la chica a la que deseo con cada célula de mi cuerpo se aleja otra vez de mí.

44
Gabi

Estamos en la cocina de Sam y me está preparando una tila. He intentado negarme, pero me ha mandado al baño para que me lavara la cara. Al mirarme en el espejo he comprendido por qué lo ha hecho, puesto que tenía la cara llena de churretes de maquillaje. Aunque seamos amigas y me encante su ático, me sabe mal haberme autoinvitado de esta forma. Nada más aterrizar en Sevilla, fuimos directas a mi casa y le dije que esperara fuera porque había decidido mudarme. Sam intentó hacerme cambiar de opinión, al igual que Leo, pero cuando se me mete algo en la cabeza no hay fuerza humana que pueda disuadirme.

—Siento haberte invadido —me disculpo avergonzada—. Solo será temporal, hasta que encuentre algo de alquiler. Si te molesto, puedo irme a un hotel.

—No digas tonterías. —Me entrega la taza con la tila—. Eres más que bienvenida todo el tiempo que necesites.

Me caliento las manos en la taza y respiro aliviada.

—Gracias.

Sam está un poco rara y pensé que se debía a mi invasión, pero ha sonado muy sincera cuando me ha dicho que soy bienvenida, por lo que me relajo un poco.

—Pero solo hay una cama —dice incómoda—. Puedes instalarte en mi habitación y yo dormiré en el sofá.

La miro como si me gastara una broma.

—No vas a dormir en el sofá, ¡es tu casa! —exclamo alucinada—. Además, podemos dormir juntas, tal y como

hacemos siempre. —La miro con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—No, a Percy. —Pongo los ojos en blanco y Percy, que estaba dormido a mis pies, menea el rabo—. Pues claro que a ti.

Percy se tumba indignado.

—Nada. —Se encoge de hombros—. Pensé que necesitarías tu espacio después de todo lo que ha pasado. Por eso lo decía.

—Si necesitara mi espacio, me habría ido a un hotel. Lo único que me hace falta es una buena amiga.

Sam no responde. Juega con un mechón de su pelo y clava la mirada en la pared de azulejos. Sé que algo va mal. Conozco todas sus facetas; desde la Sam que se muerde el labio pensativa hasta la que arruga la nariz si se enfada o la que se toca el pelo cuando algo le ronda la cabeza. Por eso dejo la taza en la encimera, me acerco a ella y la abrazo por detrás. Se tensa, algo que me descoloca, aunque después se relaja poco a poco. Apoyo la mejilla en su espalda y la estrecho con fuerza para que sepa que puede contar conmigo.

—Que tenga mis movidas no significa que no pueda escuchar las tuyas —le digo—. ¿Va todo bien?

—Sí —responde con debilidad.

—No me mientas.

—De verdad.

—Sammy…

—En serio. —Se da la vuelta para mirarme con una sonrisa forzada—. Es solo que me gustaría que hubieras hablado con tu padre.

—He hablado con él —respondo irritada.

—Gritar no es hablar.

—Es todo lo que se merecía —digo seca.

—Me dijiste que ibas a escuchar su versión —me reprocha.

—Se quedó callado y ni siquiera me lo negó.

—Entraste a matar. Lo pillaste desprevenido y no tuvo ninguna oportunidad de encajar el golpe.

—Paso de hablar de mi padre. —Saco el móvil del bolsillo y lo apago—. Y de intentar dialogar con el bruto de mi hermano.

—Pues ya tenéis algo en común.

—¡Oye! —Le doy un golpecito en el brazo—. ¿De qué parte estás?

—No soy la clase de amiga que te aplaude cuando considera que te equivocas —dice más seria—. Creo que tienes una conversación pendiente con tu padre. A poder ser sin gritos y en la que le des la oportunidad de explicarse. Entiendo que necesitas tiempo para digerir lo que te contó tu madre. No te voy a presionar, Gabi. Aunque tampoco esperes que te dé una palmadita en la espalda.

—Vaaale.

—¿Vemos dibujos animados? —sugiere.

Cómo me conoce. Sabe que los dibujos animados me ponen de buen humor. Prepara palomitas y luego nos tumbamos en el sofá a ver *La patrulla canina,* una serie de dibujos que le encanta a Percy. En cuanto los perritos salen en la pantalla, se pone a dar saltos y mover la cola. Sam se queda ojiplática, así que le explico que Percy es fan de *101 dálmatas* y *Balto,* entre otros dibujos protagonizados por perros. Mientras vemos la serie, no me pasa desapercibido que se ha sentado en el extremo opuesto del sofá. No sé qué mosca le ha picado. Lo normal es que nos tumbemos juntas mientras ella me toca el pelo o yo le hago cosquillas en el brazo.

Cuando la serie termina, Percy protesta con sus ladridos hasta que se rinde y se tumba panza arriba. A los tres segundos, empieza a roncar.

—Es cierto que los perros se parecen a sus dueños. —Se ríe Sam.

—¡Yo no duermo con la boca abierta!

—Y tanto que sí.

Le doy un golpecito con el pie.

—Ni tampoco ronco.

—Pero haces un ruidito muy gracioso al respirar.

—¡Qué dices!

—En serio. —Abre la boca como un pececillo y emite unos gorgoritos—. Más o menos así.

Me doblo por la mitad y me parto de risa.

—No sabía que perdiera todo el glamour durmiendo.

—A mí me pareces muy mona.

Aprovecho que nos estamos riendo para tumbarme a su lado y echarle la pierna por encima. Escondo la cabeza en su cascada de rizos y sonrío como una idiota porque al fin me he salido con la mía. Me encanta abrazar a Sam. Tiene la piel supersuave y huele de maravilla.

—Me vas a asfixiar —se queja con un hilo de voz.

—¡Uy! —Aflojo un poco el agarre—. Cántame «Viento de diciembre».

—Ni siquiera me gusta esa canción —refunfuña—. No sé en qué estaría pensando cuando la compuse.

—En tu ex —respondo sin dudar—. Todo el mundo sabe que las mejores canciones hablan de desamor. Y, si no, que se lo digan a Taylor Swift.

—Ojalá no la hubiera compuesto.

—Anda, solo un trocito —le pido.

—No te vas a callar si no la canto, ¿verdad?

—Sabes que no.

Se hace la difícil durante unos segundos, pero al final cede. Cierro los ojos, me pego más a ella y disfruto de su voz dulce y cálida. Es una canción que habla sobre una ruptura. Sin embargo, no me parece en absoluto triste, ni mucho menos escrita desde el rencor. Sam no es esa clase de persona.

Viento de diciembre
que arrastra una historia que no pudo ser,
llévate este corazón roto
para que pueda barajar de nuevo las cartas
sin miedo a la incertidumbre…

—Menuda payasa estás hecha —le suelto cuando termina.

Sam se da la vuelta para quedar de cara a mí y me pega un guantazo en el hombro.

—¿Disculpa?

—¿Y tú eras la que decía que si fueras más insegura tendrías miedo de subirte a un escenario conmigo? —Sacudo la cabeza —. Menuda voz que tienes.

—¡Mira quién fue a hablar!

—A ver, yo sé de sobra que tengo mucho talento.

—¡No seas creída!

—La revista *Rolling Stone* me llamó «la nueva promesa del rock español».

—Para algunos lo que haces se llama pop.

—Me encanta el pop, pero soy una estrella del rock, nena —responde con tono chulesco.

—Baja esos humos, estrella del rock. Yo no me relaciono con divas.

—Uuuh…, la cantautora tiene carácter.

—¡Oye!

Me hace cosquillas y se las devuelvo. Iniciamos una guerra sin piedad en la que pierdo porque Sam es más grande que yo. Se pone encima de mí, atrapa mis muñecas y me mira con gesto triunfal.

—Has vuelto a morder el polvo, estrella del rock.

—¡Percy, ayúdame!

—¡Ay! —chilla dando un respingo—. ¡No me lo puedo creer! ¡Me ha mordido el dedo del pie!

Suelto una carcajada malvada y me la quito de encima con tal euforia que la tiro del sofá. Pongo cara de arrepentimiento y me asomo al suelo para comprobar si se ha hecho daño. Sam me mira un tanto ofendida, pero la media sonrisa la traiciona.

—Y tú te haces llamar amiga…

—Perdón —digo con la boca pequeña—. Te dejo que prepares tu comida favorita para almorzar.

—¡Qué morro!

—¿Prefieres que cocine yo?

—Ni de coña. No me gusta la comida carbonizada. —Se pone de pie—. No te vas a librar de ayudarme, y eso no significa beberte mi vino blanco mientras yo hago todo el trabajo.

—Uf, menuda mandona estás hecha.

La sigo a la cocina y me río cuando me llama sinvergüenza. Y así, después de una guerra de cosquillas, mi malestar desaparece y me olvido de la pelea con mi padre. En los malos momentos toda mujer necesita una amiga. No hay discusión al respecto.

45
Gabi

Lo peor que hago es encender el móvil. Si eres una estrella del rock, tienes cientos de mensajes de personas que fingen que les importas. Algunos me invitan a fiestas y otros me preguntan si puedo hacerles un favor. Lo típico de siempre. Hasta que conocí a Sam, daba por hecho que sería una persona que estaría rodeada de gente y se sentiría muy sola. Por eso soy tan afortunada de tener una amiga a la que recurrir en los malos momentos y con la que compartir los buenos. Sin ella, esta situación sería todavía más difícil.

Tengo varias llamadas perdidas de mi hermano, las cuales ignoro a propósito porque sé que no vamos a llegar a ningún entendimiento. Seguiré el consejo de Sam y hablaré con él cuando las cosas se enfríen un poco. El silencio de mi padre, por el contrario, me escuece. Esta mañana no se defendió, aunque en mi fuero interno deseaba que lo hiciera porque me duele bajarlo del pedestal en el que lo tenía. Ya sé que las personas no somos cien por cien buenas, que cometemos errores y que nada es blanco o negro, pero sigue sin entrarme en la cabeza que nunca me contara la verdad. Y luego está Pol, en el que he intentado no pensar, pero que se cuela en mi cabeza una y otra vez. Reencontrarnos ha sido muy raro, ya que estaba tan cabreada que no me quedaba espacio para nada más. Ahora, sin embargo, puedo recordar su expresión preocupada y dolida cuando lo ignoré, lo que me obliga a preguntarme si no fui la única que sintió esa conexión tan intensa al besarnos.

Aprovecho que Sam está en la ducha para responder el mensaje de Axel y asegurarle que me encuentro bien. Luego leo el wasap de Pol con el corazón en un puño. No entiendo cómo es posible que dos palabras signifiquen tanto para mí.

Pol
¿Cómo estás?

Tengo los pies apoyados en la mesa mientras veo un capítulo de *Embrujadas*. Les hago una foto, ahora que llevo unos calcetines con estampado de sandías, y se la envío. Tarda menos de un minuto en responderme y me pregunto si habrá estado pegado al móvil esperándome. Eso me produce un cosquilleo agradable en el estómago.

Pol
Qué calcetines más feos.
Y esa serie apesta.

Yo
Tú sí que apestas.

Pol
No has respondido a mi pregunta.

Yo
Estoy bien, pesado.

Pol
Lo dudo, mentirosa.

Yo
Vale, no quería preocuparte. Estoy mal por haberle gritado a mi padre, pero al mismo tiempo le diría cosas peores. Y me muero de ganas de darle un abrazo, aunque sigo enfadada con él y necesito mi espacio porque no me entra en la cabeza que me alejara de mi madre.

Pol
Menudo cacao mental.

Yo
Pues sí.

Pol

¿Te apetece que te recoja y damos una vuelta en moto?

Me muerdo el labio. Un paseo en moto con Pol suena maravillosamente tentador. Sentir la velocidad al tiempo que el viento me desordena el pelo y me aferro con fuerza a su cintura. Uf, daría lo que fuera por subirme a su moto. Pero le he pedido a Sam que prepare sus famosas fajitas picantes para cenar y ahora me sabe mal cancelar el plan en el último minuto. No quiero ser la clase de chica que deja tirada a su amiga por un tío.

Yo
Otro día, hoy toca noche de chicas.

La respuesta de Pol tarda casi dos minutos en llegar, lo cual me parece muy raro porque está en línea.

Pol
Deberías volver a casa.

Frunzo el ceño. ¿A qué viene eso ahora?

Yo
No voy a volver a casa de mi padre en una larga temporada. Ya te he dicho que estoy enfadada con él. Necesito mi espacio.

Pol
Te estás dejando influenciar.

Yo
Mi madre no me ha influenciado.

Pol
No me refiero a tu madre.

Yo
¿¿¿???

Pol
Sam, por supuesto.

Releo el mensaje por si el subconsciente me ha jugado una mala pasada. No me lo puedo creer. ¿Por qué culpa a Sam de una decisión que solo me concierne a mí? Me sale la vena de amiga protectora sin poder evitarlo.

Yo

En primer lugar, no soy una idiota que no sepa tomar decisiones.
Y en segundo lugar, Sam no me está influenciando.

Pol

Dice la chica que se fue de viaje con su amiga, regresa enfadada con su padre y se va a vivir con ella.

Yo

Para tu información, he sido yo la que se ha autoinvitado a su casa.
Sam no tiene nada que ver con la pelea con mi padre.
En serio, Pol. ¿Qué mosca te ha picado? No te pega nada ser un metemierda.

Pol

No soy ningún metemierda, joder. Solo me preocupo por ti.

Yo

Sí, ya. Y te dedicas a hablar mal de mi mejor amiga.
Que te den.

Cierro la conversación y dejo el móvil en la mesa justo en el momento en que Sam sale del baño. Soy una persona transparente a la que las emociones se le notan en la cara, así que ella se queda plantada en el umbral del salón y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa?

No me apetece contarle la verdad y que se sienta mal por lo que ha dicho Pol, al que, por cierto, no sé qué diantres le pasa. Así que le digo lo primero que se me ocurre.

—Nada, una petarda me ha insultado por Instagram. La he bloqueado y he eliminado su mensaje.

—Bien hecho. ¿Qué te decía?

—Que me opere las tetas porque soy una tabla de planchar.
—No es del todo mentira. Hace un par de días un imbécil me

dijo lo mismo, aunque le respondí que era el típico comentario de un tío con micropene que descargaba sus frustraciones de forma anónima por redes sociales contra una mujer triunfadora. Que se joda.

—Que se opere ella el cerebro —responde indignada—. Eres perfecta. No cambies por nadie.

Su comentario me saca una sonrisa.

—Ni soy perfecta ni voy a cambiar por nadie. —Se me van los ojos a la guitarra que está apoyada en la pared—. ¿Te apetece hacer de profesora con muchísima paciencia?

—Solo si me preparas un chocolate.

—¿Con nubes?

—Cómo me conoces.

Voy a la cocina a preparar dos tazas de chocolate con muchísimas nubes. Diez minutos después, salgo a la terraza, donde Sam me espera en un sofá de mimbre de dos plazas repleto de cojines. Me encanta la terraza de Sam. Es acogedora y tiene unas vistas espectaculares de la catedral. La barandilla está cubierta por una celosía con enredaderas de hiedra verde, por lo que estamos ocultas de las miradas indiscretas. Hay una guirnalda de luces en la pared, plantas por todas partes y un jarrón con rosas amarillas sobre una mesita baja de madera pintada en celeste.

—Las rosas amarillas son mis favoritas —le digo.

—Las mías también —responde sonriendo, algo que no me sorprende porque el amarillo es su color preferido—. ¿Sabías que simbolizan la amistad?

—No tenía ni idea. Otro motivo más para que me gusten. —Dejo la taza de chocolate en la mesa y cojo la guitarra—. Por favor, no me hagas tocar «La bamba».

—Es una canción que me encanta —bromea, y hago un puchero para intentar que cambie de opinión—. Vaaale, probemos con «Yellow Submarine».

—¡Los Beatles! —exclamo eufórica. No puedo evitar ponerme a cantar—. «We all live in a yellow submarine…».

Dejo de cantar cuando me percato de que Sam me observa de una forma que no sé descifrar. La miro con las cejas enarcadas y una sonrisa burlona.

—¿Qué?

—Nada, es que… —juega con los flecos de la funda de un cojín— nunca pensé que algún día estarías en mi casa cantando «Yellow Submarine».

—Me gusta cumplir los sueños de mis fans.

—¡Idiota!

Me tira un cojín con forma de piña y me río.

—Eres lo peor —dice enfurruñada—. Nunca volveré a ponerme sentimental contigo.

—Eso es imposible. Eres demasiado intensa —bromeo—. Pero a mí me gusta que seas así.

—No creerás que soy una de esas fans que acosan a sus ídolos hasta que consiguen casarse con ellos, ¿no? —se teme, y el comentario me hace gracia porque nunca la he visto de esa forma—. No me refería a que antes de conocerte fuera tu fan, sino a que cuando nos conocimos di por hecho que nuestra relación estaba abocada al fracaso. Y… no sé, me parece increíble que ahora estés aquí, después de haberme abierto tu corazón y haberme contado cosas que nunca le habías dicho a nadie. Me encanta que confíes en mí.

—Es imposible no confiar en una persona que siempre te tiende la mano sin esperar nada a cambio —respondo con sinceridad.

—En realidad te iba a pedir un millón de euros…

Ahora soy yo la que le tira un cojín.

—No creo que seas una fan acosadora —le aclaro, por si acaso tiene alguna duda—. A ver, ninguna admiradora me había dicho nunca que me falta humildad y soy una diva

insufrible.

—Madre mía, me lo vas a recordar hasta el día que me muera. —Sacude la cabeza con resignación—. Que conste que me quedé corta. Tú me llamaste pringada.

—Me pareciste una pringada con pelazo.

—¡Qué bonito! —Se hace la ofendida—. Coge la guitarra bien, diva insufrible.

La agarro tal y como me ha enseñado.

—¿Así, petarda? —Toco los primeros acordes de «La bamba» de memoria—. ¿A que soy tu mejor alumna?

—Eres mi única alumna. —Pone los ojos en blanco—. Pero gracias a ti, si no tengo futuro en la música, me plantearé montar una academia.

Sam busca la partitura en internet y durante la hora y media que dura nuestra clase tiene muchísima paciencia conmigo. No puedo evitar acordarme de todos aquellos profesores que tiraban la toalla conmigo a la primera de cambio. Tal vez si hubiera confiado más en mí misma y alguno de ellos me hubiera tendido una mano, habría descubierto que no soy una inútil, sino una persona que tiene su propio ritmo de aprendizaje. No hay nada de malo en ello. Cada persona es un mundo, por lo que, en lugar de centrarnos en nuestras carencias, haríamos bien en recordar que son nuestras diferencias las que nos hacen únicos.

Estoy encendida de orgullo cuando termino de tocar «Yellow Submarine». Vuelvo a interpretarla por segunda vez y le pido a Sam que cante conmigo. A pesar de lo diferentes que son nuestras voces, nos complementamos de maravilla.

—Aprendes superrápido.

—Tengo una buena maestra. —Le guiño un ojo y dejo la guitarra apoyada en la pared—. ¿Tiene nombre?

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Es una guitarra…

—La de Leo se llama Lucille —le explico—. Pensé que todos los músicos les ponían nombre a sus guitarras.

—Tu hermano es un poco rarito.

Nos reímos porque no le falta razón. Una vez estuvo cinco días sin hablarme porque le escondí su caja de púas.

—Venga, vamos a bautizarla —le pido—. Me hace ilusión.

—Deberías bautizar a la tuya cuando te compres una.

—Ya sé cómo voy a llamar a la mía —digo, y ella me mira con interés—. Mérida.

Sam intenta aguantarse la risa y la golpeo con un cojín.

—¡Eh! —me quejo—. Es mi princesa favorita, ¿qué pasa?

—Nada, nada. —Levanta los brazos y sacude la cabeza—. De acuerdo, ya tengo un nombre para la mía.

La miro expectante y dispuesta a reírme del nombre que haya elegido, sea cual sea.

—Roxanne —dice—. Por la canción de The Police. Es una de mis canciones favoritas.

No puedo reírme, es un buen nombre. ¿Qué esperaba? Sam es cantautora y tiene mucha imaginación. Lo suyo son las ideas con clase.

—Me gusta más la versión de *Moulin Rouge* —digo para picarla.

—No te lo crees ni tú. La voz de Sting es de otro planeta. —Se masajea el cuello y hace una mueca—. Y ha ganado dieciséis Grammys. Cuando The Police se separó después de un concierto en Melbourne, acabaron, de verdad, a tartazo limpio. Les regalaron una tarta enorme por el fin de gira y se rumorea que se pelearon. Sting dijo que debería estar loco para volver a The Police, pero regresaron por el aniversario de la banda y ganaron trescientos sesenta millones de dólares. Lo que no pueda el dinero…

—¿Cómo te enteras de ese tipo de cosas?

—Internet.

—¿Te duele el cuello? —pregunto al ver que no deja de masajeárselo.

—Uf, sí. —Pone cara de dolor—. Tengo cefaleas tensionales desde los dieciocho.

—Ven aquí. —Me pongo de lado y separo las piernas para que se siente con la espalda pegada a mi pecho—. No soy una masajista profesional, pero suelo darle masajes a mi hermano cuando pasa muchas horas delante del piano.

—Mientras no me hagas una contractura… —Se calla de golpe cuando comienzo a masajearla—. Oh…

—¿Decías? —respondo con una sonrisa de suficiencia.

—Si esta es tu forma de pagarme el alquiler…

No me hace falta verle la cara para saber qué expresión tiene. Con Sam he aprendido lo bien que me siento al cuidar de otra persona. Es una sensación increíblemente reconfortante. Deslizo las manos por sus omoplatos y ejerzo un poco de presión con los pulgares. Se le escapa un gemido de placer. Esta vez me aguanto la risa porque no quiero hacerla sentir mal.

—Te quiero —digo sin pesar, y le doy un beso en el hombro.

—Yo también te quiero, Gabi —responde con voz ronca.

46
Pol

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Iris.

Estamos en el camerino y de fondo se escucha a Savage, un grupo de pop que desde mi punto de vista no vale una mierda. En fin, sobre gustos no hay nada escrito. Somos los encargados de cerrar el concierto benéfico en Bilbao para recaudar fondos para una organización medioambiental. Tal y como están los ánimos, con Gabi enfadada con su padre, Leo y yo enfrentados y Axel que intenta mediar sin éxito entre todos, es normal que ninguno tenga ganas de subir al escenario para fingir que somos los mejores amigos. No obstante, siempre cumplimos con las organizaciones benéficas que solicitan nuestra ayuda, y sabemos de sobra que el público nos espera. No han parado de corear el nombre del grupo desde el principio. De hecho, las entradas solo se agotaron cuando se anunció nuestra participación en el último momento. Por eso debemos estar al cien por cien, aunque lo único que me apetezca sea meterme una raya y flotar como si fuera una bolsa de basura en mitad del mar.

—¡Ey! —Iris vuelve a llamar mi atención. Esta vez me mira muy preocupada. Al margen de nuestras diferencias, es evidente que nos queremos. A nuestra manera, que ya es mucho decir. Por eso está aquí, a pesar de que odia las aglomeraciones; finge que solo ha venido a traer a Nico, pero la verdad es que está aquí para comprobar si estoy limpio—. ¿Qué te pasa, Pol?

—No me pasa nada —respondo seco.

En realidad, lo que siento es parecido a haberme tragado un puñado de agujas que me desgarran por dentro. Creí que lo tenía controlado. Ya llevo varias semanas sin consumir, pero ha sido cruzarme con un antiguo conocido en el servicio y venirme abajo. Me ha ofrecido una pastilla y he vacilado, hasta que Leo ha entrado en ese momento y me ha mirado como si supiera lo que estaba a punto de suceder. De no ser por su interrupción, creo que habría aceptado. Así que aquí estoy. Un sudor frío me recorre la nuca mientras intento no caer de nuevo en la tentación. Aunque es muy difícil no sucumbir cuando la tienes a pocos metros de distancia.

—¡Foto! —nos pide Nico.

Iris se pega a mí. Le ha regalado una cámara y no para de fotografiar a todo el mundo. Le paso un brazo por los hombros y fuerzo una sonrisa tan falsa como la suya.

—Estás temblando —dice preocupada.

—Estoy bien —respondo con las manos metidas en los bolsillos para ocultar el temblor de mis manos. Iris entorna los ojos y tuerzo el gesto porque no soporto que se ponga en plan maternal conmigo—. Estoy de puta madre.

Salgo del camerino porque me voy a volver loco y necesito que me dé el aire, algo ridículo si tengo en cuenta que este lugar está abarrotado de gente. Faltan quince minutos para nuestra actuación y aprovecho para colarme detrás del escenario, en una zona menos concurrida en la que puedo fumar sin que nadie me moleste. Nada más encender el cigarro me percato de que Gabi está con el teléfono a un par de metros de distancia. Por la forma en la que se ríe y gesticula, sé que habla con Sam. Es increíble, solo llevan unas horas separadas. ¿No puede vivir sin su amiguita tóxica?

Expulso una bocanada de humo cuando ella cuelga. Se da la vuelta y se sobresalta al verme. No nos hemos dirigido la palabra desde que esta mañana nos reencontramos en el

aeropuerto. No sé qué me fastidia más, que me llamara metemierda o que me ignore.

—No muerdo —le suelto.

—No quiero discutir —responde con desdén—. Me viene fatal antes de un concierto.

—Dos no discuten si uno no quiere. Descuida, ni siquiera sabía que estabas aquí. El metemierda no ha venido a molestarte.

Gabi se cruza de brazos y resopla.

—Tu ataque de victimismo no consigue que me sienta culpable. No me arrepiento de lo que te dije. —Se acerca a mí y, justo cuando creo que va a rodearme para salir del *backstage,* apoya casi todo el peso en la pierna izquierda y me mira sin pestañear—. No entiendo por qué de repente le tienes esa inquina a Sam.

—No le tengo ninguna inquina —respondo irritado—. De hecho, eso deberías preguntárselo a ella. No me puede ni ver.

Gabi se queda desconcertada por un momento.

—Sam nunca me ha hablado mal de ti.

—Porque es una falsa.

Gabi abre mucho los ojos y se echa hacia atrás, como si la hubiera atacado a ella. Me entran ganas de gritar de impotencia. Joder, ¿por qué no lo ve? Su supuesta amiga la manipula para crearle dependencia emocional porque tiene la esperanza de que se enamore de ella. Para mí está clarísimo lo que pretende.

—Vuelve a insultar a mi amiga y te juro que te retiro la palabra —dice hecha una furia.

—Que en resumen es lo que has hecho desde que grabamos el videoclip —le recuerdo cabreado—. No sabía que mis besos tuvieran semejante efecto, Gabriella.

—¿Todo esto es porque nos besamos? —pregunta con voz temblorosa—. Si quieres hablar de ello, no es necesario que me

provoques. Eres un puto adulto. Podrías comportarte como tal.

—Habría hablado contigo si no hubieras huido a Italia al día siguiente con tu supuesta nueva mejor amiga —le recrimino bastante escocido.

—¡Deja de meter a Sam en esto! —chilla fuera de sí—. ¿En serio? ¿Estás tan asustado por lo que sentiste al besarme que tienes que atacar a mi amiga para encontrarte mejor?

—¡Asustado! —Me río sin ganas—. Tú no tienes ni idea de lo que siento.

—Pues explícamelo —me pide en voz baja—, en lugar de comportarte como un imbécil.

—¿Eso es lo que soy para ti? —La pillo desprevenida cuando corto la distancia que nos separa, tiro el cigarro y le toco el brazo—. ¿Un imbécil?

Me pierdo en sus ojos azules y tengo que hacer un gran esfuerzo para no empujarla contra la columna más cercana y besarla hasta que uno de los dos se rinda y admita que esta atracción acabará con nosotros.

—Sabes que no —dice con un hilo de voz.

—Gabi… —Sostengo su rostro y clavo una mirada hambrienta en su boca—. Joder, Gabi…

Pone las manos en mi pecho, aunque no me aparta. Agarra mi camiseta como si quisiera atraerme hacia ella y a la vez luchara consigo misma para no hacerlo. Inclino la cabeza y le acaricio la barbilla con los labios. Ella respira de forma entrecortada. Sé que alguien podría vernos y mañana seríamos la comidilla de todas las revistas, pero en este momento el deseo es más poderoso que la cordura. A la mierda el buen chico que finge que puede ser su amigo. A la mierda las dudas. A la mierda Leo. Quiero besarla, llevármela de aquí y terminar lo que empezamos al grabar aquel videoclip. Se me ha quedado grabada en la piel y no puedo dejar de pensar en ella. El deseo va a matarme. La necesito tanto que me duele.

—No quiero buscar una excusa para besarte —le confieso con la boca cerca de su oreja—. Porque me muero de ganas de hacerlo a todas horas. Esa es la puta verdad.

Para demostrárselo le doy un beso en el lóbulo. Y luego otro en el cuello. En la base de la garganta, la barbilla y la comisura de la boca. A ella se le escapa un suspiro que me pone a cien.

—Dime que después de este concierto quieres pasar la noche conmigo —le pido con voz ronca.

Me aparto para mirarla y descubro en sus ojos un deseo tan urgente como el mío. Se lame el labio inferior y el gesto me mata un poco más.

—¿Quieres pasar la noche conmigo? —pregunta con tono grave.

—Quiero tumbarte en una cama, arrancarte la ropa y besar cada centímetro de esa piel que me vuelve loco. Quiero hacerte todas las cosas con las que he fantaseado demasiados años. Quiero que pronuncies mi nombre hasta que te quedes afónica y que por la mañana tenga la marca de tus uñas tatuada en mi espalda. Y quiero… que seas lo primero que vea al despertarme al día siguiente.

No he medido mis palabras, aunque tampoco me importa porque no ha salido ni una sola mentira de mis labios. Es todo lo que siento. Gabi abre la boca y vuelve a cerrarla. No sé si está asustada o impresionada.

—Vaya… —musita al fin.

—¿Vaya? —Enarco las cejas.

Se muerde el labio y me parece el gesto más adorable y provocador del mundo.

—Una moneda de oro por tus pensamientos —digo con una sonrisa débil. Nunca había tenido tanto miedo de que alguien me rechazara.

—Te deseo —admite sin vacilar—. Pero, antes de besarte como me muero de ganas, tienes que hacer algo por mí.

—Lo que sea —respondo desesperado.

—Retira lo que has dicho de Sam.

Es como si me hubiera tirado un cubo de agua fría encima. Me aparto de ella, me paso una mano por la barbilla y sacudo la cabeza sin dar crédito. Debe de ser una puta broma. ¿En serio acaba de nombrar a su amiga justo ahora?

—Tienes un problema —le espeto.

—Cuidado —me advierte con el cuerpo tenso.

—Esa amistad de la que tanto presumes te va a crear una dependencia emocional de la hostia.

—Pol…

—¡A la mierda! —Extiendo los brazos y suelto todo lo que llevo dentro. La rabia hacia mis padres, el malestar que intento ocultar por culpa de la falta de droga, el dolor que siento por haber perdido a Leo…—. ¿De verdad que no lo ves? ¡Te manipula para que la necesites! Así es como empiezan ese tipo de relaciones. Te aleja de las personas a las que quieres para que te quedes sola y ella sea la única a la que puedas recurrir.

—Pol, para —ordena con voz temblorosa—. No conoces a Sam. Lo que dices es ridículo. Es cierto que se ha convertido en un gran apoyo para mí, pero jamás ha intentado separarme de…

—¡Joder, Gabi! ¡Está enamorada de ti! —le grito alterado, y ella cierra la boca de golpe—. ¡No puedes ser su amiga! Lo descubrí el día que grabamos el videoclip. La vi llorando y…

—Eres lo peor —me interrumpe con un tono de voz que no le había escuchado utilizar nunca. Es afilado como un cuchillo—. Estás tan hecho polvo que no soportas que nadie a tu alrededor sea feliz.

—Vete a la mierda. —Se la devuelvo—. Estás ciega.

—Todos estos años he intentado llamar tu atención de todas las formas posibles —sacude la cabeza y se ríe, pero tiene los ojos vidriosos— y ahora te comportas de esta forma tan

miserable solo porque nos besamos en un videoclip y porque de repente te sientes amenazado por Sam. Eres un gilipollas.

—¡No me siento amenazado por Sam! —le grito indignado—. ¡Lo que quiero es que abras los ojos! Joder, es diferente. Estás tan obsesionada con Sam que no ves más allá de ella. Y todo porque por primera vez tienes una amiga. Venga ya, eres patética.

—Y tú eres un niñato egoísta e inmaduro —me escupe con rabia—. Y un puñetero drogadicto que necesita meterse algo para olvidar que su vida es una mierda.

Sus palabras me golpean con una fuerza que no esperaba. Me tambaleo hacia atrás y todos los insultos que iba a gritarle se evaporan. Gabi se tapa la boca, completamente horrorizada. Se le llenan los ojos de lágrimas. Es extraño, porque quiero ir hacia ella y darle un abrazo para que ambos olvidemos lo que acaba de suceder. Pero al mismo tiempo necesito darle la espalda y fingir que no acaba de arrancarme el corazón del pecho. Tal vez, si no la miro, consiga olvidarme de su desprecio. Por desgracia, cuando me doy la vuelta me encuentro con la expresión descompuesta de Axel. Por su cara sé que lo ha escuchado todo o, al menos, lo suficiente.

—Venía a avisaros de que nos toca salir.

Aprieto los puños y camino hacia el escenario para intentar olvidar lo que me ha dicho Gabi. El público ruge enardecido cuando me ve. Por desgracia, estoy demasiado dolido para agradecer su entrega. Porque algunas palabras tienen un poder de destrucción tan profundo que no hay nada que pueda borrar la herida que dejan en el alma.

47
Pol

A pesar de todo, el concierto ha sido un éxito y el público nos ha ovacionado durante más de diez minutos. Pero eso no significa que las cosas vayan bien. De hecho, tengo la sensación de caer en picado, como si me hubiera lanzado de cabeza a un agujero que parece no tener fin. En la limusina que nos lleva al hotel, todos, excepto Nico, guardamos silencio. Gabi le sonríe con debilidad y posa para las fotos que él le hace, aunque es evidente que desea quedarse sola. Iris me mira de reojo y agradezco que no me pregunte qué me pasa. Axel finge estar muy interesado en su móvil y Leo no me quita la vista de encima, lo que me hace suponer que Axel se lo ha contado todo. En cuanto la limusina aparca en la parte trasera del hotel en el que nos alojamos, salgo disparado con la intención de… No lo sé. Lo que sea. Darme una ducha, correr una maratón, fumar el paquete de tabaco que guardo en el bolsillo o desaparecer. Me conformo con cualquier cosa que me ayude a olvidar las palabras de Gabi. Pero están ahí y me laceran, para que recuerde lo que en el fondo siempre he sabido: ella también me ve como un despojo humano. Un egoísta, un inmaduro, un maldito drogadicto.

—Pol —me llama Leo antes de que cruce la puerta del hotel.

Y al momento me tenso. Estar enfadado con un amigo es una sensación muy contradictoria. Por un lado, lo necesitas y, por otro, darías lo que fuera por dejar de quererlo.

—¿Qué quieres? —respondo sin volverme.

—¿Te encuentras bien?

Me río sin ganas.

—De puta madre, tío. Todo lo bien que puede estar el drogadicto del grupo.

Se queda callado. Sé que si me doy la vuelta voy a encontrarme con su compasión, algo para lo que no estoy preparado. Pero me pilla desprevenido que me ponga una mano en el hombro y tengo que hacer un gran esfuerzo para no apartarme. O para no darme la vuelta y darle ese abrazo que tanto necesito.

—Los amigos discuten —dice con suavidad.

—Deberías estar encantado con la situación. Gabi y yo nos hemos peleado. Ya no tendrás que preocuparte por que sucedan ciertas cosas entre nosotros.

—No digas gilipolleces —responde con un deje de irritación —. Jamás he querido que las cosas acaben así entre vosotros.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa sarcástica y me encuentro con su mirada triste.

—Amigos y nada más, ¿no?

—¿De verdad quieres saber mi opinión?

—¿Por qué no? —respondo y extiendo los brazos a ambos lados—. Los hermanos Luna pegáis unos puñetazos verbales que duelen de cojones. Sabré encajar otro golpe.

—No me alegro de lo que ha sucedido —me aclara muy serio —. Y desde lo que pasó en Laponia decidí que jamás volvería a meterme entre vosotros. Aunque sé que os quiero con toda mi alma y que os vais a hacer mucho daño.

—Querrás decir que yo voy a hacerle daño a tu hermana.

—No, Pol. —Sacude la cabeza y suspira resignado—. Piensas que todo este tiempo la he protegido porque se trataba de elegir entre mi amigo y mi hermana. Aunque no me creas, también me preocupo por ti. He intentado salvarte porque te quiero y sé que lo vuestro no puede salir bien hasta que no te cures. Porque una persona que no se quiere a sí misma no

puede querer bien a nadie.

—¿Algo más? —respondo con frialdad, como si sus palabras no me hubieran afectado lo más mínimo.

—¿Serviría de algo? —pregunta desesperanzado. Pongo los ojos en blanco y él asiente—. Lo suponía.

Leo entra en el hotel con los demás y me quedo solo. Cojo un cigarro, pero soy incapaz de encenderlo porque me tiemblan las manos. Esto es lo que soy. El egoísta que se aferra a Gabi a pesar de que sabe, como bien ha señalado Leo, que seré incapaz de quererla como se merece. El drogadicto que intenta mantenerse limpio. El batería por el que todos sienten lástima. Ya está, no puedo soportarlo. Estoy cansado de nadar contra corriente. Por eso cojo el móvil y marco el número de una persona que puede suministrarme lo que tanto ansía mi cuerpo. ¿Para qué seguir con esta lucha si es inevitable? ¿Para qué fingir que soy una buena persona cuando todos saben que soy un puto fracasado?

48
Gabi

La discusión con Pol me ha dejado hecha polvo de pies a cabeza. No me puedo creer que le haya gritado unas cosas tan horribles, aunque en el fondo sé que nuestra relación está marcada por los altibajos. Él dijo que soy su talón de Aquiles. Sin embargo, para mí es como una astilla clavada en la piel que no puedo quitarme porque corro el riesgo de desangrarme.

Las lágrimas me impiden ver bien cuando pulso el botón del ascensor. Solo quiero estar sola y llorar hasta que me quede vacía del todo. Entro en la cabina en cuanto se abre la puerta. Por desgracia, alguien se cuela dentro antes de que se cierre. Giro la cabeza para que no me vea, pues lo último que necesito es enfrentarme a una persona que me reconozca y me pida una foto.

—Hola, Gabi —dice una chica con marcado acento británico.

«La que faltaba».

A pesar de que no la miro, sé que esboza una sonrisa burlona. Típico de Millie, atacar cuando su presa está convaleciente. Enderezo la espalda, me seco las lágrimas con el puño de la sudadera y respiro hondo antes de volverme para mirarla de frente. También ha actuado en el concierto benéfico, aunque no hemos coincidido entre bambalinas. Nos alojamos en el mismo hotel y por su expresión de hiena hambrienta sé que tiene ganas de gresca. La verdad es que no tengo ni idea de lo que le he hecho. Acosó a mi hermano y me limité a defenderlo. Desde entonces la tiene tomada conmigo.

—Olvídame —le espeto.

—Uy, ¿problemas en el paraíso? —Hace un mohín con los labios—. Pobrecita, me ha dicho un pajarito que has discutido con Pol.

Me cuesta bastante morderme la lengua. No quiero entrar al trapo ni darle ningún motivo para iniciar una guerra. De verdad que no la entiendo. ¿Qué diantres le he hecho para que me odie tanto?

—Has estado brillante en el escenario —dice con sinceridad. Entorno los ojos. No me fío de ella. No sé a cuento de qué viene este halago—. Es increíble cómo cambian las cosas. Hace unos años tu padre le suplicaba a mi mánager que colaborase con vosotros, y ahora sois los encargados de cerrar el concierto. E incluso tenéis la última planta de este hotel reservada para vosotros. Sois unas auténticas estrellas.

«Por favor, que se baje ya».

Su tono está cargado de desprecio, lo que me lleva a comprender algo que ya intuía: Millie está celosa de nuestro éxito. Nuestra carrera no ha parado de crecer desde que colaboramos con ella, mientras que la suya se ha estancado. Y yo soy la voz de Yūgen, razón de más para descargar toda su rabia contra mí. Si a eso le sumas que me negué a actuar en algunos de sus conciertos y que no he vuelto a cantar en público la canción en la que colaboramos para no darle más bombo, ahora logro entender por qué me tiene tanta inquina.

Y me río. Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada de incredulidad. La noche ha sido muy complicada. He discutido con el chico del que estoy enamorada. Me siento tremendamente culpable después de haberlo insultado. ¿Y ahora Millie pretende darme la estocada final? No, de eso nada. Hace falta mucho más que una cantante inglesa venida a menos para hundirme.

—Ya eres mayorcita para tenerme envidia —le suelto.

Ella me atraviesa con la mirada.

—¿Envidia de ti? —responde roja de rabia—. Yo ya tenía un Grammy cuando nadie te conocía. ¡Soy Millie Williams! ¡La gente me adora! Mientras que a ti…

Bostezo para sacarla de sus casillas y la dejo gritar un montón de palabrotas en inglés, hasta que llegamos a su planta y pulso el botón de apertura de puertas para que no se cierren.

—¿Te largas o quieres que te firme un autógrafo? —pregunto aburrida de su ataque de drama.

Se le dilatan las aletas de la nariz y por un segundo creo que va a abalanzarse sobre mí, pero al final sale del ascensor con ese andar de diva insufrible tan típico de ella. Antes de que las puertas se cierren me dedica una mirada que es pura maldad.

—Ten mucho cuidado. Todo lo que sube baja —me advierte.

Me quedo algo intranquila cuando las puertas se cierran. Conozco lo suficiente a Millie. Su malicia no tiene límite. Sé que acaba de amenazarme y tiene tan pocos escrúpulos que es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya. He de andarme con ojo con ella, pero, por el momento, estoy tan agotada que al salir del ascensor me dirijo al patio interior. Como bien ha señalado Millie, mi padre ha reservado la última planta del hotel para nosotros, por lo que no tengo que preocuparme de que nadie me moleste. Cojo una manta que hay plegada a los pies de un sofá de dos plazas y me hago un ovillo. Ojalá pudiera borrar las últimas dos horas. No me siento orgullosa de haber llamado drogadicto a Pol, aunque soy una persona muy impulsiva que ataca en cuanto la hieren. No pretendo justificarme, pero me hirvió la sangre cuando me dijo que era patética por aferrarme a mi amistad con Sam.

¿Cómo es posible que dos personas que se quieren se hagan tanto daño?

Sé que Pol me quiere. Tal vez no esté enamorado de mí, pero no me cabe duda de que soy importante para él. Nos hemos destrozado el uno al otro. Ahora no puedo quitarme de la

cabeza su expresión herida. Y me duele, maldita sea. Me duele tanto…

—Hola. —Mi hermano entra en el patio con la guitarra colgada al hombro—. ¿Se puede? No quiero molestarte.

—Pues claro.

Le hago un hueco en el sofá para que se siente a mi lado. Apenas hemos hablado desde que me fui de casa. No obstante, nuestra relación es idílica en comparación con la que mantengo con mi padre. Ni siquiera lo saludé esta mañana cuando nos reencontramos en el aeropuerto.

—No quiero hablar de…

—Tranquila. —Pone su mano encima de la mía—. Es una conversación que puede esperar.

Me relajo un poco y apoyo la cabeza en su hombro.

—Soy una bocazas —digo compungida.

—Nos viene de familia —se compadece de mí—. Yo también la cagué con Nura, pero míranos ahora.

—No la llamaste inmadura, egoísta y drogadicta.

—A veces decimos cosas que no sentimos —reflexiona—. Estoy convencido de que Pol está igual de arrepentido que tú. Tal vez deberías dejar que las cosas se enfríen antes de hacer las paces con él.

—¿Y si no quiere perdonarme? —me temo—. Tú no le viste la cara.

Leo guarda silencio durante un buen rato. Lo entiendo perfectamente. Él no está en la cabeza de Pol. No tiene una respuesta para mi pregunta. Al final se aparta de mí y coge la guitarra.

—¿Quieres que toque algo? —propone para animarme.

—Puedo hacerlo yo.

Enarca las cejas y me mira sorprendido.

—¿Desde cuándo sabes tocar la guitarra?

—Bueno… —Esbozo una sonrisa tímida—. Estoy

aprendiendo. Sam me ha estado enseñando.

Mi hermano me entrega su guitarra sin vacilar. Sé que tiene miles de preguntas, pero en lugar de formularlas se limita a mirarme intrigado. Durante todos estos años se ha ofrecido a enseñarme y se ha topado contra un muro, así que agradezco que no me presione. Escojo «Knockin' on Heaven's Door», de Bob Dylan, una canción que ayer practiqué con Sam. Mi hermano me escucha sin pestañear y con una pequeña sonrisa hasta que termino. Me muerdo el labio y dejo la guitarra en el suelo.

—Ya sé que no soy muy…

Leo me pilla desprevenida al darme un abrazo. Escondo la cabeza en su pecho y se me escapa un sollozo. Sé lo que me quiere decir con este abrazo. En este momento significa mucho para mí. Por eso lo estrecho con fuerza durante varios minutos en los que me acaricia el pelo y no para de repetir lo orgulloso que está de mí.

—Lo siento —dice cuando nos separamos.

—¿Por qué? —pregunto confundida.

—Por dar por hecho que no te interesaba aprender. Es obvio que lo que fallaba era el profesor.

Me acuerdo de la paciencia infinita de Sam. De sus manos guiándome con suma ternura. De nuestros chocolates calientes y sus sonrisas resplandecientes cada vez que conseguía tocar una canción. Una sensación cálida me llena el pecho.

—No es culpa tuya —le aseguro, porque es lo que pienso—. Debería haber sido sincera contigo.

Leo me mira extrañado y le hablo de mi complejo de inferioridad y de la razón por la que decidí no seguir estudiando. A medida que lo voy soltando todo me quito un gran peso de encima. Sé que debería habérselo contado antes. Si lo hubiera hecho, tal vez habría podido ayudarme a superarlo. Supongo que a veces es más complicado abrirte con

tus seres queridos, quizá porque no quieres decepcionarlos o preocuparlos. A Sam le he contado cosas que nunca había hablado con nadie, y fue inexplicablemente fácil. Con ella todo encaja de una forma tan perfecta que tengo la impresión de que he encontrado a mi alma gemela.

—Sé que te lo habré dicho un millón de veces, pero… —me pone una mano en la mejilla y me mira con cariño— me tendrás siempre, ¿vale? Incluso si tomas decisiones con las que no estoy de acuerdo.

—¿También si esas decisiones me conducen a Pol?

Leo se toma su tiempo para contestar y me temo que vaya a darme una respuesta que no me guste.

—Sí —resuelve al fin. Me atrae hacia él y me da un beso en la frente—. Me voy a dormir. Te dejo a Lucille. Cuídamela bien.

—Cuando me compre una la voy a llamar Mérida.

—Me gusta —responde con aprobación.

«Menos mal que no se ha reído».

Antes de salir del patio, se vuelve y me dice:

—Me gusta muchísimo Sam. Saca lo mejor de ti.

Su comentario me reconforta porque ha dicho una gran verdad. Cuando estoy con Sam, siento que por fin soy la persona que siempre he querido ser; valiente y segura de mí misma. Ojalá Pol se tomara la molestia de conocerla. Descubriría a una chica con un corazón enorme que huele a coco y da los mejores abrazos del mundo.

La echo de menos y le envío un mensaje para preguntarle qué tal está Percy. Ella me responde al poco tiempo con una foto de ambos tumbados en el sofá. Me pongo de buen humor al verla. Me encantaría que estuviera aquí conmigo. Todo es mejor con Sam a mi lado.

49
Pol

Diez euros a cambio de una pastilla para colocarme. El que dijo que el dinero da la felicidad no tuvo en cuenta que con él se pueden comprar cosas que te arruinan la vida. Meto la mano en el bolsillo trasero del pantalón y toco la bolsita de plástico en la que está guardada la pastilla.

—¡Hermanito!

Saco la mano del bolsillo a toda prisa y esbozo la sonrisa que siempre le dedico a Nico. Me da un abrazo tan enérgico que casi me tira de espaldas. Al final del pasillo de la planta del hotel, Iris me observa con suspicacia. Si no la conociera, creería que tiene rayos láser en los ojos, porque me mira como si supiera lo que estaba a punto de hacer.

—¡Me ha encantado el concierto! —Nico finge tocar la batería—. ¿Dónde está Gabi? Quiero despedirme de ella.

—Se habrá ido a dormir —respondo para que la deje tranquila. Seguro que quiere estar sola—. Mañana podrás despedirte en el desayuno.

—¿Habrá tortitas?

—¿Quieres tortitas, pequeño glotón?

—No soy pequeño —dice sacando pecho—. ¡Soy mayor que tú!

—Es verdad. —Le despeino el pelo con cariño—. Por supuesto que habrá tortitas. He pedido que las hagan para ti.

—¿¡Con mucho chocolate!?

—Con todo el que quieras. —Le guiño un ojo.

Mi hermano grita entusiasmado y se pone a correr por el

pasillo. Iris le pide que baje la voz porque va a despertar a los demás. Él agacha la cabeza y se calla.

—Déjalo que grite. Se lo estaba pasando bien —le digo—. No les va a importar.

—Son las dos de la madrugada —responde con su seriedad habitual—. No son horas de armar jaleo. Nico, a la cama.

—¿Puedo jugar con la Nintendo antes de dormir? —suplica.

—Quince minutos —respondo por Iris.

Mi hermana pone los ojos en blanco y a Nico se le ilumina la expresión. Corre a darme otro abrazo y luego se dirige a la habitación que comparte con Iris. Tengo intención de escaquearme, pero ella me agarra del brazo antes de que eche a andar. Siempre ha sido más lista que yo, eso hay que reconocérselo.

—Dame lo que tienes en el bolsillo —me ordena.

—¿Quieres mi móvil?

—En el otro bolsillo. —No me muevo. Iris aprieta la mandíbula y me mira con una mezcla de decepción y hartazgo —. Pol, por favor.

No sé si es porque me lo pide por favor o porque en el fondo necesito que me salve de mí mismo. El caso es que le entrego la bolsita sin rechistar, algo que la pilla tan desprevenida como a mí. Contempla la pastilla con desaprobación y luego la guarda en su bolso.

—No va a solucionar tus problemas.

—Al menos hará que los olvide durante unas horas.

—Dime qué puedo hacer —me pide con una desesperación que me duele. Estoy acostumbrado a la hermana perfecta que jamás se desmorona ni muestra ninguna emoción en público. Detesto que se venga abajo por mi culpa. Odio lo que le hago a todos los que me rodean. Sus ojos se tornan vidriosos y me acaricia la mano con un cariño inusual entre nosotros—. Dímelo, Pol.

—¿Decirte qué?

—Qué puedo hacer para que me dejes ayudarte. Si hace falta, me pediré una excedencia para cuidar de ti.

—Iris…

—Hay un centro de desintoxicación del que me han hablado. Podría ir a visitarte. No estarías solo y…

—Para —le pido apretándole la mano—. Déjalo.

—No puedo, eres mi hermano. A lo mejor no he sido la mejor hermana mayor, pero eso no significa que no seas importante para mí. Es solo que me he centrado en Nico y…

—Te exiges demasiado —la interrumpo con suavidad—. ¿Alguna vez piensas en ti?

—Tengo la vida que quiero —responde con aspereza.

—A mí me parece que tienes la vida que nuestros padres escogieron para ti. Te pusiste al frente del bufete sin que te preguntaran qué es lo que querías, cuidas de Nico porque para ellos siempre ha sido una carga y ahora te echas encima la obligación de curarme cuando yo no te he pedido ayuda.

—¡Pues no pretendas arreglar tu vida a golpe de pastillas!

—Vete a descansar. —Le doy un apretón cariñoso en el brazo y hago caso omiso de lo que ha dicho—. No te preocupes por mí.

—No escogemos preocuparnos de las personas a las que queremos. El amor no funciona así. —Va a decir algo más, pero le suena el móvil—. No voy a cogerlo. Solo voy a ponerlo en silencio.

Rebusca en el bolso hasta dar con él, pero se le cambia la expresión al mirar la pantalla.

—Venga, cógelo —digo con repentina irritación. No por la interrupción, sino porque sé de quién se trata y eso constata mi teoría de que mi madre la maneja como una marioneta mientras ella trata de ganarse su amor de manera absurda—. Ya sé que es mamá.

—Lo está pasando mal. Creo que esta vez va a separarse de él.

Me río con incredulidad. Si piensa eso es porque no conoce en absoluto a nuestra madre. En el fondo, no sé de qué me extraño. Iris es la clase de persona que quiere arreglarlo todo, incluida una familia desestructurada, con una preciosa fachada de cara a la galería.

—Tengo que cogerlo —se disculpa.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros.

—Pol —dice antes de que me vaya—, habla con ella, por favor. Nos necesita.

—Buenas noches, Iris.

Mi hermana se debate entre seguirme o cumplir con su obligación de hija abnegada. Al final gana la segunda. Me alejo caminando por el pasillo en dirección a mi habitación, pero acabo de quedarme sin mi vía de escape y me lo pienso mejor. Si me encierro ahora, me volveré loco. Por eso me dirijo hacia el patio interior para fumar, lo único que consigue mantener un poco a raya mi ansiedad. Lo último que espero encontrarme es a Gabi tocando la guitarra muy concentrada. Me quedo parado en el umbral y la observo maravillado.

¿Cuándo ha aprendido a tocar?

Está preciosa. Un mechón rubio le cubre el ojo y se está mordiendo el labio. Lo que siento es complicado de explicar. Sí, sigo enfadado con ella. Pero también me muero de ganas de estrecharla entre mis brazos y pedirle que nos demos una segunda oportunidad en la que los gritos y las palabras hirientes estén prohibidas. De repente, Gabi levanta la cabeza y me pilla observándola. Se aparta el pelo de la cara y hace el amago de sonreír.

—Hola —dice con timidez.

Noto que está nerviosa, lo cual derriba todas mis defensas. Mi corazón ha decidido perdonarla y no hay nada que pueda

hacer al respecto, salvo cortar la distancia que nos separa y besarla como llevo tantos años deseando hacer.

50
Gabi

Mi rechazo me pilla tan desprevenida como a él cuando le pongo las manos en el pecho y lo detengo antes de que consiga besarme. Pol suspira con evidente frustración, apoya las manos en mis caderas e inclina la cabeza hasta posar su frente sobre la mía. Y nos quedamos ahí, temblando de ganas. Sintiendo el deseo, el dolor y la rabia en la piel del otro.

—Esto no se soluciona con un beso —digo con un hilo de voz. No sé de dónde he sacado las fuerzas para hablar. Trago el nudo que tengo en la garganta y añado—: Ni tampoco follando.

—Qué faena —se lamenta—. Las dos me parecían buenas opciones.

Su comentario consigue hacerme sonreír. Este es Pol. El chico que me lleva de cero a cien revoluciones en un segundo. Con él todo es caótico, intenso y devastador. Podemos reírnos hasta que nos duele la tripa… o hundir un cuchillo afilado en el corazón del otro. Me doy cuenta del daño que nos hacemos y me asusta demasiado para dejarlo pasar. Pero me muero de ganas de besarlo porque estoy jodidamente enamorada de él. Por eso lo rodeo con mis brazos, pego mi mejilla a su pecho y cierro los ojos. Lo único que quiero es aspirar su olor antes de afrontar esta conversación. Esa mezcla de gel de baño, tabaco y Hugo Boss que me vuelve loca.

—Lo siento —digo avergonzada—. Que me dijeras cosas que me dolieron no me daba carta blanca para gritarte lo primero que se me pasó por la cabeza. Me arrepentí en cuanto lo dije. De verdad, tienes que creerme. No pienso que seas…

—¿Un drogadicto? —termina la frase por mí, pues soy incapaz de volver a pronunciar esa palabra en voz alta. A pesar de todo, no hay acritud en su tono—. Pero es lo que soy, Gabi. Vamos a llamar a las cosas por su nombre.

Me rompo sin poder evitarlo. Cierro los ojos y me aferro más a él mientras intento contener sin éxito los sollozos. Pol me pide que no llore, lo cual me hace llorar más. Ni siquiera sé por qué lloro. ¿Por haberlo llamado drogadicto? ¿Porque es capaz de reconocer que lo es? ¿Porque me da miedo haberme enamorado de un chico que está perdido y sin esperanza? No tengo ni idea. Cuanto más me ordeno a mí misma calmarme, más grandes son los sollozos.

—No pasa nada, Gabi —me tranquiliza con tono ronco, y entonces sé que está haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas—. No estoy enfadado contigo. Finjamos que no tuvimos aquella discusión.

Me acaricia el pelo como solo él sabe hacerlo. Con una ternura infinita, como si no nos hubiéramos gritado un montón de barbaridades hace unas horas. Me derrito como el caramelo al fuego lento aunque me haya prometido que no iba a sucumbir por el bien de ambos.

—Además, si pude perdonarte cuando me llamaste orangután unineuronal, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

Me da un pequeño ataque de risa y lo golpeo con los puños hasta que él también se ríe.

—De eso hace más de diez años —me defiendo riendo.

—Doce, para ser exactos —me corrige. Lo creo porque su memoria es mejor que la mía—. Te enfadaste porque no te escogí para mi equipo de balón prisionero.

—Estabas coladito por aquella pelirroja de la urbanización —digo con tonillo resentido.

—Brenda —se acuerda—. Quería llamar tu atención porque no parabas de hacerle ojitos a aquel larguirucho que nos sacaba

un par de años.

—¡Ay, Dios! —Sacudo la cabeza—. Somos un caso perdido.

—Eso parece.

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Hay tantas emociones en esa mirada oscura que me ahogo en ella. Pol me acaricia la mejilla con cariño y esboza una sonrisa débil. Aunque se haya llamado a sí mismo drogadicto para restarle importancia a mis palabras, lo conozco lo suficiente para saber que le duele. Por eso pongo mi mano sobre la suya e inclino el rostro para que no deje de tocarme.

—No deberíamos insultarnos cuando discutimos. Ya sé que se nos da de maravilla, pero no puedo soportar hacerte daño. Es evidente que sabemos dónde pinchar al otro si nos enfadamos. Y es horrible… Es… —Hago una pausa para escoger bien mis palabras—. No está bien, Pol. No quiero tener ese tipo de relación contigo. No quiero que me grites que soy una pringada porque me siento muy afortunada de tener una amiga como Sam. Me da igual lo que pienses de ella. Sabes que no he tenido suerte con mis amistades femeninas, y me duele muchísimo que utilices esa baza para hacerme daño cuando no logras convencerme de algo.

—La he cagado —admite tan avergonzado como yo.

—¿De verdad somos esa clase de amigos? —pregunto horrorizada.

Pol no dice nada. Me aparto de él y vuelvo a sentarme en el sofá. El frío me invade de golpe y cojo la manta para taparme. Pol se queda de pie. No sé qué piensa, así que me echo a un lado para invitarlo a sentarse. En cuanto lo hace, me pego a él para que me dé un poco de calor. Compartimos la manta y uno de esos silencios que no hace falta romper. Permanecemos callados un rato, hasta que Pol entrelaza su mano con la mía y dice:

—No sabemos querernos bien.

—Dime algo que no sepa.

—Por ti estoy dispuesto a aprender.

Lo miro para entender si se trata de una broma y me encuentro con una sonrisa tan vulnerable y sincera que va directa a mi corazón. Ya está. Es todo lo que necesita para derribar mis defensas.

Lo beso con todas las ganas acumuladas de los últimos años. Lo agarro de la camiseta para pegarlo más a mí, hasta que su piel y la mía son una sola. Hasta que no sé dónde empieza él y dónde acabo yo. Lo siento todo con una intensidad abrumadora: la calidez de su boca, el tacto de sus dedos, mi pecho pegado al suyo y los latidos acelerados de nuestros corazones. Sus manos me agarran los brazos, como si tuviera miedo de que fuera a apartarme de él, a pesar de que no tengo la menor intención de irme a ningún lado.

Es jodidamente bueno.

Nunca había sentido nada igual.

Este beso no se parece en absoluto al que nos dimos al grabar el videoclip, porque nos pertenece por completo. Es real… y nuestro. Está cargado de las cosas que nunca nos hemos dicho. De las dudas, el deseo y la química explosiva. Este beso somos nosotros, dejándonos llevar de una vez por todas. Arriesgándonos sin miedo. Y es perfecto.

Sus manos suben por mis brazos hasta posarse en mis mejillas y dibuja el contorno de mi mandíbula con los pulgares. Nos separamos un poco, lo justo para tomar aliento antes de volver a besarnos. Su lengua se enreda con la mía y pone una mano en mi nuca para dirigir el beso. Dios, me encanta que lo haga. Me muero de placer cuando toma la iniciativa. Me enloquece que se muestre autoritario y decisivo; eso significa que lo deseaba tanto como yo. Que me dé un pequeño mordisco en el labio inferior y entierre la mano en mi pelo. Que tire con suavidad y me bese el cuello cuando echo la

cabeza hacia atrás. Que vuelva a besarme con desesperación, como si lo de antes hubiera sido un aperitivo. Que murmure mi nombre con voz ronca, una y otra vez, entre beso y beso.

—Gabriella… —susurra contra mis labios.

Le doy un empujón que lo pilla desprevenido. Pol deja de tocarme y me mira confundido. Tiene las pupilas dilatadas y está despeinado. Nunca me había parecido tan guapo, con la camiseta arrugada y esa expresión de vulnerabilidad tan tierna. Esbozo una sonrisa traviesa y me siento a horcajadas encima de él. El alivio se apodera de su expresión cuando sacude la cabeza y se ríe.

—Mala. —Me roba un beso rápido—. Me encantas.

Le acaricio la boca con la mía, pero sin llegar a besarlo. Emite un gruñido de protesta antes de darme un beso en la barbilla. Apoya una mano en mi muslo y la otra se cuela debajo de mi sudadera para acariciarme la espalda. Busco su cuello para darle todos los besos con los que siempre he soñado. Besos cortos, dulces, intensos, apasionados. Todo me parece poco. Estoy tan hambrienta que necesito más. Mi cuerpo tiembla sobre el suyo y nos convertimos en un volcán de energía. Meto las manos debajo de su camiseta para acariciarle el abdomen duro y lo escucho respirar con dificultad.

—Vas a matarme —susurra en un gruñido.

—Qué va. —Me aparto para mirarlo a los ojos y me encanta que busque mi boca con impaciencia—. Todavía no has visto nada.

Me pone las manos en las mejillas y vuelve a capturar mis labios. Sabía que se le daba bien besar, pero no tenía ni idea de que fuera a darme el mejor beso de mi vida. Sus manos bajan despacio por mi cuerpo mientras se apodera de nuevo del beso. Me agarra el culo y presiona mis caderas contra su erección. Gemimos a la vez y me quedo quieta.

Ah…, joder.

Si pensaba que esto no podía ser más bueno… me equivocaba.

Se me escapa un murmullo de protesta cuando Pol se aparta. Lo agarro de la camiseta para volver a besarlo, pero se mantiene firme. Lo miro confundida y en ese instante comprendo lo que quiere. Agarra la cremallera de mi sudadera y me mira para pedirme permiso. Asiento sin dudar. La baja muy despacio sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te necesito —dice con voz ronca.

Atrapa mis labios nada más abrir la sudadera. Nos besamos como locos. Entre beso y beso consigue desabrocharme el cierre del sujetador con una sola mano. Le muerdo el labio y sonrío porque sabe lo que acabo de pensar. No quiero ni imaginarme la cantidad de sujetadores que habrá desabrochado para tener tal pericia. Cretino.

—Quiero hacerte de todo —me susurra al oído—. Quiero follarte en todas las posturas que he imaginado durante demasiado tiempo.

Deja un reguero de besos cortos y cálidos por mi cuello que me aceleran la respiración. Ni siquiera me lo pienso cuando me quito la sudadera. Estoy demasiado excitada para que me importe que nos pillen. Él me arranca el sujetador y luego me sostiene por los hombros. Quiero volver a besarlo, pero me tiene bien agarrada mientras me mira. No solo es una mirada hambrienta. Es una mirada que se cuela dentro de mí. Una mirada de deseo en la que caben otros sentimientos más profundos. Sin dejar de clavar mis ojos en los suyos, le desabrocho la bragueta y busco su erección. Pol aprieta la mandíbula cuando comienzo a masturbarlo. Sus gemidos rompen el silencio de la noche mientras me acaricia la espalda con los dedos. Sus ojos se oscurecen. Separa los labios y entorna los ojos. Lo tengo justo donde quiero.

—Para —dice de repente.

Lo miro confundida.

—¿No te gusta?

Se ríe en voz baja.

—Y tanto que me gusta. —Sostiene mi barbilla y me da un beso rápido—. Llevo muchos años esperando este momento. No quiero que sea deprisa y en un lugar donde puedan interrumpirnos.

Pol me coge en brazos, me deja en el suelo, recoge mi ropa y me cubre los hombros con la manta. Antes de que pueda protestar, me atrae hacia él y me da besos cortos y cálidos por toda la cara. Sin decir nada, me coge de la mano y me conduce fuera de la terraza, en dirección a su habitación. No me doy cuenta de lo nervioso que está hasta que se le cae la tarjeta al suelo y maldice entre dientes porque no ha sido capaz de abrir la puerta a la primera. Le quito la tarjeta, nos reímos y abro yo. Un segundo después estamos dentro de su habitación, la manta está en el suelo y me ha empotrado contra la pared para besarme.

Madre mía, me besa como si no tuviera suficiente de mí.

Tenemos tantas ganas el uno del otro que nos arrancamos la ropa a trompicones mientras nos acercamos a la cama. Parecemos animales. Al quedarnos desnudos nos miramos sin pudor. Pol sonríe con suficiencia y me entran ganas de estrangularlo. Uf, está como un tren. Y lo sabe, por supuesto que lo sabe. Las ganas de ponerlo en su sitio se me pasan al darme cuenta del intenso deseo con el que me mira. Me recorre de arriba abajo con una mirada hambrienta y posesiva. No siento ni una pizca de vergüenza. Es imposible cuando tengo delante a un chico que me mira como si fuera el mejor de sus sueños.

Me acerco a él y le acaricio el brazo muy despacio. Ese simple roce basta para que se abalance sobre mí con unos besos tan profundos que vuelve a faltarnos el aliento. Entierra una

mano en mi pelo y me muerde el cuello.

—Joder, Gabi —murmura con voz ronca—, no me puedo creer que tenga tanta suerte esta noche.

—¿A esto lo llamas suerte? —pregunto mientras recorro su pecho con el dedo índice.

Me pilla desprevenida cuando lo atrapa y se lo lleva a la boca. Se me seca la garganta. Uf, es lo más erótico que me ha pasado en la vida. Esboza una sonrisa ladina y sexy, como si supiera lo que pienso en ese momento.

—Me he quedado corto —me dice con una mirada oscura—. Me ha tocado la lotería contigo.

Me da un empujoncito que me deja bocarriba en la cama, se arrodilla en el suelo y separa mis piernas. Me tapo la cara y me muerdo el labio cuando comprendo lo que está a punto de hacer. La mayoría de los tíos con los que me he acostado son unos inútiles con el sexo oral. Voy a decirle que probemos otra cosa, pero su boca se posa en mi sexo y…

—¡Ah! —Arqueo la espalda, dejo de taparme la cara y clavo las uñas en el colchón.

Sé que el muy arrogante sonríe triunfal aunque no puedo verle la cara. Sin embargo, se lo perdono porque se le da de maravilla. Me retuerzo de placer cuando me penetra con un dedo. Le pido que pare, porque no quiero correrme tan pronto, pero él no deja de atormentarme hasta que me invade un torrente de energía que me deja completamente laxa. Necesito unos segundos para recomponerme y él parece entenderlo, puesto que se tumba a mi lado y me da un beso en el hombro.

—¿Estás viva?

Le doy un golpe sin fuerza en el brazo y me río. No sé lo que me voy a encontrar cuando abra los ojos. Presupongo que voy a toparme con su sonrisa burlona, pero, al mirarlo, solo veo a un chico que me observa como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Me derrito por completo y me pego a él. Me aparta

el pelo de la cara y me da un beso en la sien. Durante unos minutos permanecemos acurrucados y nos acariciamos distraídos, hasta que la cosa vuelve a ponerse muy caliente, justo cuando su erección me roza el muslo. Entonces volvemos a besarnos hasta que nos falta el aliento.

—Dime que tienes un preservativo —mascullo con la respiración entrecortada.

Pol se separa de mí, pero luego se lo piensa mejor y me da un beso demasiado corto para mi gusto antes de levantarse de la cama. Le miro el culo cuando se agacha para buscar su cartera. Se vuelve de golpe con el condón en la mano y me pilla mirándolo. Enarca las cejas, sacude la cabeza riéndose y vuelve a la cama. Ni siquiera le doy tiempo a reaccionar. Lo empujo para que se tumbe bocarriba, le quito el preservativo y se lo pongo. Luego me siento a horcajadas encima de él y los dos gemimos cuando entra muy despacio dentro de mí.

—Joder, Gabi… —dice con voz ronca, porque me muevo a un ritmo muy lento.

Me inclino para buscar sus labios y entierra las manos en mi pelo. Entre beso y beso me susurra palabras que me ponen a cien. A pesar de que hago todo lo que está en mi mano para prolongar este momento, ambos estamos tan excitados que llegamos al orgasmo con pocos segundos de diferencia. Me desplomo encima de él, pego la mejilla a su pecho y cierro los ojos. Pol me acaricia la espalda y me da un beso en la cabeza. Y, mientras hago un gran esfuerzo para no sucumbir al sueño, pienso que ojalá este fuera el principio de nuestra historia, porque la única verdad que conoce mi corazón es que le pertenece por completo.

51
Pol

Gabi está tumbada bocabajo y me mira con la cabeza apoyada en los antebrazos. Yo estoy recostado de lado y le acaricio la espalda, algo que acabo de descubrir que es su debilidad, además de los besos en la frente. Está desnuda, preciosa y es mía. Al menos hasta que salgamos de esta habitación y debamos enfrentarnos a la realidad.

—¿Desde cuándo tocas la guitarra? —pregunto con curiosidad.

—Desde hace poco tiempo. —Me mira indecisa y añade—: Sam ha empezado a enseñarme.

Intento no poner ninguna expresión que pueda enfadarla. Otra vez Sam. Aunque no sé por qué me molesta tanto. Solo ha respondido a mi pregunta.

—Se te da bastante bien para llevar poco tiempo.

—Oh, venga ya. —Pone los ojos en blanco—. No seas amable conmigo solo porque nos hemos acostado.

—Suelo ser amable contigo cuando no me sacas de mis casillas.

—Te saco de tus casillas cuando te pones en plan chulo.

—Me pongo en plan chulo cuando me tocas los… —Me quedo callado y la fulmino con la mirada. A ella se le escapa una risilla triunfal y me vuelven a entrar ganas de besarla—. Eres lo peor, pitufo.

—¿Lo ves? —dice orgullosa—. Por suerte para ti, ahora cada vez que discutamos podremos arreglarlo de otra forma.

—Ah, pero… ¿tienes intención de repetir?

Gabi se pone colorada como un tomate. No puedo mantener mi expresión seria durante mucho tiempo y me entra la risa floja. Ella resopla ofendida.

—Idiota —sisea.

—Te has asustado, ¿eh? —No dice nada, lo cual dice mucho —. Es normal, Gabi. Todas las que me prueban quieren repetir. Soy muy bueno.

—¡Imbécil!

Me pilla completamente desprevenido cuando agarra un cojín y se pone encima de mí para golpearme. A pesar de lo pequeña que es, me cuesta bastante arrebatárselo. Me hace mucha gracia que me mire indignada con la nariz arrugada.

—No pienso volver a acostarme contigo.

—No hagas promesas que no vas a cumplir. —Juego con un mechón de su pelo—. ¡Con lo que te ha gustado!

—Mira que eres cretino.

—Un cretino que folla de vicio.

—Y creído.

—Un creído que sabe lo que te gusta.

—¡Cállate! —Me arrebata el cojín y me golpea con él—. Como si tú no te murieses de ganas de volver a hacerlo conmigo.

—Pues claro.

Deja de golpearme y me mira con recelo, hasta que una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios. No sé quién toma la iniciativa. Solo sé que de chincharla a hundirme dentro de ella han pasado muy pocos segundos. Y, cuando terminamos, los dos respiramos como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación. De repente, me da un codazo.

—¡Eh! —protesto, a pesar de que no me ha hecho daño—. ¿A qué ha venido eso?

—Lo de antes no significa que te haya perdonado.

—Perdón —digo sin sentirlo. Me pongo de lado y le doy

besitos en el brazo hasta que se ablanda—. ¿Tienes hambre?

—Un montón.

Me levanto para llamar al servicio de habitaciones y luego me lo pienso mejor. Son las cuatro de la madrugada. Sé que solo tengo que descolgar el teléfono para que nos preparen algo de comer, pero me sentiría culpable si despierto al cocinero por un capricho. Por eso voy al minibar y cojo un surtido de chocolatinas. Le ofrezco un paquete de M&M's porque sé que le encantan y yo me quedo con un Kit Kat. Enciendo la tele para buscar algo en Netflix y finjo horrorizarme cuando elige una de esas series de adolescentes que tanto le gustan. Me encanta picarla. Es adorable incluso enfadada. Aprovecho para observarla mientras come chocolate y ve la serie. Sé que acabo de cometer una locura, pero hay locuras por las que merece la pena arriesgarse. De repente, me pilla mirándola y pregunta:

—¿Qué miras?

—Lo guapa que eres.

Me dedica una de esas sonrisas que tanto me gustan. Las sonrisas de Gabi valen millones y pueden iluminar estadios de futbol. La atraigo hacia mí y la estrecho para que sepa todo lo que no soy capaz de pronunciar en voz alta. No sé a dónde nos llevará esto. Solo sé que no quiero que termine.

—No quiero soltarte —le confieso en voz baja.

—Lo sé —responde poco convencida.

—¿Lo sabes? —Acaricio su nariz con la mía hasta que la hago sonreír—. Qué va, no tienes ni idea.

—Sé que no quieres dejar de acostarte conmigo.

Sí, es cierto. Quiero seguir con la cabeza enterrada entre sus piernas y que sus gemidos se conviertan en la banda sonora de mi vida. Pero ¿eso es todo lo que quiero? ¿Y si quisiera algo más? ¿Puedo ofrecerle algo más? Las dudas se apoderan de mí y guardo silencio. Gabi se merece a alguien mejor que yo, lo sé. Una persona que no vacile cuando le ofrecen una pastilla ni

esté roto en miles de pedazos que no puede recomponer. Por eso la abrazo con fuerza y guardo silencio.

—¿Quieres que me vaya a dormir a mi habitación? —pregunta temerosa.

—No.

No se lo digo porque sé que es lo que necesita escuchar, sino porque me apetece dormir abrazado a ella. Le pregunto si tiene sueño y responde que sí, por lo que apago la tele y la tapo con la colcha porque sé que es friolera por naturaleza. Gabi utiliza mi pecho como almohada y cierra los ojos.

—¿Te molesto?

—Tú nunca me molestas —respondo con sinceridad.

Ya está. Me rindo. Llevo demasiado tiempo luchando contra una atracción imposible de resistir. Por una vez quiero creer que soy lo bastante bueno para tener una oportunidad con Gabi. Por una vez quiero darme la posibilidad de empezar algo maravilloso con otra persona. En este momento, ella es lo único que quiero.

Fragmento de la revista *¡Viva la Música!*

Pol y Gabi Luna, ¿problemas en el paraíso?

Para muchos es más que evidente que entre la vocalista y el batería de Yūgen existe algo más que una amistad. Ellos ni confirman ni desmienten, aunque los seguidores de la banda *shippean* al máximo a esta pareja. Se rumorea que son los protagonistas del nuevo videoclip de la banda. Pero ¿es oro todo lo que reluce o han empezado a surgir los primeros conflictos en una relación que se empeñan en ocultar?

Una fuente anónima se ha puesto en contacto con nuestra revista para contarnos que tuvieron una gran discusión minutos antes de subir al escenario del concierto benéfico que dieron en Bilbao. ¿Estará celosa Gabi de las innumerables conquistas del chico malo del rock? Según Lucy James, la famosa modelo con la que se lo relacionó el verano pasado: «Es una relación abocada al fracaso. Pol es infiel por naturaleza». Sandra Bosch, la famosa *tiktoker* catalana que engañó a su novio con Pol, tampoco ha tenido buenas palabras para el batería: «Si Gabi quiere llevar una vida sana, le aconsejo que se aleje de él. Es una mala influencia, pero reconozco que me lo pasé de maravilla a su lado».

¿Qué opináis? ¿Tiene futuro esta relación? ¿Será capaz Pol de sentar la cabeza y alejarse de los malos vicios?

52
Gabi

Entro en casa de Sam y Percy viene corriendo a recibirme. Me tiro al suelo para jugar con él y dejo que me lama la cara, algo que, según Pol, es asqueroso, pero que a mí solo me demuestra lo mucho que mi perro me quiere. Esta mañana, cuando me desperté en su habitación, lo primero que hice al abrir los ojos fue buscarlo para cerciorarme de que no se había largado. Me llevé un buen susto al ver la cama vacía, hasta que el muy arrogante asomó la cabeza por la puerta del baño con su sonrisita atractiva y me dijo: «Sigo aquí, tonta. ¿Te duchas conmigo?». Hicimos de todo menos ducharnos, pero cuando bajamos a desayunar con los demás fingimos que todo seguía igual entre nosotros. A ver, somos mayorcitos y no tenemos nada que ocultar. Es solo que no me apetece pregonarlo a los cuatro vientos, sobre todo porque por ahora solo nos hemos acostado. Tengo la impresión de que eso complicaría aún más las cosas con Leo y Pol enfadados, mi padre y yo sin hablarnos y Axel intentando ser el pegamento del grupo.

—Hola, gordito. —Le rasco la barriga a Percy—. ¿Has echado de menos a mami?

Percy mueve la cola. Eso es un sí. Le doy la galleta que tengo en el bolsillo y lo cojo en brazos. Me extraña que Sam no haya venido a recibirme.

—¿Sammy? —grito sin obtener respuesta—. Eooo.

Tiene que estar aquí. Me ha abierto la puerta cuando he llamado al timbre. Pongo a Percy en el suelo, que sale disparado por el pasillo, y me dirijo a la cocina para coger una

Coca-Cola de la nevera. Me hace falta la cafeína después de haber estado casi toda la noche haciéndolo con Pol.

—¿Estás haciendo caca? —bromeo.

Salgo de la cocina con la lata de Coca-Cola y me dirijo a la terraza, sin duda mi lugar favorito del ático. Y entonces me encuentro a Percy encima de una persona que no es Sam. Mi cara es un poema porque…, joder, no me lo esperaba. ¿Qué pinta esta aquí?

La exnovia de Sam me ofrece una sonrisa prudente. Tengo que contenerme para no arrancarle a Percy de los brazos. En lugar de ello, muestro mi vena más educada y me limito a saludarla con un asentimiento de cabeza.

—Hola —digo seca.

Vale, no hago ningún esfuerzo por parecer simpática, pero tampoco me sale ser falsa.

—Hola, Gabi —responde con un tono cordial que me descoloca—. Sam está en el baño. He sido yo la que te ha abierto.

—Ah. —Es todo lo que puedo decir.

—Me encanta tu perro —dice, y sé que se está esforzando en caerme bien. Por desgracia para ella, los milagros no existen. Le hizo daño a Sam y las dos veces que coincidimos fue una capulla con ella. Por tanto, la odio. Fin de la historia—. Es una monada.

Para colmo, Percy se deja querer cuando ella le rasca las orejas, lo que me saca de quicio.

—Venga, trae —le digo irritada mientras le arrebato a mi perro de mala manera. Se queda bastante cortada, pero me da igual—. ¿Dónde te has dejado a Millie?

Lo pregunto a pesar de que sé que actuó en el concierto. Solo pretendo demostrarle que no me engaña, por mucho que ahora aparente ser la exnovia angelical de mi amiga. A las lagartas las calo de lejos.

—Solo somos amigas —me aclara.

—Deberías buscarte amigas que no sean…

—¡Hola! —exclama Sam a mi espalda. Me doy la vuelta para encontrarme con esa sonrisa amplia que tanto he echado de menos. Sam me da un abrazo de los suyos—. ¡Qué pronto has vuelto!

Vaya, ¿está sorprendida de verme? Quizá no esperaba que apareciera. Ahora tiene más sentido que su exnovia esté aquí como si no hubiera sucedido nada entre ellas.

—Bueno, será mejor que me vaya —dice Alba interrumpiendo nuestro abrazo—. Me alegro de volver a verte, Gabi.

Intento no poner los ojos en blanco. Sí, y los cerdos vuelan.

Sam la acompaña a la salida. Desde aquí puedo ver cómo se despiden con dos besos mientras se me retuercen las tripas y la bilis me sube por la garganta. Sam regresa a la terraza y hago un gran esfuerzo para no poner mala cara. A ver, ya sé que es su vida y puede hacer lo que le dé la gana. ¿Que no me entra en la cabeza que la petarda de su exnovia le haga una visita? Vale, me saca de mis casillas. Aunque sé que tampoco puedo recriminárselo, lo cual no significa que no me dé ardor de estómago.

—¡Percy y yo te hemos echado de menos! —Me quita la CocaCola para darle un trago.

—Sí, ya veo —digo con tonillo acusador.

Sam enarca las cejas.

—Ah, es por Alba. —Entiende de golpe—. Anoche me llamó y no le cogí el teléfono, así que me envió un wasap en el que parecía bastante deprimida. Estuvimos hablando, se disculpó…

—No jodas. ¿Has vuelto con ella? —pregunto horrorizada.

—No. —Sam me mira con los ojos entornados—. ¿Tanto te disgustaría?

—Pues sí —admito sin vacilar—. Se portó fatal contigo. Te

mereces a alguien mejor.

Sam me observa sin decir nada, con una mirada que no sé descifrar y que me pone muy nerviosa. ¿Tan raro es que me cabree que se conforme con una petarda como su exnovia? Justo cuando estoy a punto de pedirle que no me mire de esa forma, dice:

—Ni hemos vuelto ni vamos a volver —zanja con una determinación que me tranquiliza—. Tan solo he estado ahí para ella porque me necesitaba. Está limpia, pero es obvio que tiene sus bajones. Le hacía falta una persona que la escuchara.

—Qué buena eres. —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Hace unas semanas te hizo llorar en aquella discoteca.

—No soy de las que viven en el rencor. —Le resta importancia—. Me ha confesado que no ha superado del todo nuestra ruptura y que se puso celosa cuando nos vio juntas.

—¡¿Y eso le da derecho a insultarte?!

—Por eso ha venido a disculparse —la defiende.

—Y tú has aceptado sus disculpas, por supuesto.

—¿Qué te pasa? —pregunta confundida—. Pareces enfadada conmigo.

—¡No estoy enfadada contigo! —exclamo alterada—. Pero me fastidia que seas tan generosa con ella. Eso es todo.

—Pues pareces un poquito cabreada.

—Vamos a dejarlo —le pido irritada, y decido cambiar de tema. No sé por qué me ha molestado tanto haberla visto con su exnovia. Sam está en su derecho de perdonarla y retomar la relación con ella—. ¿Qué tal se ha portado Percy?

—Se ha comido una zapatilla y mi cojín favorito.

Percy se esconde debajo del sofá de mimbre para que no le eche la bronca. Lo dejo estar porque no servirá de nada que le riña ahora.

—Ya tenemos excusa para ir de compras —digo.

Sam niega con la cabeza, como diciendo que soy demasiado

blanda. Nos sentamos en el sillón de la terraza y me pregunta qué tal andan las cosas entre mi padre y yo. Quiero contarle que me he acostado con Pol. Sin embargo, solo me apetece acurrucarme con ella mientras me hace cosquillas en el brazo y charlamos de cosas triviales. Sé que solo hemos estado un día separadas, pero me he acostumbrado tanto a ella que cuando no estamos juntas comprendo lo mucho que me gusta disfrutar de su compañía.

—Quiero pollo al curry —digo después de que me suenen las tripas.

—¿Pedimos por Just Eat?

—Quiero tu pollo al curry —enfatizo. Le sale riquísimo.

—Qué morro tienes. —Se ríe—. Acabas de llegar y ya me pides que cocine para ti.

—Seré tu pinche.

—Te limitas a picotear y a poner música.

—¿Insinúas que te estorbo? —Me hago la ofendida.

—Insinúo que parece que solo me has echado de menos por la comida.

—¡Qué va! —exclamo con vehemencia—. También he echado de menos que me hagas cosquillas en el brazo.

—Qué fuerte. —Deja de hacerme cosquillas.

—Y tus clases de guitarra. —Le doy un empujoncito para que se levante porque estoy muerta de hambre—. Venga, luego te doy un masaje a cambio.

Eso la convence. Le encantan mis masajes. Se dirige a la cocina sin dejar de protestar y le grito que quiero el pollo al curry con un poco de picante, por lo que me hace una peineta. Cuando me quedo sola me pregunto por qué me ha molestado tanto verla con su exnovia. Mi vena de amiga sobreprotectora me ha dejado descolocada.

Después de almorzar y de darle su merecido masaje, nos tumbamos en el sofá a ver un par de capítulos de *The Society* y nos quejamos de que Netflix no la haya renovado. Ambas estamos de acuerdo en que es una serie juvenil diferente y con un argumento prometedor. Luego jugamos al parchís porque a las dos nos pirran los juegos de mesa, y me parto de risa cuando Sam se cabrea en el momento que descubre que he hecho trampas al contar más casillas después de comerle una ficha. Lo niego, a pesar de que soy una tramposa consumada. Más tarde salimos a darle un paseo a Percy y nos paran un grupito de jóvenes con el que Sam se muestra muy simpática y yo acepto hacerme varias fotos, ya que no me queda más remedio. Lo único que me apetecía era pasear con mi mejor amiga. Sam me toma el pelo de regreso a su ático e imita la supuesta expresión de sopor que pongo cuando me encuentro con algún fan que me pide una foto. Le aseguro que no es sopor, sino más bien el cansancio que me produce no poder llevar una vida anónima.

—En realidad les estoy muy agradecida —digo mientras le aplico la mascarilla de coco en la cara—. Sé que sin ellos no podría dedicarme a la música. Valoro el cariño que me dan en los conciertos y en las firmas de discos. Ojalá pudiera tener un solo día al mes en el que pudiera caminar por la calle sin que nadie me observara, juzgara la ropa que llevo puesta o me hiciera fotos cuando cree que no me doy cuenta.

—Lo de las fotos a traición es un auténtico coñazo —admite —. Yo prefiero que me las pidan. Es superraro ir tan tranquila por la calle y que a la gente le dé por hacer de paparazi.

—¿A que sí? —respondo encantada de poder hablar con alguien que me entiende. Sam suele bromear diciendo que no es ni la mitad de famosa que yo. De todos modos, es un alivio sentirme comprendida en ese aspecto—. ¿Crees que soy una diva insufrible? A ver, ya sé que no soy la típica famosa

ultrasimpática que siempre tiene una sonrisa resplandeciente para sus fans…

—No eres una diva insufrible —responde categórica—. Es solo que no finges tan bien como los demás.

—¿Quieres decir que actúas cuando te piden una foto? —pregunto sorprendida.

—A veces —admite—. Todos tenemos días malos en los que nos apetece estar solos. Si fueras una persona anónima, nadie te juzgaría si te despiertas con el pie izquierdo, te pones un chándal, te haces un moño y bajas a comprar el pan sin ganas de entablar conversación con desconocidos.

—Y aun así, tienes la habilidad de regalarle una sonrisa a todo el que se te acerca. No sé si admirarte o compadecerme de ti.

—Hace un tiempo tuve una conversación con mi madre en la que me hizo reflexionar sobre el tema. Me dijo que comprendía muy bien que hubiera días en los que no me apeteciera hacerme fotos, pero que debía entender que, si me cruzaba con alguien al que una de mis canciones le había levantado el ánimo, ayudado a superar una ruptura o algo por el estilo, probablemente su forma de agradecérmelo sería pidiéndome una foto porque esa persona querría tener un recuerdo de mí. —Se aparta el pelo de la cara para que no se le pegue a la mascarilla—. Me parece bonito que mi música ayude a la gente. Si tengo que hacer un esfuerzo y sonreír para ellos, aunque haya días en los que lo único que me apetezca sea quedarme en la cama, que así sea.

Me parece increíble lo generosa que es Sam. Pol no tiene ni idea de lo que se pierde al juzgarla. Mi amiga es maravillosa. Es divertida, hace cosas por los demás sin esperar nada a cambio, tiene un gran talento como compositora y es empática por naturaleza.

—¿Por qué me miras así? —pregunta con una sonrisa.

—Nada. —Me encojo de hombros para restarle importancia —. Siempre consigues que vea las cosas desde otra perspectiva. Creo que debería esforzarme más con mis fans.

—De verdad que no lo he dicho para que te sientas mal. Que no coincidamos no significa que una de nosotras esté equivocada, sino que tenemos una forma distinta de enfrentarnos a las situaciones. —Va a tocarse la frente, pero se acuerda de que tiene puesta la mascarilla y se limita a arrugar la nariz—. Me pica la cara. ¿Cuánto tiempo debo llevar esto?

—Media hora.

—¡Menuda tortura! —se queja como si la hubiera obligado a hacer sentadillas a pleno sol.

—No seas exagerada. Es un gustazo. Los tratamientos de belleza me relajan.

Su expresión atormentada me hace mucha gracia. Tiene razón, no podemos ser más distintas y, precisamente, son nuestras diferencias las que hacen que nos complementemos de maravilla. Mientras que yo tengo un carácter pasional e irreflexivo, Sam es más calmada y comedida. Además es muy poco presumida, aunque, si te fijas en lo guapísima que es, no le hace falta hacerse ningún tratamiento de belleza.

—Creí que te gustaría. La mascarilla es de coco.

—¿Cómo me va a gustar tener este mejunje pringoso y frío en la cara? —se queja.

—Porque huele de maravilla, como tú —digo sin pensar—. Cuando te abrazo o nos acurrucamos en el sofá me entran ganas de darte un bocadito.

Sam abre un poco los ojos y me mira descolocada. Me doy cuenta de lo raro que ha sonado. A ver, siempre somos muy cariñosas la una con la otra, pero quizá me he pasado un poquito.

—Como amiga —digo con una risa nerviosa.

—Ya, tonta. —Pone los ojos en blanco—. Ni que fuera a

hacerme ilusiones.

Me doy cuenta de que tengo la cara encendida. Por suerte, la mascarilla blanca lo disimula. Me pongo a jugar con los flecos de un cojín y cambio de tema de conversación. No sé por qué me he puesto tan nerviosa. Ha sido un comentario absurdo. Me gusta el olor de Sam, ¿y qué? Solo somos amigas y tengo clarísimo que me van los tíos. Fin de mi paranoia mental.

53
Gabi

—¿Qué tal fue el concierto? —me pregunta Sam.

Está sentada en el sofá de dos plazas de la terraza y yo estoy tumbada con la cabeza apoyada en sus piernas mientras me acaricia el pelo. Me encanta que me lo toque. Estoy en la gloria.

—Fue bien. —Omito mi discusión con Pol porque no me apetece hablar del tema—. Hasta que me encontré con Millie en el ascensor del hotel. Me atacó y antes de irse me advirtió de que tuviera cuidado porque todo lo que sube baja.

—Uf, que tía con más mala uva —dice con desagrado—. Ni caso.

Me entran ganas de decirle que es la amiguita, o lo que sea, de su exnovia. Y como dice el refrán: «Dime con quién andas y te diré quién eres».

—¿Te puedes creer que me preocupé? —respondo contrariada—. Te juro que me entró un poco de miedo.

—Solo lo dijo para arruinarte la noche. —Le resta importancia—. No puede hacerte nada.

—Tú no le viste la cara —le aseguro. Soy una persona muy intuitiva y sospecho que Millie tiene algo entre manos. No he podido quitarme de la cabeza su mirada cargada de maldad—. Me miró como si me culpara de tener una carrera que se ha estancado. Una vez oí a un par de jefazos de la discográfica decir que estaban decepcionados con ella porque ya no vendía tantos discos.

—¿Por qué va a culparte? —pregunta con incredulidad—. No

tiene ningún sentido.

—La gente mediocre suele culpar a los demás de su fracaso en lugar de hacer autocrítica —respondo—. ¿O te parece que es una persona que se mira el ombligo en lugar de ir buscando guerra?

—Pues no —admite—. En aquella discoteca me demostró cómo es. Y después de saber que acosó a tu hermano, no necesito más datos de ella.

—Creo que está resentida conmigo porque la colaboración no fue igual de beneficiosa para ella que para nosotros. Por aquel entonces era más conocida que nuestro grupo, y colaborar con ella nos abrió las puertas del mercado latino. Pero, mientras nuestra música ha cruzado fronteras, la suya ya no se escucha tanto. Y desde que tuvo aquel problema con mi hermano, me negué a ir a ninguno de sus conciertos para cantar con ella.

—Supongo que para su mente retorcida tiene mucho sentido. Para cualquier persona con dos dedos de frente, esa chica está fatal y es un veneno.

—Me da que trama algo contra mí —me temo.

—No te adelantes a los problemas —me aconseja—. Ni siquiera sabemos si planea algo, pero me tienes en tu equipo. Si Millie quiere hacerte daño, antes se las tendrá que ver conmigo. Y tengo muy mal genio cuando me enfado. —Pone una expresión fiera que me hace sonreír—. Somos nosotras contra esa bruja. No tiene ninguna posibilidad.

—Nosotras contra el mundo —digo más animada.

—¡Equipo Aguacate! —Me choca el puño.

—Me gusta lo de «Equipo Aguacate».

—Aparte de Millie, ¿algo más que comentar?

Me siento a su lado para mirarla a los ojos. Tenía que hablar con ella del tema tarde o temprano. No sé por qué estoy tan nerviosa. Sam es mi amiga y siempre me escucha sin juzgarme.

—Me he acostado con Pol —suelto a bocajarro.

Su expresión permanece impasible y me entran ganas de zarandearla para que diga o haga algo. Al cabo de varios segundos que se me hacen eternos, Sam exhala un largo suspiro y sacude la cabeza, como si yo fuera una niña díscola que se ha metido en un charco embarrado.

—Tú sabrás lo que haces.

Se pone de pie y se marcha. Me quedo ojiplática. A ver, no esperaba un aplauso ni nada por el estilo, pero ¿en serio me suelta semejante comentario y se larga sin más? Me levanto para seguirla a la cocina. Sam me da la espalda para coger una cerveza del frigorífico.

—¿Qué has querido decir? —exijo saber.

—Pues eso. —Se encoge de hombros y le da un trago a la cerveza. Cuando se da la vuelta su expresión ya no es impasible, sino bastante irritada—. Que tu sabrás lo que haces.

—No, qué va. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. —Le arrebato la cerveza para darle un trago—. Estoy muerta de miedo y necesito hablar con mi mejor amiga.

—¿Qué quieres que te diga? —responde con tono crispado.

Su actitud me deja descolocada y bastante herida. No entiendo por qué de repente se comporta de una forma tan fría.

—Cualquier cosa menos lo que has dicho.

—No esperarás que te exija detalles. —Deja escapar una risa áspera—. No es mi estilo.

—Joder, ¿qué te pasa? —pregunto ofendida—. Eres mi amiga. Si te hubieras liado con alguien, no me comportaría como si me importara una mierda.

—¿Crees que me importa una mierda? —replica con un tono furioso e impropio de ella—. No tienes ni idea, Gabi.

Me quita la cerveza, le da un trago y se aleja de mí para sentarse en la encimera, lo cual me duele porque la necesito más que nunca, ahora que estoy hecha un lío.

—Te has acostado con él y sé que ahora no paras de hacerte

ilusiones, te conozco de sobra —dice con resignación—. Me da miedo que te estrelles. Porque me temo que te vas a estrellar. Sé muy bien lo que es intentar ayudar a un adicto. El dolor y la impotencia que experimentas al querer salvar a una persona que está empeñada en destruirse. No quiero que vivas lo mismo que yo con Alba. Verte en una situación así… —Mueve la cabeza y aprieta los labios—. Si no te alejas a tiempo, al final también acaba contigo.

—Pol se merece que crean en él —digo con vehemencia—. No lo voy a abandonar solo porque sea la opción fácil.

—¿Él te ha pedido ayuda?

—No, pero…

—No tienes la obligación de ser su salvadora. A las mujeres nos educan para que creamos que podemos cambiar a los hombres porque el amor lo puede todo. Sin embargo, el amor no es todopoderoso ni infinito ni sanador. Ni debería cegarte hasta tal punto que creas que basta con amar a una persona para salvarla.

—No soy una imbécil —respondo a la defensiva—. No creo que Pol sea el príncipe de mi cuento con final feliz.

—Pues menos mal que no lo crees —dice con ironía—. Parece que te ha tocado la lotería.

—Pero ¿qué te ha dado? —le espeto—. ¡Te estás pasando tres pueblos!

—¿Porque no te digo lo que quieres oír?

—¡Porque me tratas como todo el mundo! Como si fuera tan tonta que me tienes que decir lo que debo hacer.

—Disculpa por darte mi opinión —responde molesta—. Cuando una amiga me cuenta algo, doy por hecho que quiere saber lo que pienso. A partir de ahora me limitaré a escucharte y asentir como una marioneta.

—Te has pasado —digo dolida—. Te pareces a mi hermano con sus ínfulas sobreprotectoras.

—No te equivoques, tu hermano y yo estamos en el mismo equipo en lo que a Pol respecta.

—Me dice la que en cuanto su exnovia tóxica, drogadicta y despechada la llama por teléfono se olvida de todo el daño que le ha hecho y la invita a su casa. —Se la devuelvo—. Aplícate el cuento, ¿no?

—¡Eso no tiene nada que ver! —chilla indignada—. Yo ayudo a Alba como una amiga.

—Ella no te ve como una amiga.

—Le he aclarado que no vamos a volver. Jamás le daría falsas esperanzas.

—El abracito que os habéis dado al despediros no parecía el de dos exnovias que ya no sienten nada la una por la otra.

—¡Madre mía! —Sam se baja de la encimera y parpadea confundida—. ¿Estás celosa?

Un intenso calor me sube por las mejillas y las palabras se atascan en mi garganta. Recuerdo el resquemor que tenía en el estómago y la furia que me invadió al verlas abrazadas. No eran celos. No podían ser celos. ¿Por qué iba a estar celosa?

—¡Eres mi amiga! —grito alterada—. ¡Te veo como una amiga!

—Las amigas también pueden sentir celos —me aclara—. Y si presto atención al numerito que me estás montando…

—Tú alucinas. —Resoplo para apartarme un mechón del ojo —. Desvías la conversación porque no te interesa admitir que te estás dejando manipular por Alba.

—Eres tú la que ha desviado la conversación al no querer ver que tu amor por Pol te tiene cegada. ¡Hay vida más allá de un tío! ¡Espabila, Gabi!

—¡Se acabó! —Doy un pisotón en el suelo—. Me largo. No quiero escuchar tus tonterías.

—Que huyas del problema no hará que desaparezca.

—¡Olvídame! —le grito.

Acto seguido salgo de la cocina y camino a toda prisa por el pasillo. Me marcho con un portazo que no se lleva ni una parte de mi rabia. Al contrario. Solo consigue incrementarla hasta que forma una bola en mi pecho que me impide respirar con normalidad. Bajo los escalones del portal a toda prisa en un intento por escapar de mis emociones. Estoy dolida, enfadada y confundida. Es irónico que necesite una amiga con la que desahogarme, pero que huya de la única que tengo porque soy incapaz de enfrentarme a mis sentimientos.

54
Pol

Estoy haciendo flexiones al ritmo de «Highway to Hell», de AC/DC. No sé cuántas llevo. A las cincuenta repeticiones perdí la cuenta. Me arden los brazos, estoy empapado en sudor y me cuesta respirar, pero no puedo parar. De lo contrario, volveré a pensar en las ganas que tengo de meterme una raya y acabaré recayendo. No puedo permitirlo. Recuerdo la piel suave de Gabi y lo bien que encajan nuestros cuerpos. Quiero ser una mejor persona para ella. Quiero…

Me llaman por teléfono y la canción se interrumpe. Suelto un gruñido de frustración y me derrumbo sobre la moqueta. Alargo el brazo para coger el móvil con la intención de rechazar la llamada, pero al leer el nombre de Gabi en la pantalla descuelgo de inmediato. Hace unas horas que nos despedimos en el aeropuerto y ya me muero de ganas de verla.

—Hola —digo jadeando.

—¿Te pillo en mal momento?

—Para nada, solo estaba haciendo algo de ejercicio.

—¿Tienes planes?

—Si los tuviera, los cancelaría para estar contigo.

—Genial, necesito despejarme. Voy en taxi de camino a tu hotel. Tardo diez minutos en llegar.

—Mi habitación es la 309.

—¿Podemos salir a dar una vuelta?

—Claro, lo que te apetezca. —Noto que algo no va bien—. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo me apetece distraerme. —Sé que miente, pero

no la presiono. Si quiere contármelo, sabe que la escucharé—. Ya sé que debería haberte avisado con algo más de tiempo…

—Me ducho y estoy listo antes de que el taxi te deje en la puerta del hotel —le aseguro—. Tengo un plan que te va a gustar.

—Gracias —responde con una mezcla de alivio y emoción.

—No me las des. Ya sabes que me encanta estar contigo.

Nada más colgar, me pongo de pie de un salto y voy directo al baño. Tal y como le he prometido, tardo dos minutos en darme una ducha rápida, tres en vestirme y uno en plantarme en la entrada del hotel. Gabi llega al poco tiempo y me sonríe con debilidad. No sé lo que le habrá pasado. Tampoco hace falta que me lo explique para estar a su lado.

—Tienes el pelo mojado.

Me aparta un mechón del ojo. No puedo evitar coger su mano y darle un beso en el dorso, algo que la hace sonreír de nuevo. Me da igual que estemos rodeados de gente que podría hacernos una foto. Las sonrisas de Gabi no tienen precio. Lo único que quiero es animarla.

—¿A dónde vamos? —pregunta ilusionada al ver los cascos de la moto.

—A perdernos.

—Me parece bien.

Se coloca el casco y compruebo que lo tiene bien abrochado. Pone los ojos en blanco.

—No quiero que le pase nada a esa cara tan bonita.

—Qué tonto eres —dice, a pesar de que el comentario la ha hecho sonreír—. Seguro que se lo dices a todas.

—Pues claro.

Me da un pellizco en el brazo.

—Idiota.

—Sube, cara bonita.

Gabi se hace la difícil durante unos segundos antes de

montarse en la moto. Me encanta que meta las manos por debajo de mi sudadera para abrazarse a mi cintura. Me palpa el abdomen y me pongo cachondo. En fin, soy débil. Tengo que contenerme para no decirle que subamos a mi habitación. Si no lo hago es porque sé que no me ha llamado para echar un polvo. Además, llevo a una chica preciosa a la que le huele el pelo a lirios abrazada a mi cintura. Me sigue pareciendo un buen plan.

Conduzco sin rumbo. Cuando voy en moto me siento completamente libre. Es una sensación maravillosa y, por la forma en la que Gabi se aferra a mi cintura, sé que ella también siente lo mismo. Damos un paseo por la ciudad y, aprovechando que la moto puede colarse por los callejones más estrechos, recorremos el barrio de Santa Cruz y las callejuelas del casco histórico. Luego se me ocurre una idea y conduzco hacia el río. De camino hago una parada en un quiosco para comprar refrescos y algo de picar antes de reemprender la marcha. Pasamos la Torre del Oro y escojo un lugar despejado a la orilla del río. En esta época del año no hay casi nadie, por lo que nos sentamos en un claro desierto en el que podemos pasar desapercibidos.

—Me encantan las Pringles —dice.

Por eso las he comprado. Sé que sus favoritas son las del paquete verde, al igual que también sé que le encanta el Nestea. Abre una lata y le da un trago. Luego apoya la cabeza en mi hombro y me acaricia el brazo de manera distraída.

—Veo, veo.

—¿En serio? —respondo divertido—. Hace años que no juego.

—Venga —me pide—. Sígueme el rollo.

—¿Qué ves? —Me rindo. No se dará por vencida hasta que juegue con ella—. Prohibido hacer trampas.

—Habló el tío más tramposo del mundo.

—Me lo dice la que intentó tirarme de una moto de agua de una patada —le recuerdo.

—Lo que pasa en Maldivas se queda en Maldivas —responde sin negarlo—. Una cosita que empieza por la letra «b».

—Barco. —Ni me lo pienso al ver el crucero que navega por el río.

—No.

Me aparto de ella para mirarla a los ojos. Lo sabía. Tiene los labios apretados para no reírse, lo que, sin duda, es señal de que miente.

—Mira que eres tramposa.

—¡Era de prueba!

—Me toca. —Le tapo la boca para que no proteste—. Veo, veo… una cosita que empieza por la letra «a».

—¡Avión! —exclama y señala el que está surcando el cielo.

—No.

—Alimento —dice al coger las Pringles con gesto triunfal.

—Frío.

—¿No te la habrás inventado? —duda de mí.

—Se cree la señorita tramposa que todos son de su condición.

Durante un buen rato, Gabi enumera todas las cosas que se le ocurren. Su expresión de disgusto me hace mucha gracia. Parece una niña pequeña a la que está a punto de entrarle una pataleta.

—¿Te rindes?

—Espera.

—Se nos va a hacer de noche.

—¡Dame un minuto! —exclama enfurruñada. Mira a nuestro alrededor con el ceño fruncido hasta que se da por vencida—. Vale, dímela.

—¿Qué nos jugábamos?

—Nada.

—Si yo hubiera perdido, seguro que nos habríamos jugado algo.

—¡Suéltalo ya!

—Algas —respondo triunfal.

—¡No puedes ver las algas! —protesta indignada.

—Pero sé que están en el fondo del río.

—¡Eres un tramposo! —Me da un empujón que me tira bocarriba y comienza a hacerme cosquillas—. ¡Aquí tienes tu premio!

—¡Aaah! ¡No! —Me retuerzo porque no soporto las cosquillas —. ¡Gabriella, para!

—¡Ríndete!

Me cubro con los brazos y le aseguro entre risas que ella gana. Entonces, justo cuando la pillo desprevenida, la cojo por la cintura y me tumbo encima de ella. Se le escapa un grito de sorpresa y le agarro las muñecas.

—¿Ahora qué?

—Ay, pesas mucho —se queja—. ¡Me vas a aplastar!

—Te conozco demasiado bien. —Pego mi cara a la suya y sonrío con suficiencia—. No cuela.

—¡Socorrooo!

—Qué poca vergüenza. —Le tapo la boca—. ¿Quieres llamar la atención de todo el mundo?

Niega con la cabeza y aparto la mano. Me agarra de la camiseta y me atrae despacio hasta sus labios.

—Quiero besarte —murmura.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo.

Las ganas que nos tenemos explotan al besarnos. No importa que no sea nuestro primer beso, pues es tan intenso que parece que somos dos desconocidos que se están descubriendo con una pasión salvaje. Y, al mismo tiempo, besarla es como regresar a casa después de un largo viaje. Pegado a sus labios me siento a salvo y feliz.

Se le escapa un gemido que me pone a cien cuando nos separamos para respirar. Le doy un pequeño mordisco en el labio; sé que le encanta. Me acaricia el pecho, como si no supiera la tormenta de emociones que despierta en mi interior cada vez que me toca. Pongo mis manos en sus mejillas y le doy besos cortos y cálidos que la hacen sonreír.

—Estás hecha para mí —le digo con voz ronca.

Entierro una mano en su pelo para dirigir el beso tal y como me gusta. Tengo lava en las venas. No sé cómo consigo mantener la cordura en un beso que me la está robando poco a poco. Ni cómo me conformo solo con besarla si me gustaría hacerle tantas cosas que me faltan días de la semana. Besar a Gabi es demasiado bueno y me siento el tío más afortunado del mundo. Sería feliz si muero pegado a sus labios. Juro que no se me ocurre una muerte más dulce.

Recorro su cuello con la boca y noto su pulso acelerado. Le huelo el pelo y le digo que me encanta su aroma. Vuelvo a buscar sus labios y no sé cuánto tiempo pasamos besándonos, pues lo único que tengo claro es que me parece poco.

—Mi Gabi… —murmuro con voz ronca.

La niña de los ojos azules y el bañador de Hannah Montana.

La chica con la voz de terciopelo rasgado.

Mi amiga.

Mi jodida debilidad.

Apoya la frente contra la mía y se agarra a mi camiseta como si fuera a caerse, a pesar de que estamos tumbados. La envuelvo con mis brazos para darle calor porque ha empezado a refrescar. Y nos quedamos ahí, en silencio. Abrazados a la luz del atardecer hasta que cambiamos de postura y nos sentamos muy pegados. Apoya la cabeza en mi hombro y entrelazamos nuestras manos. El sol se está ocultando detrás del puente de Triana, que se divisa a lo lejos. Parece bañado en oro y salpica el agua de destellos dorados. Las vistas son preciosas, al igual

que la chica que está conmigo. Pero, en lugar de decírselo, prefiero picarla. De lo contrario, no sería yo. Por eso le suelto:

—Con la letra «p», nombre del chico que te vuelve loca.

No puede darme un codazo porque está muy pegada a mí, pero lo intenta de todos modos. Algunas cosas no cambian, ni yo quiero que lo hagan. Estos somos nosotros, imperfectos hasta la médula. Porque si algo tengo claro es que la perfección está sobrevalorada. Prefiero algo real e intenso a una mentira sencilla y bonita.

—Empieza por «i», persona que estropea los momentos dándoselas de listo. —Me la devuelve.

—Increíble.

—Idiota.

—Me gusta más la mía.

Gira la cabeza y me mira, supongo que con expresión fulminante. No le llego a ver la cara porque cubro su boca con la mía. Me encanta que se derrita muy despacio hasta que responde a mi beso.

—Pol…

—¿Qué? —Me aparto ofuscado.

—Te está sonando el móvil.

—¡Ah! —No lo he oído. Estaba demasiado ocupado besándola como si fuera mi último segundo de vida. Saco el móvil del bolsillo y pongo mala cara al ver de quién se trata. Cuelgo y digo—: Nadie importante.

—¿Tu madre no es importante? —me contradice con suavidad.

Me tenso sin poder evitarlo.

—No vamos a hablar de mi madre —le advierto. Nunca lo hemos hecho y no vamos a empezar justo ahora.

—Vale. —Se rinde porque sabe que me cierro en banda con ese tema—. Solo quiero que sepas que estoy aquí si necesitas hablar de lo que sea.

—Lo sé. —Me relajo. Le doy un pico—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

Me pongo de pie, recojo la basura y la tiro a la papelera más cercana. Luego le doy la mano para ayudarla a levantarse y la beso, esta vez muy despacio. Con una ternura que solo me sale con ella. Cuando nos separamos, envuelve mi cintura con sus brazos y pega la mejilla a mi pecho. Le doy un beso en la cabeza. Está sonriendo.

«La he hecho sonreír», pienso con orgullo.

Entonces me entra el pánico al ser consciente de que puedo destruirla con la misma facilidad que la hago sonreír. Y me prometo a mí mismo que voy a esforzarme para ser una persona que cada día se merezca su sonrisa, en lugar de sus lágrimas. Hago caso omiso a la llamada de mi cuerpo e intento aplacar mi ansiedad fundiéndome en un abrazo repleto de posibilidades. Aunque algo me diga que voy a cagarla porque no sé vivir de otro modo.

55
Gabi

Después de nuestra fantástica cita —quiero creer que ha sido una cita—, no me apetece ir a un local abarrotado en el que nos interrumpan cada dos por tres, por lo que paramos en un Autoking. Luego nos dirigimos a un parque que conozco y sé que a esta hora de la noche no suele estar muy concurrido. Un par de chicas nos reconocen y nos piden una foto. Recuerdo la conversación que tuve con Sam y, a pesar de que lo único que quiero es sentarme en un banco para acurrucarme con Pol, me muestro más simpática de lo habitual mientras él me mira de reojo. Una vez que se marchan me pregunta a qué ha venido mi ataque de amabilidad y le pellizco el brazo para que lo deje estar. Como suele ser habitual entre nosotros, nos picamos, aunque esta vez añadimos besos y caricias a la ecuación. No está mal. Nada mal.

—Me gusta este nuevo giro en nuestra relación —opina robándome una patata frita—. Primero peleamos y luego vienen las reconciliaciones alucinantes.

—De ilusiones también se vive.

—Me vuelven loco las mujeres que me lo ponen difícil —dice regalándome una de sus sonrisas provocadoras.

Le tiro una patata que atrapa al vuelo con la boca.

—Que folles bien no significa que seas un partidazo. Lo sabes, ¿no?

—Me encanta cuando te pones peleona.

Pongo los ojos en blanco. Es imposible que se tome nada en serio. Me entra la risa floja. La verdad es que disfruto de

nuestros piques. No seríamos los mismos sin ellos.

—Apenas has comido —dice al tiempo que señala la mitad de mi hamburguesa.

—Toda tuya. —Se la ofrezco—. Demasiadas Pringles. Estoy llena.

Pol me mira con evidente recelo, pero no dice nada. No me apetece tener otra discusión en la que critique mi alimentación. Estoy trabajando en quererme más a mí misma y darme caprichos de vez en cuando sin sentirme culpable. Roma no se construyó en un día.

—De verdad que no tengo hambre —le aseguro al ver que no se la come. Tampoco es mentira. Estoy acostumbrada a comer muy poco.

—En realidad te habría matado por esta hamburguesa —bromea antes de hincarle el diente.

—¿Tú? —le vacilo—. Qué va. Te haces caquita en los pantalones con las pelis de miedo. No puedes ver ni una gota de sangre. Eres muy aprensivo.

Pone cara de indignación.

—Eso es… —comienza a decir. Enarco las cejas, dispuesta a recordarle si hace falta que estuvo toda la película de *Insidious* con la cara tapada con un cojín—. Eso es verdad. —Se termina la hamburguesa en dos bocados y se limpia la boca con una servilleta—. No pienso defenderme ni hacerme el gallito. Lo de que a los tíos nos tienen que gustar las pelis de miedo es otra chorrada sin fundamento del patriarcado. Pero aquí estoy yo, un hombre que no tiene complejos relacionados con una autoestima masculina frágil.

—Qué poca vergüenza tienes. —Sacudo la cabeza y me aguanto la risa—. Entonces, si un psicópata entra en mi casa armado con un cuchillo, entiendo que no debo llamarte para que vengas a rescatarme.

—Por supuesto —responde con expresión seria—. Deberías

llamar a la Policía. Ellos tienen pistolas.

—¡Pol! —Le tiro un puñado de patatas que intenta cazar al vuelo con la boca.

—Gabi, por favor, con la comida no se juega.

—Ya veo lo mucho que te importo —siseo.

—Gabriella… —Me sujeta la cara y me mira sin pestañear—. Si un psicópata con un cuchillo nos persiguiera… —hace una pausa y me observa con intensidad—, me pondría detrás de ti sin dudarlo. Con el mal genio que tienes, seguro que averiguarías la forma de patearle el culo.

—¡Pol!

Intento empujarlo mientras se ríe. No sé por qué he creído que se tomaría el tema en serio. Es lo peor.

—Deberías sentirte orgullosa. No me da miedo estar con una mujer que me haga sombra. No es algo que puedan decir todos los hombres.

—Qué fuerte…

—¿Por creer que eres increíble?

—¡Por apañártelas para darle la vuelta a la tortilla!

—Gabi…

—Déjame. —Me cruzo de brazos y me niego a mirarlo—. Ya sé lo que tengo que hacer si me encuentro con un psicópata armado con un cuchillo.

—¿Patearle el culo?

—Utilizarte de escudo y dejar que acabe contigo.

—Qué cosas más bonitas me dices siempre.

Quiero hacerme la dura, pero soy incapaz cuando me mira de esa manera y dice semejantes cosas. Al devolverle la mirada me encuentro con algo que me descoloca. Tiene las pupilas dilatas y una expresión que no sé descifrar del todo. Hay ternura, cariño y algo más profundo que me alcanza de lleno.

—Si alguien te pusiera la mano encima, acabaría con él —dice con vehemencia.

—Ya lo sé.

—Qué va. —Me acaricia la mejilla con el pulgar—. No tienes ni idea de lo importante que eres para mí.

Me abrazo a él para ocultar la sonrisa bobalicona que se ha apoderado de mis labios. Debo de tener la frase «colgada de Pol» tatuada con letras mayúsculas en la frente. Mientras me frota la espalda y me da besitos en la cabeza, dice que estaría obligada a ir a visitarlo a la cárcel para llevarle mascarilla capilar y chocolate porque es un hombre débil.

Se ha hecho de noche y hace bastante frío, por lo que nos marchamos del parque. Pol no me pregunta si quiero acompañarlo al hotel y agradezco que no me presione. A ver, no es que no quiera acostarme con él. De hecho, me apetece muchísimo. Sin embargo, Percy sigue con Sam. Aunque hayamos discutido, no puedo abusar de su generosidad, así que le pido que me acerque a su casa. Tardamos bastante en despedirnos, nos gastamos bromas y nos besamos hasta que le pido que se marche de una vez. Antes de ponerse el casco me dedica una sonrisa ladina que me hace estar un poco más enamorada de él.

Aprovecho que un vecino deja la puerta abierta para colarme en el portal. Luego me siento en las escaleras para hacer tiempo. Sé que voy a tener que llamar a la puerta de Sam. No puedo quedarme a pasar la noche aquí. Uf, no sé cómo afrontar la situación. Es la primera vez que discutimos. Se me hace muy raro. Justo cuando me voy a dar por vencida, recibo la inesperada llamada de mi madre. Desde que fui a visitarla me llama algunas veces para saber qué tal me va. Todavía se me hace raro.

—Hola, mamá.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada.

—Pues… —Frunzo el ceño—. ¿Cómo sabes que me pasa algo?

—Gabriella, soy tu madre —dice con naturalidad—. Te lo noto en la voz.

Paso por alto el hecho de que apenas nos hemos visto en los últimos veintiún años. Cuando regresé a Sevilla decidí deshacerme del rencor y retomar nuestra relación. No tiene sentido hurgar más en la herida.

—He discutido con Sam.

—*Mi dispiace sentire che* —se lamenta—. *La tua amica* me gusta. ¿Por qué habéis discutido?

—¿Te acuerdas de Pol?

Lo conoció en un concierto, pero solo se saludaron.

—*Il bel ragazzo* —dice con alegría—. Nunca me olvidaría del *ragazzo* que le gusta a mi hija.

Vaya, pues sí que me conoce. O quizá se me nota demasiado en la cara lo que siento por Pol. Supongo que ambas opciones son muy probables.

—Sam y yo hemos discutido por Pol.

—¿Por un *ragazzo?* —pregunta escandalizada—. ¡Las amigas no deben pelear por un *ragazzo!*

—No ha sido esa clase de discusión —le aclaro.

Le hago un resumen, sin omitir ningún detalle que pueda perjudicarme. Mi madre me escucha sin interrumpirme hasta que termino. Solo entonces dice:

—*É tutto qui?*

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—¿Eso es todo? —repite en español.

—¿Te parece poco? Nos hemos dicho cosas muy feas.

—Gabriella, *mia dolce bambina* —dice con cariño—. La gente que se quiere discute. El mundo no se acaba ni las relaciones terminan por una pelea, a no ser que el orgullo se interponga en el camino. El amor y la rabia no son una buena combinación.

Me muerdo el labio. Entiendo su punto de vista porque es

justo lo que pienso. Quiero demasiado a Sam para apartarme de ella por una discusión absurda. Para mí nuestra amistad es más importante. Si tengo que pedirle disculpas aunque siga dolida con ella, estoy dispuesta a tragarme el orgullo.

—¿Crees que Sam tiene razón?

—*Io penso* que debes cometer tus propios errores para aprender de ellos —reflexiona—. Si no tropiezas, no puedes levantarte. Si no eliges, no puedes equivocarte ni acertar. ¿Qué sería de la vida sin todos esos errores que nos hacen aprender a ser mejores personas?

»Olvídate de lo que digan Leo y Sam, aunque te quieran y deseen lo mejor para ti. Guíate por el corazón, es la única forma de tener una vida plena en la que no quepa el arrepentimiento por no haber intentado algo que ansiabas con todas tus fuerzas. Si te equivocas, que no sea porque no lo has intentado.

—Gracias, mamá.

—*Ma fai pace con la tua amica* —me ordena con tono enérgico. No necesito traducción para esto. La he entendido perfectamente—. Solo se preocupa *per te*. No tengas miedo de pedir perdón. Los «lo siento» que no pronunciamos se convierten en piedras, y las piedras se convierten en muros que ya no podemos saltar.

Ya sé de quién he heredado la intensidad, lo cual no significa que mi madre no diga verdades como puños. Me despido de ella y subo las escaleras de dos en dos. Estoy jadeando cuando me planto delante de la puerta de Sam y llamo al timbre. Al cabo de unos segundos, la puerta se abre y Sam aparece con cara de sueño.

—Pensé que no vendrías a dormir —dice frotándose los ojos.

—Lo siento.

Me abalanzo sobre ella para darle un abrazo que la pilla desprevenida. Sam tarda unos segundos en reaccionar antes de

devolvérmelo, y en ese instante comprendo lo mucho que la he echado de menos. Sí, ya sé que solo hemos estado unas horas separadas, pero han sido unas horas horribles en las que creí que la había perdido.

—Perdóname, Sam.

—No pasa nada, volveré a coger el sueño.

—¡No! —Me aparto de ella para mirarla—. Perdóname por haberte gritado.

—¡Ah! —responde descolocada—. Pensé que seguías enfadada conmigo.

—Resulta que se me da fatal estar enfadada contigo.

—A mí también.

Sonreímos como dos idiotas.

—¿Entonces puedo decirte que tienes un gusto pésimo para los pijamas sin que te enfades conmigo? —le confieso al ver su pijama de *Los Picapiedra*.

—Todavía no has visto el que tengo estampado de osos panda —responde orgullosa. Se hace a un lado para que entre —. Dime que no has estado sentada en la escalera como una tonta.

—Solo han sido diez minutos —admito avergonzada.

—Menuda primera discusión como amigas —bromea para restarle importancia—. Está claro que somos un par de dramáticas. A partir de ahora, si no estamos de acuerdo en algo, será mejor que respiremos y contemos hasta diez en lugar de gritarnos.

Le ofrezco el meñique para que sepa que voy a tomármelo muy en serio.

—Trato hecho.

Sam me da otro abrazo antes de volver a su habitación. Percy está tumbado en el sofá y me mira visiblemente ofendido, como si quisiera decirme que cuando me marché hace unas horas me olvidé de él. Lo acaricio y le doy una galletita. No tengo nada

de sueño, por lo que pongo un capítulo de la última temporada de *Por trece razones* y me acurruco en el sofá con Percy. Me llega un mensaje y me emociono al dar por hecho que se trata de Pol. Sin embargo, el wasap es de un número que no conozco. Me da mala espina incluso antes de leerlo:

Número desconocido
Qué favorecida sales en el vídeo. Seguro que se hace viral.

Se me encoge el corazón. No necesito verlo para saber que es algo terrible. No sé de dónde consigo sacar fuerzas para reproducirlo. Se me revuelven las tripas al ver el vídeo. Pol y yo aparecemos en el jardín del hotel besándonos, lo cual no sería un problema si la persona que nos espiaba no hubiera seguido grabando. Ya sé lo que voy a ver antes de que aparezca en la pantalla, pero sigo mirando de todas formas. Pol me quita la sudadera y me quedo desnuda de cintura para arriba. Se ve con toda claridad cómo lo masturbo. Cuando nos ponemos de pie, el vídeo se corta de manera abrupta, supongo que porque la persona que nos grababa se marcha para que no la descubran.

Un vídeo que dura sesenta y dos segundos que tienen la posibilidad de destrozarme la vida si se hace público. Sesenta y dos segundos que me recuerdan que soy una imbécil a la que a veces se le olvida que no es una persona anónima y está a punto de descubrir el precio que debe pagar por ello.

56
Gabi

No paro de desafinar durante los cuarenta minutos que estamos en la cabina de grabación. Mi hermano me mira de reojo cada vez que me sale un gallo. Está confundido, algo natural porque nunca desafino. Al otro lado del cristal veo a mi padre negar con la cabeza y decirle algo al técnico de sonido.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Leo.

—No me encuentro bien —respondo abatida—. ¿Podemos hacer una pausa?

—Claro.

Salgo de la cabina antes de que mi hermano o cualquiera pueda acribillarme a preguntas. ¿Qué se supone que voy a responder? ¿Que estoy desconcentrada porque llevo cinco días sin dormir desde que empecé a recibir mensajes anónimos en los que alguien me amenaza con hacer público un vídeo íntimo? Ya pasé una vez por lo mismo en Maldivas, cuando un adolescente me hackeó la nube y me chantajeó con publicar fotos en las que aparecía desnuda. Aquella vez conseguí salir airosa gracias a la ayuda de Lila. Ahora estoy segura de que no voy a tener tanta suerte. Además, me da vergüenza contarlo. No quiero que nadie descubra que soy una tonta que no aprende de sus errores.

—¿Te apetece? —Sam me ofrece una Coca-Cola.

—No, gracias.

En este momento no me entra nada. De hecho, me sobreviene una arcada y corro a encerrarme en el baño. Vomito lo poco que tengo en el estómago y luego me derrumbo en el

suelo mientras me grito a mí misma que soy una imbécil.

—¿Gabi? —Sam llama a la puerta—. ¿Te encuentras bien?

—Será un virus —respondo con debilidad—. ¿Les puedes decir a los demás que me voy al hotel?

—Vale.

Me abrazo las rodillas contra el pecho y escondo la cara en un intento por desaparecer. Sé que debería acudir a la Policía, pero estoy convencida de que eso no frenará a la persona que me envía los mensajes. Seguro que habrá hecho varias copias y me manda los mensajes desde un móvil de prepago imposible de localizar. Le pregunté qué es lo que quería a cambio de no publicar el vídeo y me respondió que no había nada que pudiera darle porque lo único que la satisfacía era destruirme.

—¿Puedo pasar? —pregunta Sam.

Quiero decirle que me deje sola, aunque solo conseguiré que después me bombardee a preguntas para que le cuente de una vez lo que me pasa, como lleva haciendo desde hace cinco días. Sam nos ha acompañado a Madrid porque hemos venido a grabar nuestro próximo disco. Ella debía venir dentro de tres días para grabar la colaboración, pero adelantó su viaje. Sé que tomó esa decisión porque me ve mal y se está topando contra un muro.

—Ay, Gabi —dice al verme. Tiene una toalla limpia que no sé de dónde la habrá sacado. La pone debajo del grifo y luego se agacha para limpiarme la cara con una delicadeza que me desmorona del todo. Rompo a llorar sin poder evitarlo—. Pediré un taxi. ¿Quieres que vayamos al médico?

—No. —Le aprieto la muñeca para que se detenga—. Necesito unos minutos.

Se sienta a mi lado y me mira preocupada. No dice nada durante un buen rato en el que lo único que hago es llorar como si me hubieran arrancado un brazo. Me frota la espalda hasta que me tranquilizo un poco.

—Esto no es un virus —dice muy calmada—. No quiero presionarte, pero no podré ayudarte si no me cuentas la verdad.

Inspiro profundamente y me entra hipo. Estoy hecha un asco y huelo a vómito, algo que no le impide pasarme un brazo por encima de los hombros y darme un beso en la mejilla mientras me susurra que todo saldrá bien.

—Qué va —respondo agobiada—. Esta vez la he cagado muchísimo.

—Lo arreglaremos juntas —me promete—. Venga, suéltalo ya. No puede ser tan malo. Lo único que no tiene arreglo en esta vida es la muerte.

—Me da vergüenza…

—La vergüenza es una palabra que no tiene cabida en la amistad. —Me aprieta la rodilla con cariño—. ¿De qué se trata?

Al mirarla a esos ojos castaños en los que siempre me siento comprendida soy consciente de que no puedo enfrentarme a esto sola. Me armo de valor y saco el móvil del bolsillo. No me salen las palabras, por eso busco los mensajes y se los enseño. O Sam es muy buena actriz o el vídeo la ha dejado sin palabras, ya que lo contempla impasible. Le doy un golpecito con el hombro porque su silencio me agobia aún más de lo que ya estoy.

—Lo he parado cuando te quedabas medio desnuda —dice al fin—. No quería ver algo que pertenece a tu intimidad.

—Pues te hago un resumen: le hago una paja.

Sam aprieta los labios y me devuelve el móvil.

—¿Quién crees…?

—Millie —respondo sin dudar. He tenido cinco días para estrujarme el cerebro. Es la única persona que se me ocurre que quiera hacerme daño. La noche en la que se grabó el vídeo me amenazó. Blanco y en botella. La veo con tan pocos escrúpulos como para grabarme a escondidas. No me cabe ninguna duda

de que es ella—. No quiere dinero. Solo lo hace por la pura satisfacción de hacerme daño.

—Tiene sentido. —Me da la razón.

—Ya puedes decir que estoy jodida.

—De eso nada —responde con una vehemencia que me sorprende—. Ella no sabía que cavaba su propia tumba cuando grabó el vídeo.

—Soy yo la que salgo en ese vídeo —le recuerdo por si se le ha olvidado.

—Te dije que si Millie intentaba hacerte daño se las vería conmigo. No exageraba sobre el mal genio que me gasto cuando me enfado. Y resulta que no hay nada que me cabree más que el hecho de que alguien se meta con las personas a las que quiero. —Sam me coge la cara para que la mire. Hay una determinación absoluta en sus ojos—. No estás sola, Gabi. Me tienes a mí. Lo vamos a solucionar.

—Ya, pero…

—Lo vamos a solucionar —me interrumpe con tono firme—. Tú y yo contra esa bruja. ¿Qué podría salir mal?

—¿Todo? —murmuro con voz débil.

—Confía en mí —me pide—. ¿Confías en mí?

—Siempre —respondo sin dudar.

—Bien. —Esboza una sonrisa tan contagiosa que casi consigue hacerme sonreír—. No hay nada más poderoso en este mundo que dos amigas que se alían contra una injusticia.

—Vale. —Enderezo la espalda—. ¿Cuál es el plan?

Paso el resto del día encerrada en la habitación del hotel que comparto con Sam, dedicada a perfeccionar todos los detalles de nuestro plan. Ella está convencida de que todo saldrá bien, y yo estoy segura de que Millie va a descubrirnos. Confío ciegamente en Sam, pero la vida no es justa ni le da a todo el

mundo lo que se merece. Hay gente mala que camina con total impunidad y jamás recibe su castigo, mientras que muchas buenas personas sufren injusticias. Así es la vida.

Sam debe de saber que me estoy comiendo el coco, pues me obliga a salir de la habitación para ir al spa del hotel. La verdad es que me sienta muy bien nadar en la piscina climatizada y que me den un masaje. Luego le doy un largo paseo a Percy para despejarme. Me tropiezo con un puñado de fans para los que me obligo a sacar una sonrisa. Si mi hermano me viera en este momento, pensaría que me ha dado un ictus. Siempre me ha echado en cara que no soy lo bastante simpática con los seguidores del grupo. En fin, a veces solo hace falta el influjo positivo de otra persona para sacar lo mejor de ti. Reconozco sin problema que mi amistad con Sam me ha cambiado para mejor. Ojalá siempre nos tengamos la una a la otra.

—¡Hola!

Me encuentro con Pol en el vestíbulo del hotel. Viene vestido con ropa de deporte, así que supongo que habrá salido a correr. Hace dos horas me envió un mensaje para que nos viéramos y le respondí que seguía sin encontrarme bien.

—¿Ya estás mejor?

—Sí. —Entramos en el ascensor y me doy cuenta de que me mira con el ceño fruncido—. Habré comido algo que me ha sentado mal.

—Llevas cinco días muy rara —dice en cuanto se cierra la puerta—. A mí puedes contármelo, Gabi.

Una parte de mí quiere ponerlo al tanto de lo sucedido, pero otra sabe que no debo preocuparlo. Es evidente que su día no es mejor que el mío. Está nervioso y esta mañana se peleó con Axel por una tontería. Salta a la mínima. Nunca ha sido deportista, pero sale a correr un par de veces al día. No sé si sabrá gestionar el tema del vídeo si a eso le añadimos que ya

está sufriendo su propio infierno.

Si me dejara ayudarlo…

Le acaricio la mejilla, incapaz de decirle todo lo que me guardo.

—Tú también puedes contarme lo que te ronda la cabeza —le aseguro—. Estoy aquí, Pol. Siempre he estado aquí.

—No era de mí de quien hablábamos. —Se aparta ofuscado—. Yo estoy de puta madre.

Me muerdo el labio. Sé que en este momento no hay nada que pueda hacer para obligarlo a coger mi mano. Se ha metido en un pozo del que no puede salir a menos que pida ayuda. Me duele en el alma ver cómo se destruye a sí mismo.

—¿Nos vemos esta noche? —pregunta en cuanto salimos del ascensor.

—Esta noche le prometí a Sam que haríamos maratón de *Parque Jurásico*.

—Ni siquiera te gustan esas pelis.

—A ella sí.

—Vale —responde claramente irritado—. Avísame si cambias de idea. Aquí estará el segundo plato.

—Pol —digo seria—, por ahí no.

A esto me refería al decir que salta a la mínima. De repente, sin venir a cuento, se pone a la defensiva o suelta una mala contestación. No quiero enfadarme con él porque sé que la abstinencia le ha cambiado el carácter. Este no es Pol.

—Perdona —se disculpa—. Tienes razón.

—No pasa nada.

Pero sí que pasa. Me he enamorado de un chico con el corazón amurallado que no me deja llegar hasta él. Y no tengo ni idea de qué hacer para que me deje entrar.

57
Pol

A las tres de la madrugada me rindo y salgo de la cama. No puedo dormir. Estoy empapado en sudor y me meto en la ducha. Apoyo las manos en la pared de azulejos y cierro los ojos. Me va a explotar la cabeza y tengo náuseas. Me duele todo el cuerpo. Tengo ganas de gritar o de romper algo. No salgo de la ducha hasta que tengo las yemas de los dedos arrugadas, pero sigo sin sentirme mejor.

—Fracasado —le digo al tipo ojeroso y demacrado que hay en el espejo—. Puto adicto de mierda.

El tipo del espejo esboza una sonrisa sarcástica, como si me dijera que debería asumir que he perdido la batalla. En el fondo ambos sabemos que voy a recaer. La duda es cuándo. Eso es todo. Antes de que pueda ser consciente de lo que ha sucedido, mi reflejo estalla en mil pedazos. Observo impasible mi puño ensangrentado y me echo a reír. No sé por qué de repente todo me parece tan gracioso. Hay sangre por todas partes y la mano empieza a hincharse. Sin embargo, no siento nada.

Cojo un cigarro y salgo a fumar a la terraza. Estamos en pleno invierno y no llevo parte de arriba. Tampoco tengo frío. Me asomo a la barandilla para contemplar la ciudad. A estas horas apenas hay tráfico. Qué fácil sería dejarme caer. Le haría un maldito favor al mundo. Un grito me sobresalta. Justo cuando creo que estoy sufriendo algún tipo de alucinación producto de la abstinencia, alguien pronuncia mi nombre.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta horrorizada Gabi. Está

en el balcón de la habitación de al lado y me observa con los ojos abiertos de par en par—. ¡Estás sangrando!

—No es nada —digo sin dejar de fumar.

—Ay, Dios. —Está pálida. Tengo que contener el impulso de decirle que no merece la pena que se preocupe por mí. Si no lo hago es porque sé que eso la preocuparía aún más—. Espérame en tu habitación. Voy a…

—Sigue con tus dinosaurios —respondo sin emoción.

—¿Qué? —Me mira confundida—. Ah, te refieres a la película. Me fui a la cama hace media hora, pero no puedo dormir.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam desde el interior de su habitación.

—Nada, vuelve a la cama —le responde Gabi.

Su amiga no le hace caso y sale a la terraza. Se lleva las manos a la boca al verme. Le dedico una mueca. Es la última persona que necesito que se compadezca de mí.

—Joder —murmura impactada—. ¿Cómo te lo has hecho?

—No es asunto tuyo —le espeto con frialdad.

Sam ni siquiera se inmuta.

—Llama a un médico —le pide a Gabi.

—Ni se te ocurra —le ordeno.

Gabi debe de saber que no es buen momento para llevarme la contraria, pues tiene una pequeña charla en voz baja con su amiga. Luego se vuelve hacia mí con determinación.

—Voy a buscar un botiquín. En cinco minutos estoy en tu habitación.

Sale de la terraza y nos deja solos. Apoyo los brazos en la barandilla y sigo fumando, ignorando a Sam deliberadamente. Es tan invasiva que ni siquiera se esfuerza en disimular que me vigila.

—No voy a ir a ningún lado.

—No lo hago por ti —me aclara.

—¿Le has dicho ya que estás enamorada de ella? —No me hace falta verle la cara para saber que se ha puesto colorada. Me río sin ganas—. Vuestra relación no va a ningún lado.

—Es curioso —responde sin inmutarse—, yo pienso lo mismo de la vuestra.

—Ah, claro. Te lo ha contado.

—¿Y te parece raro? Confía en mí. Somos amigas.

—Tú no la ves como una amiga. —Apago el cigarro en la barandilla, enciendo otro y me vuelvo para mirarla—. No es justo para ella.

—Jamás le haría daño —dice indignada—. Ojalá pudieras decir lo mismo.

—A mí no me vengas con el cuento de la amiguita preocupada.

—¿Crees que estoy celosa de ti? —Suelta un bufido—. Me encantaría que fueras una persona que pudiera hacerla feliz. Gabi es increíble. Siempre querré lo mejor para ella, incluso si no es a mi lado.

Estoy a punto de gritarle que se meta en sus asuntos cuando llaman a la puerta de mi habitación. Apago el cigarro y salgo de la terraza sin despedirme de ella. Al abrir, Gabi entra a toda prisa con un botiquín de primeros auxilios.

—Siéntate —me pide con voz temblorosa.

—Estoy bien.

—¡Que te sientes! —exclama nerviosa.

Hago lo que me ordena al darme cuenta de que tiene los ojos vidriosos. Me siento en el borde de la cama y extiendo el brazo para que me cure. Maldice entre dientes al ser incapaz de abrir un paquete de vendas. Cuando lo consigue, me desinfecta los nudillos con agua oxigenada.

—No me duele —la tranquilizo—. De verdad.

—No sé en qué estabas pensando. —Mueve la cabeza. Una lágrima resbala por su mejilla—. No vuelvas a hacer algo así,

por favor.

Ver llorar a Gabi por mi culpa me destroza por completo. Le acaricio el pómulo con la mano que no tengo herida. Ella exhala sonoramente e inclina la cabeza para mantener el contacto.

—No llores —le pido con voz queda.

—No estoy llorando —miente—. ¿Por qué lo has hecho?

No es una pregunta fácil de responder. La respuesta breve sería: no lo sé. Se me ha ido la cabeza. No tengo ninguna explicación que ofrecerle. Gabi comprende que no voy a decir nada y me venda la mano en silencio. Cuando termina separo las piernas y pongo mis manos en sus caderas. Escondo la cabeza en su pecho y digo con voz ronca:

—Te necesito.

Ella hunde las manos en mi pelo.

—Y yo necesito que te cuides. —Se aparta para mirarme, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Me quedo a dormir, pero no voy a acostarme contigo después de lo que has hecho.

—Pues vete.

—¿Quieres que me vaya?

—No —respondo con sinceridad—. Perdona, no sé por qué lo he dicho.

La abrazo para demostrarle que quiero estar con ella. Gabi me acaricia el pelo para calmarme. Lo último que quería es que me viera en este estado. Soy lo peor.

—Vamos a la cama —dice apartándose de mí.

Nos tumbamos muy cerca y nos damos la mano. Le quito el pelo de la cara con la mano que tengo vendada y me besa los nudillos.

—Lo siento —digo avergonzado.

Gabi se pega a mí. Esconde la cara en el hueco de mi cuello y me da besitos que me tranquilizan.

—No sé qué voy a hacer contigo —musita apenada.

—Dejarme por imposible.

—Nunca.

Me tumbo bocarriba y la estrecho para que apoye la cabeza en mi pecho.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te caíste de la bici en el paseo marítimo?

—Cómo olvidarlo —responde—. Estuviste una semana burlándote de mí.

—Estaba en la playa cuando vi que te caías y te juro que se me paró el corazón. Pensé que te habías hecho mucho daño. Unos chicos de la urbanización se dieron cuenta de mi reacción exagerada y empezaron a meterse conmigo porque sabían que me gustabas. —No sé por qué se lo cuento justo ahora—. Me burlé de ti porque me daba miedo hacer frente a mis sentimientos.

—Tenías catorce años.

—Lo que intento decir es…

—¿Que ya no te da miedo enfrentarte a tus sentimientos?

—No. —Le acaricio la espalda—. Que en el fondo no he dejado de ser ese chico de catorce años que está muerto de miedo.

Gabi apoya las manos en mi pecho y se aparta para mirarme a los ojos. Está confundida.

—¿Te doy miedo?

—Nunca —respondo con sinceridad—. Mis momentos favoritos son los que paso contigo.

—¿Entonces?

—Me da miedo arruinar lo que tenemos —le confieso—. Aunque sepa que debes alejarte de mí.

—No voy a ir a ningún lado —promete—. Todo lo que siempre he querido es estar contigo.

Antes de que pueda decirle que no merezco la pena, me besa. Y es un beso de los nuestros. Uno que eleva la palabra

«besarse» a otra categoría en la que no caben las dudas ni los miedos, y que me hace tener esperanza porque cada vez que nos besamos estoy más seguro de que estamos hechos el uno para el otro.

Algo tan jodidamente bueno no puede tener final.

58

Gabi

—«Cuando te conocí supe —canto mirando a Sam a los ojos— que las mejores historias nacen de lo imprevisible, cuando dos corazones que no se buscaban… encajan sin pretenderlo de una forma irreversible».

—«No me digas que no sientes —continúa Sam— que podemos ser algo más que dos almas afines…».

Sonrío al escucharla cantar. Su voz me llega muy dentro. Es… No lo sé. Como si de repente estuviéramos conectadas por algo imposible de romper. Como si el vínculo que nos une hubiera estado ahí desde el principio, a la espera de que decidiéramos agarrarlo para llegar a la otra. Entrelazamos nuestras manos cuando llega la parte del estribillo y cantamos sin dejar de mirarnos. Hay algo tan íntimo en este momento que ni siquiera tengo que esforzarme en entonar, pues me sale solo.

—«Somos momentos, canciones y recuerdos —cantamos con una sincronía perfecta—. Somos fuego, caricias y sueños. Somos nosotras creando momentos que viven resguardados en el laberinto de lo eterno».

Terminamos de cantar sin soltarnos las manos. Le doy un pequeño tirón para acercarla a mí que la pilla desprevenida. Cierro los ojos, apoyo mi frente contra la suya y sonrío hasta que termina la melodía. Solo quiero sentir la música y su piel suave. Sam me roza el costado con la mano libre y esa caricia superficial despierta en mí algo muy intenso que me hace abrir los ojos de par en par.

—Perfecto, chicas —dice el técnico de sonido—. Ha sido increíble.

—Sois maravillosas —añade mi padre, al que sigo sin dirigirle la palabra.

—¡Ya hemos grabado nuestra canción! —exclama Sam eufórica.

Me da un abrazo enorme que correspondo ruborizada. Me he metido tanto en la canción que he llegado a creer que hablaba de nosotras. Me refugio en su olor a coco y escondo la cara en su pelo. Escucho a los demás aplaudir y vuelvo a sonreír. Ya había cantado antes con Sam, pero esta vez ha sido… diferente.

—¿Estás bien? —pregunta confundida al notar que estoy temblando.

—¡Sí! —respondo con voz enérgica.

Me aparto de ella, que me mira bastante descolocada.

—Vamos a petarlo con esta canción —digo para salir del paso. Me quito los cascos y salgo del estudio porque siento que el aire se ha enrarecido—. Necesito beber algo.

Todos nos felicitan. Leo dice que hemos estado soberbias y Axel que no entiende por qué no hemos colaborado antes. Pol no ha venido. Esta mañana se despertó taciturno y me dijo que no tenía ganas de bajar a desayunar, lo cual no me extrañó después de que anoche le pegara un puñetazo al espejo del cuarto de baño.

—Toma. —Mi hermano me da una cerveza—. Me vas a tomar por loco.

—¿Y eso?

—Al veros cantar… —le da un trago a su cerveza y sacude la cabeza como si estuviera a punto de decir algo ridículo— me he creído totalmente la canción, ¿sabes? Hasta he llegado a pensar que había algo entre vosotras. Teníais una química mágica.

—No digas tonterías. —Se me escapa una risilla nerviosa y

mi hermano entorna los ojos—. Somos amigas.

—Ya sé que sois amigas. —Leo se calla cuando Sam se acerca a nosotros—. Le decía a mi hermana que lo habéis hecho muy bien.

Aprieto los labios. Si sabe que lo que ha dicho no tiene ningún sentido, ¿por qué le miente?

—Es muy fácil trabajar con Gabi —dice Sam antes de coger otra cerveza—. ¿Brindamos por nuestro futuro éxito?

—¡Esperadme! —grita Axel, que corre hacia nosotros—. ¡Por Yūgen y Sam!

—¡Por nosotros! —exclamamos al unísono.

Sam vuelve a chocar su cerveza con la mía y me susurra al oído:

—Por nosotras.

Me estremezco al sentir su aliento cálido en mi oreja y bebo para enfriarme. Un nudo me atenaza la garganta y no se va con el alcohol. No tengo ni idea de lo que ha pasado ahí dentro entre nosotras. Solo sé que me he sentido tan bien que no quería que se terminara.

Por la noche vamos a la fiesta del estreno de nuestro primer *single*. Estoy atacada porque no sé qué opiniones suscitará el videoclip que grabé con Pol. Además, tengo miedo de que le dé por cometer alguna locura que lo deje en evidencia, así que permanezco pegada a él como una lapa en el *photocall*.

—¡Gabi, aquí! —grita un fotógrafo.

Escojo una pose en la que siempre salgo bien y sonrío a la cámara. Llevo un minivestido rojo de corte asimétrico, unas botas negras de tacón que me llegan por encima de la rodilla y el pelo recogido en una coleta alta ultralisa. Mi estilista dice que es un look rompedor que me favorece porque estoy muy delgada, un comentario que en otro momento me habría

enorgullecido y que ahora me irrita porque ya no quiero ser la chica que contaba las calorías por miedo a que la llamaran gorda en la portada de una revista.

Me doy la vuelta para enseñar el escote de la espalda. Los flashes de las cámaras iluminan el *photocall*. Millie hace lo mismo a unos metros de distancia. Es una de las tantas artistas invitadas al evento, algo lógico porque compartimos discográfica. No acapara ni la mitad de atención que yo y pone mala cara cuando nuestras miradas se encuentran. Me olvido de su presencia y sigo a lo mío. Dentro de unas horas me ocuparé de ella. La venganza es un plato que se sirve frío.

—¡Posad juntos! —nos piden los fotógrafos a Pol y a mí.

Nos sonreímos. Él se acerca, me pone una mano en el centro de la espalda y me dice al oído:

—Estás preciosa.

Le pongo una mano en el pecho y nos miramos a los ojos. Es una pose que dará lugar a muchas especulaciones. Me da igual. Está tan sexy. Vestido de Pol, no necesita más. Lleva una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, unos pantalones negros de cuero y el pelo estratégicamente despeinado. En la fiesta hay cientos de tíos con esmoquin, pero él se los come a todos con lo primero que ha cogido del armario.

—Tú tampoco estás nada mal —digo para picarlo.

Agacha la cabeza, me roza el cuello con la boca y murmura:

—Me gusta cuando te pones traviesa.

Intento mantener la compostura mientras nos fotografían. Es lo peor. Debería haber imaginado que me soltaría algún comentario de ese estilo. Aguanto el tipo. Los periodistas nos apuntan con los micrófonos. Miro de reojo a Pol para saber si está en condiciones de enfrentarse a la prensa. Parece tranquilo y de mejor humor, por lo que avanzo para responder a sus preguntas.

—¿Qué tal estás, Gabi? —me pregunta un periodista.

—Muy feliz de presentar el primer *single* de nuestro nuevo disco —respondo con tono profesional—. Hemos trabajado mucho. Hoy es un día muy emocionante y esperamos que disfrutéis con nosotros.

—¿Cómo ha sido grabar un videoclip con tu amiga? —le pregunta a Pol otro periodista.

—Hemos trabajado juntos desde los dieciséis años —responde con naturalidad—. Es otra experiencia más. Para mí siempre será un orgullo trabajar con la mejor voz de este país.

—Os habéis besado en el videoclip —insiste el periodista—. ¿No os ha parecido raro?

—Forma parte del guion —intervengo sin perder la sonrisa—. Es trabajo. No es la primera vez que beso a alguien en un videoclip. Los artistas nos debemos a nuestra música.

—Pero esta vez has besado a tu amigo —reitera—. No es lo mismo.

—Ya ha respondido a tu pregunta —le suelta Pol con tono crispado.

Le pongo una mano en el brazo para que lo deje estar. El periodista solo hace su trabajo. Es normal que persevere. Somos el tema del momento.

—Somos amigos y compañeros de trabajo —respondo con tono diplomático—. Trabajar juntos ha sido muy fácil.

—¿Qué tenéis que decir sobre los rumores que hablan de una relación entre vosotros? —nos pregunta otro periodista.

—Por supuesto que hay una relación entre nosotros. —Me río para restarle importancia—. ¡Somos amigos!

—¿Y nada más? —interviene otro.

—No hablo de mi vida privada —respondo con calma—. ¿Alguna pregunta sobre el disco?

—Pol, ¿tienes algo que decir sobre las declaraciones que hizo Sandra Bosch de ti? —inquiere el mismo periodista que antes

nos preguntó si nos resultó raro besarnos.

—No leo lo que escribís sobre mí —responde Pol visiblemente irritado.

—Le recomendó a Gabi alejarse de ti si quería llevar una vida sana —lo informa con malicia—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Nada —responde con los dientes apretados.

La situación empieza a calentarse y lo agarro del brazo para marcharnos.

—¿Por esa razón no te hablas con tu familia? —insiste el periodista—. En Barcelona se comenta que no tienes buena relación con tus padres. ¿Es cierto que tu padre se avergüenza de ti por ser músico en lugar de abogado?

Pol no se mueve del sitio, a pesar de que hago un gran esfuerzo para arrastrarlo conmigo. Se limita a sostenerle la mirada al periodista con algo oscuro y primitivo que no augura nada bueno.

—No hables de mi familia —le advierte con tono tenso.

—¿Crees que es posible un futuro acercamiento entre vosotros? —continúa el periodista—. Tenemos entendido que sí tienes buena relación con tus hermanos.

Pol se abalanza sobre él y lo agarra de la camisa. Todo sucede tan rápido que no me da tiempo a reaccionar.

—¿Cuál es tu puto problema, eh? —le grita Pol con el rostro pegado al del periodista y una mirada peligrosa—. ¡Hazme preguntas relacionadas con mi trabajo, joder!

—¡Pol! —le pido angustiada.

Durante unos segundos lo mira como si quisiera partirlo por la mitad, hasta que le pongo una mano en el brazo. Entonces lo suelta como si le diera asco tocarlo y se marcha del *photocall* a toda prisa. Los periodistas me ponen los micrófonos en la cara y me acribillan a preguntas que no sé cómo responder. Estoy tan conmocionada que no consigo reaccionar. Ahora me he

convertido en la presa perfecta. Permanezco ahí parada, con las piernas temblorosas. Solo quiero desaparecer.

—Vámonos —me dice alguien con suavidad.

Sam intercambia un par de frases con los periodistas. No sé cómo se las apaña para reconducir la situación, salir airosa y sacarme de allí. Me derrumbo contra una pared al darme cuenta de que estamos en el guardarropa.

—Mierda —musito.

—Tranquila. —Sam me frota la espalda para que me calme —. Ya ha pasado.

No ha cerrado la puerta, por lo que veo a Pol al fondo de la sala. La rabia se apodera de mí y sustituye al ataque de pánico que he estado a punto de sufrir. No sé qué habría sido de mí si Sam no me hubiera rescatado.

—Déjalo —me aconseja—. No es el momento.

—Lo voy a matar —digo con los puños apretados.

—Gabi, en serio. Míralo. —Lo señala con la cabeza—. Está hecho polvo. No te va a escuchar.

—Y tanto que me va a escuchar.

Salgo del guardarropa y voy directa a él. Está pidiendo en la barra. Es increíble, hace unos minutos ha estado a punto de golpear a un periodista y ahora piensa emborracharse. Es el colmo. Le arrebato la copa antes de que le dé un trago y lo atravieso con la mirada. Si le afecta, lo disimula de maravilla.

—¿A ti qué te pasa? —le ladro.

—No vengas a montarme una escena —responde con aspereza.

Le pongo un dedo en el pecho.

—No tienes derecho a destruir nuestro trabajo —le recrimino hecha una furia—. ¿Se te ha ido la cabeza? ¡Tú no eres así!

—Tú qué sabes cómo soy.

—¡Sé que no eres esa persona!

Me arrebata la copa y le da un largo trago. Leo y Axel

aparecen en ese momento y se ponen detrás de mí. No dicen nada, no hace falta. A estas alturas todo el mundo se habrá enterado de lo sucedido y a mi padre le tocará lidiar con el equipo de prensa.

—Acaba de llegar la caballería. —Pol se ríe con desgana—. Ahorraos el sermón.

Se acaba la mitad de la copa, la deja en la barra y le dedica una mirada desafiante a mi hermano, que no se inmuta. Su intención es provocarlo para que salte. Por suerte para todos, Leo ya ha aprendido la lección y no va a caer en su trampa, así que Pol se da por vencido y se larga para llevarse su ira a otra parte. Estoy a punto de dar un paso para seguirlo y terminar la conversación, pero Axel me pone una mano en el hombro y dice apenado:

—No hay nada que puedas hacer.

Sé que tiene razón. En el fondo, siempre he sabido que no puedo salvarlo de sí mismo. Y cómo duele, joder.

59
Gabi

Una hora después sigo alterada. Sé que mi padre ha tenido una charla con Pol. Los he visto desde lejos hablando. Estoy segurísima de que lo ha ignorado o se ha puesto a la defensiva. Estoy tan afectada que ni siquiera disfruto de la proyección del videoclip ni de las felicitaciones que recibimos. Lo único que me apetece es acurrucarme en la cama con Percy. Pero, antes de irme de la fiesta, debo hacer algo.

—Olvídate de Pol —me ordena Sam. Al ver la cara que pongo, suspira y añade—: Al menos hasta que solucionemos esto. No puedes pensar en él justo ahora. Tienes que estar centrada. De lo contrario, Millie podría olerse algo.

—Tienes razón —admito—. ¿Crees que podemos confiar en Alba?

—Ya te he dicho que sí —me tranquiliza—. Sé que te he contado cosas terribles de ella, pero no es mala persona. Está arrepentida y quiere ayudarnos.

—Vale —respondo indecisa. De todos modos, su exnovia es mi única opción—. Puedo hacerlo.

—Pues claro que puedes.

—Joder, no puedo. —Me entran ganas de salir corriendo—. Seguro que se da cuenta de la trampa que intentamos tenderle.

—Créeme, no es tan lista.

Su comentario me hace reír. Sam saca el móvil para estar pendiente del mensaje que Alba debe enviarle. Es nuestra señal. Su exnovia ha quedado con Millie en el servicio. La primera parte del plan consiste en que yo finja un encuentro casual con

Millie.

—¡Gabi! —exclama una voz conocida. En otro momento me alegraría de verla—. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Pues sí. —Correspondo el abrazo de Lila sin mucho entusiasmo. Es normal que haya querido acompañarnos, ya que estamos en Madrid, la ciudad donde vive. Estoy tan nerviosa que no mido mis palabras y le suelto—: Podríamos habernos visto cuando viniste a Sevilla, pero pasaste de mi culo.

Lila se aparta de mí. Se ha quedado conmocionada. El ataque la ha pillado desprevenida, no es para menos. Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Estoy atacada de los nervios. No es justo que lo pague con ella aunque siga un poco dolida por nuestro distanciamiento.

—¿Crees que he pasado de ti? —pregunta sin dar crédito.

—Chicas, siento interrumpir —interviene Sam. Señala hacia la puerta del servicio. Millie acaba de entrar—. Es ahora o nunca.

—Tengo que irme —le digo a Lila—. Luego hablamos.

Lila se queda estupefacta y Sam la detiene en el momento que hace el amago de seguirme. Me sudan las manos cuando entro en el servicio. Tengo que parecer absolutamente desesperada si quiero engañar a Millie. La encuentro retocándose el maquillaje delante del espejo. Inspiro hondo para no liarme a puñetazos con ella. Uf, esta bruja saca lo peor de mí.

—Por fin te encuentro —digo como si la hubiera estado buscando.

—Bonito videoclip —responde con tono mordaz—. Lástima que tu nuevo novio tenga tan mal genio con la prensa. ¿Así es como se ha hecho la herida de la mano? ¿Pegándole a alguien?

Intento que su comentario malicioso no me afecte. Tengo que centrarme en el plan. Ya tendré tiempo de cantarle las cuarenta. Y, cuando lo haga, se arrepentirá de haberse metido

conmigo.

—Sé que has sido tú.

Millie enarca una ceja, se cruza de brazos y esboza una sonrisilla maliciosa.

—¿A qué te refieres? —pregunta con falsa inocencia.

Vaya, si no tiene futuro en la música, podría ser actriz. Menuda zorra tan falsa.

—Tú eres la que ha grabado el vídeo —la acuso.

—¿Qué vídeo? —Se hace la tonta tal y como esperaba.

—Ya sabes de qué vídeo hablo. Estabas en el hotel y me grabaste mientras me lo montaba con Pol.

—Uy, así que los rumores son ciertos. Estáis juntos. No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—A mí no me engañas —insisto sin perder la compostura—. ¿Qué es lo que quieres para que el vídeo no salga a la luz?

Millie se mira las uñas.

—No sé de qué me hablas.

—Por favor —suplico aparentando estar agobiada—. Por favor, no me hagas esto.

Su sonrisa perversa se ensancha. Si me quedaba alguna duda de si había sido ella, acabo de descubrir que mis sospechas eran ciertas. Está disfrutando de la situación, pero no es tan imbécil como para admitir que ha sido ella. Pensará que quiero sacarle una confesión y no puede arriesgarse. Su maldad nunca dejará de sorprenderme.

—¡Ponte en mi lugar! —exclamo cuando Alba entra en el servicio—. ¿Y si fueras tú la que sale en ese vídeo?

—¿Qué pasa? —le pregunta Alba—. ¿Y esta qué quiere ahora?

—Está chiflada —responde Millie con tono despectivo—. Se lo habrá contagiado su nuevo novio.

Finjo indignarme, le grito que es lo peor y salgo del baño hecha una furia. Ahora solo queda esperar y confiar en Alba.

Voy a reunirme con Sam, que está acompañada de Lila. La pobre nos mira sin entender nada. Si Alba nos la juega, estoy perdida. Cruzo los dedos. Sam tiene la mirada clavada en la pantalla de su móvil. Espero que Alba cumpla su promesa. De ser así, en breve recibiremos la confesión de Millie. Los minutos pasan y el corazón se me va a salir del pecho.

—¿Qué sucede? —me pregunta Lila—. ¿Es por Pol? Sé lo que ha pasado, pero no ha querido escucharme.

—¡Lo tengo! —chilla Sam.

Me enseña la pantalla. Alba acaba de enviarle un audio. Quiero saltar y ponerme a bailar de la alegría. No obstante, antes debo comprobar el contenido de ese audio para asegurarme de que Alba no nos la ha jugado.

Agarro a Lila del brazo y corremos hacia la terraza seguidas por Sam. Quiero escuchar el audio sin que nadie nos moleste. Lila nos mira como si nos hubiéramos vuelto locas.

—¿Me lo explicas?

—¡Calla! —le pido—. Sam, pon el altavoz.

—Allá vamos —dice, y entonces me doy cuenta de que está igual de nerviosa que yo. Hasta el momento lo ha disimulado de maravilla, supongo que para darme la falsa impresión de que lo teníamos todo controlado.

«¿De qué iba eso?», pregunta Alba.

«¿Te he dicho ya lo mucho que detesto a Gabi Luna? —responde Millie—. Se cree que ha inventado el rock indie. Ni siquiera me ha dado las gracias por hacer una colaboración con su grupo. Me deben todo su éxito».

Pongo los ojos en blanco. Cómo no. Millie se comporta como Millie. Nada nuevo.

«Pero estaba hablando de un vídeo…», comienza a decir Alba.

«Venga, vamos a enrollarnos. Para eso me has llamado, ¿no? Ya sabes lo mucho que me pone hacerlo en el servicio de una

discoteca», le responde Millie.

«Y ya sabes lo mucho que me pone a mí un cotilleo —la frena Alba—. ¿Te has portado mal, Millie?», le pregunta con voz melosa.

«Esa zorra se lo merece. Es lo peor», contesta Millie.

A Millie se le suelta la lengua al oír que Alba me insulta. Por lo visto, me odia tanto que no puede resistir la tentación de despotricar contra mí con otra persona que le siga el rollo. Durante varios minutos tengo que oír cómo me llama «cerda, puta enana, zorrón de primera y recién llegada de mierda». Música para mis oídos, la verdad. Hasta que muerde el anzuelo y añade: «Me lo puso en bandeja. ¿Cómo me iba a imaginar que se lo montaría con Pol en el jardín del hotel? Se la tengo jurada desde hace bastante tiempo y no pude desperdiciar la oportunidad de hundirla. Así que los grabé a escondidas y ahora está muerta de miedo porque la chantajeo con hacer público el vídeo. Ella sabe que he sido yo, pero no puede demostrarlo. Por el momento, voy a enviarle mensajes hasta que me canse. Me encanta torturarla. ¡Alguien debía bajarle los humos a esa niñata egocéntrica! Y, cuando me aburra de mandarle mensajitos, publicaré el vídeo. Que se joda».

—La tenemos. —Sam me choca la mano—. ¡Lo hemos conseguido!

—Ostras —murmura Lila impresionada—. Jolines, cuánto te odia.

—Ya ves. —Me río. De repente, la situación me parece graciosísima. A ver, ya sé que no es para reírse, pero todo ha llegado a su fin. Tengo su confesión. Ahora viene la parte en la que le planto cara y le demuestro que conmigo no se mete nadie.

—Gabi… —dice Lila contrariada—, ¿por qué no me lo habías contado? Me habría encantado ayudarte.

—Solo lo sabía Sam —le explico—. Y me daba muchísima

vergüenza pasar dos veces por lo mismo. En Maldivas…

—En Maldivas un sinvergüenza hackeó tu móvil —me interrumpe con tono categórico—. Le podría haber pasado a cualquiera.

—Yo no soy cualquier persona —respondo abochornada—. Debería haber tenido más cuidado. En lugar de aprender de mis errores, me dejé llevar con Pol en un sitio público.

—Así que Pol y tú… —Lila se muerde el labio—. ¿Lo saben Leo y Axel?

—No.

La miro de tal forma que no hace falta que le pida que guarde silencio.

—No les diré nada. Puedes confiar en mí.

—Lo sé —respondo sin dudar—. En Maldivas me demostraste que eres una persona muy leal. Si no te lo he contado, ha sido porque me moría de vergüenza.

—¡Tú no tienes la culpa! —exclama enfurecida—. Nadie tiene derecho a violar tu intimidad. Hay que ser muy mala persona para ver un vídeo sexual en el que los protagonistas no han dado su consentimiento para que se haga público. Tan culpable es el que graba a escondidas como el que lo ve en lugar de denunciarlo. Luego nos echamos las manos a la cabeza cuando alguien se suicida porque se ha vulnerado su intimidad. Esta sociedad está podrida.

Lila se ha puesto colorada de indignación. La pobre es una pelirroja tan pálida que sus emociones siempre la traicionan. Hace una pareja maravillosa con Axel. No sé qué nos ha pasado. La quiero en mi vida. Lila debe de leerme la mente, porque pregunta apenada:

—¿De verdad crees que he pasado de ti?

—Me ha dado esa impresión. —Me rasco el brazo con incomodidad—. Ya casi nunca hablamos. Me hice a la idea de que te veías obligada a quedar conmigo porque soy la amiga de

tu novio.

—¡Qué dices! —exclama escandalizada—. Axel jamás me ha pedido que me hiciera tu amiga. Pensé que sabías que te aprecio de corazón.

—Estuviste en Sevilla y ni siquiera me avisaste para quedar —le recrimino dolida.

—Si tenías ganas de verme, ¿por qué no me lo dijiste? —Su pregunta me pilla desprevenida. La verdad es que no tengo ninguna excusa—. He estado agobiada con los exámenes del conservatorio. Ya sabes lo perfeccionista que soy. Si he estado más distanciada ha sido por los estudios, eso es todo. Respecto al viaje a Sevilla, fue idea de Axel. El pobre quería que me distrajera un poco, aunque estuve la mayor parte del tiempo encerrada en el hotel sin dejar de estudiar. Y tú tampoco me has llamado desde hace semanas, Gabi. La amistad es algo recíproco. No puedes esperar recibir si no das algo a cambio.

Sam me da un empujoncito hacia Lila y dice:

—Tiene razón.

Por estas cosas quiero a Sam. No se corta en darme un tirón de orejas cuando me lo merezco.

—Te presento a mi amiga Sam —le digo.

—Ya nos hemos conocido antes —responde Lila con una sonrisa—. Solo para que me aclare, ¿en qué punto estamos?

—En uno en el que nos damos un abrazo y prometemos llamarnos más a menudo —contesto sin dudar.

Lila y yo nos fundimos en un abrazo sincero en el que dejamos atrás el mal rollo. A partir de ahora voy a poner más de mi parte para conservar nuestra amistad. Tiene razón, debería haber tomado la iniciativa. Si quieres que los demás permanezcan a tu lado, lo mínimo es que tú también estés ahí para ellos.

Las relaciones son como una planta que se marchita si no la riegas. No es justo dejar que la otra persona haga todo el

trabajo. Si deseas que una amistad tenga futuro, debes mostrar el mismo interés que deseas recibir.

—Lamento estropearos el momento —dice Sam—, pero me muero de ganas de que pongas a Millie en su sitio.

Le doy una mano a cada una, sonrío y pregunto:

—¿Preparadas para el espectáculo?

60
Pol

Estoy hasta los huevos de que todos me digan lo que debo hacer. ¿Quiénes se creen que son para dirigir mi vida? Ni que ellos fueran perfectos. Leo también se peleó dos veces hace bastante tiempo —con un cerdo que malinterpretó la actitud de su hermana y con un par de gilipollas que insultaron a Nura— y no le recuerdo que perdió los estribos. Axel la cagó con Lila, pero ahí estuve yo para apoyarlo. Hasta hace poco tiempo, Gabi la liaba a menudo en redes sociales y los demás pagábamos el pato de su impulsividad. ¿Y ahora pretenden que me sienta culpable por haber puesto en su sitio a un periodista sin escrúpulos?

¡Venga ya! ¡Se lo merecía! ¿O tengo que poner la otra mejilla cada vez que hablen de mi familia? Mis hermanos no han elegido esta vida, y por protegerlos de los focos soy capaz de cualquier cosa. Si ese periodista se hubiera limitado a ser profesional, no habría tenido ningún problema en responder a sus preguntas.

Llevo tantas copas encima que ya he perdido la cuenta. He pasado mi límite. Lo sé, pero soy incapaz de echar el freno. Para colmo, Andrés me ha echado una buena bronca. En otro momento me habría limitado a escucharlo sin protestar, pero esta vez le he dicho que en lugar de sermonearme debería preocuparse por hacer las paces con su hija. Se ha quedado a cuadros. Me la suda.

Decido largarme porque ya no aguanto más a esta panda de hipócritas que fingen ser perfectos. ¿No se cansan de poner

buena cara? ¿De aparentar algo que no son? ¿De asentir y fabricar sonrisas falsas? Voy al guardarropa para coger mi abrigo y me tropiezo con una morena que me hace ojitos. Paso de ella, me pongo la chaqueta y me dirijo a la salida. A medio camino algo llama mi atención. Gabi está discutiendo acaloradamente con Millie Williams. No sé de qué va el tema, aunque tampoco me hace falta estar al tanto. Millie es un veneno. En el pasado acosó a Leo y ahora la tiene tomada con Gabi. Por eso me acerco a ellas con la intención de pararle los pies. Estoy a punto de intervenir cuando escucho mi nombre. Gabi no está sola. Lila y Sam la secundan, acompañadas de otra chica pelirroja que no conozco. No me han visto porque estoy escondido detrás de un pilar. Algo me dice que debo quedarme aquí hasta que averigüe por qué me han nombrado.

—¡Serás zorra! —le grita Millie a la pelirroja—. ¡Me has traicionado!

—No podía permitir que hicieras algo tan horrible —se justifica la chica—. Hay límites que no se deben cruzar. ¿Cómo te sentirías si alguien te amenazara con publicar un vídeo íntimo tuyo?

—¡Yo no sería tan tonta para montármelo con Pol a plena vista de todos! —exclama Millie furiosa—. Ella se lo ha buscado, por idiota y calentorra.

«Pero ¿qué…?».

—Déjala —le dice Gabi a la chica—. Es imposible razonar con ella. Las malas personas siempre encuentran una excusa para justificar sus actos.

Millie se ríe, pero su rostro está contraído por la rabia. Siempre me ha parecido la típica persona que si se muerde la lengua se envenena.

—¿Qué vas a hacer con esa grabación? —exige saber.

—Nada —responde Gabi con tranquilidad—. Siempre y cuando borres el vídeo. De lo contrario, llevaré la grabación de

tu confesión a la discográfica para que sepan cómo te las gastas. Y también lo filtraré a la prensa. ¿Qué crees que pensarán tus escasos seguidores? Porque los míos van a defenderme de la cantante despechada que publicó mi vídeo íntimo. Te van a llover palos por todos lados. La discográfica te rescindirá el contrato y nadie querrá volver a trabajar contigo. Puede que a mí me atormenten con el tema durante bastante tiempo, pero lo superaré. Sin embargo, tú te convertirás en la clase de persona que nadie querrá tener a su lado. Tu reputación no se sobrepondrá. Te llevaré a juicio. Las asociaciones feministas te van a machacar. Tu carrera se va a derrumbar. En el fondo, me cuesta no filtrar la grabación para que todos sepan cómo eres. De hecho, me lo voy a pensar.

—¡Borraré el vídeo! —le asegura Millie muerta de miedo. Coge su teléfono y se lo enseña a Gabi—. ¿Lo ves? Ya lo he borrado. No tengo más copias.

—No te creo —responde Gabi—. Me quedaré la grabación por si acaso. Si no me la juegas, no tienes nada que temer.

—Tengo demasiado que perder para jugártela —admite Millie con odio. Luego le lanza una mirada acusadora a la otra chica—. ¡Estarás contenta!

—Mucho —responde la pelirroja—. Eres lo peor. Me alegro de haberme dado cuenta justo a tiempo.

—Que te vaya bien con tus nuevas amiguitas —dice Millie con tono despectivo—. Que os den, pringadas.

Salgo de mi escondite en cuanto Millie se marcha. No puedo dar crédito. Gabi sabía que nos había grabado y no me lo ha dicho. ¿Cómo ha podido ocultármelo? Yo también tengo derecho a saberlo. Sin embargo, ha preferido contar con la ayuda de Lila, Sam y una desconocida. Una rabia peligrosa e incandescente me corre por las venas al tomar conciencia de lo poco que confía en mí. Por lo visto, solo le sirvo para follar. Debe de tener una opinión muy pobre de mí. Pues claro que la

tiene. Soy el drogadicto con el que se acuesta a escondidas. El amigo por el que siente lástima. El tío del que se avergüenza.

Aplaudo y las cuatro se vuelven para mirarme. La cara de Gabi es un poema al verme. Se queda pálida al instante.

—Pol…

—No digas que me lo puedes explicar —la interrumpo hecho una furia—. Lo he oído todo. Ahora entiendo por qué estabas tan rara.

—No quería…

—Yo también salgo en ese vídeo —le recrimino dolido—. ¿No crees que tenía derecho a saberlo? ¿En serio has preferido contar con Lila, Sam y… quienquiera que seas tú? —pregunto señalando a la pelirroja.

—Soy Alba —se presenta con un hilo de voz.

—Yo me acabo de enterar —interviene Lila.

—Gabi no quería preocuparte —la defiende Sam.

—Tú mejor te callas —le espeto.

—Me callaré si me da la gana —responde indignada—. ¿O me vas a pegar?

Le enseño una sonrisa que es todo dientes.

—Por favor —nos pide Gabi interponiéndose entre ambos—. Pol, vamos a hablar a solas.

—¡Ahora te apetece hablar a solas! —grito fuera de mí.

—Cálmate —me implora agobiada.

Me aparto de ella cuando intenta tocarme y la atravieso con la mirada. Yo jamás la hubiera mantenido al margen. Esa es la diferencia entre nosotros. Porque yo confío en ella y la respeto.

—No me toques.

—Vale, pero tranquilízate —me suplica. No soporto que me mire así, como si tuviera que encerrarme en una jaula para que no le haga daño a alguien. ¿De qué va? —. Si no te lo conté fue porque creí que no podrías gestionarlo.

—Diste por hecho que iba a fastidiar tu brillante plan —

respondo con ironía—. ¿Qué soy para ti, Gabi? ¿El tío con el que follas a escondidas?

—Eso no es justo —musita.

—¡Tampoco es justo que me excluyas como si fuera un idiota!

—No grites.

—¿Te avergüenzas de mí?

Gabi se lo piensa antes de responder. Sacudo la cabeza sin dar crédito y le doy una patada a la papelera. Se sobresalta y retrocede conmocionada. Miro a mi alrededor con los puños apretados. Las cuatro me observan con los ojos abiertos de par en par, como si fuera un monstruo. Me paso una mano por el pelo y respiro con dificultad. Me invade una oleada de rabia que me acelera el corazón. Comienzo a verlo todo borroso y me tiemblan las manos. Siento que voy a colapsar.

Tengo que salir de aquí. Tengo que…

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Gabi.

—Te he dicho que… no me toques —jadeo.

—¡No le hables así! —me grita Sam.

—Joder, cállate un poco, pesada.

—Vamos fuera —me pide Lila con suavidad.

—Déjame. —Me aparto de ella y levanto los brazos para que nadie se me acerque. Todo me da vueltas—. Dejadme en paz.

Huyo de la fiesta sin hacer caso a los gritos de Gabi. Salgo por la puerta trasera. El corazón me late desbocado y me falta el aire. Las emociones se agolpan en mi pecho. Es demasiado. Lo siento todo con una intensidad dolorosa. Las peleas de mis padres. Su rechazo. El sufrimiento de mis hermanos. La desaprobación de Leo. La preocupación de Axel. La sonrisa hecha trizas de Gabi.

Todo es culpa mía.

Golpeo la pared una y otra vez en un intento por desprenderme de la ira, pero lo único que consigo es que me

sangren los nudillos. La cabeza me va a explotar. Solo quiero que todo desaparezca. Que el ruido cese. Que el mundo se detenga. Que llegue la calma.

Joder. Joder. Joder.

No puedo más.

Me ahogo.

¿A quién pretendo engañar?

Me rindo.

No lo soporto.

Duele demasiado.

Me dirijo a un callejón al que prometí no volver. El móvil no para de sonar y lo estrello contra una pared. A lo lejos veo al tipo que busco. Intercambiamos una mirada. Lleva una capucha y no le veo la cara. Me pregunta qué quiero. Le pido que me dé algo, lo que sea. Cualquier cosa que me ayude a deshacerme de este sufrimiento.

Y así es como vuelvo a descender al infierno.

61
Gabi

Llevo una hora y media buscando a Pol. Tiene el móvil apagado y lo único que sé es que alguien lo vio salir de la fiesta por la puerta trasera de la discoteca. La alegría por haberle parado los pies a Millie me ha durado muy poco. Maldita sea, entiendo que se haya sentido desplazado. Una parte de mí está furiosa por haberlo mantenido al margen, pero la otra sabe que he hecho lo correcto. Solo hay que ver la reacción desmedida que tuvo con el periodista y su enfado desorbitado al enterarse de la verdad. Estoy tan preocupada por él que mi cabreo pasa a un segundo plano. Al marcharse estaba completamente fuera de sí. Conozco a Pol desde que era un niño. Nunca lo había visto así. Ahora no me puedo quitar de la cabeza su mirada derrotada, como si se hubiera dado por vencido.

Sam, Lila y Alba me ayudan a buscarlo. Le he pedido a Lila que no avise a Axel porque si todos nos vamos de la fiesta llamaremos demasiado la atención de la prensa. Alba se ha ofrecido a acompañarnos. No me opongo porque ha demostrado ser una persona de fiar.

—Nada —digo desanimada cuando nos reencontramos veinte minutos después delante de un supermercado—. Me salta el buzón de voz cada vez que lo llamo. Tal vez se haya marchado al hotel.

—Se mete algo, ¿no? —intuye Alba. Guardo silencio porque no quiero ventilar las adicciones de Pol—. Solo lo pregunto porque conozco un sitio cercano en el que te venden la primera mierda que pagues. No pretendo juzgarlo, yo también tengo

mucho que callar.

—Deberíamos ir —sugiere Sam. Al notar mi reticencia, dice —: Alba y yo podemos ir solas. Tú puedes esperarnos aquí con Lila.

Suspiro con pesar. Ojalá Alba se equivoque.

—No pienso quedarme aquí —decido.

—Ni yo tampoco —añade Lila—. No voy a dejar tirado a mi amigo.

El callejón al que nos conduce Alba está oscuro y apesta a orín. Arrugo la nariz y aferro con fuerza la mano de Sam. Ella me devuelve el apretón para tranquilizarme. El corazón me tamborilea en el pecho. Lila me coge la otra mano y me mira de reojo. A las dos nos sudan las palmas. Ambas tenemos miedo de encontrar a Pol en este sitio. Alba enciende la linterna de su móvil y alumbra el callejón.

—Aquí no está —dice Lila aliviada.

—Estará en el hotel —supone Sam.

Estoy a punto de pedirles que nos vayamos al hotel justo cuando veo algo que me llama la atención. Una zapatilla negra asoma detrás de un contenedor de basura. Reconozco su bota Dr. Martens. Se me escapa un grito, suelto las manos de Lila y Sam y corro hasta él. Descubro a Pol tirado en el suelo. Tiene la mirada vacía y está pálido. Me quedo paralizada por la conmoción. Por un segundo creo que está muerto, hasta que se le escapa un gemido y vuelvo a respirar.

—Pol… —susurro con la voz rota. Lo zarandeo para que reaccione—. Pol, por favor.

Lila rompe a llorar al verlo y Alba intenta consolarla. Sam me dice algo, pero no le presto atención. Solo tengo ojos para el chico que se quiere tan poco que ha acabado puesto de algo y tirado en un callejón de mala muerte. Le grito que se levante. Que no puede hacerme esto. Que no puede hacerse esto a sí mismo. Pol mueve la cabeza y cierra los ojos como si fuera

incapaz de permanecer despierto. Alba dice que está casi segura de que se ha metido ketamina. No tengo ni puñetera idea de lo que es, pero estoy alterada y solo quiero sacarlo de este lugar asqueroso y traer de vuelta al chico de la sonrisa ladeada que siempre me provoca. Por eso le doy una bofetada. Pol emite un gruñido de protesta. Entierro la cabeza en su pecho, le pido que no vuelva a hacer algo así y lloro desconsolada.

—Lo siento —logra murmurar con voz débil.

—Todo va a estar bien —le prometo sollozando—. Cuidaré de ti.

Sam quiere contárselo a los demás y tenemos una pequeña discusión al respecto. Al final se rinde y se marcha con Alba a llamar a un taxi. Lila se queda conmigo y le acaricia el pelo a Pol con cariño mientras yo le aprieto la mano y lo miro con los ojos vidriosos. El taxi llega al cabo de quince minutos. No sé cómo han conseguido convencer al taxista de que entre en el callejón, pero se lo agradezco en el alma. Entre las cuatro nos las apañamos para levantar a Pol y meterlo dentro del coche. Solo hay sitio para tres de nosotras, por lo que Sam decide quedarse con Alba y buscar otro taxi.

—Gracias —le digo a Alba.

—He estado en su lugar —dice muy afectada, como si el fantasma de la adicción siguiera persiguiéndola—. Va a necesitar mucha ayuda.

—Lo sé.

—Es imposible que lo sepas —responde apenada—. Para ganar hay que saber escoger bien las batallas. Yo estuve a punto de arrastrar conmigo a la persona que más amaba y jamás me lo perdonaré.

—¿Quieres decir que debo abandonarlo? —pregunto estupefacta.

—Como exadicta que todavía se está rehabilitando te pediría

que lo ayudes. Es imposible que lo supere solo. Va a necesitar todo el apoyo posible. Pero sé lo mucho que le importas a Sam —dice en voz baja. Sam y Lila están abrochándole el cinturón a Pol y no se enteran de nuestra conversación—. Por eso te aconsejo que te alejes de él si no quieres perderte a ti misma por el camino.

Quiero gritarle que no me conoce en absoluto. Estoy enamorada de Pol. Es mi amigo. Jamás lo abandonaría a su suerte en su peor momento. Sin embargo, acabo de vivir la noche más dura de mi vida. No tengo ganas ni fuerzas de iniciar otra discusión. Solo quiero cuidar de Pol. Por eso me limito a subir al taxi. Aferro la mano de Pol, apoyo la cabeza en la ventanilla y cierro los ojos en un intento por disimular que estoy completamente muerta de miedo.

Metemos a Pol en la ducha con la ropa puesta y hacemos caso omiso de sus protestas. El agua fría lo espabila, así que les pido a las chicas que nos dejen solos. Pol aparta la mirada cuando sus ojos se encuentran con los míos. Le pongo una mano en la mejilla y cierra los ojos, no sé si porque está avergonzado o es incapaz de permanecer despierto. No es momento de echarle la bronca. Solo soy un ser humano que cuida de otro.

—Lo siento —dice con la voz rota.

Una lágrima resbala por su mejilla. Le doy besos por todo el rostro y se abraza a mí con una desesperación que me destroza. Murmura una y otra vez que lo perdone. Que siente que lo vea así. Que debería dejarlo solo. Y yo le repito que no voy a ir a ningún lado hasta que deja de disculparse. Comienza a tiritar, por lo que lo desvisto con delicadeza y luego lo ayudo a llegar hasta la cama. Se desploma en el colchón con un sonoro suspiro.

—Lo siento —repite abochornado.

—Shhh. —Le aparto el pelo de la cara con ternura.

—No deberías haberme visto así… —Se tumba de lado y entrelaza su mano con la mía—. Ahora no podrás volver a mirarme de la misma forma.

Observo a este chico roto, vulnerable y asustado. Sonrío con debilidad mientras le acaricio el pelo y las lágrimas inundan mis ojos.

—Estoy enamorada de ti —digo mientras me derrumbo—. No hay nada que puedas hacer al respecto. Absolutamente nada para cambiarlo.

No sé si es el momento perfecto para confesárselo. No creo que haya uno idóneo para abrirle tu corazón a otra persona.

Pol me mira. Solo me mira. Con esos ojos oscuros repletos de tanto sufrimiento que sé que no podría corresponder a mis sentimientos aunque quisiera. Abre la boca, pero no dice nada.

—Calla. —Le pongo un dedo en los labios—. Intenta descansar.

—Gabriella… —pronuncia mi nombre como si el peso de mi amor fuera demasiado para él—. Joder, Gabriella…

Apoyo mis labios en su frente. Al acercarme a él percibo de nuevo cómo tiembla. Me destroza verlo así. Me destruye no saber qué puedo hacer para ayudarlo. Y entonces tomo la decisión más dolorosa. Una que hasta hace unos segundos jamás creí que sería capaz de adoptar. La única que puede salvarlo.

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

El chico malo de Yūgen la lía de nuevo

En la fiesta de presentación del nuevo *single* de Yūgen, Pol tuvo un fuerte encontronazo con un periodista que le hizo algunas preguntas incómodas sobre su vida privada. La cara de Gabi Luna, con quien se besa apasionadamente en el videoclip, era todo un poema. ¡Y no es para menos! ¿Acabamos de descubrir la verdadera personalidad del chico de la sonrisa eterna? Sus compañeros deberían recordarle que la prensa solo hace su trabajo. Es una pena que Pol tuviera semejante reacción, pues el lanzamiento de la nueva canción del grupo ha quedado eclipsado por su mala uva.

¿Será el mal carácter del batería la razón por la que se ha distanciado de su familia?

Para salir de dudas decidimos preguntárselo al mismísimo Jordi Casals, el padre del artista. Casals se mostró bastante molesto al encontrarse con nuestro reportero a la salida de su bufete. Por lo visto, la «simpatía» con la prensa es cosa de familia. Le pidió a nuestro compañero que lo dejara en paz amparándose en su derecho a la intimidad, pero antes de subirse a su lujoso coche dijo: «Esa persona por la que me preguntas no es mi hijo». Unas declaraciones durísimas y que, a pesar de lo sucedido la otra noche, nos hacen compadecernos de Pol. ¿Cómo se tomará el batería las palabras de su padre? Si yo fuera él, estaría muy enfadado…

62
Gabi

Axel y Leo me observan expectantes. No me extraña, pues los he citado en mi habitación sin darles ninguna explicación. Solo les he dicho que era muy urgente y se han plantado aquí en menos de diez minutos. Pensé que tardarían un poco más. Al menos el tiempo suficiente para que yo estudiara bien mi discurso. Ahora las palabras se atascan en mi garganta.

—¿Qué pasa, Gabi? —pregunta Leo impaciente—. Nos tienes en ascuas.

—Se trata de Pol, ¿no? —intuye Axel—. Tu padre está trabajando en un comunicado con el equipo de prensa. Pol se pasó tres pueblos. Todos sabemos que los periodistas pueden ser muy invasivos, pero si vas a defenderlo…

—No —lo interrumpo con firmeza—. No voy a justificar su comportamiento. Se os olvida que yo estaba a su lado cuando casi llega a las manos con aquel periodista.

—¿Entonces? —inquiere Leo sin entender.

Aprieto los labios. Me molesta que me vean como la chica débil que está tan colgada por Pol que lo disculparía, hiciera lo que hiciera. Sin embargo, una cosa es que lo apoye y otra que mi amor me ciegue.

—No era él —digo, y suelto un suspiro—. El chico malhumorado que está a la defensiva y busca pelea a cada momento para descargar su rabia con cualquiera no es nuestro amigo. Pol tiene un gran sentido del humor, es cariñoso y generoso. Tenemos que traerlo de vuelta sea como sea. O de lo contrario…

Se me quiebra la voz y soy incapaz de terminar la frase. Tampoco hace falta. Me han entendido. Axel me envuelve con sus brazos y entiendo lo que quiere decirme. Todos estamos preocupados por Pol y cada uno de nosotros lo manifiesta a su modo. El dolor tiene múltiples capas y el hecho de que lo exterioricemos de una u otra forma no significa que sea más o menos intenso, sino que cada persona tiene un mecanismo de defensa que le ayuda a sobrellevarlo.

Les cuento lo sucedido la noche anterior y lo mucho que me asusté cuando encontré a Pol tirado en aquel callejón. Mi hermano me recrimina que debería haberlos avisado. Tal vez tenga razón, pero actué lo mejor que pude dadas las circunstancias.

—No sé cómo ayudarlo —admite Leo apesadumbrado. En este momento comprendo que sus continuas peleas con Pol son fruto de la desesperación que siente por ver cómo nuestro amigo se pierde—. No quiere escucharnos.

—No podemos dejar de intentarlo —dice Axel—. Las veces que haga falta. Tal vez podríamos hablar con Iris.

—Vamos a darle un ultimátum —declaro con tanta vehemencia que me miran con los ojos abiertos de par en par —. Se acabaron las charlas amables.

—¿A qué te refieres con darle un ultimátum? —pregunta mi hermano.

—A darle un último plazo para que deje esa mierda que se mete —respondo sin vacilar—. Si quiere destrozarse la vida, no vamos a mirar para otro lado.

—Se va a cabrear —dice Axel—. No creo que debamos presionarlo.

—¿Y qué hacemos? —replico—. ¿Fingimos que todo va de maravilla? ¿Actuamos como si no supiéramos que un día de estos podría morir de una sobredosis? Los problemas no desaparecen por que los ocultes debajo de la alfombra, sino que

se hacen cada día más grandes hasta que ya no tienen solución. No pienso dar por perdido a Pol sin haberlo intentado todo. ¿Estáis conmigo?

—Un ultimátum —repite Leo, tan poco convencido como Axel—. Si tomamos esa decisión, tenemos que ir todos a una. No podemos vacilar ni echarnos atrás o, de lo contrario, empezaremos a pelearnos entre nosotros.

—No quiero que el grupo se rompa —murmura Axel angustiado—. Ya sabéis que sois mi familia.

—¡Eh! —Le toco el brazo—. El grupo no va a romperse. Leo tiene razón. Vamos a remar todos en la misma dirección, incluso si eso implica que Pol nos retire la palabra. —Miro a mi hermano y sonrío con debilidad—. ¿Te acuerdas de lo que nos dijiste en nuestro primer concierto? Estábamos nerviosos y muertos de miedo, pero tú nos aseguraste que mientras nos tuviéramos los unos a los otros todo saldría bien porque juntos éramos invencibles.

Leo me atrae hacia él para darme un beso en la frente.

—Cuánto has crecido, peque —dice orgulloso—. Vale, ¿cuál es el plan?

Esta vez no vacilo al explicárselo. Aunque ha sido una decisión muy difícil de tomar, me siento inesperadamente mejor al contar con su apoyo. Ahora solo me queda cruzar los dedos y rezar para que Pol no nos mande a la mierda.

Hemos acordado hablar con Pol mañana por la mañana, cuando todos estemos más calmados. Leo se va a encargar de decírselo a mi padre, que a su vez tendrá que convencer a la discográfica para aplazar la gira. Sé que van a tomárselo fatal, aunque si hay alguien que pueda razonar con ellos es nuestro mánager. Y, ahora que lo menciono, nos tropezamos en la entrada del hotel cuando regresaba de darle un paseo a Percy.

Por un instante estoy tentada de cruzar la puerta sin saludarlo, pero los acontecimientos de anoche me han dejado tan exhausta que no me apetece fingir que no me duele haberme peleado con él.

—Hola, cariño —me saluda apenado.

—Hola, papá.

—¿Qué tal va todo? —se interesa.

Es la conversación más larga que hemos tenido desde que me fui de casa. Desde entonces se ha limitado a dejarme mi espacio. Me molesta que no haya intentado darme una explicación, aunque en este momento no puedo gestionar la charla que tenemos pendiente.

—Mal —admito—. ¿Leo ha hablado contigo?

—No te preocupes por eso —me tranquiliza—. Mañana tengo una reunión con el coordinador de la gira de conciertos. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

—Ya, se te da bien convencer a la gente. —No he pretendido lanzarle una indirecta, así que añado—: No iba con segundas.

—Soy tu padre, Gabriella. Sé muy bien cuándo quieres decirme algo. —Le resta importancia—. ¿Qué tal la convivencia con Sam?

—Genial. Vivir con ella es muy fácil.

—Me gusta que seáis amigas —dice con sinceridad—, pero las puertas de casa siempre estarán abiertas si decides volver.

—Papá, ahora no —le pido con la mandíbula apretada—. Hemos tenido mucho tiempo para hablar de mamá, pero en este momento no puedo…

Los ojos se me llenan de lágrimas y me muerdo el labio. Genial, lo que faltaba. No puedo permitirme el lujo de derrumbarme justo ahora. Debo ser fuerte. Mañana será un día muy duro. Por eso abro mucho los ojos para contener las lágrimas mientras mi padre me observa resignado.

—Sabes que casi nunca me meto en tu vida —dice con tacto

—. No quiero ser el típico padre que critica las elecciones de su hija. Eres mayor de edad y tienes derecho a equivocarte, pero…

—Ya sé lo que vas a decir —lo corto con aspereza—. No hace falta, ahórratelo. Todos me dicen lo mismo una y otra vez.

—¿Qué se supone que voy a decirte? —pregunta con suavidad.

Pongo los ojos en blanco.

—Que me aleje de Pol.

—Gabriella… —No me da tiempo a retroceder cuando me pone una mano en la mejilla. Entonces me doy cuenta de que lo he echado mucho de menos. La ira me impedía admitir la falta que me hace—. Qué poco me conoces, hija.

Frunzo el ceño. Mi padre deja caer la mano y entra en el hotel. No sé a qué ha venido eso. Ahora me muero de curiosidad por saber lo que iba a decirme, pero soy demasiado orgullosa para ir detrás de él y preguntárselo. En su lugar, me dirijo a mi habitación para encontrarme con Sam, que está tumbada bocabajo en la alfombra escribiendo algo en una libreta. Conozco esa cara de concentración. Es la que pone mientras trabaja en la letra de alguna canción.

—¡Ey! —exclama al verme.

La sonrisa amplia de Sam siempre consigue levantarme el ánimo. Es tan genuina y sincera que resulta muy contagiosa. No obstante, hoy lo último que me nace es sonreír.

—¿Te apetece hacer algo? —propongo.

Me agacho para quitarle la correa a Percy, que corre a tumbarse encima de la espalda de Sam. Ella le hace cosquillas y le dice que es un sinvergüenza.

—Define «algo» —dice después de jugar con Percy.

—Cualquier cosa. —Me mira con las cejas enarcadas y añado —: Necesito distraerme. Llevo un día muy complicado.

—Vale. —Sam se pone de pie y me mira como si tuviera la

solución a todos mis problemas—. Conozco un sitio que te va a molar.

—¿Podemos ir a un lugar tranquilo donde no haya mucha gente?

Hoy no tengo cuerpo para hacerme fotos con nadie.

—Solo vamos a estar nosotras.

La miro extrañada. ¿A qué sitio va a llevarme en el que solo estemos nosotras? Si viene de Sam, que siempre tiene una respuesta para animarme, me puedo esperar cualquier cosa.

63
Gabi

Me quedo observando la fachada negra y el cartel azul eléctrico. Es la primera vez que vengo a un sitio como este. He oído hablar de los *escape room,* pero no me llaman la atención. A mi lado, Sam está como una niña que acaba de aterrizar en Disneyland.

—¿A esto te referías cuando dijiste que íbamos a estar las dos solas? —pregunto nerviosa.

—Sin contar a los trabajadores, pero son muy profesionales y se meten en su papel. Unos amigos estuvieron aquí y me lo recomendaron. Dicen que es una pasada.

—Genial —digo con desgana.

—Oye —me da un golpecito en el hombro—, ya verás como lo pasamos bien. Te vendrá genial para evadirte.

—No sé —respondo indecisa—. Soy muy torpe. Se me dan fatal los acertijos. Por no hablar de que soy malísima en mates. Si tengo que resolver una ecuación o algo por el estilo, vamos a estar encerradas hasta la eternidad.

—Venga —me agarra de la mano para arrastrarme a la entrada—, no es un examen. No tenemos nada que demostrar. Solo es un juego.

—Vale, vale. —Me rindo. Me ha traído aquí para animarme. Lo mínimo que puedo hacer por ella es entrar y fingir que me divierto.

Sam ha reservado la sala para nosotras, por lo que no nos cruzamos con otros clientes. Una trabajadora nos explica las normas y luego nos lleva a un vestíbulo en el que nos pide que

esperemos y se despide de nosotras guiñándonos un ojo. Al cabo de unos minutos, aparece un mayordomo que nos hace una reverencia.

—Señoras, bienvenidas a la mansión Bradford —dice con marcado acento británico—. El anfitrión las recibirá enseguida.

Abre la puerta y se hace a un lado para que entremos. Sam es la primera en pasar y la sigo como un pollito que va detrás de su madre. La verdad es que la situación me impone bastante. La puerta se cierra con un sonoro portazo y nos sobresaltamos. La habitación está en penumbra, alumbrada por unos ornamentados candelabros de plata. He de reconocer que la ambientación está muy lograda. La decoración es de estilo victoriano y me traslada de lleno a un cuento de Edgar Allan Poe. Hay un sofá orejero de cuero junto a una librería, una alfombra roja en el centro de la estancia y encima de ella un aparador con un periódico, un pequeño espejo y una radio antigua.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunto muy bajito.

—Ni idea, ha dicho que el anfitrión nos recibiría.

No soy de las que se quedan esperando, así que doy una vuelta por la habitación para echar un vistazo. Ojeo los lomos de los libros y luego me acerco al aparador.

—Mira —digo. El periódico está desplegado para que lo leamos. En la portada aparece la foto de una mujer con una belleza clásica al estilo de Ava Gardner. Comienzo a leer en voz alta.

La misteriosa desaparición de la condesa Bradford

Se han cumplido cinco meses de la desaparición de la condesa Bradford, que fue vista por última vez paseando por el acantilado que está en las inmediaciones de su mansión. Lady Katherine Bradford se casó dos semanas antes con Richard Parker, un profesor de literatura

del que se enamoró perdidamente en una fiesta. Ahora su viudo es el heredero de toda su fortuna. Según lady Susan Evans, la mejor amiga de la condesa, su viudo estaría detrás de la extraña desaparición de lady Katherine…

—Parece que ya sabemos cuál es el misterio —dice Sam emocionada.

—¡Bienvenidas! —ruge una voz grave.

Sam y yo nos cogemos de la mano. Miramos a nuestro alrededor para descubrir de dónde viene la voz, hasta que comprendemos que nos ha hablado a través de la radio. Nos reímos porque nos hemos llevado un buen susto.

—¡Silencio! —brama la voz—. Señorita Samantha, señorita Gabriella, las he hecho llamar porque me han recomendado sus servicios. Ha llegado a mis oídos que ustedes son las detectives más reputadas del país. Soy Richard Parker, marido de lady Katherine. Y las he contratado para que descubran qué le sucedió a mi amada esposa.

—Somos detectives, qué guay —musita Sam, que se ha metido por completo en el papel.

—Seis días después de su desaparición, recibí una nota anónima —continúa Richard Parker—. La encontrarán debajo del periódico. Ustedes son mi última esperanza para hacer justicia.

La comunicación se corta de forma abrupta. Sam levanta el periódico y en ese momento se enciende un cronómetro en la pared de enfrente. La cuenta atrás marca diez minutos.

—¡Tenemos que darnos prisa! —exclamo agobiada.

—No lo entiendo —dice Sam contrariada.

Me tiende la nota para que la lea, pero me resulta imposible porque es ilegible.

tixE .ogima nu ,etnematnetA .eidan ed seíf et oN .ecerap euq ol se

adaN

Miro a mi alrededor sin entender nada, hasta que reparo en el espejo que hay junto a la radio.

—¡Escritura especular! ¡Lo vi en una serie! —exclamo entusiasmada. Pongo la nota de cara al espejo:

Nada es lo que parece. No te fíes de nadie. Atentamente, un amigo. Exit.

—Sigo sin entender nada…

—¡Se les acaba el tiempo, señoritas! —exclama Richard.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Sam descolocada.

—Creo que deberíamos echar un vistazo —sugiero tan desconcertada como ella.

Sam se pone a inspeccionar un extremo de la habitación y yo voy al lado opuesto. Observo los objetos que hay en la librería: fotos antiguas, libros, joyas… No encuentro nada que pueda servirnos. Enciendo la linterna del móvil para ver mejor y descubro una llave oculta entre dos libros. Es evidente que debe de significar algo, pues estamos en un *escape room*.

—¡Aquí hay una llave!

—¡Y esta puerta tiene candado!

Cojo la llave y voy a reunirme con Sam. El candado tiene una combinación de cuatro números, por lo que la llave no sirve para abrirlo. La cuenta atrás sigue su curso. El tiempo se acaba y me sudan las manos. Puede que no me molara la idea del *escape room,* pero ya que estamos aquí no pienso quedarme en la primera prueba.

—¿De dónde sacamos los números?

—Quizá he pasado algo por alto al revisar la librería —respondo indecisa.

Volvemos y la inspeccionamos al milímetro, pero no

encontramos ninguna clave numérica que nos sirva para abrir el candado. Nos miramos contrariadas. Soy muy competitiva. Me da rabia fallar en la primera prueba. Por eso me estrujo el cerebro para hallar una solución.

—Volvamos a leer la nota —propongo—. «Nada es lo que parece. No te fíes de nadie. Atentamente, un amigo. Exit».

—¡Exit! —Sam se da una palmada en la frente—. No es una palabra al azar.

—Tienes razón. Está ahí por algo.

—Exit…

—Cuatro letras —digo pensativa—. Y la combinación del candado es de cuatro números. ¡Ya lo tengo!

—¿El qué? —pregunta sin entender.

—En el teclado del móvil se asignan letras a cada número. —Saco mi móvil del bolsillo y compruebo el teclado numérico—. La E sería el número 3. La X, el número 9. La I, el 4. Y la T, el 8.

—Tres, nueve, cuatro, ocho. —Sam pone la combinación y suelta un grito de júbilo cuando el candado se abre—. ¡Eres increíble, Gabi!

Accedemos a la siguiente sala y me guardo la llave en el bolsillo. Supongo que nos hará falta para otra prueba.

—¿Cómo se te ha ocurrido lo de los números del teléfono? —pregunta impresionada.

—De pequeños Leo y yo jugábamos a enviarnos mensajes encriptados. Nos enseñó mi padre —digo con una punzada de añoranza.

—Y decías que tenías miedo de jugar al *escape room*…

Estoy a punto de decirle que ni yo me creo la suerte que he tenido cuando la voz de Richard nos interrumpe.

—¡Enhorabuena, señoritas! —exclama complacido—. Pero no cantéis victoria tan pronto. El siguiente acertijo os espera…

—Richard podría ser un poco más alegre —comenta Sam.

—Déjalo, el pobre ha perdido a su mujer y lo acusan de ser el culpable.

—En la mayoría de los casos suele ser el marido —dice muy metida en su papel.

—En este no —respondo convencida—. Sería demasiado evidente.

—Lo que tú digas, Sherlock.

—Hazme caso, Watson. —Le guiño un ojo.

Esta habitación es una sala de estar con una chimenea, un par de sillones de cuero dispuestos frente al fuego y un enorme cuadro encima de la chimenea. Es un retrato a carboncillo de lady Katherine. No hay nada más, por lo que nos acercamos a inspeccionar el cuadro. Sam lo registra de arriba abajo alumbrándolo con la linterna del móvil. Pone tal cara de concentración que tengo que aguantarme la risa.

—¿Qué? —replica ofendida.

—Estás muy mona metida en tu papel de detective, Watson.

Se aparta el pelo de la cara con ademán de diva, lo que me hace mucha gracia porque no le pega nada. Luego vuelve a concentrarse en el cuadro. Lo examina con tal atención que parece sacada de una película de detectives.

—Aquí hay algo. —Presiona el botón que está oculto en la filigrana del marco del cuadro y este se abre para mostrar una caja de seguridad—. Pues ya sabemos para qué sirve la llave.

Introduzco la llave en la cerradura y cojo el sobre. Dentro hay dos fotografías y una nota. En la primera foto aparece lady Katherine mirando con complicidad a un apuesto hombre que supongo que debe de ser su marido, y en la segunda se ve al mismo hombre abrazado a otra mujer muy bella, aunque no tanto como lady Katherine.

—¿Qué decías de Richard? —replica Sam con tono satisfecho.

—No vendas la piel del oso antes de cazarla —respondo en

mis trece—. Todavía no sabemos quién es la otra mujer.

—Su amante —dice convencida.

—O su hermana, vete a saber. —Sam pone los ojos en blanco. Leo la nota que había en el sobre—: «Si no me pagas diez mil libras, le contaré a todo el mundo tu secreto».

—¡Su secreto! —Le da un golpecito al rostro de la mujer y chasquea la lengua—. Hombres…

La puerta que tenemos enfrente se abre de par en par y nos pilla tan desprevenidas que pegamos un grito. El mayordomo nos dedica una inclinación de cabeza y se hace a un lado para que entremos en la siguiente sala. Intento no mirarlo a los ojos cuando paso por su lado. Uf, ya sé que es un actor, pero estoy tan emocionada con descubrir qué le sucedió a lady Katherine que empiezo a creerme todo el rollo de la ambientación de la mansión victoriana.

—Señoritas, en un momento les traigo un refrigerio —dice el mayordomo—. Por favor, pónganse cómodas.

Sam y yo obedecemos como dos corderitos y nos sentamos a la mesa. Estamos en el comedor, tenuemente alumbrado por un candelabro en el centro de la mesa. Las paredes están repletas de cuadros de lady Katherine y su marido, que es el mismo hombre que aparece en las fotografías que había en el sobre. Lo sé porque debajo de un retrato suyo hay una placa que dice: «Sir Richard Parker».

—¡La bebida!

Sam pega un grito cuando el mayordomo se planta a su lado y le entrega una copa con un líquido rojo. Me aguanto la risa. Madre mía, qué sigiloso. Después de servir las bebidas se marcha con la misma discreción con la que ha entrado. Entonces me parto de risa.

—¿De dónde ha salido? —se queja.

—Ni idea. Yo tampoco lo he visto venir.

—¿Vino? —Levanta su copa y la observa con recelo—. No

tiene buena pinta.

—¿Crees que van a envenenarnos?

—Vete a saber. Compré las entradas por internet con un cupón del 50 por ciento de descuento. A lo mejor quieren asesinarnos por ser unas tacañas —dice muy seria.

—¡Ella es la que paga! —grito para que nos oigan, y Sam me pega una patada por debajo de la mesa. Levanto mi copa para brindar—. Salud, Watson.

—De algo hay que morir, Sherlock.

—¡Mmm! —digo al darle un sorbo—. Sabe a cereza.

Después de comprobar que no he muerto envenenada, Sam se bebe su copa.

—Hay una nota. —Mete la mano y coge un papel plastificado —. «Si quieres descubrir al culpable, primero tienes que resolver este acertijo: “Dos abanicos que no paran en todo el día, pero cuando duermes se quedan quietos”».

—Las pestañas —decimos a la vez.

Sam deja la nota en la mesa y se cruza de brazos.

—¿Y ahora qué?

—Ni idea. —Me pongo de pie para ojear la habitación y Sam me sigue. Hay un montón de cuadros, así que cada una elige una pared—. A ver, ya sé que lady Katherine tiene unos ojos preciosos, pero sigo sin pillarlo.

—Se nos ha debido de pasar algo por alto.

Regreso a la mesa para echarle un vistazo. Es el único objeto que no hemos inspeccionado. Después de comprobar que no hay nada encima, me agacho para meterme debajo y gateo hasta que encuentro una linterna pegada con cinta americana a la pata de la mesa.

—Es una linterna de luz láser —digo al encenderla.

—Prueba con los cuadros —sugiere Sam.

Los alumbro de uno en uno, pero el tiempo del cronómetro está a punto de acabar y no me va a dar tiempo a comprobarlos

todos, así que busco un cuadro en el que los ojos sean los protagonistas. Se trata del más pequeño, que pasa desapercibido entre los otros de mayor tamaño. Es una imagen de unos enormes ojos negros enmarcados por unas tupidas pestañas. Al iluminar el cuadro con la luz azul, la imagen se convierte en un número quince. Entonces el cronómetro se para y otra puerta se abre.

Entramos en un dormitorio en cuyo centro hay una enorme cama con dosel, dos mesitas de noche a cada lado y en el extremo opuesto un armario junto a una butaca. El cronómetro vuelve a ponerse en marcha y Sam y yo nos damos prisa en buscar el número quince. Tardamos casi cinco minutos porque está muy bien escondido en la parte trasera de una cajita de música que hay en una de las mesitas de noche.

—El número quince era el número de la suerte de mi amada Katherine —dice Richard con tono nostálgico—. Mi pobre esposa desapareció un 15 de noviembre, pero su recuerdo sigue en todas partes. En su ropa, en sus joyas, en su perfume…

—¡El armario! —Corremos hasta el armario y lo abrimos de par en par. Está repleto de vestidos elegantes—. Ha dicho que el número quince está por todas partes. No puede ser una frase al azar.

Cuento las perchas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Hay treinta vestidos, por lo que escojo el decimoquinto, que es un precioso vestido de fiesta de satén verde.

—La última vez que vi a Katherine llevaba ese vestido —dice Richard con tono melancólico—. Estaba preciosa.

Cuelgo el vestido del pomo de la percha y nos ponemos a examinarlo. Sam encuentra un bolsillo oculto en el dobladillo de la falda. Dentro hay un colgante con un camafeo. Al abrirlo aparece el retrato de la misma mujer que está con Richard en una de las fotografías que descubrimos en la otra habitación.

Hay un grabado debajo de la foto: «Para que siempre me recuerdes, Susan».

—¿Lady Susan no era la prima de Katherine, la misma que dijo que el culpable de la desaparición de Katherine era Richard? —pregunta Sam.

—Sí —respondo al recordar la portada del periódico—. No lo entiendo. ¿Por qué tiene lady Katherine un colgante con la foto de su prima oculto en su vestido? La foto que vimos daba a entender que estaba liada con su marido.

—Tenemos que buscar más.

Sam revuelve en el armario mientras yo me dedico a abrir los cajones de las mesitas de noche. En la primera no encuentro nada, pero en la segunda hay un diario con el número quince escrito en la portada.

—¡Ven, corre! —grito emocionada—. Me parece que acabo de encontrar el diario de lady Katherine.

Abro el cuaderno y me aclaro la voz antes de comenzar a leer.

12 de julio de 1902

Querido diario:

No puedo soportar más la agonía de ocultar mis sentimientos. Cada vez que me toca o me sonríe mi corazón se acelera. Sé que nuestra relación jamás estará bien vista, pero soy incapaz de controlarme cuando la tengo cerca. Susan es mi amiga, pero también la mujer de la que me he enamorado perdidamente.

KATHERINE

—¡Ostras! —exclama Sam impresionada—. Menudo giro de los acontecimientos. No me lo esperaba.

—Ni yo —admito superintrigada antes de proseguir con la siguiente entrada del diario.

3 de agosto de 1902

Querido diario:

Hoy Susan me ha presentado a su fiel amigo Richard. Se conocieron en la universidad. Ambos tienen pasión por la literatura. Me ha parecido un hombre educado, amable y comprensivo. He visto cómo me miraba. Me gustaría corresponder a sus sentimientos porque entonces todo sería más fácil…

KATHERINE

—Esto se pone interesante —dice Sam—. Sigue leyendo.

7 de septiembre de 1902

Querido diario:

Susan y yo nos hemos besado. Ha sido maravilloso… hasta que han estado a punto de descubrirnos. Sé lo que nos sucedería si nuestra relación saliera a la luz. No puedo permitir que le hagan daño. Debo alejarme de ella…

KATHERINE

—Pobrecitas —las compadezco.

—¡Corre, lee! —me ordena—. Se nos acaba el tiempo.

9 de octubre de 1902

Querido diario:

Richard me ha pedido que me case con él. Nunca podré amarlo, pero es un buen hombre. Le he dicho que sí. Susan se ha puesto furiosa. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Aunque ella no me crea, he aceptado casarme con Richard porque quiero protegerla.

KATHERINE

—Ya solo queda una página —digo nerviosa.

14 de noviembre de 1902

Querido diario:

Soy profundamente débil. Mi marido me quiere con locura, aunque soy incapaz de corresponder a sus sentimientos. Odio engañarlo, pero, cada vez que Susan viene de visita, acabo rindiéndome a la pasión.

Sé que estamos jugando con fuego. Nos han descubierto. Hace una semana empecé a recibir amenazas anónimas. Alguien conoce mi secreto y se dedica a chantajearme. No puedo contárselo a Susan, se preocuparía y decidiría tomar cartas en el asunto. Siempre ha sido una mujer muy valiente. Mañana he quedado con la persona que me chantajea para pagarle diez mil libras. Ojalá el dinero compre su silencio…

KATHERINE

—Richard ha dicho que lady Katherine desapareció el 15 de noviembre, así que esta entrada en el diario la escribió el día antes. La persona que la chantajeaba fue la culpable de su desaparición —reflexiona Sam.

El cronómetro está a punto de llegar a cero. Miro desesperada alrededor de la habitación en busca de una pista final. Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos. Uf, necesito saber quién es la persona que chantajea a lady Katherine. Ahora me muero de curiosidad. Sam y yo buscamos

por el dormitorio cualquier detalle que se nos haya pasado por alto. Suena una alarma cuando la cuenta atrás marca diez segundos. Estoy a punto de tirarme de los pelos de la impotencia, hasta que me percato de un espejo que está un poco inclinado. En una esquina del marco hay oculto un diminuto número quince.

—¡Aquí estás! —exclamo eufórica.

Descuelgo el espejo y descubro una ventana que da a otro dormitorio más austero que donde nos encontramos. En la habitación está el mayordomo haciendo una llamada desde un teléfono muy antiguo. Sam corre a mi lado y se tapa la boca para no gritar.

—¿Ese no es…? —Deja la frase en el aire cuando el mayordomo comienza a hablar por teléfono.

—¡Maldita lady Katherine! —brama enfurecido—. Solo tenía que pagarme para que mantuviera la boca cerrada. Por desgracia, cuando nos encontramos en el acantilado y descubrió que era yo quien la chantajeaba, se puso hecha una furia y nos enzarzamos en una pelea. Te juro, querida Lottie, que no pretendía hacerle daño. No pude hacer nada cuando se cayó al mar. Y con ella se fueron las diez mil libras que había en aquel maletín. ¿Qué va a ser de mí ahora? ¡No puedo soportar al amargado de Richard! Si él supiera que lady Katherine jamás estuvo enamorada de él…

—Nada es lo que parece, no te fíes de nadie —rememoro la primera pista.

—¡Te pillamos! —exclama Sam eufórica.

El mayordomo se da la vuelta, se lleva la mano al pecho y se desmaya. La puerta que nos libera del *escape room* se abre y una voz femenina anuncia: «¡Enhorabuena, habéis descubierto la verdad!». Sam y yo nos abrazamos y saltamos como si nos hubiera tocado la lotería. Vuelvo a la realidad, pero esta vez lo hago feliz y refugiada en ese olor a coco que tanto me gusta.

—¡Eres un genio! —me felicita.

—Tú sí que eres genial —le aseguro.

Y hay algo en su sonrisa, en la forma en la que sus comisuras se elevan, que me llega muy dentro. Que provoca que todo lo malo que ha sucedido en los últimos días se evapore de golpe y es suplantado por una sensación muy agradable. Observo embobada su boca carnosa y me pregunto cómo sería besarla. De repente, un hambre voraz se apodera de mí y un intenso calor conquista mis mejillas. Estoy tan conmocionada por ese nuevo descubrimiento sobre mí misma que salgo del *escape room* a toda prisa. Sam viene detrás de mí y me pone una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—¡Sí! —grito con efusividad—. Uf, necesitaba tomar el aire.

—Demasiadas emociones ahí dentro —bromea.

No podría haberlo definido mejor.

69
Gabi

Han pasado dos semanas desde que Pol ingresó en el centro de desintoxicación. Ha sido un tiempo en el que Sam se ha ocupado de que esté distraída. Sus hermanos nos visitan cada dos por tres. Martín y Adrián me caen genial y con ellos la diversión está asegurada. Hacemos maratón de pelis de terror, jugamos al *Trivial* —Sam y yo hacemos trampas para ganarles — y vamos a visitar a Leo y a Nura, que nos invitan a comer la famosa lasaña de mi hermano. A ver, yo creo que no es para tanto. Por lo visto, el amor te vuelve ciega y te atrofia el paladar.

No dejo de practicar con la guitarra y ya he aprendido a tocar «Billie Jean», «Hallelujah» y «The Show Must Go On». Me siento tan orgullosa de mis progresos que un día me grabo tocando «Zombie», de The Cranberries, y lo subo a Instagram. Ni siquiera me vengo abajo cuando recibo algunas críticas destructivas que, en resumen, vienen a decir que toco fatal y debería buscar otro *hobby*. Sam se pone hecha una furia y me asegura que toco genial para llevar tan poco tiempo aprendiendo. Le digo que las críticas me resbalan, porque es la pura verdad. Me apetecía compartir esta parte de mí con mis seguidores. Me encanta tocar la guitarra y no necesito pedir permiso para hacer lo que me gusta. Mi encuentro en el cine con aquella chica me ha ayudado a reconciliarme con mi autoestima. Sé que hay muchas personas a las que no les gusto, pero el cariño sincero que recibo de otras hace que todo merezca la pena.

¿Por qué solo nos centramos en las críticas negativas?

¿Por qué nos importan tanto las malas opiniones y nos olvidamos tan pronto de las buenas?

Esta soy yo: imperfecta, vulnerable e impulsiva. Puede que no le guste a todo el mundo, pero no hay nada más satisfactorio que despertarte todos los días y saber que eres tu mejor versión, y no la que otros quieren que seas. Y que, pase lo que pase, no debes disculparte por ser real.

Llevo mucho tiempo postergando el momento de ir a casa de mi padre, pero me he dejado algunas cosas que me hacen falta y sé que no puedo ignorarlo para siempre. Por eso aprovecho que Sam está componiendo y hago de tripas corazón. En algún momento tendré que decidir si quiero volver con él o independizarme. Está claro que no puedo vivir para siempre de prestado en casa de Sam. Sé que a ella no le importa, pues me ha dejado caer que estaría guay que fuéramos compañeras de piso. Incluso ha propuesto que nos mudemos a uno más grande porque dormimos en la misma cama, algo que en realidad no me molesta en absoluto. Aunque la idea me tienta porque soy demasiado sociable para vivir sola, en el fondo me sabe fatal no haberle dado otra opción.

—¿Papá? —pregunto al abrir la puerta.

Por un lado, siento alivio de no encontrarlo en casa. Tengo la impresión de que la conversación que tenemos pendiente nos distanciará más de lo que ya estamos, y no sé si seré capaz de soportarlo. Hoy es uno de esos días en los que me he despertado echando mucho de menos a Pol. Iba a llamarlo, pero luego he recordado que me pidió que no lo hiciera y me he venido abajo.

Voy a mi habitación e intento no quedarme mirando mis cosas demasiado tiempo. Todos me dicen que debería independizarme, pero la verdad es que me gustaba vivir con mi padre. Soy la clase de persona que no puede estar sola.

Disfrutaba mucho de nuestros momentos viendo la tele o jugando al *Preguntados* de Netflix. Siempre he dado por hecho que me mudaría el día que tuviera una relación estable y me apeteciera irme a vivir con mi pareja. El dinero no es ningún problema. Por eso todavía no me entra en la cabeza que me haya marchado de casa. Mi padre siempre ha sido mi figura de referencia; el hombre que me crio y en el que confiaba plenamente. Me duele tanto haber perdido lo que teníamos…

Cojo una caja y voy al baño para meter dentro mi plancha del pelo, mi cepillo favorito y algunas cremas. Luego regreso a la habitación y busco el osito de peluche con el que siempre duermo abrazada, un par de botas con tacón muy cómodas y algunas prendas de ropa que echaba de menos. Antes de irme, cojo la fotografía enmarcada que hay en la mesita de noche. En la foto tengo ocho años y estoy subida en los hombros de mi padre. Nos la hicimos un día que nos llevó a Leo y a mí a Isla Mágica. Sonrío sin poder evitarlo y la meto en la caja. Cuando salgo de la habitación me encuentro de bruces con mi padre, que tiene mal aspecto.

—¡Qué susto! —exclamo.

La caja se me cae al suelo. Me agacho para recoger las cosas y las meto a toda prisa para que no vea lo que he cogido, pero la fotografía ha aterrizado a sus pies y la expresión de mi padre se suaviza al verla.

—¿Por qué no me has respondido? —pregunto—. Te he llamado al llegar.

—No te he oído, me acabo de despertar.

—Son las doce y media —digo extrañada. Es un hombre muy madrugador que suele echarme la bronca porque se me pegan las sábanas. Observo su barba desgreñada y sus profundas ojeras—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que he pillado la gripe.

Dejo la caja en el suelo y le pongo la mano en la frente para

tomarle la temperatura. En efecto, está ardiendo.

—Vuelve a la cama —le ordeno como si fuera su madre—. Iré a la farmacia para comprar un antigripal y luego te prepararé algo de comer.

—Gabriella, hija, ya soy mayorcito —responde ofendido—. Sé cuidarme solo.

—Papá —digo muy seria—, los hombres sois insoportables cuando os ponéis enfermos. Haz lo que te digo.

Sacude la cabeza con resignación y regresa a su habitación arrastrando los pies. Parece que lo ha atropellado un camión. Ahora entiendo a quién ha salido Leo. A los quince años se rompió un brazo y estuvo seis semanas absolutamente insoportable y victimista.

Después de ir a la farmacia más cercana y al supermercado, caliento la sopa de cartón —soy una pésima cocinera, qué se le va a hacer— y entro en la habitación de mi padre. Está tiritando en la cama, por lo que voy a buscar una manta más gruesa y se la echo por encima. Le pongo el termómetro y me aguanto la risa al ver que marca treinta y siete grados y medio. Solo tiene un poco de destemplanza y parece que se va a morir.

—Sobrevivirás, papá —le vacilo.

—Cuando tenías siete años me preguntaste si podías morir por tragarte una pepita de una sandía y yo no me reí de ti —me recuerda indignado.

—Ya sabemos de quién heredé la vena dramática.

Mi padre suspira y agarra el tazón de sopa con manos temblorosas. Le digo que deje de hacerse el moribundo o le daré de comer a la fuerza y me mira ofendido. Una vez que termina de comer, le doy el antigripal y le acaricio la cabeza como si fuera un cachorrito abandonado.

—Saldrás de esta. —Le vuelvo a tomar el pelo.

—Tener hijos para que se rían de ti cuando estás en las últimas —se queja—. Ya puedes irte, gracias por cuidar de mí.

Se tumba de lado y se hace un ovillo debajo de las mantas. Por supuesto que no voy a dejarlo solo. Sigo enfadada, pero eso no significa que haya dejado de preocuparme por él.

—Me quedaré en el salón viendo una peli por si necesitas algo.

—No hace falta —dice con voz griposa—. Me pondré bien en un par de horas.

—Estaré en el salón —insisto—. Llámame si te encuentras peor.

Salgo de su habitación y voy a la cocina a prepararme algo de almorzar. Le envío un wasap a Sam para decirle que no me espere para comer y luego me siento en el sofá a ver un capítulo de *Heartstopper*. Soy superfán de la relación de Nick y Charlie. Es la tercera vez que veo la serie, por lo que mientras miro el capítulo respondo algunos mensajes de Instagram. Le doy «me gusta» a varias fotos, bloqueo a un *hater* que comenta en una en la que poso en biquini que soy un bicho palo y me río por la respuesta que le ha dado Alba, la exnovia de Sam. No es que seamos grandes amigas, pero ha venido a casa de Sam un par de veces en las últimas semanas. Se nota que sigue sintiendo algo por ella, pero estoy convencida de que mi amiga ya ha pasado página y solo pretende ser su apoyo. Y eso me hace sentir… muy aliviada, aunque no voy a cuestionarme mis sentimientos por Sam en este momento. No, de eso nada. Mi cabeza está hecha un lío. No puedo hacer frente a lo que sea que me esté sucediendo justo ahora.

Mi padre aparece en el salón tres horas más tarde. Le hago un hueco en el sofá y le echo una manta encima porque está muerto de frío. Le pregunto si quiere comer algo y dice que un chocolate caliente estaría bien, así que preparo dos tazas.

—¿Te apetece ver *Matilda?* —me pregunta—. Aunque ya estoy mucho mejor. Si quieres irte, lo entenderé.

Matilda es nuestra película favorita. Leo, papá y yo solíamos

verla juntos los domingos por la tarde. Era una de nuestras tradiciones familiares. Busco la película y noto cómo se relaja a mi lado. Si para mí ha sido difícil, entiendo que para él también es igual de complicado.

Vemos la película y nos reímos en nuestras escenas favoritas. La mía es la de Matilda echándole pegamento al gorro de su padre para darle una lección. Me parto de risa cuando el personaje interpretado por Danny DeVito no puede quitarse el gorro en el restaurante y acaba estrellado contra el expositor de las tartas.

Los créditos aparecen en la pantalla y mi padre dice:

—Era la película favorita de tu madre.

El comentario me obliga a mirarlo. Es la primera vez que me cuenta algo tan íntimo de ella. Cuando Leo y yo éramos pequeños, evitaba responder a las preguntas que le hacíamos sobre nuestra madre.

—La veíamos a todas horas cuando estaba embarazada de Leo —me explica con una sonrisa de nostalgia—. Aunque no lo creas, fuimos muy felices.

—Pues claro que te creo —respondo sin dudar—. Pero necesito entender qué os pasó. Ya conozco su versión. Ahora quiero saber la tuya.

—Tu madre no te mintió —dice apenado—. Es cierto que regresó para estar con vosotros y yo se lo impedí.

—No lo entiendo. —Me seco las lágrimas con el puño del jersey—. ¿Por qué, papá?

—Tenía miedo de que se marchara de nuevo y no podía permitir que regresara a nuestras vidas. —Me mira con tanto dolor que intento ponerme en su piel—. Desde que nacisteis lo habéis sido todo para mí. Te juro que solo intentaba protegeros.

—Cometiste un gran error.

—Tal vez —asume cabizbajo—. En aquel momento, estaba

tan dolido con ella que era incapaz de comprenderla. Me vi completamente solo con dos niños pequeños. Durante un año la llamé por teléfono cada día para suplicarle que volviera y me topé contra un muro de silencio. Pude entender que me apartara de su lado, pues al fin y al cabo siempre supe que la vida que había construido conmigo no la llenaba del todo. Pero nunca he podido perdonarle que se alejara de vosotros.

—Se arrepintió, papá.

—Y yo no la creí.

Su respuesta me sorprende. Veo en sus ojos tal sinceridad que no digo nada. Todo este tiempo he pensado que no quiso llegar a un acuerdo con mi madre porque estaba resentido con ella, pero quizá solo intentaba protegernos a su manera.

—Tu madre siempre fue un espíritu libre. Tiene gracia porque justo fue eso lo que me enamoró de ella —lo dice con tanta nostalgia que me pregunto si en el fondo no sigue enamorado. Quizá por esa razón no ha rehecho su vida después de tanto tiempo—. Una parte de mí quiso confiar en ella, pero mi instinto de padre ganó la partida. Pensé que os destruiría si la dejaba entrar de nuevo en vuestras vidas y volvía a marcharse. Erais tan pequeños e inocentes… —Sacude la cabeza—. No quería que os abandonara cuando fuerais lo bastante mayores para daros cuenta. Te juro que tomé aquella decisión pensando en vosotros. Sí, puede que me equivocase, pero, cuando le dije que pelearía en los tribunales por vuestra custodia y ella regresó a Italia, sentí un gran alivio porque de esa forma parecía que me daba la razón.

—No quería pelear contigo —le explico—. Ahora nunca sabremos si se habría quedado a nuestro lado.

La versión de mi padre no me hace sentir mejor ni peor. Tan solo la necesitaba para cerrar este capítulo de mi pasado. Tengo muy claro que ni quiero ni puedo odiar al hombre que me crio y es el responsable de los mejores recuerdos de mi

infancia. Sí, siempre me quedará la duda de si mi madre hubiera sido una buena madre para nosotros. Después de todo, creo que ambos cometieron muchos errores. Él al cerrarse en banda para llegar a un acuerdo con ella por nuestro bien, y ella al marcharse en un primer momento y luego al decidir que no quería batallar por nuestra custodia. No me corresponde determinar quién de los dos es más culpable.

En la vida a veces no hay buenos ni malos ni todo es blanco o negro. Y, precisamente porque todos cometemos errores, llego a la conclusión de que ya soy una adulta capaz de perdonar y pasar página, pues la única verdad es que quiero a los dos en mi vida. Es ridículo guardar rencor cuando echas de menos a alguien. Al fin y al cabo, la vida es demasiado corta para desperdiciarla apartando de nuestro lado a las personas que amamos.

Por eso le digo lo único que me sale:

—Quiero volver a casa.

Mi padre me abraza y veo lo aliviado que está. Es como si me quitaran un gran peso de encima. Lo he echado tanto de menos que me aferro a él para que no me suelte. Y entonces lo comprendo de golpe: la mayor distancia entre dos personas que se quieren es el orgullo.

64
Pol

Todos me tratan como si estuviera a punto de romperme y nadie me echa en cara lo sucedido en la fiesta de presentación de «Amor envenenado», por lo que no tardo en llegar a la conclusión de que Gabi les ha contado que me encontró tirado en aquel callejón. Tampoco puedo culparla. A pesar de tener la memoria nublada, recuerdo muy bien el pánico que reflejaban sus ojos. Del mismo modo que no he olvidado que me dijo que me quería. Su amor me asusta de cojones, pues acabo de demostrar que no soy digno de ella. Gabi se merece a alguien mejor que yo. A una persona que no tenga que meter a la fuerza en la ducha ni arropar en la cama como si fuera un crío. A un tipo que no la arrastre hasta un callejón de mala muerte en el que podría haberle sucedido algo terrible.

La culpa y el autodesprecio se apoderan de mí. Pongo la excusa de que me duele la cabeza para no bajar a desayunar, aunque tampoco tengo hambre. Todo me da vueltas, tengo náuseas y me duele el cuerpo. En esta situación no podría mirar a mis amigos a la cara. Dudo que haya algo peor que despertar compasión en las personas que te quieren.

No tengo ni idea de qué hora es cuando llaman a la puerta. Llevo el día entero durmiendo y sigo cansado. Me hago un ovillo de lado y murmuro a quienquiera que sea que me deje en paz.

—Soy yo —dice mi hermana—. ¡Abre!

Iris.

¿Qué cojones hace aquí?

Debería estar en Barcelona, peleándose en el juzgado con algún abogado que haya cometido el error de subestimarla. Si ha venido sin avisar es porque está muy preocupada. De lo contrario, me habría llamado por teléfono.

—Abre, Pol —me ordena con tono impaciente—. Ni se te ocurra dejarme aquí fuera.

—Joder, espera. —Me levanto de la cama con la sensación de que me ha atropellado un autobús—. Dame unos minutos.

Me arrastro hasta el baño. No sé cómo consigo llegar. Me duele todo el cuerpo y mis piernas parecen de gelatina. Jamás he tenido tan mal aspecto. Estoy demasiado delgado, tengo dos profundos surcos negros debajo de los ojos y se me marcan las venas del cuello. Abro el grifo para echarme agua en la cara, pero enseguida me sobreviene una arcada y vomito lo poco que tengo en el estómago. Me encuentro todavía peor después de echar la pota y mi hermana sigue gritando que le abra. Joder, ¿por qué no se calla? Me va a estallar la cabeza.

—¡Voy! —grazno como un animal moribundo.

Me enjuago la boca y me cambio de camiseta antes de abrirle. No tiene ningún sentido que me esfuerce en aparentar que no estoy hecho una mierda. Si está aquí es porque uno de mis amigos la habrá llamado para ponerla al corriente. Además, se nota que estoy completamente hecho polvo. No hay nada que pueda hacer para disimularlo.

—Hola —la saludo desganado.

—Apestas a alcohol —dice con desagrado.

«Porque me he bebido todo lo que había en el minibar en algún momento del día que no recuerdo».

—Si vienes porque de repente me he convertido en un huérfano —digo con ironía al recordar las declaraciones de nuestro padre—, ya te puedes largar por donde has venido. Lo que ha dicho ese despojo humano es el menor de mis problemas.

—Sé que en el fondo te escuece lo que ha dicho —resuelve como si ella fuera la poseedora de la verdad. Típico de mi hermana. No sé de qué me sorprendo. Observa el desorden con desaprobación—. Pero no he venido a hablar de él.

Iris va directa al armario, coge unos pantalones y un jersey limpios y los deja sobre el respaldo de la silla. Luego va al baño, abre el grifo de la ducha y regresa con los brazos cruzados y actitud determinada.

—Hueles fatal, date una ducha.

—No me da la gana —respondo irritado.

—No voy a dejar que nadie te vea así. Das pena.

—No pienso moverme de aquí en todo el día.

—Uy, y tanto que sí. —Me empuja hacia el baño con tanta fuerza que casi me caigo—. Me vas a acompañar a una reunión.

Me agarro al marco de la puerta y le dedico una mirada recelosa.

—¿Una reunión de qué?

—Con tus amigos. Tienen algo importante que decirte.

La respuesta me deja momentáneamente fuera de juego. ¿En serio han llamado a mi hermana para que me arrastre a una reunión improvisada?

—¿Y qué pintas tú aquí?

—No lo sé, Pol —responde agotada—. ¿Por qué habré dejado el trabajo para hacer un viaje exprés a Madrid? Dímelo tú.

No digo nada. Sé lo ocupada que está. Su empleo le exige una gran responsabilidad y dedicación. Me sabe mal que haya venido en vano hasta aquí con la intención de salvarme. Solo por eso decido ponérselo fácil y me tambaleo hasta la ducha.

—¿Necesitas que te ayude? —pregunta con tacto.

Me río sin ganas. Lo que faltaba.

—No tengo cuatro años, hermanita.

—Ni que me fuera a asustar —responde con un suspiro.

Cierro la puerta. Maldita sea, esto es el colmo. ¿De verdad

me ve tan mal que insinúa que no puedo darme una ducha? Aunque he de reconocer que cuando el agua toca mi piel es como si me estuvieran clavando un centenar de agujas. Me duele hasta el alma. Aun así, aguanto todo lo que puedo y me enjabono para que Iris no se sienta tan avergonzada de mí. Después de darme una ducha que me ha dejado todavía más exhausto, me pongo la ropa y salgo del baño con la voluntad de enfrentar las consecuencias de mis malas decisiones. Si mis amigos han convocado una reunión en la que quieren que mi hermana esté presente, significa que la cosa pinta muy mal para mí.

Estamos en la habitación de Leo. Llevamos cinco minutos aquí y nadie ha abierto la boca. Axel camina de un lado a otro de la habitación, Gabi se mira las manos y Leo finge que responde un wasap. La actitud de mis amigos me agobia más de lo que ya estaba. Uf, ¿por qué nadie dice nada?

—¿Quién se ha muerto? —bromeo para distender la tensión.

Por sus caras, parece que estamos en un funeral. Mi hermana está sentada a mi lado con expresión más seria que incómoda. Los observa de uno en uno y luego suelta un largo suspiro.

—¿Quién de vosotros se lo va a decir?

—¿Decirme qué? —Me tenso.

—Van a darte un ultimátum —me explica al ver que siguen callados.

La miro por si acaso no la he oído bien. Axel se queda quieto, Gabi deja de mirarse las manos y Leo guarda el móvil. Yo me quedo boquiabierto y espero que alguien contradiga a Iris hasta que el silencio se hace más pesado y exploto.

—Un ultimátum —repito sin dar crédito—. ¿Qué clase de ultimátum?

Me pongo de pie y voy directo a Leo, que se limita a

sostenerme la mirada con incomodidad. Sé que esto ha sido cosa suya. Me la tiene jurada desde que grabé el videoclip con Gabi. No, desde mucho antes. Desde que nos peleamos en su casa y ya nada volvió a ser igual entre nosotros.

—¿Qué clase de ultimátum? —exijo saber.

—O te rehabilitas o dejas el grupo —dice con tono inflexible —. Vamos a aplazar la gira hasta que te encuentres mejor. Tienes una única oportunidad. Lo hacemos por tu bien.

—¡Por mi bien! —exclamo hecho una furia—. ¡Acabas de amenazarme con echarme del grupo!

—Pol —Axel viene hasta mí—, todos estamos de acuerdo.

Me vuelvo hacia él y lo miro como si se tratara de una broma pesada. No me lo puedo creer. Los dos se han aliado en mi contra. Menudo par de traidores.

—No me esperaba esto de ti —le digo a Axel.

—No puedes pretender que miremos hacia otro lado —intenta hacerme entender.

Paso de Axel. No tiene ningún sentido discutir con él. Sé quién es el culpable de todo.

—Has encontrado la oportunidad perfecta para echarme del grupo —le recrimino de nuevo a Leo—. Hace mucho tiempo que lo planeas.

Leo se frota la cara y respira hondo, como si para hablar conmigo tuviera que hacer acopio de toda su paciencia. Me fastidia, no lo voy a negar. Me cabrea que me amenace y se quede ahí sentado tan tranquilo mientras a mí me llevan los demonios.

—Vas a ir a un centro de rehabilitación —dice sin venirse abajo ante mi mirada llameante—. Y regresarás como el amigo al que todos apreciamos y siempre nos alegra el día.

—Y una mierda. Si quieres que te alegre el día, contrata a un puto payaso. —Me tiembla la voz por culpa de la rabia—. ¿Quieres echarme del grupo? De acuerdo, que te den.

—Nadie quiere echarte —dice muy calmado—. Queremos ayudarte. Por eso hemos decidido aplazar la gira.

—¿Con quién tienes pensado suplantarme?

—Pol —dice poniéndose de pie—, nadie quiere suplantarte. Vamos a aplazar la gira hasta que te encuentres mejor.

Intenta tocarme. Le lanzo tal mirada de advertencia que se lo piensa mejor.

—Eres un traidor —escupo con resentimiento—. Sé que esto es cosa tuya. Has convencido a Axel y a Gabi con tus buenas palabras.

—Ha sido idea mía —interviene Gabi—. Yo he sido la que los ha convencido.

Me vuelvo hacia ella, que se ha puesto de pie. La miro con los ojos abiertos de par en par. No, ella no. Gabi jamás me haría algo así. Solo defiende a su hermano. De eso nada. Sabe que la música lo es todo para mí. Tocar la batería es lo único que le da sentido a mi vida. Sin la batería no sé quién soy.

—No te creo.

—Verte en aquel callejón… —Niega con la cabeza y su expresión se convierte en una máscara de dolor—. Por un instante creí que habías muerto. No tienes ni idea de lo asustada que estaba.

—Me pasé, lo reconozco —admito de mala gana—. Fue un error. Se me fue un poco la mano, pero…

—No puedes seguir así, Pol —me interrumpe con una firmeza que no es propia de ella—. Te estás matando poco a poco. Y mientras nosotros miremos para otro lado será como consentir que te destruyas. No cuentes conmigo. Sé que ahora mismo estás enfadado porque crees que queremos echarte del grupo. Solo espero que recapacites con la ayuda necesaria. Hasta entonces, no formas parte de Yūgen. Si quieres culpar a alguien, cúlpame a mí.

—No puedes hablar en serio —digo atónito.

—Nunca he hablado más en serio. —Me ofrece un folleto que me limito a mirar como quien ve un fantasma—. Es el mejor centro de desintoxicación del país. Hay grandes profesionales, tiene habitaciones con vistas al mar, un montón de actividades y…

—Que os jodan a todos. —Levanto los brazos para poner distancia entre nosotros—. No pienso ir.

—Por supuesto que vas a ir —decide mi hermana.

—Ni de puta coña.

—Si no vas, encontraremos a otro batería —me advierte Gabi—. ¿De verdad vas a renunciar a lo que más te gusta por esa mierda?

La posibilidad de que me reemplacen por otro es un balazo directo a mi corazón. No me entra en la cabeza que sea Gabi la que me hace esto. ¿Es porque me dijo que está enamorada de mí y no correspondí a sus palabras? De repente, necesito devolverle todo el daño que me está haciendo.

—No puedes meterte en mi vida porque nos hayamos acostado —le espeto—. Para mí no ha significado nada. Siento que te hicieras ilusiones, Gabriella, pero solo estábamos follando.

Gabi retrocede conmocionada y se le llenan los ojos de lágrimas. Leo se levanta de un salto y doy por hecho que va a darme un puñetazo, pero se limita a abandonar la habitación con un sonoro portazo. Axel se acerca a Gabi, le pasa un brazo por encima de los hombros y me mira decepcionado.

—Ojalá encuentres el camino de vuelta —me dice. Luego se dirige a Gabi—. Vámonos. Tiene mucho en lo que pensar.

Antes de que Axel se lleve a Gabi de la habitación, le grito:

—¡No tengo que pensar en nada! ¡Venga, largaos! ¡Id a buscar a otro batería que aguante vuestras gilipolleces!

Le doy una patada al sofá, que es lo primero que tengo delante. Estoy fuera de mí y salgo al balcón a fumar. Apenas le

he dado tres caladas al cigarro cuando Iris se planta a mi lado.

—¿Estás orgulloso de ti mismo? —No me deja responder—. Haz las maletas. Vas a ir a ese centro.

—Y una mierda.

—Yo no soy tan blanda como tus amigos. Si quieres volver a ver a Nico, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Ahora todos vais a chantajearme?

—Te doy tres horas —responde sin inmutarse.

Acto seguido sale del balcón y me deja más furioso de lo que estaba. Ha perdido la cabeza si cree que puede arrastrarme a ese sitio para drogadictos. Todos se han vuelto locos.

65
Pol

Tres horas después, sigo igual de alterado, pero mi rabia inicial se ha trasladado hacia mí mismo. Me duele que todos se hayan aliado en mi contra. Sin embargo, una parte de mí los comprende. Es la misma a la que me niego a escuchar, y que me ha mantenido limpio durante un tiempo porque quería ser una persona mejor. A la que hago caso omiso, a pesar de que me recrimina mi actitud y me grita que tome las riendas de mi vida. Su voz es tan potente que me tapo las orejas para dejar de escucharla.

«Tus amigos tienen razón».

«Sabes que tienen razón».

«¿No piensas hacer nada al respecto?».

«Le has hecho daño a Gabi».

«¿Por qué te haces esto?».

—No lo sé —respondo llorando—. No lo sé.

Y ahí está, la verdad que me niego a aceptar: soy un experto en sabotearme. He vivido tantos años sintiéndome menos que al final me lo he creído. Porque no hay peor enemigo que uno mismo.

Siento un rechazo visceral por la persona en la que me he convertido. He luchado para no ser como mi padre y al final he acabado convertido en una versión más retorcida y ruin. Odio mi ira, mi mal humor y mi debilidad. Odio todo lo que me impide estar en paz conmigo porque no sé cómo cambiarlo.

Es tan difícil. Todo es tan difícil…

Llaman a la puerta. Estoy tan roto que ya no soy capaz de

utilizar la rabia como mecanismo de defensa. Lo único que me queda es un profundo pánico, el peor sentimiento de todos.

—¿Quién es? —pregunto derrotado.

—Yo —responde Lila—. ¿Se puede?

—Sí —digo con un hilo de voz. No sé por qué le doy permiso para entrar.

—Ay, Pol.

Lila se acerca a mí y entonces me doy cuenta de que me he caído de la cama. Se sienta a mi lado y me rodea con sus brazos. Me dejo querer porque en el fondo necesito este contacto humano que intento evitar desde que me he levantado.

—Ya está —me consuela—. Estoy aquí. Todos estamos aquí.

—Duele —le confieso—. Duele muchísimo.

—Lo sé. —Me aparta el pelo de la cara—. Lo sé, Pol. Estás metido en un infierno, pero puedes salir de él.

—No puedo —musito—. No soy tan fuerte como tú.

—¡Eh! —Sostiene mi cara para que la mire—. Cada persona tiene una forma diferente de enfrentar sus miedos. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Maldivas?

—Dije muchas chorradas en Maldivas.

—Me dijiste que no debía avergonzarme de mis errores porque me hacían más fuerte.

—¿Y si mis errores son tan graves que ya no tienen solución? —me temo—. ¿Y si no soy lo bastante valiente?

—Pues claro que tienen solución. Además, no estás solo. Nos tienes a nosotros.

—Os he fallado a todos. —La abrazo para que no me vea llorar—. Le he dicho unas cosas horribles a Gabi. Y Leo, joder, Leo…

Lila no me suelta y estoy convencido de que me desmoronaré si lo hace. La admiro porque vivió una experiencia muy dura y fue lo suficientemente fuerte para sobreponerse y tomar el

control de su vida. Por desgracia, yo no soy como ella. Solo soy un cobarde que se niega a admitir que tiene un problema.

—No eres ningún cobarde —dice con vehemencia. Debo de haber hablado en voz alta sin darme cuenta—. Es normal tener miedo. El miedo nos hace humanos y nosotros decidimos lo que hacer con él. Podemos dejar que nos paralice o podemos enfrentarnos a él.

—No puedo —me lamento con la voz quebrada.

Lila se aparta de mí y me mira con determinación.

—Sí puedes —me asegura—. Aunque todavía no lo sepas.

En el fondo de mi corazón deseo que tenga razón. Ojalá pueda encontrar la valentía necesaria para enfrentarme a este miedo que me ha convertido en una persona de la que no me siento orgulloso. No quiero perder a mis amigos. No quiero perder a Gabi. No quiero dejar de ser parte de Yūgen.

66
Gabi

No le he contado a Sam lo que ha pasado, me duele demasiado como para repetir las palabras de Pol en voz alta. Muy en el fondo sé que no era él quien hablaba, sino la persona en la que se ha convertido por culpa de las drogas. Sin embargo, eso no impide que me sienta herida en lo más profundo ni que lamente haberme enamorado de un chico tan roto que necesita desquitarse con todos los que intentamos ayudarlo.

Quiero a Pol, pero el amor que siento por él empieza a desgastarme, como si sostuviera una piedra muy pesada que me arrastra al fondo de un lago mientras intento nadar en vano hasta la superficie.

No sé mucho sobre el amor. Acabo de cumplir veintiún años y me queda un largo camino de aprendizaje. Lo único que empiezo a tener claro es que no quiero un amor que exija, ahogue o duela, sino uno que me calme en los malos momentos, me anime a ir a por todas y saque lo mejor de mí. Ya sé que, a veces, el amor no es un camino de rosas, pero tampoco debería ser una cuesta repleta de obstáculos. De lo contrario, cabe la posibilidad de que te canses a mitad del camino.

Sí, estoy enamorada de Pol. Lo he querido de muchas maneras a lo largo de mi vida. Con un corazón infantil e ingenuo, de forma platónica y como la amiga que quiere ser algo más. Llevo tanto tiempo enamorada de él que lo he normalizado, como respirar o comer. Pero ¿qué hay de mi amor propio? ¿De verdad voy a permitir que él lo pisotee?

Entiendo que esté sufriendo, aunque eso no le da ningún derecho a hacer daño a los demás. Quiero ayudarlo, lo juro. He intentado salvarlo desde que supe que tenía un problema. Sin embargo, si para salvar a una persona que amas tienes que sacrificarte, tal vez deberías recordar que no eres una egoísta por elegirte a ti primero. Porque el amor de tu vida también eres tú.

Leo y yo hemos decidido regresar a casa. Axel va a aprovechar que hemos aplazado la gira para quedarse en Madrid y pasar tiempo con Lila. Así que Sam y yo estamos haciendo las maletas para volver a Sevilla. Sigo teniendo muy presente las ganas que me entraron de besarla en el *escape room*. No sé qué me sorprende más, si el hecho de que me siento atraída por mi mejor amiga o haber descubierto que me puede gustar una chica. No obstante, estoy tan conmocionada por lo sucedido con Pol hace unas horas que no puedo permitirme pensar en ello o, de lo contrario, me voy a volver loca.

—¿Por qué nunca consigo cerrar la maleta a la vuelta de un viaje? —me quejo.

—Porque metes toda la ropa sin doblar —señala Sam—. Siéntate encima y yo cierro la cremallera.

Hago lo que me dice y Percy salta hacia mí. No estoy de humor para jugar con él y lo bajo sin miramientos. Sam me mira con el ceño fruncido, pero no dice nada. Intuye que la reunión con Pol no ha ido bien y se limita a cerrar la cremallera.

—Ya está.

—Estoy deseando llegar a Sevilla.

—Oye —me pone una mano en la rodilla y un intenso calor me sube por la pierna—, ya sabes que conmigo puedes hablar de todo.

—Lo sé. —Le aparto la mano con una brusquedad que la

pilla desprevenida. Me arrepiento de inmediato. No se merece que la trate así. No tiene la culpa de mi paranoia mental—. Perdona, tengo un día de mierda.

—No pasa nada —responde más relajada—. ¿Sabes lo que hace mi padre cuando…?

Llaman a la puerta y lo que iba a decir se queda en el aire. Sé de quién se trata antes de que Sam abra. Lo conozco de sobra. Su visita no me sorprende. Sabía que vendría. Después de su arrebato viene el ataque de culpabilidad. En otro momento lo habría esperado con los brazos abiertos, pero ya empiezo a estar cansada de nuestros constantes tira y afloja. Sobre todo después de que me dijera que no he significado nada para él porque solo hemos follado. Una parte de mí no quiere tenérselo en cuenta, aunque la otra se siente como una estúpida por haberse enamorado de un chico para el que no significa nada.

—Hola —dice con cautela—. ¿Te importa dejarnos a solas?

En lugar de responderle, Sam se gira hacia mí. Estoy tentada de gritarle a Pol que se largue. Sin embargo, la posibilidad de convencerlo de que vaya al centro de desintoxicación me tienta demasiado para dejarla escapar. Si puedo hacer un último intento para que cambie de opinión, no voy a desaprovecharlo por culpa de mi orgullo herido. Una cosa no quita la otra.

—Voy a darle un paseo a Percy —dice Sam.

En cuanto Percy escucha la palabra «paseo» corre directo a Sam, que le pone la correa y luego se marcha. Pol se queda en el umbral de la puerta. En los últimos días ha perdido varios kilos y tiene muy mal aspecto. Me muerdo el labio. Joder, soy incapaz de echarle nada en cara al verlo así.

—Tranquilo —digo despacio—, está todo bien.

—Qué va. —Pol corta la distancia que nos separa y se arrodilla a los pies de mi cama, donde estoy sentada. Quiero gritarle que se levante, pero me coge las manos con una desesperación que me parte el corazón—. Lo siento, Gabi. No

puedo irme sin pedirte perdón por el daño que te he hecho. Necesito que sepas que lo siento y que desearía dar marcha atrás. Estaba enfadado, asustado y necesitaba culpar a alguien. Por favor, perdóname.

Me trago las lágrimas que pugnan por salir. Jamás lo había visto tan desolado. Por supuesto que me creo sus disculpas. Solo hay que mirarlo a los ojos para saber que es sincero.

Pol se abraza a mi cintura y esconde el rostro en mi pecho. Está temblando. Le acaricio el pelo y le prometo que todo está bien. ¿Qué otra cosa puedo decirle? Mi corazón ya ha decidido perdonarlo. Lo único que quiero es que se cure.

—Tienes que ir —le suplico—. Por favor, Pol.

—Lo sé —dice con voz ronca.

Me sorprende que no lo niegue o busque alguna excusa. Le acaricio el pelo con ternura y se aferra más a mí. Este chico con el corazón roto, unos padres de mierda y una infancia de la que se niega a hablar por fin ha aceptado que tiene un problema.

—Iris me va a acompañar —me explica visiblemente asustado—. Antes de ir necesitaba pedirte perdón. No podía marcharme sin decirte que soy un imbécil que no sabe demostrarte lo mucho que le importas. Tienes que creerme, Gabi. Lo que te dije, yo no…

—Está todo bien —insisto, a pesar de que sus palabras no han dejado de escocerme—. Lo mejor que puedes hacer por mí es ir a ese centro.

—Pero Gabi…

—No te preocupes por mí, Pol.

—¿Cómo no voy a preocuparme por ti, Gabriella? —Se aparta para mirarme a los ojos con una franqueza que está a punto de derrumbarme—. Eres mi amiga. Te quiero.

Le doy un abrazo para ocultar mi decepción. Sé que no tengo derecho a quejarme cuando él vive un infierno. Lo último que necesita es que le diga que no soporto la idea de que me quiera

solo como a una amiga.

—No vengas a visitarme —me susurra al oído.

—¿Qué? —Me aparto desconcertada—. ¿No quieres que vaya a verte?

—No soportaría que me vieras mal —dice avergonzado—. Tú no.

—Pol…

—Prométemelo, Gabriella. —Me aprieta la mano con suavidad—. Necesito que hagas eso por mí.

Sus ojos negros desprenden tanta angustia que sé que si me niego no irá al centro de desintoxicación. Pol no tolera la idea de que lo vea en su peor momento. Pues claro que no. No entiende que cuando estás enamorado de alguien lo quieres en sus buenos y malos momentos, pues no hay nada que puedas hacer para cambiar lo que sientes. De eso se trata. El amor es el sentimiento más puro y desinteresado que hay.

—De acuerdo —respondo resignada—. No iré a visitarte.

Pol me besa. Por un instante quiero apartarlo porque no soporto quedarme con las migajas que me ofrece, pero la atracción que siento gana la partida. Lo agarro del jersey para atraerlo más hacia mí, a sabiendas de que es la última vez que nos veremos en mucho tiempo.

Los besos de Pol siempre me dejan sin aliento. Me besa como si fuera nuestro último segundo de vida. Como si quisiera darme más de lo que me ofrece, pero estuviera tan destrozado que es incapaz de corresponder a un amor para el que no está preparado. Es un beso cargado de desesperación. De nostalgia por todo lo que podríamos haber sido si hubiéramos dado este paso en otro momento de nuestras vidas. De cariño, esperanza y nuevos comienzos.

Es un beso agridulce porque nos estamos despidiendo sin hacernos promesas que no sabemos si podremos cumplir.

Soy la primera en apartarse. Apoyo mi frente contra la suya y

cierro los ojos. Ambos estamos temblando.

—Vete —le pido con voz trémula—. Sé fuerte.

—Lo intentaré —responde asustado. Me da un beso en la mejilla y dice—: Te lo juro.

—¿Tampoco puedo llamarte?

Se lo piensa durante unos segundos y al final niega con la cabeza.

—Será mejor que no, Gabi. —Al ver mi decepción, me pone un dedo en la barbilla para que lo mire—. Prefiero que volvamos a vernos cuando de verdad me lo merezca. Eres el mejor motivo para curarme. Mi mayor recompensa.

Le sonrío con debilidad. Sé que ha tomado una decisión muy difícil. Quiero infundirle ánimo.

—¡Ey! —dice con dulzura—. Te voy a echar de menos.

—Yo también.

Nos fundimos en otro abrazo, el último en mucho tiempo. Solo espero que el siguiente que nos demos traiga de regreso al Pol que todos queremos. Al chico alegre, optimista y sano que nunca debió irse.

67
Gabi

—¿Se puede? —pregunta Sam después de haber llamado a la puerta.

Hace casi una hora que Pol se ha ido. Sam le ha dado un paseo larguísimo a Percy para concedernos intimidad. No sé de qué me sorprendo. Es la clase de amiga que siempre me da mi espacio y está ahí en caso de que la necesite.

—¡Entra!

Me sonríe nada más verme y se agacha para soltar a Percy, que corre disparado hasta mí. Se pone bocarriba para que le acaricie la barriga y le digo que es el perro más adorable y guapo del mundo.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Sam con tacto.

—Había venido a despedirse —le explico—. Acaba de marcharse con su hermana al centro de rehabilitación.

—¡Es una gran noticia! —Se sienta a mi lado y me da un abrazo. Esta es Sam. Sé que Pol y ella no se llevan bien, tal vez desde que él la acusó de algo ridículo. Sin embargo, es la clase de persona que se alegra de corazón por su decisión y desea tanto como los demás que se cure—. El primer paso es que haya reconocido que tiene un problema y necesita ayuda.

—Pues sí.

—¿Estás bien? —Se ha dado cuenta de que me sucede algo.

—Supongo que sí —respondo sin estar del todo convencida—. Pol me ha pedido que no vaya a visitarlo ni lo llame.

—En realidad las primeras semanas no puede recibir visitas. Esos centros funcionan de esa forma.

—No se refería a las primeras semanas, sino a todo lo que dure su internamiento.

—Ah. —Guarda silencio durante unos segundos—. Ya lo entiendo, le da vergüenza que lo veas así.

—¿Cómo lo has sabido?

—A Alba le pasaba justo lo mismo. Nunca quiso recibirme cuando fui a verla. Creo que en el fondo nos hizo un favor a ambas.

—No te entiendo. Tú querías apoyarla, al igual que yo quiero apoyar a Pol. ¿No se supone que debemos estar en los malos momentos de las personas a las que queremos?

—Cielo, no soy Pol… —dice apretándome la mano—. No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza en este momento. Lo más probable es que esté muerto de miedo. Cuando atravesamos una situación difícil, tememos defraudar a las personas que más nos importan.

No le digo que hay una gran diferencia entre amar a una persona y que te importe. ¿De qué serviría? Pol ha tomado una decisión y debo respetarla. En el fondo no puedo dejar de pensar que me ha hecho un favor. Vamos a pasar bastante tiempo separados y, dadas las circunstancias, nos vendrá bien a ambos. A él para hacer las paces consigo mismo y a mí para hacerme a la idea de una puñetera vez de que me he enamorado de alguien que no corresponde a mis sentimientos. Merezco más. Lo sé.

—¿Qué ibas a decirme antes? —le pregunto. Siento la necesidad de cambiar de tema.

—¿Cuándo?

—Cuando Pol llamó a la puerta —le recuerdo—. Me dijiste: «¿Sabes lo que hace mi padre cuando…?».

—¡Ah! —Se acuerda—. Si mis hermanos o yo tenemos un mal día, mi padre nos obliga a ir al cine a ver alguna comedia. Nunca podemos negarnos y al final siempre funciona. ¿Qué me

dices? ¿Te apetece?

—Pues claro —respondo poniéndome de pie. La verdad es que solo me apetece acurrucarme en la cama y llorar, pero no estoy dispuesta a ser la chica que se lame sus heridas en soledad—. También quiero un helado.

—Un helado y tarde de cine. Es un planazo.

—A tu lado todo es mejor —le aseguro.

—Qué cosas más bonitas me dices cuando estás triste.

—Idiota. —Le saco la lengua.

—Tengo que darme una ducha. Percy y yo hemos ido al parque y me he tirado en el césped para jugar con él. —Pone cara de pena—. Ahora huelo a pis de perro.

Me la imagino rodando por el suelo y me entra la risa floja. Es algo típico de Sam. Le trae sin cuidado que alguien pueda grabarla. Es demasiado auténtica para vivir una vida prestada.

Va al baño y antes de entrar me lanza un beso. Me río. Le encanta hacerse la payasa, y a mí me gusta su sentido del humor. Iba en serio cuando le he dicho que con ella todo es mejor. Muchísimo mejor.

Al igual que la primera vez que fuimos al cine, el mánager de Sam hace algunas llamadas para que entremos en la sala con discreción. Nadie se da cuenta de nuestra presencia porque nos sentamos al fondo, en los asientos que hay pegados a la pared. Elegimos *La ciudad perdida* porque a las dos nos gusta Sandra Bullock y, sinceramente, no me perdería por nada del mundo una peli en la que aparece Channing Tatum.

En una de las escenas nos entra tal ataque de risa que nos volcamos las palomitas encima. Sam me echa la culpa, lo cual no tiene ningún sentido porque me he reído cuando se le ha salido el refresco por la nariz, por lo que le meto un puñado de palomitas en la boca a la fuerza. La pobre está a punto de

atragantarse. Me siento culpable y le ofrezco mi Coca-Cola.

—¡Silencio! —ordena un hombre.

—¡Shhh! —digo conteniendo la risa—. Nos van a echar.

—¡Eres tú la que no para de reírse!

—¡Silencio! —grita otra persona.

—Madre mía. —Me hundo en el asiento para que no me vean —. Ya no vuelvo a venir al cine contigo.

Sam me mira como diciendo «qué poca vergüenza tienes». Me muerdo el labio para contener la risa y la miro de reojo. Está guapísima con el rostro iluminado por la luz de la pantalla. Tiene los ojos castaños fijos en la película y la boca entreabierta. No puedo evitarlo. Apoyo la mejilla en su hombro y entrelazo nuestras manos. Miro hacia arriba para comprobar su reacción justo cuando sus comisuras se elevan en una sonrisa.

—Mira la peli —me ordena sin despegar los ojos de la pantalla.

—Vale, mandona.

No quiero dejar de observarla. Tiene pecas en la nariz y unas pestañas tupidas que me dan mucha envidia. No obstante, si sigo mirándola embobada, se va a dar cuenta. No quiero estropear nuestra amistad, por lo que devuelvo la vista a la pantalla. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en esta atracción que me ha pillado desprevenida. Tal vez el subconsciente me esté jugando una mala pasada. Debe de ser eso. He encontrado a una amiga maravillosa que me aprecia y se preocupa por mí. Estoy confundiendo mis sentimientos porque nadie me había tratado tan bien. Intento autoconvencerme, pero, al sentir que comienza a dibujar círculos con su pulgar sobre el dorso de mi mano, soy consciente de lo mucho que me gusta que me toque. Y entonces vuelvo a estar hecha un lío.

Nos quedamos rezagadas cuando la película termina. Esperamos un par de minutos hasta que la sala se queda vacía y luego salimos con discreción. Me gusta hacer este tipo de planes. A veces no te das cuenta de que echas algo de menos hasta que vuelves a hacerlo.

Sam acaba de pedir un Uber justo cuando me doy cuenta de que nos han reconocido. Una chica de nuestra edad le da un codazo a su amiga, que abre los ojos de par en par. No sé si es porque veo lo nerviosas que están o porque me han pillado de buen humor después de la peli. El caso es que me nace una sonrisa sincera cuando se acercan a nosotras.

—Hola —dice la más bajita—. Ay, Dios. Eres Gabi Luna.

—Pues sí —respondo sonriendo.

—Jo, qué fuerte. —Se tapa la boca como si hubiera visto una aparición divina—. No sabes lo mucho que te admiro. Espero que no te moleste. ¿Puedo hacerme una foto contigo?

—Claro que sí.

Está temblando cuando se pone a mi lado. Me produce tanta ternura que le paso un brazo por encima de los hombros y le doy un apretón cariñoso. Sonrío a la cámara y luego le pido a su amiga que nos haga un par de fotos más. Esta vez pongo caras y ella se ríe.

—Es que… —dice emocionada— no sabes lo mucho que significas para mí.

Rompe a llorar y me quedo de piedra. Miro a Sam, que está tan sorprendida como yo. Su amiga le frota la espalda.

—Su hermana era tu mayor fan —me explica.

«Era».

«Oh, vaya…».

—Lo siento muchísimo.

—¡Qué tonta soy! —exclama avergonzada. Se seca las lágrimas y trata de sonreír—. Si Gala me pudiera ver, me echaría la bronca por ponerme a llorar delante de ti. Le

encantaba tu música. Mis recuerdos favoritos con ella son cuando cantábamos tus canciones a pleno pulmón en su habitación. Hiciste que todo fuera más fácil para nosotras. Tu voz nos ayudó en el peor momento. Necesitaba decírtelo. Gala jamás me habría perdonado que no te hubiera dado las gracias.

—No sé qué decir —respondo emocionada—. Significa mucho para mí que hayas querido compartirlo conmigo.

Movida por un impulso, saco mi teléfono y le pido que me dé su Instagram. La chica alucina, pero obedece sin rechistar. Le prometo que ella y su amiga están invitadas al próximo concierto de Yūgen en la ciudad.

—De verdad que no tienes por qué… —titubea.

—Insisto —la corto—. Me gustaría mucho que estuvieras en nuestro concierto.

—¿Te puedo dar un abrazo?

—Por supuesto.

Nos fundimos en un abrazo y se me saltan las lágrimas. Es una historia triste y, a la vez, preciosa. Me siento tremendamente honrada de que nuestra música signifique tanto para ella. Ojalá hubiera podido conocer a su hermana.

—¿Sabes? —dice cuando nos separamos—. Eres estupenda. Me caes genial. Me da igual las mentiras que escribe la prensa sobre ti. Siempre supe que eras increíble.

Las chicas se marchan y Sam y yo nos quedamos solas. Me mira con una sonrisa tan enigmática que digo:

—¿Qué?

—Te has emocionado.

—No… —contesto con lágrimas en los ojos.

—Ay, Gabi, qué mona eres. —Me da un abrazo de los suyos y añade—: Más que increíble, yo diría que eres maravillosa.

68
Pol

Observo con recelo la mansión de cuatro plantas rodeada de montañas verdes. Gabi tenía razón, está encima de un acantilado con vistas al mar. El lugar es un auténtico paraíso. Hay plantados arbustos con flores muy coloridas, tiene un huerto ecológico y una enorme piscina de agua salada. Hay una zona de pícnic rodeada de árboles, y bajo su sombra algunos internos están tumbados leyendo. Todo parece perfectamente ideado para causar una buena impresión. Sí, por supuesto que es un paraíso, siempre y cuando el paraíso sea una cárcel en la que tienes que pedir permiso hasta para ir a mear.

Tengo la mandíbula tan apretada que rechino los dientes. Reconozco que el lugar es precioso. Incluso hay un sendero de abetos que conduce a la entrada, por si algún iluso quiere creer que le están dando la bienvenida a Disneyland.

—Vamos. —Iris tira de mi mano, pero no me muevo—. Venga, Pol. Ya hemos hablado de ello.

Lo sé, pero le ruego con la mirada que me deje unos segundos para asimilar que voy a vivir aquí durante un tiempo. Lejos de mis amigos, la batería y el mundo que conozco.

—No puedo —digo negando con la cabeza—. Pensé que podría, pero no puedo.

—Claro que puedes. —Me suelta y me pone las manos en los hombros—. Sé que es muy difícil. Vendré a visitarte todos los fines de semana. No estás solo.

Estoy cansado de que me digan que no estoy solo. De acuerdo, valoro sus muestras de ánimo. Pero en el fondo soy yo

el que tiene que quedarse aquí encerrado para desintoxicarse.

Miro a mi hermana a los ojos. Siempre lleva el maquillaje perfecto, pero en los últimos días tiene aspecto de dormir poco. Soy yo el que le hace esto. Lo sé. Ese es el único motivo que encuentro para arrastrar los pies hasta la entrada. En cuanto cruzamos el sendero de abetos, una mujer alta y trajeada nos recibe con una sonrisa profesional.

—Bienvenido, Pol —me saluda como si fueran unas putas vacaciones.

No digo nada. Mi hermana le estrecha la mano y la mujer se presenta. Se llama Aura y es la mandamás de este sitio para drogadictos. Desconecto de la conversación y miro a mi alrededor con un desdén que proviene de lo más profundo de mi alma. Reconozco a un presentador de televisión, un deportista de élite y un actor. Pues qué bien. Voy a hacer amigos nuevos.

—Pol —me llama mi hermana—, me marcho.

Le digo lo que sé que necesita escuchar.

—Tranquila, estaré bien.

Su preocupación es palpable cuando me abraza. Pienso en la relación tan tensa que hemos mantenido en los últimos años. Es irónico que haya tenido que descender al infierno para que mi hermana muestre su vena más cariñosa. Tampoco puedo culparla. No hemos tenido unos padres que fueran amorosos, por lo que no ha tenido de quién aprender.

—Cuídate, ¿vale?

—Estaré bien —repito sin creérmelo.

Iris se marcha y acompaño a la mandamás. Me hace un tour por las instalaciones. Hay pistas de pádel, una piscina climatizada y otra al aire libre, un gimnasio y una lista de actividades. Debo apuntarme al menos a una. Observo el listado que me entrega con desinterés y escojo la clase de *kick-boxing* para que me deje en paz. Me explica que tendré una

rutina y me pregunta si me apetece instalarme o confraternizar con los demás internos. Sinceramente, prefiero pegarme un tiro antes que hablar con alguno de estos fracasados.

—Me gustaría ver mi habitación, gracias.

Tengo una de las mejores habitaciones de este lugar, no me cabe duda. Me faltan muchas cosas en la vida, pero el dinero no es una de ellas. En cuanto me quedo solo, salgo al balcón con vistas al mar para fumar un cigarro. Menos mal que el tabaco no está prohibido porque, de lo contrario, me volvería loco. Me han quitado el móvil, aunque eso es lo de menos, ya que no me apetece hablar con nadie. Me apoyo en la barandilla, doy una profunda calada y leo mi horario. A las siete de la mañana en planta, a las ocho desayuno, a las nueve terapia grupal, a las diez tiempo libre, a las once psicólogo… Joder, no he pasado ni un día aquí y ya estoy deseando largarme.

—No es tan malo —dice una voz—. Al final te acostumbras.

Me giro para ver a un tipo que está asomado al balcón de al lado. Lo que me faltaba, el simpático de turno.

—Soy Pablo. ¿Y tú?

Apago el cigarro en la barandilla y entro en la habitación sin despedirme. Si pensaba que había caído bajo, estaba equivocado. Ahora sí que estoy en el puto infierno.

70

Pol

Llevo dieciséis días, cuatro horas, veintiocho minutos y doce segundos encerrado en esta puta prisión. Puede que por fuera parezca un hotel de cinco estrellas, pero el primer día descubrí que aquí hay más normas que en una cárcel.

Todos los días me obligan a ir a terapia con un montón de gente con la que supuestamente debo de tener muchas cosas en común porque somos unos adictos.

Todos los días tengo que ir a la misma hora al comedor, aunque el simple hecho de desayunar haga que se me revuelvan las tripas.

Todos los días tengo que charlar con un psicólogo que se parece mucho a Bryan Cranston y se limita a hacerme preguntas que no me apetece responder y a prolongar silencios que me sacan de mis casillas.

Lo único que me mantiene cuerdo es el tabaco, hacer unos largos en la piscina y pegarle al saco de boxeo hasta que acabo empapado en sudor.

Estoy de peor humor que cuando llegué, lo que no hace más que aumentar mi desagrado por este sitio. Aquí no van a curarme. Yo no elegí venir a este lugar, sino que no me quedó más remedio si quería seguir formando parte de Yūgen. La música es lo único que tiene sentido en mi vida. ¿Y pretenden arrebatármelo? Ni de coña.

Hay días en los que estoy cabreado con todo el mundo, sobre todo con mis amigos por obligarme a venir.

Hay días en los que no me soporto.

Hay días en los que salto a la mínima. Y hoy es uno de ellos.

Estoy tumbado en una hamaca leyendo *La chica en la niebla,* una novela negra que he pillado en la biblioteca. La verdad es que no soy un gran lector, pero esta mañana me hice daño en la muñeca mientras le pegaba al saco de boxeo y necesito cualquier distracción con la que tener la mente ocupada.

—Buenos días —me saluda Pablo.

Le dedico un frío gesto de cabeza y vuelvo a centrar la vista en el libro. Pablo se aloja en la habitación contigua a la mía y se ha propuesto sacarme conversación, vete a saber por qué. La mayoría de los internos se rindieron a los cinco días, pero él es muy insistente. Coincidimos en la terapia grupal, donde me enteré de su historia. Es un adicto a la cocaína que ha vuelto a recaer después de ocho meses limpio y una primera visita al centro el verano pasado, lo que me autoconvence de que este lugar no sirve para nada. Por tanto, seguiré en mi línea de portarme bien, ir a mi rollo y conseguir que me den el alta lo antes posible.

—¿Está bien? —me pregunta.

—¿Qué?

—Tu libro.

—Solo llevo diez páginas.

—Diez páginas bastan para saber si un libro es bueno.

—¿Y eso? ¿Eres editor, escritor o trabajas en el mundillo para saber tanto? —le espeto cabreado, pero no lo dejo responder—. Ah, no. Olvidaba que eres el típico sabelotodo insufrible que se mete donde no lo llaman. Pasa de mí, estoy leyendo.

—Perdona, tío. —Se tumba en la hamaca y abre su libro. No parece en absoluto afectado por lo que he dicho, lo cual me enfurece todavía más—. Es solo que me recuerdas mucho a mí la primera vez que estuve aquí. Me hubiera gustado que alguien no tuviera miedo de acercarse a hablar conmigo.

—Somos muy diferentes —respondo sin apartar la vista del libro—. Yo solo quiero que me dejen en paz.

—De acuerdo —dice sin venirse abajo—. Pero recuerda que aquí tienes un amigo si te hace falta.

Pongo los ojos en blanco y sigo leyendo. Joder, qué tío más plasta. No va a hacerme cambiar de opinión. Seguiré a mi bola hasta que el médico decida que puedo largarme. Lo único que quiero es tocar la batería… y reencontrarme con Gabi. Sé que es absurdo porque le pedí que no me llamara ni viniera a visitarme. Ojalá pudiera acariciar su piel suave, besar su boca y oler su pelo. La echo jodidamente de menos, razón de más para mantenerme alejado de ella. Ya he demostrado que le puedo hacer mucho daño.

—Pol —me llama Aura.

¿Y esta qué quiere ahora?

Bajo el libro y le dedico mi mirada de «déjame en paz» que no la intimida en absoluto.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondo seco. Le doy un golpecito al libro—. Estaba leyendo.

—Genial, es muy positivo que encuentres nuevos pasatiempos que te distraigan —me felicita como si fuera un crío que necesita que le regalen los oídos—. Tienes visita.

Entorno los ojos. ¿Cómo que tengo visita? La semana pasada llamé a Iris y le dije que no quería que viniera a verme. No lo entiendo. ¿Qué hace aquí? Se lo tomó un poco mal, aunque dijo que respetaría mi decisión. No tengo ganas de ver a nadie. Estoy que me subo por las paredes y lo último que me apetece es gritarle a la cara que por su culpa estoy en esta cárcel.

—¿Quién es? —pregunto con recelo.

—Tu amigo Axel.

Se me cae el alma a los pies. Joder, debería habérmelo imaginado. Típico de Axel, aparecer aquí con sus buenas

intenciones. En otro momento de mi vida se lo habría agradecido. No puedo dejar que me vea así. De lo contrario, le recriminaré un montón de cosas sin sentido que le harán daño. A Gabi le dije que no me importaba y que solo estábamos follando y todavía no me he perdonado. Ahora mismo estoy demasiado cansado, frustrado y enfadado con el mundo como para ver a mi amigo.

—¿Estoy obligado a verlo?

Mi pregunta la pilla desprevenida.

—No, pero…

—En ese caso, prefiero leer —digo al tiempo que levanto el libro.

—Tu amigo ha hecho un largo viaje —intenta convencerme—. Te vendrá bien hablar con alguien de tu entorno.

Al ver que ni siquiera la miro, se da por vencida y suelta un profundo suspiro. Miro por encima del libro para comprobar que se ha ido. Entonces maldigo entre dientes y arrojo el libro al suelo. Me sabe mal no aceptar la visita de Axel, pero sé que me arrepentiré si dejo que me vea. En este momento, soy una cobra venenosa que solo desea que alguien le dé un motivo para morderle.

—Yo tampoco quería recibir visitas el año pasado —dice Pablo.

Me vuelvo hacia él y le lanzo una mirada asesina.

—Mira, tío, ocúpate de tus putos problemas y déjame en paz, ¿vale?

—Como quieras —responde y centra de nuevo la mirada en su libro—. El dolor nos aleja de las personas a las que queremos porque pensamos que merecemos sufrir en soledad. No hay nada de malo en pedir ayuda. De hecho, hay que ser muy valiente para aceptarla.

—Joder con el puñetero Sócrates. —Me levanto para largarme a otro sitio en el que pueda estar solo—. Dedícate a

escribir libros de autoayuda en lugar de a dar consejos que nadie te ha pedido.

¿Me siento mejor cuando me largo a toda prisa a mi habitación? Para nada. En este momento, soy un animal herido que huye de todo el mundo porque es incapaz de reconocer que es su peor enemigo.

71
Gabi

Sam se tomó muy bien que volviera a casa de mi padre. Dijo que se alegraba de que hubiéramos hecho las paces porque era evidente que nos echábamos mucho de menos. Para celebrarlo, me preparó fajitas picantes para cenar. En fin, no todo el mundo tiene la suerte de tener una amiga tan genial como ella.

Hoy Sam se queda a dormir en mi casa, pues algunas cosas no cambian y ya he llegado a la conclusión de que duermo mejor con ella. Suelo decirle que es mi gran oso de peluche y ella finge que la dejo sin respiración cuando la abrazo, pero ambas sabemos que le encanta. Me tranquiliza tenerla a mi lado. Me gusta quedarme dormida escuchando su respiración y que su rostro sonriente sea lo primero que veo por la mañana.

Mi padre está sorprendido de lo bien que toco la guitarra y me pide constantemente que interprete «Yellow Submarine», una de sus canciones favoritas. Sam y yo nos miramos con complicidad cuando nos cuenta una de sus anécdotas sobre Paul McCartney. Nunca sabré si llegaron a conocerse o no, pero hace mucho tiempo que asumí que siempre seré la hija que lo escucha como si fuera la primera vez que lo explica.

—Niñas, me voy a la cama —se despide mi padre de nosotras. Le da un beso en la mejilla a Sam y luego otro a mí—. Portaos bien y no hagáis mucho ruido. Cada vez tengo el sueño más ligero.

—Papá, deja de comportarte como un jubilado gruñón.

—Tener hijos para esto… —se queja con dramatismo.

Sam se aguanta la risa hasta que se va. Le ha cogido mucho

cariño a mi padre, que la trata como si fuera una hija adoptiva.

—Qué mala eres. Te encanta chincharlo.

—Es mi obligación de hija.

Toco los primeros acordes de «Hallelujah», de Leonard Cohen, una de las canciones favoritas de Sam. Al escucharla, se le ilumina la sonrisa y saca el móvil para grabarme. Pongo los ojos en blanco.

—Deja de grabarme y canta conmigo, tonta.

—No sé, diva del rock —me vacila—. Mi voz queda eclipsada por la tuya en las notas altas.

—No sabía que fueras tan insegura. —Le sigo el juego.

—Es difícil brillar a tu lado. Tengo entendido que para la revista *Rolling Stone* eres la mejor voz de este país.

—Cállate ya, idiota.

—Pero ¿no quieres que cante? Aclárate de una vez, diva egocéntrica.

Le saco la lengua y se levanta para sentarse a mi lado. Esta vez se guarda el móvil.

—«Now I've heard there was a secret chord —cantamos— that David played, and it pleased the Lord…».

Hay algo muy íntimo en cantar con Sam. He hecho varias colaboraciones y desde hace un par de discos Leo y yo cantamos algunas canciones juntos; pero, cuando mi voz entra en contacto con la de Sam, siento que nos enredamos como si fuéramos dos gotas de agua que descienden por un cristal hasta que se encuentran. Cantamos mirándonos a los ojos y es lo más sincero que me ha pasado en la vida. Me tiemblan las manos al tocar la guitarra y una emoción cálida se apodera de mi pecho.

—«Hallelujah…».

Cierro los ojos y dejo escapar el aire que estaba conteniendo. Y, justo cuando estoy segura de que este momento no puede ser más perfecto, Sam me da un beso en la mejilla, sonríe y vuelve a tambalear todas mis convicciones.

—Te quiero, tonta.

—Yo también te quiero, Sammy.

Nos tumbamos en la hamaca. Tenemos que ponernos de lado para caber las dos. Su respiración me hace cosquillas en el cuello y un incendio se despierta en mi interior cuando me aparta el pelo de la cara. Es una sensación intensa, devastadora e imposible de ignorar. Debe de notármelo, pues entorna los ojos y dice:

—¿En qué piensas?

—No sé —respondo, y es la pura verdad. No tengo ni idea de lo que me sucede. No comprendo por qué cada vez que me toca deseo que no deje de hacerlo.

—¿Cómo no vas a saberlo? —Se ríe.

—No pensaba en nada —miento como una bellaca.

—No te creo.

—Me da igual —digo con mucha dignidad. Escondo la cabeza en el hueco de su cuello porque me sube el calor. Es un fastidio ser tan blanca. Así no hay quien disimule—. ¿Sabes qué estaría bien?

—Que fueras sincera conmigo.

—Hacer un viaje —la ignoro—. Casi nunca tengo tiempo de viajar. Ahora que la gira se ha aplazado me encantaría perderme en algún sitio.

Sus dedos recorren mi brazo y agradezco tener la cara oculta en su cuello, pues así no puede ver que me he sonrojado.

—¿A dónde te gustaría ir?

—No he dicho que quiera ir contigo.

—¡Serás zorra!

Me parto de risa y empezamos a hacernos cosquillas. Gano yo, por supuesto. Conozco todos sus puntos débiles y soy tan maligna que los utilizo sin piedad hasta que me grita que se rinde.

—Pues claro que quiero que vengas conmigo —digo con

obviedad—. No he pensado en otra persona que no seas tú.

Sam abre mucho los ojos y un nudo de ansiedad se instala en mi garganta. Uf, eso ha sonado… muy intenso.

—O sea, quiero decir… —balbuceo nerviosa.

—Te he entendido, Gabi.

«No me has entendido —quiero decirle—. ¿Cómo vas a entenderme si ni siquiera lo hago yo?».

—¿Qué destino te llama la atención?

—Cualquiera en el que no me conozcan.

—Difícil, chica famosa en el mundo entero.

Le doy un pellizco para que deje de tomarme el pelo, aunque no le falte razón.

—Como no vayamos a China…

—Siempre he querido ir a China —dice muy animada—. Uno de mis sueños es caminar por la Gran Muralla china.

—Me estás vacilando.

—Qué va, es en serio. De pequeña veía en bucle *Tigre y dragón*. Me flipaban los paisajes. Tiene que ser una pasada.

—De acuerdo —decido en un impulso—. China, allá vamos.

—¿En serio?

Sam se levanta de un salto. Está emocionadísima. Haría lo que fuera por hacerla feliz. Además, me vendrá bien hacer un viaje. El destino es lo de menos si la compañía es la adecuada.

Sam se pone a bailar y a gritar como una loca.

—Vamos a «pasalo en glande» —bromeo.

Se queda callada de golpe y me mira.

—Ha sido malísimo.

—Pues sí —concuerdo riendo.

Me pongo de pie para bailar con ella y Percy comienza a ladrar indignado porque lo hemos despertado. Estoy segura de que vamos a vivir un viaje inolvidable. Al fin y al cabo, las mejores experiencias nacen de lo inesperado.

72
Gabi

—Es increíble… —digo maravillada.

A mi lado Sam está boquiabierta y guarda silencio. Le brillan los ojos. Anoche aterrizamos en Pekín y hoy nos hemos despertado a las seis de la mañana para que Wang, nuestro guía, nos recogiera para llevarnos a ver la Gran Muralla china. Hemos escogido el recorrido entre Jinshanling y Simatai, una zona poco concurrida a cuatro horas en coche de Pekín. Esta parte de la muralla no está restaurada, razón de más para elegirla. Estuvimos a punto de echarnos atrás por la dificultad del camino, pues es una zona repleta de pendientes en la que hay que atravesar veinticuatro atalayas y recorrer ocho kilómetros. Estamos exhaustas después de habernos dejado el alma subiendo cuestas y algunos tramos de escaleras. Definitivamente, ha merecido la pena.

Me quedo sin aliento al contemplar el paisaje. El cielo es de un precioso color azul despejado, a diferencia del nubarrón gris y contaminado que nos recibió en Pekín. El sol brilla con intensidad sobre el horizonte de montañas infinitas, en cuyas laderas crece una espesa vegetación verde. Los kilómetros de piedra serpentean entre el paisaje como el esqueleto de un dragón. Huele a hierba mojada y flores silvestres. Aquí arriba se respira una paz absoluta. Cierro los ojos y escucho la brisa del viento meciendo las hojas de los árboles, el canto de los grillos y las cigarras, el graznido de los pájaros y el rumor del agua corriendo por los arroyos. Abro de nuevo los ojos y grabo en mi retina cada imagen. No hago ninguna foto porque es

imposible que capte la belleza salvaje y sobrecogedora. Me siento diminuta rodeada de tanta inmensidad.

—Guau —digo en voz baja.

Sam pone su mano encima de la mía y todas las emociones que intento contener cada vez que estamos cerca se disparan. Mantengo la mirada clavada en el horizonte. Se me ha acelerado el pulso y un calorcillo me sube por la mano.

—No pensaba que fuera tan… —mi amiga traga saliva, impresionada por la majestuosidad de este sitio— alucinante.

—Es una belleza.

—Lo es —afirma.

En ese momento me doy cuenta de que me está mirando y me sonrojo sin poder evitarlo. Sam me sonríe. Sé que solo ha sido una casualidad. No se refería a mí. No sé por qué de repente la veo con otros ojos. Menuda locura. No puedo arriesgarme a destruir nuestra amistad por unos sentimientos que no tengo del todo claros.

Wang se acerca para traernos un par de botellas de agua que aceptamos agradecidas y nos explica la historia de la muralla. Se construyó a lo largo de dos mil años y siete dinastías para proteger el norte del país de los bárbaros. Se calcula que tenía más de veinte mil kilómetros, aunque por desgracia en la actualidad solo se conserva un treinta por ciento de la construcción, que simula ser un gran dragón de piedra que protege China. El guía nos cuenta que es un símbolo de orgullo nacional y que existen muchas leyendas inspiradas en la muralla. Sam y yo lo escuchamos sin pestañear, con las manos entrelazadas y la vista clavada en el horizonte de montañas infinitas.

Después de comer en el centro de visitantes y atravesar un bosque que nos deja en la carretera, el chófer nos recoge para

trasladarnos de regreso a Pekín. Estamos agotadas por la intensa caminata, pero la excursión ha merecido tanto la pena que nos negamos a volver al hotel. Nos despedimos de Wang hasta el día siguiente y vamos a dar un paseo a Wangfujing, una zona que está muy cerca de nuestro hotel y que, según Wang, no podemos perdernos. Es una calle comercial situada en el centro de la ciudad. Un auténtico festival de tiendas, mercadillos y olores. Le aprieto la mano muy fuerte a Sam porque no quiero perderla de vista y ella bromea diciendo que no es una niña.

Salvando las distancias, me recuerda un poco a Times Square de Nueva York. Este lugar está atestado de gente y hay letreros luminosos de neón en las fachadas de los edificios. Pasamos de largo tiendas de lujo como Prada o Burberry y otras tan conocidas como McDonald's o Zara y nos zambullimos en la parte más auténtica, que es una calle estrecha adornada con los típicos farolillos chinos.

Empieza a anochecer y el lugar se vuelve más atractivo debido a la iluminación. Entramos en una tienda de tés, otra de zapatos, varias de recuerdos y una de sombreros. Luego nos adentramos en el mercadillo nocturno, que a esta hora es un hervidero de gente. Hay un montón de puestecillos que echan humo y a los que los turistas se asoman para mirar con una mezcla de fascinación y repulsión las brochetas de caballitos de mar, serpientes, escorpiones y cucarachas. Sam me agarra del brazo para que nos acerquemos a curiosear.

—Ni de coña me meto una cucaracha en la boca —le advierto.

—¿Y un escorpión? —Los señala y se me revuelve el estómago—. Tienen pinta de ser muy crujientes.

Me sobreviene una arcada y huyo despavorida. A ver, una cosa es mimetizarse con el ambiente y otra muy diferente comer insectos. Donde se ponga un pincho de tortilla de

patatas o un bocadillo de jamón…

Sam se ríe al ver mi cara de espanto, pero no se atreve a probar los «apetitosos» aperitivos chinos.

—Pues me ha entrado hambre —dice acariciándose la barriga.

—No te creo —respondo alucinada.

—A ver, no tiene que ser de serpientes o escorpiones, pero sí que estoy famélica. —Pone cara de pena ante mi expresión recelosa—. Seguro que podemos encontrar algo de nuestro gusto.

—Si mi comida está al lado de una cucaracha frita, no la quiero.

—Vaaale. —Tira de mi brazo para meternos por una calle menos concurrida—. ¡No seas tan melindrosa!

—Quiero seguir viva —me hago la digna—, Percy me necesita.

—¡Y dale! —Se parte de risa—. Está genial con mi hermano. Lo tiene casi más mimado que tú. Eres una dueña muy sobreprotectora.

—Y me enorgullezco de ello. —Le saco la lengua.

Curioseamos por los puestos de comida callejera. Sam está más predispuesta que yo a dejarse tentar por la comida, que, por cierto, no tiene nada que ver con lo que nos venden los restaurantes chinos de España. Al final se para delante de un puesto de brochetas de patatas fritas y pide solo una, pues yo sigo muy recelosa.

—¿No piensas comer nada?

—Siempre me quedará McDonald's.

—Increíble. —Niega con la cabeza—. Has hecho un viaje de más de diez horas en avión para comer una hamburguesa.

—No he venido por la comida.

—Tú te lo pierdes.

Le da un bocado a la brocheta y entrecierra los ojos. O es una

gran mentirosa o no está tan mal.

—Pica un poco, pero está rico. —Me ofrece la brocheta—. Venga, pruébalo.

La verdad es que la larga caminata me ha abierto el apetito, por lo que me atrevo a darle un pequeño bocado. He de admitir que el sabor me sorprende. Sabe a patatas con salsa picante y está bastante bueno, así que prefiero no saber si lleva algo más.

—¿Lo ves? —dice satisfecha.

Nos acercamos a otro puesto en el que una mujer vende unas empanadillas cocidas al vapor que se llaman *dim sum*. La chica habla inglés y le pregunto de qué son, pues no quiero llevarme una sorpresa desagradable. Me explica que están rellenas de trufa, marisco y carne. Elijo las de marisco y cruzo los dedos para que no lleven ningún ingrediente secreto y repugnante. Sam y yo vamos comiendo por la calle mientras contemplamos el resto de los puestos. Se para a probar el pato laqueado, algo a lo que yo me niego porque los patos me parecen unos animales adorables y soy una vegetariana selectiva.

—Eso ni siquiera existe —dice.

—Lo que tú digas.

—Pues eso, lo que yo te diga.

—Los vegetarianos selectivos también tenemos nuestros principios alimenticios —respondo convencida—. No como pato, cordero, pájaros…

—¿Y el pollo y el pavo qué son?

—Qué mala eres cuando te llevo la contraria —siseo.

Sam se parte y yo finjo ofenderme, pero me puede la risa. Damos un paseo por una calle tranquila. Me siento de maravilla caminando sin gafas de sol y sin miedo a que alguien me reconozca. Es un gustazo ser una persona anónima por unos días.

—Me alegro de haber venido —le digo con sinceridad.

Sam me mira, y hay una emoción tan profunda en sus ojos

que mi corazón se acelera sin remedio.

—Y yo.

—¡Mira! —Señalo un estudio de tatuajes para romper el momento que acaba de producirse entre nosotras—. Son una pasada.

Lo digo de verdad. Los diseños minimalistas son preciosos y diferentes. Siempre me ha picado el gusanillo de hacerme un tatuaje, pero nunca acabo de decidirme. Sam lo sabe. A veces hemos bromeado sobre hacernos uno juntas. Nos miramos y sé que me ha leído la mente. Me muerdo el labio. Para mí sería la primera vez, pero ella tiene varios tatuajes: los nombres de sus hermanos en el tobillo, un corazón punteado en la clavícula, un trébol de cuatro hojas en la parte superior del codo y la palabra «resiliencia» en el costado. Sí, no es para nada raro que me sepa de memoria sus tatuajes.

—Por mí sí —me anima.

—Uf, menos mal. Yo también me caigo de sueño y solo deseo volver al hotel.

—¡Idiota! —Me da un empujoncito y luego me mira expectante—. ¿Te atreves o no?

—Me da miedo no soportar el dolor.

—Uno pequeñito.

—Y es para toda la vida…

—Como nuestra amistad.

—Estás muy segura.

Me mira como si quisiera estrangularme.

—Las cosas buenas deberían ser para siempre, al igual que las personas bonitas. —Me tapa la boca y añade—: Es una frase muy cursi, pero, como digas algo que pueda estropearla, te mato.

Sam aparta la mano y me mira con recelo.

—Iba a decir que un tatuaje pequeñito en la muñeca estaría bien.

—¿En serio? —pregunta ilusionada.

—Pues claro, boba.

Cojo su mano y entramos en el estudio. La tatuadora es una chica joven que habla inglés con fluidez. Nos pregunta qué hemos pensado y las dos nos miramos indecisas. Le pedimos que nos dé un poco de tiempo para decidirlo y ella asiente con una sonrisa. De pronto, se me ocurre una idea que creo que es perfecta, siempre y cuando a ella le parezca bien.

—¿Te acuerdas del día que estábamos en tu terraza y me dijiste que la rosa amarilla era tu flor favorita y que simbolizaba la amistad?

—Tú me dijiste que también era la tuya —recuerda con una sonrisa, sabiendo por dónde voy—. ¿Quieres que nos tatuemos una rosa amarilla? Por mí genial.

—Podríamos añadirle algo más para que sea un tatuaje único.

—¡Un símbolo de infinito!

—Me gusta.

Nos abrazamos ilusionadas y la tatuadora nos observa como si nos hubiéramos vuelto locas. Le explicamos el diseño que queremos y se pone manos a la obra. Apenas tarda cinco minutos en dibujar un símbolo de infinito con una rosa amarilla entrelazada. Sam y yo asentimos porque es simplemente perfecto. Como soy una cagona, ella extiende el brazo para tatuarse primero. Le pregunto un millón de veces si le duele mucho y me asegura que solo nota pequeños pinchazos.

Mira con orgullo su tatuaje, que resalta en su muñeca bronceada.

—Te toca.

—Me lo he pensado mejor —digo retrocediendo. Sam abre los ojos de par en par y no logro aguantarme la risa—. Te has asustado, ¿eh?

—En realidad, estaba pensando en cómo ocultar tu cadáver.

—Imposible. —Me siento en la butaca y le ofrezco el brazo a la tatuadora—. No puedes vivir sin mí.

Cierro los ojos para no mirar la aguja y Sam me aprieta la mano libre para tranquilizarme. Al ver que no siento nada, abro un ojo y descubro que ya ha comenzado. Vaya, no es para tanto. Pensaba que me dolería un montón. Es un tatuaje pequeño y apenas tarda diez minutos. Luego me aplica una pomada antiséptica y le hace una foto.

—Qué guay —digo emocionada—, mi primer tatuaje.

Le damos las gracias y salimos del estudio. Caminamos sin prisa hacia el hotel. No puedo dejar de mirarme el tatuaje. Me encanta. Cuanto más lo observo, más bonito me parece.

—Si dejamos de hablarnos, siempre lo puedes tapar con un brazalete —bromea.

—¿Cómo voy a dejar de hablarle a la única persona que soporta mis llamadas de dos horas en las que me quejo del final de *Juego de tronos?*

—Sí, la última temporada fue lo peor —concuerda. Se queda parada y, como vamos cogidas de la mano, me obliga a frenar. La miro con las cejas enarcadas y ella esboza una media sonrisa de lo más enigmática. Me aparta el pelo de la cara sin ser consciente de que despierta una tormenta de emociones en mi interior cada vez que me toca—. Nunca me habría tatuado con nadie que no fueras tú, ni tampoco habría hecho este viaje con otra persona. Quiero… —traga saliva y me mira emocionada— quiero que estés en todos mis buenos momentos, Gabi.

Hay algo maravilloso en que una persona te elija para estar en sus buenos momentos. Sí, es cierto que debemos estar en las peores épocas de nuestros seres queridos. Pero, si alguien decide que te mereces estar en sus momentos más dichosos, significa que te ha escogido para compartir su felicidad contigo. Y no hay nada más valioso que el hecho de que

alguien decida que quiere ser feliz a tu lado.

Le doy un abrazo porque yo siento exactamente lo mismo… multiplicado por mil. Escondo la cara en su pelo mientras intento que no me explote el corazón. Por supuesto que la quiero en mis buenos momentos. No podría elegir a otra persona. Sam hace que todo sea perfecto, inolvidable y real de una forma maravillosa.

73
Pol

Otro día más de mierda en esta prisión que todos pintan como si fuera Disneyland. No veo el momento de salir de aquí, sentarme detrás de la batería, coger las baquetas y ponerme a tocar como un loco hasta que la presión que tengo en el pecho se esfume por completo.

No le veo ningún sentido a estar aquí. De acuerdo, tengo un problema. Lo reconozco. Pero eso no significa que puedan obligarme a ir a terapia ni tratarme como un imbécil que no es capaz de tomar sus propias decisiones.

Estoy muy cabreado.

Para colmo, se me ha acabado el tabaco y la máquina dispensadora se ha averiado. He tenido una bronca monumental con un enfermero porque le he pedido que me dejara salir para ir a comprar tabaco, algo a lo que se ha negado de manera rotunda. Le he gritado que no pueden tenerme aquí encerrado en contra de mi voluntad y me ha explicado que para salir del centro debo pedir el alta voluntaria, pero que si seguía gritando podía llamar a Aura para que tuviera una conversación conmigo. No me ha gustado el tono en el que me ha hablado, aunque me he limitado a fulminarlo con la mirada. Si pido el alta voluntaria, les fallaré a mi hermana y a mis amigos. A estas alturas no sé si me importa decepcionarlos. Lo único que tengo claro es que daría lo que fuera por volver a subirme al escenario y tocar la batería, así que hago de tripas corazón.

Puedo sobrevivir hasta mañana sin tabaco.

Joder, no puedo.

La abstinencia me va a matar. Si a eso le sumas la falta de nicotina, el resultado es que quiera arrancarme la piel a tiras.

Aprieto con fuerza la barandilla hasta que los nudillos se me ponen blancos. Cuento hasta diez. Enumero todas las cosas que veo. Pienso en un recuerdo feliz. Utilizo todas las técnicas que me ha recomendado el psicólogo para mantener a raya la ira.

—¡Joder!

—¿Quieres uno? —me pregunta Pablo desde su balcón.

Es la primera vez que no quiero darle un puñetazo. Me abalanzo sobre el cigarro que me ofrece. Me da fuego y casi le respondo con una sonrisa de alivio. Casi.

—Gracias, tío. Me estaba volviendo loco.

—Ya me he dado cuenta —dice con tono comprensivo—. Aquí un día sin tabaco es como una eternidad sin agua.

Pone el paquete de tabaco encima de la barandilla que separa nuestros balcones como si fuera una bandera blanca de paz que estoy dispuesto a aceptar. Decir que no he sido simpático con él es quedarse corto, aunque supongo que no se lo ha tomado como algo personal, pues he sido un borde con todo el que ha intentado acercarse.

—Yo siempre tengo un par de paquetes por si acaso. Esa máquina se estropea cada dos por tres —me explica—. Coge los cigarros que necesites.

—Me salvas la vida.

Doy una calada que me sabe a gloria, a pesar de que esta mierda tiene un montón de sustancias cancerígenas que me acortan la vida.

—Para eso estamos. —Le resta importancia—. Hoy por ti y mañana por mí.

—Oye, tío…

Pablo levanta un brazo para hacerme callar.

—No hace falta que te disculpes. —Vacila al ver mi

expresión tensa—. ¿No ibas a disculparte? Vale, entonces lo retiro.

—No, no —lo tranquilizo—. En realidad iba a decirte que no estabas obligado a ser amable conmigo, sobre todo después de portarme como un gilipollas.

—¡Ah! —Se relaja—. Todos somos gilipollas alguna vez en la vida.

—Últimamente a mí se me da de maravilla.

—Ya, no has visto nada —me asegura—. Hace un año te daba tres mil vueltas. Lo mío no fue un ingreso voluntario. Mis padres me encerraron aquí después de que empujara a mi hermano por las escaleras. A ver, no era mi intención hacerle daño, pero es algo que te lleva directo a los tribunales —me explica avergonzado—. Y de los tribunales a este paraíso con piscina climatizada, gimnasio y pistas de pádel. Sobra decir que no me lo tomé nada bien. A ti al menos no han tenido que pincharte tranquilizantes, ni tampoco han llamado a la Policía porque has amenazado con un cuchillo a una enfermera.

—Joder, tío —digo con un hilo de voz.

Pablo esboza una sonrisa torcida.

—Te gano, ¿no?

—Todos somos gilipollas alguna vez en la vida —repito su frase para que no se sienta mal—. Parece que ya estás… mejor.

—La primera vez que vine aquí lo hice obligado —me repite —. Hay una gran diferencia entre recibir ayuda y pedirla. Cuando la pides, reconoces que tienes un problema que no puedes solucionar solo. No somos tan fuertes como nos creemos. Así funciona el ser humano, nos necesitamos los unos a los otros para sobrevivir. Somos seres sociables, no pasa nada por admitir que estás jodido y necesitas que te echen un cable.

—Visto así…

—Además, hay muchas cosas buenas que me esperan fuera —dice con una sonrisa—. Tengo a Bruno.

—¿Tu perro?

—Mi novio. —Se descojona.

Pongo cara de circunstancia.

—A ver, no lo he visto venir. ¿Y qué quieres que te diga? Bruno es nombre de perro. El San Bernardo de mi vecino se llama Bruno.

—¿Te incómoda que sea gay?

Ahora soy yo el que se ríe.

—Ya sé que he sido un capullo, pero tampoco tanto.

—Ya, eso me parecías.

Empieza a caerme bien. No sabía que aquí dentro hubiera una persona con la que valiera la pena charlar. Y hasta me da tabaco, lo que le hace ganar un millón de puntos extra.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? —Chasqueo la lengua—. Lo que ves. Estoy hecho polvo.

—Todos estamos hechos polvo —responde—. Y no me refiero a los que estamos aquí encerrados. Cualquier persona tiene una debilidad o huye de algo. Quien esté libre de errores, ya sabes, que tire la primera piedra.

—Amén.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál era?

—¿Cuál es tu motivo para salir de aquí? —se interesa—. El mío es Bruno.

—La música —respondo sin vacilar—. Quiero volver a tocar la batería.

—Ah. —Se da una palmada en la frente—. Sabía que me sonabas de algo. Eres el batería de Yūgen. Por eso tu cara me resultaba familiar.

Me tenso al momento. Debe de intuir lo que estoy pensando, pues dice:

—Tranquilo, no soy la clase de idiota que iría a la prensa.

Además, firmamos un contrato de confidencialidad al entrar aquí. Y creo que todos están demasiado ocupados solucionando sus movidas como para ocuparse de las tuyas.

—Supongo —respondo. No sé por qué de repente he creído que soy tan importante.

—La música —repite mientras me mira con curiosidad—. Has dicho la música cuando en realidad estabas pensando en una chica.

—Y tú qué sabes.

—Tenías cara de estar pensando en ella… o en él.

—Sería el mejor motivo para curarme —le confieso—. El problema es que no me la merezco.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

—¿Y ella qué opina?

—Quería venir a verme, pero le pedí que no lo hiciera. No soporto que me vea en mi peor momento. Ya le he hecho demasiado daño. —Le doy otra calada al cigarro para mantener a raya mis emociones, que en este momento amenazan con desbordarme—. Está enamorada de mí. Es una chica alucinante, ¿sabes? Tiene los ojos azules más bonitos del universo. Tiene una voz… de otro planeta. Y no solo es preciosa, sino también divertida, cariñosa y me vuelve jodidamente loco.

—¿Cuál es el puñetero problema? —pregunta con tono crítico—. ¡Has encontrado a una chica increíble que te quiere!

—El problema soy yo —le aclaro—. No puedo hacerla feliz.

—No tenemos la obligación de hacer felices a los demás. Cada persona debe buscar su felicidad sin endosarle esa carga a nadie, pues la responsabilidad de disfrutar de la vida solo nos corresponde a nosotros.

—Qué profundo —le vacilo.

Pablo mira su cigarro y ladea una sonrisa.

—Y eso que no lleva nada raro —bromea—. ¿Estás enamorado de ella?

La pregunta me pilla con la guardia baja. Me he hecho muchas veces la misma pregunta. Sí, adoro a Gabi. Moriría por volver a besar su piel cálida y suave o por ver esa sonrisa infantil que me llega al corazón.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Ni siquiera tengo amor para mí mismo.

—Mala cosa —reflexiona—. Si no te quieres a ti mismo, no puedes tener amor para los demás.

Pablo apaga el cigarro y se queda mirando el paisaje montañoso durante unos segundos en los que ninguno se preocupa por romper el silencio.

—Te vendrá bien estar aquí —me asegura—. Tal vez encuentres la manera de hacer las paces contigo para saber si lo tuyo con esa chica tan increíble tiene futuro.

—¿Ya te vas?

La conversación me ha resultado agradable y ahora no me apetece quedarme solo.

—¿Me has cogido cariño? —pregunta con tono jocoso—. Me toca meditar. Mañana te paso un pódcast que te vendrá bien. No puedo renunciar a mis quince minutos diarios.

—Venga, ya te queda menos para ver a Bruno —lo animo.

—Hasta mañana, Pol.

Pablo se encierra en su habitación y deja el paquete de tabaco en la barandilla. Cojo otro cigarro y lo enciendo. Pienso en Gabi y en lo que podríamos haber sido si no me hubiera comportado como un cobarde y un egoísta que la apartó de su lado. Pablo tiene razón, debo hacer todo lo posible para reconciliarme conmigo antes de ir a buscarla. Tal vez, a fin de cuentas, tengamos una oportunidad si me esfuerzo en ser el hombre que ella se merece.

74
Gabi

El día se me pasa volando y, por la expresión emocionada de Sam, sé que ella siente lo mismo. Nos despertamos a las siete de la mañana, desayunamos y salimos del hotel para encontrarnos con Wang.

Nuestra primera parada es la Ciudad Prohibida, que me deja absolutamente impresionada. Es un complejo palaciego construido en madera rodeado por una muralla defensiva con cuatro puertas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Wang nos explica algunas curiosidades, como por ejemplo que el amarillo de los tejados a dos aguas es el color simbólico del emperador; excepto el tejado de la biblioteca, que es negro porque se asocia con el agua y previene los incendios, y el tejado de la residencia del príncipe heredero, que es verde, ya que se relaciona con la madera, que a su vez simboliza el crecimiento.

La verdad es que con Wang aprendemos cosas superinteresantes y es imposible aburrirse. Le pregunto por qué se llama la Ciudad Prohibida y me explica que durante quinientos años fue la residencia oficial de la familia imperial, por lo que para acceder se necesitaba un permiso especial.

Mi parte favorita del conjunto palaciego es el Salón de la Armonía Suprema, el palacio de mayor dimensión. En su interior hay un trono muy opulento decorado con un dragón en espiral. Sam le pregunta a Wang por el significado del dragón, pues lo hemos visto reflejado en muchos monumentos. Nuestro guía nos cuenta que en la cultura tradicional china el dragón es

un símbolo de poder, nobleza y honor, además de un emblema de soberanía de los emperadores. Lo escuchamos fascinadas y aprovechamos el tiempo libre que nos concede para hacernos algunas fotos y pasear a nuestro aire.

Después de visitar la Ciudad Prohibida y fotografiarnos haciendo el tonto —logramos convencer al tímido Wang para que pose con nosotras—, nos dirigimos al Parque Jingshan. Damos un paseo por los preciosos jardines, en los que predominan los árboles frutales y unos espectaculares árboles dorados que Wang nos explica que son ginkgo biloba, el árbol nacional de China. Algunos ejemplares pueden vivir más de mil cuatrocientos años, casi nada. Sam y yo nos tiramos en plancha sobre una mullida alfombra de hojas doradas que parece sacada de un cuento de hadas. Luego subimos hasta la Colina del Carbón, en la que podemos disfrutar de unas espectaculares vistas panorámicas de Pekín y la Ciudad Prohibida. Como Wang es una enciclopedia parlante —Axel se habría llevado muy bien con él—, nos explica que aquí se suicidó el último emperador de la dinastía Ming a mediados del siglo xvii.

—Y ese fue el final de la dinastía Ming —zanja con tono solemne.

—Jo, se me ha quedado mal cuerpo.

—Pues yo tengo hambre —responde Sam, y se pone a rebuscar en la mochila.

—Tú siempre estás hambrienta —digo poniendo los ojos en blanco.

—¿Entonces no quieres un… —saca una bolsa con lo que parecen unos bombones de chocolate— lo que sea esto?

Observo el paquete con recelo. El nombre está en chino, obviamente. Por tanto, no me fío de que en realidad lleven un ingrediente que no sea chocolate. Quizá contengan grillos o vete a saber qué.

—*Heitang Huamei* —dice Wang—. Ciruela deshidratada con

nuez y caramelo.

—No, gracias —rehúso con la nariz arrugada.

Sam pone cara de decepción, pero es demasiado curiosa para no probar semejante mezcla. Se lleva una ciruela a la boca ante mi cara de estupor.

—¡Está bueno! —Me ofrece una—. Venga, pruébalo.

—Eh… no —me niego—. Mi estómago no está hecho a prueba de bombas como el tuyo.

Sam se encoge de hombros y se come otra ciruela. Lo digo en serio, lo de esta chica no es normal. Esta mañana, en el desayuno del hotel, ha hecho toda clase de mezclas repugnantes y ha puesto el grito en el cielo cuando yo me he conformado con un pastelito con forma de panda y un zumo de piña que no sabía a piña.

—*Dabaitu!* —exclama Wang emocionado cuando Sam saca un paquete de caramelos—. Saben a vainilla.

Me atrevo a probar uno y el sabor me sorprende para bien. Después de llenarnos el estómago con todas las chocolatinas que Sam compró esta mañana en el supermercado, damos un paseo hasta Qianhai Lake, un pequeño lago en el que nos animamos a subir en barca. A Sam y a mí nos entra un ataque de risa al intentar grabar un tiktok y estamos a punto de caernos al agua ante la mirada asustada del pobre Wang, que nos espera en la orilla con cara de angustia. Seguro que somos las turistas españolas más locas que ha tenido el placer de conocer.

Después de nuestro accidentado paseo en barca, Wang nos lleva al Templo de los Lamas, el templo tibetano más importante que hay fuera del Tíbet. En su interior hay una impresionante estatua de bronce de un buda que mide más de dieciocho metros de altura. Delante de cada edificio hay quemadores de incienso. Wang nos explica que los ciudadanos vienen a depositar el incienso y rezar una oración mirando al

cielo. No soy una persona espiritual, pero no puedo dejar pasar la oportunidad y decido quemar incienso y rezar una oración para que Pol logre superar su adicción. Sam me observa sin decir nada, aunque tampoco hace falta que lo haga. Me conoce tan bien que sabe por qué lo he hecho.

Después de nuestra visita al templo, Wang nos conduce hasta el casco histórico de la ciudad, también conocido como *hutongs,* que es el nombre que se utiliza para designar a los callejones del casco antiguo de las ciudades de China. Está repleto de viviendas humildes y personas que pasean en pijama inmersos en un estilo de vida muy tradicional. Wang se lamenta de que la mayoría de los *hutongs* fueran destruidos durante la renovación de la ciudad para los Juegos Olímpicos. Nuestro guía nos anima a montar en un *rickshaw* para vivir la experiencia. Se trata de un carro tirado por un hombre que conduce una bicicleta. Sam y yo subimos a uno y nos negamos a regatear el precio, pero Wang se pone a discutir de forma acalorada con el conductor y luego nos guiña un ojo y nos dice que quería timarnos porque somos turistas.

—¿Qué haces? —protesto al darme cuenta de que Sam acaba de hacerme una foto.

—Una foto —responde con obviedad.

—Odio que me hagan fotos desprevenida.

—Ya, te suele pasar a menudo —me vacila—. Pobre diva del rock.

—Ja, ja. —Me pego a ella para que me enseñe la foto.

—No he podido evitarlo —dice—. Estabas muy guapa mirándolo todo tan embobada.

Contemplo la foto y frunzo el ceño. Me está vacilando. Tengo las mejillas sonrojadas, estoy despeinada y además ha pillado mi perfil malo. Voy a pedirle que la borre justo cuando se guarda el móvil en el bolsillo.

—No la pienso borrar. —Me lee la mente—. Me gusta la foto.

—A mí no.

—Pues qué pena —insiste—. Parecías muy feliz.

—¿Por eso me la has hecho?

—Y porque quería tener un recuerdo tuyo —responde con naturalidad—. Pero sí, sobre todo porque estabas tan feliz que quería inmortalizar el momento.

—Me lo estoy pasando genial —admito con una sonrisa—. Estar aquí, sin que nadie me reconozca, contigo…

El carro se hunde en un profundo socavón y Sam y yo nos chocamos de tal forma que nos damos un pico. Solo es un beso breve y superficial. Todo lo superficial que puede ser un contacto que convierte mi sangre en lava y mi cuerpo en un torrente de electricidad. Un intenso calor me sube por las mejillas. Estoy ardiendo. Se supone que solo ha sido un beso corto y accidental, pero sé que jamás olvidaré el tacto suave y carnoso de su boca.

Las dos nos quedamos igual de cortadas. Sam hace un ruidito extraño con la garganta y yo agacho la cabeza para mirar mis zapatillas. La tensión nos engulle como un lobo hambriento. No soy capaz de mirarla ni de hacer algún comentario guasón, pues se daría cuenta de lo afectada que estoy. Y nuestra amistad se iría al garete porque no debería sentirme atraída por mi mejor amiga. Me entra tal agobio que tengo ganas de llorar. Entonces Sam echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Me relajo de inmediato y me echo a reír, pues su risa me resulta muy contagiosa. Nuestras manos se rozan y mi pulso se para. Ahí está, otra vez, esa sensación intensa y difícil de ignorar. Sam me aprieta la mano e intento hacer caso omiso a los latidos acelerados de mi corazón.

Estamos agotadas al llegar al hotel. He perdido la cuenta del número de monumentos, parques y templos que hemos

visitado. Han sido más de doce horas por las calles de Pekín, pero se me ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Por supuesto, eso no hace más que incrementar el apetito de Sam, que arrasa con todo el bufet de la cena. La miro impresionada porque es la reina de las mezclas raras. Al final me convence para probar una sopa agripicante que lleva carne, verduras y huevo y cuyo sabor me sorprende para bien. Ella no tiene ningún problema en arriesgarse con casi todo. El pato laqueado, los *noodles,* el pollo *kung pao,* el pan de maíz y la sopa de té. Y, claro está, deja espacio para el postre porque dice que es una mujer de mundo que se empapa de la gastronomía de los lugares que visita.

—No sé dónde lo echas —bromeo.

Estamos tumbadas en la cama de la habitación. Nos acabamos de duchar y estamos en pijama. Me parece preciosa con su cascada de rizos esparcida sobre la almohada y el pijama enorme con estampado de cerditos.

—Es increíble que te hayan reconocido en China —dice riendo.

—¡Eran turistas francesas! —le recuerdo—. Eso no cuenta.

—Ya, claro. Si yo fuera a Francia, no me reconocería nadie.

—Pues te envidio.

—Claro, chica mundialmente famosa y humilde a la que el éxito no se le ha subido a la cabeza.

Le tiro de un rizo. La verdad es que ha sido una anécdota divertida. Íbamos dando un paseo cuando un par de chicas se me han acercado gritando «C'est toi! Tu es Gabi Luna!». Pensé que podría pasar desapercibida en China, pero no contaba con los turistas.

—Estoy agotada. —Me desperezo y me tumbo de lado para mirarla—. Creo que a Wang le gustas.

—¡Oh, venga ya! —Se altera—. Solo lo dices para chincharme.

—En serio —respondo divertida—. Me ha preguntado si tienes novio.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estás disponible.

—¡Gabi!

—¿Qué? —Me hago la inocente—. ¿Acaso no es cierto?

—Pues no —refunfuña.

—Ah, ¿no? —La miro confundida—. Ahora resulta que tu corazón está ocupado y soy la última en enterarme.

Se le cambia la cara.

—A lo mejor sí.

Enarco las cejas.

—¿Qué…?

—Vamos a dejarlo. —Lo dice con tal seriedad que cierro la boca de golpe—. No le des falsas esperanzas a Wang. Me sabe mal. Es encantador.

—¿Te has enfadado? —pregunto extrañada.

Se sobresalta cuando le toco el brazo y su rechazo me escuece.

—No es eso —responde algo crispada—. Da igual, Gabi.

—Pero…

—No estoy enfadada —dice un poco más relajada—. De verdad que no.

—Vale —contesto sin estar del todo convencida.

Me quedo mirándola. Está tumbada bocarriba con la vista fija en el techo. Observo lo mismo que ella sin encontrar lo que la tiene tan ensimismada. No sé por qué de repente se ha formado esta tensión entre nosotras, ni tampoco por qué me sienta tan mal que pueda estar interesada en alguna chica. A ver, somos amigas y podría habérmelo contado, ¿no? Uf, este remolino de ira que tengo en el estómago se parece demasiado a un ataque de celos. Me tumbo bocarriba, respiro hondo y aprieto los labios.

«No puedo estropear mi amistad con Sam por unos sentimientos tan confusos».

—¿Sabes lo que me gustaría hacer antes de morir? —lanza de repente.

—No —respondo desconcertada por su pregunta—. ¿A qué viene eso?

—Es un juego al que suelo jugar con mis hermanos. Se lo inventó Adrián. Mi padre nos obligaba a jugar en los trayectos en coche para que no le diéramos el viaje.

—¿Qué te gustaría hacer antes de morir? —le pregunto con repentino interés.

—Teñirme el pelo de rosa.

—Te quedaría fatal.

—¡Qué mala! —Me da un golpecito en el brazo—. Recuérdame por qué somos amigas.

—Para que te diga que el tono rosa no le quedaría bien a tu piel bronceada. Además, tienes un color de pelo precioso. No deberías teñírtelo.

—Mi pelo, mi decisión.

Resoplo. Si llega el momento, ya me las apañaré para quitarle la idea de la cabeza. En serio, su pelo es precioso. No me puedo creer que quiera estropeárselo con un tinte.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —respondo.

—¿Qué te gustaría hacer antes de morir? Tienes que responder lo primero que se te pase por la cabeza. No vale pensar.

—¡Hum…!

—¡No vale pensar!

—¡De acuerdo! —exclamo nerviosa—. Antes de morir me gustaría hacer un dueto con Elton John.

—Qué guay, me encanta «I'm Still Standing» —canturrea la primera estrofa—. Antes de morir me gustaría escribir un libro.

—Eso no me lo esperaba.

—Uno de cuentos infantiles. Me encantan. Me trasladan a mi infancia.

—Antes de morir me gustaría superar mi miedo a las alturas para saltar en paracaídas. Debe de ser una pasada.

—Si lo superas, me apunto —me promete—. Antes de morir me gustaría aprender chino. Tiene que ser superdifícil. Cada vez que Wang se pone a discutir con algún compatriota me muero de curiosidad.

—Nuestro Wang es el mejor.

—Desde luego.

—Antes de morir me gustaría…

—¡Sin pensar!

—Ay, no me pongas nerviosa —protesto—. Antes de morir me gustaría saber qué hay al otro lado. Lo reconozco, soy una miedica.

—A mí me encantaría reencarnarme en un pájaro.

—¿Para volar?

—No, para cagarme encima de la gente que camina por el carril bici.

—¡Sam! —Me entra tal ataque de risa que se me saltan las lágrimas—. Reconozco que a mí también me caen fatal.

—Repartiría justicia aviar a base de caquita de golondrina.

—¿Por qué una golondrina?

—Es una especie protegida. Soy una chica con conciencia medioambiental, diva del rock.

—Qué morro. —Niego con la cabeza y me aguanto la risa—. Antes de morir me gustaría viajar a Egipto para conocer las pirámides y el templo de Abu Simbel.

—Tiene que ser increíble —dice convencida—. Será nuestro próximo viaje.

—Hecho.

Sam se queda callada y la miro intrigada. Al ver que

permanece en silencio le toco el brazo. Gira la cabeza y un rizo le cubre el ojo. No puedo contener el impulso de colocárselo detrás de la oreja. Le acaricio la mejilla adrede y rezo para que no se dé cuenta, aunque seguro que se me nota en la cara lo mucho que me gusta tocarla. Nos miramos. El amago de una sonrisa se forma en sus labios. Yo también sonrío sin poder evitarlo.

—¿Qué? —pregunta sin dejar de sonreír.

—Te toca —respondo para salir del paso—. La que se quede sin saber qué decir pierde.

—Esa norma te la has inventado —protesta—. El juego es mío.

—De tu hermano, que no está aquí para explicar las reglas.

—Dame un segundo.

La cojo de la mano y le doy un tirón para que se tumbe de lado y me mire.

—¡Se supone que no debes pensártelo!

—Ya, es que…

—¡Prohibido pensar!

—¡Espera! —Se ríe nerviosa.

—¡Tienes que decir lo primero que se te pase por la cabeza!

—¡De acuerdo! Yo… —Traga saliva y musita—: Antes de morir me gustaría besarte.

Mi mundo colisiona.

Por un segundo creo que no la he oído bien. Abro los ojos de par en par. Le aprieto la mano con fuerza. Y entonces lo veo. Su vulnerabilidad al mirarme mientras espera que diga algo. Su evidente miedo. El deseo que desprenden sus ojos cuando se clavan en mi boca.

Quiero hablar, pero no lo consigo. Todas las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Solo puedo pensar en cómo sería besarla. Necesito averiguar si nuestras bocas encajan tan bien como lo hacen nuestras almas.

Me muero de ganas. Por suerte para mí, Sam es más valiente que yo cuando tira de mi mano y me besa.

Nos estamos besando…

La cabeza me da vueltas.

Mi corazón bombea como si fuera a salírseme del pecho.

Y todo lo que me había negado explota.

Es un beso salvaje. Había fantaseado con cómo sería besar a Sam, pero esto no se parece en nada al beso cauto y dulce que había imaginado. Es… alucinante. Porque me besa como siempre he querido que lo hicieran. Y es un descubrimiento que me pilla desprevenida, pues no tenía ni idea de que los besos me gustaban así; hambrientos, decisivos y exigentes.

Toco el cielo cuando nuestras lenguas se enredan. Las manos siguen entrelazadas. Sam tiene apoyada la mano libre en mi cadera y me acaricia con el pulgar. Debería ser una simple caricia superficial. Sin embargo, nada lo es si se trata de nosotras.

Su pelo me hace cosquillas en la cara. Tiene los labios más suaves y carnosos que he probado en mi vida. Y su olor se mete tan dentro de mí que sé que ya no podré borrarlo de mi memoria.

Estoy sobrepasada por un beso que lo toma todo de mí. Me sorprende la voracidad con la que se lo devuelvo, como si la necesitara para respirar y encajásemos de una forma absolutamente perfecta.

La situación es tan intensa y nueva para mí que empiezo a marearme. De repente, es demasiado. Me aparto confundida y noto que me falta el aliento. Tengo la mirada nublada, el corazón acelerado y la piel de gallina cuando mis ojos se encuentran con los suyos.

No sé qué hago.

No sé qué siento.

No sé si me equivoco.

Sam me mira y se muerde el labio. Seguimos cogidas de la mano. Nunca me había sentido tan perdida y aterrada.

—Gabi —dice en voz baja.

Suelto su mano de golpe y salgo de la cama. No puedo mirarla. No tengo valor para hacerlo. En lugar de ello, carraspeo y murmuro:

—Tengo que irme.

—¿A dónde? —pregunta desconcertada.

—Yo… esto… debo salir.

Me trae sin cuidado estar en pijama y que sea la una de la madrugada. Abro la puerta y corro por el pasillo. No sé a dónde voy, pero sí de lo que huyo. Nunca había estado tan asustada.

75
Pol

Es el primer día desde que estoy aquí que me despierto de buen humor. Me doy una ducha y me pongo un chándal para luego ir al gimnasio. Por una mañana no se me han pegado las sábanas ni tengo ganas de golpear a alguien. De hecho, me sobra tiempo para escuchar ese pódcast del que me habló ayer Pablo. Sé que se despierta a las seis y media, pues me lo comentó una de las veces que intentó entablar conversación conmigo y se topó contra un muro. Ya no tendrá que esforzarse tanto. Estoy dispuesto a conocerlo. Se nota que es un tío de puta madre.

Me asomo al balcón para ver si lo encuentro. Al no verlo supongo que debe de estar dentro de su habitación y voy a buscarlo. Llamo a la puerta y espero unos segundos. Al no obtener respuesta, vuelvo a llamar con el mismo resultado. Frunzo el ceño. Tal vez se haya ido al gimnasio o a dar un paseo. En fin, lo del pódcast puede esperar. Me doy la vuelta para regresar a mi habitación, pero de repente tengo un mal presentimiento.

—¿Pablo? —Llamo a su puerta con el corazón encogido—. ¿Estás bien?

Vuelvo a llamar y espero. Me pregunto si debería hablar con algún enfermero, pero no quiero parecer un exagerado. Es posible que se haya despertado temprano y haya ido a dar un paseo o a charlar con alguien que no sea tan borde como yo. Sin embargo, algo me dice que debo insistir. Hace muchos años tuve la sensación de que estaba a punto de suceder una

catástrofe y conseguí detener a mi madre justo a tiempo. Me trago el nudo de ansiedad que tengo en la garganta y llamo a la puerta de nuevo.

—Pablo, ¿estás ahí? —pregunto con suavidad—. Oye, tío, si estás dentro, voy a entrar para asegurarme de que te encuentras bien.

Abro la puerta y respiro aliviado. La habitación está vacía, menos mal. Seguro que estará hablando con algún interno o bromeando con uno de los enfermeros. Aquí todo el mundo lo adora. Estoy a punto de darme la vuelta cuando me doy cuenta de que la luz del baño está encendida, pues se ve un destello amarillo bajo la ranura de la puerta. Se le habrá olvidado apagarla. Por si acaso, decido entrar en el baño para salir de dudas.

Y mi corazón se rompe en mil pedazos.

Lo veo flotando en la bañera teñida de sangre. Me tambaleo hacia atrás y caigo sobre mis rodillas. Por un segundo creo que la imaginación me está jugando una mala pasada. Que el chico risueño y parlanchín que ayer se despidió de mí con un «hasta mañana» no ha podido tomar semejante decisión. Por desgracia, al obligarme a mirar su cara pálida, comprendo de golpe que nunca sabemos cuánto dolor se esconde detrás de una sonrisa.

Me parece tan injusto… Tan cruel…

Quiero gritar para pedir ayuda, a pesar de que sé que ya no hay nada que hacer.

Su sonrisa optimista y llena de vida se ha apagado para siempre.

No averiguaré si nuestra amistad tenía futuro, pues desperdicié la oportunidad de conocerlo al ser un capullo que estaba encerrado en sí mismo.

Nunca sabré si el pódcast que quería recomendarme era tan bueno como parecía.

Jamás volverá a ver a Bruno.

«¿Así es como acaba todo?», me pregunto desolado.

Y la respuesta es demasiado dolorosa para poder aceptarla.

76

Gabi

He besado a Sam.

Nos hemos besado.

Sí, ella ha tomado la iniciativa, pero yo le he devuelto el beso como si me fuera la vida en ello.

Me pongo una mano en el pecho para comprobar algo que ya sé: el corazón me late muy deprisa. Estoy en mitad del pasillo en pijama y mi mejor amiga debe de estar en la habitación tan asustada como yo. Aunque, más que asustada, me siento muy perdida. Una parte de mí deseaba que estos sentimientos tan confusos fueran correspondidos, pero la otra no sabe qué hacer ahora que ha descubierto que Sam me ve como algo más que una amiga.

Un segundo, ¿y si el beso no ha significado nada para ella? ¿Y si solo me ha besado porque sentía curiosidad?

«No —me digo—, una química como la nuestra no se puede ignorar. Sé que no ha sido fruto de mi imaginación. Lo que ha sucedido en esa habitación ha sido muy intenso».

Ay, Dios… ¡La idea de que Sam se arrepienta de haberme besado me da más miedo que mis propios sentimientos! Esa es la razón por la que me armo de valor y deshago mis pasos de regreso a la habitación. La puerta sigue abierta y ella está sentada en el borde de la cama mirándose los pies. Al verla tan abatida me sobreviene un ataque de culpabilidad, pues no he pensado en ella cuando he huido como una cobarde. De repente, levanta la cabeza y me mira. Hay tanto alivio en sus ojos que tengo que contener las ganas de correr a abrazarla. En

lugar de ello, cierro la puerta y me apoyo en la pared.

—Gabi…

—Lo siento —me disculpo avergonzada—. No quería…

—¡No, no! —Se levanta y me mira angustiada—. Ha sido culpa mía. No debería haberte besado. No sé en qué estaba pensando…

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? —pregunto desolada.

—Sí, claro —musita ruborizada—. No debería haber dado por hecho que tú…

—¿Que yo…?

—Ya sabes. —Hace un gesto con las manos y vuelve a mirarse los pies—. ¿Podemos olvidarlo y volver a ser amigas? Te prometo que no haré nada que pueda hacerte sentir incómoda. Entendería que quisieras distanciarte, pero…

—¡Oh! —Respiro aliviada al comprender de golpe lo que sucede—. Piensas que me he largado porque te he rechazado.

Sam deja de mirarse los pies y me devuelve la mirada.

—Es lo que ha pasado —dice dolida.

Me muerdo el labio. Esta chica increíble, divertida y preciosa se merece que sea valiente de una vez por todas.

—Lo siento.

—¡No tienes que disculparte por rechazarme! —exclama abochornada. Las lágrimas asoman a sus ojos y se tapa la cara para que no la vea llorar—. Lo entiendo, ya nada volverá a ser igual entre nosotras…

—Pues claro que no —le aseguro—. Porque me has dado el mejor beso de mi vida.

Sam aparta las manos de golpe y se queda paralizada. Solo me mira. Con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Sonrío con timidez y doy un paso hacia ella.

—Estaba asustada —me disculpo—. Siento haber huido como una cobarde. Solo necesitaba tiempo para aclararme un poco.

Sam no dice nada. Se limita a mirarme con tanta

vulnerabilidad que quiero abrazarla y prometerle que no volveré a huir de ella. Si no lo hago es porque estoy tan alterada que no quiero hacerle una promesa que no sé si podré cumplir. Aunque eso no significa que el beso no me haya gustado. Ese es el tema, me ha gustado muchísimo. Ha tambaleado los cimientos de mi existencia por completo.

—No puede ser. —Niega con la cabeza. Sigue teniendo los ojos brillantes—. Tú no me ves de esa manera.

—¿De qué manera? —Doy otro paso.

—Ya sabes… —Suspira pesadamente, como si se quitara un peso de encima al estar a punto de admitir algo que tiene enterrado muy dentro—. Como si fuera la primera persona a la que quieres ver al despertarte y la última con la que quieres hablar antes de irte a la cama. Como si no te imaginaras un mundo en el que yo no existo. Como si contaras los minutos que faltan para vernos cuando nos despedimos y fuera tu persona favorita entre todas las que conoces.

—¿Y si te viera de esa forma? —pregunto dando otro paso.

Sam esboza una pequeña sonrisa que provoca que recupere el brillo natural de sus ojos.

—Querría volver a besarte —dice sin dudar.

—Eso tiene fácil solución.

Me arriesgo a acortar la distancia que nos separa, pongo mis manos en sus mejillas y la beso con dulzura. Es un beso corto y tierno, a diferencia del primero. Sin embargo, despierta otro huracán de emociones en mi interior. Sam me agarra de la camiseta del pijama para aplastarme más contra sus labios. Son unos segundos en los que mi mundo se detiene y todo encaja. Nos separamos sonriendo.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —digo muy bajito.

—Yo tampoco. —Me aparta el pelo de la cara con tanta ternura que cierro los ojos—. Pensé que acababa de sentenciar

nuestra amistad.

—Besas muy bien.

—Pues aún no has visto nada.

Me besa con una voracidad que me vuelve loca. Sus manos se apoyan en mi cintura y se me escapa un gemido de placer. Hay tanta intimidad en este beso…, tanta complicidad…, que comprendo lo que me quiere decir. No sé cómo no he podido darme cuenta antes; o si, en realidad, no quería asumirlo porque tenía miedo de perderla. Sea como sea, lo entiendo de golpe. Y me entrego por completo, me dejo llevar sin preguntarme qué es lo que nos deparará este salto. Solo sé que estoy cansada de resistirme a algo tan increíble.

Nos caemos en la cama y nos reímos antes de volver a besarnos. Entierro una mano en su pelo y le confieso que me encanta su olor. La toco por encima de la ropa y se me acelera la respiración cuando ella mete una mano por debajo de mi pijama y me acaricia el abdomen. Estamos tumbadas de lado y mis caricias son más inexpertas que las suyas, pero eso no parece molestarle en absoluto. Nuestros besos se enredan uno detrás de otro. No sé si transcurre un minuto o una hora, pues lo único que tengo claro es que quiero besarla durante el resto de la noche y amanecer con mi boca pegada a la suya.

Me sobreviene un intenso vértigo cuando se tumba encima de mí y su pelo me hace cosquillas en la cara. Me muerde el labio inferior y se aparta para mirarme y comprobar que me siento cómoda. Esta es la chica por la que se acelera mi corazón; la que siempre se preocupa por mí y jamás haría algo que pudiera dañarme. Está despeinada y tiene los labios hinchados de rozarse con los míos. Le doy un pequeño beso en la punta de la nariz y ambas sonreímos. Me aparta un mechón del flequillo con delicadeza y me acaricia la boca con la suya.

—Guau —musita con las mejillas sonrojadas.

—Se queda corto para describir lo que siento.

Es la pura verdad. Por eso inclino la cabeza para volver a besarla. Puede que todavía no esté preparada para abordar mis sentimientos, pero acabamos de crear un diccionario de besos en el que nos entendemos a la perfección.

Me cuesta respirar cuando nos separamos. Ambas estamos exhaustas. Sam se deja caer encima de mí y apoya la mejilla en mi hombro.

—¿Te estoy aplastando?

—No.

—¿De verdad? —insiste—. Peso más que tú.

—Estoy bien.

«Estoy más que bien».

Juego con sus rizos mientras ella me hace cosquillas en el brazo. Así pasamos un buen rato, hasta que se me escapa un gruñido porque se me está durmiendo el brazo derecho y ella se aparta para tumbarse a mi lado. Nos miramos y sonreímos.

—¿Podemos ir despacio? —pregunto en un susurro.

Sam pone una mano en mi mejilla y me acaricia con el pulgar.

—Sabes que sí. —Se lo piensa mejor y añade—: Todo lo despacio que pueden ir dos amigas que se conocen tan bien como nosotras.

Tiene razón. Casi siempre la tiene.

—Me daba miedo estropear nuestra amistad —le confieso—. ¿Seguimos siendo amigas?

—Siempre —me promete sin vacilar—. Independientemente de cómo termine esta historia.

Me relajo de inmediato. Ese era mi mayor temor. Hay otro más profundo y que tiene que ver con unos ojos color obsidiana, pero hoy no puedo permitirme pensar en él. Lo único que quiero es acurrucarme con esta chica que huele a coco y besa de maravilla.

—Nunca pensé que tú y yo… —Se muerde el labio y me mira

con sinceridad—. Bueno, sí que lo pensé. Muchas veces, de hecho. Sin embargo, en todas y cada una de ellas tú me decías que no me veías de «esa» forma.

—Lo siento.

—No te disculpes. —Me da un golpecito en el hombro—. Ni se te ocurra hacerlo. Eso solo me hace sentir más patética.

Miro a esta chica que no tiene nada de patética. Es inteligente, comprensiva y leal. Todos los que la tienen en su vida son muy afortunados. Ojalá se viera como la veo yo.

—Siento no haberme dado cuenta antes. —Le abro mi corazón—. Siento no haber querido darme cuenta antes.

—Hay personas por las que merece la pena esperar. —Me besa despacio y luego se aparta para mirarme a los ojos—. Para mí, esa persona siempre has sido tú.

Mi corazón se hincha como un globo de helio. Sé que estoy más colorada que un tomate. Sam murmura que soy adorable cuando me sonrojo y luego apaga la luz. Me acurruco con ella y mi pulso empieza a relajarse.

No tengo ni idea de a dónde nos llevará esto, pero sé que no quiero renunciar a una sensación tan increíble por culpa del miedo. Nadie me comprende ni me ve como lo hace Sam. Ella conoce mi verdad. Con ella solo tengo la opción de ser yo misma. Supongo que de eso se trata: encontrar a alguien que lo vea todo de ti, incluso las partes más desagradables, y, aun así, decida que quiere estar contigo.

77
Pol

La ambulancia se lleva el cuerpo sin vida de Pablo después de constatar que había fallecido hacía varias horas. Todo el mundo está conmocionado. El personal del centro, los internos… Nadie se lo esperaba. Pablo parecía una persona muy alegre que tenía muchas ganas de vivir.

Y se ha ido.

Me trago la rabia, el desconcierto y la tristeza. No lo entiendo. Este chico era un destello de luz en un lugar tan oscuro como este. Hay un montón de preguntas en mi cabeza que no tienen respuesta. Todos se compadecen de mí y vienen a animarme, como si mereciera consuelo por ser la persona que descubrió su cadáver. Lo único que quiero es estar solo, por lo que permanezco el resto del día en el jardín fumando como un carretero.

Aura se me acerca al mediodía con gesto circunspecto. Me aconseja que vaya a ver al psicólogo y comprendo que teme que esté traumatizado. Le digo que no tengo ganas de hablar con nadie. Ella no deja de insistir, así que me veo obligado a lanzarle una mirada airada para que me deje en paz. No obstante, antes de que se marche, le hago la pregunta que lleva todo el día rondándome la cabeza.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

Aura respira hondo. Siempre mantiene una distancia profesional con todos los pacientes. Se nota que se preocupa por nosotros. Estoy convencido de que es una de esas personas que se ha casado con su trabajo. Supongo que es su forma de

protegerse y me pregunto si será la primera vez que sucede una tragedia en este lugar.

—¿Acaso importa? —responde afligida.

—No lo sé —admito con pesar—. Anoche se despidió de mí. Sus últimas palabras fueron «hasta mañana». Tal vez no lo tenía decidido. Quizá yo…

—No. —Me sorprende al ponerme una mano en el hombro—. No podrías haberlo evitado.

—Puede que no supiera leer las señales —me lamento—. Anoche estaba muy alegre. A lo mejor era su forma de protegerse o enmascarar la tristeza.

—La culpa es una respuesta emocional muy frecuente en este tipo de situaciones —me explica—. Añadimos más dolor a la pérdida porque creemos que nos merecemos sufrir por no haber podido salvar a la persona que se ha suicidado. Al final solo es un autocastigo en el que dirigimos la ira hacia nosotros mismos.

Sé que en el fondo tiene razón, pero en este momento soy incapaz de no estar furioso conmigo. Pablo se acercó a mí en innumerables ocasiones, es probable que buscara una mano amiga en la que apoyarse. Tal vez, si lo hubiera escuchado, habría podido ayudarlo. Ahora nunca lo sabré.

—Debes aceptar que no eres responsable de lo que ha sucedido. —Me lee la mente—. Nadie lo es, ni siquiera Pablo.

—De acuerdo —digo para que lo deje estar.

—Deberías hablar del tema con tu psicólogo. Te ayudará a gestionar el duelo.

Asiento de mala gana. Solo quiero quedarme solo. Aura me mira poco convencida, pero se marcha porque sabe que me he encerrado en mí mismo.

Permanezco el resto del día dando paseos por el jardín y sin poder quitarme de la cabeza la imagen de Pablo sin vida. Me estoy volviendo loco y una parte de mí sabe que debería ir al

psicólogo para desahogarme, aunque la otra se niega a aceptar la ayuda de nadie.

Qué injusta y cruel es la vida. Si alguien de este lugar se merecía salir adelante, ese era Pablo. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, incluso para los capullos como yo que se negaban a devolvérsela.

Empieza a atardecer cuando me cruzo con un hombre joven que tiene la mirada vidriosa y los hombros encogidos. Sé quién es sin necesidad de preguntar. Lleva una caja que supongo que contiene las pertenencias de Pablo. No sé por qué me acerco. Si yo fuera él, no querría hablar con nadie en este momento. Pero el remordimiento y el pesar me impulsan a darle el pésame.

—Lo siento —digo con la voz ronca.

El hombre asiente. Ni siquiera me mira.

—Gracias —responde con la poca entereza que le queda.

—¿Eres Bruno?

Entonces me observa. Lo hace como un animal al acecho que solo desea descargar su rabia con el primero que le dé un motivo. Sin embargo, lo único que pretendo es aliviar su carga.

—Pablo me habló de ti. Te amaba y quería recuperarse para estar contigo.

Bruno aprieta la caja contra su pecho.

—Si me amaba, ¿por qué se ha quitado la vida? —me espeta sin poder contener las lágrimas—. No me quería. Ha sido un egoísta. Si me hubiera querido, jamás se habría ido de mi lado.

—Estaba sufriendo —digo en voz baja—. Él…

—Todos los que estáis aquí sois unos egoístas que destrozáis vuestras vidas y las de las personas que os quieren —me ataca con voz temblorosa—. Solo sabéis pensar en vosotros mismos.

Retrocedo conmocionado y Bruno se aleja en dirección a la salida. No puedo culparlo. ¿Cómo iba a hacerlo? Está roto por haber perdido al hombre que amaba. Jamás se lo podría tener en cuenta. Además, ¿acaso ha dicho una mentira? Estoy aquí

encerrado y le he hecho daño a mi hermana y a mis amigos. Este soy yo. Bruno tiene razón, soy un egoísta.

Si no hay esperanza para alguien como Pablo, tampoco puede haberla para mí. Él era una buena persona. Un tipo alegre que quería curarse y ayudaba a los demás. Alguien que se merecía una segunda oportunidad.

Ya está, me rindo. Tengo miedo y estoy muy cansado. Lo único que quiero es volver a casa y tocar la batería para olvidar. Se acabó. No puedo mentirme más tiempo. No lo soporto. Por eso me dirijo al despacho de Aura para pedir el alta voluntaria.

¿De verdad creía que este lugar podría sanarme?

¿De verdad creía que este lugar podría unir los pedazos de un alma rota que ya no tiene arreglo?

78
Gabi

Pasamos cinco días más en China antes de regresar a España. Durante ese tiempo caminamos cogidas de la mano, damos rienda suelta a la pasión al llegar a la habitación y nos permitimos descubrir poco a poco lo que nos deparará este giro de ciento ochenta grados en nuestra relación.

Mientras estamos en China, no pienso en las consecuencias, sino que me limito a disfrutar del momento. De las miradas cómplices, los besos debajo de las sábanas y las caricias que me aceleran el corazón. Sin embargo, durante el vuelo de regreso a España me invade ese temor que conseguí mantener a raya hasta ahora. Me acuerdo de Pol y me pregunto si es posible querer a dos personas a la vez; o si tal vez dejé de amarlo cuando comprendí que él nunca sentiría lo mismo por mí. También temo el acoso de la prensa y sus mentiras retorcidas que siempre terminan pudriéndolo todo. Sam me conoce tan bien que coge mi mano, apoya la cabeza en mi hombro y me susurra al oído: «Tranquila, no tenemos por qué ponerle nombre todavía a lo que nos está pasando».

Lo primero que hacemos al llegar a Sevilla es ir a buscar a Percy a casa de Martín. El hermano de Sam nos invita a comer y estamos tan hambrientas después del viaje que aceptamos sin dudar. A pesar de nuestra decisión de tomarnos las cosas con calma, se nos debe de notar en la cara lo que sentimos la una por la otra, pues su hermano aprovecha para acorralarme en la cocina mientras le ayudo a meter los platos sucios en el lavavajillas.

—Ya veo que os lo habéis pasado muy bien en China —me dice con una sonrisilla.

Me pongo colorada sin remedio.

—Ha sido un viaje muy guay —respondo para salir del paso.

—¡Eh! —Me pasa un brazo por encima de los hombros y me da un beso en la mejilla—. Entiendo que queráis mantenerlo en secreto hasta que decidáis si vais en serio, pero necesitaba decirte que me encantaría que fueras mi cuñada. Nunca había visto a mi hermanita tan feliz.

No sé qué responder. Sam y yo no hemos hablado del futuro. Todo ha sido muy rápido y caótico. Un día éramos amigas y al siguiente nos estábamos enrollando. Todavía estoy asimilando que me siento atraída por una chica que resulta ser mi mejor amiga. Quiero estar segura de mis sentimientos antes de dar un paso en falso. Jamás me perdonaría hacerle daño a Sam. Por suerte, en ese momento aparece en la cocina con los brazos en jarra y fulmina a su hermano con la mirada.

—¡Déjala en paz, pesado! —Le da una patada en el culo y Martín me suelta—. ¡Qué plastas sois los hermanos mayores!

—¡Eh, solo quería daros mi aprobación! —se queja acariciándose el trasero.

—No la necesitamos. —Sam le saca la lengua y luego me da la mano para sacarme de la cocina—. No seas antiguo.

—¡Soy muy moderno! —protesta indignado.

Sam le grita que se meta en sus asuntos y me río porque sus peleas me hacen mucha gracia. Al cabo de un rato, nos marchamos con Percy, que está muy feliz porque le he traído unas chuches para perros que compré en una tienda del aeropuerto. En cuanto salimos del edificio en el que vive Martín, mi amiga frena de golpe y me mira preocupada. La conozco tan bien que ya sé lo que va a decir antes de que abra la boca.

—Pasa de él —me pide—. Le encanta meter las narices

donde no lo llaman.

—No lo ha hecho con mala intención.

—Ya, que le den. —Pone los ojos en blanco—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿De verdad? —insiste intranquila—. No quiero que te agobies porque mi hermano ya esté planeando nuestra boda. —Me río por su comentario. Conociendo a Martín, es muy probable—. Nosotras a nuestro rollo. Te dije que podíamos ir despacio. No tenemos por qué…

La atraigo del jersey para darle un beso que la pilla desprevenida. Ni siquiera pienso que estamos en una calle en la que nos puede ver cualquiera. Lo único que necesito es besar esa boca tan suave y mullida que sabe de maravilla. Sam sonríe contra mis labios y apoya una mano en mi cadera. Es un beso breve y dulce, pero no por ello menos intenso.

—Esto no es ir despacio —musita sin dejar de sonreír.

—Ya, bueno. —Me encojo de hombros—. Soy muy impulsiva.

—Me gusta que lo seas. —Me da otro pico antes de apartarse de mí—. Aunque no deberías besarme en público si no te apetece que salgamos en la portada de una revista.

—Quizá estoy madurando y me da igual lo que escriban de mí.

Sam me mira de una forma que no sé descifrar.

—¿Incluso si lo lee Pol?

Su pregunta me sorprende y me tenso. Me enfrío de golpe al pensar en Pol y, de repente, necesito poner distancia entre nosotras. Sam lo nota y se muerde el labio.

—No vamos a hablar de él —le advierto.

—Oye —me toca el brazo para que me relaje—, en algún momento tendremos que hablar de tus sentimientos por él. Nosotras nos lo contamos todo. Así funcionamos. Eso no va a cambiar porque nos hayamos besado.

—¿Quieres saber si sigo enamorada de él? —le suelto irritada.

Sam agacha la cabeza y me arrepiento de haber hecho semejante pregunta. Debería ponerme en sus zapatos. Para ella debe de ser muy difícil. Si yo me encontrara en su lugar, también me haría un millón de preguntas relacionadas con Pol. Tan solo quiero que mi pasado no se interponga entre nosotras, sobre todo cuando es algo tan reciente y no estoy segura de haberlo superado.

—No quiero ser tu segundo plato —dice en voz baja—. Ni tampoco la persona a la que te aferras para superar lo tuyo con Pol.

—Ay, Sam. —Le acaricio la mano y la miro avergonzada—. Siento haber reaccionado así. Es solo que es…

—¿Complicado? —comprende.

—No eres mi segundo plato —le aseguro—. No pensaba en él cuando nos besamos por primera vez.

—Vale.

—De verdad. —Le acaricio los nudillos con el pulgar—. Tienes que creerme.

—Te creo —dice sin pestañear—. Confío en ti.

—Yo… —Me muerdo el labio. Quiero que esto, sea lo que sea lo que tenemos, funcione. Por eso decido abrirle mi corazón —. Aquel día, cuando me encontré con Alba en tu casa, me enfadé tanto contigo porque me puse celosa.

Sam abre los ojos de par en par.

—Pensé que iba a volverme loca. No quería hacerme ilusiones, pero sentí que tal vez no estaba sola en esto. Que tal vez habías empezado a verme de otra manera. —Se muerde el labio—. Y luego supuse que estaba tan desesperada por que sintieras lo mismo que yo que veía señales donde no las había. Me tenías hecha un lío.

—Aún no lo sabía —admito sonrojándome—. No estaba

segura. Es decir, nunca me ha gustado ninguna chica. Estaba muy confundida y asustada.

Sam sonríe y entrelaza nuestras manos.

—Ya somos dos —admite en voz baja—. Aunque yo siempre supe que me gustabas.

—¿Siempre?

—Casi desde el principio —responde con sinceridad—. Y no me refiero al hecho de que fuera tu fan. Por favor, no hagas ninguna broma al respecto. Te juro que mi admiración por tu música no tiene nada que ver con el hecho de que…

—Tranquila. —Le aprieto la mano para que sepa que la comprendo—. Has cumplido tu sueño, no pasa nada.

—¡Idiota! —exclama indignada—. Eres lo peor.

Me río porque hay cosas que nunca cambiarán. Me encanta tomarle el pelo. Sam suspira, pero luego inclina la cabeza hacia un lado y vuelve a sonreír de esa forma que me llega muy dentro y me derrite el corazón.

—¿Te acuerdas de aquella fiesta de Año Nuevo a la que fuimos?

—Pues claro.

—Cuando te enfrentaste a Alba… —Le suda la mano e intenta soltarme, pero no se lo permito—. Ahí me di cuenta de que no solo te veía como a una amiga. Me emocionó que me defendieras de esa manera. Me pareciste valiente, leal e increíble. Entonces lo supe. Comprendí de golpe que para mí eras algo más. Y me sentí fatal porque pensé que te estaba traicionando.

—¡Qué dices! —exclamo alarmada.

—Pensé que estaba abusando de tu confianza —confiesa con un hilo de voz—. Me sentía culpable cada vez que te quedabas a dormir en mi casa o nos acurrucábamos en el sofá.

—¿Por eso Pol se lleva tan mal contigo? —Entiendo de golpe—. Me dijo que…

Me callo al recordar las palabras de Pol. No quiero incomodarla hablando de amor. Sus sentimientos solo le pertenecen a ella.

—¿Qué te dijo? —pregunta asustada.

—Me dijo que te gustaba. —Omito parte de la verdad para no ponerla en un compromiso. No conozco el alcance de sus sentimientos. Solo sé que prefiero que sea ella quien me abra su corazón—. Y no lo creí.

—Vaya… —Frunce el ceño—. Y aun así no te apartaste de mí.

—No podía hacerlo. Desde que te conocí te has convertido en mi persona favorita. ¿Cómo iba a separarme de ti si me siento de maravilla a tu lado?

—¡Deja de decirme esas cosas! —exclama nerviosa.

—¿Por?

—Haces que quiera besarte en medio de la calle.

Le miro la boca con un hambre renovada y ella se da cuenta. Mira a nuestro alrededor para comprobar que nadie nos mira y me da un pequeño beso que me sabe a poco.

—Vamos a mi casa a ver una peli —dice a escasos centímetros de mis labios.

—¿Una peli? —respondo extrañada.

—En realidad quería decir: vamos a mi casa a fingir que vemos una peli mientras nos enrollamos en el sofá.

—Ese plan me gusta más. —Miro a Percy para comprobar que mueve el rabo. Parece muy feliz por nuestras muestras de cariño—. Percy, ¿tú qué opinas?

Se pone a dar saltitos para que lo cojamos en brazos. Sam se agacha, le da un sonoro beso en la cabeza y lo abraza contra su pecho. Al mirarla sé que he tomado la decisión correcta. Porque esta chica preciosa, generosa y que besa de maravilla me ha elegido. Somos amigas y el tiempo dirá si podemos ser algo más. Mientras tanto, pienso disfrutar de lo que tenemos.

Las dudas solo sirven para alimentar el miedo. No hay nada como dejarse llevar y asumir que para ganar a veces hay que correr riesgos.

79
Gabi

Sam y yo pasamos las últimas dos semanas durmiendo en su casa o en la mía. Creo que mi padre se ha dado cuenta de que algo ha cambiado entre nosotras, pero no hace ningún comentario al respecto. Él siempre ha sido un hombre que me deja tomar mis propias decisiones y me demuestra que estará a mi lado si necesito un consejo.

Un sábado por la noche, Leo y Nura nos invitan a cenar a su casa para degustar los famosos sándwiches de queso de mi cuñada. Cualquier excusa es buena para visitarlos. Me encanta pasar tiempo con ellos. No puedo creer que ya lleven un año y medio juntos. Nadie puede negar que están hechos el uno para el otro.

Han decidido ver la grabación de nuestro primer concierto, algo a lo que he intentado negarme porque es mi peor directo. Pero a Sam le ha podido la curiosidad y ahora me muero de vergüenza. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Tenía dieciséis años, estaba hecha un flan y aferraba el micrófono con fuerza.

Echo tanto de menos subirme a un escenario…

No me doy cuenta de que he hablado en voz alta hasta que me percato de que todos me miran. Leo me sonríe con complicidad.

—Yo también —admite—. Ya falta menos.

—No podemos empezar la gira sin Pol —le recrimino. No puedo creer que se lo haya planteado—. Le debemos una oportunidad.

—¿No lo sabes? —pregunta confundido—. Pensé que ya te habías enterado. Axel me llamó esta mañana. Supuse que papá te lo habría contado.

—Llevo todo el día fuera de casa y no he hablado con papá —respondo descolocada—. ¿A qué te refieres?

—A Pol le han dado el alta —dice aliviado—. Se fue a pasar unos días a casa de los abuelos de Axel. No quiso decirnos nada porque necesitaba desconectar. Axel me ha contado que está decidido a retomar la gira si nosotros estamos de acuerdo.

Apoyo la espalda en el respaldo del sofá y frunzo el ceño. Solo ha pasado un mes desde que ingresó en la clínica de desintoxicación. A ver, es una gran noticia que le hayan dado el alta. Sin embargo, no puedo estar tranquila. ¿De verdad se ha recuperado tan pronto? ¿Está preparado para subirse a un escenario? Y, lo peor de todo, ¿tengo asumido que vamos a volver a vernos? ¿Cómo se tomará lo mío con Sam? Porque si algo tengo claro es que no voy a ocultárselo.

—Es una buena noticia, Gabi —me tranquiliza Leo—. Si los médicos le han dado el alta es porque lo han visto recuperado.

—Supongo —digo sin estar del todo segura.

—No quiero ser agorera —interviene Nura—, pero Pol nunca estará curado. Es algo con lo que batallará durante el resto de su vida. Debemos estar muy pendientes de él.

—Tienes razón —concuerda Leo—. No obstante, no podemos tratarlo como si fuera un crío. Ya conocéis a Pol. Si siente que nos metemos en su vida, se pondrá a la defensiva. Además, si le han dado el alta es justo que le demos la oportunidad de volver. Y nos uniremos para tenerlo controlado.

Se forma un silencio incómodo, pues es evidente que a todos nos preocupa el bienestar de Pol. De verdad que me alegro de que haya salido del centro. De hecho, es una noticia maravillosa porque significa que se encuentra mejor. Pero no puedo dejar de estar preocupada por él. El momento en el que

lo vi tirado en aquel callejón es algo que nunca podré olvidar.

Nura le pide a Sam que la acompañe a su habitación porque quiere enseñarle la última figura que ha añadido a su colección de Harry Potter. Sé que solo lo hace para que Leo y yo podamos hablar a solas. En fin, no todo el mundo tiene la suerte de tener una cuñada tan molona como la mía.

—Ya eres muy mayorcita para tener tantos juguetes —se burla Leo.

Nura se vuelve hacia él con gesto indignado.

—Harry Potter es sagrado —le advierte—. No hagas bromas sobre mi novio literario de la infancia.

Leo la observa con una sonrisa boba cuando se marcha. Madre mía, está absolutamente loco por ella. Me entran ganas de preguntarle si se han planteado darme un sobrinito en el momento que uno de los gatos de Nura se sube a mi regazo.

—Nunca los distingo —digo mientras le acaricio—. ¿Este cuál es?

—Esta es Nínive. —Leo le rasca la barriga y la gata ronronea —. Y el que nos mira con cara de querer asesinarnos es Asur.

El gato nos dedica una mirada desdeñosa antes de tumbarse encima de Buster, el perro que Leo y Nura adoptaron cuando se fueron a vivir juntos.

—Oye…

—Lo sé. —Respiro hondo—. Debo aceptar que Pol ha salido del centro. Entre todos lo cuidaremos porque somos una familia.

—No era eso lo que te iba a decir, aunque tienes toda la razón.

—¿Qué ibas a decirme entonces?

Debo de hacer algún movimiento, porque la gata salta de mi regazo y va a tumbarse con sus hermanos. La mirada que me dedica Leo es entre curiosa y afectuosa. Entonces comprendo lo que iba a decirme y me sonrojo.

—Sam y tú… —insinúa con cautela.

—Sí —le aclaro—. Es decir, somos más que amigas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos fuimos de viaje a China.

—Vaya. —Leo parece más complacido que sorprendido, lo cual me extraña. Pensé que me haría un montón de preguntas sobre mi sexualidad que no sabría cómo responder. Es todo un alivio que no se ponga en plan hetero cuestionador. No lo soportaría—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Nos lo estamos tomando con calma.

—¿Te hace feliz?

—Mucho —respondo sin dudar.

—Entonces a mí también me hace muy feliz que estéis juntas.

Le doy un abrazo de los nuestros. No sé por qué tenía la impresión de que me juzgaría. Leo es una persona cero prejuiciosa y jamás me ha dado un motivo para no confiar en él. Mis dudas no tenían ningún sentido.

A veces tenemos miedo de la reacción de las personas a las que amamos porque, en el fondo, reflejamos en ellas nuestras propias inseguridades.

—¡Abrazo de familia! —exclama Nura.

Se tira en plancha en el sofá para unirse a nosotros. Me entra la risa floja. No me cabe en la cabeza que hubiera un momento de mi vida en el que me sintiera sola. Soy tan afortunada de contar con ellos…

—¡Sam! —la llama Nura—. ¡He dicho abrazo de familia!

Sam se queda cortada. Nos observa con timidez en el umbral de la puerta. Nos separamos para hacerle hueco y es todo lo que necesita para unirse a nosotros. Qué puedo decir, los abrazos que nacen del corazón son la mejor medicina para el alma.

Son las tantas de la madrugada cuando decidimos que ya es hora de marcharnos. Nura y Leo nos invitan a quedarnos a dormir, pero Sam y yo rehusamos. A ver, no me sentiría cómoda para enrollarme con Sam en la habitación de invitados de la casa de mi hermano. Les tomo el pelo diciendo que prefiero darles intimidad para que fabriquen un bebé, y Nura, que es la persona menos vergonzosa que conozco, se sonroja para mi sorpresa.

—¿Estáis pensando en darme un sobrinito? —pregunto emocionada.

Leo la mira con una mezcla de curiosidad y miedo.

—¡Tengo veinticuatro años! —exclama nerviosa—. Ni siquiera hemos hablado del tema.

—Si queréis saber mi opinión, me haría mucha ilusión tener un sobrinito.

—Nadie te la ha pedido —responde Nura enfurruñada, y me coge de la mano—. Ven, ha sobrado un montón de tarta de oreo. Si nos la quedamos toda, pecaré de golosa.

La sigo a la cocina y espero a que abra el frigorífico, pero se limita a mirarme con una sonrisilla cómplice.

—No me has traído aquí por la tarta de oreo —concluyo decepcionada.

—Mataría por esa tarta —responde tan tranquila—. Quería hablar a solas contigo.

—Ay, no. —Me tapo la cara con las manos. No sé si voy a soportar otra conversación—. Vamos a saltarnos la parte en la que te explico que Sam y yo nos besamos en China.

—¡Lo sabía! —Se pone a dar saltitos como si tuviera siete años—. Bueno, no lo sabía. Necesitaba que me aclarases si esas miraditas cómplices eran fruto de mi imaginación o no. Lo siento, soy una cotilla.

—No lo sientes.

—Tienes razón —admite sin pudor—. Aunque me fastidia

que Leo se diera cuenta antes que yo. Dijo que había algo entre vosotras cuando estuvimos en Finlandia.

—Por aquel entonces yo no…

—Eso le dije, pero él insistía en que Sam te miraba de una forma especial. Le expliqué que eso no significaba que tú sintieras lo mismo. Parece que tu hermano te conoce tan bien como alardea. Me aseguró que el tiempo le daría la razón. Y hace unas semanas estuvisteis aquí y vi cómo te sonrojabas cuando ella te limpió una mancha de chocolate que tenías en la mejilla. Entonces sí que lo supe. —Me mira con ternura—. Y te juro que no puedo alegrarme más por ti. Hacéis una pareja preciosa.

—¿Tú crees?

—Sin duda. —Entorna los ojos—. ¿Qué te preocupa?

—Nunca me había gustado una chica —le confieso abochornada—. Esto es nuevo para mí. Además, es mi mejor amiga.

—Los mejores amigos a veces se enamoran. ¿Cuál es el problema? ¿Que es una chica?

—No lo sé —respondo. No puedo hablar de este tema con Sam, por eso me lanzo de cabeza a abrirle mi corazón a Nura—. Se me hace raro haber descubierto esta faceta de mi sexualidad a los veintiún años.

—Cariño —Nura me pone una mano en la mejilla—, el amor no tiene etiquetas.

Me rasco el brazo. Ni siquiera sé si es amor. Sí, me siento de maravilla cuando estamos juntas. Sam me comprende. Jamás había tenido tanta complicidad con alguien. Pero hablar de amor sin estar segura de si mis sentimientos por Pol se han enfriado…

—Lo que deba ser será. —Me lee la mente—. El corazón no recibe órdenes de nadie. Déjate llevar.

—Me siento fatal por Pol —admito en un susurro—. No estoy

preparada para hacerle daño.

—Quiero a Pol, pero también te quiero a ti —dice muy calmada—. No podemos pretender que nuestra felicidad dependa de las decisiones de otra persona. Piensa en ti, Gabi. Te mereces ponerte en primer lugar. Si alguna vez no sabes a quién elegir, elígete siempre a ti. Tú eres la persona más importante de tu vida.

Sé que tiene razón. Sin embargo, sus palabras solo ponen de manifiesto que herir a Pol es inevitable. No sé si estoy dispuesta a cruzar esa línea. No tengo nada claro. Hacer daño a las personas que amamos debería estar prohibido, aunque a veces no se puede evitar.

80
Gabi

De camino al ático de Sam le envío un wasap a mi padre para decirle que no voy a dormir en casa. Enseguida me responde con un meme de un plátano bailando —no sé descifrar su significado— y me pide que vayamos mañana a almorzar porque le prometió a Sam que cocinaría paella. Le enseño el mensaje y se pone a dar saltitos de emoción.

—La paella de tu padre es mi plato favorito.

—Si se lo dices, te hará paella hasta para desayunar —le aseguro—. No es ninguna broma. No se lo digas o se pondrá en plan pesado.

—¡Tu padre no es pesado! —exclama indignada—. Es un padre guay.

—Tampoco le digas eso.

Entramos en su casa y Percy viene corriendo a recibirnos. Hay un montón de juguetes tirados por el suelo. Sam finge echarle la bronca, pero a la hora de regañar a Percy se ha vuelto tan blanda como yo.

—Mi padre sabe que hay algo entre nosotras.

Sam me mira sorprendida.

—No has hablado con él.

—Ni falta que hace. Se me debe de notar en la cara, porque Leo y Nura también lo sabían. Esta noche me han hecho el tercer grado.

—¡Por eso no has regresado con la tarta de oreo! —exclama desilusionada—. Es normal que quieran hablar contigo del tema. Si tu familia no se mete en tu vida sentimental significa

que les importas un bledo. Mis hermanos están en plan pesados y yo finjo ofenderme para que sepan quién es la que manda. A los hermanos mayores hay que educarlos.

—Tus hermanos son los mejores.

—Y tu familia mola mucho. En fin, ya podemos morirnos tranquilas. Nos han dado su aprobación.

Nos partimos de risa. Las cosas hubieran seguido igual entre nosotras nos la hubieran dado o no; aunque he de admitir que ahora que lo saben estoy más tranquila.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Sé a qué se debe su preocupación. Asiento porque en este momento estoy muy calmada. Ya tendré tiempo de agobiarme. Por ahora lo único que me apetece es besarla. Llevo toda la noche conteniéndome y ya no puedo más. Le doy un beso suave que ella recibe con una sonrisa. Durante las últimas semanas nos hemos enrollado sin ir a más. Sam sabe que no estaba preparada para dar el paso y ha respetado mis límites en todo momento. Pero esta noche siento un fuego en mi interior que va a incendiarme si no me entrego por completo.

Le doy la mano y la conduzco hasta su dormitorio. Cierro la puerta para que Percy no nos moleste y vuelvo a besarla, esta vez con un hambre al que ella responde con las mismas ganas.

Hay algo diferente en besar a Sam. No me refiero a la complicidad que tenemos ni a la química o el deseo que compartimos. Es algo más intenso que se me escapa de las manos. Una emoción indescriptible que se apodera de mi pecho y hace que me olvide de todo cuando nuestras lenguas se enredan. Es… No lo sé. Como si el universo entero estuviera en calma cuando nos besamos y, al mismo tiempo, explotara en una tormenta de fuegos artificiales. Como si ella fuera lo que no sabía que estaba buscando y las piezas encajaran por fin.

Respiro con dificultad cuando nos apartamos. Me quito el jersey y vuelvo a besarla. Intento desvestirla, pero me tiemblan

las manos. Sam lo hace por mí y luego me da besos cortos y cálidos por el cuello. Su boca se pierde por mi escote y mi pulso se acelera.

—¿Estás segura? —pregunta con voz ronca.

Asiento y me dejo llevar hasta la cama. Nos quitamos la ropa muy despacio. Nos besamos. Nos acariciamos. Nos queremos. Sonreímos cada vez que nos miramos a los ojos y hay tanta verdad en lo que hacemos que me resulta muy sencillo dejarme llevar. No tengo dudas ni una pizca de miedo. Me parece absolutamente fácil y natural porque la necesito tanto como ella a mí. Es mi primera vez con una chica, pero tenemos tal conexión que sé que nos reiremos si alguna de nosotras mete la pata. El sexo es la verdad de dos cuerpos que se desean, aunque tengo la impresión de que lo que estamos haciendo va más allá del sexo.

Hablamos mientras nos tocamos. Me pregunta qué quiero que haga y le respondo sin ocultar ninguna de las fantasías que he tenido sobre nosotras. Sus manos me torturan de una forma deliciosa. Las mías tiemblan sobre su piel desnuda, pero a ella no parece importarle mi torpeza. Luego me toca ponerme encima de ella para besar todas las partes de su cuerpo que me vuelven loca. El tatuaje en forma de corazón que tiene en la clavícula, sus pechos generosos, la base de su garganta. Nada es suficiente para mí. Estamos desnudas de cintura para arriba y me siento morir. Apoyo mi frente contra la suya y cierro los ojos para recuperar el aliento.

—Me sobra la ropa —musito.

—A mí también.

Sam me ayuda a quitarme los pantalones y yo hago lo mismo con ella. Nos miramos sin una pizca de pudor. Memorizo cada lunar y cada peca de su piel morena y ella hace lo mismo conmigo. Me pone las manos en las mejillas para besarme con dulzura y volvemos a tumbarnos en la cama. Le digo entre beso

y beso que me encanta su olor a coco y ella susurra que el azul de mis ojos es su color favorito. Nos convertimos en una maraña de cuerpos enredados, sexo y sudor. No sé dónde empieza ella y dónde termino yo.

—Eres la única persona que me comprende —le confieso.

Ambas respiramos de manera acelerada. Estamos tumbadas de lado y nos miramos como si fuera la primera vez que nos vemos.

Me aparta el pelo de la cara y sonríe. Tengo la muñeca muy cerca de su cara y se inclina para darme un beso en el tatuaje.

—Te quiero —dice sin dudar.

Cierra los ojos y se pega más a mí. La miro para saber si se le ha escapado, pero parece tan tranquila que comprendo que la he oído perfectamente. Sam me quiere. Por supuesto que me quiere. En el fondo siempre lo he sabido.

La observo dormir mientras el sueño me va venciendo poco a poco. No me ha preguntado si siento lo mismo, sino que lo ha soltado como si su amor fuera tan grande que no tuviera ningún sentido guardárselo para sí misma.

Cierro los ojos y la abrazo. Este momento es nuestro. No sé si estoy enamorada de ella, pero me siento muy afortunada de sentirme amada por una chica que lo es todo para mí. Y, desde luego, los sentimientos que hay en mi interior son tan bonitos que, si no son amor, se le parecen demasiado.

81
Pol

Estoy bastante nervioso cuando aterrizamos en Sevilla. Axel no se ha separado de mi lado en todo el viaje, pero no hemos hablado del reencuentro del grupo. Dentro de tres días empezaremos la gira y nuestra primera parada será Sevilla, por lo que antes vamos a reunirnos en casa de Gabi. Axel me ha comentado que ella ha vuelto a vivir con su padre, lo cual significa que por fin han arreglado sus diferencias. Me alegro muchísimo por ellos.

Al final Axel me ha convencido de que nos alojemos en casa de Gabi. Mis amigos me han apoyado en todo momento y no tiene ningún sentido que siga enfadado por un problema que solo es culpa mía. Durante las dos semanas que he pasado en casa de los abuelos de Axel, respirando aire puro, alejado de las malas tentaciones y recuperando algunos kilos con la comida casera de su *amona,* he tenido mucho tiempo para reflexionar. Así es como he llegado a la conclusión de que le debo una disculpa a Leo, Andrés y Gabi. Sé que Andrés me lo pondrá fácil, y a Gabi me muero de ganas de verla. Pero Leo es un caso aparte. Siempre lo he considerado mi mejor amigo y una parte de mí sigue muy dolida con él, a pesar de que sé que le puse las cosas muy difíciles. Si hubiera estado en su lugar, habría hecho todo lo posible para apartar a una persona como yo de Gabi. Lo entiendo, de verdad que sí. El problema es que estoy tan roto que tengo la esperanza de que alguien me recomponga, aunque ya he llegado a la conclusión de que no hay redención para mí. Cada madrugada tengo pesadillas con Pablo y me despierto

empapado en sudor y con el mal presentimiento de que solo estoy prolongando mi descenso al infierno.

—Mira, ahí está Leo —dice Axel cuando salimos del aeropuerto.

—No me habías dicho que venía a buscarnos —me quejo.

—Vamos. —Tira de mi maleta para obligarme a andar—. Ha sido él quien se ha ofrecido. Se moría de ganas de verte.

No quiero ser ningún pusilánime, pero tengo la impresión de que va a ser un saludo muy incómodo. La última vez que nos vimos lo acusé de convencer a mis amigos de echarme del grupo. Le tengo que pedir perdón por muchas cosas y no sé si me guarda rencor.

—¡Hola! —exclama Axel.

Leo y él se funden en un abrazo.

—¿Qué tal por el pueblo? —le pregunta Leo.

—De maravilla. Venimos con varios kilos de más —responde Axel—. Ya sabes lo exagerada que es mi *amona* con la comida. Dice que ya estás tardando en hacerle una visita.

—Iré en cuanto terminemos la gira —le promete Leo. Entonces me mira. Me tenso sin poder evitarlo cuando nuestras miradas se encuentran. Nuestra relación se ha visto tan golpeada en los últimos meses que no sé qué decir para arreglarlo. En el fondo me muero de ganas de recuperar a mi amigo—. Pol, ¿cómo te encuentras?

—Bien.

Leo fuerza una sonrisa. Sé que mi respuesta ha sido muy seca, pero no lo he hecho a propósito.

—Gracias por venir a recogernos. —Me esfuerzo más.

—No hay de qué —responde más relajado—. Gabi también quería venir, pero tenía una sesión de fotos para una revista.

—Venga ya. —Axel resopla—. ¿En serio no vais a daros un abrazo?

Leo me mira indeciso y sé que debo tomar la iniciativa. Me

acerco a mi amigo y le doy un abrazo que corresponde de inmediato. Sé que ninguno de nosotros lo hace porque se sienta obligado, aunque no es un abrazo de los nuestros. Nos hemos hecho demasiado daño y es evidente que tenemos una conversación pendiente.

—Me alegro de que estés aquí —dice con sinceridad.

—Lo sé —le aseguro.

—¿Nos vamos? —sugiere Axel—. Estoy hambriento. Andrés me prometió que cocinaría paella.

—Mi padre siempre está dispuesto a hacer paella —bromea Leo.

Nos reímos porque tiene toda la razón. Cualquier excusa es buena para que Andrés prepare su famosa paella. El mal rollo entre nosotros parece haberse disipado cuando bromeamos, pero solo hay que rascar en la superficie para descubrir que ya no somos los mismos. Ojalá no sea demasiado tarde para recuperar a mis amigos.

Disfrutamos de un copioso almuerzo en casa de Andrés en el que están Leo, Axel, Andrés, Nura y Sam, a la que han invitado porque participará en el primer concierto del grupo. Gabi todavía no ha regresado de la entrevista y ha llamado a su padre para pedirle que no la esperemos para almorzar. Dios, me muero de ganas de verla.

Casi consigo relajarme al estar rodeado de mis amigos, e incluso la presencia de Sam no me afecta en absoluto. Lo único que quiero es volver a ser el Pol de antes. El amigo con el que todos querían estar y animaba cualquier fiesta con sus chistes malos.

Sam se levanta para ir a por el postre. Sé que he sido muy injusto con ella. Es la mejor amiga de Gabi, razón suficiente para poner de mi parte. Si es importante para ella, también lo

es para mí. Estoy de mejor humor y aprovecho que va a la cocina para seguirla con la excusa de ayudarla. La pillo desprevenida. Está visiblemente incómoda cuando saca la tarta de chocolate del frigorífico.

—No tenías por qué ayudarme —dice nerviosa—. Puedo sola.

—No me cuesta nada. —Cojo platos y cubiertos limpios. Será mejor que lo suelte de una vez—. Oye, Sam…

—Me alegro de que hayas vuelto —me interrumpe con una sonrisa forzada—. Es una gran noticia.

—Gracias —respondo con sinceridad—. En realidad lo de ayudarte con el postre era un pretexto para hablar contigo.

—Ah, ¿sí? —Le tiembla la voz.

La tarta está a punto de caérsele de las manos y la cojo justo a tiempo.

—Sí —respondo abochornado—. He sido muy injusto contigo.

—Oh, no pasa nada…

—Sí que pasa —digo con vehemencia—. No tenía ningún derecho a juzgarte. Es evidente que le haces mucho bien a Gabi, pero estaba tan enfadado con el mundo que era incapaz de verlo. Me gustaría que nos lleváramos bien por ella. Bueno, no solo por ella. Todos te tienen aprecio y no quiero ser el único idiota con mal gusto.

Se queda congelada y balbucea algo que no llego a entender. A ver, no es la respuesta que esperaba, aunque tampoco puedo culparla. Le eché en cara que estaba enamorada de Gabi y la verdad es que sus sentimientos no son asunto mío. El modo que elija para gestionar su relación con Gabi es algo que no me corresponde decidir a mí.

—¿Amigos? —Pongo la tarta en la encimera y le ofrezco la mano para que sepa que voy en serio—. Te prometo que no volveré a ser un gilipollas.

—Está todo olvidado —me asegura con voz trémula.

Acepta mi mano, pero me percato de que me sigue mirando indecisa.

—Seguro que podemos empezar de cero —le prometo.

—Claro. —Sam se aparta el pelo de la cara y me ofrece una pequeña sonrisa.

En ese momento se abre la puerta de la entrada y Percy aparece corriendo por el pasillo. Parece que se alegra mucho de ver a Sam, pues se acerca a ella para saludarla moviendo el rabo. Ella lo llama pequeñín y lo acaricia entre las orejas.

—Hola, Percy. —Le rasco la barriga cuando se tumba en el suelo—. ¿Qué tal, colega?

—¡Ya estoy en casa! —exclama Gabi—. Siento haberme perdido el almuerzo, pero el fotógrafo era un pesado que me ha tenido cinco horas posando en las posturas más complicadas. ¡Tengo una contractura en el cuello!

Gabi todavía no se ha dado cuenta de que estoy aquí, pues se está quitando la chaqueta para dejarla sobre un taburete. Tiene las mejillas sonrojadas, debe de haberse dado bastante prisa. Lleva un jersey verde menta, unos vaqueros desgastados y unas Converse negras. No tiene ni una pizca de maquillaje y sus ojos poseen un brillo diferente. Nunca me había parecido tan guapa.

—Hola, Gabi —la saludo.

Se sobresalta al oír mi voz y se vuelve muy despacio hacia mí. Una sonrisa de oreja a oreja le ilumina la cara. Luego me mira con una mezcla de alivio e inquietud. Supongo que sigue preocupada. Lo único que quiero es acortar la distancia que nos separa, abrazarla con fuerza y prometerle que todo saldrá bien.

—¡Pol!

Viene corriendo y rodea mi cintura con sus brazos. Su olor me devuelve de golpe a aquella época en la que mi vida estaba llena de esperanza. Le doy un beso en la frente y ella me abraza como si no quisiera soltarme. Y todo está bien… Jodidamente bien. Como debería haber sido si no me hubiera comportado

como un cobarde que la fastidió. Cuando nos separamos me doy cuenta de que Sam se ha marchado, quizá para concedernos intimidad.

—¡Ey! —Le pellizco la mejilla como me moría de ganas de hacer—. Estás muy guapa.

Me mira de arriba abajo.

—¡Has engordado!

—Vaya, ¿gracias?

—Los kilos de más te sientan de maravilla —dice convencida —. ¿Qué tal estás?

Hay tanto miedo en su voz que me entran ganas de volver a abrazarla y rogarle que no se preocupe por mí.

—¿Y tú?

La pregunta la sorprende y tarda unos segundos en responder.

—Estoy bien.

—Te he echado de menos —le confieso.

Ella se sonroja. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no besarla. Sé que no tengo derecho hasta que tengamos una conversación, aunque me resulta muy complicado resistirme. No ha dejado de ser mi debilidad.

—Te he echado tanto de menos que me arrepentí de pedirte que no me llamaras ni vinieras a visitarme.

Gabi me mira sorprendida.

—Solo quería respetar tu decisión. Si me hubieras dicho que…

—Tranquila. —Le pongo una mano en la mejilla y ella se sobresalta un poco—. Lo siento.

—Pol, no tienes que disculparte —me asegura—. Está todo bien.

Quiero decirle más cosas. Por ejemplo, suplicarle que me dé otra oportunidad para demostrarle que puedo ser aquel que ella se merece. Pero Gabi se cuelga de mi brazo para arrastrarme

con los demás.

—Todo lo que importa es que por fin estás en casa —dice.

Tiene razón. Ella es mi hogar, siempre lo ha sido. ¿Cómo no pude darme cuenta antes?

82
Gabi

Me alegro mucho de que Pol esté con nosotros. De verdad que sí. Sobre todo al ver que habla con Leo con naturalidad y se comporta como si ya tuviera más que superado su problema de adicción. Recuerdo lo que dijo Nura, es algo con lo que tendrá que batallar durante el resto de su vida. No podría estar más de acuerdo con ella, pero al verlo bromeando decido darle un voto de confianza.

Sam es la primera en marcharse, lo que no me sorprende porque ha estado bastante taciturna desde que he llegado. Le digo que voy a acompañarla a la entrada para darle un paseo a Percy. En realidad solo quiero hablar con ella. Tengo la impresión de que algo va mal. Entiendo que esté asustada sobre todo porque el chico del que estaba enamorada —o sigo estando, no lo sé— va a quedarse unos días en mi casa. Pero necesito que entienda que la he elegido a ella. Anoche estuvimos hablando del tema y quedó bastante claro que íbamos a comportarnos como dos adultas que confían la una en la otra.

—¿Va todo bien? —le pregunto en cuanto salimos.

—Pol me ha pedido disculpas —dice para mi sorpresa—. Quiere que empecemos de cero.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. —Cabecea—. ¿Lo es?

—Sí.

—Gabi… —Se muerde el labio y me mira indecisa—. Me he sentido fatal al hablar con él. No sabía dónde meterme. Se ha

plantado delante de mí con sus buenas intenciones. Seguro que está arrepentido, pero es evidente que me ha pedido disculpas porque le importas y no quiere ponértelo difícil.

Entiendo lo que quiere decir. Para ella no debe de ser plato de buen gusto charlar con Pol mientras él ignora que ahora estamos juntas. Cuando nos hemos abrazado he notado que él quería decirme algo más. Ahora me toca tener una conversación que sé de sobra que va a ser muy complicada.

—Tienes que decírselo —me pide—. Y te juro que no lo hago por mí. No quiero presionarte ni nada por el estilo. Pero tienes que entender que es mejor que se entere por ti antes de que lo haga por otra persona.

Sé que lleva razón. No tenemos por qué escondernos. No hay nada malo en lo que hacemos. De hecho, querernos es algo tan bonito que me parece ridículo ocultarlo.

—Hablaré con él esta noche —le prometo.

—No tiene por qué ser esta noche. Tú solo dile cómo están las cosas. Es decir, no quiero decir que nosotras… —Sam comienza a ponerse nerviosa—. Quizá al verlo se te han removido viejos sentimientos y yo no… Entendería que necesitaras tiempo y…

—Sammy —le pongo las manos en las mejillas—, mis sentimientos son los mismos que ayer, que la semana pasada y que la noche que nos besamos en aquel hotel.

—Vale. —Respira aliviada. Tiene los ojos brillantes—. Simplemente no quiero que parezca que te estoy presionando.

Le doy un beso para demostrarle que voy muy en serio. Sí, al ver a Pol se me han removido muchos sentimientos. En el fondo creo que siempre sentiré algo por él, pues ha sido mi primer amor. Pero eso no significa que mis sentimientos por Sam queden en un segundo plano. Cada día son más poderosos y estoy tan bien a su lado que quiero apostar por nosotras.

—Le diré la verdad.

—¿Qué verdad? —responde a escasos centímetros de mis labios.

—¿Cuál va a ser, tonta? —bromeo—. Que has cumplido tu mayor sueño.

—No me vaciles justo ahora —protesta enfurruñada—. En este momento estoy agobiadísima y tienes todo el poder de hacerme daño.

—Perdona. —Me disculpo con sinceridad. Apoyo mi frente contra la suya y le digo lo que me he callado desde que nos besamos por primera vez—. Voy a decirle que estamos juntas.

—¿No se supone que todavía no sabemos hacia dónde nos lleva esto?

—Yo sí lo sé —respondo con calma—. Quiero que cuando vengas a mi casa no tengamos que fingir que solo somos amigas. Porque lo quiero todo contigo, Sam.

Me besa y, si tenía algunas dudas, se esfuman en este momento. La calidez de su boca es lo único que necesito para sentirme mejor. Debo ser valiente por nosotras. Tengo que hacer lo que esté en mi mano para conservar esto tan bueno que tenemos. Quererla me resulta tan fácil, tan maravilloso, que sé que podría hacerlo durante el resto de mi vida.

—Hola, novia. —Se aparta y me sonríe.

—Hola —respondo despacio.

Estas somos nosotras. Cualquier otra persona dudaría de mí o me pediría que pasase la noche en su casa para apartarme de Pol, pero Sam nunca me hará elegir. Me quiere demasiado para obligarme a escoger. Confía en mí. Lo mínimo que puedo hacer por ella es dejar atrás el pasado y apostar por nosotras.

—¿Nos vemos mañana?

—No me perdería por nada del mundo la noche de Trivial con tus hermanos.

—Vamos a machacar a ese par de engreídos —me promete.

Percy comienza a ladrar de forma lastimera cuando Sam se

sube a su coche. Está acostumbrado a pasar mucho tiempo con ella y creo que ya ha decidido que es su segunda dueña. Antes de volver a casa le doy un largo paseo por la urbanización mientras trato de contener mis emociones. Una cosa es que haya escogido ir en serio con Sam y otra que no tenga miedo de explicárselo a Pol. Lo último que quiero es hacerle daño, pero no sé cómo evitarlo sin ser sincera.

Charlo por WhatsApp con mi madre, con quien hace unos días tuve una videollamada a la que se unió Sam. Mi madre la adora y sé que se tomará muy bien que estemos juntas, pero es una noticia que prefiero darle en persona cuando venga al concierto. Acaba de confirmarme que pasado mañana volará a Sevilla y no veo el momento de decírselo a Leo. Ojalá consiga limar asperezas con ella. Me gustaría que fuera capaz de darle una segunda oportunidad, igual que he hecho yo.

—¡Leo! —exclamo al entrar en casa y verlo en la cocina—. Hola, hermanito.

—¿Por qué estás tan contenta? —pregunta con tono burlón.

—Dentro de tres días volvemos a subirnos a un escenario —le recuerdo—. ¿No es maravilloso?

—Claro que lo es. —Me pasa un brazo por encima de los hombros y me da un beso en la frente—. El público va a amar la colaboración con Sam. Ni siquiera se lo esperan.

—Oye… —Me aparto de él y me pongo seria. No quiero que se lleve la sorpresa al ver a nuestra madre en el camerino—. Mamá va a venir al concierto. La he invitado y me ha dicho que sí.

—¡Ah! —Su expresión se vuelve impasible—. Pues vale.

—¿Vale?

—Eres libre de invitar a quien quieras —responde con frialdad.

—Esperaba que pudieras hablar con ella después del concierto —digo esperanzada.

—Para —me pide irritado—. Me parece perfecto que hayas decidido retomar la relación con ella. En serio, respeto tu decisión. Pero eso no significa que la comparta. Para mí siempre será la mujer que se largó cuando era un niño.

—Pero Leo…

—¡No!

—Si al menos quisieras darle una oportunidad.

—¡No quiero, Gabi! —exclama alterado—. Hace mucho tiempo decidí que no la quería en mi vida.

—Eres muy injusto.

—Tengo derecho a pensar en mí. Si tú crees que eso es ser injusto, pues vale, soy injusto. Pero llega un momento en el que todos merecemos elegir quién nos aporta y quién no, y no pasa nada por decidir que no quieres que algunas personas formen parte de tu vida.

Nos volvemos con brusquedad hacia Nura y Pol, que están en el umbral de la cocina. Por sus caras no me hace falta preguntar cuánto han oído.

—Podríais habernos dicho que estabais escuchando —les recrimino.

—Hemos venido a guardar las sobras. —Se disculpa Nura enseñándonos un táper—. No era nuestra intención escuchar a escondidas.

—No pasa nada —la tranquiliza Leo. Se vuelve hacia mí para darme un beso en la mejilla y un apretón cariñoso en el brazo —. No quiero pelearme contigo por mamá. Solo quiero que respetes mi decisión, al igual que yo hago lo mismo contigo.

—Vale —me resigno.

Nura y mi hermano se despiden de nosotros y se marchan. Ignoro la mirada preocupada de Pol, murmuro que estoy cansada por haber estado trabajando y me voy a mi habitación. No puedo evitar sentir que he fracasado. Ya sé que Leo tiene todo el derecho del mundo a no aceptar a nuestra madre de

nuevo en su vida, pero no quiero conformarme sin haber gastado el último cartucho. Sigo pensando que si hablara con ella podría llegar a entenderla, pues mi hermano no es rencoroso. Soy de las que piensan que en la vida no podemos dar por perdidas a las personas que amamos hasta agotar todas las oportunidades.

No me apetece cenar con Axel, Pol y mi padre, pues sigo muy dolida por lo sucedido con mi hermano y no quiero pagar mi malestar con nadie. Es cierto que mi madre no me ha pedido que intervenga entre ellos, pero tampoco ha hecho falta. Supongo que llevo tanto tiempo con el deseo de volver a ser una familia que tenía la esperanza de hacerlo cambiar de opinión.

A la una de la madrugada sigo sin poder pegar ojo y salgo al jardín con una taza de chocolate caliente. Me siento en una hamaca y tarareo las canciones del nuevo disco. Va a ser la primera vez que me suba a un escenario con Sam y estoy muy emocionada. Sé que a nuestro público le va a encantar la colaboración. Nunca le he preguntado a Sam si compuso «Imprevisible» pensando en nosotras. Es cierto que la escribió a medias con mi hermano, pero no puedo evitar creer que, en cierto modo, habla de nosotras. De dos almas afines que encajan sin pretenderlo de una forma irreversible. Sé que si se lo pregunto me dirá la verdad. Así funcionamos nosotras.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —me pregunta Pol.

Lleva un cigarro sin encender en la boca y solo viste los pantalones del pijama. Todavía estamos en invierno y hace frío, pero a él no parece importarle. Soy incapaz de no recorrer su cuerpo con deseo. Que me esté enamorando de Sam no significa que sea inmune a su encanto, y es una verdad como un templo que es uno de los chicos más atractivos que conozco.

—Me apetecía un chocolate caliente. —Levanto la taza—. ¿Quieres que te prepare uno?

Para mi sorpresa, Pol se guarda el cigarro en el bolsillo del pantalón y asiente.

—Puedo ir yo. —Me pone una mano en el brazo cuando me pongo de pie y se me eriza la piel.

—Eres mi invitado. —Aparto su mano con delicadeza y él entorna los ojos—. Deja que te prepare la única comida decente que sé hacer.

—El chocolate no es una comida —bromea.

—Eso díselo a Willy Wonka.

Necesito poner distancia entre nosotros hasta que consiga aclararme, por eso tardo más de lo normal. Cuando regreso, Pol está sentado en mi hamaca. Aunque hay sitio de sobra para los dos, elijo la que está a su lado y me mira sorprendido.

—¿Estás bien? —pregunta con cautela—. No era nuestra intención escuchar vuestra conversación.

—Ah, no pasa nada. —Le resto importancia—. Estábamos gritando. Seguro que hasta mi padre y Axel se enteraron.

—¿Qué te pasa? —insiste preocupado.

—Nada —miento.

—¿Entonces por qué tengo la impresión de que me ocultas algo?

Se me hace un nudo en la garganta cuando lo miro a los ojos. Pol le da un sorbo al chocolate antes de dejarlo en la mesita baja y se lame la mancha de chocolate que tiene en el labio inferior. Se me seca la boca y me obligo a apartar la vista, pero es demasiado tarde. Mi pulso se ha disparado. No sé si es por el deseo que mi cuerpo experimenta o porque no puedo callármelo. Le prometí a Sam que se lo contaría esta noche. ¿A qué diantres estoy esperando?

—Sam y yo estamos juntas —le suelto de golpe.

Pol me mira sin pestañear.

—Ya lo sé —responde con calma—. Siempre estáis juntas. Hoy le he pedido disculpas.

—Me lo ha contado.

—Ah, claro. A eso me refería cuando digo que siempre estáis juntas —bromea—. Es una buena amiga. Lo siento, no debería haberme metido donde no me llamaban.

Me tapo la cara con las manos. Uf, esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

—¿Gabi?

—Estamos juntas —repito agobiada mirándolo a los ojos—. Ya sabes…, no en plan amigas.

—Venga ya. —Se ríe sin dar crédito.

—No estoy bromeando —respondo irritada de repente—. Deja de reírte.

Su sonrisa se esfuma de un plumazo y me mira confundido.

—¿De qué hablas?

—Estamos saliendo —le aclaro—. Somos novias.

Pol se echa hacia atrás como si lo hubiera golpeado. Durante unos segundos se limita a mirarme. No hay ni una emoción en su rostro. Hasta que su expresión se convierte en una máscara de perplejidad y negación.

—Entiendo que te hice daño —murmura con tono grave—, pero no hace falta que te inventes que sales con Sam para alejarme de ti. En serio, Gabi. Sé encajar un rechazo. Lo que no me entra en la cabeza es que me mientas.

—No te miento —digo igual de molesta que él—. Nunca te haría algo así.

—Sí, ya. —Se levanta y sacude la cabeza—. ¿Esperas que me crea que sales con Sam?

Me pongo de pie.

—Pues sí —respondo orgullosa—. Es una chica increíble, preciosa, divertida y me quiere.

—¿Esto es porque te dije que solo habíamos follado y no

significabas nada para mí? —pregunta perplejo—. Sabes que aquella persona no era yo. Lo siento, Gabi. De verdad que lo siento. Si pudiera dar marcha atrás…

Retrocedo cuando intenta tocarme. Dios, ¿por qué es tan difícil que lo entienda? De acuerdo, sé que puede haberlo pillado desprevenido que me guste una chica, pero me fastidia que reaccione como si yo fuera la clase de persona que actúa por despecho cuando la rechazan.

—Nos besamos —le explico—. Y me gusta muchísimo.

Pol se queda paralizado por la impresión. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que suele hacer cuando se ve superado por una situación. Me mira entre contrariado y dolido. Sacude la cabeza y sus ojos se tornan vidriosos. Por fin empieza a asimilarlo. Ahora lo único que quiero es abrazarlo y decirle que me sigue importando. Que no está solo. Que siempre me va a tener de su lado.

—No puede ser —musita, y sé que se lo dice a sí mismo.

—A mí también me sorprendió que me gustara una chica.

—¡Me da igual que sea una mujer! —exclama enfadado—. Eso es lo de menos, Gabi. ¿Qué más da quién sea la persona por la que me has reemplazado?

—¿Eso es lo que crees? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Que te he reemplazado?

—Hace poco más de un mes me dijiste que me querías —me recuerda dolido.

Los ojos se me llenan de lágrimas en cuanto oigo su reproche. Por supuesto que lo recuerdo. Pero en aquel momento estaba tan asustada y confundida que no podía darme cuenta de que también me estaba enamorando de Sam.

—No tienes derecho a recriminarme nada —susurro con tono lloroso.

—No lo entiendo —dice conteniendo las lágrimas—. ¿Cómo han podido cambiar tanto las cosas en un mes?

—No lo sé —respondo con sinceridad.

—¿Y si estás equivocada? —pregunta visiblemente esperanzado—. Tal vez ella estaba ahí cuando yo te fallé y has confundido tus sentimientos.

—Pol…

—Joder, Gabi.

Me da la espalda y sé que está llorando. No puedo evitar abrazarlo por detrás. Pol pone sus manos sobre las mías y se deja rodear. Está temblando. Amo a este chico herido, perdido y vulnerable, pero también amo a Sam. No sé cómo y cuándo ha sucedido. No entiendo en qué momento mis sentimientos se volvieron tan inestables. Así es el amor, indómito e inesperado. No podemos contenerlo en una botella para que dure para siempre.

—Me voy a la cama —dice con voz ronca antes de apartarse de mí.

—Espera, Pol —le suplico—. Vamos a hablar.

—¿De qué quieres que hablemos? —responde sin mirarme—. ¿De que he perdido a la chica que me amaba por ser un cobarde que tenía miedo de quererla?

Pol se marcha y se lleva con él una parte de mi ser. Acabo de partirle el corazón y tendré que aprender a vivir con ello. Pero ¿cómo se vive sin un amor que todavía no has superado del todo?

83
Pol

Sé que no tengo derecho a recriminarle nada a Gabi. Me dijo que me amaba y la respuesta que recibió por mi parte fue que no significaba nada para mí. Me recogió en aquel callejón después de que la dejara tirada con la prensa y ha intentado muchas veces rescatarme de mí mismo. Le he fallado en innumerables ocasiones y le he hecho tanto daño que apartarse de mí es la decisión más sensata que ha podido tomar.

Sé que debería alegrarme por ella. Ha encontrado a una buena persona que la quiere y la respeta. Gabi se merece todo lo bueno que le pase.

Sin embargo, eso no impide que me duela que haya estado los últimos dos días fuera de su casa para evitarme. Ni tampoco que me escueza que mis amigos me compadezcan y me traten como si estuviera a punto de romperme de nuevo. Supongo que tienen miedo de que recaiga ahora que Gabi ha pasado definitivamente de mí.

Estoy hecho polvo. No voy a negarlo. Delante de ellos actúo con naturalidad. Me comporto como un exadicto rehabilitado que se toma con deportividad la relación de Gabi y Sam. Pero en el fondo albergo la esperanza de que me dé una segunda oportunidad. Me niego a creer que nuestra historia haya acabado de una forma tan abrupta.

¿Quién va a quererme ahora?

¿Quién va a mirarme como lo hacía ella?

¿Quién va a disculpar a este pobre infeliz que comete un error tras otro porque solo sabe destrozarse la vida?

Sé que no debo buscar el amor que me falta en otra persona.

Sé que no puedo exigir que alguien me quiera si no tengo ni una pizca de amor propio.

Sé que, para tener una relación sana con otra persona, primero debo hacer las paces conmigo. Pero, joder, ¿por qué todo es tan complicado?

—Entráis en un minuto —nos dice el técnico de sonido.

El público corea nuestros nombres. Hay más de setenta mil personas que nos esperan. Sin embargo, no siento nada. Es como si me hubieran arrancado el corazón del pecho.

Leo nos llama y extiende el brazo para que unamos nuestras manos y nos deseemos suerte, tal y como hacemos siempre. Gabi me mira de reojo cuando pone la mano encima de la mía. No quiero que se sienta culpable, así que le devuelvo la mirada y esbozo una sonrisa falsa.

—¡Vamos a petarlo! —exclama Leo.

Gabi es la última en salir al escenario y el público la ovaciona como la estrella que es. Miro la batería al igual que si viera un fantasma y respiro profundamente. No puedo fallarles. Mis amigos no se merecen que los deje tirados en nuestro primer concierto. No obstante, las piernas no me responden y me quedo paralizado.

—¡Eh! —Leo me pone las manos en los hombros y me mira, intuyendo que algo va mal—. ¿Qué te pasa?

—Nada —miento.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco nervioso, eso es todo. —Le resto importancia.

Entonces me dice lo único que puede obligarme a mover el culo:

—No somos nada sin ti. —Apoya su frente contra la mía—. Te quiero, Pol.

Me aparto de él y le doy una palmadita en la espalda.

—Venga, vamos a dar un buen concierto o, de lo contrario, me dará un subidón de azúcar por culpa de tus cursiladas.

Leo sacude la cabeza, se ríe y va a por su guitarra. Me siento detrás de la batería, cojo las baquetas y comienzo a tocar. La música corre por mis venas y la voz aterciopelada de Gabi se cuela muy dentro de mí. Es normal que el público enloquezca cuando canta. No solo se trata de su voz, sino de su presencia poderosa en el escenario.

Observo con anhelo a mi amiga, la chica de los ojos azules que se reía con mis tonterías y me trataba como si de verdad valiera la pena. La veo disfrutar. Ha nacido para ello. Es una estrella.

Lo doy todo durante las dos horas que dura el concierto, como si pudiera olvidar lo mucho que me pesa el alma. Y, justo cuando el concierto está a punto de terminar, Gabi presenta a Sam.

—Es para mí un honor invitar a nuestro escenario a una de las mejores artistas que he conocido. —Se hace un silencio expectante—. Además de ser una gran cantante, es una persona muy importante para mí. ¡Un fuerte aplauso para Samantha Jordan!

Desde aquí puedo ver cómo la gente se da codazos y grita emocionada. Sam entra en escena, hace una reverencia al público y le da la mano a Gabi. Se miran sonriendo y Sam le da un beso en la mejilla. Entonces comprendo lo que me quiso decir hace tres días. No sé cómo pude pensar que era una broma si es evidente que desprenden complicidad. Sus voces se sincronizan a la perfección y el estadio se enciende con las luces de los móviles. Se hace el silencio. Todo el mundo las escucha embobado. Ni siquiera yo puedo apartar la vista aunque me duela. Y tanto que me duele…

Justo cuando creo que no puedo soportarlo más, la canción termina y Gabi besa a Sam. Y mi corazón se rompe en mil

pedazos.

84
Gabi

El público nos ovaciona durante más de diez minutos y tocamos otras tres canciones antes de despedirnos. Sam salió del escenario después de cantar conmigo y recibir un aplauso atronador. No sé por qué la besé. Estábamos cogidas de la mano delante de más de setenta mil personas, pero me olvidé de todo al mirarla a los ojos. De repente, me entraron unas ganas tremendas de darle un beso y no pensé en las consecuencias.

Noto que algo va mal en cuanto nos reencontramos en el camerino. Está muy seria y ni siquiera sonríe cuando nos miramos. Frunzo el ceño y me pregunto qué ha podido suceder desde que salió del escenario. No puedo preguntárselo porque mi madre entra en ese momento y se da de bruces con mi padre, que la sostiene por los hombros y masculla una palabrota.

—¡Andrés!

—Ludovica. —Mi padre la suelta como si hubiera visto un fantasma.

Su visita no lo ha sorprendido, pues le expliqué que vendría. Tampoco es la primera vez que se ven desde que se divorciaron, hace tres años coincidieron en un concierto que dimos en Alicante. Pero no sé si es porque las cosas han cambiado entre nosotras o porque se han reencontrado en Sevilla, la ciudad en la que vivieron su historia de amor. El caso es que cuando se miran fijamente comprendo de golpe que entre ellos aún existe algo sin resolver. Nunca había visto a mi

padre tan nervioso ni a mi madre tan alterada. No sé si llamarlo amor o tal vez solo sea una cuenta pendiente, pero es evidente que continúan sintiendo algo el uno por el otro. Y, por la forma en la que mi hermano entorna los ojos, sé que él también se ha dado cuenta.

—Estás igual que hace veinticinco años —le dice mi padre.

—¡Andrés! —Mi madre se ríe como si fuera una colegiala y le da un golpecito en el hombro—. *Non dire stupidaggini!* Las arrugas no mienten.

—Siempre serás una mujer bellísima, con o sin arrugas.

Mi madre se sonroja y mi padre sonríe. No es la sonrisa forzada que había esperado que le dedicara, sino una auténtica, como si incluso a él le hubiera pillado desprevenido alegrarse de verla. A mi lado, Leo sacude la cabeza con incredulidad.

—Es increíble —murmura indignado.

Conozco a mi hermano y sé a qué se debe su reacción. Está preocupado por nuestro padre. En el fondo creo que decidió no darle una segunda oportunidad a nuestra madre porque sentía que traicionaría al hombre que nos crio, pero ahora puede ver con sus propios ojos que él no le guarda ni una pizca de rencor.

—Míralos —dice estupefacto—. Parece que están tonteando.

—Ya son mayorcitos. —Le doy una palmadita en la espalda para que se relaje—. Respeta su decisión.

Al recordarle sus propias palabras mi hermano resopla y lo deja estar, pues sabe que tengo razón. Si ellos han pasado página, ¿quiénes somos nosotros para criticarlos?

—Hola, mamá. —Me acerco a saludarla—. ¿Has disfrutado del concierto?

Mi madre, que en este momento está ruborizada como una quinceañera por algo que le ha dicho mi padre, se vuelve hacia mí y abre los brazos para darme un abrazo. Me llena la cara de besos como si tuviera cinco años.

—*Mia principessa!* —exclama emocionada—. Has estado

meravigliosa. ¡Todos lo habéis estado!

—Leo —lo llama mi padre—, ¿no saludas a tu madre?

Mi hermano lo mira con estupor antes de acercarse de mala gana. Se queda parado delante de ella y la saluda con un asentimiento de cabeza y un seco «hola». Nuestra madre se muerde el labio, visiblemente nerviosa. Los observo resignada al comprender que ahí se acaba su acercamiento, pero entonces ella da un paso hacia él y le da un abrazo que lo pilla desprevenido. Al principio creo que Leo va a apartarse muy pronto, pero me sorprende ver que se relaja poco a poco. Nura está en el extremo opuesto del camerino y me guiña un ojo cuando nuestras miradas se encuentran, como diciéndome: «¿Lo ves? No es tan duro como aparenta». Sonrío porque debería haberlo previsto. A pesar de que mi hermano se haya mostrado reticente ante una posible reconciliación, en el fondo siempre ha sido un blando. Nura lo sabe y por eso está tan tranquila. Es increíble que lo conozca mejor que yo, aunque, si tengo en cuenta que están todo el día pegados como una lapa, tampoco debería sorprenderme.

—*Adoro quando* cantas con tu hermana —le dice mi madre pellizcándole la mejilla. Leo intenta hacerse el duro, pero se le escapa una sonrisa—. *¡Non posso credere* que tardarais tanto en cantar juntos!

—Eso díselo a papá —responde Leo sin acritud.

—*Tuo* padre es un cabezota —bromea mi madre, y él finge ofenderse—. ¡Y el dúo con Samantha ha sido *bellissimo!*

Sam sonríe cuando la menciona, lo que me lleva a la conclusión de que sí le pasa algo conmigo. Se acerca a saludarla y los cuatro se sumergen en una conversación trivial. Luego Leo le presenta a Nura y mi madre repite un millón de veces que es *molto bella, deliziosa* y un montón de cumplidos en italiano que ponen de manifiesto lo intensa que es, aunque a mi cuñada no parece importarle en absoluto. Aprovecho que todos

están charlando para coger a Sam del brazo y arrastrarla al servicio con la excusa de que me ayude con la cremallera del vestido. Intento que mi mirada no se cruce con la de Pol, pues no pensé en cómo podría sentirse cuando besé a Sam. Si veo un mínimo rastro de dolor en su expresión, me vendré abajo sin poder evitarlo.

—¡Ey! —Le doy un beso en cuanto nos encerramos en el servicio—. ¿Qué te pasa?

Para mi consternación se aparta de mí y se apoya en la pared de azulejos con los brazos cruzados y una expresión disgustada que no augura nada bueno. Sam casi nunca se enfada conmigo, así que me temo lo peor. Siempre es muy comprensiva y es la clase de persona que prefiere hablar las cosas antes de cabrearse.

—¿Por qué me has besado? —me recrimina.

Me esperaba cualquier pregunta menos esta, la verdad.

—¿Ahora? —respondo descolocada.

—En el escenario.

—¡Ah! —Me encojo de hombros—. No lo sé, fue un impulso. Ya me conoces.

—No lo entiendo, Gabi —dice disgustada—. ¿No te parece el tipo de decisión que deberías haberme consultado?

—No sabía que tuviera que pedirte permiso cada vez que quiera besarte —respondo dolida.

—No es eso. —Aprieta los labios—. Sabes que no se trata de eso.

—Pues explícamelo, porque no lo entiendo.

—Me has besado en el escenario. Has tomado la decisión de exponer nuestra relación sin preguntarme si estaba de acuerdo.

—¿Tanto te molesta que no quiera ocultarme? —respondo molesta—. Para mí no tiene nada de malo. Pensé que…

—Gabi… —me interrumpe con gravedad—, en una relación las decisiones no se toman de forma unilateral. Si ibas a

exponernos, me hubiera gustado haberlo sabido antes. No tengo ningún problema en gritarle al mundo que te amo, lo sabes de sobra. Lo eres todo para mí y tengo absolutamente claro que quiero estar contigo.

—Entonces ¿por qué estás enfadada?

—¿De verdad que no lo entiendes? —protesta alterada—. Desde que Pol regresó estás muy rara. ¿O crees que no me he dado cuenta de que apenas has pisado tu casa para no coincidir con él? Sé que te sientes mal por él, pero te has encerrado en ti misma y cada vez que intento hablar contigo me dices que no te apetece. ¿Y hoy vas y me besas en el escenario?

Su recriminación me pilla desprevenida. Sí, tiene parte de razón. Estos últimos tres días no he parado en casa de mi padre porque pensé que todo sería más fácil para Pol si ponía distancia entre nosotros. Si no he querido hablar con ella es porque estoy hecha un lío.

—El beso no tiene nada que ver con él —digo en voz baja.

—¡Lo tiene todo que ver! —exclama con los ojos brillantes—. Sé que estás agobiada y que no tienes nada claro. También sé que me has besado porque necesitabas demostrarle a él y a ti misma que quieres estar conmigo. ¡Y, joder, me duele, Gabi! ¡Me duele muchísimo que me utilices de esa manera!

—Yo no… —Retrocedo conmocionada y me golpeo con la puerta—. Eso no es…

—Salir con tu mejor amiga tiene sus desventajas —musita con tono lloroso—. A mí no puedes engañarme.

—¡No te estoy mintiendo! —Me entran ganas de tirarme de los pelos—. De acuerdo, debería haber hablado contigo antes de exponernos en público. Lo siento, tienes razón. Pero eso no significa que estuviera pensando en Pol cuando te besé. Me dejé llevar, Sammy. Estábamos en el escenario, mirándonos a los ojos mientras cantábamos, y el mundo dejó de existir. Ya sabes lo impulsiva que soy.

—Me gustaría creerte —dice con un hilo de voz—, pero no puedo.

—¿Por qué…?

—Sigues enamorada de él —masculla rompiendo a llorar—. En el fondo siempre lo he sabido. Te dije que no quería ser tu segundo plato.

—Venga ya, Sam.

Se aparta cuando intento tocarla y su rechazo me duele más de lo que estoy preparada para aceptar. Quiero gritarle que la quiero, pero me prometí que siempre seríamos sinceras la una con la otra. Ahora mismo estoy confundida y soy incapaz de aclarar mis sentimientos. Sé que quiero estar con ella, aunque eso no significa que no sienta algo por Pol.

—Te elijo a ti —digo desesperada—. ¿No es suficiente?

Sam suspira y se limpia las lágrimas. Verla tan deshecha por mi culpa me parte el corazón. Quiero abrazarla, esconder la cara en su cuello y prometerle que vamos a estar bien.

—Necesito estar sola.

No quiero dejarla ir, aunque sé que no tengo derecho a pedirle que se quede. Por eso me aparto de la puerta para que pueda salir. Me derrumbo en el suelo y me abrazo las rodillas contra el pecho.

No puedo creer que haya arruinado nuestra relación en un segundo. Sin embargo, una mala decisión puede cambiarlo todo. En este momento lo único que deseo es desaparecer. No sé lo que quería demostrar al besar a Sam en público, pero si algo tengo claro es que acabo de exponer cada una de mis dudas.

¿Por qué el amor es tan complicado?

85

Gabi

Sigo hecha polvo cuando regresamos a casa. Ya sé que Sam dijo que quería estar sola, pero necesito hablar con ella y la llamo por teléfono. Ignora mi llamada y también mis wasaps, así que me doy por vencida. El próximo concierto es la semana que viene en Málaga y ha firmado un contrato que la obliga a subirse a nuestro escenario. Vamos a vernos sí o sí, aunque espero que me dé la oportunidad de hablar con ella antes. A ver, nunca he tenido pareja estable. Mis ligues siempre eran gilipollas con los que nunca sentí la necesidad de arreglarlo cuando la cosa no cuajaba. Sin embargo, con Sam es distinto. Me encanta acurrucarme con ella en el sofá para ver una serie, observarla cocinar mientras me desgañito cantando y nuestras clases de guitarra a la luz de la luna.

Reflexiono sobre las verdaderas razones que me llevaron a besarla. No quiero admitir que tenga razón. Me duele haberla utilizado, aunque haya sido sin darme cuenta, para distanciarme de Pol de manera definitiva. Nunca me perdonaría hacerle daño.

—Un gran concierto —me felicita mi padre.

Aparece en el jardín con dos Desperados frías y me ofrece una. Le doy un largo trago, pero el tequila no se lleva ni una décima parte de mi amargura. No hay nada peor que estar decepcionada con una misma.

Mi padre se sienta a mi lado y me da una palmadita en la rodilla. Es todo lo que me hace falta para desmoronarme de nuevo. Me abrazo a él y rompo a llorar. Murmura palabras de

consuelo que no surten efecto porque la única persona a la que necesito en este momento no quiere saber nada de mí.

—¿Por qué el amor es tan complicado, papá? —le pregunto cuando consigo tranquilizarme un poco.

Mi padre me aparta el pelo de la cara con ternura.

—Somos nosotros quienes lo complicamos, tesoro —responde con suavidad—. En realidad, amar a alguien es lo más fácil del mundo.

—No me parece que lo sea —digo tras un suspiro. Le doy otro trago a la cerveza—. En este momento el amor me parece la mayor putada del mundo.

—Que sea difícil no significa que no merezca la pena. El amor no valdría nada si no tuviéramos que esforzarnos por conservarlo —dice pensativo—. Nos equivocamos al dar por hecho que el amor es eterno. Se acaba si no ponemos de nuestra parte. Debemos cuidarlo y ser generosos. ¿Sabes? Creo que el amor es un poco como una planta. Entierras una semilla y esperas que germine, pero, si no la riegas y la abonas cada cierto tiempo, termina muriendo.

—¿Y si tienes que regar dos plantas…? —Me quedo callada de golpe. No puedo creer que acabe de decir tal cosa. Me parece tremendamente injusto y hace que el enfado de Sam tenga más peso—. Nada, olvídalo.

—Hay muchos tipos de amor, Gabriella —afirma comprensivo—. No tienen por qué ser incompatibles ni significa que el amor que sientes por una persona agote el que puedes experimentar por otra.

—Es injusto.

—La vida suele serlo. Por eso nos obliga a elegir una y otra vez.

—Ahora mismo solo tengo claro que soy una idiota —murmuro abatida apoyando la cara en las manos—. Enhorabuena, tienes una hija idiota.

—De eso nada —replica con vehemencia—. La primera vez que te vi, sentí el amor más puro y genuino. Fue amor a primera vista. No importaba que fueras la bebé más llorona del mundo o que solo te quedaras dormida si escuchabas la banda sonora de *La sirenita*. Te quería y te quiero con toda mi alma. Si vuelves a decir que tengo una hija idiota…, en fin, tendré que desheredarte.

—Ah, ahora entiendo por qué odias tanto esa peli —bromeo con debilidad.

—No te culpes por no saber gestionar tus sentimientos —me pide—. El tiempo acaba poniéndolo todo en su lugar.

Ojalá tenga razón. Quiero estar con Sam, pero esta conversación me ha abierto los ojos. No puedo ser injusta con ella. Si algo tengo claro es que la quiero demasiado para convertirla en la persona que elijo para alejarme de Pol. No se lo merece.

—Sigues enamorado de mamá —digo a bocajarro.

No sé por qué lo hago. Las palabras salen de mi boca sin que pueda frenarlas. Esta soy yo, impulsiva a más no poder. Primero actúo y luego pienso. Por esa razón me dejé llevar en el escenario.

Espero que mi padre lo niegue o se ponga a la defensiva, pero para mi sorpresa se limita a fijar la vista en la piscina mientras permanece en silencio. No hace falta que responda. Acaba de confirmar mis sospechas. Ahora entiendo por qué ninguna de sus relaciones ha terminado de cuajar.

—Todavía estáis a tiempo de darme un hermanito.

—¡Gabriella…! —protesta mi padre poniéndose colorado—. Lo retiro, eres una hija la mar de idiota.

—Ay, papá. —Me parto de risa—. Te juro que me haría mucha ilusión.

Mi padre niega con la cabeza como si fuera un caso perdido, pero al final se ríe. Nos entra tal ataque de risa que se nos

saltan las lágrimas. No sé durante cuánto tiempo nos hemos reído, pero al menos me siento un poco mejor. Me da un beso en la mejilla y me mira como si quisiera decir algo más. Le sonrío para que sepa que todo está bien. Si algo he aprendido en los últimos meses es que nadie tiene derecho a juzgar las decisiones de otra persona. Tanto si deciden darse una segunda oportunidad como si no, tengo clarísimo que no voy a meterme. A veces los hijos creemos que nuestros padres tienen que pedirnos permiso para rehacer su vida.

Mi padre me da las buenas noches y se va a dormir. No puedo evitar mirar el móvil para comprobar si Sam me ha escrito. Miro fijamente la pantalla como si eso pudiera captar su atención. No ha cambiado su foto de perfil, lo que me da algo de esperanza. En ella aparece sosteniendo a Percy con los brazos extendidos, imitando la mítica escena de *El rey león* y yo me cuelo por detrás con cara de payasa. Eso debe de significar algo, ¿no? Bueno, ya sé que hay una gran diferencia entre lanzar una señal y ver señales donde no las hay. Suspiro resignada y acaricio su rostro sonriente. Está guapísima con su melena leonina y el pijama tan hortera de Bob Esponja. Si vuelvo a mirar la foto, me voy a volver loca, por lo que me levanto para ir a por otra cerveza y me doy de bruces con Pol, que lleva una cerveza en cada mano. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me mira preocupado. Solo entonces soy consciente de las lágrimas que resbalan por mis mejillas. Uf, echo tanto de menos a Sam… Pero aquí, al mirar a Pol a los ojos, me vengo abajo y todas mis convicciones se tambalean.

—Qué fea te pones cuando lloras —suelta.

—¡Imbécil!

—Qué guapa eres cuando te enfadas.

Me tiende una cerveza y comprendo que solo lo ha dicho para que deje de llorar. Pongo los ojos en blanco y acepto la cerveza. Este es Pol, la única persona capaz de hacerme sonreír

en menos de un segundo. Es increíble que algunas personas tengan el poder de poner nuestro mundo del revés.

—Gracias —musito.

Levanta su cerveza para brindar conmigo.

—Esa sonrisa te queda de maravilla.

—Tengo la cara manchada de churretes de maquillaje y los ojos hinchados como dos pomelos. No mientas.

—Me sigues pareciendo la chica más guapa del mundo.

El corazón me da un vuelco.

—Pol…

—Tranquila. —Se sienta en la misma hamaca en la que yo estaba y le da un trago a su cerveza—. No vengo con segundas intenciones, pero he salido a fumar y al escucharte llorar no he podido mirar para otro lado. Tenía la esperanza de que alguna de mis bromas te hiciera sonreír.

—La mayoría de tus bromitas me sacan de quicio.

Me siento a su lado y nuestras piernas se rozan. Intento mantener a raya mis emociones. Ahora mismo mi corazón está repleto de dudas. Sí, daría lo que fuera por arreglar las cosas con Sam, pero eso no significa que el chico que tengo a mi lado haya dejado de importarme.

—Venga ya. —Me golpea con su hombro—. No puedes vivir sin mí.

Lo atravieso con la mirada y él se encoge como si le hubiera dado una bofetada. Mierda, no debería pagar mi frustración con él. Sé que no lo ha dicho con mala intención. Se nota que solo intenta animarme. Me muerdo el labio y me pego más a él para que sepa que me arrepiento.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—Todo es muy complicado —admito en un susurro.

—¿Qué es complicado? —Me aparta el pelo de la cara y me estremezco al sentir el roce de sus dedos en mi mejilla—. Habla

conmigo, Gabriella.

—Estar aquí contigo mientras pienso en ella y, al mismo tiempo, sentirme culpable por no tener nada claro respecto a ti —le confieso—. Y ahora Sam cree que la he besado en el escenario porque intentaba demostrar algo…

Pol me mira y no dice nada. No sé descifrar lo que oculta su expresión. Dejo la cerveza en la mesita y me tapo la cara. ¿Por qué se lo cuento a él precisamente? Dios, no tengo filtro. ¿Qué diantres me pasa?

—Perdona, no es justo que me desahogue contigo —me disculpo avergonzada.

—He sido yo el que te ha pedido que hables. —Me pone una mano en la rodilla—. Quiero escucharte.

—No me gustaría hacerte daño —digo agobiada—. Ni tampoco a ella.

—Es imposible que me hagas más daño del que me he hecho a mí mismo —reconoce abatido—. El único culpable de que nos encontremos en esta situación soy yo.

—A decir verdad, ambos hemos cometido muchos errores.

Se ríe sin ganas.

—Pero los tuyos no están a mi altura —responde con rotundidad—. Yo no te recogí al borde de una sobredosis en un callejón de mala muerte.

—Me emborraché y por mi culpa te peleaste con mi hermano.

—No es lo mismo. —Me mira como si me hubiera vuelto loca—. Y mis problemas con Leo no tienen nada que ver contigo. No hemos sabido gestionar la situación. Sobre todo yo. De hecho, demasiado me habéis aguantado. Otros amigos me habrían mandado a la mierda y habrían buscado a otro batería. ¿O te crees que no sé que aplazar la gira os ha costado un problema con la discográfica?

—Los amigos son la familia que se elige —digo con suavidad

—. Y a la familia hay que darle la oportunidad de enmendar sus errores.

—De todas formas…

—Nadie te lo tiene en cuenta —le aseguro, pues es la pura verdad—. Y todos nos alegramos mucho de que hayas vuelto. Sobre todo yo.

Pol se mira los pies y tengo la impresión de que hay algo que no me ha contado. O quizá no me cree, dadas las circunstancias. Le acaricio la mejilla con cariño para que sepa que hablo en serio.

—Cuando dijiste que te había reemplazado…

—Estaba dolido y sorprendido —me interrumpe. Inclina la cabeza para que siga tocándolo y deja escapar un suspiro—. No te pedí que me esperaras, ni tenías por qué hacerlo. Así son las cosas, Gabi. No me debes nada.

—No has dejado de importarme —intento hacerle entender—. No quiero que lo dudes. No sé en qué momento empecé a sentir algo más que una amistad por Sam, pero eso no significa que hayas dejado de ser importante para mí. Lo…

—No te disculpes. —Me pone un dedo en los labios para que no pueda hacerlo—. Te mereces ser feliz, Gabi.

Le doy un abrazo porque soy incapaz de expresarle todo lo que tengo dentro. Me refugio en su olor y en su calor corporal. Pol me estrecha con fuerza y me da un beso en el pelo. No quiero soltar a este chico vulnerable que tanto me necesita, pero sé que si no lo hago cometeré una locura de la que me arrepentiré. Por eso me aparto.

—No puedo dormir —dice.

—Ni yo tampoco.

—Quiero una hamburguesa.

—Es la una de la madrugada. —Me río.

—¿Dónde está el McDonald's más cercano?

—A diez minutos en coche.

—¿Te apetece dar una vuelta en moto? —Al percibir mi reticencia, añade—: Por los viejos tiempos.

Me pierdo en sus ojos color obsidiana y en la sonrisa débil que me ofrece. Solo es un paseo en moto. No puede hacernos daño. Le debemos este último esfuerzo a nuestra amistad, a lo que fuimos y a lo que podríamos haber sido.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

Gabi Luna y Samantha Jordan: ¡Que viva el amor!

La vida de Gabi Luna da para una serie de Netflix. Cuando creíamos que por fin había sentado la cabeza con Pol, nos sorprende besándose en un concierto con la que hasta el momento creíamos que solo era su amiga. ¿Qué os parece? A nosotros nos resulta muy sospechosa esta historia. Primero protagoniza un videoclip con su compañero en el que dan a entender que entre ellos hay algo más, y luego se besa con Samantha Jordan en un concierto.

¿Será una estrategia publicitaria para dar que hablar? Desde luego, no nos aburrimos con esta chica. ¿Cómo se habrá tomado Pol que lo haya reemplazado por la nueva cantante de moda? ¿A quién preferís vosotros? ¿Creéis que esta relación tiene algún futuro?

86

Pol

Me encanta sentir la velocidad y el viento en la cara. El hecho de que lleve a una chica preciosa agarrada a mi cintura lo hace aún más especial. Durante el viaje en moto casi consigo olvidarme de que lo he arruinado todo entre nosotros. Por un instante me permito creer que las cosas vuelven a ser igual que antes y mi mejor amiga no se ha enamorado de otra persona. Ya sé que no debería hacerme ilusiones, pero me resulta imposible con Gabi abrazada a mí. Al parar en un semáforo en rojo pongo mi mano izquierda sobre las suyas y se pega más a mi espalda. Entonces me pregunto si realmente no existe una mínima posibilidad de que estemos juntos. Y, lo más importante, si en ese caso la dejaré escapar o haré todo lo posible para retenerla a mi lado.

El McDonald's está casi vacío cuando llegamos. Nadie nos presta atención y pedimos dos menús. Nos sentamos fuera y charlamos mientras comemos. Hablamos del concierto y ella me pregunta si ha desafinado. Gabi es así. No importa que tenga una voz potente y única. Es un poco insegura y necesita que le demos nuestra aprobación. Le prometo que ha estado brillante y se relaja. La sonrisa que me dedica es un bálsamo para mi alma. A pesar de que estoy dolido porque esté saliendo con Sam, jamás podría enfadarme con ella.

—No puedo más. —Me ofrece la mitad de su hamburguesa y la acepto de buena gana. La termino en dos bocados ante su mirada impresionada. Niega con la cabeza y se ríe—. Qué fuerte. Si tanta hambre tenías, podrías haber pedido otra.

—No me gusta tirar la comida. Sabía que tú no ibas a acabártela. Siempre te comes primero las patatas y no dejas hueco para lo mejor.

—Para que lo sepas, he engordado dos kilos —dice con orgullo.

La miro con los ojos entornados. No veo el cambio, pero la creo. Parece más relajada respecto a la comida. Me alegro por ella. No podía vivir contando calorías siempre.

—Estás muy guapa.

—Hombres —sisea—. Ni siquiera te has dado cuenta. La semana pasada me corté el pelo.

—Te queda bien.

—¡Pol! —Me tira un sobre de kétchup—. ¡Es mentira! ¿Ves como no te enteras de nada?

Me encojo de hombros.

—Te hagas lo que te hagas en el pelo, siempre estarás preciosa —digo con sinceridad, y ella se sonroja—. Me gusta cuando te pones colorada.

—No ligues conmigo —me advierte con un hilo de voz.

—¿Funcionaría? —pregunto con una sonrisa socarrona.

Me mira como si fuera un caso perdido y resopla. Aprovecho para tocarle la muñeca. Dibujo círculos con el pulgar sobre su tatuaje y lo observo con interés. Me pica la curiosidad. No sé cuándo se lo ha hecho.

—Me gusta tu tatuaje.

Por la cara que pone sé que está relacionado con Sam. Se muerde el labio y me mira indecisa. Odio que me trate como si estuviera a punto de romperme. Pues claro que me fastidia que salga con Sam. Joder, no soy de piedra. Pero eso no significa que deba evitar el tema para no hacerme daño.

—Tranquila —digo—. Habéis tenido buen gusto.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —sugiere incómoda.

—¿De qué quieres hablar?

—No lo sé.

—Sí lo sabes —la contradigo con suavidad—. Conozco esa cara. A veces se te olvida que somos amigos desde los diez años.

—A esa edad nos odiábamos.

—Yo nunca te he odiado.

—Me has entendido. —Pone los ojos en blanco—. Nos peleábamos todo el tiempo.

—Eso no ha cambiado —bromeo—. La única diferencia es que antes solo nos peleábamos y luego empezamos a acostarnos.

Gabi se queda boquiabierta. Su expresión me hace mucha gracia. Justo cuando creo que no puede ser más adorable, arruga la nariz. Está tan abochornada que seguro que finge disgustarse como mecanismo de defensa.

—Eres lo peor —musita.

—No habríamos empezado con mal pie si no hubieras llevado aquel ridículo bañador de Hannah Montana.

—Hannah Montana mola, capullo. —Me saca la lengua—. No tengo la culpa de que tengas el gusto en el culo.

—Sin insultar, Britney Spears.

—Mira que eres idiota.

—Enana gruñona.

—¡Cretino! —Hace una bola con la bolsa de papel y me la tira a la cara—. Argh, me sacas de quicio. Tienes razón, algunas cosas no cambian.

—Desde luego —respondo encantado—. Como por ejemplo que sé que quieres preguntarme algo, pero no te atreves.

—Sí, claro, tú lo sabes todo.

—Venga ya, Gabi. —La empujo con mi hombro para que lo suelte de una vez—. Te conozco.

—No quiero que te enfades —dice en voz baja.

—Tú hazme la pregunta y decidiré si me apetece contestarla.

—Pero no te enfades.

—Que no, pesada.

Gabi respira hondo y me mira a los ojos con temor. La entiendo. Esta es la persona en la que me he convertido. Ahora todos creen que tienen que andar con pies de plomo conmigo para no cabrearme. No puedo culparlos. Me he transformado en una persona con altibajos de humor que se pone a la defensiva cada dos por tres. Le aprieto la mano y le dedico una mirada tranquilizadora.

—¿Qué tal te fue en el centro? —pregunta con cautela.

Me debato entre contarle la verdad o engañarla. Sus ojos azules me miran con ansiedad. Por un instante tengo el impulso de mentirle para no preocuparla, pero luego comprendo que no puedo hacerle eso. No a ella. En el fondo, siempre he sabido que es la única persona con la que puedo ser yo mismo. Y me siento un fracasado por haberla perdido. Gabi me quería tal y como era y yo destrocé lo que teníamos al ser tan débil.

—Fue duro —admito—. Pedí el alta voluntaria.

Gabi abre los ojos de par en par y suelta mi mano.

—¡Pol!

—No se lo cuentes a los demás, por favor.

—Pero… —Se muerde el labio y sus ojos se llenan de lágrimas—. Sabía que algo no iba bien. Aun así, quise darte un voto de confianza. No puedo creer que nos hayas mentido.

—Gabi —le pongo una mano en la mejilla y ella hace el amago de apartarse—, no he vuelto a consumir. Te lo juro.

—¿Se supone que eso debería tranquilizarme?

—Supongo que no.

—Joder, Pol. —Agacha la cabeza y una lágrima resbala por su mejilla—. ¿Por qué lo hiciste?

—No podía seguir allí —le confieso. Me gustaría huir, pero la necesidad de hablar con alguien de lo que me atormenta desde entonces me impulsa a vomitarlo todo—. Había un chico. Se

llamaba Pablo.

No omito ningún detalle. Gabi me escucha sin pestañear y me aprieta la mano cuando le explico que fui la persona que descubrió el cadáver de Pablo. No me siento mejor después de habérselo contado. Sé que es una experiencia traumática que me acompañará durante el resto de mi vida. Necesitaba descargar mi amargura con alguien y estoy seguro de que Gabi no va a juzgarme.

—No fue culpa tuya —dice con afecto—. Es imposible que hubieras podido detenerlo. No sabemos el infierno que vive cada persona.

—Lo sé —respondo destrozado—. Pero todas las noches tengo pesadillas con él.

—Tienes que buscar ayuda profesional. —Me aprieta la mano con cariño—. ¿Por eso pediste el alta voluntaria? ¿Porque te sentías culpable?

—Es más complicado. —Trago el nudo de tristeza que tengo en la garganta—. Pensé que si no había esperanza para alguien como Pablo, que estaba poniendo todo de su parte para curarse, tampoco la habría para mí.

—Pues claro que hay esperanza para ti —me asegura sin soltar mi mano—. Solo tienes que quererte. No es tan difícil. A mí siempre me ha resultado muy sencillo.

—Gabi —digo emocionado—, ¿cómo pude arruinar lo que teníamos?

—Sigo aquí.

Me rodea con sus brazos y esconde el rostro en mi pecho. Le acaricio el pelo y entierro en lo más profundo de mi alma las ganas de besarla. Me duele, joder. Me destroza tenerla tan cerca y ser consciente de que la he perdido. Ojalá pudiera reescribir nuestra historia. Si pudiera hacer algo para que me diera otra oportunidad, no me lo pensaría dos veces. Porque esta chica tan increíble y dulce es todo lo que siempre he

querido.

87
Gabi

Pol y yo regresamos a casa y nos quedamos en el jardín porque no tenemos sueño. Me parte el corazón lo que me ha contado y no quiero dejarlo solo. No me imagino lo duro que debió de ser para él lo que vivió. Aunque me asegure lo contrario, lo conozco y sé que se siente culpable por el suicidio de ese pobre chico. Por eso pidió el alta voluntaria. Ha llegado a la conclusión de que no merece curarse, pero no cuenta conmigo, que permaneceré a su lado para demostrarle lo contrario.

Nos tumbamos juntos en la misma hamaca. Me pasa un brazo por debajo de los hombros para que pueda utilizar su pecho como almohada. Solo quiero cuidar de él y me autoconvenzo de que no estamos haciendo nada malo. A veces también me echo la siesta con Axel y sé que a Lila no le importa, aunque es evidente que Axel y yo no sentimos una atracción que amenaza con destruir mi estabilidad emocional. Uf, todo es tan difícil… Quiero abrazar a Pol y prometerle que todo saldrá bien, pero también necesito hacer las paces con Sam y demostrarle que hemos nacido para estar juntas.

—Veo, veo —dice juguetón.

—¡Ni de coña! —Le hundo un dedo en el costado para que lo deje estar—. No pienso volver a jugar contigo. Eres un tramposo.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo al menos admito que lo soy —respondo con la boca pequeña.

—Eres la mayor tramposa que me he echado a la cara.

—Tienes muy mal perder. Lo hago para darte una lección. Alguien debe ponerte en tu sitio.

—Qué fuerte. —Niega con la cabeza y se ríe. Me tranquiliza que nuestros piques consigan traer de vuelta al chico alegre del que me enamoré aunque solo sea por unos minutos—. Gabriella Luna, no tienes remedio.

—No me ofendes. Soy única en mi especie y estoy muy orgullosa.

—Sí, sin duda eres especialmente insoportable.

—Uuuh, alguien se ha picado. —Me parto de risa. Me incorporo un poco para mirarlo a los ojos esbozando una sonrisa traviesa—. ¿Qué tal está tu orgullo? Sé que tu arrogancia no tiene límites, pero después de tantos años he aprendido a quererte tal y como eres.

—¡Será posible!

Me caigo encima de él cuando me entra otro ataque de risa. Algunas cosas nunca cambiarán. Me encanta picarlo. Pol finge hacerse el ofendido, pero al final le puede la risa. Entrelazo nuestras manos y me quedo mirando el cielo nocturno. Es una pena que la contaminación lumínica nos impida ver las estrellas.

—No voy a contárselo a los demás —le prometo—. Y no porque no crea que has cometido un error, sino porque no me corresponde a mí hacerlo.

Pol se relaja debajo de mí. Estamos tan pegados que escucho los latidos fuertes y constantes de su corazón. Me acaricia la espalda con dos dedos y durante unos segundos no dice nada. Nos limitamos a disfrutar de la compañía del otro hasta que el silencio se vuelve insoportable.

—Siempre he sabido que podía confiar en ti —dice con voz ronca.

—¿En serio? —Me aparto de él para volver a mirarlo—. Pues no lo parece.

—¿Crees que no confío en ti? —pregunta con las cejas levantadas.

—Si lo hubieras hecho, me habrías llamado cuando necesitabas una mano amiga. Sabes que yo habría estado ahí para ti.

—Estaba avergonzado de haber pedido el alta y pensé que te enfadarías. No podía seguir allí, Gabi —me confiesa completamente roto—. No después de haber visto lo que le había sucedido a Pablo. Por eso decidí hacerle una visita a Axel. Sabía que, si me mirabas a los ojos en aquel momento, comprenderías de golpe que algo no iba bien y me obligarías a contarte la verdad. Lo último que podía hacer era gestionar tu decepción.

—Pol… —Le aparto el flequillo de los ojos con ternura—. ¿De verdad no te das cuenta de que estás hablando de cómo te ves a ti mismo? Esto no tiene nada que ver conmigo, sino con el poco amor que te tienes. Porque yo te quiero, te he querido y siempre te querré.

Pol contiene el aire y me mira con intensidad.

En un movimiento rápido atrapa mi muñeca antes de que aparte la mano. Todas las emociones se agolpan en mi pecho. Lo miro a los ojos y no sé lo que siento. Estoy confundida por completo.

—Hace unas horas, cuando te dije que no iba con segundas intenciones, te mentí —me confiesa con voz grave—. Te echo de menos, Gabriella.

Se me seca la boca cuando me mira los labios con un hambre visceral. Sé que debo apartarme de él, pero estoy paralizada.

—Dime que ya no sientes nada por mí —me suplica acariciándome la muñeca— y te prometo que no te besaré como me muero de ganas de hacer desde que volvimos a vernos.

—Pol…

—No me has dicho que no.

Cubre su boca con la mía y se le escapa un gruñido de satisfacción cuando no me aparto. Pone sus manos en mis mejillas y me besa con una desesperación que me desata. Y todo lo que he intentado contener desde que volvimos a vernos explota. Nuestra complicidad, la química, el deseo… me envuelven impidiéndome pensar en nada más. Lo único que sé es que echaba de menos sus labios y deseo arreglar a este chico herido y roto que me necesita tanto.

No sé en qué momento me he sentado a horcajadas encima de él. Pol me acaricia por encima de la ropa y murmura entre beso y beso que lo soy todo para él. Nos besamos como si quisiéramos devorarnos. Continuamos la historia que dejamos en puntos suspensivos cuando nos despedimos en aquella habitación de hotel sin saber que no volveríamos a ser los mismos.

—Gabriella… —Me besa la base de la garganta y recorre mi cuello con los labios—. Joder, Gabriella.

Hunde una mano en mi pelo al mismo tiempo que noto su erección presionando mis muslos. Y, en ese instante, me sobresalto al darme cuenta de lo que estamos haciendo. Porque estos no son los labios de Sam. Porque las manos que me tocan ahora no son las de la chica de la que me he enamorado. Ahora lo sé.

Sí, puede que una parte de mi corazón siempre le pertenezca a Pol. Ha sido mi primer amor. Me ha marcado y he de aprender a vivir con el recuerdo de lo que fuimos. Sin embargo, no puedo seguir estancada en el pasado solo porque desee ayudarlo con toda mi alma.

No debo conformarme con el amor que creo que merezco, máxime cuando hay un amor que me llena y me hace sentir de maravilla.

¿Cómo no he podido verlo antes?

¿Cómo he sido capaz de dejarme llevar cuando tengo algo tan bueno con Sam?

Me aparto de Pol con brusquedad y él intenta volver a besarme, por lo que pongo las manos en su pecho para detenerlo. Primero me mira confundido, pero al ver mi expresión desolada lo entiende. Me mira con una resignación tan profunda como su tristeza y tan devastadora como mi culpabilidad.

—No puedo —digo con la voz quebrada.

—Lo siento, Gabi.

Me levanto para poner distancia entre nosotros y me tapo la cara. No me puedo creer que haya traicionado a Sam por un momento de debilidad. Se me llenan los ojos de lágrimas y me abrazo a mí misma.

—Es culpa mía —musito.

—No tiene por qué saberlo —intenta tranquilizarme—. He sido yo el que te ha besado.

—¡Y yo te he correspondido! —exclamo alterada—. Acabo de engañar a mi novia. Si ella se besara con otra, me rompería el corazón.

—No se lo diré —me promete.

Sé que solo intenta hacerme sentir mejor, pero no funciona. Sam tiene derecho a saberlo. Si yo fuera ella, querría conocer la verdad.

—Lo siento —se disculpa de nuevo al ver que no puedo dejar de llorar—. Gabi, mírame.

No puedo hacerlo. En lugar de mirarlo y asumir que con este beso también le he hecho daño a él, me doy la vuelta y huyo a mi habitación como la imbécil que soy. Solo espero que Sam pueda perdonarme. Si algo tengo clarísimo es que no voy a ocultarle lo que ha pasado. Tenía razón cuando me dijo que salir con tu mejor amiga tiene sus desventajas. Nosotras siempre hemos sido sinceras la una con la otra. ¿Qué clase de

relación tendríamos si le miento para retenerla a mi lado?

88
Gabi

Me despierto a las once y media de la mañana con un intenso dolor de cabeza. Salgo de mala gana de la cama porque Percy está gimoteando. Me visto con lo primero que encuentro en el armario y le doy un paseo por la urbanización. Ignoro la mirada inquisitiva de Axel y mi padre, que intuyen que me sucede algo. Por suerte, no me cruzo con Pol, al que no sé cómo tratar después de lo que sucedió anoche.

Me pongo los cascos y escucho a todo volumen el último disco de Dua Lipa para no pensar, aunque la culpabilidad no deja de atormentarme. Joder, soy lo peor. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. Ayer Sam se cabreó conmigo porque me dijo que seguía sintiendo algo por Pol y, para darle la razón, me beso con él. Estoy tan enfadada conmigo misma que regreso al cabo de quince minutos y vuelvo a encerrarme en mi habitación. Percy me trae la pelota para que juegue con él, pero me meto dentro de la cama y me tapo la cabeza con el edredón.

Sé que le voy a romper el corazón a Sam. Sin embargo, ¿cuál es la otra opción? ¿Ocultárselo? Si le miento, no voy a ser capaz de mirarla a la cara. Ya sé que Pol me dijo que guardaría silencio, pero no quiero tener una relación cimentada en mentiras. Siempre hemos sido sinceras la una con la otra. Eso es lo que más me gusta de nosotras. Sam me ve y me acepta tal y como soy, incluso con mis partes más feas. Si de verdad quiero estar con ella, y ahora tengo clarísimo que me he enamorado, tengo que ir con la verdad por delante aunque eso

signifique perderla. De lo contrario, me comportaría como una egoísta que la retiene a su lado con un engaño.

Salgo de la cama con una determinación renovada y voy al cuarto de baño para darme una ducha. Me plantaré en casa de Sam y la obligaré a escucharme aunque no quiera. Va a ser una conversación muy complicada; pero que sea difícil no significa que tenga que huir eternamente de ella. El agua no se lleva ni una parte de mi culpabilidad. Me envuelvo en una toalla al salir de la ducha y me percato de que estoy temblando.

«Debo hacerlo —me digo—. Si cometes un error, debes hacerte cargo de las consecuencias».

Regreso a mi habitación para buscar algo de ropa y en ese momento Sam abre la puerta. Me llevo tal susto que me sobresalto y pego un grito. Ella también da un respingo y abre los ojos de par en par.

—¡Me has asustado!

—Y tú a mí —responde riendo—. Tu padre me ha abierto. No debería haber entrado sin llamar.

—Pues sí —digo nerviosa.

Sam me mira con una sonrisa burlona, se da la vuelta y sale de mi habitación para mi desconcierto. Luego llama a la puerta y pregunta:

—¿Se puede?

—¡Claro que sí!

Vuelve a entrar y cierra la puerta. Estoy inquieta y no entiendo nada. Aprieto la toalla contra mi pecho y la miro intranquila.

—¿Qué haces aquí?

—Siento no haberte devuelto las llamadas ni los mensajes —responde con sinceridad—. Necesitaba estar sola y aclararme. ¿Y sabes qué? Lo único que he descubierto es que te echaba muchísimo de menos. Sigo pensando que deberíamos haber hablado sobre hacer pública nuestra relación, pero te conozco y

sé que actuaste sin pensar. Y, si tú me dices que el beso no tuvo nada que ver con Pol, te creo.

Se me hace un nudo en la garganta y hago un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Sam es la mejor novia del mundo. No hace ni veinticuatro horas que le fallé y ha venido a mi casa dejando a un lado su orgullo para admitir que me echa de menos. En cambio, yo tonteé anoche con Pol y terminamos besándonos porque soy una idiota que ha tardado demasiado en aclararse.

—Ey… —Se acerca a mí al darse cuenta de que algo va mal —. ¿Por qué tengo la impresión de que no te alegras de verme?

—No es eso, Sammy —respondo con un hilo de voz—. Por supuesto que me alegro de verte.

—Ah. —Se relaja. Me toca el codo y recorre mis hombros desnudos con la mirada—. No tengo remedio. Una noche sin ti es demasiado para mí.

Esbozo una sonrisa débil. Sam acuna mi rostro y me besa. Se me aflojan las rodillas al sentir su boca contra la mía. Es una sensación tan intensa que me olvido de todo. Me besa como siempre he querido que lo hicieran. Con una mezcla de ternura, sinceridad y hambre que me vuelve loca. Con un amor tan palpable y real que me hace sentir la persona más afortunada del mundo.

Me pego más a ella y la atraigo del jersey porque necesito que este beso dure más. No quiero que se termine nunca. No puedo renunciar a lo que me ofrece. Lo quiero todo de ella y lo quiero todo con ella. Me parece tan ridículo no haberme dado cuenta antes que necesito demostrárselo justo ahora. A ella se le escapa un gemido de satisfacción y desliza sus manos desde mi cara hasta mis brazos. Tiemblo de deseo contra sus labios y ahondo más en el beso. Nuestras lenguas se enredan y el miedo pasa a un segundo plano, pues la pasión es tan intensa que lo abarca todo. Me da un pequeño mordisco en el labio inferior

que me hace sonreír y luego acaricia mi cuello con su boca. Mi pulso se acelera y echo la cabeza hacia atrás para que le sea más fácil. Una de sus manos se cuela por debajo de la toalla y me acaricia el muslo. Es un roce superficial y delicado que desata una tormenta de sensaciones en mi interior.

—Sam, ¿almuerzas con nosotros? —pregunta mi padre abriendo la puerta de par en par. Sam y yo nos quedamos congeladas. Mi padre nos mira boquiabierto y más avergonzado de lo que lo he visto nunca—. Disculpad, niñas. No quería…

—¡Papá! —protesto abochornada—. ¿No sabes llamar?

Mi padre se mira los pies.

—Voy a hacer migas —murmura—. Por si os apetece.

—¡Vete ya!

Cierra la puerta y me tapo la cara. Madre mía, qué vergüenza. Mi padre me ha pillado medio desnuda mientras me daba el lote con mi novia.

—Ay, pobrecito. —Sam se parte de risa—. No sabía dónde meterse.

—¿Pobrecito? —mascullo—. ¡Se lo tiene merecido por no llamar a la puerta!

—¿Crees que se habrá enfadado? —se teme.

Resoplo.

—Qué va —la tranquilizo—. Le caes genial y está encantadísimo con nuestra relación. Pero sigue creyendo que tengo nueve años. Se le pasará.

—Ah, menos mal —responde aliviada—. Me muero por probar esas migas.

La miro agobiada y se da cuenta. Frunce el ceño y me devuelve una mirada expectante. Me he dejado llevar cuando me ha besado, pero no puedo actuar como si no pasara nada. Esta chica tan divertida, comprensiva y que besa de maravilla se merece que sea sincera con ella.

—Tenemos que hablar —musito.

Sam retrocede asustada.

—Mierda, quieres romper conmigo.

—¡No! —Le cojo las manos—. No es eso.

—Vale —responde más tranquila—. ¿Cuál es el problema?

—Sam, yo…

—Ey… —Me ofrece una sonrisa de las suyas—. Sea lo que sea, lo solucionaremos. Somos un equipo. Nosotras contra el mundo, ¿recuerdas?

—Lo siento —digo sin poder contener las lágrimas.

—¿Por qué? —pregunta confundida.

—Porque… —Agacho la cabeza y las lágrimas resbalan por mis mejillas. Sam aprieta mis manos para infundirme ánimo—. Lo siento muchísimo, Sam. Tienes que creerme.

—Vale —replica con ternura—. Pero si no me lo cuentas no puedo disculparte, Gabi.

—No vas a poder perdonarme.

—Prueba a ver —dice sin dudar—. No hay nada que no pueda perdonarte, boba.

—Anoche Pol y yo nos besamos —lanzo de golpe.

Sam suelta mis manos y veo cómo una parte de ella se rompe al mirarme a los ojos. Por un segundo me observa como si esperase que lo negara. Me duele que confíe tanto en mí que crea que estoy de broma. La miro apenada y ella sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

—No significó nada para mí —le aseguro—. Ya sé que debería haberme apartado, pero todo estaba muy reciente y me dejé llevar. Te juro que me arrepiento muchísimo, Sam. Creo que lo hice porque necesitaba cerrar de una vez ese capítulo de mi vida.

—¿Besándolo? —me espeta dolida—. ¿En serio te atreves a decirme que lo besaste para despedirte de él?

No sé qué contestar. Tiene derecho a estar enfadada. Por eso

me muerdo el labio y me limito a mirarla. Sam se aparta de mí como si de repente le diera asco respirar el mismo aire que yo. Me duele la distancia que pone entre nosotras, pero sé que en este momento no debo acercarme a ella. Necesita asimilar lo que le he contado.

—¿Cómo te sentirías si yo hubiera besado a Alba para cerrar ese capítulo, eh? —me recrimina.

—Como una mierda —admito con un hilo de voz.

—¡Me dijiste que el beso que me diste en el escenario no tenía nada que ver con Pol!

—Y fui sincera.

—¿Esperas que te crea después de haberme contado que os habéis besado? ¿Tienes idea de lo mal que me he sentido durante toda la noche? ¡No podía parar de pensar en ti mientras tú te enrollabas con él!

—Por eso te lo he contado —intento hacerle entender—. No podía mentirte. A ti no, Sam. Te quiero y…

—Ni se te ocurra decir que me quieres —dice con la voz cargada de dolor—. ¡No puedes jugar con mis sentimientos para recuperarme!

—Es la verdad.

—¡Mentirosa! —chilla llorando—. Sigues enamorada de él. Lo único que te pedí es que no me utilizaras como tu segundo plato. Solo eso, Gabi. Nada más.

—Estaba confundida y muy asustada —le explico—. Sé que es muy complicado de entender, pero al besarlo descubrí que mis sentimientos habían cambiado. Pol ha sido mi primer amor y una parte de mí siempre lo querrá porque es mi amigo y está viviendo un infierno. Pero te juro que forma parte de mi pasado. Tú eres la persona que…

—¡Basta! —exclama con una determinación que me hace callar—. No quiero saber nada de ti. Hemos terminado.

—Espera, Sam —le suplico demasiado tarde. Ya va

caminando por el pasillo y se niega a escucharme, pero lo sigo intentando—. ¡Sam!

Se tropieza en la entrada con Pol, al que mira durante unos segundos en los que él se encoge. Creo que va a gritarle, pero Sam no es alguien que descargaría su rabia contra la persona equivocada. En lugar de eso, lo esquiva y camina a toda prisa hasta su coche. Me quedo parada en el umbral, pues sé que ahora mismo no hay nada que pueda hacer para recuperarla. Y me duele, joder. Es como si me hubieran abierto en canal. Nadie debería ver cómo la chica de la que se ha enamorado se marcha porque le ha roto el corazón.

89
Pol

Destrozo todo lo que toco. Ese soy yo.

Debería haber asumido que perdí a Gabi al ser un cobarde que se refugiaba en las drogas, pero, en lugar de dejarla ir, me agarré a un clavo ardiendo y la besé sin pensar en las consecuencias. Por mi culpa Sam ha roto con ella y mi amiga vaga por su casa como un alma en pena.

Ahora resulta que, además de ser un cobarde y un adicto, también soy un egoísta de mierda que quiso recuperarla aunque sabía que se había enamorado de otra persona.

Me siento fatal, y lo que más me cabrea es que nadie me lo eche en cara. Todos actúan como si no supieran de qué va el tema, pero es evidente que sospechan que la ruptura de Gabi y Sam tiene que ver conmigo. Aunque, claro está, mis amigos son demasiado buenos para recriminar mi actitud. Dan por hecho que voy a romperme si me cantan las cuarenta, pero lo que no saben es que ya estoy hecho polvo sin remedio. Porque no hay nada peor que hacerle daño a las personas a las que quieres. Una cosa es ser tu peor enemigo y otra muy distinta vivir con la responsabilidad de haber herido a quienes más te importan.

Los días transcurren muy despacio. Gabi pasa la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación. Quiero hablar con ella, aunque no sé qué decirle. Supongo que soy la última persona a la que quiere ver dadas las circunstancias. Le digo a Andrés que me voy a ir a un hotel porque no quiero molestar, pero me espeta que no diga tonterías. Cuando Leo y Axel se enteran, me aseguran que estoy donde debo estar, aunque no sé por qué lo

tienen tan claro si yo estoy totalmente perdido.

Una madrugada me cruzo con Gabi en la cocina. Está delante del frigorífico y tiene la mirada ausente. Por un instante creo que se ha despertado sonámbula y le pongo la mano en el hombro para guiarla de regreso a su habitación. Ella se sobresalta y balbucea que no sabe por qué ha salido de la cama. Tiene los ojos hinchados de llorar y unas profundas ojeras.

—¿Quieres un ColaCao? —le pregunto porque no sé qué otra cosa decir.

Gabi hace un puchero y me da un abrazo que me pilla desprevenido. Durante los últimos días apenas hemos hablado y sé que me ha estado evitando. Me duele lo pequeña que se ha hecho. La estrecho con fuerza y le prometo que todo saldrá bien, aunque solo lo digo para animarla. En realidad no estoy seguro de que pueda arreglarlo con Sam. Lo único que sé es que me interpuse entre ellas y no voy a poder perdonármelo.

—No es culpa tuya —dice entre hipidos.

No digo nada. Sería ridículo discutir con Gabi en este momento. Es tan buena amiga que antepone mis sentimientos a los suyos. No entiendo por qué no acepté que no me la merecía. Mi maldito egoísmo nos ha llevado a esta situación y me destroza verla así.

—Un ColaCao estaría bien —musita.

Le preparo un tazón tal y como sé que le gusta, con dos cucharadas colmadas y la leche muy caliente. Nos sentamos en el sofá y la tapo con una manta porque sé que es muy friolera. Gabi se bebe el ColaCao en silencio mientras vemos un capítulo de *The Big Bang Theory*. Finjo ver la tele, aunque, en realidad, la observo de reojo. Ojalá pudiera hacer algo para que se sintiera mejor, pero sé que sufre de mal de amores. Incluso he pensado en llamar a Sam y explicarle que Gabi no tuvo la culpa. Al fin y al cabo, fui yo quien la besó. Sí, es cierto que

ella tardó varios minutos en apartarse, pero eso no significa que no esté enamorada de ella. Si no la he llamado es porque sé que soy la última persona a la que quiere ver, y no deseo empeorar las cosas entre ellas.

—Buenas noches. —Me da un beso en la mejilla antes de levantarse del sofá.

—Buenas noches.

Ella me sonríe con debilidad.

—Seguimos siendo amigos, ¿vale?

—Siempre —le aseguro.

Gabi quiere decir algo más. Abre la boca y se me queda mirando indecisa. Le devuelvo una sonrisa forzada para tranquilizarla. Lo último que necesita es preocuparse por mí. Sam debería entender que Gabi me besó porque una parte de ella cree que debe cuidarme y no soporta la idea de hacerme daño. Yo solo he necesitado unos días para comprender que a estas alturas lo único que siente por mí es compasión. Me duele, claro está. Me duele más de lo que soy capaz de admitir en voz alta.

—Descansa, Gabi.

Se marcha llevándose con ella lo que fuera que iba a decirme. Cierro los ojos y me encojo en el sofá. Hoy va a ser otra noche muy larga. Sé que todos esperan que encuentre la manera de volver a ser el que era. De verdad que me gustaría traer de vuelta al batería bromista que solía ser el alma de la fiesta, pero no sé cómo hacerlo. Lo único que me apetece es desaparecer.

90
Gabi

No recuerdo haber estado tan nerviosa desde nuestro primer concierto. Aunque, claro, es la primera vez que voy a subirme al escenario con mi exnovia, a la cual no veo desde que rompió conmigo hace una semana. Sé que, si no fuera por el contrato que ha firmado, me evitaría a toda costa. Prueba de ello son los centenares de mensajes en los que me he disculpado y las llamadas que no ha respondido. A ver, la entiendo. Sé que necesita tiempo para digerir lo que le conté, pero eso no evita que yo me esté torturando.

Estoy que me subo por las paredes porque Sam aún no ha llegado. Sé que estará al caer. Es una profesional y va a cumplir con su compromiso laboral. No obstante, no me extrañaría que esperase hasta el último momento para no coincidir conmigo en el camerino. Ignoro los latidos acelerados de mi corazón y termino de maquillarme delante del espejo. Si vamos a volver a vernos, al menos me apetece estar guapa. Estoy terminando de aplicarme el rímel cuando Nura y Lila se plantan a mi lado. No he hablado con nadie de mis sentimientos y no voy a empezar justo ahora que faltan diez minutos para subirme al escenario.

—Estoy bien —digo con aspereza.

—Qué va. —Nura me aparta el pelo de la cara y nos miramos en el espejo—. Te has delineado fatal los ojos.

—No es ver… —Me callo al comprobar que tengo el rabillo del ojo izquierdo más largo y curvado que el del derecho. Pues vaya, sí que estoy mal. Soy una experta en maquillarme y nunca fallo al delinearme los ojos—. Lo arreglo en un

momento.

Cojo el *eyeliner* con mano temblorosa y Nura me lo arrebata con delicadeza.

—Déjame a mí.

Quiero protestar, pero el concierto está a punto de empezar y estoy hecha un flan. Cierro los ojos y ella me desmaquilla con un bastoncillo antes de trazar la raya con pulso firme.

—Ya está.

—Gracias.

—Para eso están las amigas. —Me da un sonoro beso en la mejilla—. Solo necesita tiempo, Gabi.

—No quiere saber nada de mí —respondo en voz baja.

—Los enfados no duran eternamente —reflexiona Lila.

—¿Y la decepción? —la contradigo—. Vosotras no le visteis la cara. Jamás me había mirado así.

—Porque te quiere —dice Nura—. Yo también estaba convencida de que jamás perdonaría a tu hermano, y aquí nos tienes un año y medio después.

—Y yo estaba tan cabreada con Axel que me juré que nunca volvería a caer. —Lila desvía la mirada hacia mi amigo y se muerde el labio—. Al final el amor pesa más que el orgullo.

—No sé yo si…

Las palabras se atascan en mi garganta cuando se abre la puerta y Sam entra en el camerino. Un huracán de emociones me sacude el estómago. Por un instante me olvido de que ha roto conmigo y estoy a punto de correr hacia ella. Menos mal que me acuerdo en el último momento, pues estoy segura de que me rechazaría sin ningún miramiento. Lleva la melena semirrecogida y las ondas la caen por los hombros. Viste un sencillo vestido negro de satén con una gran abertura en la pierna que le llega hasta el muslo. La tela se ajusta a su cuerpo, se estrecha en la cintura y le marca el escote. Está subida a unos taconazos de aguja y el único complemento son los

sencillos aros dorados de sus orejas. No necesita más para lucir increíble. Mi corazón se acelera y se me escapa un suspiro. Juro que nunca la había visto tan guapa.

Sam evita a toda costa mi mirada. Saluda a los demás, incluido Pol, y luego va al extremo más alejado del camerino y se apoya en la pared para consultar su móvil. No puedo dejar de mirarla. Estoy embobada e intento hacer contacto visual, pero ella me ignora como si todo lo que hemos vivido hubiera dejado de importarle.

—Ve a saludarla —me susurra al oído Lila.

—Está pasando de mí —respondo en voz baja—. No quiere ni verme.

—Venga —me anima Nura. Me agarra del brazo, me levanta de la silla y me empuja en dirección a Sam—. No te quedes ahí plantada como un pasmarote. No eres una pusilánime. Siempre has sido muy lanzada.

Tiene razón, lo que no significa que mover los pies me resulte sencillo. Doy pasitos cortos y me percato de que todos me observan sin pestañear. Miro de reojo a Pol al pasar por su lado, que tiene cara de querer estar en cualquier sitio menos aquí. Me trago el nudo de ansiedad que tengo en la garganta y me acerco a mi exnovia como si tuviera derecho a reclamar su atención. Sam deja de mirar sus manos, se tensa y levanta la cabeza cuando me planto delante de ella.

—Hola —la saludo con una sonrisa débil.

—Hola —responde seca.

—Estás muy guapa.

—Tú también —afirma sin más.

Su cumplido me levanta un poco el ánimo. La verdad es que he pasado dos horas delante del armario para decidir qué modelito echar en la maleta. Al final me decanté por un mono muy ajustado azul eléctrico con lentejuelas y escote bardot y unas botas con plataforma de color plateado. Llevo el pelo

suelto y peinado en ondas de agua y el colgante del aguacate que me regaló como único accesorio. Quería lanzarle una señal, pero, si se da cuenta, lo pasa por alto.

—Tenía muchas ganas de verte. —Me armo de valor—. Te he echado de menos.

—Seamos profesionales —me espeta con una frialdad que me duele. No reconozco a la chica indiferente y glacial que tengo delante—. He venido aquí a cumplir con un compromiso laboral. Eso es todo.

—Y lo entiendo, pero…

—Solo a eso —vuelve a interrumpirme—. No quiero hablar contigo más.

Me deja de piedra al darse la vuelta y salir del camerino. Quiero ir tras ella, pero sé que no es una buena idea. Acaba de dejar muy claro que solo está aquí para subirse al escenario. No puedo obligarla a hablar conmigo si no quiere. Así son las cosas. Cometí un error y ahora debo apechugar con las consecuencias. Y no me duele en absoluto, qué va. La palabra dolor se queda corta para definir lo que siento. He perdido a mi novia y a mi mejor amiga. Tenía algo increíble con una persona que me entendía y con la que podía ser yo misma y yo solita me encargué de arruinarlo. Soy una imbécil como la copa de un pino.

—Tenemos que salir. —Me sobresalto cuando mi hermano me pone una mano en el hombro. Al ver mi expresión atormentada, me mira preocupado—. Si quieres, podemos esperar un poco más. Le diré a los teloneros que alarguen su actuación veinte minutos.

—No —respondo con la poca determinación que me queda —. No hagamos esperar más a nuestro público.

Leo me mira indeciso y salgo del camerino para que lo deje estar. Puede que tenga el corazón roto, pero los buenos artistas suben al escenario y lo dan todo dejando al margen sus

problemas personales. Si algo tengo claro es que gracias a los fans de Yūgen puedo dedicarme a lo que me gusta. La música es mi vida. Ya he demostrado que soy una negada para el amor. Más me vale mover el culo y no fallar a las personas que esperan que demos un gran espectáculo.

Hay algo mágico en subirte a un escenario delante de miles de personas que corean tu nombre. No los conozco y ni siquiera puedo ver sus caras. Sin embargo, estamos conectados de una forma que trasciende toda lógica. Siento su emoción en cada canción y mi corazón forma parte de ellos. Me dan el aliento y la fuerza que necesito.

Es algo indescriptible, poderoso y abrumador que me demuestra que la música siempre formará parte de mí. Que, haga lo que haga y a pesar de mis malas decisiones, en la música encontraré un refugio al que acudir cuando todo lo demás falla.

La música es la mejor medicina para el alma. Es capaz de conectar a personas que no se conocen. Te mantiene cuerdo aunque todo esté perdido. Tiene el poder de hacerte sentir a salvo, pues hay una canción para cada persona y cada momento. Porque, sin música, la vida sería un silencio insoportable.

Me acerco a una chica de la primera fila que se sabe de memoria la letra de «Promesas inacabadas». Le ofrezco el micrófono para que cantemos juntas. Ella agarra mi mano y me mira emocionada. Le guiño un ojo para que no se ponga nerviosa y disfruto de este instante de cercanía con mi público.

—¡Eres la mejor! —me grita cuando termina la canción.

No, qué va. No soy la mejor. Solo soy un ser humano imperfecto que se equivoca como cualquier otro. Le sonrío y regreso al escenario. Sé que ha llegado el momento de hacer el

dueto con Sam. El público chilla emocionado al escuchar los primeros acordes de la canción. Sostengo el micrófono con manos temblorosas y trago saliva.

«Puedo hacerlo», me digo.

—Es para mí un auténtico honor invitar al escenario a una artista con un talento enorme. Ya sé que todos sabéis a quién me refiero y es normal que estéis emocionados. Para mí, cantar con ella es un privilegio. —Se supone que aquí debería acabar el discurso que practiqué delante del espejo. Sin embargo, algo me impulsa a dejarme llevar delante de mi público. Algo poderoso e irrefrenable—. Sam estuvo a mi lado en un momento en el que me sentía muy perdida. Antes de conocerla daba por hecho que tenía muy mala suerte en la amistad, pero ella me enseñó el significado de una relación equitativa en la que dos personas deben poner de su parte para conservarla. Nunca le he dicho que me siento muy afortunada de haberla conocido, pues gracias a ella me convertí en una persona mejor; no porque antes no lo fuera, sino porque me negaba a ver todas las cosas buenas que hay dentro de mí. Me enseñó a tocar la guitarra y me demostró que mis únicos límites son los que me impongo yo misma. Sacó lo mejor de mí porque me vio tal y como era y me aceptó con mis rarezas y defectos. Y sí, puede que tardara bastante en admitir que me había enamorado de mi mejor amiga, pero supongo que estaba tan asustada y perdida que me negué a reconocer mis sentimientos por miedo a estropear nuestra amistad.

El público aplaude y me vengo arriba. Sé que cabe la posibilidad de que Sam me mate por este discurso ya que ha roto conmigo, pero no puedo refrenar lo que siento. Ya no. Y, si me apetece gritárselo al mundo, tendrá que escucharme aunque no le apetezca.

—De verdad que no sabéis lo increíble que es —les explico sonriendo—. Para empezar, huele a coco, y os juro que no tenía

ni idea de lo mucho que me gustaba el coco hasta que la conocí. Da los mejores abrazos del mundo. Es la clase de persona que nunca se aparta primero y te abraza como si no quisiera soltarte. Tiene una paciencia infinita, es generosa y leal hasta la médula. Tiene un gran sentido del humor que consigue levantarme el ánimo en los días malos y es la mejor compañera de viaje con la que pasear por la Muralla china. —Tomo aliento. Todos los ojos están puestos en mí—. A lo mejor quiere estrangularme por lo que voy a decir…, pero besa de maravilla. Y eso le suma un millón de puntos extra, la verdad.

El público se ríe con complicidad y me pongo colorada. Ay, Dios, no me puedo creer que acabe de declararme delante de miles de personas. En fin, ya está hecho. Ni siquiera he dado este discurso para recuperar a Sam. Lo sentía y necesitaba gritárselo al mundo.

Una mano roza la mía y mi corazón da un vuelco. Sam se pone a mi lado y no sé si esa caricia ha sido premeditada o no. Lo único que tengo claro es que mis palabras la han emocionado, pues tiene los ojos brillantes y está haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

—«Cuando te conocí supe —comienza a cantar— que las mejores historias nacen de lo imprevisible».

Por un segundo creo que va a cantar mirando al público, hasta que se da la vuelta dejando a un lado a la chica fría e inaccesible que me encontré en el camerino. Y entonces comprendo de golpe que solo era un mecanismo de defensa para mantener a raya su dolor.

—«Cuando dos corazones que no se buscaban… —sigue cantando, esta vez mirándome a los ojos— encajan sin pretenderlo de una forma irreversible».

No puedo contener el impulso de coger su mano. Está temblando y una lágrima resbala por su mejilla.

—«No me digas que no sientes —canto emocionada— que

podemos ser algo más que dos almas afines. No me digas que no sientes que estamos creando algo sin precedentes…».

Cantamos al unísono, con las manos entrelazadas y sin dejar de mirarnos a los ojos. Y aquí, delante de miles de personas y frente a la chica de la que estoy enamorada, comprendo que nuestro amor es demasiado fuerte para ser derribado por una tempestad. Ahora solo tengo que reunir el valor necesario para demostrárselo.

91
Pol

Me duele el pecho.

Algo se ha roto dentro de mí al ver lo enamoradas que están. Sí, por supuesto que me alegro por ellas, pero eso no significa que no pueda dolerme. Debería ser de piedra para no sentir nada al ver a Gabi declararse a Sam delante de un montón de desconocidos. Joder, no soy de piedra. En este momento lo siento todo con tanta intensidad que el dolor me ahoga. Por eso, en cuanto se produce el esperado intermedio, huyo del escenario a toda prisa.

Tengo un batiburrillo de sentimientos de lo más contradictorio. Es una mezcla de culpabilidad, pena y nostalgia que amenaza con estallarme la cabeza. Culpabilidad por haberme interpuesto entre ellas; pena por mí mismo, pues no entiendo qué hay mal dentro de mí que me impide amar a Gabi tal y como siempre he deseado; y nostalgia por todo lo que podríamos haber sido si yo fuera una persona mejor.

No sé a dónde ir. Lo último que me apetece es volver al escenario, pero no puedo dejar tirados a mis amigos. Joder, necesito colocarme para dejar de sentir esta opresión que va a acabar conmigo. Al ser consciente de lo débil que soy, siento un desprecio visceral por mí mismo.

De verdad que quiero ser fuerte.

De verdad que quiero curarme.

Pero, maldita sea, todo es tan sumamente difícil…

Me tiemblan las manos al intentar encender un cigarro y reniego entre dientes. Ya sé que la nicotina no va a hacer

milagros. No obstante, es todo lo que me queda para mantener a raya la ansiedad.

—Pol…

El cigarro se me cae al suelo. Pero ¿qué demonios…?

Por un segundo creo que he imaginado su voz, pero la veo reflejada en el cristal de la puerta que tengo delante. Su rostro envejecido y repleto de preocupación. Los ojos oscuros que he heredado de ella. El vestido gris hecho a medida y el peinado de peluquería.

—¿Quién te ha dejado entrar? —pregunto sin darme la vuelta.

—Andrés —responde con tono diplomático—. Soy tu madre. ¿Qué esperabas? ¿Que me prohibieran la entrada?

—Pues sí. —Me doy la vuelta sin poder contener la ira que empieza a adueñarse de mí. Mi madre endereza la espalda y me sostiene la mirada con la cabeza erguida, pero a mí no me engaña. Es la misma postura que adopta de cara a la galería. Es la mayor farsante que he conocido después de mi padre—. ¿Qué cojones haces aquí?

—Venir al concierto de mi hijo, puesto que no quiere saber nada de mí.

Se me escapa una risa áspera. Cómo no. Es tan manipuladora que intenta hacerme sentir culpable por alejarme de ella. No sé de qué me sorprendo.

—Tú lo has dicho, no quiero saber nada de ti —le espeto con desprecio—. Ten un poco de dignidad y lárgate. No tiene ningún sentido que actúes de madre a estas alturas. Ya no soy un crío que te necesita.

—Pues claro que me necesitas —dice con firmeza—. Mírate.

Inspiro hondo en un intento por no perder la compostura. A lo lejos, mis amigos nos observan preocupados. Todos los recuerdos que durante tanto tiempo quise enterrar salen a la superficie. Aprieto los puños para contener la rabia, el dolor y

la lástima que siento por el niño indefenso que se escondía aterrado debajo de la cama. Odio a esta mujer y lo que representa. Me da igual que sea mi madre. Hace mucho tiempo que decidí alejarla de mi vida.

—No tienes ningún derecho a presentarte aquí —le recuerdo con una calma peligrosa—. ¿O ya se te ha olvidado lo que me hiciste?

Por primera vez, mi madre agacha la cabeza y la vergüenza se apodera de su rostro. Es una reacción para la que no estoy preparado. Solo conozco la versión de la mujer que lleva toda la vida justificándose por no haber protegido a sus hijos.

—Yo no soy Iris —le aclaro—. A mí no puedes manipularme para que me compadezca de ti. Al fin y al cabo, no soy el hijo modélico que ha estudiado Derecho y es un perrito obediente que desea ganarse vuestra aprobación.

—Pol… —dice en un susurro. Intenta tocarme, pero le lanzo tal mirada asesina que se lo piensa mejor y deja caer el brazo —. No he venido a suplicar tu perdón.

—¿Y entonces a qué coño has venido? —exijo saber con el poco autocontrol que me queda.

—Tu hermana me ha contado que estuviste en un centro de desintoxicación. Cree que has pedido el alta voluntaria. No puedo mirar para otro lado. Sé que no quieres saber nada de mí, pero no me importa. Déjame que te ayude, hijo mío.

—¡No te atrevas a llamarme hijo! —le grito llorando. Al darme cuenta de que el dolor que me provocó sigue latente, me limpio las lágrimas con rabia y oculto la tristeza bajo una ira profunda y letal—. ¡No soy tu hijo! ¡A un hijo no se le hace lo que tú me hiciste! ¡Me abandonaste, joder! Lo elegiste a él y me dejaste desamparado cuando solo era un niño que necesitaba tu protección. Siempre te pusiste de su parte. ¿Y esperas que acepte tu ayuda? ¡Eres la última persona a la que recurriría!

—Ya tendremos tiempo de hablar de ello. —Mira a su

alrededor con nerviosismo y me doy cuenta de que sigue preocupada por el qué dirán. Pues claro, ¿cómo no? Es una mujer que vive por y para las apariencias. Por eso nunca se divorciará de ese monstruo. Por eso es una madre de mierda—. Ven a casa conmigo, por favor. Te ayudaré, Pol.

—Lárgate. —Al ver que no se mueve del sitio vomito todo el sufrimiento que tengo clavado en el alma. Los recuerdos de esa niñez cruel y terrorífica de la que he intentado escapar—. Eres peor que él. Lo sabes, ¿no? Te has pasado tantos años conviviendo con ese demonio que debería darte vergüenza mirarte al espejo sabiendo que le has fallado a tus hijos. Llevas toda la vida buscando excusas para justificarte, pero en el fondo eres tan culpable como él. ¿Sabes una cosa, madre? La cobardía y la maldad son dos caras de la misma moneda.

Mi madre retrocede conmocionada y por un segundo casi siento lástima por la mujer que me mira con los ojos abiertos de par en par. Es un sentimiento tan fugaz que desaparece tan rápido como ha venido. Estoy a punto de gritarle que se largue de una vez, pero entonces aferra el bolso contra su costado y se marcha con la cabeza gacha. Sin embargo, no se lleva con ella ni un ápice de mi ira.

A lo lejos, mis amigos me observan sin atreverse a decir nada. El regidor aparece para avisarnos de que debemos volver al escenario y mis amigos se me quedan mirando sin saber qué hacer. Me obligo a regresar y comprendo que para ellos yo soy el monstruo. Tampoco puedo culparlos, no saben nada acerca de una infancia que me he esforzado en ocultar. Me pregunto si al final he terminado por convertirme en esa bestia de la que llevo huyendo la vida entera.

Supongo que cada uno de nosotros lleva un monstruo dentro. La única diferencia es que algunos han conseguido domarlo y otros lo dejamos salir cuando perdemos la esperanza con la intención de que lo destruya absolutamente todo. Aunque eso

implique renunciar a aquellas cosas por las que merece la pena luchar.

92
Gabi

Todos estamos muy impactados después del concierto. Me puedo imaginar a qué ha venido la madre de Pol. A ver, en una relación normal entendería perfectamente que una madre se plantara aquí para ayudar a su hijo, pero hace años que no se dirigen la palabra. Sabemos que la relación de Pol con sus padres es inexistente desde los dieciocho años. La razón solo la conoce él, pues siempre se ha negado a hablar del tema. Le he preguntado tantas veces que ya he perdido la cuenta y siempre me he topado contra un muro. Así que no es por defender a mi amigo, que le ha gritado unas cosas horribles a su madre, pero entiendo su rabia y desconcierto al encontrársela aquí después de tanto tiempo. Y, por su expresión atormentada, comprendo que tiene una herida abierta que aún le duele, por más que intente disimularlo.

De verdad que quiero ir a hablar con él, pero me quedo paralizada al ver que Sam sale del camerino. Pensé que se había marchado después de nuestra actuación. Al darme cuenta de que viene hacia mí con cara de pocos amigos, sonrío de oreja a oreja. Me da igual que tenga esa cara de enfadada. Lo que importa es que quiere hablar conmigo y no voy a desperdiciar la oportunidad de…

—¿De qué vas? —me recrimina.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo?

—¿¡Ahora quieres que hablemos en un lugar más tranquilo!? —estalla indignada—. Antes no te ha importado soltar tu discursito delante de miles de personas.

—Pues no —admito con naturalidad.

Sam entorna los ojos y se cruza de brazos. A excepción del día que cortó conmigo, nunca la había visto tan alterada. Por supuesto que la entiendo, lo que no significa que me arrepienta de lo que he hecho. Además, prefiero a la chica enfadada que a la exnovia indiferente con la que me reencontré hace unas horas. Esta versión me hace recobrar la esperanza aunque quepa la posibilidad de que me estrelle.

—¿Me estás vacilando? —pregunta con las cejas levantadas —. No le veo la gracia, Gabi. No tenías ningún derecho a decir esas cosas delante de todo el mundo.

—En eso te equivocas —respondo muy calmada—. Tenía derecho porque es lo que siento. Entiendo que estés cabreada conmigo porque te fallé, pero eso no significa que yo no pueda gritarle al mundo que me he enamorado de ti. Son mis sentimientos y no puedes hacer nada por cambiarlos.

Sam retrocede un paso y abre los ojos de par en par. Sé que mis palabras le han llegado. De lo contrario, no estaría aquí montándome un numerito. Lo bueno de haberme enamorado de mi mejor amiga es que sé leer sus expresiones. A mí no me engaña. En este momento está afectada por lo que ha sucedido en el escenario. Sé que vino al concierto con la determinación de ignorarme, pero ahora está confundida porque una parte de ella quiere perdonarme. Solo debo averiguar cómo demostrarle que hemos nacido para estar juntas.

—No estás enamorada de mí. —Suelta un resoplido y se aparta un rizo rebelde de la frente—. Solo lo dices porque me echas de menos.

—Te echo de menos y estoy enamorada de ti —declaro con firmeza—. Una cosa no quita la otra.

—Para —me ordena con la mandíbula apretada—. Eres muy injusta.

—¿Por decirte que me he enamorado de ti?

Doy un paso hacia ella y mi corazón se acelera cuando no retrocede.

—Por mentirme para que volvamos a estar juntas.

—Nunca te haría algo así —respondo con sinceridad—. De lo contrario, no te habría contado lo que sucedió entre Pol y yo.

Sam niega con la cabeza y extiende los brazos para que deje de avanzar. Su rechazo me duele, aunque lo respeto y permanezco quieta.

—¡Me lo contaste porque te sentías culpable! —grita con los ojos vidriosos—. No lo hiciste por mí. ¿Quieres que hablemos de ello? De acuerdo, vamos a abordar el tema. Ojalá no me lo hubieras contado porque habría seguido viviendo en una puñetera mentira muy bonita. Pero tuviste que decírmelo para aliviar tu conciencia. No lo hiciste por mí, Gabi. Fuiste una egoísta al traicionarme y volviste a serlo al contarme la verdad.

Me sobresalto cuando me llama egoísta. Nunca pensé que podría estar enfadada conmigo por haberle contado la verdad. Si yo fuera ella, me habría gustado saberlo aunque me hiciera daño.

—No hablas en serio —digo con un hilo de voz—. Si te lo conté fue porque nosotras siempre somos sinceras la una con la otra. Eres la única persona con la que puedo ser yo misma, Sammy. ¿Qué sentido tendría obligarte a estar conmigo solo porque la cagué y tenía miedo de perderte? No habría sido justo para ninguna de nosotras.

—¡Pues muchísimas gracias por contarme la verdad y romperme el corazón! —exclama sin poder contener las lágrimas—. ¡Eres taaan generosa, Gabi!

—¿Y qué querías que hiciera? —replico repentinamente irritada—. ¿Ocultártelo?

—¡Sí! —responde para mi sorpresa—. Tal vez sí, Gabi. Deberías habértelo callado en lugar de esperar que pudiera perdonarte.

—No hablas en serio —digo sin dar crédito—. Estás cabreadísima, pero en el fondo no es de verdad.

—Ya, claro, porque tú eres la mayor adalid de la sinceridad —protesta con ironía—. Primero me pones los cuernos y luego me lo cuentas.

Agacho la cabeza y me miro los pies, más avergonzada de lo que he estado en toda mi vida.

—Quería responsabilizarme de mis errores…

—¡A costa de herir mis sentimientos!

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —pregunto mirándola a los ojos.

—Nada —responde fulminándome con la mirada—. Nunca te habría engañado porque estoy enamorada de ti como una idiota.

Sé que sus palabras deberían animarme, pero en realidad solo consiguen que me encoja por haberle fallado.

—Si ya has dicho todo lo que tenías que decirme…

—No, espera. —Le toco el brazo y ella me lanza una mirada airada para que aparte la mano. No sé qué más decir para que me dé otra oportunidad, así que opto por vomitar lo que tengo dentro de mí—. Vale, soy una imbécil —admito sin querer justificarme—. Llevaba tanto tiempo enamorada de Pol que di por hecho que no podía vivir sin él. Y entonces llegaste tú y te juro que nunca me había sentido tan cómoda con otra persona.

—Y entonces ¿por qué…?

—¡No lo sé! —Doy otro paso y le cojo las manos. Ella intenta soltarme, pero no se lo permito. Si esta es nuestra última oportunidad, quiero que me mire a los ojos para que comprenda que no le estoy mintiendo—. No sé en qué momento me enamoré de ti y empecé a desenamorarme de él. No lo sé, Sam. Tampoco sé por qué me daba tanto miedo admitir que sentía algo por mi mejor amiga. Supongo que me sentía tan afortunada de tenerte que pensé que estaba

confundiendo mis sentimientos. Por primera vez alguien me trataba como siempre he querido que lo hicieran y estaba hecha un lío. Creí que tal vez solo me sentía agradecida, pero la única verdad es que me enamoré de ti. Y, si volviera a nacer mañana, elegiría enamorarme de ti de nuevo, porque es lo más fácil que he hecho en mi vida.

»Quizá te parezca una locura lo que voy a decirte, pero nunca había estado tan segura de haber encontrado a mi alma gemela. —Sam abre los ojos de par en par. Entrelazo nuestras manos y esbozo una sonrisa tímida—. De acuerdo, esta declaración llega con bastante retraso, y encima después de haberme besado con otra persona. Si yo fuera tú, estaría cabreadísima, no querría escucharte y jamás te perdonaría. Madre mía, vaya forma de arreglarlo…

Le suelto las manos de golpe y comprendo que, de estar en su lugar, yo la habría mandado a la mierda sin ningún miramiento. Si hay algo que no soporto es a la gente infiel. Vale, solo fue un beso, pero, para mí, un beso siempre contará como infidelidad. Sobre todo cuando tienes la posibilidad de apartarte y decides dejarte llevar sin pensar en la otra persona que confía ciegamente en ti.

Me muerdo el labio y se me llenan los ojos de lágrimas al comprender que no me merezco a Sam. Para mi sorpresa, me pone una mano en la mejilla y me mira con ternura.

—¿Por qué lloras? —pregunta con suavidad.

—¡Porque soy un puñetero desastre! —exclamo avergonzada—. De verdad eres increíble, Sam. Puede que tengas un gusto pésimo para los pijamas, pero nadie me ha hecho sentir como tú. Y, en lugar de verlo, te fallé porque soy…, pues eso, ¡un desastre!

Durante unos segundos Sam no dice nada. Se limita a mirarme, mientras que yo hago un gran esfuerzo para quedarme aquí, a pesar de que lo único que me apetece es huir

sin mirar atrás. Teníamos algo increíble y lo arruiné con mis dudas. No logro entender a qué viene la sonrisa enigmática que me dedica. Debería estar tan enfada conmigo como lo estoy yo.

—Tienes razón, eres un desastre —dice al fin.

Me desinflo como un globo.

—Lo sé.

—Pero hay algo que se te ha olvidado.

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—Puede que seas un desastre, pero juntas somos un desastre perfecto.

Me besa antes de que pueda comprender lo que ha dicho. Su boca se aplasta contra la mía y me agarra de la cintura para pegarme más a ella. Nos hemos besado cientos de veces, pero nunca me acostumbraré a la sensación tan intensa que me invade cuando nuestros labios se tocan. Es un torbellino de calidez que acaricia cada centímetro de mi cuerpo y revoluciona cada una de mis células. Es la calma de haber llegado a un lugar seguro y la adrenalina de subir a una montaña rusa repleta de curvas. Es todo lo que se debería sentir en un beso… y mucho más. Es complicidad, deseo y amor en mayúsculas. Puede que tardara bastante tiempo en reconocerlo, pero ahora lo comprendo y no pienso dejarlo escapar.

Le devuelvo el beso con un ansia desesperada. La he echado tanto de menos que no tengo suficiente de ella. Nos besamos olvidándonos de la gente que nos rodea. Me da igual que tengamos público. Ahora que la he recuperado no pienso desperdiciar este momento haciendo otra cosa que no sea besarla. Deberían darle una medalla de oro, porque nadie lo hace como ella. Cielo santo, cuánto quiero a esta chica. Y pienso decírselo todos los días del resto de nuestras vidas.

Nos apartamos jadeando. Sam me pone un mechón de pelo detrás de la oreja y me dedica una sonrisa que va directa a mi

corazón. Hay tanta ternura en sus ojos, tanto amor, que me siento la persona más afortunada del mundo en este momento.

—Te quiero —digo mirándola a los ojos.

—Y yo. —Me da un beso demasiado corto para mi gusto—. Siempre.

—¿Siempre?

—Me parece poco tiempo cuando se trata de nosotras.

Tiene razón. Aquí y ahora empieza nuestra historia. Sin dudas ni terceras personas que puedan empañarla. Solo nosotras, Percy —por supuesto— y todos los planes que están por llegar. Me muero de ganas de saber lo que nos deparará el futuro. Estoy convencida de que será maravilloso.

Le doy un abrazo y me refugio en ese olor a coco que tantísimo he echado de menos. Sam tiene razón, somos un desastre perfecto. Porque el amor es imperfecto y caótico, y la clave para que funcione es la honestidad. Y aquí, abrazada a Sam, la única verdad que conoce mi corazón es que estoy enamorada de ella.

93
Pol

Huyo como un cobarde.

Lo único que quiero es olvidar que estuve a punto de destrozar la relación de Sam y Gabi y que mi madre se ha presentado aquí para salvarme como la buena madre que nunca ha sido. Maldita sea, no me puedo creer que haya actuado como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. No estaba preparado para verla. ¿De qué va? No puedes desproteger a tu hijo y luego esperar que él lo olvide.

Me alejo corriendo en un intento por poner distancia con el dolor que me atraviesa la piel. Lo siento todo con tanta intensidad que me va a explotar la cabeza. No puedo más. El peso de mi existencia es demasiado insoportable. Me ahogo en mi propia desesperación.

—¡Pol! —me llama Leo.

Lo ignoro y voy en dirección a la salida. Joder, necesito salir de aquí. Tal vez si regreso al hotel pueda controlar las emociones que me invaden. Pero es demasiado, lo sé. La mente me lleva de golpe a aquel callejón en el que Gabi me encontró. Unos minutos antes flotaba en una nube de paz en la que nada ni nadie podían hacerme daño.

Necesito consuelo.

Necesito una vía de escape.

—¡Pol!

Mi amigo logra interponerse en mi camino antes de que consiga salir por la puerta trasera. Está jadeando por culpa del esfuerzo. A mí el corazón se me va a salir del pecho. Quiero

salir de aquí.

—Entiendo que estás mal después de haber visto a Gabi y Sam…

Me río con desgana y él frunce el ceño.

—Esto no tiene nada que ver con Gabi. —Me paso una mano por el pelo—. No es culpa suya.

—No estoy diciendo que lo sea —responde con tacto—. Pero es normal que estés afectado después de que se hayan reconciliado. Todo está muy reciente. ¿Por qué no vamos a dar una vuelta y hablamos con calma? Solos tú y yo, como en los viejos tiempos.

—Joder —gruño al meter la mano en el bolsillo y descubrir que no tengo tabaco—. En serio, quiero estar solo.

—No puedo dejarte solo. —Se niega a aceptar mi decisión—. No estás bien.

Lo fulmino con la mirada y me encuentro al Leo más asustado que he visto en mi vida. Intento controlar mi rabia. Solo está preocupado por mí después de haberme visto discutir con mi madre y de que Gabi se haya reconciliado con su novia. Lo entiendo, ahora mismo debo de ser el mayor fracasado del mundo. No obstante, lo último que puedo gestionar en este momento es su compasión.

—Estaría mejor si tuviera un cigarro.

Leo mira a nuestro alrededor, pero estamos solos.

—Seguro que encontramos a alguien que te dé uno.

—Necesito aire. —Miro la puerta que hay detrás de él con ansiedad—. En serio, tío.

—Vale. —Leo abre la puerta y me acompaña fuera—. ¿Mejor?

—Sí —miento para que lo deje estar—. ¿Te importaría ir a buscarme un cigarro?

Leo me mira indeciso. Sé que no quiere dejarme solo, pero tampoco puede obligarme a entrar.

—No te muevas de aquí, ¿vale? —cede al fin—. Voy a por ese cigarro y luego nos marchamos juntos. No te vayas sin mí.

Asiento sin mirarlo a la cara y Leo se marcha. En cuanto desaparece de mi vista, salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Estoy tan desesperado que ni siquiera me siento culpable por dejar tirado a mi amigo.

Necesito que la cabeza deje de darme vueltas.

Necesito que deje de doler.

Necesito desaparecer.

94
Leo

Sé que algo va mal cuando regreso con el cigarro y descubro que Pol se ha largado. Lo llamo por teléfono, pero no me lo coge. Tengo un mal presentimiento. Lo conozco desde que era un crío y jamás lo había visto tan alterado, ni siquiera el día que estuvimos a punto de llegar a las manos. Desde entonces nuestra relación no ha vuelto a ser la misma. Lo lamento en el alma. Para mí Pol es algo más que un amigo. Es mi familia, aunque él crea que solo quería apartarlo de mi hermana para que no la hiciera sufrir. Y con la familia a veces nos equivocamos. Lo quiero con todo mi corazón. Joder, me siento tan culpable…

Voy a buscar a los demás. Entro en el camerino y me encuentro a Gabi enrollada con Sam. Hay tanta pasión en su reconciliación que no se percatan de mi presencia. Cierro la puerta sin hacer ruido. No quiero molestarlas. Me alegro muchísimo de que hayan hecho las paces. Desde el principio supe que había algo más que una amistad entre ellas. Nunca había visto a mi hermana tan cómoda con otra persona. Sam le hace mucho bien. Lo último que quiero es preocuparlas en este momento, por lo que doy media vuelta.

—¡Leo! —me llama Nura.

Se da cuenta de que algo no va bien al mirarme a la cara. Le doy un beso de los nuestros porque la necesito. Un año y medio después, me acelera el corazón como el primer día.

—¿Qué pasa? —me pregunta nada más apartarnos.

—Pol se ha marchado —le explico—. Me pidió que fuera a

buscar un cigarro y aprovechó para largarse. Lo vi muy mal. Creo que va a hacer alguna tontería.

—¿Lo has llamado?

—Cuatro veces.

Nura aprieta los labios. Hemos hablado en infinidad de ocasiones de Pol. En la mayoría de ellas me ha recriminado que no tenía ningún derecho a interponerme entre mi hermana y mi amigo. Sé que tenía razón, pero era incapaz de mantenerme al margen porque sabía que se destrozarían el uno al otro. Joder, solo quería ayudarlos. Lo que pasa es que a veces metemos la pata con la mejor intención. Sé que he cometido un error y tendré que aprender a vivir con ello.

—Tengo que ir a buscarlo —determino—. Avisa a Axel y a mi padre. Diles que lo llamen y que traten de dar con él.

—¿A dónde vas a ir?

—No lo sé —admito resignado—. No tengo ni idea de dónde puede estar.

—Leo… —Nura me agarra del brazo antes de que pueda marcharme—. Seguro que está bien.

Asiento y le sonrío con debilidad antes de irme. Sé que solo lo dice para tranquilizarme. Le pregunto al chófer si ha visto a Pol y me responde que se marchó en un taxi, a pesar de que él le dijo que podía llevarlo. Le pido que conduzca a toda prisa, pero cuando me pregunta a dónde vamos no sé qué responder. Al final le ordeno que dé vueltas por la ciudad con la esperanza de encontrar a Pol. Tengo el corazón en un puño y lo acribillo a mensajes y llamadas sin obtener respuesta. Me va a dar algo. Necesito saber que está bien. ¿Por qué no me coge el teléfono?

Al cabo de una hora y media, sigo sin dar con él. Axel y los demás tampoco han tenido suerte. Cada uno de nosotros lo busca por donde cree que podría estar. Al final decido ir al hotel. Tal vez se haya marchado allí para descansar.

Me bajo del coche en marcha y no me molesto en cerrar la

puerta en cuanto diviso el edificio. Cruzo el vestíbulo corriendo, me salto la cola que hay en la recepción, granjeándome algunas miradas molestas, y me planto en el mostrador.

—¿Has visto a Pol? —le pregunto a la recepcionista.

—Llegó hace cinco minutos —me informa—. ¿Va todo bien? ¿Necesitas…?

—¡Gracias!

Voy corriendo hasta el ascensor, pero luego me lo pienso mejor al ver que está en otro piso y subo por las escaleras. Estoy jadeando cuando llego a la planta en la que nos alojamos. Pongo las manos en las rodillas para recuperar el aliento y luego voy a la habitación de Pol. La puerta está cerrada y me invade de nuevo ese mal presentimiento.

—¡Pol! —Llamo a la puerta—. ¡Ábreme, por favor! Sé que estás dentro.

Pego la oreja a la puerta. No se escucha nada. Vuelvo a llamar.

—¡Pol, joder! —grito fuera de mí—. ¡Maldita sea, abre!

Me pongo nervioso al no obtener respuesta. No me reconozco al retroceder para coger impulso e intentar derribar la puerta con el hombro. Me hago bastante daño, pero eso no me impide volver a intentarlo. Estoy a punto de darme por vencido y bajar a recepción para pedir que me den una tarjeta cuando la mujer de la limpieza aparece en el pasillo con el carro de las toallas.

—¡Señora! —pego tal grito que la pobre se sobresalta—. Necesito que abra esta puerta.

La mujer me mira indecisa. Debe de creer que se me ha ido la cabeza. No la culpo. Yo también pensaría lo mismo.

—Mi amigo está ahí dentro y creo que ha hecho una tontería. No me coge el teléfono y tampoco responde —le explico agobiado—. Por favor, estoy desesperado. Solo quiero comprobar que se encuentra bien.

La mujer ni siquiera se lo piensa. Estoy tan alterado que la he convencido. Deja el carrito en mitad del pasillo, saca una tarjeta de su bolsillo y abre la puerta. Entro como un vendaval en la habitación gritando el nombre de Pol. Y lo que encuentro me deja completamente roto.

Está tumbado bocarriba en la cama, con los ojos cerrados. Hay dos rayas en la mesita de noche. Por un instante tengo la esperanza de que esté dormido y lo zarandeo para que se despierte.

—Pol —susurro horrorizado. Le tomo el pulso—. Pol, por favor.

Al no encontrarle el pulso, pego la oreja a su pecho para escuchar los latidos de su corazón. Rompo a llorar cuando no oigo nada. No puede ser. No puede estar…

—¡Pol! —Lo zarandeo para que se despierte—. ¡Joder, Pol!

Mi amigo es un muñeco inerte. Salgo corriendo de la habitación y me tropiezo con la mujer de la limpieza, que me observa preocupada.

—Pide un médico. ¡Date prisa!

La mujer coge el walkie-talkie que lleva en el delantal con manos temblorosas. Regreso a la habitación sin saber lo que debo hacer.

—Por favor. —Le doy una bofetada para que se despierte con la esperanza de que me regale alguno de sus comentarios irónicos—. ¡No puedes hacerme esto!

No sé si lo estoy haciendo bien, pero comienzo a reanimarlo porque sé que es mejor que no hacer nada hasta que llegue el médico. Las lágrimas me impiden ver bien. Necesito que se despierte. Debo pedirle disculpas. Pol no puede morir. Es demasiado joven. Tiene toda la vida por delante…

—Por favor —suplico sin dejar de reanimarlo—. Por favor…

Alguien me aparta de mi amigo y forcejeo con él para que me quite las manos de encima. ¡Tengo que ayudarlo! Me gritan

que me tranquilice y que los deje hacer su trabajo. Me aparto al darme cuenta de que acaba de llegar la ambulancia. Contemplo con impotencia trabajar a los paramédicos. Doy vueltas por la habitación y me llevo las manos a la cara. Mi amigo, mi hermano, sigue sin reaccionar. Y cada segundo que pasa sin que se despierte me quita un año de vida.

—¡Pol! —grita Gabi.

Mi padre y Sam la detienen cuando intenta ir hasta él. Axel se derrumba en el suelo. Nura chilla horrorizada y se abraza a mí. Ni siquiera los he visto llegar.

Mi novia entierra la cara en mi pecho, incapaz de mirar. A mí también me gustaría apartar la vista. No quiero que esta sea la última imagen que tenga de mi amigo. Sin embargo, no puedo. Me he quedado congelado, como si estuviera en una pesadilla de la que no puedo escapar.

—Por favor… —Abrazo con fuerza a Nura y le suplico a todos los dioses que lo salven—. Por favor, Pol.

Tiene que vivir.

Este no puede ser el final de su historia.

Necesito que abra los ojos, me obsequie con una de sus sonrisas y me guiñe un ojo. Por desgracia, mi amigo sigue sin reaccionar. Y mi vida se desmorona sin remedio porque sé que ya nada volverá a ser lo mismo.

Gabi

Dos meses después

Todavía no termino de acostumbrarme a estas reuniones familiares. A ver, que nadie me malinterprete. Por supuesto que me alegro de que mi madre haya regresado a nuestras vidas. Lo que pasa es que aún se me hace raro que venga de visita a casa. Incluso Leo se lo ha tomado con más naturalidad que yo. La sigue tratando con cierta reserva, pero es evidente que ya la ha perdonado. Supongo que se ablandó por completo al ver que nuestro padre no le guardaba ningún rencor. Y ahora que hablo de ellos, ahí están en la cocina, charlando y riendo como si fueran los mejores amigos del mundo. No sé si volverán a estar juntos, aunque tampoco me extrañaría. Ahora mi madre viene cada dos por tres a Sevilla con la excusa de visitarnos. El otro día fueron a tomar un café y regresaron a las tantas. Al ver llegar a mi padre con aquella sonrisa de oreja a oreja le tomé el pelo y le dije: «¿Qué horas son estas de llegar?». La verdad, no es asunto mío lo que se traigan entre manos. Ya son mayorcitos y jamás seré un impedimento. Si algo me ha enseñado la vida es que lo que debe ser será.

—Lo mismo os dan un hermanito —bromea Sam.

—No me importaría —respondo de buen humor—, ya que estos no se animan a darme un sobrino.

Lo de «estos» va por Nura y Leo, que no han dejado de ser los mismos plastas de siempre. Ahí están, sentados en una hamaca haciéndose arrumacos.

—Olvídame, enana —replica Leo—. Métete en tus asuntos.

—Eso —concuerda Nura—. Nos quedan diez años para tener hijos.

A Leo se le descompone la expresión.

—¿Tantos?

Nura y él se enzarzan en una discusión. Me muerdo el labio para aguantarme la risa. Les doy veinte minutos para que hagan las paces.

—Mira lo que has conseguido. —Sam me da un codazo—. Estarás contenta.

—Dos no se pelean si uno no quiere. Además, así les doy una excusa para celebrar una reconciliación. Lo mismo tengo suerte y me obsequian con un sobrinito.

—Pobre sobrino.

—¡Eh! —protesto—. ¿Crees que sería una mala tía?

—Lo tendrías igual de consentido que a Percy.

Mi perro —según Sam, nuestro perro— viene moviendo el rabo al oír su nombre. Cojo un trozo de pan de la mesa y se lo doy para que se vaya contento. Sam enarca las cejas.

—¿Qué? —Me hago la inocente—. Tú también le das de comer cuando crees que no te veo. El otro día te pillé cuando le dabas pavo.

—¿No querrás iniciar una discusión conmigo para que acabemos igual que esos dos? —Señala con la cabeza a Nura y Leo, que ya se están morreando.

—Casi nunca discutimos. —Es la pura verdad. Nos hemos vuelto más inseparables que antes y rara vez peleamos por algo —. Y no necesito una excusa para besarte, tonta.

Le doy un beso de los nuestros. Uf, me encanta besarla. Tiene la boca suave y carnosa. Un remolino de placer se apodera de mi vientre. No sé cómo pude dudar de lo que sentía por ella. Este amor es tan grande y poderoso que parece no tener fin. Y, durante los últimos dos meses, ha sido lo único que me ha

mantenido en pie. De no ser por el amor de Sam, habría días en los que no me hubiera levantado de la cama. Gracias a ella he conseguido salir adelante. Ha sido mi gran apoyo y me ha obligado a reconocer que no tengo la culpa de lo que le sucedió a Pol. Por desgracia, fue una decisión de la que ninguno de nosotros debe hacerse responsable.

—¿Y si nos escaqueamos con alguna excusa? —musita cuando nos separamos.

—¿Bromeas? Mi padre ha hecho paella por ti.

—Una vez me dijiste que para tu padre cualquier excusa es buena para cocinar paella.

—Nos vamos después del almuerzo —respondo, pues tengo muchas ganas de quedarme a solas con ella.

—¡Dejad un poco para luego! —bromea Lila.

Casi me había olvidado de ellos. Lila y Axel han venido de visita a Sevilla. Últimamente pasamos mucho tiempo juntos. Apenas hablamos del tema porque nos sigue haciendo daño. Cada uno de nosotros lo ha sobrellevado a su manera. Yo empecé a ir a terapia, Leo se refugió en el deporte y Axel se mudó una temporada a Madrid para estar cerca de Lila.

—¡La paella! —exclama mi padre.

Nos sentamos a la mesa. Durante el almuerzo parece que todo ha vuelto a la normalidad. Nos gastamos bromas y reímos. Sin embargo, la ausencia de Pol nos pesa demasiado. Ahora no hay nadie que le pueda robar la comida a Axel, saque de quicio a Leo con sus chistes verdes y se pique conmigo. Tenemos puesta la radio de fondo y, de repente, suena la canción que Pol compuso con Leo. Nos quedamos en silencio. Leo agacha la cabeza y Nura le coge la mano. A Axel se le empañan los ojos y Lila apoya la cabeza en su hombro. Sam me pone una mano en la rodilla para que sepa que puedo contar con ella. No lo soporto más. Me levanto para cambiar de emisora, como si eso pudiera llevarse nuestro dolor. Por desgracia, hay heridas que

jamás cicatrizan del todo.

Después del almuerzo, Sam y yo salimos de la urbanización para darle un paseo a Percy. Lo soltamos en el parque para que corretee con sus amigos perrunos, aunque es muy perezoso y se limita a tumbarse para tomar el sol. Sam le aplaude para animarlo a jugar con el resto de los perros y Percy la ignora.

—¡Qué perro más flojo! —protesta.

—Tiene un carácter relajado.

—Sí, ya, lo que tú digas.

Me percato de que hay una chica que no nos quita la vista de encima. No tiene pinta de ser una periodista, por lo que me relajo. La verdad es que no han dejado de molestarnos desde que hicimos pública nuestra relación. A ver, entiendo que despertemos su interés, pero no sé lo que pretenden siguiéndonos a todas partes. En fin, no van a arruinar lo que tenemos. Soy muy feliz al lado de Sam. He encontrado a una persona que me comprende y me quiere tal y como soy. Somos un equipo. Nada ni nadie puede destruirnos.

—Uy, ahí viene una de tus fans —se burla Sam al ver que se acerca.

La chica se para delante de Sam y le dedica una sonrisa tímida.

—Hola —la saluda con evidente nerviosismo—. Me encanta «Viento de diciembre». ¿Puedo hacerme una foto contigo?

—Claro que sí —responde Sam.

Me aguanto la risa.

—Yo os la hago —digo.

La chica se marcha después de hacerse la foto. Me cruzo de brazos y enarco una ceja. La fama de Sam se ha disparado en los últimos dos meses. Ella tiene sentimientos encontrados. Dice que no le agrada ser conocida por nuestra relación. En

realidad, creo que su música se escucha en todas partes porque la gente reconoce su talento. Lo que pasa es que es demasiado humilde para aceptar que se merece el éxito.

—Espero que no te conviertas en una diva insufrible cuando cruces el charco…

—¡Oh, cállate! —exclama ruborizada.

—Te dije que «Viento de diciembre» es una gran canción.

—Para ti todas mis canciones son buenas.

—Porque lo son.

Nos sentamos en un banco cercano y Percy se sube de un salto para tumbarse entre nosotras. Lo miro con infinito cariño. No tiene remedio. Lo sacamos a pasear y siempre termina echándose la siesta. Adoro a este pequeñín. Me da igual que sea un gordinflón flojo y hambriento. Es nuestro bebé. Y sí, digo «nuestro» porque Sam ya lo ha adoptado y Percy la considera su segunda dueña desde hace tiempo.

—¿Cuál es el plan para esta noche? —me pregunta Sam—. Tengo ganas de ver la última temporada de *Ginny y Georgia*.

—Había pensado en un plan mejor.

Sam me mira con curiosidad. Estiro el brazo para tocarle un rizo. Me encanta su pelo.

—Una mudanza.

—No te entiendo —responde descolocada.

—¿No sabes lo que es una mudanza? —le vacilo—. Metes todas tus cosas en cajas y te vas a vivir a otra parte. Había pensado que podrías ayudarme a decidir qué me llevo y qué dono. Ya sabes lo mucho que me cuesta deshacerme de la ropa que nunca me pongo.

—¿Me estás…? —Sam traga saliva y me mira con los ojos abiertos de par en par. Su expresión me parece tan tierna que tengo que contenerme para no sacar el móvil y hacerle una foto —. ¿Me estás pidiendo que nos vayamos a vivir juntas?

—No. —Pone tal cara de decepción que se me escapa la risa

—. Me estoy autoinvitando a vivir en tu casa de forma permanente. No puedes negarte.

—¡Gabi! —Me da un abrazo que casi me tira de espaldas—. ¡Pues claro que sí! Pero ¿estás segura? No quiero que luego te arrepientas…

—Llevo semanas dándole vueltas. Si a ti te parece bien, me encantaría que nos fuéramos a vivir juntas. Podemos alquilar algo, pero a las dos nos encanta tu ático. Por supuesto, te pagaré la mitad del alquiler. No soy una gorrona.

—A ver, eso ya lo sabía. Tienes más dinero que yo.

Le doy un tirón de un rizo y se parte de risa.

—¿Te parece bien?

—Más que bien —asegura. Me da un pequeño beso que me sabe a poco—. ¿Estás convencida?

—Mucho —respondo con sinceridad—. No me gusta dormir sin ti. Al final siempre me quedo en tu casa o tú en la mía. Tampoco será un gran cambio.

—¿Cómo crees que se lo tomará tu padre?

—Fingirá alegrarse de tener que dejar de convivir con una hija tan fabulosa como yo, pero luego se encerrará en su habitación y llorará. Es lo mismo que le pasó cuando Leo se mudó. Sobrevivirá sin mí. Y luego quizá llame a mi madre… Vete a saber lo que hay entre esos dos.

—Una mudanza me parece un plan maravilloso para esta tarde —dice muy animada—. Y vas a tirar ese jersey verde botella que nunca te pones.

—¡Tengo pensado ponérmelo algún día!

—Y esas sandalias de Louis Vuitton tan incómodas que solo te has puesto una vez.

—¡Combinan de maravilla con ese vestido negro que tanto me gusta!

—Uy, retiro lo que he dicho. Hoy va a ser una tarde muuuy larga.

Pongo morritos para que se apiade de mí, pero no funciona. Está claro que Sam no tiene el mismo apego que yo a la ropa. Menos mal que cuento con ella. De lo contrario, llenaría nuestra casa de cosas que nunca me pongo.

«Nuestra casa».

Dos palabras maravillosas.

Percy, Sam y yo.

Sonrío aunque me esté echando la bronca. Sam se da cuenta de que no la escucho y pone los ojos en blanco. Sin embargo, se ablanda en cuanto le doy un beso. Hay cosas que están hechas para funcionar mejor juntas. Y, definitivamente, hay personas que están destinadas a encontrarse. Nosotras somos la prueba de ello. Tenemos el resto de nuestras vidas para demostrarlo.

Sam

Cuatro meses después

Despertarme al lado de Gabi no tiene precio. Ni siquiera los ronquidos de Percy, que está durmiendo a los pies de nuestra cama, pueden arruinar mi momento favorito del día. Todas las mañanas se le pegan las sábanas, por lo que aprovecho para observarla a mi antojo. Ella dirá lo que quiera, pero es adorable incluso cuando duerme con la boca abierta. Le aparto el pelo de la cara y le doy un beso en la mejilla. Gabi sonríe y sigue soñando.

Me levanto sin hacer ruido y dejo a los dos dormilones en la cama. Me pongo manos a la obra para preparar tortitas, su desayuno favorito. Me encanta consentir a mi novia. Nuestra relación funciona tan bien porque ambas ponemos de nuestra parte. Todas las noches Gabi me da un masaje que alivia mis cefaleas tensionales. Yo siempre preparo la comida —alguien debe asegurarse de que nos alimentamos decentemente— y ella me deja elegir la próxima serie juvenil a la que vamos a engancharnos. Desde que vivimos juntas, el ático me parece el mejor lugar del mundo. Uf, cuánto quiero a esta chica…

Mezclo los ingredientes en un bol y unto mantequilla en una sartén. Mientras se calienta, aprovecho para responder un wasap de Adrián. Me pregunta si puede venir a cenar esta noche y le respondo que sí. Total, se habría autoinvitado de todos modos. A mis hermanos les encanta Gabi. Es increíble que supieran antes que yo que estaba enamorada de ella.

Recuerdo el día que me puse hecha una furia porque me dijeron que debía decirle lo que sentía. Por aquel entonces no tenía ni idea de que estaba loca por ella. Luego, en aquella fiesta de fin de año en la que nos encontramos con Alba, ella me defendió con tanta vehemencia que me dejó muy impresionada. A partir de aquella noche empecé a mirarla con otros ojos, aunque me resultaba imposible que pudiera sentir lo mismo que yo. Y aquí estamos, más fuertes y enamoradas que nunca. A pesar de todo…

Pongo la mezcla en la sartén y respiro profundo. Sé que Gabi finge estar bien para no preocuparme. Cree que voy a rayarme si la descubro llorando por Pol. Entiendo que necesita desahogarse y me gustaría que lo hiciera conmigo. Es normal que sufra. Yo también estaba en la habitación de aquel hotel. Por desgracia, nadie tuvo la culpa de lo que sucedió.

Termino de cocinar las tortitas. Les añado Nutella, fresas y sirvo dos vasos de zumo de naranja. Lo coloco todo en una bandeja y pongo una rosa amarilla junto a los cubiertos. No es por colgarme una medalla, pero soy la mejor novia del mundo. Estoy a punto de dirigirme a nuestro dormitorio cuando recibo un wasap de mi cuñado. Se me hace raro llamarlo así, pero es lo que somos.

Leo
¿Puedes quedar esta tarde?

Yo
Claro. ¿De qué se trata?

Leo
Tenemos que hablar de Pol. No quiero que Gabi se entere.

Yo
No me gusta ocultarle nada.

Leo
Sigue estando muy sensible. No te lo pediría si no fuera importante.

Le respondo que allí estaré. No sé por qué será tan urgente. No me gusta tener secretos con Gabi, y menos si tienen que ver con Pol. No obstante, Leo parece desesperado y quiero ayudarlo.

—¿Huele a tortitas? —Gabi se despereza en cuanto entro en la habitación.

—Lo tuyo es muy fuerte —bromeo al ver que se sienta—. Ya sé lo que tengo que hacer todas las mañanas para sacarte de la cama.

—¡Con Nutella y fresas! —exclama de buen humor—. Jo, Sam, por estas cosas me mudé contigo.

—¡Eh! —Le doy un pellizco en el brazo y ella se parte de risa —. Y yo que pensaba que te habías mudado porque te gustaba montártelo conmigo en la ducha…

—Me gusta hacerlo en la ducha. —Se lleva una fresa a la boca y le miro los labios con deseo—. Pero tus tortitas me gustan más.

—Eres lo peor.

Le doy una fresa a Percy, que se ha despertado al oler la comida. Gabi pone los ojos en blanco. Sí, tiene razón. Al final yo también he terminado consintiendo a nuestro bebé.

—Anoche te quedaste dormida justo cuando conseguí tocar «Sweet Child O'Mine» —dice para mi sorpresa. Se levanta para coger su guitarra que compramos hace un par de semanas. Por supuesto, la llamó Mérida—. ¿Quieres escucharme tocar?

—Lo vas a hacer de todos modos.

Gabi me mira muy seria. Se me escapa una risa floja. Cualquier momento es bueno para oírla tocar. Es una alumna que aprende muy rápido.

—Obséquiame con tu talento, diva del rock —le tomo el pelo.

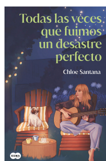
Gabi se sienta a mi lado, flexiona una pierna y deja descansar su rodilla en mi muslo. Ese leve roce desata una tormenta de

sensaciones en mi piel. Me muero de ganas de hacerle el amor, aunque puedo esperar a que termine de tocar. Sé lo importante que es para ella. Pone las manos tal y como le he enseñado y me mira. Su sonrisa me deslumbra. Sus ojos azules me observan con tanta confianza que sé que no puedo ocultarle nada. Da igual lo que Leo me haya pedido. Gabi vendrá conmigo esta tarde y juntos encontraremos la forma de solucionarlo.

Ella es mi hogar. Mi familia. Mi mejor amiga. Por esta chica tan dulce a la que amo con locura soy capaz de todo. Las mentiras y el miedo no caben en nuestra relación. Cuando tienes algo tan maravilloso, es tu deber protegerlo. Y si algo se nos da bien a Gabi y a mí es cuidar la una de la otra.

Qué fácil es el amor cuando encuentras a la persona adecuada.

Hay personas que te marcan para siempre...



Gabi Luna es la voz de Yūgen, el grupo de moda que arrasa entre los adolescentes. Todos creen conocerla, pero debajo de una coraza superficial, se esconde una chica vulnerable que desea que alguien la vea de verdad. Pol es una constante en su vida. El chico malo del rock. El amigo de su hermano y el batería con el alma rota.

Los rumores de una relación entre ambos los llevarán a replantearse sus sentimientos y a generar fuertes tensiones con el resto de los miembros. Si los polos opuestos se atraen, tal vez tengan una oportunidad en un mundo que se empeña en definirlos. Porque hay desastres perfectos, corazones que se entienden y personas por las que merece la pena esperar.

Después de *Todas las veces que me enamoré de ti* y *Todas las veces que saltamos al vacío*, Chloe Santana vuelve con *Todas las veces que fuimos un desastre perfecto*, la tercera entrega de la tetralogía Yūgen, una historia en la que se muestran todas las caras del amor y en la que, a veces, enfrentarse a los miedos es el único camino.

Chloe Santana (Sevilla, 1992) estudió Derecho, pero la pasión por la literatura se apoderó de ella en 2014, cuando autopublicó su primer libro y obtuvo el primer puesto de los más vendidos de Amazon. Ahora vive tejiendo historias que le roban el corazón, discutiendo con los personajes que viven en su cabeza y viajando a lugares remotos que le sirven de inspiración. Tiene debilidad por las protagonistas fuertes, los romances a fuego lento y las historias muy adictivas. Vive en Sevilla con su marido y sus tres perros. Si no está escribiendo, lo más probable es encontrarla acurrucada en el sofá con sus mascotas, una taza de té y un buen libro.



Primera edición: octubre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la portada: © Margarita H. García

ISBN: 978-84-9129-915-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

11. Pol

12. Gabi

13. Gabi

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

14. Gabi

15. Pol

16. Pol

17. Gabi

18. Gabi

19. Pol

Fragmento de la revista ¡Escándalo!

20. Pol

21. Gabi

22. Pol

23. Gabi

24. Gabi

25. Pol

26. Gabi

27. Pol

28. Gabi

29. Gabi

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

30. Pol

31. Pol

32. Gabi

33. Pol

34. Gabi

35. Gabi

36. Gabi

37. Pol

38. Gabi

39. Pol

40. Gabi

41. Gabi

42. Gabi

43. Pol

44. Gabi

45. Gabi

46. Pol

47. Pol

48. Gabi

49. Pol

50. Gabi

51. Pol

Fragmento de la revista ¡Viva la Música!

52. Gabi

53. Gabi

54. Pol

55. Gabi

56. Gabi

57. Pol

58. Gabi

59. Gabi

60. Pol

61. Gabi

Fragmento de la revista ¡Escándalo!

62. Gabi

63. Gabi

64. Pol

65. Pol

66. Gabi

67. Gabi

68. Pol

69. Gabi

70. Pol

71. Gabi

72. Gabi

73. Pol

74. Gabi

75. Pol

76. Gabi

77. Pol